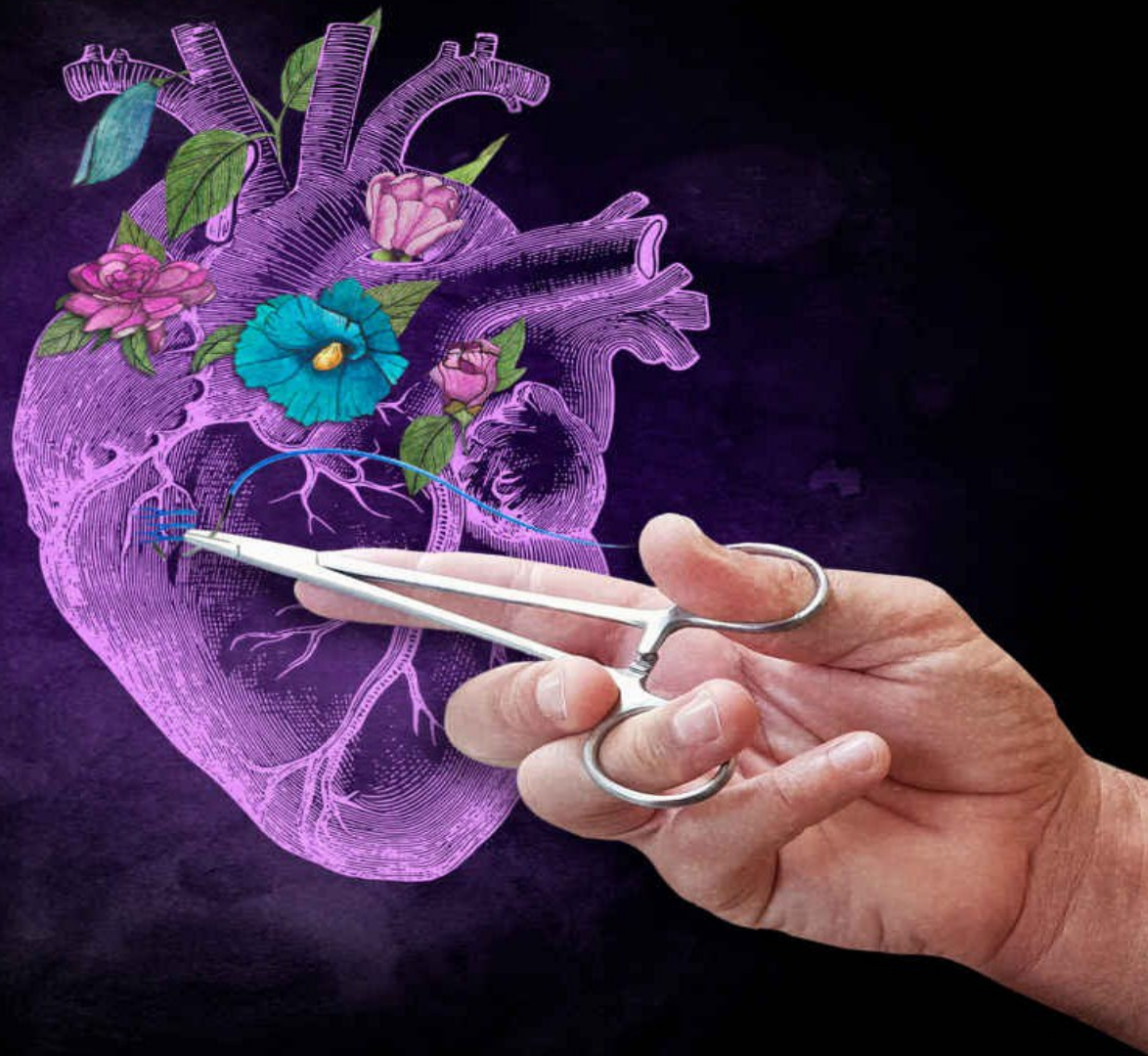


*Mimmi Kass*



**A CORAZÓN**

*Abierto*

EN CUERPO Y ALMA IV

# INDICE

Gravlaks

La valkiria

La sauna

La casita

Volar es lo mejor

Nacha

Las bodas siempre traen cola

El mundo no se acaba en el San Lucas

Un farol

El trabajo no lo es todo

Eres médico, no lo olvides

Prioridades

Dos días

Pelea de gatas

Maia siempre tiene razón

Jeg elsker deg

Cosas sencillas

La nueva Inés

El embaucador

Volver

Charlas macabras

Bloqueada

Guardia y Farellones

Esperanza

Dårlig gutt

Panqueques celestinos

Disyuntivas

*Reposo medicinal*

*Una salida*

*El poder de la información*

*Cortar leña*

*El significado de madurar*

*Alternativas*

*Errar es humano*

*Dos kilos*

*Amistad*

*Espera armada*

*Easy way, hard way*

*Anestesia*

*Sincericidio*

*Julio*

*Reencuentros*

*Resúmenes*

*¿Eres feliz?*

*Pule og Knulle*

*Toboganes*

*Un paseo por la playa*

*Donde está el hogar*

A corazón abierto

En cuerpo y alma 4

Primera edición, noviembre de 2018

ASIN:

© Mimmi Kass — Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Nerea Pérez Expósito, Imagina Designs.

Corrección: Silvia Barbeito.

«Amarse no es mirarse el uno al otro. Es mirar juntos en la misma dirección».

El principito — Antoine de Saint-Exupery

## *Gravlaks*

La enorme cocina estaba atestada de gente, todos se habían reunido en el centro neurálgico de la casa para cenar. Los hijos de Maia, ya en pijama y repeinados, correteaban de aquí para allá todavía con fuerzas pese a esquiar todo el día en la nieve. Jana, la madre de Erik, tejía una bufanda de lana gruesa mientras conversaba con Maia, ya sentadas a la mesa. Corbyn leía, o al menos lo intentaba, un periódico local.

Pero ella solo tenía ojos para Erik.

Inés sonrió con la visión conocida de su espalda; aquellos vaqueros le marcaban el culo de tal manera que su boca se hizo agua. Trabajaba muy concentrado, cocinando algo que olía a las mil maravillas, y se acercó para averiguar de qué se trataba; lo abrazó desde atrás con fuerza, con las palmas abarcando sus pectorales, y aprovechó para acariciarlo. Era irresistible.

—¿Qué es? Huele delicioso. —Se puso de puntillas y hundió la nariz en su cuello. El aroma de la piel cálida se mezcló con el del vodka y del eneldo que flotaban en el ambiente. Cerró los ojos durante unos segundos para disfrutar de la sensación.

—*Gravlaks*. Salmón marinado en sal, azúcar, vodka y especias. Te gustará.

Inés observó sin perder detalle por encima de su hombro. Una pieza del pescado, bastante grande y de un color anaranjado, comenzaba a distinguirse entre el menjunje que lo cubría.

—Hay que limpiarlo bien de la mezcla —explicó Erik, retirando la capa de azúcar negra con precisión de cirujano—, y después cortarlo en lascas muy finas.

No podía apartar los ojos de sus manos. Aquellas manos que tantas emociones y sensaciones generaban en ella. Una punzada de deseo recorrió

su cuerpo y cerró los ojos. Llevaban tres días en casa de su madre y, con tanta gente alrededor, era imposible estar un minuto a solas. Aunque adoraba a la familia de Erik, echaba de menos aquellos días que habían pasado solos en los iglús de cristal.

Perdió el hilo de las explicaciones de Erik sobre el *gravlaks*. Sobre todo, porque utilizaba muchas palabras en noruego. Verlo en su hogar la había conmovido: sonreía más, su acento se tornaba más cerrado y recurría a más palabras en su lengua natal.

—Dímelo otra vez —suplicó Inés, sin saber muy bien a qué obedecía la petición.

—¿Qué cosa, *liten jente*?

—Dime que me quieres. En noruego. ¡Me encanta cómo suena!

Erik soltó un gruñido de fastidio y no dijo nada. Siguió limpiando el salmón, pero Inés cazó el atisbo de una sonrisa traviesa en la comisura de sus labios y en el hoyuelo de su mejilla. Sus ojos azules refulgían en pura diversión.

—Vamos. Dímelo —insistió, pegando los pechos a su espalda y frotándose con suavidad.

Pasó las manos por debajo de la camiseta gris de manga larga que llevaba y notó sus abdominales contraerse con la caricia. Él volvió a gruñir cuando deslizó las yemas de sus dedos por los pectorales y jugueteó con los pezones perforados. Inés ronroneó al notar que sus defensas se debilitaban.

—Porque tengo las manos en el salmón y no puedo defenderme —dijo con tono amenazador—, pero espera a que me las lave. Te vas a enterar.

—Venga, ¡dímelo otra vez!

—No —dijo Erik por fin—. Pero no te preocupes. Si cambio de opinión, ¡ya te lo haré saber!

Inés rezongó fastidiada, al tiempo que retorció sus pezones con un pellizco que lo hizo encogerse con un gemido de placer y dolor.

—¡Eh! ¡Que hay niños delante! —dijo Maia, riendo.

Inés se dio la vuelta, roja como un tomate. Se había olvidado por completo de que todos estaban allí.

—¡Perdón! —musitó, hundiendo el rostro en la espalda de Erik, que

reía a carcajadas.

Pronto el plato estuvo listo y se sentaron a cenar. En cuanto Inés se acomodó en la silla, Olle se apoderó de su regazo pese a las protestas de Erik para que se fuera a su sitio. A ella no le importaba, le había costado mucho ganarse a aquellos diablillos. La pequeña Emma se encaramó en las piernas de su abuela mientras que Anders, serio y circunspecto como un viejecillo, se acomodó en su silla y comenzó a untar queso en el pan y a ponerle las lascas del salmón marinado.

Inés los observaba en aquel galimatías de inglés, noruego y castellano que se entremezclaba en la conversación. Veía el amor en los ojos de Jana al mirar a su familia y notaba que con ella todavía tenía algunas reticencias. Cuando Emma se durmió en sus brazos, Maia se la llevó a dormir.

—Vamos. ¡A la cama! —dijo a los mellizos con cara de estar muy cerca de perder la paciencia. Inés recibió un beso apasionado de Olle en la mejilla.

—¿Tengo que ponerme celoso? —dijo Erik en broma. Se levantó también y dio a su madre un beso en la frente y otro a Inés en los labios—. Te espero arriba, estoy muerto.

Aquello le dio la oportunidad de charlar un rato con la madre de Erik a solas. Tenía una belleza serena y cálida. Su pelo rubio era más bien gris, sin tintes ni mechas. Su rostro, con unos ojos verdes iguales a los de Maia, estaba cercado por una fina red de pequeñas arrugas de expresión. Sus labios lucían una sonrisa reservada.

Inés se levantó a hacer un té. Sabía que a Jana le gustaba tomar una taza antes de dormir, y quizá así la mujer revelase lo que tenía en la cabeza. Por un momento, solo se escuchó el entrechocar de los palillos metálicos de su labor de lana y el vapor de la tetera eléctrica al hervir el agua.

—Jana —tanteó. No se sentía muy cómoda manteniendo en inglés una conversación que presentía complicada, pero el español de la madre de Erik no era mejor que su noruego—. ¿Ocurre algo? Siento... —decidió ser asertiva, y puso cuidado de limpiar sus palabras de cualquier brusquedad—. Siento que algo te preocupa, que quieres decirme algo.

Se sentó junto a ella en la mesa y esperó. De pronto, los ojos de la madre de Erik brillaron. Su sonrisa se tornó algo trémula y su voz sonó emocionada.



—Es solo que ahora sé que Erik no volverá jamás a casa. Tengo la certeza. —Inés sintió cómo un nudo atenazaba su garganta—. Esperaba que alguna vez regresase con nosotros, pero ¡te quiere tanto, tanto! Su lugar está junto a ti.

No supo qué decir. Sus palabras la conmovieron en lo más íntimo y acabó por levantarse y abrazarla con fuerza. Jana se echó a reír.

—¡No hagas caso de esta vieja sentimental! —dijo para disipar la emoción que las embargaba—. Hace mucho tiempo que no tenía a todos mis hijos juntos, pero entiendo a Erik. Entiendo por qué se ha prendado de ti.

—Yo también lo quiero muchísimo —respondió Inés en un hilo de voz—. No sé si te sirve de algo, pero así es. Cuando el año pasado estuve a punto de perderlo, lo supe con claridad. Mi vida está junto a él.

Se miraron a los ojos y sonrieron con sinceridad. Las reticencias se desvanecieron en el aire con aquella conversación. Jana sorbió el té y siguió con su tejido.

—Ve. No lo hagas esperar. Yo me quedaré aquí un poco más.

Inés le dio un beso en la mejilla como habría hecho con su propia madre y una punzada de nostalgia la invadió. No sabía nada de sus padres desde aquella llamada loca en el aeropuerto, cuando esperaban el avión que los llevaría a París y de ahí a Oslo. Les envió un mensaje por el móvil solo para decirles que los echaba de menos.

Cuando llegó a la habitación, Erik leía a Joël Dicker sobre la cama, enganchado por completo a la novela ambientada en la Segunda Guerra Mundial. Le dio un beso breve en los labios y fue a sentarse al alfeizar de la ventana, con la ilusión de volver a ver una aurora boreal.

—Hoy no vas a ver nada —dijo él tras unos minutos en que la contempló con expresión divertida.

—¡No seas aguafiestas! —replicó ella, y le sacó la lengua. Volvió a asomarse al balcón acristalado con esperanzas renovadas—. Maia me ha dicho que muchas veces se ven desde la ciudad.

—Sí, pero hoy está nublado. —Dejó el libro en la mesilla y se acercó hasta ella. Se abrazaron—. Mañana quizá tengas más suerte. Vamos a la cama.

Se tendieron juntos en la cama de Erik. Era de dos plazas, pero de las

más estrechas, y se les hacía pequeña.

—Por fin un poco de paz —gruñó él, haciéndola reír—. Estos días les haces más caso a los enanos que a mí. ¡Hoy me has ignorado todo el rato en la montaña!

—Era todo parte de un plan —dijo Inés en tono conspirador, y se estrechó contra su costado—. El plan de cansarlos hasta que cayeran rendidos en la cama y nos dejaran tranquilos esta noche.

—¡Qué maquiavélica! Me gusta tu plan.

La sonrisa de Erik cambió y se tornó insinuante. La sostuvo de las caderas y tiró de ella hasta tumbarla encima de su cuerpo. Inés abrió los muslos para rodearlo y cruzó las manos sobre su pecho.

Se besaron con calma. Sin prisas. Con la convicción firme de que tenían toda la vida por delante para perderse en la boca del otro. Inés retiró el flequillo rubio de su frente y recorrió los relieves de su rostro con la yema de los dedos. Él desabrochó el cinturón de seda que ceñía su bata y la deslizó por sus hombros. La calefacción estaba al máximo, así que no se metieron bajo la ropa de cama.

—Te he echado de menos —murmuró Erik sobre sus labios. Inés paladeó su aliento húmedo y cálido en la boca y lo besó—. No hemos estado solos desde que llegamos a la ciudad.

La camiseta de tul ribeteado en raso dejaba entrever sus pechos, y recorrió la línea de sus clavículas antes de adentrarse bajo la tela para acariciarlos.

—Y yo a ti. Estaba malacostumbrada a tenerte para mí sola —reconoció ella, entre besos que calmaban su adicción. Se regodeó en el contacto, blando y a la vez firme, de la boca masculina—. Aunque tu familia es adorable.

Erik sonrió. Estaba fascinado por la manera en que Inés se había metido en el bolsillo a todos. Excepto a su madre. Unas arrugas de preocupación cruzaron su frente.

—¿Te ha dicho algo mi madre cuando os habéis quedado solas?

Inés alzó un poco el rostro y dudó de si contestar. Le había parecido un momento tan íntimo entre ellas que no quería revelarlo.

—Está un poco preocupada porque cree que ya nunca más vas a volver a Noruega —dijo al fin, bajando la mirada—. Y dice que la razón es... el amor que sientes por mí.

—Nadie conoce más a su hijo que una madre —murmuró Erik, y volvió a sumergirse en su boca con pasión.

Inés reprimió una exclamación de sorpresa cuando él la giró, placándola bajo su peso. Sus besos se tornaron más hambrientos, con un tempo más acelerado.

Ella hundió los dedos en la espesura de su melena rubia, otra vez larga, y soltó un jadeo. La boca masculina recorría su cuello, generando el placer de un millón de agujas que rozaban su piel por la barba descuidada que lucía aquellos días. No se defendió cuando la despojó del pijama, y ella tironeó de la camiseta hasta desnudarlo también. Se abrazaron con frenesí, con hambre, con lujuria. Inés abrió los muslos para acogerlo en su interior y él se acomodó sobre los antebrazos, preparando su acometida.

De pronto, una vocecita curiosa en inglés los interrumpió, dejándolos helados.

—¿Vais a tener sexo?

Erik rugió en pura desesperación.

—*Anders! Svarte Helvete! Kom deg ut her, akkurat na!!*

El pequeñajo no se inmutó al ver su tío desnudo. Se encogió de hombros y se hurgó la nariz mientras que Inés se ponía la camiseta de Erik, conteniendo la risa ante sus palabras y sin saber dónde meterse.

—¡No te preocupes, *onkel Erik!* Ya sé todo lo que hay que saber —dijo con solemnidad—. Mamá nos ha enseñado, y en el colegio también.

—Es natural. No pasa nada —se añadió otra voz. La de Olle, que se había unido a su hermano con su oso polar de peluche colgando de la manita.

Erik soltó otra sarta de palabrotas, los cogió a los dos de la mano con suavidad pero con firmeza, y se los llevó hacia la habitación de sus padres. Inés salió tras él, escandalizada.

—¡Ponte algo encima! —resopló, intentando contener las carcajadas—. ¡Estás en pelota picada!

Él volvió sobre sus pasos, echó un vistazo rápido a la habitación, y

acabó por envolver sus caderas con la bata de tul y seda de Inés.

Toda la casa se había levantado. Emma frotaba sus ojitos desde el quicio de la puerta de su abuela, las dos asomadas para ver qué estaba pasando.

—¡Diles a estos dos que tienen que llamar antes de entrar a las habitaciones de los demás! —dijo, enojado y con el rostro ya de color fucsia a su hermana—. Unos minutos más, y nos pillan en plena... En pleno...

Maia lo miró, al principio sin entender, y luego soltó una carcajada.

—Tus sobrinos no son tontos. ¿Te crees que Corbyn y yo no tenemos sexo? ¡Solo tienes que decírselo! —dijo riendo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Erik, bajando revoluciones y desconcertado.

—Díselo. Que Inés y tú necesitáis pasar tiempo a solas, porque sois novios.

—Lo entendemos —dijo Anders, con aquella voz de viejecillo prematuro—. Vais a amaros mucho.

—Eso es —afirmó Erik ante la seguridad resuelta de su hermana y sus sobrinos—. Inés y yo vamos a amarnos. Mucho. ¡Buenas noches!

Ella estaba medio escondida tras la espalda masculina, escuchando todo aquello sin saber dónde meterse. Estos noruegos eran demasiado avanzados para su mente convencional. Cuando se cerraron por fin las puertas de todos, volvieron a la habitación entre risas. Pero en su cama había una nueva inquilina. Emma dormía con el pulgar en la boca, acurrucada bajo las sábanas, y solo se veía aquel pelo rubio de matiz rojizo de los niños de Maia. Erik miró al techo y soltó un suspiro. Se quitó la bata de Inés y se la tendió.

—Dame mi camiseta, anda. Mejor me pongo el bóxer.

Inés se echó a reír en voz baja y se puso también el pijama.

Los dos se tumbaron a ambos lados de Emma, con mucho cuidado de no despertarla. Estaba preciosa. Las largas pestañas reposaban sobre las mejillas regordetas y se chupaba el dedo como si fuera un bebé, aunque ya tenía casi tres años. Con cuidado, Erik le retiró el pulgar de la boca y ella compuso un puchero en sueños, se dio la vuelta, y volvió a chuparse el

pulgar.

—Déjala —susurró Inés, enternecida al verlo con su sobrina—. No le hace ningún daño y aún es pequeñita. ¡Ya lo dejará!

Estaban frente a frente, los dos con la cara apoyada sobre el codo, con la pequeñaja entre ellos. Inés apartó los mechones atravesados sobre el rostro infantil y él se quedó prendado de la fascinación con la que Inés miraba a la niña.

—¿Te apetece mucho ser madre? —preguntó con precaución. Habían hablado de manera muy tangencial sobre el tema. Lo mal que los dos lo habían pasado el año anterior aún rondaba sobre aquella conversación pendiente, pero al ver la expresión de su cara, Erik se vio impelido a indagar. Inés cerró los ojos un segundo y luego lo miró con sinceridad.

—No lo sé. Siempre ha entrado en mis planes ser madre. De pequeña, jugaba a que me casaba con Miguel y teníamos un montón de hijos —dijo en un susurro—. No eran más que juegos de niños, pero para que te hagas una idea, también jugaba con mi disfraz de médico a curar a mis muñecas.

Erik la escuchaba con atención. Últimamente, sus conversaciones habían cambiado. Eran más íntimas, más sinceras. Con menos jugueteo y segundas intenciones, y más futuro encerrado en ellas. Su propia pregunta lo había sorprendido y asintió para alentarla a continuar.

—Una chica de ideas fijas.

—Cuando entras en Medicina, cualquier otro objetivo vital se ve pospuesto. —Erik volvió a asentir, él lo sabía muy bien—. Pero ahora, cuando ya estoy en la subespecialización y, en cierto modo, veo el final de esta etapa..., supongo que es natural volver a ello.

—Pero ¿lo deseas mucho? —insistió. Necesitaba saberlo.

Inés ladeó la cabeza y compuso un gesto intrigado.

—Tengo que reconocer que con el aborto las cosas se precipitaron y, en cierto modo, avivaron las ganas que ya estaban ahí —dijo, evitando dar una respuesta directa. Erik aguardó a que dijese algo más—. Pero sí. Claro que sí.

Emma se movió en sueños y apartó de un empujón el peluche de ballena con el que dormía.

—Tiene calor —dijo Inés, y posó el dorso de los dedos sobre su mejilla. La destapó un poco, hasta la cintura, y esperó unos segundos antes de mirarlo a los ojos con intensidad—. Pero no querría hacerlo sola, para mí es cosa de dos.

Erik se arrancó de los ojos grises y se tumbó sobre los almohadones. Puso las manos tras la cabeza y fijó la mirada en el techo de pequeñas tablas blancas de madera. Sabía que sacar el tema era exponerse a que ella le devolviera la pelota. Y había sido muy hábil en plantearla de un modo indirecto que le daba un margen de escapatoria para no contestar. Pero algo estaba cambiando en él. No sabía si por aquella conversación con Kurt, hacía ya meses, sobre lo feliz que era siendo padre, o por compartir de manera tan estrecha con todos sus sobrinos aquellos días, o porque sabía lo mucho que Inés lo deseaba, el tema rondaba su cabeza desde que Inés le había contado sobre el aborto. Decidió ser sincero también.

—Me da miedo. No. Me da pánico no estar a la altura —confesó. Inés alzó el rostro con un gesto brusco al escuchar su confesión—. Un hijo es demasiada responsabilidad, siento que no tengo lo que hay que tener para enfrentar una crianza y lo que significa, pero...

—¿Pero? —dijo Inés en un hilo de voz.

—Pero quiero hacerlo. Sin pensármelo demasiado —reconoció, consciente de que lo que decía no tenía mucho sentido—. Quiero decir que si me lo pienso mucho, acabaré por decidir que no, que no soy capaz. Así que, hagámoslo.

Inés lo contempló, incrédula.

—¿En serio?

—No he estado tan serio sobre algo en toda mi vida.

Una sonrisa amplia, radiante y maravillosa se dibujó en la boca de Inés. Pero lo mejor fue la mirada. El amor incondicional que leyó en sus ojos, la gratitud implícita en él. Evitando aplastar a Emma, se inclinó sobre él para darle un beso y Erik recorrió sus labios con la punta de los dedos.

No importaba el sexo. Podían esperar. Tenían toda la vida por delante.

## *La valkiria*

La mañana se levantó fría y desapacible. La nieve caía de manera intermitente, y todas las casas de colores vivos de aquella parte de la ciudad estaban cubiertas por un manto blanco. Eso no arredró a los pequeños vikingos, que insistieron en volver a esquiar y tirarse en trineo con su tío.

—¿Pero es que vosotros nunca estáis cansados? —se quejó Erik con desesperación cuando sus sobrinos le trajeron la parka de montaña y tiraron de él para que se levantara de la silla y se la pusiera. Todavía no se había terminado el café—. ¡Vais a acabar conmigo!

—Yo estoy molida, conmigo no contéis —dijo Inés, aún en pijama y sin ninguna intención de salir al frío polar—. Hoy me quedo en casa.

—¡Yo también! —exclamó Maia, que se desplomó en una silla y se sirvió una taza de café con voz aliviada. Le lanzó una mirada significativa a su marido—. Hoy te toca a ti subir. Llevo toda la semana yendo a las pistas, ¡mueve el culo!

—Eh, que yo me he quedado con Emma —dijo Corbyn con poco convencimiento. Inés disfrutaba con el caos familiar y las pullas y bromas que todos se lanzaban.

—¡De eso nada! Emma no da nada de trabajo. ¡Hoy lidias tú con los mellizos! —Maia daba órdenes como una generala en la batalla—. Anders, Olle, preparaos para subir. ¡Y lavaos los dientes, pequeños cerdos!

—A ver si tú eres capaz de cansarlos para que nos dejen en paz por la noche, Corbyn. No he podido tocar a Inés desde que llegamos a Tromsø —dijo Erik, riendo. Ella hundió la cabeza entre los hombros y lanzó una mirada preocupada hacia su madre, que se reía—. Ayer no paramos en todo el día, ¡y no hubo manera!

—Oye —interrumpió Maia, señalándolo con un dedo acusador—. Te recuerdo que esta casa es de mamá y, por el momento, nosotros vivimos aquí

con ella. Si tanto te molestamos, ¿por qué no te vas a la tuya? ¡Estaría bien que le echases un ojo, que se está cayendo a pedazos!

A Inés se le quitó todo atisbo de vergüenza. ¿Erik tenía una casa? Abrió la boca para preguntar, pero él ya se marchaba a terminar de arreglarse, refunfuñando con Maia escaleras arriba en una típica discusión fraternal.

Jana y ella volvieron a quedarse solas en la cocina y desayunaron tranquilas mientras todos se preparaban.

—Tienes una familia maravillosa, estoy feliz de formar parte de ella —dijo Inés en un arranque espontáneo. No conocía esa faceta hogareña y familiar de Erik, el cariño que mostraba por su madre, la divertida complicidad con sus hermanos y su cuñado, el amor que profesaba a todos ellos, en especial a sus sobrinos.

—Siempre lo ha sido. Incluso cuando estaba lejos, sabía que aquí tenía siempre un sitio para volver —dijo Jana con una sonrisa resignada. Se levantó y sirvió otra taza de café para las dos. Empujó la panera con bollos de canela y gofres hacia ella.

—¡No debería, me estoy poniendo como una bola! —dijo Inés, pero cogió un bollo, lo mojó en el café y le dio un mordisco—. Bueno. Ya me pondré a dieta cuando llegue a Chile.

—¿Cuándo os marcháis? —preguntó la madre de Erik, con cierta tristeza en su mirada.

—Dentro de una semana. El día catorce comienzo mi segundo año de residencia de Cardiología Infantil y Erik tiene un montón de frentes abiertos en el hospital. —Se detuvo de golpe. ¿Cuánto sabría Jana de lo que le había pasado a Erik el año anterior?—. Tenemos que volver.

—¿Tú estás bien? ¿Te has recuperado del aborto?

Inés parpadeó, desconcertada. ¿Jana lo sabía? ¿Quién se lo habría contado, Erik o Maia? El abordaje frontal y directo la pilló por sorpresa, pero su mirada era dulce y revelaba preocupación.

—Estoy bien. Tenía muy poquitas semanas de embarazo —dijo, sorprendida de hablarlo tan abiertamente con ella—. Me costó más la parte emocional.

—Erik no se portó nada bien. Le eché una buena reprimenda. —Inés abrió la boca con incredulidad. Había sido él. Erik no estaba alejado de su



familia, solo de su padre—. Hubo un tiempo en que me resigné a que jamás encontraría una mujer que lo aguantara. Pero tú lo manejas perfectamente.

—No sé si «manejar» es la palabra, la verdad. Tu hijo es... ingobernable —dijo tras meditarlo unos segundos. Mordió de nuevo el bollo de canela y masticó en silencio—. ¿Por qué pensabas eso?

Jana se quedó en silencio e Inés dio por sentado que no contestaría, pero una corriente de entendimiento soterrado se había instalado entre ellas y la intimidad que compartían favorecía las confidencias.

—Primero, por el sexo. Fue siempre muy precoz para todo, pero los dolores de cabeza empezaron cuando se lio con una auxiliar de profesora en el instituto. Tenía catorce años —dijo Jana, negando con la cabeza y una expresión resignada en el rostro—. La chiquilla era una sustituta recién salida de la universidad. No tenía más de veinte años, pero se armó un buen escándalo en el colegio. En realidad, no paraba de meterse en líos —añadió entre risas.

—O sea, que le gustan mayores que él desde bien temprana edad —dijo Inés. Se acordó de Bettina, la enfermera supervisora de planta, que le sacaba varios años a Erik.

—Siempre fue mucho más alto y fuerte que sus compañeros y eso le encantaba a las chicas y provocaba mucho a los chicos mayores que él. Lo veían como un reto —siguió Jana, hilando anécdotas mientras Inés la escuchaba, fascinada—. Hubo un momento en que tenía reuniones con sus tutores todas las semanas. Solo le interesaba trabajar con su padre en el taller de carpintería y no daba un palo al agua.

Jana soltó una carcajada resignada y le dio un sorbo a su café. Inés reaccionó para salir de su fascinación y seguir preguntando.

—¿Y qué pasó? ¿Cómo llegó a la facultad de Medicina si era tan gamberro? En Chile y en España es muy complicado acceder a la carrera.

—¡Y aquí también! Tuvo que ponerse las pilas a base de bien. En un partido de hockey, un amigo suyo estuvo a punto de morir ahogado tras caerse en una grieta en el hielo del lago. —Jana tenía los ojos brillantes, una sonrisa traviesa y su voz tranquila y sosegada sonaba con entusiasmo—. El equipo de emergencias le salvó la vida y Erik lo vio todo. Aquello lo conmovió. Lo remeció por dentro.

—Me contó que después se acercó mucho a su abuelo.

—Sí, así es. Aquello desconcertó mucho a su padre. Magnus fue siempre muy orgulloso y mantenía una posesividad a veces absurda con sus hijos frente a su abuelo. —Jana terminó el café y comenzó a desmigajar un bollo de canela. Una tristeza velada cubrió sus ojos—. Mi padre no aceptó nunca los orígenes humildes de Magnus y nuestros comienzos fueron difíciles. Muy difíciles. Nunca llegaron a entenderse de verdad.

—Erik me ha contado que tu familia es propietaria de unos astilleros muy importantes —arriesgó Inés. No quería ni abrir la boca para no cortar el hilo de su conversación. En el piso de arriba se escuchaba a los niños corretear y reír mientras se preparaban. No tendrían mucho tiempo más a solas y quería interrogarla hasta el más ínfimo detalle—, y que Magnus era pescador y carpintero.

—¡Era mucho más que eso! —exclamó Jana, airada por unos segundos. Pero su rostro recuperó enseguida su serenidad habitual y en sus ojos destelló un amor que sobrecogió a Inés—. Era el hombre más trabajador, generoso y admirable que he conocido. Y adoraba a sus hijos. Le dolió mucho que Erik se enamorara de la cardiocirugía. Lo tomó como una traición.

—Pero eso es absurdo, ¿cómo iba a traicionar a su padre? La vocación, cuando te pega, es muy fuerte —dijo Inés, apasionada. Hacía años que no le contaba a alguien los motivos que la empujaron a ser médico—. Yo viví la enfermedad de una primita cuando era pequeña, falleció de una leucemia y siempre supe que lucharía porque ningún niño estuviera enfermo. ¡Cuéntame más!

Jana la cogió de la mano y se la apretó. Inés se fijó en las venas tortuosas del dorso, las pequeñas manchas solares y en la blancura de la piel en contraste con su tono más dorado.

—El carácter de ambos se agrió. Los dos están cortados con el mismo patrón: orgullosos, arrogantes y tercos como mulas —dijo Jana. No le soltaba la mano e Inés tampoco la retiró. Le gustó aquel pequeño gesto de cariño—. Se fueron alejando hasta que Erik acabó por marcharse a Oslo y todos los miedos de Magnus se cumplieron: perdió a su hijo. Pero su orgullo le jugó una mala pasada y nunca hizo nada por recuperarlo.

—Pero Erik volvió. Y le costó muchísimo.

—Sé que tú lo empujaste a reflexionar. Gracias, Inés.

Las dos sonrieron con complicidad. Inés no pudo aguantar más y era el momento perfecto. Si no lo hacía ahora, no tendría otra oportunidad de hacerlo.

—¿Es cierto que Erik estuvo a punto de casarse? Me contó algo sobre Nora. —No quería mentirle a Jana, ya estaba estirando al máximo la información que tenía, así que no siguió por ahí—. ¿Y la casa de la que hablaba Maia?

—¿De qué hablaba Maia? —interrumpió una voz masculina llena de curiosidad.

Erik entraba en ese momento en la cocina, con la ropa de montaña puesta y con Emma en brazos, llorando con hipo. Inés cerró la boca y se puso roja como un tomate, pero él estaba entretenido en consolar a la pequeña con besos, juegos y cosquillas.

—¿Qué le pasa? —preguntó ella, y lo relevó para cogerla y que pudiera ponerse la cazadora. La niña frunció su boquita rosada en un mohín de enfado y escondió el rostro en su cuello.

—Maia le acaba de decir que no viene con nosotros a la nieve. Os quedáis todo el frente femenino: tú y mamá, Maia y la enana —informó Erik, mientras se ponía la cazadora, le daba un beso a su madre en la frente y la arrastraba a ella junto con Emma hacia la puerta mientras los mellizos bajaban la escalera en tromba. Corbyn los seguía con expresión resignada—. Ven aquí, Inés. Deja a Emma con mamá.

Y ahí estaba su vikingo escandaloso, expansivo y arrollador. Inés se vio envuelta por sus brazos y estrechada contra su pecho. Cerró los ojos e inspiró el aroma fresco y deportivo que exhalaba y, de pronto, el suelo desapareció bajo sus pies y notó el vértigo de recibirlo en su boca. Nunca se cansaba de besarlo. Hundió los dedos en su melena y lo apretó con fuerza.

—¡Ay, el amor, el amor! —se burló Maia, que cogió a Emma del regazo de su madre—. Dais auténtico asco. Venga, ¡idos ya! Es tarde y os vais a tragar todo el atasco.

Tras unos minutos de caos, por fin se marcharon.

Inés subió a arreglarse con una extraña sensación de vacío. No se había separado de Erik desde que habían llegado a Noruega. Llegar en

viernes a casa de Jana había sido una locura, el fin de semana todos estaban allí. Hasta Kurt, el hermano mayor de Erik y Maia se dejaba caer con su familia. Se arregló un poco. Desde que estaban allí no había usado más que ropa técnica de montaña, jerséis gordos y pantalones. Se puso un vestidito de lana gris perla, unas medias tupidas negras y sus botas planas de ante. Trenzaba su pelo frente al espejo, cuando Maia entró en la habitación.

—Ha venido alguien que quiere conocerte —anunció con tono ominoso—. ¡Vamos!

Bajaron de nuevo hacia la cocina. ¿Quién sería? Desde allí se escuchaba la televisión con dibujos animados en el salón, e Inés alcanzó a ver que Maria, la mujer de Kurt, le daba el pecho a su hija. Hizo amago de saludarla, pero Maia tiró de ella.

—¡Muévete!, esto es más importante.

Cuando Inés entró a la cocina casi le dio un infarto. Abrió la boca, luego la cerró, y la volvió a abrir en un intento de balbucear un saludo.

Era una mujer imponente. Alta, rubia, con una obesidad obvia, pero exudaba una seguridad tan apabullante que no la veías. Vestía de manera *sexy* y agresiva. Inés envidió la manera en que defendía aquellos *leggings* negros, la camisa negra con transparencias bajo la que llevaba una camiseta ceñida de licra y las botas de cuero con tacón.

—Hola. Soy Peta. Tú eres Inés.

Estrechó la mano que ella le tendía con desconcierto. No se lo esperaba. Ni se le había pasado por la cabeza conocerla porque, básicamente, prefería borrar el hecho de que Erik se había acostado con ella. Mierda. Una serie de imágenes no bienvenidas se cruzaron en su imaginación. Aun así, hizo de tripas corazón, compuso una amplia sonrisa y asintió.

—Hola, Peta. Encantada de conocerte.

—No. Encantada no estarás. Pero ya cambiaremos eso. Venga, coge tu abrigo. —Inés volvió a mirarla como si se tratara de un marciano—. Vamos a tomar algo tú y yo solas en el Riso. ¡Maia! —gritó con la voz de una valquiria encarnada—. Me llevo a Inés. Ya vendremos por la tarde. O por la noche. Si es que volvemos.

—No, por favor, Peta. ¡No puedo beber más! —dijo Inés, empujando la mano tatuada con otro chupito de Akvavit que acabó por derramarse sobre la mesa—. Ya estoy más que borracha y quiero que sigas contándome cosas de Erik.

Llevaban más de dos horas hablando de anécdotas infantiles que no tenían demasiada importancia: una vez que se escapó de casa y acabó escondido y llorando en la cama de Peta por una injusticia paterna terrible a los diez años. Su primer tatuaje, que le hizo a los dieciséis, cuando ella aún estaba aprendiendo, y el castigo que le cayó en casa.

—Le hice un churro horroroso. Quería que le tatuase el perfil del Galdhoppigen, que es la montaña más importante de por aquí —dijo Peta a carcajada limpia—, ¡y más bien parecía una mierda! Más adelante se lo tapé con la proa del *drakkar*, el barco vikingo, y las runas.

Inés asintió. Conocía de memoria cada trazo de su espalda, cada mínimo detalle, los matices de azul de las flores y el recorrido de las venas y arterias del corazón.

—Peta, ¿puedo preguntarte algo?

Ella puso los ojos en blanco y se tomó otro chupito a palo seco.

—No hagas eso. Pregunta y ya está. Odio los rodeos.

—¿Por qué Erik y tú no habéis sido pareja? Pareja estable, me refiero.

Peta se echó a reír otra vez. Echó la cabeza hacia atrás, apartando su larga melena rubia, y apoyó las palmas sobre la mesa en un gesto expansivo. Una risa sincera, abierta, franca y espontánea que provocó un sentimiento cálido y reconfortante en el pecho de Inés. Fue el momento en que entendió que sí llegarían a ser amigas.

—¿Estás loca? ¿Con lo intenso y exigente que es? Erik es un auténtico tocapelotas, Inés —dijo con un tono confidencial a la vez que travieso—, si te digo la verdad, no sé cómo lo aguantas.

—Porque no lo aguanto. Lo pongo en su sitio siempre que se lo merece.

Peta la miró con sarcasmo, arqueando una ceja rubia, perfecta y con dos *piercings* en la punta.

—¿De verdad?

—No.

Las dos se echaron a reír de manera escandalosa y el camarero se acercó a llamarles la atención, solo a medias en broma.

—Bah, ¡estamos de celebración! —dijo Peta sin hacerle ni caso—. Mejor tráenos unas salchichas de reno, una ensalada grande de tubérculos y una cesta de bollos de canela.

Comieron con apetito. Inés agradeció comer algo sólido después de tanto alcohol, y su conversación de locas se serenó un poco y se tornó más íntima. Aprovechó para preguntarle lo que la llevaba reconcomiendo desde que había escuchado que tenía una casita de la que no sabía nada.

—Oye, Peta. ¿Erik tiene una casa aquí? Porque nos vendría bien pasar un poco de tiempo solos.

Ella la miró, reacia. Inés sabía que la estaba poniendo en un aprieto, pero compuso una expresión atenta y esperó.

—Esa casa lleva abandonada más de diez años, Inés.

La contundencia de la frase la golpeó con fuerza.

—¿Cómo?

—En esa época, Erik estaba con la única mujer de la que yo creo que se ha enamorado. A parte de ti, claro. —Inés apartó la punzada estúpida de celos, aquello era demasiado importante—. Iban a casarse. Erik acababa de terminar la residencia de Cardiocirugía en el Hospital Universitario y llevaban viviendo juntos menos de unos meses cuando Nora lo abandonó.

—¿Lo abandonó? —No paraba de hacer preguntas tontas, pero era imposible salir de la sorpresa.

—Me va a matar. Estoy segura, pero ¡qué más da! Espero que así me perdones.

Inés se puso seria de golpe. Vaya. Llegaba la fase de la sinceridad descarnada.

—No tengo nada que perdonar, Peta —dijo ella, incómoda y molesta. No podía evitarlo.

—Yo no sabía que teníais una relación cerrada. Si lo hubiese sabido, jamás habría pasado. —Fue la primera vez que Inés percibió inseguridad y titubeo en la personalidad arrolladora de Peta—. Puedes creerme.

—Erik necesitaba consuelo en un momento muy duro de pérdida. He aprendido a... —¿a qué, exactamente? Inés se tomó unos segundos para poner en orden sus pensamientos. Peta esperaba con los ojos ansiosos y fijos en ella—, a asumir que eres importante en su vida y que, además, estabas en ella antes que yo. No me malinterpretes, no me gustó. —Inés quería dejárselo bien claro. Aunque arrastrase un poco la voz y le repitiese la salchicha de reno—. Me costó encajarlo. Pero vosotros los noruegos estáis chalados respecto al sexo y las relaciones. Ya me adaptaré.

Se quedaron conversando un poco más, hasta que Peta decidió que tenían que visitar su estudio y pagó la cuenta, pasándole por encima como una apisonadora.

Caminaron bajo la oscuridad clara del invierno ártico, que a Inés la fascinaba. No eran más que las cuatro y media de la tarde y no había atisbo de luz solar. El frío, seco y penetrante, congeló sus pulmones y la hizo toser. Peta se echó a reír.

—¡Tienes que respirar por la nariz! Vamos. Creo que te gustará.

Llegaron a un pequeño local, estrecho y alargado. El vestíbulo frente a la recepción era una explosión de colores. Inés se quedó pasmada ante el despliegue artístico de su nueva amiga. Las paredes estaban tapizadas con cuadros con un sencillo marco dorado y paspartú blanco muy elegante, que destacaban las imágenes de los tatuajes.

—Son todos míos, a excepción de algún colega invitado —dijo con orgullo. Señaló un conjunto de imágenes situado en un lugar destacado por una cuidada iluminación—. Mira, aquí están los de Erik.

Inés estudió las líneas conocidas, con colores algo más intensos, en la espalda de Erik. Se veía también parte de su nuca y su melena rubia. Tuvo que apartar el pellizco de nostalgia que la inundaba cada vez que no estaban juntos y, por primera vez en aquel día tan raro, tuvo ganas de marcharse. Miró el móvil, pero recordó que tenía desconectados los datos o se arruinaría. Quizá podría pedirle a Peta la contraseña de la Wifi.

—Erik viene en camino, no hace falta que disimules con el móvil. Me ha puesto ochenta y cinco emoticonos de *El Grito* de Munch cuando le he dicho que estabas conmigo —dijo soltando un carcajada. La cogió del brazo para llevársela a la zona de la clínica, que era como ella llamaba a la salita donde tatuaba—. Este es mi pequeño quirófano. Aquí hago los *piercings* y

los tatuajes.

Inés estudió los agresivos pendientes de acero quirúrgico, con puntas e incrustados de cristal. Se estremeció al imaginar el dolor que debió sentir Erik al perforarse los pezones.

—¿También le hiciste los *piercings* a Erik?

—Algunos, pero se los quitó hace tiempo. Los pezones creo que se los hizo en Holanda. Cuando estudiaba Medicina, se paseó por toda Europa de Erasmus. —Peta buscaba una foto en un álbum de fotos e Inés se acercó—. Mira. ¡Qué locura! Esta es de hace casi veinte años. Menos mal que se le cerraron los agujeros o su cara parecería un alfiletero.

Inés reprimió una carcajada al ver a un Erik de unos dieciocho o diecinueve años con varios aros en las cejas, en las orejas y uno en la nariz.

—¡Qué horror! Está horrible. Por favor, ¡déjame sacarle una foto con el móvil! —dijo Inés. Fotografió la imagen un par de veces—. La guardaré como material de chantaje.

—Eres lista, ¡me gusta!

Las dos se echaron a reír con complicidad. La había juzgado mal. Era una mujer formidable: divertida, sincera, leal y buena amiga. Tenía que reconocer que Peta había logrado derribar todas sus defensas.

—Los *piercings* tienen su punto. En especial, en los pezones. Las sensaciones son una pasada —dijo la valquiria poniéndole unas barras de acero, similares a las que Erik llevaba, en la palma de la mano—. ¿No te gustaría hacerte uno? En el ombligo quedan muy sexy.

—No. Ni loca —dijo Inés, negando con efusividad. Recordó algo que sí llevaba pensando desde hacía tiempo, y que recordaba cada vez que besaba o recorría con los dedos los tatuajes de Erik—. ¿Qué tal un tatuaje? Pequeñito, aquí. —Señaló un poco más abajo del hueco del codo—. ¿Podría hacerse?

—Claro. ¿En qué estás pensando? —Peta se quitó la cazadora y se arremangó la camiseta ajustada. Inés admiró fascinada la tupida imagen de vivos colores que cubría por completo no solo sus manos, sino también los antebrazos. ¿El resto de su cuerpo estaría tatuado también?—. Inés, ¿qué te gustaría?

Ella volvió en sí y cerró un momento los ojos. Sabía perfectamente lo



que quería.

—Un corazón anatómico. Igual que el de Erik. ¡No tan grande! —dijo, riendo al ver la cara de susto de Peta—. Pequeñito, de un par de centímetros. De color morado.

—Lo tienes muy claro.

Inés asintió y un cosquilleo recorrió su abdomen. Iba a hacerlo. Iba a atreverse.

—Ven conmigo.

Peta la condujo de vuelta al escritorio de recepción y buscó algo en el ordenador. Inés no prestaba demasiada atención. Los nervios comenzaban a traicionarla.

—Este es el corazón de Erik. Es un diseño mío y quizá tiene demasiado detalle para lo que tú quieres. —Borró algunas sombras y líneas, conservando las principales, y disminuyó su tamaño al solicitado por Inés—. ¿Qué tal algo así?

—Es precioso. Eres realmente una artista, pero quizá quede un poco...

—¿Un poco duro? Sí. He pensado lo mismo. Déjame probar algo.

Imprimió la plantilla y, con un plumín muy fino, dibujó unas flores en torno al arco aórtico y el tronco pulmonar. Trabajaba a una velocidad alucinante mientras sonaba de fondo una canción de *Black Metal* que en su estribillo repetía *Fuck the World*. En unos pocos minutos tuvo un diseño lleno de color.

—¿Qué tal así?

—¡Es perfecto, Peta! —dijo Inés—. Vamos. Házmelo ahora, o me arrepentiré.

—¿Estás segura? —insistió ella, imprimiendo seriedad a su tono de voz—. Un tatuaje no es un *piercing*, Inés. No se puede poner y quitar. Es para siempre, o debería serlo.

—Lo estoy.

Erik las encontró cuando Peta ya estaba terminando con los últimos detalles. Entró con precaución y esbozó una sonrisa sorprendida al ver a Peta trabajar, concentrada, y a Inés roja como un tomate y con los dientes

apretados de dolor.

—¿Un tatuaje? No me lo esperaba de ti —dijo Erik, y le dio un beso en los labios—. Me ponen mucho los tatuajes.

—No me mováis, que ya acabo. —Limpió la sangre y la tinta de la zona con antiséptico y les mostró el resultado. Erik soltó una exclamación admirada en noruego e Inés no podía hablar porque tenía la mandíbula entumecida. Era maravilloso. Personal. Muy suyo. Y a la vez muy de él.

—¿Te vas a tatuar mi nombre debajo de ese corazón?

—¡Ni hablar! —dijo Inés riendo, atenta a los cuidados de Peta sobre la nueva marca en su piel. Le puso una pomada cicatrizante y la cubrió con film transparente—. Eso es demasiado definitivo.

—Eh, que yo me he tatuado el tuyo y bien grande —replicó él, indignado. Ella lo besó en los labios de nuevo y luego en el pecho, justo encima de donde sabía que estaba su nombre.

—Y me encanta. Pero yo ni loca me tatuaría algo así.

Inés ignoró el gruñido enfadado de Erik y se bajó la manga del vestido de lana con cuidado por su antebrazo. Tenía la zona sensible. No era dolor. Era más bien un ardor insistente que le recordaba que llevaba un grabado en su piel. Empezó a pensar en el siguiente.

Peta los llevó a su minúsculo apartamento, justo en el piso superior del estudio. Inés pensó que se disgustaría al ver dónde Erik y ella se habían acostado, pero no fue así. Más bien sonrió al ver la cama desordenada, llena de revistas de diseño de tatuajes y ropa tirada por todas partes. Era una etapa que Erik había dejado atrás en su juventud, pese a la recaída. Peta parecía anclada en la adolescencia tardía. Él había evolucionado. Siguieron conversando y se tomaron un par de cervezas, hasta que Erik comenzó a bostezar.

—Es tarde. Le prometí a tu madre que la ayudaría con la cena —dijo Inés, alarmada por lo rápido que había pasado el día—. Peta, no me has dicho lo que te debo por el tatuaje.

—¿Estás loca? Es un regalo. Solo mándame una foto en un par de semanas, cuando ya se vea bonito, y lo enmarcaré junto al de Erik —dijo Peta. Los acompañó a la salida en el piso de abajo—. Toma, Inés. Crema. Lávalo con agua y jabón un par de veces al día. Es normal que se caigan

trocitos de piel impregnada de tinta. Ponte esto con una capa generosa y durante los primeros días, oclúyelo con film.

—¡Ya se lo vigilaré yo! ¡Gracias Peta! —dijo Erik, que la empujó con suavidad y cierta impaciencia—. Venga, vamos, que se ha puesto a nevar y tenemos que ir andando. Hace un frío de pelarse.

—Vaya vikingo de mierda estás hecho —se burló Peta al ver cómo se frotaba los brazos sobre la cazadora—. Espero veros antes de que volváis a Chile. Y si no, pues buen viaje.

Así era ella. Y a Inés la había conquistado.

## *La sauna*

Salieron del coqueto estudio de Peta abrazados y entre risas, pero el frío hizo que Inés se estrechara contra su cuerpo y Erik pasó el brazo sobre sus hombros. Se moría por preguntarle de qué habían hablado ella y Peta, pero ella avanzaba con dificultad por la calle nevada y miraba los escaparates de las cafeterías con anhelo.

—Hace un frío de morirse —se quejó, agachando la cabeza contra el viento que les azotaba la cara—. Voy a meterme en la cama y no salir hasta mañana.

—No, a la cama no, que es muy pronto.

—¿Pronto? ¡Pero si es noche cerrada!

—Inés, estamos en el Círculo Polar Ártico. En estas fechas, amanece a las once de la mañana y se pone el sol a las doce del mediodía. ¡Son solo las siete! —dijo Erik riendo, y le señaló la esfera de su reloj—. Date prisa, o nos quitarán los mejores sitios.

La caminata de casi tres cuartos de hora le vino bien para despejar la cabeza de los últimos restos de Akvavit, aunque ahora el tatuaje en el antebrazo le ardía bastante y su estómago rugía de hambre. Cuando entraron en la casa, la encontraron sospechosamente silenciosa.

—*Hallo?* —gritó Erik en la cocina. Nadie contestó. Inés abrió la alacena de los dulces y atacó los bollos de canela—. Deja eso, vamos. Deben de estar fuera, en la sauna.

—Necesito comer. No pude con la salchicha de reno a la que me invitó Peta y me muero de hambre.

—De acuerdo, te espero allí. ¡No tardes!

Se quedó sola en la cocina e intentó poner en orden sus pensamientos. Entre Peta y la madre de Erik le habían dado información para extorsionarlo de por vida. Se echó a reír al imaginarlo como un adolescente rebelde,

melenudo, lleno de *piercings* y tatuajes, solo contra el mundo. Pero Peta no había soltado prenda sobre la casa y sobre su pasado con Nora.

Se sirvió un vaso de leche fría y se zampó otro rollo de canela. Los hacía Jana, caseros, y estaban de rechupete. Tenía que pedirle la receta. Y a Erik, sonsacarle con mano izquierda sobre aquella parte de su vida sobre la que permanecía tan cerrado.

Subió a la habitación y se felicitó por meter un bikini en el último momento. «Por si acaso», había pensado, no muy convencida, porque no pretendía nadar en el invierno ártico, pero ahora le venía de perlas. Se calzó las botas de nieve, porque tendría que atravesar el jardín, se envolvió en la toalla que Erik había dejado para ella sobre la cama y corrió hasta la casita de madera de la que emanaba un humo blanco y caliente.

—¡Cierra la puerta! —gritaron todos a la vez, en tres idiomas distintos, en cuanto abrió.

Todos estaban allí. Jana, Maia y Corbyn con sus tres hijos, y Erik. Y todos estaban desnudos. Mierda. Inés notó cómo su cara se teñía de fucsia y no por el calor asfixiante de la sauna.

—¿Por qué tiene un bañador puesto, mamá? —dijo Anders, que ladeó la cabeza con curiosidad y la señaló con el dedo. Inés quiso que la tierra se la tragase—. Esto es una sauna, no la piscina del cole.

Siete pares de ojos expectantes la miraban. Erik, además, estaba descojonándose de la risa. Literal. Igual que Maia.

—¡Venga! ¿A qué esperas? Te he guardado un sitio —dijo, y palmeó las tablas de color claro—. Quítate eso, estarás más cómoda.

—Trae la toalla si lo prefieres, Inés. —Jana se apiadaba de ella, aunque también estaba muerta de la risa. Pero era más elegante que su hijo y al menos intentaba disimularlo.

—No te preocupes, Inés. Te acostumbrarás a la locura de esta familia —dijo Corbyn en pura solidaridad de extranjeros en una tierra extraña—. Si yo he podido, que soy inglés, ¡tú lo lograrás!

Inés sopesó la probabilidad de salir corriendo de vuelta a la casa, pero acabó por quitarse el bikini frente a todos entre risas, dejarlo colgado en el pomo de la puerta, y avanzar con toda la dignidad que pudo reunir hasta el sitio junto a Erik, que la abrazó y la besó.

—¡Quita! Podías haberme avisado —lo reprendió en voz baja, empujándolo.

Los demás ya no le prestaban atención y charlaban entre ellos, animados. Los niños no podían estar quietos y se encaramaban a los bancos a distintas alturas, jugando sin que la humedad ni el calor sofocantes parecieran molestarlos en lo más mínimo. Maia cogía agua con un cazo de metal y regaba las tablas, bajo las que estaban las fuentes de calor radiante. Inés creía que iba a desmayarse, pero Erik le alargó un vaso de agua con hielo y limón.

—Toma, bebe esto. Te ayudará.

—Me salvas la vida —murmuró Inés.

—¿De qué has hablado con Peta? —dijo en un tono que intentaba ser casual. Ella lo miró, divertida.

—Oh, de muchas cosas. Ha sido muy ilustrativo y me ha encantado conocerla.

—¿En serio? —Advirtió el tono de ansiedad de su voz y apretó sus dedos sobre la madera caliente.

—Sí. Me ha conquistado. Es una mujer especial.

—Lo es. Y la mejor amiga y aliada que podrás tener —dijo Erik en un susurro para evitar que los demás lo escucharan—. Ha estado siempre ahí para los momentos duros y sé que será incondicional contigo también.

—Es bueno saberlo —dijo Inés, pensativa, mientras se tocaba el tatuaje cubierto con el plástico. El esparadrapo se estaba despegando por el calor—. Y no tienes nada de qué preocuparte, hemos hablado de cuando erais pequeños, de tu etapa de rebelde sin causa. ¡He visto unas fotos en las que dabas miedo! —Erik se echó a reír y la besó en los labios—. Pero cuando le he preguntado por Nora y por tu casita, se ha cerrado en banda y me ha dicho que, mejor, eso me lo cuentes tú.

Arqueó una ceja, clavó los ojos grises en él y cruzó los brazos, expectante. Erik la abrazó y soltó una carcajada que no supo interpretar. ¿Amarga? ¿Irónica, tal vez?

—Eh, será mejor que no te hagas muchas ilusiones, Inés —dijo Maia con malicia, salvándolo de tener que contestar—. Con esta sesión de sauna, y lo agotados que han llegado de la montaña, ¡no se le va a levantar ni con un milagro!

—Oye, hermanita. Yo no conozco tu experiencia en lo que a saunas y erecciones se refiere. Sin ofender, Corbyn —replicó Erik haciéndole un gesto a su cuñado, que se encogió de hombros con resignación. Aquí les caía a todos, al parecer—. Pero te aseguro que jamás le he fallado a Inés ni a ninguna otra mujer. Y, además, tengo un remedio infalible para que se te quite la modorra de encima.

Se puso de pie, estirándose con desvergüenza, y recibió una palmada divertida en el trasero por parte de su madre. Inés no sabía dónde meterse. Otra vez.

—Erik, compórtate. No hace falta alardear —lo riñó Jana, entre risas y gestos de negación con la cabeza.

—No alardeo. ¿Quién me acompaña? ¡Baño de nieve!

Soltó un grito guerrero, la cogió de la mano —casi se desmayó por levantarse tan de golpe y con el calor— y salieron corriendo seguidos de los mellizos para zambullirse en la capa blanca, de unos veinte centímetros de grosor, que cubría el césped.

—¡Estás cómo una cabra! ¡Todos estáis como una cabra! —farfulló Inés, que sentía cómo se le cortaba la respiración. Se revolcaron sobre la nieve como si fueran niños. Entre carcajadas. Compartiendo una felicidad desconocida e ingenua.

—Ven, Inés. ¡Es suficiente, Erik! —dijo Jana, vestida con un albornoz y abriendo una toalla para envolverla—. Vas a conseguir que se ponga enferma. Venga, ¡todo el mundo adentro!

No había duda de quién mandaba en aquella casa. Al entrar, se armó el jaleo habitual de las duchas y las cenas. Inés se encontró con que tenía que reprimir bostezos, apoyada en la mesa, y que cabeceaba cada dos por tres, agotada.

Cuando se metieron en la cama, Erik no se quitó el pijama. Inés lo miró, interrogante.

—Maia tiene toda la razón, la sauna te deja fuera de combate —dijo riendo. Se abrazaron bajo las mantas sin ninguna intención de hacer otra cosa que dormir—. ¿Pongo Netflix?

—Si quieres —murmuró Inés, ya amodorrada.

No duraron ni un capítulo y ya dormían como bebés.





## *La casita*

Todo el buen humor de Erik de la noche anterior parecía haberse esfumado. Otra noche en la que no tenían sexo. Comenzaba a estar más que harto. Inés se despertó bruscamente cuando abrió la ventana y dejó entrar el frío de la mañana.

—¡No son ni las nueve! —protestó, y se escondió bajo el nórdico.

—Voy a ventilar. El ambiente está muy viciado, es lo que tiene dormir cinco personas en una misma habitación —dijo en un gruñido fastidiado.

Inés vio que Emma seguía allí, dormida en el sitio donde debía estar Erik.

—¿Los mellizos también han venido a dormir con nosotros? Ni me he enterado —dijo ella, riendo en voz baja—. ¿Dónde están?

—En el colegio, hoy se acaban las vacaciones de Navidad y toca volver a la normalidad. Emma se queda en casa con mi madre mientras sus padres trabajan. —Inés se sorprendió del tono enfadado y la tensión que advertía en sus hombros—. Por fin vamos a tener un poco de tiempo los dos solos. Vamos a desayunar.

No la esperó para bajar como los otros días. ¿Qué mosca le había picado? Se vistió sin hacer demasiado ruido para no despertar a la pequeñaja, y ralentizó el paso al bajar por la escalera al escuchar a Erik decir algo en voz alta. Bastante cabreado. ¿Discutía con su madre?

Dudó de si entrar en la cocina. No entendía ni un pimiento, pero sí se daba cuenta de que Jana parecía conciliadora con cada frase que decía, mientras que Erik hablaba en un crescendo furioso y alzaba cada vez más la voz.

Una presión angustiosa se apoderó de su pecho, ahora discutían a gritos. Jana perdía la paciencia o ya no estaba dispuesta a aguantar el tono de

su hijo. Puso la mano en el picaporte y la quitó de nuevo. Pero, entonces, Erik se puso a gritar. El tono bronco de su voz decía a las claras que lo veía todo rojo. Inés ya no aguantó más. Abrió la puerta de un empujón y se interpuso entre Erik y su madre.

—Eh, Erik. ¡Eh! —gritó, con los brazos en jarras y una expresión airada en el rostro—. ¿Cómo te atreves a hablarle así a tu madre? Pero ¿qué te has creído?

Jana se sentó en la silla y sujetó su frente con una mano temblorosa, visiblemente afectada. Erik pareció empequeñecer. Su rostro pasó del rojo furioso a una palidez nívea. Avergonzado, abrió y cerró los puños a ambos lados del cuerpo. Inés lo miró, sorprendida e indignada por su comportamiento.

—Inés, no te metas —dijo, controlando el tono de voz, pero con las venas del cuello aún hinchadas.

—No me meto —replicó ella, también más calmada, en inglés, para que Jana pudiera entenderla con claridad—. Yo no tengo ni idea de qué hablabais y por qué has llegado a gritarle así a tu madre. Ni me importa. Pero quiero que le pidas disculpas ahora mismo.

—Pero...

—Ahora.

Inés se apartó del lado de Jana, se cruzó de brazos y miró a Erik, esperando. Él se acercó a su madre arrastrando los pies. Parecía que tuviese diez años en vez de casi cuarenta.

—Mamá, perdóname. No debí gritarte. Lo siento.

Estaba arrepentido, Inés lo conocía muy bien. Siempre acababa lamentando sus pérdidas de control. Hacía meses que no lo veía así. Se acercó a su madre para darle un beso, pero Jana alzó la mano con firmeza.

—Ahora la que está enfadada soy yo. Gracias, Inés —dijo, dirigiéndose a ella con la única sonrisa que le vio aquella mañana—. No te mereces a una mujer como Inés, Erik. Más vale que le cuentes lo que quiere saber y que no sigas ocultándote tras tu fachada de frialdad y tu obstinación. Y a mí también me vendría bien perderte de vista unos días, así que, estamos en paz.

Se levantó y los dejó solos. Inés cerró la boca, que tenía abierta desde

que entendió que la discusión la involucraba, al menos en parte, a ella.

—¿Qué ha pasado, Erik?

Él le tendió el abrigo y se puso el suyo.

—Ven. Vamos a dar un paseo.

En vez de seguir calle abajo hacia el centro de Tromsø, Erik enfiló hacia el lado opuesto. Había una extraña quietud bajo las farolas encendidas, e Inés se dio cuenta de que faltaban los niños. Sonrió. El bullicio habitual de gritos, juegos y risas había desaparecido.

Se cruzaron con algún vecino que hizo un gesto rápido de saludo. Inés sonreía y la miraban con curiosidad. Era raro. Si había un trineo, esquíes o niños de por medio, la cordialidad era enorme. Si uno de esos factores no estaba involucrado, el trato entre los adultos desconocidos era bastante frío. Rozando la descortesía. Sonrió.

—Ahora ya entiendo por qué eras tan maleducado cuando te conocí.

Erik no pareció escucharla. Se detuvo frente a una casita de dos plantas semiadosada, igual a todas las de aquella zona de la urbanización, mucho más pequeña que la de Jana y con un jardín diminuto. Las ventanas estaban tapadas por unas contras de madera, clavadas a la fachada, que le daban un aspecto ciego. Todas las demás casas tenían un caminito excavado en la nieve, que se mantenía despejado a base de paciencia y palas. Allí, el jardín estaba cubierto de nieve y parecía abandonado.

—¿Es tu casita?

—Sí.

—¿Por esto estabas discutiendo con tu madre?

—La culpa es de Maia. Sacó el tema de una manera que me puso furioso —gruñó, exasperado, e intentó abrir la pequeña cancela de madera que cerraba un vallado ornamental que llegaba a la cintura de Inés—. Adoro a mi hermana, pero, a veces, es una metomentodo.

La nieve impedía la apertura y Erik terminó por saltar con agilidad por encima. Aterrizó y se enterró casi hasta las rodillas.

—Ven. Te ayudo.

Inés se encaramó en la cerca y aterrizó sobre el pecho de Erik. Se abrazaron, confortándose y alejando el momento tenso.

—Sé que necesitas tus tiempos, por eso no te he presionado más. Pero reconozco que me moría por saber más de ti —dijo Inés. Lo abrazó, casi no podía abarcar la circunferencia de su torso con el abrigo puesto—. En especial de esta parte de tu vida.

Erik asintió sin decir nada. Caminaron con dificultad el par de metros que los separaba de la entrada.

—Debí traer una pala —murmuró, mientras intentaba apartar con el pie la nieve que se agolpaba junto a la puerta.

Inés esperó, intentando ser paciente. Pero una expectación paulatina se apoderaba de ella a medida que él despejaba el camino. Tardó un mundo en encontrar la llave correcta. Y luego tuvo que forcejear un buen rato con la cerradura.

Inés entró en la casita con curiosidad. Buscó a tientas un interruptor, pero la luz estaba cortada.

—Tengo que dar de alta otra vez los servicios básicos. Si quieres, volvemos otro día.

—No pasa nada. —Ni loca se marchaba ahora que estaban allí y que parecía que Erik estaba dispuesto a abrirse—. Me vale con la luz del móvil. ¡Aunque hace más frío aquí dentro que afuera!

Se movieron en silencio, apuntando con los haces de luces las distintas estancias. Era una casa muy sencilla, pequeña. En la planta baja, el vestíbulo daba paso a la escalera, un salón comedor y una cocina pequeña. También había un aseo. Unos pocos muebles arrimados a las esquinas estaban cubiertos con sábanas y bolsas de plástico. Pero Inés veía las posibilidades pese al abandono y la oscuridad.

—¡Subamos! —dijo con entusiasmo.

Erik no decía ni una sola palabra. Caminaba tras ella con el ceño fruncido, los labios apretados y la mirada y los pensamientos muy lejos de allí.

—¿Hace cuántos años que no venías?

—Unos diez años —contestó a regañadientes.

—Háblame de Nora.

El distribuidor del piso de arriba daba a una habitación grande, dos

pequeñísimas y un baño un poco más completo que el de la planta inferior. Ahí se quedaron. Inés se sentó en la taza del váter y Erik se apoyó en el lavabo. A oscuras, sin poder ver la expresión de su cara, o quizá por ello, comenzó a hablar.

—Nora era profesora en la guardería para personal del Hospital Universitario. La conocí durante la residencia, aquí en Tromsø. —Apagó la luz del móvil e Inés hizo lo mismo. La casi completa oscuridad favorecía una conversación íntima—. Habíamos hablado alguna vez en la cafetería o en los pasillos. Es un hospital pequeño y acabas conociendo a todo el mundo.

—¿Cómo era?

—Es. Sigue siendo una mujer muy guapa. —Vaya. Inés encajó la punzada de celos y escuchó la descripción con los labios apretados, muy atenta a sus palabras—. Alta, rubia, con unas curvas de infarto. Siempre sonreía y siempre estaba rodeada de niños, así que fue ella la que me pidió que la acompañara a un café fuera del hospital.

—¡Qué lanzada!

Erik se echó a reír en la oscuridad.

—Supongo que eso fue lo que marcó la diferencia. La acompañé a ese café, a varios otros, después cenamos, me invitó a su casa... —Detuvo su relato justo a tiempo, no quería darle a Inés demasiados detalles—. Comenzamos a salir juntos y todo fue muy deprisa. Demasiado deprisa.

—¿Qué pasó?

—Ella tenía un pisito en el centro y yo pasé prácticamente a vivir allí. En cierto modo, no puedo culparla por hacerse ilusiones: hacíamos vida de casados —dijo Erik. El vaho de sus respiraciones llenó varias veces el espacio entre ellos antes de que siguiera hablando—. Formalizar nuestra relación parecía el paso natural y ella estaba tan ilusionada... Hasta yo estaba ilusionado con el proyecto —dijo, riendo con incredulidad—. Ella trabajaría en la guardería del hospital, yo me recibiría como cardiocirujano y me quedaría también en Tromsø.

—Un proyecto en pareja como tantos otros —dijo Inés. Erik asintió.

—Compré esta casita a mi nombre, ya que Nora tenía ya una propiedad y una hipoteca al suyo. —Adoptó un tono de voz evocador y lejano, estaba a años luz de allí—. Bastante bien de precio, porque aún estaba

terminando de construirse. Después de afianzar nuestra situación económica, tendríamos un hijo o dos. Tal vez tres.

—Lo teníais todo muy bien atado —murmuró Inés, fascinada y, en cierto modo, envidiosa de aquel plan de vida tan bien trazado—. ¿Qué pasó?

—Que era el plan de vida de Nora. No el mío. No me malinterpretes, yo amaba a Nora. No del modo en que te amo a ti —Inés sonrió ante la vehemencia de sus palabras y lo instó a seguir—, pero me encantaba llegar a casa y que ella me esperase con la mesa puesta, la comida caliente, y compartir mis preocupaciones y la rutina del día con ella.

—Vaya. Eso suena fatal —dijo Inés. No quería juzgar, pero le pareció un abordaje casi machista.

—Lo sé. Y por eso mismo, estaba destinado a fracasar. Me contrataron en el hospital y ella tenía un trabajo a media jornada en la guardería. Ella decía que era el momento perfecto para tener hijos. —Se sentó en el borde de la bañera y apoyó los codos sobre las rodillas. Inés no se atrevió ni a respirar para no interrumpir el hilo de sus pensamientos—. Pero yo estaba acabando mi tesis sobre el abordaje quirúrgico del ventrículo izquierdo hipoplásico y viajaba continuamente a Oslo. Allí, gracias a mi abuelo, pude operar en varias cirugías complejas.

—Y comenzaron a hablar del joven Erik Thoresen. ¿A que sí? —dijo Inés. Podía imaginárselo: alto, rubio, arrogante hasta rozar lo despótico, nieto de una eminencia. Y encima un maldito genio con el bisturí en la mano—. Te ofrecieron un trabajo.

Erik se echó a reír.

—Tienes demasiada fe en mí, Inés. No fue eso. Si hubiera sido así, creo que Nora se hubiese marchado a Oslo conmigo. —Inés comenzaba a tener frío y se sentó en el regazo de Erik. Él la abrazó—. Me ofrecieron un puesto de becario, con un sueldo de mierda, y la posibilidad de ganar algo más como ayudante de los cirujanos adjuntos.

—Mano de obra barata.

—¡Y tanto! Casi como en el San Lucas —rio él. Se dieron un beso en los labios—. Pero cuando estás empezando, no lo ves como algo malo. Yo estaba en una nube: ¡los peces gordos de la cardiocirugía de Oslo me habían echado el ojo y me ofrecían una oportunidad! Tenía que aprovecharla. Pero

Nora no lo interpretaba así.

—¿Ya vivíais juntos aquí?

—Sí. Ella pasaba sola la mayoría del tiempo, porque yo viajaba a Oslo casi todas las semanas y comencé a quedarme cada vez que podía.

—¿En tu hospital te dejaban?

—Para el Servicio de Cardiocirugía era importante que yo terminase mi tesis y me apoyaron, pero Nora comenzó a resentir el tiempo que estábamos separados y comenzaron los reproches. Oye, se me está durmiendo la pierna. —Inés chasqueó la lengua con fastidio y volvió a sentarse en la taza del baño—. Cuando le conté, todo ilusionado, que me hacían hueco en el Hospital General de Oslo, me llevé un chasco.

—¿No te apoyó?

—Para ella, yo renunciaba a una plaza de adjunto, con sueldo íntegro y plenos derechos, por una situación mucho peor, lejos de nuestras familias y con un sueldo de mierda. «Así no podemos tener hijos, Erik».

—Ay —gimió Inés.

—Conseguí que mejorasen un poco mis condiciones en Oslo. Mi jefe de aquí escribió una carta de recomendación inflando mis méritos y poniéndome por las nubes. Él entendía la posibilidad. Pero tampoco fue suficiente para Nora. La sentía cada vez más distante e infeliz.

—Ya sé que estás cansado, te lo noto en el tono de voz —dijo ella al advertir su impaciencia. Había vuelto a levantarse y ahora deambulaba en la oscuridad en el espacio estrecho del cuarto de baño—. Pero, por favor, termina la historia. ¿Qué pasó?

—Le pedí matrimonio como una manera de retenerla, pero ella lo interpretó como una renuncia a la oportunidad de Oslo y la luz verde para tener hijos. —Inés se sobrecogió por el dolor que percibía en sus palabras, aún después de tanto tiempo—. Yo tenía veintiocho años, comenzaba a labrarme un nombre como cardiocirujano y mi vida estaba en el quirófano. Los hijos eran algo muy remoto para mí. Ella también tenía veintiocho y quería ser madre antes de los treinta.

—¿Cuánto tiempo aguantasteis así?

—Casi un año. Nuestra vida se transformó en un infierno de

reproches, rencor soterrado y soledad. Ella era infeliz conmigo y yo solo era feliz en el hospital. Poco antes de cumplir un año en esta casa, Nora me dio un ultimátum: o ella o la cardiocirugía.

—Y aquí estamos —susurró Inés, impresionada por el calibre de la disyuntiva que Nora le había presentado—. Creo que fue muy injusto que te hiciera elegir.

—Tal vez. Pero yo jamás debí llegar al punto de ponerla a ella en esa tesitura. Debí terminar con todo aquello mucho antes. Y eso es todo. —Quería zanjar el tema de una vez y su tono de voz fue rotundo—. ¿Algo más que quieras saber?

Erik apretó los labios y sostuvo su mirada, casi desafiándola. ¿Qué opinaría ahora de él? Durante unos segundos escasos, se arrepintió de su arranque de sinceridad. Pero entonces Inés sonrió, desarmándolo por completo.

—Es una historia preciosa —dijo, y buscó su mano a tientas en la penumbra—. Pero es eso, historia.

Resuelta, caminó hasta la habitación principal. La siguió como un autómatas. Inés abrió el amplio ventanal con dificultad y una nube de polvo se mezcló con el vapor de agua que exhalaban con sus respiraciones. Apoyó las manos, tanteando la firmeza de las contraventanas, y empujó. Con fuerza. El crujido de la madera le arrancó una sonrisa de satisfacción.

—Ayúdame, ¡vamos, tonto! —arengó, riendo. Erik salió de su letargo, sorprendido, y apoyó las manos junto a ella—. A la de tres: uno..., dos..., ¡tres!

Las contraventanas cedieron y se abrieron, golpeando con fuerza la fachada. La luz tenue del mediodía ártico entró a raudales y llenó de color el hasta entonces lúgubre espacio. Erik estornudó y se cubrió con la mano los ojos claros.

—Está todo lleno de polvo y hecho un desastre —gruñó. Pero un estado muy parecido a la esperanza se instaló en su pecho. Inés ya había abierto la siguiente ventana y lo esperaba, con esa sonrisa por la que moriría una y mil veces.

—Vamos. Nos espera un trabajo duro.



Pasaron los días antes de marcharse a Chile escogiendo colores para las paredes, dando de alta la electricidad, el agua, el teléfono, y reparando las ventanas. La fachada exterior exhibía unas grietas preocupantes y el tejado necesitaba un arreglo a fondo, pero no podrían hacer nada hasta la llegada del verano. Pero el interior, aunque era pequeño, ofrecía un sinfín de posibilidades.

Inés borró del interior de la casa cualquier atisbo de su vida anterior. Erik agradecía que ella hubiese tomado las riendas y contemplaba con una sonrisa cómo daba órdenes a los pintores, fontaneros, carpinteros y demás personal que se afanaba en adecentar, a marchas forzadas, la pequeña casita. De lo primero que quiso deshacerse fue de los pocos muebles que quedaban. Con la ayuda de Maia y su madre, contagiadas por la actividad arrolladora de Inés, organizó una venta de garaje que tuvo un inusitado éxito. Todo el vecindario se acercó para llevarse algo, aunque fuese una silla, con la excusa de conocer a la mujer que había enganchado a Erik Thoresen.

Que Nora apareciese por allí era solo cuestión de tiempo.

Ellos volvían después de comer algo en casa de su madre y Erik la divisó de pie frente a la puerta del jardín, con un cochecito de bebé y dos críos a su lado. Observaba con una expresión extraña el trasiego de los pintores en el garaje, recogiendo los enseres tras finalizar la jornada de trabajo.

Inés notó que Erik ralentizaba el paso y lo miró con curiosidad.

—¿Qué ocurre?

Él la ciñó con aún más fuerza a su costado y apretó el paso con determinación. Mejor ahora, antes de que perdiese el coraje.

—Ven. Quiero presentarte a alguien.

Vio en el rostro de Inés, que pasó de la expresión risueña de siempre a una mueca tensa de seriedad, que había comprendido quién era al instante. Llegaba el momento de cerrar un capítulo de su vida que consideraba uno de sus mayores fracasos.

—Hola, Nora.

La mujer rubia, de una belleza serena, se volvió sorprendida. Un relámpago de tristeza cruzó sus ojos antes de iluminarse con una alegría auténtica.

—¡Erik! ¡El hijo perdido vuelve a Tromso! —Se abrazaron brevemente, e Inés permaneció en segundo plano. Sonrió, algo forzada, cuando ella se volvió a estudiarla con curiosidad—. Y tú debes ser la mujer que ha conseguido enamorarlo —añadió, estirando la mano para saludarla en un gesto cargado de formalidad.

Inés amplió su sonrisa ante la traducción de Erik, la tomó de la mano, y la atrajo hacia ella para darle un beso en la mejilla con tal naturalidad, que Nora no pudo hacer otra cosa que corresponder. Ella lo había dicho, había conseguido enamorarlo. Y eso la llenó de seguridad.

—Creo que lo he engatusado por una temporada —dijo Inés en inglés, sabedora de que la mujer la entendería—, ¡espero que el hechizo dure! Encantada de conocerte.

Ambas mujeres rieron y Nora se volvió de nuevo hacia Erik.

—¿Vas a vender la casa? He visto que le estás haciendo unos arreglos.

Erik se encogió de hombros y señaló a Inés.

—Todo esto es culpa suya. Lo cierto es... La verdad es que hacía años que no entraba.

—Me alegro de que la estés recuperando, es una casita preciosa y se estaba deteriorando mucho —dijo Nora con cierta tristeza. El bebé que llevaba en la silla emitió unos lloriqueos de protesta y ella lo arropó y puso un juguete a su alcance para entretenerlo—. Necesita vida, gente en su interior. ¡Y pensar que tiene una década y no vivimos ni un año en ella!

No pudo identificar ni un atisbo de rencor en su voz. Tan solo cierta nostalgia. Se sorprendió al darse cuenta de que él sentía lo mismo; tras haber acorazado su corazón ante el dolor de perder a la única mujer de la que había estado enamorado de verdad, Inés había conseguido despojarlo de la armadura y ahora su corazón latía sin heridas. Sin miedo de enfrentar el dolor.

—Mamá, ¡me aburro! —se quejó una vocecita infantil, que tironeaba de la parca acolchada gris de Nora—. Y hace un poco de frío, ¿nos vamos a casa ya?

La mujer despertó de la ensoñación en la que parecía estar sumida y se inclinó hacia su hijo. Recolocó el gorro de lana que cubría su pelo rubio y

acarició su mejilla con la mano enguantada.

—Claro que sí, cariño. Ve a jugar un momento con tu hermana mientras me despido.

El niño se alejó hasta la cerca de madera donde estaba trepada la niña y Nora se volvió de nuevo hacia ellos.

—Ha sido bueno verte otra vez, Erik —dijo con seguridad, como reafirmando de algo que sabía hacía mucho tiempo—. Dime si quieres poner la casa a la venta para incluirla en la inmobiliaria. Inés... —se inclinó hacia ella, y esta vez fue Inés la que recibió un beso amistoso en la mejilla—, ¡mucha paciencia con este hombre!

Ambas se echaron a reír de nuevo y Erik frunció el ceño, sin estar muy seguro de aprobar aquella connivencia contra él.

—Es un buen consejo —aseveró Inés, que lo abrazó de lado cuando inició una protesta. Lo sujetó de la cintura con posesividad, pero ella no le prestaba atención, centrada ya en sus hijos.

—¡Os deseo lo mejor ambos! —dijo Nora, alzando la voz, cuando ya se alejaba calle abajo mientras empujaba el cochecito seguida por sus retoños.

Esperaron, abrazados, a que se perdieran en el barullo de la calle.

—¿Mejor? ¿Más tranquilo? —preguntó Inés, con tono divertido. Erik la miró sin entender.

—¿Qué quieres decir?

Inés se echó a reír y tiró de él hacia el interior de la casa. Los trabajos habían avanzado bastante y comenzaba a parecer otra.

—Erik, has soltado tal suspiro de alivio cuando Nora se ha marchado, ¡que pareciera que te han quitado cien kilos de encima! —dijo con cariño, cogiéndolo de ambas manos—. Es normal que te afecte. Ha sido una persona importante para ti.

—No lo sé, Inés —replicó, envolviéndola entre sus brazos—. Supongo que necesitaba cerrar el capítulo. Cuando rompimos, fue un final obvio para una situación insostenible de hacía mucho tiempo. Pero, en cierto modo, la casa siempre fue el recuerdo de nuestro fracaso. De mi fracaso — corrigió, agitando la cabeza—. Nunca pude deshacerme de ella.

—Claro —dijo Inés con una sonrisa. Cuando reía así, parecía una niña

pequeña y traviesa—, porque la guardabas para mí. ¡Ven! Te tengo una sorpresa. —Tiró de él por la estrecha escalera y se situó tras su espalda, tapándole los ojos—. ¡Abre la puerta!

Tanteó hasta dar con el pomo y abrió. Un calor inusitado acarició su rostro al entrar en la habitación. La pequeña chimenea de la habitación principal crepitaba con un fuego alegre. Sobre una manta estirada en el suelo, que reconoció de casa de su madre, había una mesita improvisada con una de las cajas que habían usado para embalar. También unos cojines y una cesta junto a una botella de vino. Sonrió al ver la cama de dos plazas, con sus almohadas y sus mantas, perfectamente hecha. La habitación estaba casi lista, aunque todavía colgaba del techo una bombilla pelada. Ahora entendía la insistencia de Inés de acabar lo antes posible con las obras en ese cuarto.

—¿Qué celebramos?

Inés cerró la puerta tras ellos y se descalzó, dejando las pesadas botas de montaña junto a la chimenea. La imitó, intrigado.

—Celebramos que, después de dos semanas, por fin podremos pasar una noche solos —respondió ella riendo, mientras descorchaba la botella con dificultad—. Celebramos que mañana por la noche volvemos a casa, aunque no estoy segura de tener demasiadas ganas. Y —vertió el vino en las copas mientras él las sostenía— brindamos porque te quiero.

—No vas a lograr que te lo diga —replicó, divertido, chocando su copa con la de ella.

—¡Mierda! —dijo ella riendo—, ¡y yo que pensaba que te pillaba de sorpresa!

Bebieron de las copas sin apartar la mirada de los ojos del otro y Erik notó cómo su cuerpo se relajaba por fin. Inés sacó las patatas fritas, el salmón ahumado, algo de queso y bollitos de canela de los horneados en casa de su madre y se dieron un auténtico festín.

—¿Oyes eso?

El fuego, ya mortecino, bailaba sobre unas brasas incandescentes. Erik se levantó para avivarlo con una brazada de leña fina y un par de troncos grandes para cubrirlo y que durase toda la noche.

—¿Qué? —dijo Inés, tumbada sobre la cama.

—El silencio. No se oye nada. Ni lloros de Emma, ni berridos de los

mellizos, ni gritos de Maia. —Erik gateó sobre la cama y la atrapó bajo su cuerpo—. ¿Sabes qué es lo único que quiero escuchar ahora?

—¿El crepitar del fuego?

—No. Tus gritos diciendo mi nombre cuando llegues al orgasmo.

Se dejó caer sobre ella. Inés hundió los dedos en su melena y lo abrazó con los muslos. Una avidez desconocida, espoleada por el tiempo que había pasado sin poder tocarla, hizo que el ritmo se tornara vertiginoso. Buscó el borde de su jersey y se lo quitó, sin contemplaciones. La camiseta interior siguió el mismo camino. Liberó su larga melena de la goma que la apresaba e Inés exhaló un quejido.

—¡Espacio, Erik!

—No sabes lo que dices, *kjaereste*. Espacio es imposible.

La besó en la frente, en la punta de la nariz, en la sonrisa que esbozaban sus labios. Cuando inhaló con fuerza el aroma del hueco de su cuello, creyó perder el control. Se incorporó, sujetándola entre sus muslos, y se arrancó las prendas que llevaba puestas —un forro polar, una camiseta interior de manga larga y otra de manga corta por encima— con un solo movimiento.

—Tienes razón. Espacio es imposible, aunque no estoy segura de la construcción de esa frase —dijo riendo. Lo reclamó sobre su cuerpo, estirando los brazos y agitando los dedos—. Ven aquí.

Se tendió sobre ella y suspiró. Apartó los mechones salvajes que tenían la manía de cruzarse en su rostro y trazó la línea de sus pómulos marcados con los pulgares. Sus pechos suaves y plenos quedaban aplastados bajo su torso y sonrió. Aquello no había hecho más que empezar. Desabrochó uno a uno los botones de sus vaqueros y los arrastró, con lentitud deliberada, por sus piernas.

—¿Y esto? —preguntó riendo, al ver unas medias de lana gruesa, de color rosa, en lugar de su piel desnuda—. ¿Se lo has pedido prestado a Emma?

Se ganó una palmada en el pectoral.

—¡Hace demasiado frío para llevar solo los pantalones y en la tienda no tenían otro color! —dijo Inés, riendo.

Tironeó de las medias hasta desnudarla por fin. Quedó con un sencillo conjunto negro que destacaba contra la palidez de su piel.

—Debí ponerme uno de los conjuntos que me regalaste.

—No te preocupes. Para lo que va a durar puesto —dijo él. Se situó tras ella, deslizó uno de los tirantes del sujetador y la besó en la depresión de la clavícula. Hizo lo mismo con el otro. Desabrochó la prenda y la dejó deslizarse por sus brazos hasta caer sobre la cama—. Cómo me gusta cuando tiembles así.

Inés no respondió. Cerró los ojos y ladeó el cuello, dejando caer la cabeza sobre su hombro mientras él ascendía las manos desde su cintura hacia los pechos. Apoyó la palma en ellos con fuerza y se dejó llevar con la cadencia de su respiración, cada vez más acelerada. Los pezones se anudaron en un núcleo duro e insistente. Era imposible ignorarlos.

—Tócame, Erik —rogó ella. El temblor se apoderaba también de su voz.

Con las palma estiradas, describió círculos que masajearon sus cimas enhiestas y después curvó una de ellas entre sus muslos.

—Tienes las manos muy ásperas —murmuró Inés, y apoyó sus propias manos sobre las de él—. Noto las durezas en los pezones. Y en mi coño.

Adoraba cuando utilizaba un lenguaje soez con él, y sonrió cuando aumentó la presión de los dedos sobre su sexo.

—Me has hecho trabajar duro —dijo Erik, acariciando con suavidad su entrada femenina. Era cierto. Había aserrado tablas, instalado ventanas y pintado paredes mano a mano con el resto de los obreros—. ¿A ver las tuyas? También están un poco ásperas.

—Es más del frío. El frío me seca muchísimo la piel.

—Yo puedo arreglar eso. Dame tu mano.

Inés obedeció. Erik llevó con cuidado su brazo por detrás de la espalda y la hizo cerrar los dedos en torno a su erección.

—Desde luego, está caliente —dijo Inés con una sonrisa juguetona. Apretó el agarre en torno a su pene y comenzó a masturbarlo. Erik cerró los ojos.

—Por fin —susurró.

Acompasaron los movimientos hasta tocarse en una coreografía coordinada y perfecta. El aroma dulzón y particular de Inés inundaba el aire y sucumbió a la necesidad de enterrarse en ella. La empujó hacia delante de manera brusca e Inés estiró los brazos para frenar la caída en un gesto reflejo.

—Abre las rodillas, *kjaereste* —ordenó con voz persuasiva.

Las abrió, arqueó la espalda y lo miró hacia atrás con un brillo hambriento y salvaje en los ojos grises.

—No me hagas esperar.

Él sonrió. Quería regodearse en la visión de la carne tierna y rosada encerrada entre sus nalgas, en la humedad que bañaba el interior de sus muslos, en sus caderas amplias y la cintura estrecha, en los pechos que oscilaban con sensualidad. La sostuvo de la nuca con una mano férrea mientras con la otra dirigía su erección al interior de Inés, y se hundía en ella, agónico tras agónico centímetro.

—Jamás osaría hacerte esperar.

## *Volar es lo mejor*

El vuelo de Oslo a París pasó en un suspiro, pero el que los llevaba a Santiago se le estaba haciendo eterno. Inés dormía a su lado, o escuchaba música con los ojos cerrados. Toda la cabina estaba a oscuras. Las azafatas que atendían la primera clase también dormitaban en sus asientos. Encendió la pantalla por enésima vez, pero ninguna de las películas que ofrecían le gustaba. Tampoco quería encender la luz para leer, molestaría al resto de pasajeros. Aunque era cierto que la zona de primera clase estaba casi vacía.

Una idea perversa comenzó a tomar forma en su cabeza y sonrió. Miró por encima de los asientos de delante: nadie. En la fila de al lado, estaban ocupadas las tres primeras hileras, las demás también estaban vacías.

Desabrochó su cinturón de seguridad y luego desabrochó el de Inés. Ella se movió en sueños. Su torrente sanguíneo se inundó de adrenalina ante la mera idea de lo que pensaba hacer. Ella estaba preciosa. La melena castaña desordenada sobre sus hombros, los labios rosados y algo secos, y su cuerpo envuelto en aquel vestido de lana suave hicieron que el deseo comenzara a fluir.

—Inés —dijo en voz baja—. ¿Estás durmiendo?

—Ahora no, me has despertado —murmuró, soñolienta—. ¿Qué hora es?

—Son las cinco de la mañana, hora noruega.

—¡Qué lata! Todavía faltan siete horas de viaje —se lamentó, incorporándose un poco en el asiento. Hizo el amago de encender la luz, pero Erik sostuvo su mano—. ¿Qué haces?

—Déjame un hueco en tu asiento. No, no enciendas la luz.

Inés se puso de lado. La butaca era amplia, pero no tanto como para que estuviesen cómodos y Erik acabó por acoplarse a su espalda. La abrazó desde atrás y los cubrió a ambos con la manta suave de cachemira azul



marino con el logo de Air France.

—Uhm... —ronroneó Inés al sentir las manos masculinas ceñirse a su cintura—. Mucho mejor así. ¿Qué intenciones tienes?

—Ninguna. Te echaba de menos y no puedo dormir. ¿Se te ocurre algo?

Ella rio muy bajito y extendió el cuello para acomodar la cabeza en su hombro como invitación. Erik no la hizo esperar. La besó en el pómulo y después en los labios con suavidad. Su cuerpo se desperezó al percibir el aroma conocido de la piel caliente de su mujer. No se cansaba jamás de ella. De su sonrisa, de su temperamento encendido cuando estaba de mal humor, de su generosidad y entrega en el sexo, de su alegría. Sus besos se hicieron más exigentes y un acceso de posesividad lo inundó. La ciño con más fuerza e Inés protestó.

—Pero ¿qué te pasa?

No contestó. Por debajo de la manta, deslizó el vestido por sus muslos y descubrió el ligero y las medias. Los leyó con la yema de los dedos como si se tratara de Braille.

—Me encanta cuando te pones vestidos —susurró en su cuello, y hundió el rostro en uno de sus lugares favoritos para perderse.

—Seguro que es por eso —bromeó Inés. Contoneó su trasero, frotándose contra su erección en guardia—. La lencería no tiene nada que ver, claro.

—Me he hecho muy fan de la tienda de La Perla del aeropuerto de París —dijo Erik, sin evitar reírse al recordar el pase de modelos de Inés mientras mataban el tiempo en las cuatro horas de conexión. Le había costado mucho persuadirla de que se la dejara puesta para el viaje, pero ahora resultaba ser una magnífica idea—. Tenemos que repetir.

—Cuando quieras.

El vestido ya se alzaba por encima de sus pechos. Un pasajero se levantó unas filas adelante y caminó hasta las azafatas, y Erik se quedó inmóvil.

—¿Qué pasa? —susurró Inés.

—¡Chist! Calla.

—Eh, a mí no me mandes ca...

No la dejó terminar la frase. Tapó su boca con la mano. La sensación de peligro, de que hacían algo prohibido, se añadió a la excitación convirtiéndola en algo sublime. Deslizó las copas del sujetador bajo sus pechos y pellizó los pezones. Inés gimió contra la palma de su mano y él estrechó el cerco. Con la mano libre, buscó el encuentro de sus muslos y hundió dos dedos en su sexo cubierto de encaje.

—¿Sabes lo que es el *Mile High Club*? —Inés asintió—. Pues estás a punto de formar parte de él. No. No voy a quitar la mano de tu boca, porque eres una gritona escandalosa —dijo al sentir la mano de Inés intentando retirar sus dedos.

Ella se revolvió entre sus brazos y sonrió. Lo estaba provocando. Cimbrea sus caderas y restregaba el trasero sobre su erección. Él replicó apartando la entrepierna de sus bragas. Estaba empapada. Su polla vibró, enardecida, y se abrió la bragueta del pantalón con movimientos bruscos pero silenciosos. Con dificultad, porque seguía sujetando a Inés por la boca, se bajó el pantalón y el bóxer lo mínimo para liberar su erección.

Inés se quedó inmóvil.

Su respiración jadeante le humedecía la palma de la mano. Un calor ardiente inundaba sus entrañas y no pudo evitar un gruñido cuando por fin se enterró en ella. El abrazo de su sexo casi lo hizo perder el control. Notaba el corazón de Inés palpitar en el pecho contra su antebrazo. Él exhaló despacio, apretando los párpados, haciendo un esfuerzo por contenerse. El pasajero que se había levantado volvió a su sitio y se sentó sin prestarles atención. En esos escasos segundos, volvió a retomar el pleno control de su cuerpo. Ella permanecía tensa, temblando, con la respiración jadeante y el sexo tenso destilando miel. Salió de su interior unos pocos centímetros y volvió a sumergirse en ella. El gemido de su garganta lo hizo sonreír. Conocía ese sonido desgarrado, aunque estuviese amortiguado por su mano.

Se movió con un vaivén lento y torturador. Inés se retorció y sus manos se agarraban con desesperación a su antebrazo. Sus cuerpos estaban entrelazados y el calor se hacía insoportable, pero no podía prescindir de la manta. Aumentó la velocidad de sus embestidas. Una fuerza incontenible ascendió por su garganta y reprimió las ganas de gritar. Apretó los dientes, cerró los ojos con fuerza. Los gemidos agónicos de Inés se rompieron en un

sollozo desfalleciente y sintió cómo el clímax la azotaba con fuerza. La abrazó para contener los espasmos que la estremecían mientras él también se dejaba arrastrar por un orgasmo asolador. Se derrumbaron en la butaca, destrozados. Su mano resbaló del rostro de Inés, que cogió una bocanada de aire como si saliera de una asfixia. La sostuvo entre sus brazos hasta que los dos recuperaron el ritmo de su respiración.

Inés soltó una risita trémula. Casi sin fuerzas, se acomodó a su cuerpo.

—Ya somos del club.

Una azafata con cara de pocos amigos remecía a Erik del hombro. Ella despertó en un sobresalto, envuelta en una sensación de delicioso bienestar.

—Erik, despierta —murmuró.

—Tiene que volver a su butaca —dijo la azafata, que no escondía su cabreo—. Vamos a servir el desayuno. En menos de dos horas llegaremos a Santiago.

Inés sonrió sin moverse de su posición. Más que nada, porque tenía el vestido a la altura de los pechos, la mano de Erik entre los muslos y no tenía ni idea de si él había vuelto a recomponer su ropa.

—Ahora —insistió la mujer. Menos mal que se alejó a preparar lo que fuese que necesitaran para dar los desayunos.

—Erik. Grandullón, ¡despierta!

Se dio la vuelta con dificultad en el poco espacio que tenía. Erik hacía un esfuerzo por abrir los ojos, y le dio un beso en los labios. Aun así, con la cara abotargada por el sueño, el pelo despeinado y la barba, sintió la punzada de excitación.

—Buenos días. Tienes que irte a tu asiento, o la azafata no nos dará el desayuno. ¡Venga!

Lo empujó para que se apartara, entre risas. El metro ochenta y seis de Erik, con toda su envergadura, se movió con dificultad mientras se subía los pantalones y se acomodaba en la butaca.

—¿Te sientes distinta con tu nueva membresía? —preguntó con una

sonrisa pícara.

Ella se bajó el vestido entre risas.

—Estás loco. Vamos a desayunar.

La llegada al aeropuerto Arturo Merino Benítez los golpeó con un calor infernal. Inés puso en hora su reloj y comprobó que el móvil se había actualizada de manera automática. Era domingo trece de enero y se echó a reír con ganas.

Erik la miró interrogante.

—¿Sabes que hace más o menos un año que tú y yo nos conocimos?

—¿En serio?

—Tú no te acuerdas de la fecha, pero para mí fue muy significativa: eran mis primeros días como residente de Cardiología Infantil —dijo Inés, quitándole la botella de agua fría que acababa de comprar tras salir del control de pasaportes. Le dio un trago, hacía muchísimo calor—. Cuando escuché el grito de aquella mujer pidiendo ayuda, ¡el infarto casi me da a mí!

—No me acordaba de la fecha, pero recuerdo perfectamente la primera vez que te vi.

Inés lo miró, sorprendida. ¡Se acordaba! Ella de lo que tenía memoria era de que, en un inicio, no era más que una residente insignificante para él.

—¡Cuéntamelo!

—Me acerqué a ver qué pasaba en el tumulto de gente y lo que vi fue a una niñita haciéndole RCP a una ballena —dijo él con cierta malicia.

—¡Qué malo eres! El pobre señor era obeso y sufrió un infarto al subir la escalera del metro —dijo, escandalizada por su comentario—. Eso fue lo que me dijeron los de la Unidad Coronaria Móvil cuando llamé para preguntar por él.

—Recuerdo que me sorprendí mucho de la fuerza que mostraste cuando intenté apartarte y seguir yo con la reanimación. —Inés se rio con ganas y lo agarró del brazo mientras salían del aeropuerto para coger un taxi—. Me llamaste idiota.

—Ay, ¡lo sé! —respondió ella, mortificada—. Cuando luego nos encontramos en el despacho de Guarida casi me muero de la vergüenza.

—Y, sin embargo, ahí fue donde yo te vi con otros ojos. Me refiero a que en la calle no me pareciste nada especial, salvo muy decidida e impertinente —dijo mientras abría la puerta del taxi y le indicaba al conductor que lo ayudara con las maletas—. Pero en la Unidad, con tu carita de niña y tus ojos grises...

—¿Qué no te parecí nada especial? —Le dio una golpe en el brazo, a medias en broma y a medias en serio—. ¡Pero bueno!

Pero Erik no pareció hacer caso de su ánimo travieso. Sostuvo su rostro entre las manos y la miró con intensidad.

—Inés, quédate en mi casa. No digo que sea permanente, pero no quiero separarme de ti ahora.

Ella se mordió los labios. Ni siquiera había pasado por su cabeza la idea de alejarse. Se echó a reír ante la mirada salvaje de sus ojos azules.

—Claro que sí.

Una sonrisa perenne quedó bailando en sus labios al recordar los recuerdos de aquellos días, y le apretó la mano con fuerza. Un nuevo año comenzaba para ellos, de una manera muy diferente al anterior. Ahora sentía que no había fisuras entre ellos y que, pasara lo que pasase, lo enfrentarían juntos.

Inés caminó con una seguridad desconocida hacia el despacho de Andrea Garay. Pese a que por la mañana le costó dejar marchar a Erik de la cama, porque tenía esa manía absurda de levantarse al alba, tenía ganas de volver a la rutina del hospital. Lo bueno era que su casa quedaba muy cerca del San Lucas, y ella también había llegado muy temprano.

Sus tacones resonaron en el suelo de mármol, el aire acondicionado funcionaba a plena potencia y quizá su tutora no estuviese allí. Dio unos golpecitos en la puerta cerrada.

—¡Pasa! ¡Inés, por fin estás aquí! Estás blanca como la leche —dijo la doctora Garay, que se levantó para darle un abrazo.

—Pues tú estás morenísima. ¡Y estupenda! Has adelgazado un

montón.

—Es lo que tiene darle el pecho una bebida mientras cuidas de dos diablillos. ¡Los niños te consumen, Inés! —dijo Andrea, riéndose a carcajadas. Se sentó tras su escritorio y señaló la silla frente a ella—. ¿Preparada para volver al trabajo?

—Con muchas ganas.

El día pasó en un suspiro, entre ecografías, discutir los casos y programar el seguimiento de las embarazadas. Trabajaban codo con codo e Inés agradecía que fuese verano y ningún otro residente rotara al mismo tiempo que ella.

—Estoy encantada de contar con una persona eficiente en la consulta. Tienes buena mano, Inés. —Compartían un café después de comer mientras revisaban los diagnósticos de las embarazadas en la lista del día siguiente—. Es una pena que seas cardióloga y no obstetra. Tendrías un hueco en esta unidad, te lo aseguro.

—Gracias por tu valoración, Andrea. Te agradezco la oportunidad de rotar contigo —dijo Inés, feliz por recibir un elogio tan inesperado—. Trabajar aquí me ha servido para tener una visión más global del bebé intraútero, antes solo me fijaba en el corazón —confesó riendo—. Eso ha mejorado mucho mi mano para las ecografías.

Andrea se detuvo un instante, mordiéndose el labio inferior. Ella la miró, interrogante.

—Inés, si te quedas en la Unidad del Corazón Infantil del San Lucas, ¿vendrías a pasar consulta aquí una vez a la semana?

Se quedó sin habla. Era la primera oferta de trabajo formal que recibía como residente de segundo año de subespecialidad. Ese tipo de ofrecimientos no eran nada aislado, los jefes de servicio tanteaban las posibilidades con los *resis*, y comenzaba el trasiego de currículos y expedientes, pero no se lo esperaba. Recordó con una punzada de tristeza en el Dr. Hoyos, que pensaba en ella como su sucesora en la consulta de Cardiología Pediátrica, pero después de su fallecimiento nadie había hablado con ella. Aunque era pronto aún.

—Inés, ¿qué me dices? —insistió su tutora.

—Por supuesto. Cuenta conmigo.

Andrea Garay trazó en su cara una sonrisa de triunfo.

—Genial. ¿Revisamos también la lista de la consulta privada?

Después del trabajo de la tarde, avisó a Andrea que se marchaba un poco antes de la hora: asistiría a la reunión anual de residentes para la repartición de guardias. Lo tenía clarísimo: al no poder librar las guardias, escogería el viernes. Nadie pondría pega por razones obvias: se acortaba mucho el fin de semana.

Entró al tumulto habitual de conversaciones cruzadas y echó un vistazo al calendario casi en blanco. Perfecto. Alzó la voz para hacerse oír.

—Quiero quedarme con la guardia de viernes en la UCI Pediátrica. — Vio las miradas de sorpresa de sus compañeros, en especial de Marcos, con el que había trabajado bien el año anterior. Pero un cambio nunca venía mal—. Eso sí, quiero adscribirme al derecho de residente de segundo año de hacer solo tres guardias.

—¿Estás segura? —preguntó un compañero, creía que de Gastro—. Vas a perder un montón de pasta.

—No puedo librar las guardias en esta rotación y después me voy a mi pasantía al extranjero —dijo Inés, encogiéndose de hombros. Había hecho los cálculos y podía permitírselo sin problemas—. Eso sí, yo escogeré los viernes a mi conveniencia.

Un murmullo de protesta se alzó entre los residentes de primer año, pero la jefa suplente, que sustituía a Viviana, los mandó callar. Los de segundo mandaban.

—Perfecto, doctora Morán. ¿Algo más?

—Nada más. Os dejo con el resto de la pelea. Ya os daré mis guardias de febrero. —Como había estado dos semanas de vacaciones, aquel mes solo tendría un viernes ocupado.

—¿No te quedas a la elección del nuevo jefe de residentes?

Inés sonrió. No tenía el menor interés. Solo quería llegar a casa y abrazar a Erik.

Erik se quitó los guantes tras la primera cirugía de la mañana y recogió el reloj y el móvil de la mesa de acero junto a la máquina de anestesia. Le quedaba aún una hora para la siguiente cirugía y unos quince minutos para la reunión concertada por Guarida. Entró a la sala de médicos y le hizo un gesto de saludo a Dan. Le habían dado el recado de que lo estaba esperando y se extrañó al ver su expresión ansiosa.

Se abrazaron con afecto, pero parecía ansioso, tenso.

—¿Qué tal las vacaciones? —preguntó su pupilo.

—Bien. Espectaculares. Hacía años que no me relajaba tanto. —Se sirvió un café y le ofreció otro a Dan, que no aceptó. Estaba muy nervioso—. Inés ha conocido a mi familia y ha sido... La verdad es que ha sido bueno. Raro, pero muy bueno. ¿Qué tal estás tú? ¿Y Alma?

—Muy bien, muy bien, genial. Está muy entusiasmada con su trabajo a media jornada en la clínica Tabancura y espera que le amplíen el contrato. —Se detuvo unos segundos, indeciso—. Y yo, bueno. Por ahora cubro vacaciones. He firmado por las tuyas y después firmaré por un cirujano de adultos. Pero...

Erik se detuvo en mitad del pasillo. No era eso en lo que había quedado con Guarida. Necesitaban otro cardiocirujano en la Unidad, no un parche para las ausencias eventuales.

—¿No te han ofrecido un contrato indefinido?

—No. Sé que has intercedido por mí, pero te pediría que hablaras de nuevo con el jefe. He hecho méritos más que de sobra —dijo con un atisbo de resentimiento en el tono de voz—. No me han ofrecido una mierda.

—Tengo una reunión con él ahora. ¿Cuáles son tus alternativas?

—Ninguna.

Erik endureció el gesto.

—¿Cómo que ninguna?

—Pensé que mi contratación en el San Lucas era segura y no llevé mi currículum a ningún otro hospital. ¡Sé que me he equivocado! Pero quiero quedarme —dijo con convicción—. Por favor, habla con el jefe.

—Sabes que haré todo lo que está en mi mano, pero, por si acaso, actualiza tu currículum. Tengo que irme.



Echó a andar hacia la Unidad del Corazón Infantil lanzando imprecaciones por la poca previsión de Daniel. Aunque ahora tenía otros temas por los que preocuparse. Después del asunto de la pelea, el arbitraje y los líos de Portales, sabía que lo tenían en la mira y no contemplaba muchas opciones. Por mucho que su expediente académico y experiencia eran los mejores.

Entró en el despacho de su jefe, al que ya había saludado por la mañana.

—Hola, Erik. Siéntate. ¡Enhorabuena!, eres jefe de sección —anunció sin preámbulos. Se estrecharon la mano con firmeza como único gesto de efusividad—. Esta tarde no tienes cirugía programada porque tenemos que reunirnos con Gerencia para confirmar tu puesto y que te conozcan en la directiva.

Apretó los puños sobre los muslos en un gesto involuntario de triunfo, oculto por la mesa del escritorio. Cualquier atisbo de desconcierto había desaparecido. Por un momento, consideró preguntarle por cómo había sido el proceso, pero lo desechó. ¿Por qué cuestionar una decisión que le venía al pelo?

—¿De qué sección?

—De Cardiopatías Congénitas. Te quedas en la Unidad del Corazón Infantil.

—Bien. Hay algunas cosas de las que quiero hablar.

Guarida lo miró con una expresión entre resignada y asustada mientras se recostaba en la butaca.

—¿Con qué me vas a salir ahora?

—Nada grave —dijo con una sonrisa conciliadora. Entendía que Hernán le tuviera cierto miedo—. Inés y yo estamos juntos otra vez. De manera definitiva, quiero decir.

—¿Vais a casaros? Eso facilitaría las cosas.

—No por el momento.

Guarida torció el gesto. Erik sabía que la normativa era bastante clara, pero era inevitable que surgieran relaciones en el hospital. Tenía que entenderlo. Inés y él no eran los únicos.

—¿Qué más?

—¿Qué pasa con el contrato de Dan?

Guarida cruzó las manos sobre su barriga oronda y suspiró.

—Por el momento, durante el verano, cubrirá vacaciones. En marzo, espero haber conseguido un contrato indefinido.

—No debería ser tan difícil, el de Portales quedó desierto, ¿no?

—Lo usaron para contratar a alguien en otro servicio, no tuve margen de maniobra para retenerlo. —Erik juró mentalmente en todos los idiomas que conocía y abrió y cerró los puños con desazón—. No quiero una guerra abierta con este tema, Erik.

Ignoró el comentario y siguió con el próximo ítem de su lista.

—Una cosa más, que tengo que irme a la siguiente cirugía. Me hablaste de que mi horario de quirófano se reduciría. No quiero que me quites horas de quirófano.

—Erik, eso no es negociable —respondió Guarida, negando con la cabeza en un gesto reprobatorio—. Con el cargo tendrás nuevas responsabilidades y esas horas libres te vendrán bien, créeme.

—Quítame las guardias de UCI Cardiovascular. —Sabía que aquello le sentaba a su jefe como cuerno quemado, pero no se amilanó—. Programa mi quirófano todos los días y déjale las guardias a Dan. Le vendrá bien el dinero y yo ya estoy más que harto de no dormir en mi casa.

—¿Y las guardias localizadas?

—Si contamos con Dan, seremos suficientes para que no sea un infierno tener el busca de localizada —cedió Erik para no apretar demasiado a Guarida y conseguir el resto de prebendas—. Hay que presionar en este tema y que seamos los suficientes para no tener más de cinco o seis guardias localizadas.

—¿Qué ocurrirá con la auditoría? El año pasado hiciste un trabajo magnífico.

Erik sonrió con expresión cansada. Tenía muy claro lo que había que hacer.

—Tenemos un montón de problemas que resolver antes de buscar unos nuevos. Este año no habrá auditoría y nos enfocaremos en lo que

estamos fallando —dijo Erik, señalando el dossier que Guarida tenía encima de la mesa con el resumen que él mismo le había entregado—. El año que viene, volveremos a repasar lo que estamos haciendo.

Guarida sonrió. Se diría que con orgullo. De lo que Erik estaba seguro era de que nadie se arrepentiría de que él fuera jefe. Tal vez los peces gordos de Gerencia, pero eso, a él, le importaba un comino.

—Me voy. Tengo quirófano. Nos veremos esta tarde en la reunión con la directiva.

La cirugía se complicó más de lo previsto.

Al pequeñajo ya le habían hecho una cirugía cardiaca anterior que no había ido demasiado bien, y tenía el corazón hecho polvo. Reconstruyó la válvula a base de paciencia, ayudado del aumento que las lupas quirúrgicas le daban a sus ojos en las suturas casi microscópicas. Cuando acabó, Guarida ya lo esperaba en la puerta, impaciente.

—¿Qué ha pasado? Pensé que solo era una reparación valvular.

—«¿Solo?» —dijo Erik, irónico, mientras se lavaba las manos—. Te tengo mal acostumbrado.

—Vamos. No tienes tiempo de ponerte un traje —dijo Guarida, conduciéndolo con rapidez por los pasillos—. Tendrás que ir en uniforme de quirófano.

Erik frunció el ceño, sin contestar, y estudió a su jefe. Estaba impecable con chaqueta y corbata pese a su evidente sobrepeso, y se veía con una expresión de determinación en el rostro. Intentó recordar la única vez que se había reunido con alguien de Gerencia cuando empezó a trabajar en el San Lucas. La impresión que había tenido entonces se reafirmó al entrar de nuevo en la enorme sala de reuniones con la que contaban: que eran una panda de estirados con traje, más preocupados por el dinero que por la medicina y la ciencia, y que él no encajaba con aquella manera de pensar. Menos mal que Guarida tenía mano izquierda.

—Buenas tardes, disculpen la tardanza.

Ocuparon dos de las sillas vacías y comenzó una larga perorata que tenía como objetivo presentar el abultado currículum de Erik y su experiencia, y cada uno de los presentes se extendió en explicarle cuál era su trabajo y su enorme importancia para el San Lucas. Él se dedicó a grabar en su memoria

los nombres y cargos de todos ellos por si los necesitaba en un futuro. Volvió a atender cuando Guarida terminó su presentación.

—...y bien, doctor Thoresen. ¿Qué le gustaría decirle a la directiva sobre su nombramiento?

—Bien. Necesitamos otro cardiocirujano en la Unidad, también hay que abordar el problema de la enfermería especializada, sobre todo ahora en verano, y hay varios temas que...

—Me refería a que agradecieras tu nombramiento —dijo Guarida. Casi pudo escuchar cómo rechinaba los dientes—. Tienes aquí el contrato, puedes firmarlo ahora.

—Me gusta el abordaje directo y sincero del Dr. Thoresen —dijo Becker, el director general. El pez más gordo. Dios, a efectos de todos los que trabajaban en el San Lucas. Erik enfrentó su mirada de ojos castaños y agudos. No creía que fuese casualidad que estuviera allí, tenía que ser un tipo listo—. Pero ya habrá tiempo para hablar de todo eso. Ahora le damos la bienvenida como jefe de sección y esperamos que acuda a las reuniones mensuales que se hacen con las jefaturas. No hace falta que firme ahora. — Erik cogió el contrato, pero no la pluma que había sobre él—. Estúdielo con calma y si tiene cualquier problema, hable con la jefa de personal.

Una mujer de unos sesenta años y de aspecto eficiente levantó dos dedos sobre la mesa para hacerse notar. Erik asintió.

—Así lo haré. Estaremos en contacto.

—Gracias por todo —añadió Guarida.

Apreció el esfuerzo que hizo su jefe para no estallar hasta que no estuvieron de vuelta en la Unidad.

—¡Te he dicho que no quería que empezaras una guerra! —dijo, cabreado. Hacía mucho tiempo que no lo veía así. Meses. Quizá desde aquella vez cuando lo mandó a casa después de la pelea con Portales—. Para ser jefe tienes que ser más diplomático, Erik. No vas a conseguir nada con un abordaje tan frontal. ¿Dónde demonios está tu mano izquierda? Has quedado como un arrogante y prepotente al que no le importa lo más mínimo la autoridad. ¡Ahora eres jefe y tendrás que aprender a guardar las formas y a mantener la boca cerrada!

Alzó las cejas y le mostró sus manos para reivindicar su posición. No

cedería ante aquel tipo de presiones.

—Ante todo, soy cirujano. Mi sitio está en el quirófano. No voy a convertirme en un lameculos politizado. Ni voy a calentar la silla de mi despacho —dijo con tono cáustico ante la insinuación de Guarida—. Si tienes un problema con eso, ya puedes ir escogiendo a otra persona.

El gruñido de Guarida fue real, pero lo ignoró. Ahora tenía una sola cosa en la cabeza. Inés.

# *Nacha*

Inés no estaba en casa. No en presencia física, al menos. Pero por todas partes advertía detalles de que ella estaba allí. Sonrió al ver sus zapatos de tacón alineados en el cuarto de baño de la entrada y dejó los suyos al lado. No le hizo tanta gracia ver desparramada sobre la mesa de cristal la mitad del contenido de su bolso. Lo recogió. Tomaba esas cosas como parte del encanto, porque después abrió la nevera y vio una jarra de cristal —que no sabía que tenía—, llena de zumo de naranja. Cosas así compensaban cualquier pequeño caos. Bebió directamente de la jarra, aprovechando que ella no estaba, y pensó en llamarla.

«Te espero en la piscina, ¡no tardes!», leyó en su móvil.

Se puso un bañador y una camiseta, y sonrió al sentir la expectación, la ansiedad por el reencuentro, pese a que no habían pasado más que una jornada de trabajo sin verse.

—¡Hola! —saludó ella desde el borde de la piscina. Tenía un libro en las manos y chapoteaba perezosamente con los pies en el agua—. No sé cómo no te pasas aquí todo el día, se está genial.

Le dio un beso en los labios. Inés quiso apartarse tras un mero roce, pero él la sujetó por la nuca y profundizó el contacto durante unos segundos. Hasta conseguir su objetivo, ese pequeño jadeo que le decía que el beso había llegado donde quería.

—¡Qué! ¿No tienes nada que contarme? —añadió, expectante y con los ojos brillantes de la emoción.

La miró con cara de interrogación y, entonces, cayó en la cuenta y se echó a reír. Había tenido un día tan caótico que su nombramiento se diluía en un montón de trabajo atrasado, nuevas responsabilidades y muchas preocupaciones.

—Saluda al nuevo jefe de sección de Cardiocirugía de Congénitas —

dijo, arqueando las cejas y con una sonrisa ladeada.

Inés pegó un gritito y lo abrazó por el cuello. Los escasos bañistas con los que compartían la piscina sonrieron al verlos. Una sensación de orgullo y felicidad lo embargó, mayor a la que había experimentado al recibir la noticia, o las felicitaciones de Dan y el resto de sus colegas.

Y ahí estaba la diferencia.

Con Inés compartía no solo el sexo y un proyecto de futuro juntos. Vivía con intensidad cada detalle, cada éxito o fracaso, cada preocupación, hasta hacerlos suyos. Y, con ello, magnificaba la sensación de que había encontrado a la mejor compañera de vida que hubiera podido soñar.

—¿Y tu día? ¿Garay te sigue explotando?

Inés le relató los puntos más importantes de su vuelta a la rutina y Erik soltó un gruñido al escuchar que tendría hipotecados dos viernes al mes de guardia.

—¿Es solo durante la rotación de Ecografía Fetal! —dijo Inés, en un intento de aplacarlo—. Después, tengo la rotación en el extranjero y me iré tres meses a la Clínica Mayo. Gracias a los contactos del año que pasé allí, no tuve ningún problema para que me diesen el visto bueno.

Erik tragó saliva. Demasiada información para procesar de golpe. ¿Inés se iba tres meses? Sujetó el impulso de decirle lo que realmente pensaba y racionalizó su respuesta.

—Lo primero es tu formación. ¿Has pensado en qué vas a hacer cuando acabes la subespecialización?

Inés chapoteó con los pies en el agua y tardó en contestar.

—Garay me ha ofrecido un día en su consulta si finalmente me quedo en el San Lucas.

—Bien. Te quedarás. Estoy seguro.

Ella se volvió con una expresión incierta. Sus ojos se velaron con preocupación.

—¿Tú crees? Erik, no sé si voy a quedarme en el San Lucas. En primer lugar, porque nadie me ha ofrecido nada por el momento.

—Aún es pronto, el año acaba de empezar —interrumpió Erik, al percibir su ansiedad.

—Y en segundo lugar —siguió ella, con paciencia—. Ahora eres jefe. ¿Qué crees que van a pensar todos si me quedo en la Unidad del Corazón Infantil? Que tengo un enchufe trifásico de lujo con Guarida. Creo que voy a tantear mis opciones en la Clínica Alemana. Hablaré con el Dr. Calvo un poco más adelante.

Erik no contestó. Un malestar que no le gustó nada se instaló en su estómago, que venía por el hecho de reconocer que Inés era más previsora que él con el futuro, y que no le faltaba razón. En unos minutos de conversación le había dado mucho en qué pensar.

Se dieron un chapuzón en la piscina para paliar el calor sofocante de la tarde y, apoyados en el borde, con el cuerpo sumergido en el agua, se pusieron al día de otras novedades en el hospital. Inés se preocupó por la situación de Dan, y él le contó la tensa reunión inicial que había tenido con la directiva del San Lucas.

—No tienen ni idea de la que les ha caído encima. ¡Tenemos que celebrarlo! —dijo Inés mientras salía con agilidad del agua. Erik le dio una palmada en el culo. Con aquel bikini diminuto, era demasiado tentador—. ¡Ay! Deja eso para después del champán y los bombones belgas que he comprado. Vamos.

Cuando se metieron en el ascensor, Erik la placó contra los espejos. Desató el deseo que llevaba conteniendo desde que la había visto en la piscina. Inés no protestó. Le encantaba eso de ella. Jamás se hacía la remilgada, ni fingía timidez, ni se escandalizaba de sus arrebatos de lujuria. No. Ella lo recibía con una mirada desafiante que le decía a las claras «Quiero más». Y aquella seguridad y entrega lo volvían loco.

Recordó aquel polvo furioso en ese mismo ascensor, cuando se suponía que no estaban juntos, tras la fiesta del San Lucas. Recordó también el descaro de su invitación velada cuando follaron por primera vez, sobre la encimera de su cocina. Su cuerpo se encendió en una deflagración súbita al escuchar los gemidos de Inés con sus caricias. Las puertas del ascensor se abrieron y le quitó la camisola de gasa. Ella también tironeaba de su camiseta y metió las manos por su bañador.

—Estás empapado —dijo entre besos violentos y jadeos—. Quitate eso.

Se sacó el bañador a patadas y arrancó de su cuerpo aquel ridículo



bikini rosa.

—No puedo esperar. Aquí. En el salón.

La levantó de los muslos, y ella enroscó las piernas en torno a su cintura. Perfecto. Se arrodilló y la tumbó en el suelo, acomodándose sobre ella. Se besaron con hambre y sed. Inés lo aferraba de la nuca, abrazándolo con una fuerza incomprensible para su fragilidad, aunque sabía que era algo engañoso.

Él forcejeó entre sus muslos para penetrarla. Y cuando su interior femenino lo acogió entre llamas, soltó un gemido de alivio.

—Más. No te detengas —dijo ella, y clavó las uñas en su espalda.

Aquello aceleró de nuevo el tempo de sus acometidas. Se movieron, frenéticos, ansiosos, desbocados. Sus cuerpos entrelazados resbalaban sobre el suelo de madera, entre el sudor y el agua de la piscina. Sus corazones galopaban en una carrera desenfrenada hacia el orgasmo. Erik gruñó, ante la desesperación de saber que no podría contenerse, pero aquello excitó a Inés de tal manera que se dejó caer con un sollozo de alivio angustiado. Él se corrió unos segundos después desplomándose sobre Inés, que exhibía una sonrisa lánguida y satisfecha.

—Eres un bestia —murmuró entre risas.

—¿Yo? Tengo la espalda ardiendo de tus arañazos. Y creo que me he quedado sin varios mechones de pelo —replicó, elevando las cejas en gesto de sarcasmo. Programó en el altavoz del apartamento *Shape of you*, de Ed Sheeran y la condujo de la mano a la cocina—. Venga, vamos a abrir el champán y los chocolates, que me has dejado exhausto.

Inés enfrentó el trabajo del martes con la sensación de que la rutina, de vez en cuando, tampoco estaba tan mal. Seguía sin poder librar las guardias, eso lo tenía claro, pero ahora su estatus había aumentado. Sonrió. Escalaba una posición en la pirámide jerárquica y era un paso importante: residente de segundo año de subespecialidad. Muy pronto, volaría sola de manera definitiva.

En cuanto acabaron de revisar los historiales de las pacientes del día siguiente, Inés cambió el chip. Tenía una cita importantísima a la que no

podía llegar tarde: la última prueba del vestido de novia de Nacha.

Cuando entró en la coqueta tienda de Alonso de Córdoba, escuchar los gritos y las risas de sus amigas hizo que ignorase a la amable dependienta que salió a saludarla y corrió hacia donde se escuchaban las voces.

—¡Aquí está la traidora, mala amiga y abandonadora de novias en estado histérico! ¡No puedo creer que te hayas perdido mi despedida de soltera! —gritó Nacha de modo dramático desde una pequeña plataforma redonda en medio del vestidor rodeado de espejos. Se llevó la mano a la frente y cerró los ojos, exhibiéndose con un precioso conjunto de lencería de encaje blanco—. ¿Ha dejado algo vivo de ti ese vikingo grandote tuyo?

Las chicas del núcleo duro se echaron a reír y las cuatro se abrazaron en una exaltación de amistad desatada.

—Tú vienes echando humo entre las piernas, ¡te lo apuesto! —dijo Mónica con una expresión maliciosa—. Seguro que se lo han pasado follando como conejos.

—La luna de miel tenía que ser de Nacha, no tuya —añadió Carola, chinchándola como siempre, aunque hacía meses que no se veían—. ¿Qué tal lo has pasado en Noruega?

—Callad, zorras del averno, que el protagonismo es mío hasta después de la boda —interrumpió Nacha. Se acercó a ella y la cogió de las manos—. Ahora, en serio. ¿Qué tal todo? ¿Cómo está Erik? ¿Cómo estás tú?

—Estoy bien. Estamos... ¡Ay, Nacha! —suspiró, sin poder dejar de sonreír—. ¿Puedes creerte que me ha dicho que me quiere? *Jeg elsker deg* —dijo, orgullosa de conseguir una pronunciación casi perfecta.

—¿Eh?

—«Te quiero», en noruego —tradujo Inés, entre carcajadas

—¡Joder, pero si suena como los gruñidos de un oso en celo! —dijo Mónica, provocando carcajadas en todas ellas.

La costurera llegó con el vestido sobre los brazos extendidos y guardaron un silencio ceremonioso mientras que ella y una ayudante ajustaban y revisaban que todo estuviera perfecto. Inés sintió las lágrimas de emoción aflorar en sus ojos.

—Estás preciosa, Nacha.

—¿Tú crees? —dijo su amiga, con voz temblorosa. Su sonrisa opacaría la luz del sol.

Inés la miró con ojo crítico. Era un vestido sencillo, con escote de barco y mangas estilo Audrey Hepburn. Ceñido hasta la cintura, se abría después en una campana que no tapaba sus pies, sino que llegaba hasta los tobillos y dejaba ver unos preciosos zapatos de tacón adornados con una pajarita de la misma tela del vestido. El toque final lo daba el adorno de su melena corta y negra. No llevaría velo. En vez de eso, una cinta ancha con otro lazo la adornaba en un estilo elegante y chic con inspiración de los años sesenta.

—Estás espectacular. Si tuviera alguna pega, te lo diría.

Cada detalle era importante y juntas revisaron hasta el más mínimo pliegue. Inés sacó fotos con el móvil, y le daba igual que las otras se burlaran de ella por su manía de retratarlo todo.

Después les tocaba a ellas, Inés era la única que no se había probado el vestido que Nacha había elegido para sus madrinas, y Carola y Mónica no habían dicho nada por mucho que tratase de sonsacarles. Inés dejó escapar un gemido de entusiasmo al ver el vestido largo, negro y ceñido del modelo de *Desayuno con diamantes*. Le perdonó a Nacha ponerse mandona e irritable con ellas, de hecho, las tres aguantaron con paciencia sus órdenes contradictorias y sus gritos nerviosos. Cuando las hizo alinearse por enésima vez porque no le convencía el orden en el que desfilarían, Mónica susurró en su oído.

—Menos mal que solo se casa una vez. ¡Tú te lo has perdido, pero lleva todo el mes inaguantable!

—Se casa el sábado, ¡ya queda poco!

Fueron a tomar algo después a una cafetería cercana y se pusieron al día de las últimas novedades. Inés preguntó por la despedida de soltera, pero, de pronto, Nacha, con su dramatismo habitual, chocó la cucharilla del café contra la taza.

—¡Quiero decir algo! —dijo con voz solemne. Las tres la miraron y guardaron silencio, expectantes. Nacha sonrió, regodeándose al hacerlas esperar.

—¿Nos vas a echar un *speech* sobre lo buenas amigas que somos y lo

mucho que tenemos que aguantarte? —dijo Mónica riendo.

—No. Bueno, eso también, pero no es eso.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —dijo Inés, alerta ante el rostro de suma felicidad de su amiga.

—Vais a ser tías. Estoy embarazada.

Por un momento solo hubo gritos, abrazos y enhorabuenas. Cuando las cuatro se serenaron un poco, comenzó el interrogatorio.

—Me enteré hace un par de semanas, pero quería estar segura de que todo iba bien antes de deciros nada —dijo Nacha con los ojos brillantes de la emoción—. Ayer fui al ginecólogo y confirmó que estoy de unas ocho semanas. Dentro de un mes tengo que volver a hacerme algunas pruebas.

No podía creerlo, ¡el primer bebé del núcleo duro! Al final decidieron cenar algo juntas para celebrarlo e Inés llegó un poco tarde a casa. Le había mandado un mensaje a Erik para avisar, aun así, al llegar, él la abrazó como si no se hubiesen visto en años.

—¿Qué tal la novia flamante?

—La novia flamante está embarazada. ¡Llama a Juan para darle la enhorabuena!

Entre Nacha, la boda, el trabajo en el hospital y los pendientes acumulados en los quince días de vacaciones, llegó el viernes por la tarde y debía ir a buscar a su madre al aeropuerto. Tenía muchas ganas de verla, pero reconocía que era mejor que se quedase en casa de Loreto. Así ella se quedaba en la de Erik un poco más de tiempo. Cogió las llaves de su coche y echó un vistazo a su aspecto con un vestido informal y unas sandalias. Al menos en la piscina de Erik había cogido un poco más de color. Erik bajó las escaleras, algo serio, para despedirse.

—¿Vas a conducir tú? —dijo sorprendido, y señaló las llaves en su mano.

—¿Vienes conmigo?

—Claro —respondió, llamando al ascensor.

Inés sonrió y le dio un abrazo. Todavía le costaba contar con él para algunas cosas. Erik parecía tomárselo todo de manera racional y obvia: estaban juntos y punto. Ella seguía dándole vueltas a cada detalle: si estaría invadiendo demasiado su espacio, si a lo mejor abusaba al quedarse en su piso, pese a que él mismo se lo había pedido, o si no irían demasiado rápido. Se subió al coche y respiró hondo. Tenía que aprender de él, dejar fluir las cosas. Además, ahora había asuntos más importantes de las que preocuparse: Victoria Vivanco llegaba en «modo chef» y todo tenía que salir exactamente como ella quería.

Se abrazaron con fuerza en la puerta de la terminal de llegadas. Erik la recibió también e Inés se dio cuenta de lo menuda que se veía su madre entre sus brazos. Los cogió a ambos de la cintura mientras él arrastraba su maleta de ruedas e Inés no paraba de hablar.

—Ha sido alucinante, mamá —contestó a su pregunta de cómo había ido todo en su viaje a Noruega—. La familia de Erik es muy cálida, ¡y divertida!

—¿Están bien todos los tuyos, Erik? —preguntó Victoria, aferrada a su brazo y mirándolo con aquellos ojos negros y penetrantes—. ¿Tu madre? ¿Ya un poco más recuperada de la pérdida de tu padre?

—Está bien —dijo Erik, sorprendido de la frontalidad con la que aquella mujer enfrentaba todas las conversaciones—. Y muy acompañada. Mi hermana pequeña está viviendo con toda su familia en casa de mi madre, y tiene a mi hermano mayor muy cerca, también.

—Y tú, ¿no tienes ganas de volver?

La pregunta quedó suspendida en el barullo del aeropuerto durante un largo instante. Inés alzó la mirada para escuchar su respuesta. Los tres se detuvieron en medio del *hall* de la terminal, sin darse cuenta de que entorpecían el tráfico de pasajeros.

¿Tenía ganas de volver? Una punzada de nostalgia se apoderó de él al pensar en aquellos días con Inés en Noruega. Cuando contestó, lo hizo dirigiéndose a ella.

—No lo sé con seguridad. Pero si tenemos un hijo quiero que nazca allí.

Victoria asintió. Volvió a tirar de ellos hacia la salida, y el momento se rompió. Inés pareció salir de un trance y él tuvo la sensación de haber vivido una epifanía. ¿De dónde demonios salía aquello? Se encogió de hombros y salió del aeropuerto, por segunda vez en menos de una semana, hacia el coche aparcado no muy lejos de allí. Los aeropuertos tenían algo de profético, siempre traían novedades y grandes cambios. Intuía todavía más aeropuertos y aviones en el futuro.

En el coche, mientras las llevaba a la casa de Loreto, parecía que él no estuviese allí. Madre e hija lo ignoraban y, de hecho, hablaban de él de vez en cuando como si fuese invisible.

—... y han nombrado a Erik jefe de la sección de Cardiocirugía de Congénitas —dijo Inés, terminando una idea a la que no había puesto demasiada atención. Tenía muchas cosas en la cabeza—. Estoy muy orgullosa de él.

Sonrió al notar los brazos de Inés por detrás del asiento en torno a su cuello y recibió un beso en su mejilla. Victoria, en el asiento del copiloto, se volvió a estudiarlos con curiosidad.

—Me alegro de veros tan bien después de todo lo que pasó el año pasado.

—Mamá, no seas aguafiestas —dijo Inés con fastidio. Él prefirió esbozar un gesto de circunstancias que no lo comprometiese mucho, y, cuando sonó el busca de llamada de Cardiocirugía, casi se alegró. Después de Victoria, no le quedaban fuerzas para lidiar con Loreto.

—Tengo que marcharme al hospital. A uno de los niños de la UCI no pueden cogerle el catéter venoso central y voy a echarles una mano. Será cosa de un par de horas —dijo como disculpa, echando un vistazo a su reloj—. ¿A qué hora quieres que venga a buscarte?

—Te llamo en cuanto hablemos con Loreto, seguramente me quede a cenar con ellas. ¿Quieres venir a cenar tú también?

Inés, Victoria y Loreto. Tragó saliva.

—Mejor no contéis conmigo, no sé cuánto voy a tardar. Llámame cuando quieras que vaya a buscarte —dijo Erik, dándole un beso en los labios, ya frente a la puerta de la casa de su hermana—. Pasadlo bien y disfrutad del reencuentro.

Inés esperó a que Erik se alejara en el coche calle abajo, despidiéndose con la mano. Cuando lo perdió de vista, soltó un suspiro y siguió a su madre hacia el interior de la casa. Loreto las esperaba en la puerta.

—Hola, mamita. Hola, Inés. —La sorprendió la fuerza del abrazo de su hermana y que se quebrase su voz al saludarla—. Pasad, estoy sola. Los niños están con Julio este mes de vacaciones. Pensé en decirle que me los dejara el fin de semana, pero prefiero no pedirle favores.

Vaya. Así estaban las cosas con el divorcio. Loreto había hecho cambios en la casa. Algunos muebles habían desaparecido y dos espejos nuevos, enormes, colgaban del salón. Parecía que la casa tuviese más luz, más vida, aunque su hermana se veía muy apagada.

Fue su madre la que ahuyentó los fantasmas que rondaban al mentar el tema, como siempre, con su sinceridad descarnada.

—¿Cómo lo llevas, hija? ¿En qué punto está el divorcio?

Se acomodaron en el salón. Las ventanas abiertas hacia el jardín daban la sensación de estar en el exterior. Inés se fijó en que también había algunas flores y plantas que antes no estaban allí. Loreto les sirvió limonada con hielo, se descalzó y encogió los pies bajo el cuerpo sobre el sofá.

—No lo sé, mamá. Ya hemos preparado el convenio regulador, y cuando los dos volvamos de vacaciones, iremos al juzgado a firmar. Creo que en marzo —dijo de modo mecánico, no paraba de tocarse la cara, era incapaz de disimular su ansiedad pese al tono firme de su discurso—. A veces sigo sin creerme que no está en la casa. Oigo un ruido cuando cae la noche y sigo pensando que es él, que llega de trabajar.

—Es muy duro, pero ¿no es mejor así? —dijo su madre con dulzura, sosteniéndola de las manos—. No podías seguir con esa situación, con un hombre que no aprecia la mujer que eres, ni la vida que teníais en común.

—Mamá, pese a todo yo sigo esperando un gesto grandilocuente por su parte. Que llegue con una carroza de caballos blancos y un ramo de mil rosas, pidiéndome perdón —ironizó Loreto, en un intento de reírse de sí misma. A Inés se le encogió el corazón, Loreto todavía lo amaba—. Pero es cierto que estoy mejor. Los dos lo estamos. Ya no existe la angustia de no saber si va a venir o no a dormir, si cuando sonaba su móvil estaría hablando con otra, o buscar en cada bolsillo otra prueba de que no ha estado donde ha dicho. Así no podía vivir.

—Joder, Loreto, ¡lo siento tanto! —barbotó Inés, sin ser capaz de decir nada más inteligente. La abrazó con fuerza y notó una calidez que percibía en su hermana en muy pocas ocasiones. Quizá, por la necesidad de afecto—. ¿Cómo lo llevan los niños?

—Mucho mejor que yo. Me sorprende lo bien que lo llevan, a veces hasta me duele la naturalidad con la que han asimilado la situación —dijo Loreto, con cierta tristeza en el tono—. Julito sí echa de menos «la familia como estaba antes», como él mismo dice, pero Elena es muy pequeña y lo ha tomado casi como un juego.

—Es mejor así, hija —interrumpió su madre, al ver que el tono amargo comenzaba a enconarse—. Tú vuelves a tener tiempo para ti, para recuperarte como mujer, volver a hacer las cosas que te gustan y enfocarte en una nueva etapa de tu vida. No lo veas como un fracaso, Loreto, sino como una oportunidad de volver a empezar.

Inés asintió, en un intento de reforzar la postura de su madre, pero su hermana no estaba convencida de que fuera así. Lo leía en el gesto incrédulo e irónico ante sus palabras de aliento. Ella pasó de puntillas por su felicidad al contarle el relato de sus vacaciones en Noruega, no quería restregarle a Loreto lo bien que iban las cosas entre ella y Erik. Las tres acabaron por meterse en la cocina a hacer la cena y ponerse al día con temas más banales: el restaurante de su madre, el ganado del fundo y las últimas noticias de Miguel.

—Tienes que instalarte la *app* de Tinder en el teléfono —dijo Inés, de pronto, en un arranque al ver a su hermana en ropa de andar por casa, dos centímetros de raíces en el pelo y unas ojeras hasta los pies—. Salir con otros hombres, ¡pasártelo bien!

—Estás loca, Inés —dijo Loreto riendo, con ganas, por primera vez desde que llegaron a su casa—. ¡No quiero saber nada de ningún hombre por una buena temporada!

—¿Qué es Tinder? —preguntó su madre.

Las dos se atropellaron entre risas al explicarle en qué consistía la aplicación para ligar, describiéndola como Sodoma y Gomorra para escandalizarla, pero después de un poco de debate, Inés acabó por instalarle la aplicación en el móvil a su hermana, con el beneplácito de su madre. Prometió ayudarla a completar su perfil con más detalle después de la boda



de Nacha.

Pese a intentar sonsacarle algo sobre el menú, su madre no soltó prenda, así que cuando Erik la llamó desde el coche para recogerla, bien pasadas las doce de la noche, decidió marcharse ya.

—¿Quieres que pase a saludarte? —dijo Inés, tapando el micrófono del teléfono. Loreto señaló sus *leggings* y la camiseta larga que usaba para andar por casa y negó con la cabeza con cara de pánico—. No, no te preocupes, salgo ahora mismo. Loreto te manda un beso y dice que la próxima vez, cuando esté más presentable —se llevó una palmada de su hermana en el muslo que la hizo soltar un grito de dolor—, te invitará a entrar.

Se despidió de su madre y de su hermana y salió al jardín. Las luces de la ciudad se veían a sus pies. Erik la esperaba fuera del coche, apoyado en la puerta y con la mirada perdida en el paisaje nocturno. Se acomodó junto a él y se estrechó contra su cuerpo mientras él la cobijaba bajo su brazo.

—Prométeme una cosa, Erik —dijo Inés, alzando la mirada hacia sus ojos azules. Él sonrió con extrañeza.

—Lo que quieras. Dime.

—Si algún día tú y yo dejamos de querernos, seamos sinceros, ¿vale? Nada de infidelidades, ni de engaños, ni de mentiras.

—Sabes que no es mi estilo —dijo Erik, que se volvió para mirarla de frente—. ¿A qué viene esto?

—Loreto y Julio firman el divorcio. Es definitivo.

—Lo siento por ella —dijo él, y parecía sincero. Volvió a reclamarla en su pecho e Inés suspiró—. Estas cosas nunca son fáciles. Y menos cuando hay niños de por medio. Todavía recuerdo lo mal que lo pasó Corbyn cuando se divorció de su mujer.

—¿En serio? No tenía ni idea —dijo Inés, sorprendida—. Siempre pensé que tu hermana y él, bueno, pues que estaban casados en primeras nupcias.

—A Maia no le gusta hablar mucho de ello, pero sí. Corbyn estaba casado y Maia fue su amante durante muchos años. Hasta que le dio un ultimátum y él dejó por fin a su exmujer. —Inés no podía cerrar la boca ante lo que estaba escuchando—. Fue duro. Maia estuvo a punto de dejarlo, y al

final Corbyn la siguió hasta Tromso para demostrarle que lo suyo sí iba en serio. Y ahí sigue —dijo, soltando una risotada divertida—, mimetizado con el paisaje noruego.

Erik la llevó hasta la puerta del copiloto y le dio un beso y una palmada en el trasero para que se diese prisa. Inés permaneció en silencio mientras volvían a casa.

—Vaya historia —dijo al fin—. Está claro que las cosas nunca son lo que parecen.

Erik se echó a reír.

—Maia nunca es lo que parece.

Inés se despertó con una sensación extraña. Alargó la mano hacia el lado de la cama que ocupaba Erik y lo notó frío. ¿Qué hora era? Buscó su móvil y recordó que seguiría, seguramente sin batería, en su bolso sobre la mesa del salón. Valoró si remolonear un poco más —después de todo, era sábado y la boda no empezaba hasta las seis de la tarde—, o bajar a recuperarlo y conectarse con el mundo. Aquella cama era muy cómoda. Costaba mucho abandonarla, sobre todo si Erik estaba en ella. Sonrió al recordar cómo se habían acostado la noche anterior, conversando sobre las diferencias entre sus madres. Los dos vaticinaban un verdadero choque de titanes el día en que Jana y Victoria se encontraran frente a frente.

Bajó a la cocina y se servía un café cuando Erik entró empapado en sudor y con la respiración aún entrecortada por el esfuerzo. Inés le puso la mejilla, pero impidió que la abrazara.

—¡Estás chorreando! ¿Has ido al gimnasio?

Él negó con la cabeza y se agachó para desatarse las desgastadas zapatillas.

—No. He ido a correr al Bicentenario. Necesitaba hacer un poco de ejercicio.

Inés miró con preocupación el plato de galletas que se había servido y lo apartó.

—Yo debería moverme también. A ver si la semana que viene vuelvo al *poledance*. En Noruega cogí un par de kilos —dijo mientras pellizcaba el

micHELÍN incipiente sobre sus caderas—, me siento bastante hinchada.

—Yo te veo bien —repuso Erik, que se encogió de hombros—. ¿Nos duchamos juntos?

No hacía falta más para que dejase lo que estaba haciendo y lo acompañara. Verlo desnudarse era un espectáculo. El modo en que sus abdominales se marcaban al quitarse la camiseta, descubrir sus muslos fuertes cuando se despojaba de los pantalones, la manera en que charlaba de todo un poco mientras se paseaba desnudo por la habitación y abría el agua caliente o preparaba su ropa. Inés escuchaba a medias lo que le preguntaba cuando la cogió de la mano y la llevó a la ducha.

—Oye, no me has contestado —dijo él, alzando las cejas. La había pillado—. ¿No te has planteado poner una barra vertical aquí, en el salón? —repitió, abrazándola bajo el agua. Inés buscó su pene, que se desperezaba entre sus cuerpos, y lo trabajó con la mano—. Me encantaría que me regalases un baile privado.

—No me hace falta la barra. Tengo una aquí mismo y yo creo que aguanta. —Apretó con fuerza su erección y le arrancó un gruñido de la garganta—. Siempre puedo hacerte un bailecito sobre ella.

Erik negó con la cabeza y resopló, feliz e incrédulo a la vez. ¿Cómo podía ser tan insolente una mujer tan dulce como Inés? Aquella mezcla lo volvía loco. Ella seguía torturándolo con la mano y besaba y lamía sus pezones perforados bajo la cascada de agua tibia de la ducha. ¿Dejaría algún día de sorprenderse? Por lo visto, no. Deslizó su cuerpo hasta dejarse caer de rodillas y lo acogió en su boca. Lento, profundo, con la cadencia que sabía que él adoraba. Erik cerró los ojos y agarró su melena mojada en un puño. Era demasiado. Demasiado.

—Para, Inés. Quiero correrme dentro de ti.

Ella alzó la mirada y sonrió, sin soltar la presa de su boca. Succionó a lo largo de su envergadura y lo soltó al fin con un beso en la punta. Él jadeó.

—¿Estás seguro? No me importa que después me devuelvas la jugada.

—Hecho.

Se dejó llevar por el compás experto de su boca sobre la erección, guiándola del pelo. Inés se aferraba a su culo con una mano mientras con la otra lo dirigía con pericia hacia su interior. Cuando llegó al orgasmo, tuvo

que apoyar el antebrazo en la pared cubierta de vapor de agua y soltó un juramento en noruego. Inés sonrió, perversa, cuando lo soltó al fin, ya sin fuerzas, tras recibir en la boca su esencia cálida.

—Eh, ni se te ocurra dormirte —dijo al verlo apoyado contra los azulejos para descansar un rato y recuperar el resuello—. Que ahora me toca a mí.

Sonrió. La empujó hasta que quedó con la espalda apoyada en la pared. Se besaron, lento, con lascivia. Pero Inés no quería esperar y lo empujó del hombro hacia abajo. Que fuese exigente lo volvía loco. Deslizó la boca entre sus pechos, hasta su ombligo y se detuvo justo sobre su monte de Venus. Inés se estremeció con la expectación y acomodó uno de los muslos sobre su hombro, despejándole el camino hacia la perdición. Erik aún recordaba sus reticencias al sexo oral en sus inicios. Entendía por qué: la manera en que perdía el control, sollozaba, gemía y aullaba cuando la horadaba con su lengua y la recorría con la boca. Los dedos enroscados en su melena, su cuerpo tenso como la cuerda de un violín, sus gritos cuando al fin se dejó caer en el abismo. Tuvo que sujetarla cuando sus piernas temblaron y dejaron de sostenerla por un instante. Se incorporó y se abrazaron bajo el chorro de la ducha.

Tenían toda la mañana para disfrutar el uno del otro, y lo iba a aprovechar.

## *Las bodas siempre traen cola*

Entretenerse tanto por la mañana significaba prisas y tensiones de última hora. Inés pensaba que había traído de su piso todo lo necesario para arreglarse, pero se dio cuenta de que sus pendientes quizá resultaban un poco insulsos para el vestido de *Desayuno con diamantes*.

—¿Qué te falta? Vamos a llegar tarde —dijo Erik con precaución desde la puerta del baño.

Inés sonrió pese a todo. Estaba guapísimo con su traje de chaqueta gris, camisa celeste y corbata azul marino.

—Ya estoy. Es solo que no me convencen los pendientes —dijo, atusándose el moño que le habían hecho a primera hora de la tarde en la peluquería del hotel—. Mis brillantitos se ven un poco sosos.

Erik salió sin decir nada y volvió a los pocos minutos con una caja roja que reconoció. Tragó saliva al recordar el momento amargo que habían vivido cuando le devolvió los pendientes. Titubeó.

—Inés, era un regalo. Lo guardé porque tenía la seguridad de que te lo daría de nuevo algún día. Bueno, no la seguridad, pero sí la esperanza. — Parecía enfadado e Inés lo miró sin decir nada—. Son tuyos. Me jodió bastante que me los devolvieras.

Cuadró los hombros y tensó la mandíbula. Como ella no hacía ningún gesto, la cogió de la mano y puso la cajita de terciopelo rojo en ella.

—Me encantan —murmuró al fin. Abrió la caja y suspiró al ver los destellos de los brillantes sobre el platino—. Y son perfectos para el vestido. Gracias por guardarlos para mí.

—Me alegro. Date prisa.

Vaya. No había sido muy romántico. Estaba claro que Erik estaba herido y ella llevaba toda la semana en tensión. Entre la vuelta al trabajo, la boda de Nacha y las pequeñas tiranteces de la convivencia, tenía los nervios

de punta.

Se puso los pendientes y bajó las escaleras sujetando la pequeña cola del vestido. Erik esbozó una sonrisa torcida, pero seguía enfadado. Se acercó y frotó con el pulgar las arrugas de su ceño fruncido y le dio un beso suave en los labios.

—No quiero que te enfades.

—No me gusta recordar lo que pasó.

—Lo sé, y lo siento. Los pendientes son maravillosos. —Él acarició la curvatura de su oreja hasta el lóbulo e hizo tintinear el brillante—. Y lo que pasó ya está superado. Lo hemos hablado y estamos bien, ¿sí o no? —dijo con convicción. Erik asintió con una sonrisa más ancha—. Vamos. Si llegamos tarde a la iglesia, Nacha nos va a matar.

Los invitados se arremolinaban en la explanada de césped frente a la sencilla iglesia blanca de Los Dominicos, con sus dos torres de planta cuadrada coronadas con cúpulas de cobre verdoso que refulgían bajo el sol. Le hubiera gustado ver la llegada de Nacha en el coche de época que sabía que había contratado, pero ella era madrina y tenía que colocarse al frente junto a Mónica y Carola. Erik exhibía un gesto más bien resignado, pero Inés cazó con malicia las miradas apreciativas de varias de las mujeres. Miró al techo y tiró de él.

—Vamos delante. Dale un poco de apoyo al pobre Juan, que parece que se va a desmayar en cualquier momento.

Era cierto. Se frotaba las manos y lucía una palidez un poco preocupante enfundado en el chaqué. Lo acompañaban sus hermanos y su mejor amigo, que Inés conocía vagamente. Se acercaron a darle ánimos y felicitaciones y acompañó a Erik a sentarse un par de bancos hacia atrás.

—¿Tengo que quedarme a la ceremonia? Prefiero esperarte fuera, no contaba con que iba a estar aquí solo —dijo, fingiendo un puchero. La agarró de la mano para retenerla e Inés lo insultó en su fuero interno. Odiaba cuando se ponía difícil.

—Ni se te ocurra moverte de aquí. —Los invitados ya comenzaban a acomodarse y ella tenía que volver a su sitio. Distinguió a su madre, ataviada con un vestido azul marino muy elegante, y le hizo un gesto para que se acercara. ¿Cómo no lo había pensado antes?—. ¡Mamá, ven! —llamó,

agitando la mano con prisas porque ya sonaban las notas del órgano con la marcha nupcial de Wagner. Nacha debía de haber llegado—. Hala. Ya tienes compañía.

Reprimió una risita al ver que el rostro de Erik se teñía con ansiedad.

Fue una misa corta, con una homilía llena de sentimiento. A Nacha no le cabía la sonrisa en la cara y Juan la miraba como si fuese una aparición celestial. Durante los ritos de despedida, en los que el sacerdote aprovechó para pasar algunos recados de utilidad para sus fieles, Inés miró a Erik con disimulo. Charlaba en voz baja con su madre, con pinta de estar conspirando algo, y sonrió. ¿Se vería con él frente a un altar algún día? No. No frente a un altar, eso desde luego, dada la alergia de Erik a todo lo que sonara a eclesiástico. Pero ¿y una ceremonia sencilla? Suspiró. Le encantaría vestirse de blanco, pero estaba claro que con él lo tenía difícil.

Los aplausos y el beso tierno que compartieron los recién casados la arrancaron de su ensoñación y corrió junto a Mónica y Carola a abrazar a su amiga. Se formó un poco de caos, porque el sacerdote les pedía que abandonaran la iglesia y algunos invitados se dirigían a la salida y otros iban en dirección contraria para felicitar a los novios. Tenían preparados unos conos con pétalos y arroz, pero su madre la agarró del brazo.

—Tienen que llevarme a la Viña, quiero supervisar los detalles de última hora de la cena.

Erik conducía con los brazos agarrotados sobre el volante. El viaje hasta la Viña Concha y Toro en Pirque no era muy largo, pero Victoria Vivanco se las arregló para hacer que Erik terminase boqueando como pez fuera del agua. Tras unos minutos de charla entusiasmada sobre lo bonita que había sido la ceremonia, su madre soltó la primera bomba.

—¿Y ustedes? ¿No tienen pensado casarse?

—¡Mamá! —Inés no fue de mucha ayuda. Soltó un grito ahogado y le entró la risa floja. Él se concentró en la carretera para ver si tenía suerte y Victoria lo dejaba pasar.

—¿Y bien? ¿Erik? —dijo al ver que de su hija no recibía más que risitas sofocadas.

—Yo considero a Inés mi mujer sin que ningún cura me lo diga — soltó tras unos segundos de silencio incómodo.

Aquello pareció apaciguar durante unos minutos a la madre de Inés, que asintió con expresión apreciativa, pero entonces se desató el infierno.

—¿Y no prefieren formalizar su situación? ¿Y de cara a los hijos?

—Mamá, es muy pronto para eso —protestó Inés. Por fin abrió la boca para decir algo sensato.

—¿Y dónde van a vivir? Noruega queda muy lejos. Inés, si se van a vivir a Noruega, por favor, ten en cuenta que a tu padre le da pánico volar y que los viajes tan largos son terribles para él —dijo Victoria, que parecía haber cocinado todo aquello a fuego muy lento—. ¿Qué vas a hacer con tu trabajo, Erik?

Erik se aflojó el nudo de la corbata, intentando salir airoso de aquel trayecto en coche. Victoria saltaba de una pregunta a otra sin dejar demasiado tiempo para contestar. Lo que era mejor, porque él no tenía ni idea de qué respuesta darle e Inés parecía igual de desconcertada que él con todo aquello. Cuando llegaron a la Viña, Erik quiso besar el suelo tras bajarse del coche.

—Espero haberles dado algo en qué pensar —dijo Victoria antes de marcharse hacia el restaurante con su pequeño maletín en la mano—. Es mejor ser previsores con estas cosas.

Erik esperó a que se alejara para pasarse las manos por el pelo y resoplar. Se apoyó en el coche durante unos minutos para recuperar el tipo.

—¿Tú te sentías tan agobiada por mi madre en Tromsø?

Inés se echó a reír y lo abrazó con ganas. Compuso una cara de circunstancias mientras le arreglaba el nudo de la corbata.

—Hasta yo me agobio con mi madre. Y no. Jana me dejó algunas cosas claras —reconoció, apartando la mirada de sus ojos—, pero creo que tiene un concepto más acertado de lo que significa dejar hacer su vida a los demás.

Los dos rieron y caminaron de la mano hacia el jardín donde se serviría el cóctel.

—No quiero que te agobies con nada de lo que ha dicho, es una pesada —dijo Inés.



—Tiene algo de razón. No sé, quizá deberíamos darle un par de vueltas a todo.

Ella lo miró, desconcertada.

—¿A qué, por ejemplo?

—Quiero que mis hijos sean noruegos. Eso ya te lo he dicho, pero me gustaría dejarlo claro.

—¿Qué tiene de malo Chile? —dijo ella un poco suspicaz.

—Nada. Van a ser tan noruegos como chilenos, eso lo sé.

—En realidad van a ser mitad noruegos, un cuarto chilenos y un cuarto irlandeses. Y si miramos más atrás, tenemos un octavo español y un octavo ruso, si no me equivoco, ¿no? —Inés se echó a reír, divertida—. ¿Qué más da dónde nazcan? Lo importante es que la familia esté unida, sea aquí, en Noruega o en Japón.

Con ello, Inés zanjó la conversación. Los camareros comenzaban a salir con el cóctel y los novios acababan de llegar, así que se acercaron hasta la terraza.

Victoria Vivanco se lució con el convite. La comida estaba deliciosa. Del cóctel se encargaba la Viña, pero los aguacates rellenos de ostiones, la corvina a la teja y el cabrito con verduras fueron sublimes. Y el bufé de postres fue lo mejor. La mesa con las tartas, flanes y bizcochos quedó puesta para que cualquiera pudiese servirse. Y menos mal, porque al acabar el vals, comenzó la fiesta y los invitados se apelotonaron en torno a la barra libre en busca de alcohol. Sonaba a todo volumen *Beautiful day*, de U2.

Bailaron, cantaron, mantearon al novio y a la novia. La música estaba bien escogida y las risas y gritos se entremezclaban en la marea de cuerpos en danza. Inés maldijo la falda larga y estrecha del vestido y acabó por subírselo sobre las rodillas para tener más libertad de movimientos, y Mónica y Carola hicieron lo mismo. Las cuatro, junto con Nacha, acabaron bailando descalzas porque tampoco aguantaban los tacones mucho más.

Y Erik se lo estaba pasando en grande.

—Eh, mira a tu vikingo —dijo Nacha entre risas, que le dio un codazo y señaló en una dirección. Inés soltó un gemido.

Erik, Juan y otros chicos del equipo de *hockey* se habían quitado la

chaqueta, estaban descamisados y bailaban frenéticos una versión cañera de *I See you Baby*, de Groove Armada.

—Eso que lleva Erik en la cabeza, ¿es su corbata? —Nacha también estaba bastante borracha e Inés la miró, alarmada.

—¡No deberías beber! ¿Y el bebé?

—¡Bah! Me ha dicho la ginecóloga que tengo muy pocas semanas de embarazo y que un poco de fiesta no le hará daño. ¡Venga, que no se diga que ellos se lo pasan mejor!

Las arrastró hacia los chicos y les lanzó un reto de baile. El DJ encargado de la música puso la canción *Limbo* de Daddy Yankee y a alguien se le ocurrió coger la larga tira que sujetaba los cortinajes de los ventanales para hacer pasar a las parejas bajo ella. La mitad acabó por el suelo, entre risas, incluidos ellos dos.

No supo en qué momento perdió de vista a Erik. Quizá justo cuando la fiesta estaba en su punto álgido y las cosas comenzaban a salirse de control.

Inés llevaba desde hacía un rato con una sensación ominosa que la iba embargando a medida que bajaba los *gin-tonic*. Llevaba ya tres o cuatro y se encontraba fatal. Algo muy parecido a un ataque de ansiedad atenazó su pecho y se alejó para tomar un poco el aire.

—¡Inés! ¿Te pasa algo? ¡Vuelve a la fiesta! —dijo Nacha, preocupada.

—No te preocupes, es que he bebido demasiado y voy a tomar el aire —dijo Inés, deseando que se fuera. El corazón le iba a mil por hora y sentía que su pecho estaba a punto de estallar por alguna razón desconocida. ¡Maldito alcohol! —. Vete dentro, que te estarán esperando.

—No, te acompaño. A mí también me vendrá bien salir un poco.

Salieron a la noche cerrada, la viña tenía una bonita iluminación y percibía desde allí el aroma dulzón y seco de la uva en los parrones. Se frotó las manos, sudorosas, e inspiró en un intento de serenarse.

—Inés, ¿se puede saber qué te pasa? Estás blanca como el papel.

Y entonces lo supo. Las lágrimas anegaron sus ojos, empujadas por la sensiblería alcohólica, y miró a Nacha con desesperación.

—No me ha bajado la regla, Nacha. —Y se echó a llorar como una magdalena.

Tras unos minutos de llanto y caos, en los que Nacha intentaba preguntarle datos concretos y ella lloraba hecha un manojo de nervios, su amiga la sujetó de los hombros y la sacudió.

—¡Inés, cálmate! Vamos a pensar. A ver. Tengo en casa un par de pruebas de embarazo. ¡No me mires así! No me lo creía y le dije a Juan que comprara media docena. Cuando salió el cuarto positivo terminé por convencerme.

—¡No puedes irte de tu propia boda! —Soltó una risita histérica mezclada con un sollozo.

—Eh, que mi casa está aquí al lado, será un momento —dijo Nacha, que la agarró de la mano y la arrastró hacia la salida del restaurante—. Además, están todos más borrachos que nosotras, no nos van a echar de menos.

—Pero ¡estoy descalza! —exclamó ella, alarmada al ver la determinación de su amiga, que ya salía a la calle principal.

—Yo también. ¿Qué más da?

Corrieron de la mano sujetándose el vestido por la acera ante la mirada atónita de los escasos peatones que volvían de juerga aquella noche de sábado. No tardaron en llegar. La casa estaba patas arriba, llena de regalos aún por desempaquetar, cajas de mudanza a medio desembalar y ropa tirada. No habían sido los únicos en salir con prisas.

Nacha revolvió en su cajonera e Inés la escuchó contestar el teléfono fijo, que llevaba sonando desde que habían entrado en la casa.

—Es Juan —dijo, y le tendió dos paquetitos alargados y blancos—. Dice que lleva buscándome una hora. ¿Tanto hemos tardado? Venga, vamos. Ya mearás en el baño de allí.

Corrieron de vuelta a la viña mientras Inés intentaba meter los test en su bolso diminuto. No quería que nadie los viera.

Se encontraron con Juan y con Erik en la puerta del salón, con los ojos bastantes vidriosos y, en el caso de su vikingo, despeinado y con la cara roja como un tomate.

—Pero ¿dónde te habías metido? —dijo Juan preocupado. Le tendió a su mujer un vaso de agua—. La gente comienza a marcharse y hay que despedirse.

—Despídelos tú, gracias por el vaso. Tengo algo más importante que hacer. ¡Vamos Inés! —dijo, arrastrándola hacia los baños.

—¡Nacha, espera! —La voz de Juan se perdió en el tumulto de música y gente.

Inés le lanzó a Erik una sonrisa algo trémula mientras se alejaba y alcanzó a ver su gesto de extrañeza. Se dejó llevar por su amiga, sumergida en una nebulosa en el que los sonidos le llegaban amortiguados y sentía un preocupante vacío en el estómago. Entre la borrachera y los nervios, no podía pensar.

Entraron las dos en un cuarto de baño demasiado pequeño.

—Espérame mejor fuera —dijo Inés, intentando subirse aquel maldito vestido por encima de las caderas para poder hacer pis y apartando la falda acampanada del vestido de novia de Nacha, que casi llenaba el espacio.

—¡Ni hablar! Yo esto tengo que verlo en directo.

—¿El qué? ¿Verme mear en un vaso borracha perdida? —Soltó una carcajada histérica, pero Nacha le señaló la taza del váter sin contemplaciones.

—Vamos. Haz pis.

—¡No es tan fácil! —gimoteó ella, intentando mantener el equilibrio sin tocar la taza porque le daba un asco absoluto, y metiéndose el vaso entre las piernas—. Ayúdame, que me voy a caer.

Alguien comenzó a golpear la puerta. La voz de Erik, preocupada y demandante, sonó al otro lado un poco arrastrada.

—Inés, te he visto meterte en el baño. ¿Qué pasa?

—Nacha, ¿va todo bien? —se oyó también la voz de Juan.

—Genial —gruñó Inés en voz baja—. ¡Va todo bien, un momento!

Nacha la sujetó entre risas por el brazo libre. Tuvo que concentrarse para orinar, lo que no fue nada fácil con Erik aporreando la puerta. El chorrillo hizo un sonido silbante al caer en el vaso. Nacha tenía ya una de las pruebas en la mano, lista para usar.

—¡Cuidado, no te manches! —dijo Inés al ver que Nacha le arrebató el vaso.

—No seas idiota, trae aquí.

Metió la prueba en la orina y esperó. Inés aprovechó para recomponerse. Pasaron los minutos lentamente y ya ni escuchaban a Erik, que cada vez más preocupado, tenía pinta de querer echar la puerta abajo en cualquier momento.

—Es negativo —dijo Inés, con una mezcla de alivio y decepción.

—Espera un poco —pidió Nacha, con los ojos entornados, mirando fijamente el palito de plástico—. En el test dice que hay que esperar diez minutos.

—La vez anterior el positivo saltó nada más sacarlo de la orina —dijo Inés e intentó salir de allí.

—¡Que te esperes, te digo! —dijo Nacha con irritación.

—Bueno, ¡no hace falta enfadarse! —replicó airada Inés.

—Es positivo. Mira.

Inés sintió que un obús caía en su estómago. No se atrevía a mirar.

—Es tenue, pero es positivo. PO-SI-TI-VO —repitió Nacha, muy despacio, y abriendo mucho los ojos con cara de loca.

Inés llevó la mirada por fin a la prueba. Una línea de un azul clarito se dibujaba paralela a la de azul oscuro que era la confirmación de que funcionaba bien. Comenzó a balbucear, desconcertada.

—Pero, eso no puede ser, ¡llevo un DIU!, ni siquiera me acuerdo de cuando tuve la regla por última vez, es imposible, además...

Nacha la abrazó con fuerza y empezó a dar saltitos en la estrechez del cuarto de baño.

—¡Qué más da! ¿Sabes lo que esto significa? —Inés la miró sin entender, aún en *shock* por aquellas dos rayitas azules—. ¡Vamos a estar embarazadas a la vez!

—¡Inés! —rugió Erik al otro lado de la puerta—. ¡Abre la puerta de una puñetera vez!

Fue Nacha la que abrió de par en par. No le dio tiempo a detenerla.

—¡Felicidades, Erik! Vas a ser papá.

Salió en tromba del cuarto de baño, y con todo el entusiasmo de la noticia y las copas de más, se lanzó a su cuello y lo abrazó. Erik lanzó una risotada.

—*Svarte Helvete!* ¿Qué dices, Nacha? ¡Estás loca! Eso es imposible, ¿Inés?

Se le quitó la borrachera de golpe al ver su rostro emocionado y cubierto de lágrimas. La sonrisa no le cabía en la cara mientras asentía cada vez con mayor energía.

De pronto estaban los cuatro abrazados y dando saltos de alegría ante la noticia.

—¡Voy a ser padre! Voy a ser padre —dijo con entusiasmo. Pero de pronto, sentía que no podía respirar.

Dio un par de pasos hacia atrás y extendió los brazos para apartarlos. Tampoco era capaz de hablar. Se le había congelado la mandíbula y un intenso dolor le atenazó el pecho. La sonrisa de Inés se desfiguró en una expresión de inquietud.

—Erik, te has puesto pálido. ¿Estás bien?

Boqueó en busca de aire, pero no llegaba a sus pulmones. Se llevó una mano a la garganta y aspiró con fuerza. Rápido. En bocanadas cortas y angustiosas. Si no respiraba, iba a morir.

— *Vennligst!* —suplicó, le estaba dando un infarto. Estaba seguro—. *Jeg trenger... en ambulanse...*

Un corro de gente comenzaba a rodearlo, y eso lo distrajo de la sensación de muerte inminente. Controló un poco el ritmo acelerado de su respiración. Estaba hiperventilando.

—¡Erik, en castellano! —dijo Inés, aterrorizada—. ¿Qué necesitas? ¿Qué tienes?

Verla así, preocupada por él, sujetándolo del brazo y totalmente desconcertada lo hizo reaccionar. Buscó una pared tras él y apoyó la espalda. Se dejó caer en el suelo y trató de serenarse y pensar.

Inés embarazada. Inés embarazada. Inés embarazada.

La ansiedad volvió a golpearlo con fuerza y tuvo que concentrarse de

nuevo en respirar. Cerró los ojos y se concentró en una imagen grabada en su cerebro y que siempre le otorgaba tranquilidad: el glaciar de Austfonna en Svalbard. Visualizó el paisaje que era uno de los más sobrecogedores que había visto en su vida. Poco a poco, el recuerdo de la paz y el sosiego que lo habían embargado al recorrer con el piolet y los crampones el inmenso manto blanco de hielo recogido entre las moles de roca de las montañas hizo su efecto.

Solo había sido una crisis de ansiedad. Y él se estaba comportando de un modo ridículo.

Abrió los ojos y sonrió, algo avergonzado. Solo Nacha y Juan, junto a una preocupadísima Inés arrodillada junto a él, se habían quedado. Menos mal. El resto debió de pensar que estaba borracho perdido y nada más. Lo que tampoco estaba muy lejos de la realidad. Se echó a reír con ganas. ¡Iba a ser padre!

—*Liten jente*, ven aquí. —Tiró de ella hasta hacerla caer sobre su regazo y la abrazó con fuerza—. Estoy bien. Estoy feliz. Es solo que no me lo esperaba, y me has dado una sorpresa de muerte.

—Vamos a ser padres, Erik —dijo Inés, cobijándose en su pecho.

Él la rodeó con los brazos y la besó en el pelo infinitas veces mientras calaba en él la realidad de lo que estaba pasando.

—Vamos a ser padres. Y estoy aterrorizado, pero también feliz.

## *El mundo no se acaba en el San Lucas*

—Dr. Thoresen, ¿ocurre algo? El paciente está listo hace rato.

La enfermera perfusionista lo observaba con preocupación desde la puerta automática del quirófano. No era de extrañar. Llevaba disperso toda la mañana. Necesitaba cafeína y poner en orden sus pensamientos.

—Dígale al Dr. Suárez que comience la cirugía sin mí. Volveré en diez minutos.

Solo tenía tiempo para un café rápido en la sala de médicos del quirófano. El café estaba recalentado desde hacía quién sabía cuándo, pero aun así, el líquido caliente lo reconfortó. Tenía muchas cosas en la cabeza.

Cuadrar las guardias del resto del verano.

Convencer a la Dirección de que necesitaban otro cardiocirujano, con números reales.

Nombrar a la nueva supervisora de Enfermería de Cardiocirugía Infantil, puesto que se había evidenciado muy necesario en la auditoría y pretendía ofrecer a Bettina Mayer.

Acompañar a Inés a la consulta de la Dra. Kaplan en la Clínica Alemana para ver que todo iba bien con el embarazo.

Comenzó a sudar y no tenía nada que ver con la temperatura del café. La noche anterior no había podido pegar ojo.

«¡Felicidades, Erik! Vas a ser papá».

Por un momento pensó que de verdad iba a darle un infarto. Con un poco de distancia, había sido casi cómico. Solo le faltó ponerse a respirar dentro de una bolsa de papel para completar el espectáculo. Soltó una



carcajada y un auxiliar lo miró, interrogante.

—No es nada, ya me voy.

Aquel pequeño descanso le permitió concentrarse en la cirugía que lo esperaba. Se lavó y se vistió, y entró en el quirófano para ver que Dan había hecho un buen trabajo con la esternotomía.

—Disculpad el retraso. ¿Qué tenemos?

—Acabo de acceder al pericardio.

—Bien. Procedamos.

Durante las siguientes tres horas, Erik despejó de su mente cualquier cosa que no fuera la cirugía de reparación de comunicación interventricular. Era un procedimiento relativamente sencillo y el corazón del niño estaba en muy buenas condiciones.

—¿Has sabido algo de mi contrato? —preguntó Dan, ansioso, cuando ya se enfrentaban al cierre de la pared externa del corazón.

Erik frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No. Tengo una reunión el miércoles con la dirección para presentar las necesidades del servicio, y espero dejar claro que necesitamos un par de manos más. Más succión —dijo Erik, mientras señalaba al interno que los asistía con cara de susto—. Guarida es consciente, aunque no apruebe mi manera de abordarlo.

—Tienes que venderme a mí, en concreto. No un par de manos más, Erik. Las mías —repuso Dan con tono exigente. Erik esperó a acabar la sutura en la que estaba concentrado y clavó los ojos en su antiguo pupilo—. Sé que hay otro candidato que se ha presentado, que viene de la Universidad de Chile.

—¿Has puesto al día tu currículum, como te he dicho? Tus méritos deberían avalarte por sí solos, has trabajado mucho aquí.

—Aún no, pero...

—¡Pero nada! —estalló, enfadado. El interno dio un respingo y dejó caer el succionador—. ¡Usted! ¡Fuera de mi quirófano! Deje que la enfermera se haga cargo de despejar el campo quirúrgico, ya que no lo sabe hacer.

El interno lo miró de hito en hito y el alzó las cejas, irónico.

—¿Está sordo, también? Déjenos hacer nuestro trabajo.

Aprovechó los minutos que tardó el pobre pardillo en deshacerse de la ropa quirúrgica para controlar el acceso de ira.

—Mira, Dan. Ya no eres un residente al que tenga que estar cubriendo las espaldas, formas parte del *staff*. Haz lo que te he dicho y actualiza tu currículum —dijo algo más calmado, y retomando el cierre del siguiente plano—. Tienes el premio del congreso del año pasado, la participación de la auditoría, los trabajos y publicaciones en los que te he incluido como segundo autor... —Le dio un golpecito con el porta en el dorso de la mano y señaló el campo quirúrgico. Hacía ya un rato que Dan había dejado de estar pendiente de la operación—. No deberías tener problema. Yo te respaldaré, prefiero trabajar con alguien que conozco y que sabe cómo funciona, pero no voy a regalarte tu posición.

Se retiró de la mesa de operaciones y Dan lo miró, dolido.

—¿Te vas?

—Si insistes en comportarte como un residente, seguiré tratándote como uno. Sutura tú la piel con la enfermera, yo tengo otras cosas que hacer.

Se arrancó la bata desechable, el gorro y la mascarilla con fastidio. No había sido del todo justo y, desde luego, sí había sido bastante duro, pero allanarle el camino a Dan no le hacía ningún bien. Y él odiaba los tratos de favor. Era un buen cirujano, pero le faltaba mucho por madurar. Sacó el móvil nada más salir del quirófano.

«¿Qué tal van las náuseas? ¿Has comido algo?».

Se unió a los otros dos mensajes sin contestar que le había enviado desde que había llegado al hospital. Ella llevaba sin mirar el móvil desde poco antes de las ocho. Sonrió. Cómo cambiaban las cosas. Inés lo tenía comiendo de su mano y un pensamiento siempre presente, aunque fuese en segundo plano, le recordaba que jamás sería el mismo. Ahora iba a ser padre. La sensación de caída al vacío que se instalaba en el centro de su estómago al evocar esa palabra se acentuó. Guardó el móvil y apretó el paso hacia el despacho de Guarida, comprobando que llevaba el *pendrive* con sus propuestas.

—¡Hola, Hernán! Sé que llego temprano, ¿vuelvo más tarde? —preguntó al verlo inmerso en un documento.

—No. Ven. Ayúdame con esto. —Erik se sentó frente a él y frunció el ceño al coger los papeles que su jefe alargaba por encima del escritorio—. Son los expedientes de los postulantes de la residencia.

—¿Qué residencia?

—Erik, estás en las nubes. Los candidatos para la especialidad de Cirugía Cardiovascular; hay que escoger el nuevo residente para este año.

—¿No es un poco tarde? Enero casi está terminando —se extrañó mientras ojeaba los méritos de los cinco candidatos—. Todos los escogidos son hombres.

—No había ninguna mujer entre los postulantes. Estos son los cinco que han pasado la primera criba. La Cardiocirugía no es una especialidad muy popular entre las féminas —dijo Guarida, encogiéndose de hombros—. No es fácil compatibilizarla con otras aspiraciones.

—Como la maternidad —dijo Erik, pensativo—. Por cierto, ¿qué es de Ana? Ya es residente de segundo.

—Sí, estará seis meses en Vancouver, en una rotación de cirugía de *bypass* coronario.

—Mejor —gruñó Erik. Ana no era santo de su devoción. Le parecía poco comprometida, poco estudiosa y sin demasiadas agallas en el quirófano. Era como un ratoncito. Otra que necesitaba madurar. Guardia pareció ignorar su valoración y señaló los papeles con la cabeza.

—¿Qué opinas?

Erik se tomó unos minutos para estudiar los currículos abreviados con mayor profundidad. Buenas notas, rotaciones externas durante el internado, guardias sin cobrar, investigación... Todos parecían iguales. Se fijó en una carpeta algo más abultada.

—¿Quién es este? Mario Gómez. Tiene ya treinta y cinco años, ¿con cuántos años suele acabarse la carrera aquí?

—Con veinticuatro, veinticinco —dijo Guarida, ocupado en imprimir el *pendrive* que Erik le había dado—. ¿Por qué?

Erik leyó el recorrido del médico. Había pasado un año trabajando de médico general en un consultorio, y después había hecho la residencia de Cirugía General. Después, constaban seis años de médico general de zona.

—¿Coihaique es en el sur de Chile, no?

—Coihaique está en la Patagonia chilena. No creo que sea el candidato ideal.

Erik lo miró, sorprendido. Para él, era el más interesante: madurez y experiencia real como médico. Y lo que era más importante, como cirujano.

—¿Por qué no?

—La edad es un factor. Pero, además... —parecía reacio a hablar, y acabó por quitarse las gafas y dejar lo que estaba haciendo—. No cumple con el perfil habitual del San Lucas.

—¿De qué hablas? —preguntó Erik con cara de pocos amigos. Comenzaba a intuir por dónde iban los tiros.

—Será mejor que lo veas por ti mismo.

—No necesito ver a ninguno de los candidatos para tomar una decisión. Lo que importa es su currículum, ¿no?

Guarida acabó por rendirse y no contestó. Él tampoco insistió. Si se refería al aspecto físico, desde luego a él eso le importaba una mierda.

Repasaron juntos el escrito que enviarían a la dirección del hospital. Erik rechinó los dientes al ver que su jefe eliminaba las explicaciones de por qué demandaban todo aquello y dejaba su trabajo reducido a unas pocas frases. En resumen, necesitaban un nuevo cardiocirujano, una supervisora de enfermería exclusiva para la Unidad, revisar los calendarios de guardias presenciales y localizadas, y escoger al nuevo residente.

—Así es menos amenazador. Además, ¿quién va a leerse toda esta palabrería? —dijo Guarida, después de enviar el correo electrónico a todos los implicados—. Tienes que aprender a ser más breve y conciso.

Erik apretó los labios en una línea fina. Había trabajado mucho en hacer aquella exposición, pero entendía el punto de Guarida.

—¿El miércoles tenemos la reunión?

—Sí, a las cuatro.

—Me perderé la cirugía programada para la tarde —gruñó Erik.

—No haber postulado para ser jefe.

Volvió al quirófano con sentimientos encontrados. La cabeza le iba a

estallar, necesitaba más café y esperaba que en la siguiente cirugía el interno estuviese más avisado. Sonrió al ver la respuesta de Inés a su mensaje.

«No hay tiempo para náuseas y mareos, ¡tengo mucho trabajo! He desayunado bien. Besos y gracias por preocuparte por nosotros».

Ese «por nosotros» le generó sudores fríos, pero cuando entró a lavarse las manos a la antesala del quirófano, lo hizo con una enorme sonrisa y sus preocupaciones quedaron atrás.

Inés buscaba en su cuerpo las señales de aquella nueva vida que se gestaba en su vientre. Por las mañanas sentía náuseas y era incapaz de meterse nada en el cuerpo o lo vomitaba a los pocos minutos. También dormía mucho más de lo que era normal en ella. Cuando Erik llegó el martes a casa, dormía en el sofá a pierna suelta sin haberse quitado siquiera la ropa con la que había ido al hospital.

—¿Qué tal va todo? —preguntó tras los besos tiernos de saludo que prometían transformarse en una rutina. Primero en la frente, después en los labios y el que más le gustaba, sobre su abdomen, todavía plano y firme.

—Bien. Todo va bien. —Se desperezó y lo retuvo entre sus brazos. Erik se tendió junto a ella en el sofá—. Tengo que reconocer que hoy estuve un poco nerviosa.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

Inés negó con la cabeza y esbozó una sonrisa débil.

—No. Es solo que, bueno, la vez anterior empecé a sangrar dos días después del positivo.

—¿Pero todo va bien? —Erik posó la mano en su abdomen y la miró a los ojos con aprensión.

—Todo va bien. ¿Cómo van los preparativos de tu cumpleaños?

El día 29 de enero, Erik cumplía treinta y nueve años y ese sábado tenía planeado hacer una barbacoa en Farellones e invitar a todo el servicio.

—Sí, la verdad es que se ha apuntado bastante gente. Pensé que, al ser tan lejos de Santiago, no se animarían —dijo, y frunció el ceño. Inés reprimió una sonrisa, a las claras no se lo esperaba—. Invitaré a quedarse a dormir a

Guarida y Dan, el resto, que se busque la vida.

—¿Quieres que prepare algún postre? ¿Una tarta? ¿Algo especial?

—No, no quiero hacerte trabajar.

Inés entornó la mirada con malicia y mordió su labio inferior.

—¿Ni siquiera unos rollos de canela o unos *muffins* de doble chocolate y *chips*?

—Tendré que hacer el sacrificio.

Los dos rieron con complicidad. Erik se sorprendía a cada momento de lo fácil que era todo con ella, aunque reconocía que el mérito era en la mayor parte de Inés. Cedía en las pequeñas cosas con más facilidad y se adaptaba con filosofía a las guardias de llamada, que los interrumpían en los momentos menos oportunos. Y, pese a todo, cuando aparecía algo que lo molestaba a él, seguía comportándose de un modo inmaduro.

—¿Hacemos algo mañana? Acompáñame al Home Depot a por algunas cosas que necesito para la fiesta. Quiero comprar unos tablones y unos caballetes para montar unas mesas —dijo, acomodándola sobre su regazo. De manera instintiva, sus manos se iban solas a su abdomen. Y a sus pechos. Otro lugar que comenzaba a experimentar algún cambio interesante—. Tus tetas están más suaves y grandes.

—Y sensibles —aclaró Inés, sujetando sus manos que ya incursionaban por debajo de la camisa—. Me encantaría acompañarte, pero los miércoles por la tarde voy a la consulta privada de Andrea. Es una oportunidad de oro y no pienso perderla.

Erik frunció el ceño.

—Los miércoles, ocupados. Los viernes, de guardia. ¿No crees que te están explotando demasiado? —No era eso lo que iba a decir. Pero «que me tienes demasiado abandonado» sonaba demasiado plañidero—. Eres residente de segundo año, deberías tener más tiempo libre.

Inés soltó una carcajada y lo abrazó por el cuello.

—Dr. Thoresen, ¡lo desconozco! ¿No era usted quien defendía que el hospital y la formación es lo primero? En serio, Erik —dijo, modificando el tono de voz. Encerró su rostro entre las manos y lo obligó a mirarla a los ojos—. Esto es importante para mí. Venga, vamos a cenar.

Erik enfrentó las cirugías del miércoles con una frialdad y una parquedad de palabras aún más acentuada de lo que era habitual en él. Estaba nervioso, aunque le costase trabajo reconocerlo. Levantó varias veces la voz durante la última intervención, no creía que el interno que rotaba en Cardiocirugía, y del que ni siquiera se acordaba del nombre, aguantase los dos meses que le quedaban. Menos mal que al ser jefe quedaba exento de la docencia fuera de la especialidad. En realidad, aquellos pobres pardillos no tenían la culpa. Los obligaban a rotar por allí cuando muchos ni siquiera tenían interés por la cirugía. Estaba todo mal estructurado.

—Dan, cerrad vosotros. Tengo que comer algo antes de a la reunión con la directiva.

—¿Vas a volver a exponer mi caso? —Su colega lo miró con aprensión. Aquella mirada de cachorrillo degollado lo irritó aún más.

—Haré todo lo que esté en mi mano.

Malcomió una hamburguesa con una Coca-Cola, de pie, sobre la barra de la cafetería, mientras revisaba los puntos más apremiantes de su propuesta. Estaba dispuesto a ceder en el equipamiento de nuevas lámparas en los quirófanos y tal vez en otros ítems, pero en los urgentes no daría su brazo a torcer. Costara lo que costase.

Guarida ya estaba sentado a la mesa elegante y ovalada cuando llegó. Frunció el ceño al ver que solo estaba el director general, Becker.

—Dr. Thoresen, justo en hora. Siéntese. He sabido que ya ha llegado a un acuerdo con la jefa de personal con su contrato —dijo, señalando la butaca frente a él, junto a Guarida.

Erik no mordió el anzuelo. No iba a examinarse, pretendía abordar aquella conversación de igual a igual, y en vez de sentarse junto a Guarida, escogió la silla justo a su lado. Reprimió una sonrisa al percibir su incomodidad mal disimulada. ¿No había que emplear la diplomacia? Perfecto.

—Sí, todo es correcto. No había nada que modificar, porque los cambios que solicité no tienen nada que ver con el contrato sino con la organización del servicio. —Correspondió a la sonrisa de tiburón de Becker —. ¿Ha tenido oportunidad de estudiar mis propuestas?

—Sí, claro. Un documento bien redactado, muy conciso y que expresa con claridad las necesidades del servicio. Creo que hemos hecho una buena adquisición con usted como jefe, Thoresen. —Erik apretó los labios en una mueca que quería ser una sonrisa, pero no quería dejar entrever su arrogancia—. Pero ninguna de sus propuestas es admisible a día de hoy. Lo estudiaremos a lo largo del año en curso.

«*Svarte Helvete*», maldijo en su interior. El golpe bajó le dolió más de lo que quería admitir. Sobre todo porque no se lo esperaba.

—¿Cómo?

Becker se recostó en la butaca y apoyó el tobillo sobre su rodilla en una postura relajada.

—No habrá contratos de nueva creación este año. Y ya hay una enfermera supervisora de quirófanos. —Dejó de escuchar cómo iba rebatiendo cada uno de sus puntos, y abrió y cerró los puños bajo la mesa. Ahora sentarse tan cerca de él dejaba de ser una buena idea, porque era incapaz de esconder su frustración e impotencia—. De modo que tendrán que arreglárselas con los recursos con los que cuentan ahora.

Se enzarzaron en una discusión en la que su rabia crecía por momentos. Se golpeaba de frente contra un muro inamovible de cortesía y firmeza con el que no sabía cómo lidiar. Además, Guarida no colaboraba en nada. De hecho, no había abierto la boca salvo para alguna interjección poco comprometida. Erik se sentía en una encerrona.

—¿Puede explicarme por qué demonios me han convocado a esta reunión si no tenía la mínima intención de considerar mi proyecto? —Estaba desconcertado y se daba cuenta, con claridad meridiana, de que le faltaban tablas.

—Ha hecho un fantástico trabajo de auditoría de toda la Unidad durante el año pasado y nos ha hecho conscientes de nuestras carencias, pero —se encogió de hombros con un gesto resignado y cierta tristeza reflejada en el rostro— hay otras necesidades en otros servicios que tienen una mayor prioridad. Espero que lo entienda.

Erik apoyó los codos en la mesa, apretó un puño con el otro y apoyó los labios en ellos. No tenía demasiado en su mano para negociar, lo tenía claro. Su única fortaleza consistía en ser un puntal para todo el servicio por su calidad asistencial y su currículo. Hacía el trabajo de dos cirujanos, era el



único realmente interesado en la docencia y su pericia había mejorado todas las estadísticas del servicio. Decidió apostar todo a un solo caballo, esperaba que ganador.

—A lo largo de los próximos meses, no. Les doy cuarenta y ocho horas para reconsiderar los dos puntos principales: dos personas, una en el quirófano y otra de enfermería.

Becker hizo un gesto de extrañeza y lo miró con una sonrisa incrédula.

—¿O qué?

—O presentaré mi renuncia.

—Dr. Thoresen, no está en posición de andarse con órdenes. Estoy seguro de que podremos escoger a alguien más de entre la larga lista de candidatos, dentro y fuera del San Lucas, para ocupar el puesto de jefe —respondió Becker, con la sonrisa congelada y un tono bastante menos amistoso. Erik abandonó su cinismo y optó por ser directo.

—No me refiero a la renuncia a la jefatura. Presentaré la renuncia como cardiocirujano. Estoy seguro de que podré escoger algún puesto entre la larga lista de hospitales fuera del San Lucas.

Se levantó de la mesa ante la mirada estupefacta de Guarida y la iracunda de Becker.

—Cuarenta y ocho horas.

Se marchó de allí sin decir nada más. No por dar un golpe de efecto. No. Porque le temblaban las piernas y una desagradable sensación nauseosa se instaló en la boca de su estómago.

Inés mantuvo la conversación con Erik sobre la excesiva carga de trabajo reverberando en segundo plano en su subconsciente durante todo el día. En unos meses más, tendría que bajar el ritmo, incluso dejar de hacer guardias. Hacerse un seguro médico para viajar a Estados Unidos a su rotación. Todavía no notaba ningún cambio importante, pero no tardarían en llegar.

—¿Qué ocurre, Inés? Estás muy callada.

Andrea Garay la miraba preocupada mientras conducía hacia su

consulta privada en Vitacura. Sonrió sin querer comprometerse, pero ¿qué diferencia había? En realidad, daba igual decírselo ahora que en unas semanas más.

—Andrea, hay algo que quiero contarte. Estoy embarazada.

—¿En serio? ¡Enhorabuena! —La abrazó por encima de la consola central del coche de manera torpe pero sentida—. ¿De cuánto estás?

—Me da vergüenza decirlo, pero no lo sé exactamente. Calculo que de unas cinco o seis semanas —respondió Inés, algo nerviosa. Se sentía estúpida, era médico y ni siquiera recordaba con seguridad la fecha de su última regla. Andrea la miraba en silencio con atención—. No debió pasar, tengo un DIU, pero el test es positivo, sin duda.

—Vaya, menuda complicación —dijo su tutora—. Tienes que quitarte el dispositivo cuanto antes, Inés. ¿Quieres que te lo extraiga ahora, en la consulta?

—¡No!, no, gracias —respondió apresurada, haciendo un esfuerzo para controlar el tono agudo de su voz—. Tengo cita con mi ginecóloga habitual mañana, espero que no te importe. Además, quiero que Erik esté conmigo cuando veamos al bebé en la ecografía.

Andrea se echó a reír. Tardó un poco en contestar mientras maniobraba para aparcar en una plaza estrecha en el primer subterráneo del edificio.

—Te entiendo. No apetece mucho tener a medio San Lucas mirando cuando te toque empujar en el paritorio.

—Dios mío, ni siquiera había pensado en eso, ¡qué horror! —dijo Inés, escandalizada. Se bajaron del coche y caminaron hacia el ascensor.

—¿Quién es tu obstetra? Si necesitas ayuda o alguna recomendación, estoy para lo que necesites.

—Mil gracias, Andrea. Estoy con Violeta Kaplan en la Clínica Alemana.

—¿En serio? Violeta es íntima amiga mía y me ayudó a parir a mis tres hijos. El mundo médico es un maldito pañuelo —dijo mientras forcejeaba con la cerradura de seguridad y abría la consulta. La enfermera y la secretaria no tardarían en llegar—. Es una excelente profesional.

—Lo es. Me ayudó mucho cuando el año pasado... —Inés se detuvo. A veces olvidaba que Andrea Garay era su tutora, no una amiga. Aunque últimamente estrechaban lazos cada vez más—. El año pasado tuve un aborto, Andrea. Aún no estaba rotando contigo. Fue a las pocas semanas, pero lo pasé bastante mal y la doctora Kaplan fue muy acogedora y dulce. Y lo necesitaba.

—Lo siento mucho, Inés, veo que te afecta el tema. ¿Va todo bien con este embarazo?

—Sí, por ahora va todo bien. La otra vez empecé a sangrar a dos días del positivo. —Omitió que estaba de guardia, enfadada con Erik y que habría querido morirse—. Por eso me puse el DIU, jamás pensé que me quedaría embarazada con él.

—Es improbable, pero no imposible. ¡Ya me contarás qué tal va todo!

—Me pillaré en los últimos meses de residencia —murmuró, más para sí misma que para ella.

—Inés, tener un bebé mientras eres residente no es una mala idea. Puedes congelar durante la baja maternal y retomararlo después. —Andrea parecía sincera y, después de todo, ella había pasado por eso. La escuchó con atención—. Cuentas con todo mi apoyo y te reitero mi ofrecimiento. Si te quedas en el San Lucas, reserva un día a la semana para trabajar conmigo en la Unidad de Eco Fetal de Alta Resolución. Un servicio que está formado de manera íntegra por mujeres, y cuya jefa es madre, será mucho más comprensivo con los imprevistos asociados a la maternidad.

—Gracias, Andrea. Me has dado mucho en qué pensar.

Recordó el grado de dedicación que exigían Guarida y Erik en el trabajo y tragó saliva. Quizá era buena idea poner al día su currículum antes de tantear sus posibilidades en otros hospitales.

No tuvo la oportunidad de darle demasiadas vueltas, tenían varias pacientes complicadas. La manera de trabajar era muy distinta, no había tanta presión asistencial, pero Garay examinaba cada detalle con una minuciosidad que la impresionaba. Trataba con suma delicadeza a las embarazadas, algunas con diagnósticos muy complicados y que tenían muy escasas posibilidades de ver con vida a su bebé después de nacer. También se dio cuenta de su delicadeza a la hora de informar de los pronósticos adversos y de los posibles caminos que podían seguir. La admiración por su tutora crecía día a día, no

solo por su calidad como médico, sino por su humanidad.

—¿No es hora de que te vayas a casa? —preguntó su tutora cuando hacía rato que la última paciente se había machado y revisaban algunas imágenes en la pantalla del moderno ordenador que recibía las imágenes desde el ecógrafo. Inés echó un vistazo al reloj en su muñeca. Eran casi las diez de la noche.

—Sí. Me voy. Erik me está esperando a cenar —respondió al ver el *whatsapp* de Erik en el móvil.

—¿Las cosas se han arreglado entre vosotros?

Inés sonrió y se llevó la mano al vientre.

—Sí. Todo va de maravilla. Y confío en que todo seguirá así en el futuro.

Se despidió de su tutora y cogió un taxi. La ciudad ya entraba en la calma de la noche, y miró ensimismada las luces de los coches que recorrían Apoquindo. Entró en el edificio con una ansiedad creciente. Erik y ella no se veían desde el café apresurado a primera hora de la mañana. Él ya vestido, ella recién levantándose. Sonrió. Comenzaban a instaurar pequeñas rutinas que amaba. Aunque también era consciente de que había que ajustar algunas cosas. Ella tenía que hacer un esfuerzo por ser un poco menos caótica, y Erik debía respetar un poco más sus espacios, porque tenía una fea tendencia a pensar que lo que él tenía que hacer era más importante que cualquier cosa. No importaba. A todos los genios se les estaba permitido un poco de caos, y ella se encargaría de ponerlo en su lugar cuando, como aquella tarde, insinuara que pasaba demasiado tiempo sin él. En el ascensor, todas aquellas reflexiones desaparecieron para dar paso a la impaciencia.

Subió las escaleras hacia la habitación, descalza, sin hacer ruido. Tenía los auriculares puestos y leía con el ceño fruncido y expresión concentrada unos papeles que parecían importantes sentado en la silla del moderno escritorio de la habitación. No se había dado cuenta de su presencia. Bien. Desabrochó los botones de su blusa lentamente. Él levantó la vista justo cuando la falda caía al suelo y cambió al momento la expresión interrogante por otra apreciativa. Hambrienta. Inés se despojó del sujetador y se lo lanzó. Él lo atrapó y lo llevó a hasta sus labios.

—Está tibio. Y huele a ti. Ven aquí.

Inés reprimió las ganas de abalanzarse sobre él y caminó, regodeándose, mientras masajeaba sus pechos con una sonrisa invitadora. Erik no se movió. Seguía con la prenda de encaje y seda, acariciándose con ella los labios, y con los ojos azules, intensos, clavados en ella.

—Primero follamos. Luego hablamos —dijo Inés al verlo tomar aire para decir algo. Puso la yema del índice sobre su boca—. Te he echado tanto de menos que me duele el cuerpo.

—No voy a discutir por eso.

Inés estudió la silla con reposabrazos. No sería demasiado cómodo, pero no le importó. Se arrodilló, a horcajadas, sobre sus muslos. Le rodeó el cuello con los brazos y lo besó.

—Por fin —susurró él en un jadeo.

Hundió el rostro entre sus pechos e Inés enterró los dedos en su pelo rubio. Soltó una risotada triunfante mientras Erik recorría el valle entre ellos con impaciencia. No tuvo piedad. Acogió en la boca uno de sus pezones y succionó. Inés dejó escapar un grito.

—Espacio. Suave —suplicó, pero hundió las uñas en la espalda masculina para pedir más.

Erik se levantó de súbito, alzándola en sus brazos. Inés cerró los ojos ante la sensación de vértigo. Era intoxicante. Jamás se cansaría de la sensación de la adrenalina fluyendo por sus venas cuando hacían el amor, de la mezcla de peligro y refugio, de la intensidad inmanejable de su cuerpo.

—Vamos a la cama.

Inés se dejó llevar entre sus brazos. Caer sobre la superficie mullida del lecho era algo instintivo, natural, tenía que ser así.

—Me gustan estos cambios —murmuró Erik, abriéndose paso entre sus muslos para cobijarse en su interior.

Hicieron el amor buscando complacer. Posponiéndose para lograr que el otro tocara el cielo. Inés sentía cómo la preocupación latente que hacía que su frente se contrajese se fundía en el calor de su cuerpo. Pero él era más diestro, más generoso, abrumador. Inés alcanzó el clímax con un latigazo violento de placer y suspiró con languidez mientras él se desmoronaba sobre su cuerpo. Sonrió. Habían logrado la cuadratura del círculo.

Se abrazaron sobre la cama mientras el ritmo de su corazón se acompasaba. Y las arrugas en la frente volvieron. Inés se incorporó y deslizó el índice sobre ellas, en un intento de alisarlas.

—¿Qué querías contarme? Se nota que estás preocupado.

Erik la abrazó y la besó en la frente. Tardó unos segundos en dar una respuesta.

—Le he dado un ultimátum a Becker. Si no aceptan mis propuestas de un nuevo puesto de cardiocirugía y otro de enfermería, presentaré mi renuncia.

Inés se levantó de manera súbita.

—Vaya. Vaya, vaya, vaya. El Dr. Thoresen dispara a matar.

—Veremos si no me sale el tiro por la culata.

## *Un farol*

El enfado de Guarida era apoteósico. Erik aguantó con estoicismo la bronca encendida de su jefe nada más entrar por la puerta de la Unidad cuando ya había acabado la jornada.

—¿No te das cuenta de que tienes todas las de perder? Si renuncias, vas a dejar en pelotas el servicio. Tienes más de diez cirugías programadas para la semana que viene. —Guarida resoplaba, estresado—. A Dan se le termina el contrato a finales de febrero, ¡no puedes poner en peligro tu puesto con ese descaro! ¿Te estás tirando un farol?

—No es ningún descaro. Tampoco es un farol. Estoy cansado. Cansado —respondió con toda la calma que pudo reunir; él no era ningún colegial al que había que reprender por una travesura—. Esta unidad tiene un potencial espectacular. Entre todos, podríamos situarla en los primeros puestos de excelencia a nivel internacional. Pero aquí, eso no tiene ninguna importancia. —Se encogió de hombros y trazó una enorme sonrisa—. Y si ellos no se la dan, no veo por qué tengo que hacerlo yo. Tengo otras cosas en qué pensar.

—Erik, te desconozco. ¿Dónde está tu ambición?

Negó con la cabeza y abrió las manos en un claro gesto de no tener ni idea.

—No lo sé. Supongo que se volatilizó con la noticia de que Inés está embarazada.

Guarida cambió su expresión airada a una de sorpresa casi cómica.

—¿Inés está embarazada?

—Sí. Y tengo que irme o llegaremos tarde a ver a su obstetra.

Salió por la puerta dividido entre el cabreo y la alegría. No estaba acostumbrado a la mezcla de tantas emociones contradictorias y se sentía como una bomba a punto de estallar para llenarlo todo de mierda y confeti a

partes iguales. Ella lo esperaba, ya algo nerviosa, en la puerta de entrada del hospital.

—¡Vamos! Tenemos media hora para llegar.

En el coche, Inés puso música y se sumergieron en el tráfico de la tarde.

—¿Has sabido algo de Becker?

Negó con los labios apretados en una línea fina. No le apetecía demasiado hablar del tema. Inés ladeó la cabeza, esperando con una sonrisa, en un gesto dulce que le insufló ánimos.

—Nada. Creo que aprovecharé la visita a la Clínica Alemana para hablar con Calvo —dijo a medias en broma y a medias en serio.

—No te precipites. No hagas nada que muestre debilidad —dijo Inés, acariciándolo en la nuca, con una expresión de determinación en su rostro. La miró, sorprendido por su sagacidad—. Si le dices algo a Calvo, no tardará nada en llamar a Guarida para saber qué se cuece y seguro que Becker se entera. Espera hasta mañana sin hacer ningún movimiento, ya tendrás tiempo de trazar líneas si de verdad tienes que renunciar.

—¿Y esa estrategia maquiavélica?

—Becker es un tipo muy inteligente, pero un tiburón sin demasiados escrúpulos. ¿Sabías que era médico? —Erik enarcó las cejas, incrédulo—. Cirujano, creo. Lo dejó hace años para encargarse del San Lucas. Dicen las malas lenguas que junto a él se han enriquecido varios más en el camino, lleva desde que comenzó la Facultad de Medicina de la Universidad Internacional y se adscribió el San Lucas.

Erik escuchó en silencio la información. Quizá debió investigar más a su ahora adversario. Él no tenía demasiada idea de gestión, había quedado demostrado dolorosamente en su fracaso de sacar adelante la Fundación del Corazón Pediátrico. Era una debilidad que tendría que suplir con fortalezas por otro lado y, para algo así, por muy buen cirujano y docente que fuese, necesitaba más aliados. Se preguntó si alguno más de los cirujanos renunciaría con él. Se echó a reír. Lo dudaba.

—¡Eh! No me estás escuchando —lo regañó Inés—. ¿De qué te ríes?

—Pensaba en que me he encontrado con un hueso duro de roer. Soy un novato en temas de gestión y dirección, por mucho que sepa llevar un



quirófano. —¿Le venía grande el puesto de jefe? Se volvió hacia Inés—. Tú me conoces. ¿Crees que tengo madera para esto?

Inés lo observó con expresión crítica y él tuvo miedo, aunque fuese por un instante, de no dar la talla ante sus ojos. Para él era muy importante que Inés lo considerase un profesional intachable. Y entonces ella sonrió con calidez.

—Eres un magnífico cardiocirujano, haces magia en el quirófano y tu capacidad de trabajo es abrumadora. Tienes un trato un poco áspero, pero es más debido a tu carácter y tu crianza que a tu manera de trabajar. —Erik tragó saliva, no sabía si le gustaba lo que estaba escuchando—. Conoces la Unidad al dedillo gracias a la auditoría y te involucras en cada detalle de los pacientes, no solo en operación. Y hay muy, muy pocas personas que puedan enfrentar a Becker de igual a igual. Tienes mucho más que madera, Erik. Eres perfecto para el puesto y Guarida lo sabe. Por eso estás ahí.

Erik sonrió, aliviado. Atrapó la mano de Inés por encima de la consola central del coche y se la apretó.

—Gracias, *kjaereste*. Necesitaba el voto de confianza. ¿Es ese el aparcamiento? —La mole de cristal del edificio cuadrado de la Clínica Alemana apareció por la avenida Manquehue—. Tenemos aún diez minutos para llegar.

Se apresuraron hacia el pasillo de Consultas de Obstetricia, donde casi no tuvieron que esperar. Mejor. Inés estaba en un estado de nervios creciente y no paraba de retorcer los dedos sobre el regazo. La abrazó por los hombros y la besó en los labios.

—Todo va a ir bien. Ya verás.

—María Inés Morán Vivanco. Puerta seis —se escuchó por el altavoz.

Inés sonrió al ver a la doctora Kaplan. Se sentaron frente a ella y Erik, demasiado grande para la silla de plástico, sonrió con cara de circunstancias ante su mirada interrogante.

—Y bien, Inés. ¿Qué te trae por aquí? ¿Has tenido molestias con el DIU? Hace... —Revisó su historial en el ordenador para comprobarlo—... unos cuatro meses que lo implantamos.

—Todo iba bien, no tenía molestias. Pero estoy embarazada.

De nuevo notó que se ponía roja al no poder precisar la fecha de

última regla, y la obstetra le indicó que se desnudara de cintura para abajo para hacerle una ecografía transvaginal. Los tres se inclinaron sobre la pantalla para ver la imagen. Inés reprimió una risita al ver la expresión grave y preocupada de Erik. Ella estaba como un flan.

—El DIU está bien colocado y tu endometrio está muy engrosado, lo que es un signo inequívoco de embarazo. No veo el saquito embrionario, pero si estás de menos de seis semanas, y con el dispositivo puesto, es normal que sea difícil visualizarlo. —Violeta llamó a una enfermera y esperó unos minutos a que le trajese el instrumental solicitado—. Tengo que quitarte el DIU ahora mismo, te va a molestar un poco. Respira profundo... Ya está.

Inés dio un respingo y agarró con fuerza la mano de Erik. Él se inclinó y la besó en la frente.

—Ya está, ya pasó, *liten jente* —murmuró, apartando el pelo de su frente. Inés había brotado a sudar por el dolor. No recordaba que insertarlo hubiese sido tan molesto.

—Lista. Todo está perfecto. Quiero que vengas en una semana y que te hagas una analítica dos días consecutivos antes de verme en la consulta, ¿de acuerdo? Así podremos afinar un poco la edad gestacional. —Inés se incorporó demasiado rápido y Erik tuvo que sostenerla, pero se recuperó con rapidez y asintió—. Es normal que sientas algunos dolores, y que incluso sangres un poquito, ¿de acuerdo? Es por la retirada del DIU. No te preocupes, que todo irá bien.

Inés ya estaba tomando los suplementos de yodo y hierro, así que cogió el recordatorio de papel con la siguiente cita y salieron de la consulta.

—Inés, me estás triturando la mano —dijo Erik, algo preocupado. Lo soltó con rapidez y se dio cuenta de que tenía los dedos tiesos de tanto apretar—. La obstetra te ha dicho que todo va a ir bien, ¡relájate un poco!

—Lo siento, no puedo evitarlo —dijo con la voz un poco agarrotada. Los recuerdos del aborto acudieron a su mente como un bombardeo cruel.

—¿Qué ocurre?

—Nada. No es nada. Venga, vamos a hacer la compra para la comida del sábado, que al final no nos va a dar tiempo a hacer todo lo que tenemos que hacer.

Por fin viernes. Dan pasaba la consulta de postoperatorio. Él se refugió en la seguridad del quirófano dedicándose con esmero a reparar cada corazón. No quería pensar en lo que pasaría en la reunión de la tarde, pero, por si acaso, lo saboreó y disfrutó cada segundo hasta la sutura intradérmica final.

—Llámame en cuanto salgas —dijo Inés, que se había escapado unos minutos de la consulta para desearle suerte—. ¡Y no enganches! Deja que Becker diga lo que tenga que decir y después de contar hasta diez hablas tú. ¡Suerte!

Se besaron en la mitad del pasillo, pero esta vez, le dio igual. Le venían bien los ánimos.

Toda la directiva se sentaba en torno a la mesa oval y no le quedó más remedio que acomodarse en la silla que sobraba junto a Guarida, que le lanzó una sonrisa reafirmadora. Después de los saludos de rigor, Erik agradeció que Becker no titubeara a la hora de abordar el tema.

—Dr. Thoresen, Dr. Guarida, hemos estudiado con detenimiento su propuesta. El jefe de Admisión Hospitalaria ha aportado también la enorme carga asistencial de la Unidad, que se ha acrecentado en los últimos años con más ingresos y mayor complejidad de las cirugías. —Erik asintió con cautela, pero no dijo nada. Guarida también se mantenía a la expectativa—. Y desde enfermería también nos trasladan la inquietud de los problemas organizativos a nivel de quirófano. De modo que —hizo una pausa efectista y sonrió— nada nos gustaría más que apoyar sus demandas.

—¡Bien hecho, Erik! —Guarida le dio una palmada entusiasmada en el hombro y soltó una de sus risotadas campechanas, pero él no se movió. Era incapaz de bajar la guardia.

¿Cómo lo había descrito Inés? Como un tiburón de las finanzas. Tenía unos ojos oscuros y opacos, igual que un escualo. Y la sonrisa tenía un tinte malicioso. Parecía disfrutar con lo que estaba pensando. Y Erik lo supo. Antes de que dijese nada. Apretó los labios en una línea fina, intentando mantener una expresión hierática en el rostro.

—Pero no es posible. No se puede. El presupuesto para este año está cerrado, de manera que, aunque somos conscientes de las necesidades de su servicio y de la complejidad que soportan sobre sus hombros, que es admirable, nada se puede hacer.

Tragó saliva. No lo podía creer. A su lado, Guarida se rascó la calva en un gesto de confusión tal, que si no fuera por la gravedad de la situación, se habría echado a reír.

—Dr. Thoresen, por supuesto, no tenemos en cuenta la... advertencia que nos hizo sobre presentar su renuncia si no nos plegábamos a sus demandas —dijo la jefa de personal con precaución. No se acordaba del nombre—. Entendemos sus intenciones, que eran muy loables, y contamos con usted para seguir trabajando como el excelente cardiócirujano que es, tanto en la sala de operaciones como en la jefatura.

Erik la miró, incrédulo. Pero ¿qué demonios le pasaba a aquella gente? ¿Acaso creían que toda aquella palabrería amable suavizaba en algo lo que acababan de decir?

—Gracias. Pero no. Así no.

—Erik, piensa bien en lo que vas a decir —dijo Guarida, con voz alarmada.

Se levantó y se irguió en toda su altura, destilando arrogancia. Endureció la mirada.

—Presentaré mi renuncia oficial el lunes, ya que estamos fuera del horario de oficina. Ha sido un placer trabajar en este hospital.

—Vamos, Dr. Thoresen —dijo Becker en tono amistoso y conciliador—. Entendemos que tiene usted su orgullo y que cuesta mucho echarse atrás después de sus palabras del miércoles, pero ¿es necesario llegar a estos extremos?

Erik lo veía todo rojo. Sus oídos comenzaron a silbar. Notó cómo las venas se hinchaban en su cuello y la bocanada de bilis lo obligaba a tragar. Y pensó en Inés. En lo bonita que era su sonrisa. En los mechones desordenados que siempre insistían en caer sobre su frente, en las palabras que le había dicho justo antes de entrar en la reunión. «No enganches. No enganches. No enganches», repitió una y otra vez. Y pensó en su hijo. ¿Sería un niño o una niña? ¿Tendría los ojos azules como los suyos, o los extraños y grises de

Inés? Tal vez los verde agua de su madre. Sonrió. Jana iba a estar feliz de saber la noticia. Hablaría con Inés para decírselo a su familia.

—¡Dr. Thoresen! —dijo Becker, alarmado. No debía de ser la primera vez que lo llamaban—. Necesitamos una respuesta.

Erik se deshizo de su expresión tensa, reflejando la dulzura de sus pensamientos en el rostro. Sonrió ante la mirada estupefacta de los asistentes a la reunión, incluido Guarida.

—Siempre he pensado que mi cometido como cardiocirujano era salvar vidas. O, al menos, ofrecer una calidad de vida digna a esos niños que han tenido la mala suerte de nacer con una tara en su corazón. —Becker abrió la boca para decir algo, pero él alzó la mano para detenerlo—. Eso al menos lo tengo claro. El porqué de mi vocación. Casi todos ustedes son médicos, pero hace años, quizá décadas, que no pisan una consulta o un quirófano en el hospital. Los invito a que lo hagan. Bajen a las trincheras y vean lo que hay.

—Doctor Thoresen, siento que se tome así nuestra negativa de concederle más personal a su servicio, pero...

—En serio. Los invito a que vengan a la consulta preoperatoria o, mejor, después de la operación de los pacientes. —Endureció el tono, cualquier rastro de ternura desapareció de su expresión—. A que escuchen sus historias. Su dolor. Sus esperanzas. Su ignorancia. Sus expectativas —dijo en estacato, odiaba no poder expresarse en noruego en momentos como aquel, no tenía tanto manejo del lenguaje como para expresar de manera fluida lo que quería decir—. No me están negando a mí un cardiocirujano o una enfermera. Es a ellos a los que les están negando los cuidados que merecen. Los mejores. Los más excelentes. —Agitó la cabeza, no era eso lo que quería decir—. Espero que perdonen mi castellano, es imperfecto. Pero creo que la idea queda clara: la responsabilidad de ustedes es exactamente la misma que la mía con el bisturí en la mano. Solo hay una diferencia: yo lo tengo claro. Ustedes, no.

Salió de allí con la sensación de que tenía la tensión arterial por las nubes, ignorando las voces persuasivas que intentaban que volviese sobre sus pasos. Los oídos seguían zumbándole y las palpitaciones sacudían su corazón. Pero no podía sentarse allí, tenía que salir del hospital. Sacó el móvil y llamó a Inés.

—¿Puedes conducir tú? Te espero en la puerta del *parking*.

—Sí, ya he terminado. Claro que conduzco yo, pero ¿estás bien? Escucho como si te faltara el aire —dijo Inés, y sonaba alarmada. Intentó serenarse para no asustarla más.

—He presentado mi renuncia. El lunes lo haré de manera oficial. Feliz cumpleaños para mí —dijo con ironía.

—No te muevas. Voy ahora mismo para allá.

## *El trabajo no lo es todo*

Erik hacía guardia frente a la barbacoa para vigilar que los lomos vetados que tenía al fuego no se pasaran. Pese a todo, estaba tranquilo. Se sentía pleno. Mientras daba la vuelta a las chuletas, tarareaba la melodía de Foo Fighters y su *Walk* amenizaba la velada en la terraza alrededor de la piscina. Hacía un día de sol y calor intenso, y todos conversaban distendidos en el agua o sobre las tumbonas mientras el aroma de la carne comenzaba a hacerle la boca agua.

Inés apareció desde el interior de la casa portando con dificultad un barreño lleno de hielo y cervezas y se apresuró a quitárselo de las manos y dejarlo junto a la parrilla.

—¡Déjame a mí! No deberías levantar peso —la reprendió.

Ella se echó a reír y tiró de él para alcanzar sus labios y darle un beso.

—Erik, estoy embarazada, no inválida. ¡Uhm! ¡Qué rico huele la carne!

Erik cortó un pedacito de lomo y lo sopló con cuidado.

—Prueba. Así me das el punto de la carne.

Ella lo miró, expectante, y recibió en su boca el trozo de carne, jugosa y tierna. Se relamió y cerró los ojos, dándole ideas muy distintas a cocinar, pero las apartó. Ya tendrían tiempo para ello cuando se marcharan todos.

—Está deliciosa y en su punto. ¡Venga! ¡Todos a comer! —dijo mientras se acercaba a la piscina y repartía toallas entre los que salían del agua.

Erik la miró desde lejos con una sonrisa. No habría podido organizar todo aquello sin su ayuda, y se sintió agradecido de tenerla en su vida. Había hambre, así que Dan, Guarida, Marita y Coronas, Bettina y Luisa, junto con sus compañeros cirujanos de adultos se arremolinaron en torno a los tableros que habían improvisado como mesas. Inés lo había dispuesto todo bajo dos

enormes sombrillas para huir un poco del sol que caía implacable sobre la tarima de tablado marino.

El tema de su renuncia no se había mencionado ni una sola vez. Y lo agradeció. Todavía tenía una sensación de vértigo cuando recordaba lo que había pasado, pero ver a Inés servirle la ensalada de patatas con mayonesa mientras parloteaba con Marita sobre el Sótero del Río hacía que el malestar se diluyera hasta desaparecer. La bandeja pronto quedó vacía y se levantó para buscar más carne.

—¡Cómo coméis! —gruñó en broma—. ¿A alguien le apetece algo de chorizo y pollo?

—¡Y falta más cerveza! —dijo Dan, que levantó su botellín vacío para demostrarlo—. ¿Las cojo yo?

—Sí, por favor —se adelantó a responder Inés—. Cógelas del congelador en la cocina, así estarán más fresquitas.

Guarida también se levantó para ayudar. Mientras Daniel entraba en la casa, él se acercó hasta la barbacoa y apoyó la mano en su hombro.

—¿Cómo estás, Erik? ¿Has pensado bien en lo que vas a hacer? —preguntó con una expresión resignada en el rostro—. Me has montado un buen lío en los quirófanos.

Él se entretuvo unos segundos para darle la vuelta a la carne antes de contestar. En cierto modo, Hernán se merecía una explicación un poco más profunda que el discurso encendido que había dado a la dirección del hospital.

—Lo he pensado bien, Hernán. ¿Tú crees que no me ha costado trabajo tomar esta decisión? La cardiocirugía es mi vida —dijo con seriedad. Dan se acercó con las cervezas y Erik aprovechó para hacerse con un botellín y darle otro a Guarida. Esperó a que se alejara para continuar—. Pero soy una persona responsable. Y así no se puede trabajar. No se debe. La carga de trabajo es excesiva, estamos doblando guardias de UCI y quirófano. —Alejó la rejilla del fuego y lo miró a los ojos—. En cualquier momento va a ocurrir alguna cagada y no quiero estar ahí cuando pase, sabiendo que pude hacer algo más para evitarlo. ¿Tengo razón o no?

Su jefe se rascó la nariz y apartó la mirada, pero Erik sabía que había dado en el clavo. Todos los cardiocirujanos estaban más quemados que el



carbón de su parrilla y el ambiente era cada vez más tenso en los pases de guardia, en las visitas de la UCI e incluso en los quirófanos.

—Mira, Erik. La muerte de Abel Hoyos me hizo pensar mucho el año pasado. Estoy más interesado en cómo conseguir el punto perfecto de la carne en un asador que en iniciar una guerra con Dirección —confesó, con una sonrisa agrisulca que a Erik se le antojó más sincera que cualquier otra que le hubiese visto esbozar—. Estoy cansado. Llevo muchos años peleando por esto y estaría encantado de entregarte el testigo. Pero si te vas, no vamos a conseguir nada. Hay que pelear desde dentro.

Erik no contestó. Se concentró de nuevo en sacar la carne, los chorizos y el pollo, y ponerlos en la bandeja que él sostenía. Quizá fuera cierto, pero no tenía ninguna intención de echarse atrás si la situación en el Servicio no se modificaba.

—Tal vez tengas razón. Pero mi decisión está tomada.

—Vas a tener un hijo, ¿podéis mantener todo esto con tus rentas y con el sueldo de Inés? —insistió él, e hizo un gesto que abarcaba la casa y el jardín—. Dejar de cobrar un sueldo es un palo muy gordo. Y más si es como el tuyo.

Se echó a reír ante la estrechez de miras de su jefe. Cogió la bandeja de sus manos con decisión y negó con la cabeza.

—Con mayor razón. Tengo que tener unos principios inamovibles. Una ética de trabajo. Un ejemplo que dar. —Hizo amago de echar a andar hacia la mesa, pero se detuvo para añadir algo más—. Quizá mis prioridades están cambiando y el saber que Inés está embarazada me hace pensar en que lo más importante es algo más que matarse a horas de quirófano. No siento otra cosa que pasión por mi trabajo. Pero así, no.

Le daba igual la opinión de Guarida. Le daba igual la opinión de Becker. Le importaba un comino si volvía o no al hospital. Puso la bandeja en la mesa y se echó a reír al ver cómo se abalanzaban por la carne. Le dio a Inés un beso en la frente y se sentó junto a ella.

—¿Está todo bien? Te he visto hablar con Guarida —dijo, bajando un poco la voz. Posó la mano sobre su muslo y lo frotó en gesto de consuelo. Eso era lo que importaba. Tenerla a su lado de apoyo.

—Se vienen días difíciles para la Cardiocirugía en el San Lucas —

murmuró cerca de su rostro con tono ominoso—. Pero yo no estaré allí para verlo. No te preocupes por nada, *kjaereste*. Todo está bajo control.

Guarida tuvo la delicadeza de no volver a mencionar el tema y Erik se relajó de nuevo. La carne dio paso a los postres e Inés, con una sonrisa radiante, apareció con una tarta hecha de bollos de canela espolvoreados con azúcar y unidos entre ellos con nata, sobre la que había treinta y nueve pequeñas velas encendidas.

La puso frente a él en la mesa y lo besó con dulzura en los labios.

—Feliz cumpleaños, mi amor —susurró sobre su boca.

Aquello dio pie a que se iniciara un muy poco armónico canto de *Cumpleaños feliz* y Erik apagó las velas con un solo soplo largo que lo dejó extenuado.

Cogió uno de los rollos con la mano, ignorando las protestas de Inés de que comiese los cubiertos y lo devoró de dos bocados. Pasara lo que pasase, todo iría bien. Aprovechó que todos estaban concentrados comiendo el dulce para levantarse.

—¡Eh! ¡Discurso, discurso! —dijo Dan para llamar la atención de todos mientras golpeaba un botellín con la cucharita del postre.

Inés repartió copas de champán para todos, y servía mientras él se disponía a hablar.

—Gracias a todos por acompañarme en este día. Sé que no es fácil llegar hasta aquí.

—Poco más y tenemos que ir hasta Argentina —rio Bettina, que alzó la copa hacia él.

—En serio, gracias a todos. No tengo mucho más que decir. —Miró a Inés para pedirle permiso de manera tácita, no lo habían hablado, pero ella asintió con una expresión un poco preocupada—. Solo quiero daros una noticia que es una de las más importantes de mi vida. De nuestras vidas.

Extendió la mano y ella la cogió con fuerza. La instó a levantarse junto a él e Inés sonrió con cierta timidez. Aquello lo hacía todavía más real. No veía el momento de contárselo a su madre, sabía lo mucho que Jana quería que se asentara y fuera feliz. Lanzó una mirada circular y cogió aire, palpando la expectación que sus palabras habían generado.

—Inés está embarazada, así que seremos padres en septiembre —dijo, inundado con un orgullo súbito. Descendió la mirada hasta su rostro de niña—. Soy un cabrón con suerte y hoy quería compartirla un poco con vosotros. Esta mujer extraordinaria será la madre de mis hijos y es mi compañera de vida, mi mujer. *Jeg elsker deg, liten jente.*

Olvidó que todos estaban allí pese los gritos de felicitación. Solo tenía ojos para ella, que esbozó una sonrisa dulce que lo obligó a besarla con suavidad.

—Erik, ¡es un poco pronto! —dijo ella en un hilo de voz, emocionada por sus palabras. La acogió entre sus brazos para disipar sus preocupaciones.

—No he podido aguantarme, *kjaereste*. Estoy demasiado contento.

Ella se echó a reír y lo abrazó de nuevo.

—¡Bueno! Pero qué callado lo teníais —exclamó Marita, que fue la primera en levantarse para darles la enhorabuena—. ¡Qué felicidad tan grande, tener un hijo es lo más maravilloso de esta vida!

Recibieron buenos deseos de parte de todos; alguien puso *Alive and Kicking* de Simple Minds en el equipo de música, y eso los animó todavía más. La comida se transformó en una fiesta improvisada en la piscina. Erik recibió una silla nueva para su despacho, que le hacía buena falta, como regalo de todos, e Inés lo sorprendió con unas zapatillas de recambio para salir a correr.

—Piensas en todo —dijo al abrir la caja de las deportivas técnicas de color turquesa y naranja—. Gracias, Inés.

—Si seguías corriendo con las viejas, ibas a acabar por lesionarte. Y es algo que vas a usar mucho —explicó ella, feliz por haber acertado con su regalo—. Para que te acuerdes de mí.

Se besaron brevemente en los labios.

—No me hace falta ningún regalo para recordarte, pero lo haré.

Lo habían pasado genial, había sido un día de risas, bailes y conversaciones divertidas, pero cuando el último de los invitados abandonó la casa, Erik soltó un enorme suspiro de alivio.

—Eres un exagerado, ¡ha estado fenomenal! —dijo Inés, que aún agitaba su mano en gesto de despedida hasta que el último coche se alejó por

la carretera—. Han hecho un esfuerzo grande al venir hasta aquí para estar contigo, no seas así.

—Es cierto, pero ya sabes —dijo él, y rodeó sus hombros con el brazo—. Las visitas dan siempre dos alegrías, cuando llegan y cuando se van.

—¡Eres terrible! —dijo riendo Inés—. Pero tienes razón. Estoy agotada.

Entraron abrazados de vuelta en la casa. Con la caída de la noche había refrescado mucho y Erik se afanó en encender la chimenea mientras Inés se quedaba derrengada en el sofá. Después, ya frente a las llamas, comenzaron a llamar a todos para darles la buena nueva. A la familia chilena y a la noruega, recibiendo reacciones de todo tipo. Desde la emoción y felicidad desmesuradas de Jana y Victoria, hasta la incredulidad de Maia, a la que costó un buen rato convencer de que no era objeto de una broma.

—¿Vamos a la cama?

Inés soltó un ronroneo amodorrado.

—Solo un ratito más. Se está demasiado bien aquí.

Erik sonrió y le dio un beso. Ella se acomodó a su lado, y apoyó la cabeza en el hueco de su hombro con una sonrisa satisfecha en su rostro. Aquello se aproximaba mucho a la idea que tenía de la felicidad.

## *Eres médico, no lo olvides*

Inés se levantó con una sensación pegajosa en el cuerpo. Erik la esperaba en la cocina con un desayuno sencillo de café, zumo y madalenas. Se envolvió en el jersey de lana, las mañanas en la montaña eran muy frías. Él la besó, atrapando su rostro entre las palmas de las manos, y la observó con ojo crítico.

—Tienes cara de cansada. Estás ojerosa y pálida.

—Genial, gracias. Yo también te quiero —gruñó Inés.

—Me refiero a que estoy preocupado.

—Pues vaya manera de decírmelo.

Inés cerró la boca de inmediato al ver la expresión herida y a la vez airada de Erik. Identificó esa animadversión que emergía entre ellos cuando no estaban de acuerdo en algo y chocaban, aunque fuese una tontería. Y en este caso, estaba siendo injusta. Lo abrazó y soltó un enorme suspiro.

—Lo siento, ¡lo siento! Es solo que estoy un poco cansada. Mi cuerpo sigue de vacaciones en Noruega —dijo en un lamento y se tapó un bostezo con la punta de los dedos—. Desde que llegamos, no hemos parado y necesito un poco de paz. Además, el embarazo me da muchísimo sueño.

Él masajeó su espalda durante unos segundos e Inés ronroneó, apoyada en su pecho. Se quedaría ahí, de pie, descalza sobre la tarima flotante y entre sus brazos, para siempre.

—Nos vamos temprano a Santiago, entonces.

Inés sonrió, enternecida. La generosidad del vikingo era tan inmensa, que a veces se sentía egoísta a su lado.

—No, pasemos el día aquí. Además —dijo mientras se sentaba a la mesa y servía el café—, así huimos del calor.

Erik la reclamó sobre su regazo e Inés se acomodó sobre sus muslos.

Hundió la nariz en su cuello y ella protestó, riendo. Identificaba el deseo latente en su cuerpo, la necesidad de sentir su piel, y esa mezcla tan difícil de manejar que lo embargaba últimamente: el miedo atroz a lo que venía junto con una ilusión desbordante.

Un espasmo atenazó su cuerpo y apartó a un lado la tostada que estaba comiendo.

—¿Náuseas otra vez?

Ella asintió con el rostro ceniciento.

—Sí. La verdad es que son un coñazo, ¡a ver si se me pasan ya!

—Vamos, *liten jente*. Demos un paseo. Te vendrá bien un poco de aire y sol.

Erik sonrió al ver el jardín de su Tromso particular. Hacía más de un mes que no iba por allí y el día anterior no había podido disfrutar a sus anchas de la casa. Una ansiedad por verlo todo lo empujó a caminar de prisa alrededor de la vivienda, arrastrando a Inés en su camino.

—¡Espera! Que tengo las zapatillas desabrochadas —dijo ella, entre risas—. Ve tú, yo te alcanzo ahora.

Los árboles habían crecido, estaba seguro. Sonrió satisfecho al ver que de los frutales colgaban unas diminutas peras y manzanas. ¿Cómo era el dicho? «Objetivos de una vida plena: plantar un árbol, escribir un libro..., tener un hijo».

Un hijo.

De pronto sintió que las montañas de los Andes se le caían encima y lo engullían. Se pasó la mano por la cara e inspiró un par de bocanadas de aire puro. Los días pasados en Noruega con sus sobrinos, tras hablar con Inés por primera vez de manera abierta y tranquila de sus miedos, se dedicó a estudiarlos con interés casi clínico. Y descubrió un mundo desconocido por completo. Hasta entonces, «los niños» eran como una especie de concepto global y etéreo, formado de muchos pequeños seres humanos sin grandes diferencias entre sí. Hasta ahora.

—Eh. ¿Estás bien?

Una mano un poco fría y de dedos delgados buscó el hueco de la suya. Los ojos grises de Inés lo miraban interrogantes y preocupados.

—Bien.

—¿En qué estabas pensando?

—¿Por qué siempre me preguntas eso? —dijo, un poco fastidiado. Pero ella sonrió y se encogió de hombros.

—Porque te quiero y, al igual que tú lo haces por mí, yo me preocupo por ti. De eso se trata, ¿no? —Lo llevó de la mano hacia la escalera que conducía a la piscina y se sentó en el segundo escalón. Palmeó el lugar a su lado—. Cuéntame.

Erik frunció el ceño y puso en orden sus pensamientos inconexos.

—Echo de menos a los enanos. En serio —insistió al ver las cejas alzadas de Inés y su sonrisa reprimida a duras penas—. Estaba pensando que antes, para mí, los niños eran todos iguales. Mi única manera de individualizarlos era la división entre sanos y enfermos. Y de los enfermos, los identificaba por el diagnóstico, la técnica quirúrgica que tenía que emplear, y si había sido complicado o fácil enfrentarlo.

—¿Qué tierno! —se burló Inés—. ¿Alguna vez pensaste en aprenderte sus nombres?

—No te equivoques, jamás he confundido a un paciente con otro, y recuerdo todas y cada una de las intervenciones que he hecho a la perfección —replicó él, un poco enfadado por la insinuación de Inés de su poca calidez con los pacientes. No era la primera vez que se lo hacía ver—. Pero ahora, ¡no sé! Podría decirte que me fascina la manera en que Olle es un temerario a la hora de lanzarse montaña abajo con la tabla de *snowboard*, aunque luego corra para que lo cojas en brazos porque se le ha caído un guante y tiene frío en la mano. —Cada anécdota cobraba colores nuevos con la lejanía y la ausencia—. O las reflexiones inteligentes de Anders, que, de tan adultas, dan miedo. El tremendo mal genio de Emma cuando no la dejaban hacer lo mismo que sus hermanos mayores y los esfuerzos obvios que hace por ser como ellos.

—Son unos niños excepcionales —dijo Inés, con una sonrisa amplia. No añadió nada más, lo instaba a seguir.

—Me pregunto si seré capaz de enfrentar a una personita que tiene su propio criterio, su carácter, ideas propias y que, además, es mi responsabilidad —confesó después de un par de minutos en que se dedicó a

estudiar el perfil de las montañas que se alzaban frente a ellos.

—Es que no tienes que enfrentarlo. Solo tienes que quererlo.

Inés se levantó de la escalera de hormigón, le dio un beso en los labios y subió hacia la piscina. Erik sonrió al ver su trasero marcado por los vaqueros ajustados y la cintura estrecha. Pronto su cuerpo comenzaría a cambiar y estaba deseando asistir a la metamorfosis. Ojalá fuese todo tan fácil como lo veía ella.

Dieron un paseo por los alrededores e Inés recuperó el color y las ganas de comer algo. Compartieron un bocadillo, unas patatas fritas y una ensalada en la mesa de la cocina. Erik se tomó una cerveza, ignorando las protestas de Inés.

—Tienes toda mi solidaridad. Pero no pienso privarme de beber las cervezas que me dé la gana porque tú estés embarazada —dijo, y abrió el botellín con la mano con aquel pequeño truco que sabía que la volvía loca—. ¿Te sirvo otro vaso de agua?

Inés lo atacó con la servilleta y un grito agudo de *banshee* y él acabó por levantar las manos y rendirse. Aquellos momentos simples, a veces tontos, hacían su vida mejor. Después de las últimas semanas se daba cuenta por primera vez de lo solo que había estado sin ella. El cambio, desde luego, era para mejor.

Después, vaciaron una bolsa de pistachos mano a mano mientras tiraban líneas para la semana siguiente. Cuadraron horarios y guardias. Él tenía una reunión con gerencia, Inés pasaba consulta en la privada de su tutora.

—Tenemos el martes y el jueves por la tarde libres, ¿hacemos algo?

—El jueves tenemos la consulta de control en la Clínica Alemana con tu obstetra, ¿cómo se llama? —dijo Erik, confirmando en su móvil la hora de la cita.

—Tienes razón, se me había olvidado. Se llama Violeta Kaplan. ¿Tienes paracetamol a mano?

—Creo que hay un botiquín en alguna parte de la casa. ¿Por qué? ¿Te duele algo?

—Solo son calambres. Violeta dijo que era normal que tuviese alguna molestia después de sacarme el DIU. No te preocupes —dijo Inés. Se levantó



y recogió platos, vasos y cubiertos en un segundo. Tiró las servilletas de papel y las cáscaras de pistachos a la basura—. Tú friegas los platos y pasas la escoba. Me voy a dormir un ratito. ¿Me acompañas? A dormir —recalcó con un dedo índice acusador.

—No. Voy a trabajar un rato en las vigas, ya solo queda colocar un par de ellas. Y después iré al pueblo para encargar algunos productos de la piscina, debí comprarlos en Santiago. —La besó en los labios y se arrepintió de no acompañarla en cuanto desapareció de la cocina hacia la habitación—. Me llevo el móvil, ¡pon a cargar el tuyo, que casi no tiene batería! —dijo, alzando la voz. Escuchó el «Vaaale» desde la escalera.

Trabajar en la madera le venía de perlas para dejar de lado los pensamientos que rondaban su cabeza. Del trabajo, de las cirugías programadas, de la reunión que tenía el lunes con la dirección del hospital. Por no hablar del hecho de que iba a ser padre.

Padre.

Era mejor no pensarlo demasiado.

Cogió el escoplo y el martillo y comenzó a tallar con la seguridad de que no molestaría a Inés, ya que la habitación estaba insonorizada. Poco a poco, las runas comenzaron a tomar mayor definición. Era un trabajo arduo y complicado, pero le encantaba. Recordó a su padre. Las horas que habían pasado juntos en el cobertizo de su casa. Un acceso de tristeza lo inundó al entender que, probablemente, el miedo que tenía a hacerlo mal con sus propios hijos venía de la dureza con la que juzgaba el comportamiento de Magnus.

Y tomó una decisión. Él jamás abandonaría a sus hijos. Y si ellos se alejaban, lucharía por recuperarlos.

Trabajó un par de horas. Hasta que un dolor sordo se instaló en su espalda y tenía las manos agarrotadas por el esfuerzo. Se sacudió el polvo. Era hora de ir al pueblo o cerrarían las tiendas. Aunque había tiempo para ir dando un paseo. Invitaría a Inés, seguro que le venía bien otro poco de aire fresco. Cogió el móvil para comprobar la hora y un mensaje de WhatsApp le cortó la respiración y detuvo el latido de su corazón durante unos segundos eternos.

—¡Inés! —rugió mientras subía las escaleras de cuatro en cuatro. El trecho hasta el piso de arriba se le hizo eterno.

Abrió la puerta de la habitación y un miedo que jamás había sentido lo inundó al ver que ella no estaba allí. Un sollozo le llegó amortiguado desde el cuarto de baño.

«Ven cuando puedas. Algo no va bien».

Inés estaba sentada en la taza. Sus pantalones grises del pijama se enredaban a la altura de los tobillos y las bragas blancas de algodón estaban teñidas en un rojo violento. Sus ojos grises parecían plata bruñida, inundados en lágrimas. El esfuerzo por contenerlas hacía que un cerco enrojecido e hinchado los rodeara. La mirada anhelante, de angustia, traspasó su pecho de lado a lado.

—Inés, ¿qué pasa? —Se arrodilló a su lado y le quitó de las manos el papel higiénico que estaba desmenuzando, nerviosa—. ¿Por qué no me has llamado? No he visto tu mensaje hasta ahora.

—No... quería... que... te preocuparas —hipó, con la voz congestionada. Le mostró lo que ya había visto, sus bragas tintas en sangre—. Estoy sangrando.

Y se echó a llorar.

—*Svarte Helvete, kjaereste...*

Erik cerró los ojos y abrió y cerró los puños a ambos lados del cuerpo. Después la abrazó, en un intento de que los sollozos que azotaban el cuerpo menudo de Inés se frenaran de algún modo. La sensación de que algo malo estaba pasando y que no tenía ningún control sobre ello ganó por unos segundos, y sintió que se dejaba arrastrar por el pánico. Su corazón se aceleró y una sensación opresiva se apoderó de su garganta, impidiéndole respirar.

Inés sollozó y se aferró a él con una desesperación imposible.

—No puedo, Erik —dijo en un hilo de voz. En su rostro se dibujaba una expresión suplicante—. No puedo volver a pasar por esto.

Con aquella frase se rehízo un poco. No podía fallarle a Inés. Apartó sus temores e hizo lo que mejor sabía: analizar la situación desde el punto de vista médico.

—Inés, mírame. Necesito que me cuentes qué ha pasado para hacerme una idea de cómo estás. —Apoyó las manos en sus mejillas y la obligó a mirarlo a los ojos—. ¿Cuándo has empezado a sangrar?

Aquello pareció centrarla y su voz se hizo un poco más firme.

—Subí a echarme una siesta. Me molestaba un poco la barriga, pero pensé que solo eran calambres, así que me tomé el paracetamol y me quedé reposando. Pero el dolor no se iba. —Su voz se quebró de nuevo y Erik apretó un poco más las manos para que se centrara—. Me levanté al baño y...

Erik maldijo contra todos los dioses del Valhalla y los demonios del Averno. La abrazó con fuerza. Inés era un manojo de nervios angustiados.

—Vamos a centrarnos. No tiene por qué significar nada, Kaplan te dijo que podías sangrar un poco. ¿Puedes levantarte? —Se incorporó y le tendió la mano para ayudarla.

Ella asintió, pero hizo un gesto de rechazo.

—Vete, por favor. Déjame un poquito —dijo con una sonrisa trémula.

La miró, algo enfadado, pero acabó por marcharse y sentarse en la cama. Bien. Ahora tenía que decidir si bajar a Santiago en su coche o llamar una ambulancia. No se fiaba ni un pelo del pequeño consultorio del pueblo. Cogió el móvil y buscó el número de su aseguradora médica, pero cuando lo tuvo en pantalla, reuló. Mejor esperar a Inés y decidirlo con ella. Frunció el ceño porque escuchó el ruido de la ducha encendida, aunque también era tranquilizador. Si se daba una ducha, no podía estar tan mal.

Si seguía ahí sentado sin hacer nada, acabaría por volverse loco. Recogió las pertenencias de ambos desperdigadas por la habitación y bajó las mochilas a la entrada. Recogió su ordenador y los cargadores de los móviles. ¿Qué demonios estaría pasando? Inés estaba aterrorizada, pero los sangrados eran algo relativamente frecuente en un embarazo incipiente. ¿O no? Una opresión en su estómago lo hizo subir de nuevo. Inés seguía en el baño. Golpeó la puerta con los nudillos.

—¿Estás bien?

Inés salió con el pelo mojado pegado a la cabeza, la cara pálida y los ojos aún hinchados y enrojecidos. Unas líneas de tensión se marcaban en su frente.

—Me duele la barriga, pero es un dolor diferente. Quiero decir, es un dolor diferente de la otra vez. —Sus labios se fruncieron en un puchero y su voz tembló, pero Erik pudo ver su esfuerzo por serenarse—. De hecho, me duele el lado derecho. Se parece más a cuando tuve la apendicitis. ¿Te

acuerdas?

Pese a la tensión del momento, Erik dejó escapar una sonrisa.

—Me acuerdo. Acompañarte en Reanimación después de la cirugía fue toda una experiencia. —Los ojos de Inés volvieron a brillar—. Despertaste de la anestesia muy asustada, te aferrabas a mí como un koala.

—¿En serio?

—Te lo cuento de camino a Urgencias. ¿Qué hacemos? ¿En coche o en ambulancia?

Inés hizo un gesto con la mano como para quitarle importancia. Atardecía y la temperatura comenzaba a bajar. Se pegó a él en busca de calor y la acogió entre sus brazos.

—En coche, en coche. No estoy sangrando casi nada, pero me encuentro fatal y me duele bastante el flanco derecho. —Escondió el rostro en su pecho y suspiró—. Erik, no puedo pasar por esto otra vez. Fue muy duro.

Él la estrechó con más fuerza.

—Pase lo que pase, estoy aquí. Contigo.

Inés se acomodó en el asiento del copiloto mientras Erik cargaba el coche y cerraba la casa. Estaba preocupado. Su palidez era enfermiza y tenía el rostro contraído en un rictus de dolor. Aceleró por las curvas al notar que su respiración se hacía entrecortada y que dejaba escapar algún gruñido.

Inés se debatía entre el miedo cerval a volver a abortar y la esperanza de sentir que esta vez era algo distinto. El sangrado era muy escaso y ahora solo quedaba el dolor. Un dolor que la ahogaba, que la cortaba en dos, pero ver el pánico en los ojos de Erik la hizo rehacerse y moderar sus expresiones de padecimiento.

El descenso por la carretera de curvas fue un infierno.

No sabía en qué posición ponerse. De frente, de un lado, del otro. Incluyó el respaldo para ir más recostada y fue peor. En ciertos momentos, el dolor se hacía insoportable y los accesos de náuseas se apoderaban de ella.

—Aguanta un poco, Inés. Estamos llegando —dijo Erik, rompiendo el silencio tétrico del coche.

Ella asintió. No podía hablar. Necesitaba de toda su concentración

para controlar el dolor, y en una curva un poco cerrada, el coche se sacudió e Inés dio un grito.

Erik la agarró de la mano.

—*Svarte Helvete!* ¡Estás helada!

Detuvo el coche en el arcén, ya estaban llegado a Lo Barnechea. Inés temblaba. Sus labios estaban violáceos y sus ojos hundidos. Tenía los hombros agarrotados y la cara contraída por el dolor.

—Me encuentro fatal —confesó en un susurro exangüe.

Erik le tomó el pulso en el cuello. Sus carótidas latían con fuerza y a toda velocidad. Después en la muñeca. Frunció el ceño al comprobar que el radial era casi imperceptible.

—Déjame ver tu abdomen. ¡No protestes! —se cabreó, al ver que ella comenzaba a rezongar.

Inés se levantó la camiseta de mala gana. Erik tragó saliva. Un color violáceo se extendía por la piel en tensión. Posó su mano y la dejó ahí unos segundos, pese a que todo el cuerpo de Inés se encogió con el roce. Era una tabla. No necesitaba saber más.

—Me duele mucho el hombro —sollozó Inés. Los dos sabían lo que eso significaba. Una hemorragia intrabdominal.

Erik se quedó paralizado. Tenían poco tiempo. No reaccionaba. Estrujaba la mano de Inés con fuerza, hasta que aflojó al entender que le estaba haciendo daño. No estaba preparado para eso. Él podía abrir en canal a un niño en la mesa del quirófano, pero en un ambiente controlado y de manera programada. Cerró los ojos, y contuvo la bocanada de bilis que acudió a su boca. El temblor de Inés se hacía cada vez más intenso. Estaba entrando en *shock*.

—Inés, ¡Inés! ¡Ayúdame, por favor! —Fijó los ojos en él con dificultad—. ¿Dónde vamos? ¿Cuál es el hospital más cercano? *Fy faen!* Debí llamar una puta ambulancia.

—La clínica... Tabancura. Llévame... a... la clínica Tabancura. O a la Alemana. —El esfuerzo que le costó pronunciar esas palabras fue titánico.

Erik se llevó las manos a la cabeza y luego aferró el volante. Abría y cerraba las manos sobre el cuero a toda velocidad. ¿Dónde demonios estaban

esas clínicas? A la mierda.

Aceleró y se incorporó al ramal que los llevaría hacia el centro de Santiago. La noche estaba cayendo. Era domingo y no había demasiado tráfico, así que voló por las calles, saltándose los semáforos en rojo y sorteando a los coches. Los dientes de Inés castañeteaban de manera audible y el temblor de su cuerpo se había transformado en convulsiones que la levantaban del sitio.

Cuando Inés divisó el perfil de acero y cristal del Hospital San Lucas al final de Apoquindo, soltó un gemido agónico.

—¡Al San Lucas no!

Y después se desplomó sobre el asiento.

## *Prioridades*

El coche zigzagueó al dar un volantazo cuando remeció a Inés, inconsciente sobre el asiento del copiloto. Un largo bocinazo se perdió calle abajo mientras él entraba a toda velocidad por la puerta de Emergencias del San Lucas.

—*Hjelp!, hjelp! vær så snill!* —gritó, irrumpiendo en el aparcamiento de las ambulancias. Dos técnicos paramédicos, que fumaban apoyados en la parte trasera de uno de los vehículos, se incorporaron, asustados por el chirrido del frenazo—. ¡Ayuda!

Se miraron y reaccionaron. Erik salió del coche y lo rodeó corriendo. Inés yacía inconsciente sobre el asiento del copiloto y sus labios estaban blancos. ¿Estaba muerta? No, no podía estar muerta. Un gemido ahogado desgarró su garganta, pero apeló a toda su racionalidad para llevar las yemas de los dedos a su cuello y buscar de nuevo el pulso de su carótida izquierda. Era débil, lento, pero ¡sí, ahí estaba! Reaccionó con rabia cuando alguien le tocó el hombro y apartó aquellos dedos desconocidos de un manotazo. El hombre alzó las manos en una seña conciliadora.

—Soy Marcelo, técnico paramédico. He traído la camilla de la ambulancia. ¿Qué pasa?

—¡Mi mujer! Es mi mujer. Tiene una hemorragia interna. Está embarazada. Hay que llevarla al quirófano. ¡Ayúdeme!

Cogió a Inés en brazos. Era una muñeca de trapo, sin tono, sin vida. Un quejido débil brotó de sus labios y llenó a Erik de una esperanza absurda y un pánico recrudescido. Con ayuda de Marcelo, la acomodaron en la camilla

—No se preocupe, mi compañero ha entrado a avisar al equipo de Urgencias. Pero ¿cómo sabe que es una hemorragia interna?

Erik lo miró con irritación, pero no tuvo tiempo de explicarle nada. Tres médicas y dos enfermeras salían corriendo por las elegantes puertas

corredoras de cristal que daban acceso a la Urgencia. Una portaba un enorme maletín rojo con bandas reflectantes plateadas. Por una décima de segundo se le antojó que podían ser un coro ángeles bajados del cielo.

—¡Apártese! —dijo una de ellas con una firmeza que lo hizo dar un par de pasos hacia atrás.

Las luces rojas y azules de una baliza encendida le daban al patio central del San Lucas un ambiente surrealista, iluminando la situación dantesca que se desarrollaba ante sus ojos a cámara lenta. Una de las doctoras se ocupaba de la vía aérea y la respiración, y dirigía la reanimación con órdenes apremiantes pero calmadas. Erik vio cómo cubría la boca y la nariz de Inés de una mascarilla y comenzaba a ventilar sus pulmones con la bolsa autoinflable. ¿Por qué demonios estaba todo borroso? Se llevó las manos a los ojos y se dio cuenta de que los tenía llenos de lágrimas.

—Tiene una hemorragia interna —dijo con la voz ahogada. Tenía que reaccionar. Darles información. Hablarles de que la habían operado de apendicitis, que prefería la anestesia profunda y que su grupo sanguíneo era A Rh negativo. Pero no era capaz de reaccionar.

Una enfermera con unas tijeras de enormes proporciones cortó la ropa de Inés y desgarró las prendas para descubrir su pecho y su abdomen. El color blanquecino de su piel expuesta lo hizo exhalar un quejido.

—¡Por favor, tápenla! Siempre tiene frío. —Se echó a reír de manera histérica. ¿Qué coño le pasaba? Aquello no tenía ninguna importancia. Pero buscó de manera instintiva una manta en el aparcamiento, que no encontró.

La médico que examinaba a Inés asintió mientras sus dedos volaban por su cuerpo con precisión.

—Abdomen en tabla, probable hemoperitoneo.

—Doctora, ¡tiene las venas muy colapsadas! —se quejó una enfermera, concentrada en examinar el dorso de las manos de Inés. En uno de sus antebrazos había ceñido un compresor, y los dedos tomaron un aspecto moteado y gris.

—¡Le estáis haciendo daño! —dijo, en un acceso de pánico. ¡No podían provocarle dolor! No más del que ya estaba sufriendo. Se distrajo un momento al sentir el pitido conocido de las alarmas del monitor de constantes vitales. ¡Su frecuencia cardiaca estaba bajísima! Al ver la cifra de la tensión



arterial hundió los dedos y aferró su pelo con desesperación—. ¡Va a entrar en parada cardiaca! Por favor, ¡ayúdenla! —suplicó, corriendo de manera errática en torno a las sanitarias, que se arremolinaban trabajando sobre el cuerpo exangüe de Inés.

—¡Sáquenlo de aquí! —dijo la líder de la reanimación, enfadada. Erik se encaró con la mujer, que lo miró desde abajo con irritación—. ¡Está entorpeciendo nuestro trabajo, así no podemos ayudar a su mujer!

—Es el Dr. Thoresen, lo reconozco de las sustituciones en el quirófano cardiaco —oyó decir a una enfermera—. La mujer es Inés Morán.

—La tensión diastólica está cayendo, la paciente se bradicardiza —interrumpió otra de las mujeres. Por un momento, el mundo se detuvo—. Asistolia.

Erik gritó e hizo el amago de acercarse de nuevo a la camilla, pero el técnico paramédico lo atenazó con un abrazo férreo. Forcejeó, cegado por el pánico, cuando comenzaron las compresiones sobre el tórax y la cuenta en voz alta de la reanimación. Se le antojó la cuenta hacia delante de una tragedia inevitable. Comenzó a rezar en noruego en voz alta.

—Doctor, deje trabajar a sus colegas —rogó el hombre, mientras lo inmovilizaba entre sus brazos. Erik no se defendió.

—¡Ya tengo vía! Suero fisiológico a chorro entrando. Administro adrenalina.

—Tubo endotraqueal normoposicionado, ventilan ambos campos pulmonares. Detengan compresiones. ¡Tenemos pulso! Saturación en 90% y subiendo.

—Remonta la tensión. Sube la frecuencia cardiaca. Vámonos al quirófano. ¡Ahora!

El galimatías de voces femeninas lo aturdió y sintió que sus piernas flaqueaban. Pero tenía que reaccionar. Tenía que reaccionar. Boqueó e hizo un esfuerzo sobrehumano para hilar una frase que sirviese para algo.

—Al quirófano obstétrico. Mi mujer está embarazada.

Le dieron con las puertas del quirófano en las narices. Como un autómatas, caminó haciendo guardia de un lado a otro del pasillo. Marcelo, el técnico paramédico, estaba de nuevo allí.

—Señor, ¿hay alguien a quien pueda llamar? ¿Para que lo acompañen? —preguntó con voz suave.

Erik detuvo su marcha y palpó sus bolsillos. Su móvil no estaba. Pero tenía que estar. ¿Dónde estaba? Buscó de manera frenética en los bolsillos vacíos.

—Aquí tiene su móvil. Y las llaves de su vehículo.

Estiró la mano y miró los objetos negros como si pertenecieran a otro planeta. ¿Qué tenía que hacer con ellos? Los ignoró y volvió a mirar por el ojo de buey de las puertas del quirófano, pero solo veía gorros verdes hacinados bajo las lámparas, y sus movimientos cortos y bruscos.

—He aparcado en la zona de ambulancias, ya he dado parte al jefe para que no le manden una grúa. Señor...

—Erik. Soy Erik. —¿Qué más daba su apellido? Pudo componer una sonrisa trémula y fijar su mirada en aquel hombre moreno, de sonrisa afable y ojos despiertos, que lo estaba ayudando a mantenerse a flote sin saber ni siquiera su nombre—. Gracias, Marcelo.

—Me quedaré hasta que venga alguien a acompañarlo, Erik. ¿A quién le avisamos?

A su madre. Sintió el deseo irracional de llamar a su madre. Cerró los ojos con fuerza un instante. Volvía a ser el niño rebelde que apretaba los dientes para controlar los sollozos en sus brazos cuando encajaba alguna decepción.

No.

No tenía que pensar en sí mismo.

Tenía que pensar en Inés.

Fijó con ansiedad la mirada en la de Marcelo, que apretó su hombro en un gesto de consuelo. Tenía que dar con Loreto, con Victoria, ¡con Nacha! Alzó el teléfono para llamarla, pero se detuvo. Ella y Juan estaban de luna de miel. Giró el móvil en la palma de la mano de la mano a toda velocidad. Loreto era la opción más razonable. Pero él no tenía su teléfono. ¿Por qué coño no tenía su teléfono? Se devanó los sesos buscando el modo de llegar a ella.

—¡Erik! ¿Qué ha pasado? —Hugo llegaba corriendo, vestido aún de

domingo con una camiseta manga corta y lo que parecía un traje de baño más que un pantalón—. Me ha llamado la enfermera de quirófano y me ha dicho que estabas aquí. Sabe que somos amigos.

Erik soltó un suspiro de alivio inconmensurable al ver a su amigo. Lo abrazó y se aferró a él con desesperación.

—Es Inés. Tiene una hemorragia interna. No sé qué ha pasado. Ha sangrado un poco y ha entrado en *shock* cuando veníamos hacia aquí desde Farellones —barbotó, atropellando las palabras—. Tienes que entrar. Tienes que entrar y averiguar qué coño está pasando. Tienes que... —Soltó un sollozo e hizo un esfuerzo por retomar el control—. Tengo que localizar a Loreto. O a su madre. No sé cómo hacerlo.

—Erik, tranquilo. Estás hiperventilando, vas a acabar en el suelo.

Hugo lo condujo hasta los sillones de una salita de espera frente al quirófano, y él se dejó hacer. Se echó a reír, ¡qué ironía! ¿Cuántas veces había salido él de una cirugía para informar a algún familiar? Jamás pensó que se vería en la situación contraria.

—Erik, tengo que irme —dijo Marcelo, que esperaba allí también. Se levantó y extendió la mano—. Espero que vaya todo bien y su mujer se recupere pronto.

Él la apretó y la cubrió con la otra, y se la estrechó con afecto.

—Gracias. Gracias por todo. Cuando todo esto pase, veré cómo agradecersele de alguna otra manera, no sé qué habría hecho sin usted —dijo Erik y esbozó una sonrisa débil pero sincera. Aquel hombre, con toda seguridad, le había salvado la vida a Inés.

—No me lo agradezca. Cualquiera habría hecho lo mismo. ¡Buenas noches! Y que vaya todo bien —repitió.

Erik echó un vistazo a su reloj, ¡eran casi las dos de la mañana! Llevaban más de dos horas en el quirófano, ¿qué coño estaban haciendo ahí dentro? Volvió a acercarse a las puertas de acero y empujó, pero no se abrieron.

—Ven aquí y siéntate, así no hacemos nada —dijo Hugo, que lo instó a acomodarse a su lado—. Céntrate. ¿Quién puede tener el teléfono de Loreto? ¿Tienes el móvil de Inés?

—No sé su contraseña. Y no tenemos conocidos comunes.

Apoyó los codos en las rodillas y sostuvo la cabeza entre las manos, envuelto en frustración.

—¿Cómo que no? Tal vez lo tenga Dan. O tu hermana. ¿No habían salido juntas un par de veces?

El rostro de Erik se iluminó por un segundo. Estaba sumido en una montaña rusa de emociones en las que el pánico, la alegría, la incertidumbre y la esperanza se empujaban una a otra para cambiar de lugar. Ahora tocaba la esperanza. Localizó el número de Maia en el teléfono y llamó.

—Maia, necesito tu ayuda. Inés está en el hospital.

Tardó un buen rato en explicarle a su hermana la situación. Revivirlo le devolvió el miedo a lo que ocurría en el quirófano y le costaba concentrarse en otra cosa que no fuese aquella ventana redonda.

—Erik, en cuanto pueda cogeré un avión para estar contigo. Mándale toda mi fuerza y ánimos a Inés. Te enviaré el número de Loreto para que lo tengas, pero yo me pondré en contacto con ella. —Sonrió. Pese a la distancia, siempre podía contar con Maia. Su hermana apuntalaba las grietas y contenía las catástrofes que acaecían en su vida—. Tú no estás en condiciones de informar de nada, yo he tardado un buen rato en enterarme de lo que querías decir. Por favor, avísame de cualquier novedad. En cuanto sepa algo de mi vuelo, volveré a llamarte. Te quiero. ¡No hagas estupideces! Y cuida de Inés.

El clic de la llamada terminada lo sumió de nuevo en la desesperación, pero no tuvo demasiado tiempo para volver a hundirse. Las puertas batientes del quirófano se abrieron y él y Hugo pegaron un respingo y se levantaron como accionados por un resorte del sillón.

—¿Andrea Garay? —dijo Erik, desconcertado. ¿Cuándo había llegado allí? Era la jefa de Obstetricia. Tragó saliva y notó cómo todo su cuerpo se echaba a temblar. La mujer exhibía un rostro atribulado y grave. Su uniforme estaba salpicado de sangre.

—Sí, soy yo, la tutora de Inés.

—¿Cómo está? Sufrió una parada al llegar a Urgencias. Yo creo que tiene una hemorragia interna —balbuceó frases inconexas que lo único que intentaban era retrasar lo que sabía que venía. Algo ominoso. Malo—. ¿Inés está bien?

La doctora lo miró con el semblante cubierto de piedad y

conmiseración, pero a él no le importó.

—Inés tenía un embarazo ectópico, Erik. La trompa de Falopio ha estallado y ha provocado una hemorragia interna masiva. Ha perdido mucha sangre.

—Pero ¿han acabado? ¿Por qué tardan tanto? Quiero verla, ¡ahora! No me dejan entrar al quirófano. —Su voz había comenzado con autoridad y fuerza, pero en la última frase se le quebró—. Tú puedes ayudarme. Necesito verla.

—Todavía están en ello. Han tenido que extirpar la trompa y el ovario derechos, y todavía tienen dificultades para detener el sangrado. —Andrea se detuvo un segundo y esta vez fue a ella a quien le tembló la voz. Erik notó cómo una lanza atravesaba su pecho y generaba un dolor asfixiante que le impedía respirar—. Tienes que saber que si sigue sangrando, tendremos que extirpar el útero para salvar su vida.

—No. No podéis hacer eso. No podéis hacerlo —tartamudeó, incrédulo—. Inés quiere ser madre.

Volvió a caer en un pozo negro y denso, le faltaba el aire y se llevó las manos al cuello. La mano reconfortante de Hugo se apoyó en su hombro, pero se dio la vuelta y sentó en el sofá. Por un segundo, quiso enroscarse en posición fetal y desaparecer. Andrea se sentó junto a él y aferró su mano.

—Eso no es todo, Erik. Inés tiene todo el peritoneo plagado de endometriosis, ¿tú sabías algo de esto? Hacía años que no veíamos un caso tan severo —dijo Andrea, negando con la cabeza en un gesto de incredulidad—. Cuando paremos la hemorragia, intentaremos limpiar de la manera más eficaz posible, pero... —Se detuvo y apartó con la mano un velo imaginario—. Ya hablaremos de eso más adelante. Ahora lo importante es que Inés salga del quirófano en las mejores condiciones posibles. Vendré dentro de un rato a informarte de nuevo.

Y desapareció tras las puertas batientes de acero.

Erik no reaccionó. Inés acababa de perder la mitad de sus posibilidades de ser madre. Abrió y cerró los puños a ambos lados del cuerpo. Las reglas dolorosas hasta hacerse invalidantes. Las «matanzas de Texas» con las que ella solía bromear. A él mismo casi le dio un infarto la vez que descubrió un charco de sangre en su cama una noche que le bajó la regla y la pilló desprevenida.

—Era endometriosis. Eso era —murmuró en voz alta sin darse cuenta—. Joder.

Hugo alzó la cabeza en un gesto interrogante.

—¿No lo sabías? Pensé que lo sabrías, después de la apendicitis.

Erik compuso un gesto de extrañeza. Tenía la cabeza embotada y mil presagios, a cada cual más oscuro, se cebaron con sus pensamientos.

—¿De qué coño estás hablando? ¿Qué tiene que ver la apendicitis con esto?

—¿No leíste el informe de la anatomía patológica del apéndice?

Erik negó lentamente con la cabeza, mientras su boca se abría en pura sorpresa. Su amigo correspondió con una expresión de asombro.

—En la biopsia lo decía bien claro: el apéndice estaba cubierto de mucosa endometrial.

El sonido de unos tacones restallando sobre el mármol lo hizo despertar del trance en que la revelación de Hugo lo había sumido. Era Loreto. Entre él y su amigo la informaron de cada detalle y Erik observó con fascinación las lágrimas de tristeza y la pena expresada por ella a viva voz. Sintió envidia. Él no era capaz de exteriorizarlo. No podía llorar. No podía lamentarse. Un dolor sordo y opresivo lo oprimía desde dentro, un frío gélido atenazaba sus miembros, su cerebro y su corazón. Esperaron juntos durante dos largas horas antes de que Andrea saliera del quirófano, al borde de las cinco de la mañana, con una sonrisa cansada y el rostro ceniciento y cubierto de sudor.

—Inés está fuera de peligro. Pronto podrás verla en Reanimación.

## *Dos días*

Un concentrado de glóbulos rojos goteaba hacia el acceso vascular que Inés portaba en su muñeca izquierda. Hipnotizado, Erik veía caer las esferas de un color granate y denso. Drop. Drop. Drop. Ese era el sonido que hacían en su mente. Aunque no podía escucharlas, claro.

Apretó su mano, por enésima vez en aquellas horas, con la esperanza de que en algún momento volviera en sí. Nada. Esa mano delicada, de dedos largos y ágiles, yacía ahora inerte y más fría de lo normal en la concavidad de la suya.

—Es habitual que tarde en despertar de la anestesia. Ha sido una cirugía muy larga y se ha empleado una gran cantidad de medicación —dijo el ucista de guardia aquella noche. Ya no se preocupaba de aprenderse los nombres del personal. Llevaba allí casi dos días e intuía que pasarían unos cuantos más—. Y a veces el cuerpo y la mente necesitan recuperarse del trauma. Despertará. Ya verás.

Asintió y musitó un agradecimiento. Él ya sabía todo eso. Era médico. Trabajaba de guardia en una UCI Cardiovascular. Sabía los estragos que una cirugía dura dejaba en las personas. Pero Inés no podía estar así. No ella.

Dejó caer la cabeza hasta apoyar la frente sobre su mano y se quedó así largo rato. Cuando cerraba los ojos, la veía sonriendo, caminando con ese paso elástico de bailarina que iluminaba a quien estuviera cerca, entregada con devoción al hacer el amor.

No era del todo cierto que no la hubiera encontrado especial la primera vez que la vio. Era solo que le había parecido una niña pequeña. Una mocosa haciendo RCP a una ballena, se lo había dicho tal cual. ¿Qué tenía ella para haberlo hecho caer? Pensó en todas las mujeres que habían desfilado en su vida; casi todas seguían un patrón: altas, rubias, generosas en curvas, autoritarias y experimentadas. Y todos aquellos cánones habían saltado por los aires con aquel primer polvo en casa de Inés.

Un cosquilleo de excitación recorrió su cuerpo pese a la situación. Fue simplemente sublime. Desde la manera en que ella le había lanzado el guante, hasta el momento en que encontró su cartera en el suelo y se la devolvió, cuando él ya huía por la puerta de su casa, desnuda y con toda naturalidad.

«Muévete. Ahora».

Cada vez que recordaba aquella frase, la lujuria desenfrenada en sus ojos grises y los muslos enroscados en su cintura sobre la encimera, sentía el deseo inundar su torrente sanguíneo. Desde aquel polvo se había enfocado en un solo objetivo: Inés. Aunque fuese morena, no muy alta, delgada y con mucho por delante para experimentar.

—Erik, ¿por qué no te vas a casa y te das una ducha? —Hugo se acercó a él y lo remecía del hombro para alertarlo de que estaba allí—. Llevas treinta y seis horas sin moverte de aquí. Necesitas comer. No puedes seguir así.

—No. El ucista dice que puede despertar en cualquier momento. —No pensaba moverse de su lado—. Quiero que, cuando lo haga, sepa que estoy con ella, que estoy aquí.

—Loreto lleva casi una hora fuera, esperando el horario de visitas. Deberías dejarla entrar.

—No. Soy médico de este hospital. Tengo todo el derecho de estar aquí —respondió con irritación. No pensaba ceder.

—Al menos ve a cambiarte de ropa y a lavarte los dientes. ¡Apesta! —dijo Hugo sin demasiadas contemplaciones—. Aprovecha que Loreto está aquí y vete a casa. Te vendrá bien dormir un par de horas.

Erik sopesó su oferta. Necesitaba ir al baño y, tal vez, comer algo. Asintió lentamente.

—Está bien. Pero no iré a casa. Me pondré un pijama verde después de darme una ducha y comeré algo en la cafetería —dijo, y comprobó que su móvil estaba sin batería—. Mierda. ¿Tienes un cargador?

—En mi despacho, en Cirugía. Erik, vete a casa.

—Perfecto. Lo dejaré cargando allí. —Ignoró la sugerencia de su amigo y se levantó de la incómoda butaca de acompañante junto a la cama articulada en la que yacía Inés. La besó en la frente y volvió a apretar su



mano. Odiaba aquellos esparadrapos con los que mantenían cerrados sus ojos. Casi no se distinguía su cara con la fijación de la sonda nasogástrica y el tubo endotraqueal. El sonido rítmico del respirador insuflando aire a sus pulmones era artificial, erróneo. Quería escucharla suspirar, resoplar, jadear. Reprimió el impulso de volver a sentarse junto a ella, le hizo un gesto de despedida al médico y al enfermero y salió de allí.

Loreto se levantó del sofá de la sala de espera con expresión interrogante y ansiosa.

—No hay ninguna novedad —informó, lacónico—. Aún no ha despertado. Cada vez que intentan bajarle la sedación y la asistencia del respirador para que respire por sí misma, su oxigenación cae en picado. Tenemos que esperar.

Veía su propia desolación reflejada en el rostro atribulado de Loreto y la abrazó. Ella correspondió algo tensa, pero notó cómo se relajaba, y lo hacía con mayor calidez.

—¿Tú cómo estás? ¿Has dormido algo?

Erik negó con la cabeza. Ella no insistió y se lo agradeció mentalmente. Estaba harto de que le dijeren lo que necesitaba y lo que tenía que hacer.

—Tu hermana me ha llamado. Dice que no ha podido ponerse en contacto contigo. Llega mañana en el vuelo de las siete de la mañana.

—Mi móvil está sin batería.

—Llámalas cuando puedas, están muy preocupados —dijo Loreto mientras rebuscaba algo en su bolso—. Toma, aquí tienes un cargador.

—Gracias —masculló Erik y buscó un enchufe en la sala de espera. Dejó el móvil en el suelo, le daba igual si se lo robaban, no pensaba moverse del lado de Inés—. Puedes entrar ahora si quieres. Voy a darme una ducha y a comer algo. Pero luego me quedaré con ella otra vez —dijo a modo de advertencia.

—Erik, mis padres llegan esta noche de Osorno y querrán estar con su hija. Lo entiendes, ¿verdad?

—Entiendo que tendrán que ceñirse al horario de visitas. Yo puedo entrar y salir cuando quiera, soy médico de este hospital.

Loreto no replicó, solo lo miró, enfadada, y entró en la UCI sin decir nada más. Él se dirigió hacia la Unidad, donde tenía en su despacho unos uniformes verdes de quirófano y el neceser de las guardias. Todas sus cosas seguían allí, no había tenido tiempo para sacarlas. Técnicamente, había presentado su renuncia. Ya no formaba parte del *staff*. Pero no tenía por qué explicárselo ni a Loreto ni a nadie.

Cogió su neceser, un uniforme y unas barritas proteicas con chocolate, y se dirigió al vestuario masculino. A esas horas estaba vacío. Se dio una ducha, recordando aquella vez que había obligado a Inés a ocupar el puesto de enfermera arsenalera. Por aquella época, lo sacaba de sus casillas. Cada cosa que hacía parecía estar destinada a fastidiarlo a él. Se había excedido, con mucho, cuando le echó la bronca en mitad del pasillo, pero aquella mezcla entre exasperación y deseo no lo dejaba pensar, ni dormir, ni trabajar, y descargó toda aquella frustración en ella. Había pensado que después de aquello Inés no querría saber nada más de él. Y con razón.

Unos golpes en la puerta lo sacaron de sus recuerdos y gruñó.

—Erik, me han dicho que estabas aquí. ¿Tienes un minuto para que hablemos?

Era Guarida. Y ya llevaba demasiado tiempo bajo el agua. ¿Y si Inés se había despertado? Cogió la toalla y comenzó a secarse sin importarle que su antiguo jefe lo viera en pelota picada.

—Siento mucho abordarte así, sé que Inés sigue en la UCI, pero necesito resolver esta situación.

—No me interesa lo que tengas que decirme, y menos ahora. Me has vendido a mí, a Dan y a toda la Unidad del Corazón Infantil para avenirte con Becker —dijo sin filtros todo lo que pensaba. Ahora no tenía la cabeza para matices—. Si el discurso no ha cambiado, conmigo no cuentas. Ahora tengo que volver con Inés.

Comenzó a vestirse mientras Guarida asentía, nervioso.

—Lo sé, no quiero entretenerte, pero debes saber que al enterarse de que habías renunciado, lo ha hecho también Dan. Y Alfaro, uno de los cardiocirujanos de adultos, ha venido hoy a mi despacho a pedir una baja por estrés laboral. —Su jefe estaba sobrepasado, podía verlo en su papada temblorosa, los ojos inyectados por la falta de sueño y los años que parecía haber envejecido en dos días—. Tu renuncia no ha sido admitida. Tómate

todo el tiempo que necesites, pero pásate por Personal y vuelve a firmar el contrato de tu jefatura. Que Dan vaya a firmar el suyo, también. Y habla con Alfaro y avísale de que vais a volver. Llevo dos días de locos, ocho cirugías de retraso, y un caos no solo en la Unidad, sino en todo el Departamento de Cardiocirugía.

—Necesito a Bettina Maier como enfermera supervisora —dijo con la boca llena, ya vestido, mientras mordisqueaba una de las barritas. A la que siguió otra. Y una tercera. Guarida vacilaba y cambiaba el peso sobre un pie y el otro, con cara de querer vomitar.

—Eso lo conseguiremos con el tiempo.

—No me interesa. Tengo que volver a la UCI.

No se detuvo a escuchar las excusas de su antiguo jefe. Había pasado casi media hora fuera de la UCI y una ansiedad violenta se apoderó de él. ¿Y si había despertado? Se apresuró a volver. Su móvil seguía cargando en el suelo, nadie se lo había llevado. Veinte por ciento de carga. Serviría por el momento. Lo metió en el bolsillo del uniforme y entró en la sala.

—Doctor Thoresen, solo puede estar un familiar de cada vez —dijo la enfermera desde el control.

—Enseguida, no se preocupe —dijo con impaciencia. No especificó quién se quedaría, pero tenía claro que iba a ser él.

Se detuvo a un metro de la cama. Loreto peinaba el pelo de Inés, que se extendía en un halo castaño sobre la almohada, dándole un aspecto irreal. La vio componer un gesto de disgusto al acariciarle las manos y rebuscó en su bolso un botecito de crema. Con un amor profundo reflejado en sus ojos, calentó un poco entre sus palmas y comenzó a extenderla sobre la piel. Susurraba algo en voz baja, no alcanzaba a entender lo que le decía, pero algo en su expresión lo hizo respetar el momento. Le daría un poco más de tiempo. Aunque todas las fibras de su cuerpo le gritaban que tenía que estar junto Inés.

Se acercó a la mesa de enfermería y revisó su constante vitales. Ni un solo maldito cambio. Era como si estuviera en *stand-by*. El ucista se acercó a verlo y movió la cabeza en señal de resignación.

—No ha habido ningún cambio. Hay que darle tiempo. Mañana volveremos a intentar bajar la asistencia respiratoria y la medicación —dijo

en un claro intento de insuflarle algo de esperanza—. Tienes que hacer acopio de fuerzas, esto puede durar varios días.

No respondió. Volvió la mirada hacia la cama, Loreto ahora le leía en voz baja un libro. Cada uno tenía su manera de sobrellevarlo. En el caso de él, necesitaba la cercanía. Su hermana parecía necesitar hacer algo por ella, algo productivo. Él se dedicaba a refunfuñar y cagarse en todo. La verdad era que así no aportaba demasiado.

—Cuando quieras marcharte, avísame —dijo en voz baja, al darse cuenta de que Inés estaría bien con su hermana—. Estaré en los sofás de la sala de espera.

—No me quedará mucho tiempo, tengo que ir al aeropuerto a buscar a mis padres.

—De acuerdo.

Volvió a conectar su móvil en el enchufe, se hizo un ovillo sobre el sofá, y después de mandar mentalmente al infierno a Guarida y a Becker, y también a Dan y al otro cirujano por secundar su estupidez, se durmió con el rostro alienado de Inés intubada grabado en las retinas.

Las horas siguientes discurrieron en una especie de nebulosa. Cuando Loreto lo despertó, había dormido dos horas y se levantó congelado por el aire acondicionado, aturdido por el sueño profundo fruto del agotamiento y con un fuerte dolor en el cuello.

—Volveré en un par de horas con mis padres. ¿Vas a seguir aquí?

Soltó una risotada que se le antojó desagradable y totalmente injusta hacia Loreto, que lo único que había hecho era estar junto a su hermana y ayudarlo a él. Pero no era capaz de modificar su actitud.

—Aquí estaré —dijo cuando ella ya salía de la sala. Se volvió con una sonrisa reafirmadora que lo hizo sentir aún más miserable.

Dormitó un poco más sentado en la butaca y apoyado en la cama de Inés. Su mano seguía inerte. De pronto, una furia incontrolable se apoderó de él y quiso sacudir aquella mano, agitarla de un lado a otro, hasta conseguir alguna reacción. ¿Acaso ya no estaba bien? Ya no estaba anémica. La cirugía había sido un éxito, habían conseguido detener la hemorragia sin necesidad de extirparle el útero y todo funcionaba más o menos bien. ¿Por qué demonios entonces seguía sin responder? El electroencefalograma era

normal, no había sufrido daño cerebral con la parada cardíaca, todos habían respondido con celeridad y a tiempo de impedir cualquier secuela neurológica. Entonces, ¿por qué coño no quería respirar? ¡Tenía que respirar por sí misma! Reprimió el impulso de apretarla con todas sus fuerzas y un sollozo ahogado escapó de su garganta.

Rememoró el dolor que sintió cuando Inés rompió con él tras la pelea. La desolación. La incredulidad. La rabia. Nunca pensó que llegaría a sufrir tanto como en aquella época, en que su vida parecía carecer de todo sentido. Se echó a reír, nervioso, atrayendo la mirada de extrañeza del enfermero. Esto era un millón de veces peor. Le hizo un gesto para que se despreocupara, debía de pensar que estaba fuera de sus cabales. Y no le faltaba razón.

Volvió a quedarse dormido. Despertó más allá de las doce de la noche cuando, entreverándose en sus sueños, distinguió la voz serena de Victoria Morán. Hablaba con el médico y lanzaba miradas aprensivas hacia donde ellos estaban. Hizo un esfuerzo sobrehumano para apartarse de Inés, pero Loreto tenía razón. Era su madre. Tenía derecho a estar allí, quizá más derecho que él.

—Victoria —dijo a modo de saludo.

—Erik, hijo —respondió ella con la voz quebrada por la emoción. Se abrazaron brevemente, Victoria era contenida y él no tenía ganas de despliegues de afecto.

—Me quedaré en sofá de fuera. Podemos turnarnos para estar con Inés —ofreció, sintiendo que se arrancaba un brazo—. Si hay cualquier cambio, por pequeño que sea, avísame.

Su padre también entró, pero no pareció, o no quiso, reconocer que él estaba allí. No le importó. Dio un beso a su hija en la frente, y abandonó la UCI profundamente conmocionado. Loreto alcanzó a despedirse mientras él se alejaba hacia la salida.

—Llevaré a mi padre a casa y dormiremos lo que podamos. Por la mañana, recogeré a Maia en el aeropuerto y vendremos todos aquí.

Erik dio un respingo, sorprendido. No se acordaba de que su hermana llegaba al día siguiente. A duras penas recordaba lo que él mismo acababa de pensar. Pero un alivio inconmensurable lo invadió al tenderse sin pudor en uno de los sofás de la sala de espera, pese a que había algún otro familiar que

también dormitaba allí.

Llegaba Maia. Las cosas, por fuerza, tenían que mejorar.

## *Pelea de gatas*

El aroma intenso del café lo despertó, provocando un auténtico síndrome de abstinencia. Miró a su alrededor. La UCI mantenía aquella luz blanca que hacía daño a los ojos y que impedía saber si era de día o de noche. Sobre la cama de otro paciente se inclinaban los dos médicos de guardia, inmersos en un procedimiento. De pronto, tomó conciencia de que Inés no era la única ingresada, que había cuatro personas más. No se había dado cuenta hasta ahora. Una burbuja de dolor y desesperación lo había mantenido cerrado a su propia realidad.

Si salía de esta, le pediría que se casara con él.

Fantasías de una pequeña ceremonia, con unos pocos amigos y familiares, quizá en la playa o en la casa de Farellones, comenzaron a seducirlo. Inés con un vestido blanco. Inés en la casita de Tromso. Inés con dos críos pequeños de la mano. No. No. Eso no. No hacía falta. ¡Él nunca había querido hijos! Pero un dolor intenso atenazó su pecho porque si Inés despertaba, tendrían que decírselo. Apretó su mano en un gesto que tenía ya algo de compulsivo. No quería ser él. Era un cobarde.

Volvió a dormir en la butaca. Ya se conocía al dedillo las posturas en las que podía estar un poco más cómodo, pero despertó cuando el equipo se acercó a la cama para el pase de visita. Ya se habían acostumbrado a tenerlo allí y, al contrario que en Reanimación, donde había armado un escándalo porque no lo dejaban entrar y acabaron por amenazarlo con llamar a seguridad si no se controlaba, en la UCI había mantenido un perfil bajo. El pijama verde con el logo del San Lucas también ayudaba.

Cazó algunas pocas frases desde el control de enfermería. «Sin cambios». «Alta asistencia respiratoria». «Intentar bajar medicación y parámetros». Asintió como un autómatas cuando el médico saliente de guardia lo informó de la situación. No había ninguna novedad.

Volvió junto a Inés. Resistiría aquella situación a base de pura

obstinación, porque su espíritu comenzaba a quebrarse. No era capaz de tomar una decisión respecto a la jefatura, pero si Inés despertaba, lo harían juntos, con su consejo. Notó el aroma del café ahora muy cerca de él y se volvió.

—Hay alguien ahí fuera que quiere verte. Vamos. Yo me quedaré con Inés.

—¡Maia! —graznó, con la voz pastosa. Se abrazaron con fuerza. Erik lo hizo con desesperación. Necesitaba aliados en su causa—. Gracias por venir. Inés...

—Loreto me ha puesto al día en cada momento, dale las gracias a ella. Tú no nos has llamado ni una sola vez, pero ya hablaremos de eso —dijo con cierto resentimiento—. Toma, bébete esto. Erik, tienes que irte a casa. Pareces un pordiosero con esa barba y esos pelos. Ve fuera. Ahora.

Bebió el café caliente, que le quemó el esófago, en tres o cuatro tragos y lo tiró en una papelería a la puerta de la UCI. Cuando salió, se quedó petrificado.

—*Mamma!* —balbuceó.

Jana se levantó con los ojos enrojecidos y la cara congestionada.

—Magge.

Nadie lo llamaba así salvo su madre.

Por un momento, las fuerzas lo abandonaron. Le dio igual que Victoria, su marido y Loreto estuvieran allí. Apretó los dientes y se abrazó a su madre. Debían de dar un espectáculo curioso, su madre bajita y menuda, consolando a un gigantón. Pero su mano arrugada y nudosa en el pelo, acariciándolo como cuando era un niño pequeño, le otorgó un solaz que no había tenido desde que se había refugiado en brazos de Inés.

—Lo siento mucho, hijo. Lo siento tanto, por Inés y por ti.

Erik se apartó un poco y la miró con extrañeza, pero no tuvieron tiempo de hablar demasiado. Victoria se acercó para saludarlo y asistió a un encuentro curioso. Las dos mujeres se sopesaron como dos contrincantes en un *ring*. Tanto él como Gerardo, el padre de Inés, parecieron desaparecer de la escena, eclipsados por las voluntades de las dos madres.

Jana pareció reponerse primero y la cogió de las manos. Probó en



español, pero desistió. En inglés se sentía más cómoda.

—Siento muchísimo todo lo que están sufriendo nuestros hijos.

—Es Inés la que está inconsciente en la UCI —dijo Victoria con su estilo directo y peculiar.

—La pérdida es de ambos. Y Erik sufre su propio dolor y la preocupación por Inés. No lo abandonéis cuando yo no esté aquí. Es difícil estar en un país extraño y sin familia —contraatacó Jana con cierto tono acusador—. Yo he acogido a Inés en mi casa como si fuera mi propia hija.

Erik las observó, boquiabierto. Él no se había sentido abandonado en ningún momento, no había tenido tiempo de pensar en ello. Loreto sí lo había ayudado y lo único que ocurría era que los padres de Inés estaban lejos. Sintió el impulso de defenderlos de algún modo de la dureza de su madre, pero Victoria habló antes.

—Tu hijo se comportó de un modo deplorable el año pasado con Inés. Fue él quien la abandonó en un momento muy duro.

—Erik ha cometido sus errores, pero fue Inés quien lo apartó de su lado y no le dijo ni una sola palabra de lo que estaba viviendo. Los dos tienen que madurar. —Los ojos verdes de Jana brillaban enojados y sus manos temblaban, pero admiró el temple de su madre para mantener la compostura—. Espero que sepan lidiar con lo que les viene encima. Porque este solo es el inicio de un camino muy duro. Erik —dijo con tono más suave, volviéndose hacia él de nuevo —, estaré aquí el tiempo que me necesites. Y Maia también.

—Gracias, mamá.

—No creo que puedas estar tanto como dices, si vives en la otra punta del mundo —volvió a la carga Victoria.

—No tiene nada que ver con los kilómetros, tiene que ver con la cercanía emocional —contrató Jana a las palabras duras de Victoria, sin soltarle la mano. Notaba que temblaba—. Y por lo que pude ver cuando estuvo en mi casa, no me parece que tú e Inés estéis muy unidas.

—Mamá, Jana, ambas estáis cansadas y nerviosas por la situación —intervino Loreto. Erik le agradeció mentalmente que pusiera un punto de cordura en aquella pelea de viejas gatas—. Mejor aprovechemos el tiempo que nos queda de visita para ir a darle un beso a Inés. Yo hoy no voy a entrar,

en la UCI ya nos han llamado la atención por el desfile de personas. Inés está grave.

—Yo entraré primero —dijo Victoria en un arranque casi infantil. Jana asintió y se sentó junto a Erik en el sofá. Loreto y su padre se alejaron con discreción.

—¿Cómo está? A mí no me mientas, no seré médico, pero soy matrona y puedo entenderte. Creo que Maia y Loreto no me lo han explicado bien —demandó con los ojos verdes teñidos de preocupación—. ¿Qué ha pasado?

Erik miró hacia adelante y trató de poner en orden aquellos cuatro días de locura y desgarró. Apoyó los codos en las rodillas y escondió la cara entre las manos. Su madre le acarició la espalda y estuvieron así unos minutos.

—Inés tuvo un embarazo ectópico. La trompa derecha estalló y sufrió una hemorragia interna. Casi no llegamos al hospital. —Tragó saliva, ahora venía la peor parte—. Tuvieron que extirparle la trompa y el ovario para detener la hemorragia.

—Pobre Inés —murmuró su madre, mientras sus ojos se humedecían.

—Eso no es todo. Tenía el peritoneo plagado de endometriosis.

Su voz se quebró. Había conseguido permanecer entero hasta ese momento. No continuó, su madre sabía perfectamente lo que eso significaba. Se abrazaron sobre el sofá de nuevo y él se recostó sobre su regazo. Su madre peinó su pelo enmarañado con los dedos sin decir nada.

—Mamá, a veces siento que hay algo erróneo en mí. Quiero decir, que tengo algo malo que me impide ser feliz. Cada vez que creo que he conseguido un momento de calma, de estabilidad, algo pasa. O yo mismo lo saboteo —dijo con dificultad. Era una idea aciaga que hacía ya años que se había instalado en él—. No fui capaz de ser feliz con Nora en Tromso, tampoco con Kjerstin en Oslo... No puedo perder a Inés. No puedo.

Jana soltó un suspiro cansado. Siguió con las caricias sobre su cabeza, parecía reacia a decir lo que pensaba. Erik se incorporó y clavó los ojos en ella.

—Nora es una buena chica y probablemente habrías sido feliz con ella. A mí me hubiese encantado que te quedases en Tromso y que esos tres

niños que tiene fuesen tuyos. Pero no era tu momento. Los dos erais muy jóvenes —dijo al fin. Erik rio. Era un flaco consuelo escuchar a su madre excusar los errores de su vida—. Y Kjerstin no era más que una trepadora y estaba solo contigo por tu posición en el hospital y tu situación económica.

—Y porque era guapo —dijo riendo Erik, recordando a la mujer con la que había pasado un par de años en Oslo—. No lo olvides.

Los dos rieron, disipando un poco la tensión. Era cierto, no se amaban. Pero ella era tan ambiciosa como él como cirujana, entendía a la perfección lo que significaba su trabajo. Y la traición de encontrarla en la cama con su colega más odiado fue un golpe bajo que le costó mucho olvidar.

—Inés es distinta. Te da equilibrio —prosiguió su madre con expresión evocadora—. En Noruega fue como si hubiera estado allí toda la vida. Se metió a todos en el bolsillo con una facilidad pasmosa. Incluso al soso de Corbyn.

Volvieron a reír y se abrazaron.

—Dios, es bueno reír un poco otra vez. No quiero pensar en lo que va a pasar cuando Inés despierte. Deseaba mucho ser madre. —No había hablado con nadie de aquello salvo con Inés y sincerarse con su madre le generó sentimientos encontrados. La culpa de revelar un secreto muypreciado y el alivio por compartirlo—. En Noruega decidimos no pensarlo demasiado y lanzarnos a la aventura. Poco nos ha durado —dijo con amargura.

—Hay otros caminos.

—No quiero hablar de eso ahora.

Las puertas batientes de la UCI se abrieron y se levantaron. Erik se alarmó al ver el rostro desencajado de Victoria, que se apoyaba en Loreto para caminar.

—Parece un pollito desvalido en esa cama tan grande —dijo con la voz temblorosa—. Está muy mal. No me lo esperaba. No me lo esperaba —repetía, destrozada.

Erik se volvió hacia Loreto en busca de una explicación, pero ella negó con la cabeza.

—Sigue igual, pero mi madre no está acostumbrada. Verla con todos los cables, tubos y el aparataje la ha impresionado, es todo —explicó

mientras abrazaba a su madre por los hombros.

—Voy a entrar —dijo Erik.

—Le toca a mi padre —replicó Loreto, sujetándolo del hombro con firmeza.

—Empiezo a estar harto —murmuró entre dientes. Hacía más de una hora que estaba separado de Inés—. Quiero entrar ahora.

—Acompáñame, Erik —dijo Gerardo, sorprendiendo a todos.

No había abierto la boca desde que había llegado al hospital. Parecía estar sobrepasado por todo aquello y se mantenía en un segundo plano, dejando que su mujer llevara las riendas de la situación. Cuando entraron en la UCI, Erik siguió de largo frente al control de enfermería, pero no le hicieron caso.

El padre de Inés se inclinó sobre su hija y volvió a besarla en el pelo. Se quedó unos segundos junto a ella, con la frente arrugada y sin decir nada.

—Odio verla así —murmuró al fin. Erik asintió en silencio. Por un momento, se sintió reconfortado por el desconcierto de Gerardo. Se veía sin recursos para lidiar con aquello—. Pero la noto más caliente que ayer, ¿eso es que está mejor?

Alzó las cejas, sorprendido, y salió de su parálisis para tocar la mejilla hundida de Inés y miró su temperatura en el monitor. Treinta y ocho con seis. También estaba taquicárdica. La enfermera se levantó para avisar a los familiares de que el tiempo de visita había acabado y esperó que Gerardo saliese de la UCI para abordar al médico tratante de Inés.

—Tiene fiebre, ¿qué ha pasado? —preguntó, desconcertado porque nadie le hubiese informado—. Anoche estaba bien.

—Sospechamos una infección del catéter venoso central. Al levantar el apósito del cuello hemos visto que la entrada estaba eritematosa. En cuanto os marchéis, retiraremos el catéter y cambiaremos los antibióticos. —El médico lo explicaba de manera concisa y correcta, pero Erik se debatió entre la preocupación y la rabia. Si seguía así, se quedaría sin dientes—. Sabes que es una complicación frecuente. Inés solo necesita antibióticos más potentes. También retiraremos el drenaje abdominal.

—Quiero quedarme.

El médico puso los ojos en blanco y tuvo ganas de golpearlo.

—Erik, eres colega. He trabajado contigo en la UCI cardiovascular. Todos te conocemos y por eso estás aquí. No tientes a tu suerte —dijo con voz resignada y señalando la cama de Inés—. Si te echas encima a las enfermeras mientras hacen su trabajo, no voy a poder mover un dedo por ti y lo sabes. Deja que acabemos.

Cedió. Sabía que estaba en la cuerda floja. La enfermería era la verdadera ama y señora de la UCI y si le vetaban la entrada, no volvería a pisarla fuera del horario de visitas.

—¿Puede entrar unos minutos mi madre? Ha venido desde Noruega.

—Solo unos minutos.

Erik acompañó a su madre hasta la cama de Inés. Jana apretó los labios en una línea fina al verla tendida solo cubierta con una sabanilla, y los cables de la monitorización, las bombas de medicación y alimentación parenteral, y el tubo endotraqueal invadiendo su cuerpo.

—Todo esto me recuerda a tu padre —dijo con la voz quebrada de la impresión.

Erik salió de allí sujetándola por los hombros con una sensación ominosa, una mano cruel que clavaba unas uñas de hielo en sus entrañas, pero nada podía hacer.

En la sala de espera se armó un pequeño conciliábulo. Victoria y Jana volvían a discutir y Loreto parecía mediar entre ellas. Gerardo las miraba con cara circunstancias y se acercó a él, huyendo del despliegue de madres sumergidas en el papel de suegras cabronas.

—No pensé que fueran a llevarse tan mal —dijo Erik en tono confidencial.

—Victoria es un hueso duro de roer —reconoció él con una sonrisa cansada—, pero tu madre no se deja intimidar. Dales tiempo. No me extrañaría que acabasen siendo grandes amigas. Tienen cosas importantes en común.

—¿Qué pueden tener en común?

—Sus hijos son pareja y atraviesan un bache muy difícil. Pasarán por el aro, ya verás.

—Inés está peor. —Necesitaba soltárselo a alguien, beber un vaso de agua, comer algo sólido que no proviniese de una máquina expendedora y ducharse otra vez—. Tiene fiebre y sospechan una infección. Esto lo retrasará todo.

—Quedará en manos de Dios, entonces. Solo nos queda confiar.

Erik alzó la cabeza en un gesto brusco.

—¿Eres muy creyente, Gerardo?

—Como buen irlandés, soy un mal católico. Pero en algo hay que creer.

Se dejó contener por el brazo pesado y fuerte del padre de Inés. Entendía ese acompañamiento silencioso. Sin sermones, sin interpretaciones. Simple y reconfortante.

—Vamos a intervenir antes de que se saquen los ojos —dijo Erik, y se acercó al grupo de mujeres que murmuraban y discutían en voz baja entre los dos sofás.

—Mi casa es amplia, tengo habitaciones de sobra para alojaros a todos —ofrecía Loreto con generosidad—. Tanto Maia como tú me tenéis a vuestra completa disposición.

—Mamá, el piso de Erik tiene solo dos habitaciones, pero está muy cerca del hospital —decía Maia, en un intento de permanecer imparcial y no tomar partido en aquel pulso—. Tú decides.

—Prefiero estar en casa de mi hijo. Estaré más cómoda.

De acuerdo. Aquella frase sobraba. Victoria alzó una mirada encendida y tomó aire para replicar, así que optó por intervenir.

—Mamá, yo me quedaré con Inés por la noche, así que puedes quedarte nuestra habitación. Maia dormirá en la habitación de abajo —ofreció, conciliador. Las cogió a ambas de la mano y tiró de ellas hacia la salida del pasillo. Con Victoria o Loreto no se atrevía a hacerlo, pero todos lo siguieron hasta la puerta—. Loreto, tú tienes bastante con tus padres y los niños, pero te agradezco el ofrecimiento —dijo, mirando a su madre con las cejas alzadas de manera significativa.

—Gracias, Loreto. En otra ocasión visitaremos tu casa.

Jana la cazó al vuelo. Necesitaba con urgencia armonizar el ambiente.

Si las cosas se ponían peor debían estar a la altura. Por Inés. Y por él.

—Escuchad —dijo, y se detuvo frente a la salida—. Inés tiene una infección nosocomial. Van a quitarle los catéteres y tendrá que recibir antibióticos. Es una complicación común y esperable en la UCI, pero eso quiere decir que ha empeorado. —Hizo acopio de todo su autocontrol para no exteriorizar el pánico—. Durante dos o tres horas, ni siquiera yo puedo entrar, así que aprovecharé para dormir un poco. Os sugiero que hagáis lo mismo. Volveré por la tarde y os informaré de todo. No hace falta que estéis todos aquí.

—¿Comemos todos juntos? —Victoria también hizo un intento conciliador, lo veía por el esfuerzo que parecía costarle decir aquellas palabras.

—Tengo que volver al bufete y después ir a buscar a los niños —se disculpó Loreto.

—Es una buena idea, pero yo estoy fuera de combate por el viaje —añadió Maia, su madre también asintió—. Mejor vamos a descansar y según lo que nos cuenten por la tarde, decidimos qué hacer.

Cada familia a su casa. Mucho mejor. Había destellos de paz, pero prefería no tentar a su suerte.

Acomodó a su madre lo mejor que pudo cuando llegaron al apartamento y le dejó las llaves del coche a Maia por si necesitaban salir. Se dio una ducha, pero no era capaz de dormir. No ahora. Comió unas lonchas de jamón de la nevera y fruta que Inés tenía cortada en un táper y que comenzaba a estar pasada. No había transcurrido ni una hora cuando ya estaba de vuelta en el hospital.

Sacó el móvil y pulsó el número de Dan.

Caminó a un lado y a otro a las puertas de la UCI. Tenía la cabeza embotada por la falta de sueño y tenía la sensación de que empezaba a desvariar. Dan estaba dentro de la UCI y llevaba allí un buen rato. Miró el reloj en su muñeca, al menos veinte minutos, aunque parecía que llevaba allí parado durante horas. Los mensajes de Maia y Loreto no ayudaban, preguntándole cada pocos minutos si había novedades. Terminó por silenciar el teléfono. El

café no ayudaba. Sí ayudaba. Lo mantenía despierto. Pero sus manos no paraban de temblar y notaba palpitaciones en el pecho.

Dan salió y se abalanzó sobre él.

—¿Cómo está? ¿Qué ha pasado?

—Todo está bien, tranquilo. Le han quitado el drenaje y el catéter. La yugular tiene una flebitis, de ahí viene la infección. Será cosa de unos días.

—¿Le han bajado la medicación? ¿Y los parámetros del respirador?  
—Se moría por entrar y ocuparse él mismo de todo.

Dan negó con la cabeza.

—No. Han preferido esperar a retirar los tubos, lo harán ahora.

Los dos se quedaron de pie, uno junto a otro, como dos pasmarotes, sin saber qué decir.

—No debiste renunciar —murmuró Dan tras unos instantes de silencio

—Tú tampoco. ¿En qué estabas pensando? ¿Has pensado en qué vas a hacer ahora? Yo puedo permitirme pasar unos meses sin sueldo —dijo Erik con irritación, aunque reconocía que estaba orgulloso de él. Jamás pensó que tendría las agallas de hacer algo así—. Tú no.

Daniel se encogió de hombros y miró por la ventana.

—No tengo nada que perder. Me prostituiré a guardias, y Alma cobra un sueldo fijo. Prefiero tener la seguridad de depender de mí mismo a estar en la cuerda floja sin saber lo que va a pasar tras el verano —dijo con una madurez que sorprendió a Erik. Por fin comenzaba a reaccionar—. Me tomaré un par de semanas de vacaciones para pensarlo con más claridad. Necesito una mayor seguridad laboral y no parece que vaya a tenerla aquí en el San Lucas. Alma está embarazada, ¿sabes?

—¿Cómo? —Erik se quedó boquiabierto. Ahora entendía la insistencia y preocupación de Daniel por su contrato.

—Sí. Tuvo algunos problemillas sin importancia al principio, y no quisimos decir nada a nadie. Fue por eso por lo que nos reconciamos —confesó, con aspecto culpable—. ¿Te acuerdas de que estuvimos un tiempo separados? Alma ya sabía que estaba embarazada, por eso me echó de casa. Quería que reaccionase antes de decírmelo.



—Joder —barbotó Erik. No se esperaba aquello de la dulce y complaciente Alma—. Bien por ella.

—Ya. Cuando me lo contó, vosotros estabais en Noruega y todavía era pronto. Y ahora... No nos pareció el momento —dijo con rostro preocupado—. ¿Qué perspectivas tiene Inés?

—Malas. Por no decir ninguna.

—Pero conserva el otro ovario, ¿no? —dijo con una sonrisa esperanzada. Erik no correspondió.

—Tiene una endometriosis bastante severa, no sabemos si la otra trompa es permeable, pero es lo que menos me preocupa ahora mismo.

Dan asintió. Volvieron a quedarse parados, sin decir nada. Quería darle las gracias, darle la enhorabuena por el embarazo de Alma, confortarlo por su situación de inestabilidad laboral. Pero no le quedaban fuerzas para ser magnánimo.

—Voy a volver con Inés. Estamos en contacto —dijo, y le dio una palmada en la espalda como despedida.

—Erik, lo siento. Por Inés, por ti, por los dos. —Lo detuvo cuando ya atravesaba las puertas de la UCI.

—Ya. Gracias.

Tampoco sentía nada al recibir aquellas muestras de empatía que sonaban a condolencias. Inés no estaba muerta. Sintió ganas de darle una patada a la puerta.

Le mandó un *whatsapp* a Maia para contarle las novedades y la dejó encargada de informar al resto. No tenía ganas de hablar. Volvió a acomodarse en la butaca, cruzó los brazos sobre la cama y apoyó la cabeza en ellos.

Ahora, cuando cerraba los ojos, ya no veía a la Inés sonriente y alegre. Sus retinas le devolvían la imagen de Inés inconsciente e intubada.

## *Maia siempre tiene razón*

Erik despertó en un sobresalto. Echó un vistazo a su reloj mientras se estiraba, anquilosado, sobre la butaca. Había dormido más de cuatro horas. Agradeció que, para variar, las luces de la UCI estuviesen atenuadas en vez de brillar con aquella intensidad que perforaba las córneas.

Miró el monitor, Inés ya no tenía fiebre. Le apretó la mano como tantas veces. Notó un temblor en sus dedos delgados y se quedó paralizado. No. Lo había imaginado, ¿qué se había creído? Apretó de nuevo, suspicaz, pero atento a su respuesta. Se demoró un par de segundos, pero sí, ahí estaba. Y otro, y otro. Y ahora le aferró la mano con una fuerza desesperada que no imaginaba para su estado.

Todo pasó muy rápido.

Inés se despertó de repente y comenzó a forcejear. Las alarmas del monitor y el respirador se dispararon, ensordecedoras. Tuvo que sujetarla con fuerza, porque iba a arrancarse el tubo.

—¡Una jeringa de diez! —gritó, sobresaltando a toda la sala—. ¡Inés está despertando!

Una de las enfermeras voló junto a él y las luces cegadoras se encendieron.

—Que alguien silencie esas malditas alarmas —gruñó Erik. Le arrebató la jeringuilla a la enfermera y desinfló el balón que fijaba el tubo a la tráquea de Inés. Retiró los esparadrapos que cubrían sus ojos y quiso gritar al ver su mirada de pánico. La desconectó del respirador y la abrazó torpemente con la mano libre—. Inés, tranquila. Soy yo. Deja que te quite el tubo, ¿puedes respirar a través de él?

Ella asintió, más calmada.

Retiró el tubo e Inés comenzó a toser de manera espasmódica. Tosía, tosía, tosía.

Alguien pidió una nebulización y pronto una nube de vapor frío rodeaba a Inés, pero le corrían gruesos goterones de sudor por la frente y estaba muy pálida. Su frecuencia cardiaca se disparó.

—Erik... —dijo con una voz bronca y arrastrada. Jamás pensó que escucharla le proporcionaría un alivio tan inmenso. Tuvo ganas de cantar—. Me duele. Me duele —jadeó ella con dificultad.

—Hemos quitado toda la sedoanalgesia para que despertara. Ha dado resultado —dijo la ucista de guardia. Eran casi las dos de la mañana, pero él no se dejó conmovir por su rostro cansado.

—¡Hay que ponerle algo para el dolor! —exigió mientras Inés se aferraba a él con una fuerza fría que parecía no provenir de su cuerpo.

Una enfermera administró algo por la vía venosa, los ojos grises se tornaron vidriosos y desenfocados y la frecuencia cardiaca disminuyó. Solo había estado consciente unos pocos minutos, pero ya respiraba por sí sola. Había pasado lo peor.

Inés despertó, desorientada. Erik dormía con la cabeza apoyada en la cama, en una butaca demasiado pequeña para él. Miró alrededor y, tras unos minutos de desconcierto, reconoció la UCI de adultos. ¿Qué demonios hacía allí? Posó los dedos con dificultad sobre la cabeza rubia y la acarició con ternura. Tenía la sensación de que habían pasado siglos.

Erik se despertó con su contacto.

—*Kjaereste*, Inés, gracias a Dios —balbuceó, aún soñoliento—. ¿Sigues con dolor?

Ella negó con la cabeza. Tragó saliva y despegó los labios con dificultad. Su voz sonó como un graznido.

—Tengo muchísima sed. ¿Qué ha pasado?

Erik frunció el ceño y la miró a los ojos. No contestó. ¿Por qué no contestaba? Unos pensamientos difusos comenzaron a tomar forma en una conclusión y una sensación de ahogo se apoderó de su garganta, aún inflamada por la acción del tubo endotraqueal.

—¿Ya no hay más bebé?

Él no fue capaz de decirlo en voz alta. Con los ojos llenos de lágrimas, negó lentamente con la cabeza.

No necesitaba más. Había vuelto a abortar. Lo sabía. Cuando vio aquella mancha de sangre en sus bragas, lo supo. Había querido negar la molestia sorda en su vientre, la sensación de debilidad, los sudores fríos. Pero el rojo intenso no era algo que pudiese ignorar. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas sin control. Pero ella no quería llorar. Había gastado todas las lágrimas que tenía en el proceso anterior. Erik la abrazó con torpeza y escondió el rostro en su hombro. Se sentía tan agotada que ni siquiera pudo rodearlo con los brazos. Solo lloró, con sollozos débiles y amortiguados, sobre él, empapando el pijama verde. Y no lo hizo por mucho tiempo. Reconfortada por el calor de los brazos de Erik y el consuelo de los labios masculinos sobre su frente, volvió a quedarse dormida.

Despertó de nuevo por el dolor. Un dolor que la partía en dos. Un dolor cruel, inhumano, que jamás había sentido. ¿Por qué tenía tanto dolor? Erik tuvo que apartarse para dejar trabajar a la enfermera y gimió cuando se alejó a los pies de la cama. Lo necesitaba para sobrellevarlo. Lo necesitaba para sobrevivir. Recordó la razón por la que estaba allí y las lágrimas afloraron de nuevo. Él trató de acercarse, pero la enfermera lo frenó en seco y él se detuvo. Hizo el amago de reír al verlo ahí de pie, impotente, abriendo y cerrando las manos, hasta que su silueta se desdibujó por el efecto de los sedantes.

Pasó un día completo así, entrando y saliendo de la inconsciencia. Cuando despertaba, se debatía entre la tristeza por el aborto y el dolor físico del que aún no tenía una explicación. Tenía imágenes fugaces de sus padres, de Loreto, de Maia, incluso de Jana. Solo Erik era una constante que la anclaba a la realidad.

El segundo día fue un poco mejor. El tercero pudo beber agua, comer unas cucharadas de yogur y mantener una conversación más o menos cuerda, pero sentía que le faltaba una pieza de información fundamental para entender del todo lo que había ocurrido.

El día que le levantaron el apósito que cubría su abdomen pudo comprobar la magnitud de lo que le había pasado.

La enfermera descubrió la herida con cuidado mientras Erik murmuraba palabras de aliento que ella ni siquiera escuchaba.

—Quiero verlo. Ayúdame a incorporarme —dijo, apoyándose sobre los antebrazos, ansiosa por ver lo que ocurría en su propio cuerpo, del que tenía la sensación de haber perdido por completo el control.

Erik la sujetó de la mano mientras la sostenía de los hombros.

—Inés, ¿tienes alguna idea de lo que ha pasado?

—No. Todos os habéis encargado de ocultármelo y darme evasivas. He tenido un aborto, pero ¿hay más?

Enmudeció al ver la enorme cicatriz que atravesaba su cuerpo de lado a lado. Los dos labios tumefactos de la herida encerraban una franja roja y gruesa, hinchada por la inflamación y todavía sanguinolenta. Se mantenían unidos por un montón de grapas que le daban a la herida el aspecto de una larga hilera de dientes.

—He tenido un ectópico. ¿Es eso?

Erik no contestó.

Cerró los ojos, rechinó los dientes y arrugó la frente para aguantar el dolor mientras le quitaban las grapas. Una sí. Otra no. Una sí. Otra no. Jadeó cuando la última se quedó adherida a la piel, la enfermera tuvo que tirar, y le produjo un pequeño desgarro en la herida.

—Ya casi terminamos, Inés. Aguanta un poquitito —dijo la enfermera con una voz alegre que le provocó ganas de abofetearla, aunque trabajaba con delicadeza y profesionalidad—. Listo. Cubriremos con una gasa menos aparatosa para hacer la cura diaria. En una semana podremos quitar las grapas restantes.

Inés siseó y clavó las uñas en el dorso de la mano de Erik cuando le hizo la cura con antiséptico y limpió la herida. Sentía como si acabasen de deslizar el bisturí por su barriga. Cuando fijó la gasa con el esparadrapo, agradeció perder de vista el aspecto horroroso de su cuerpo.

—Ya está, *liten jente* —murmuró Erik con los labios sobre su frente y todavía sosteniéndola entre sus brazos—. Ya pasó.

—No creas que voy a dejar el tema. Llevo dos días esperando a que alguien me cuente qué ha pasado. Solo recuerdo que llegamos al San Lucas.

Apartó a Erik, molesta con él. ¿Por qué mierda no le decía nada? Lo miró con toda la irritación que pudo reunir, que no era mucha, dada que la

cura la había dejado extenuada.

Él cogió aire para decirle algo, pero Inés notó que los párpados le pesaban toneladas y que su cerebro se licuaba en una masa rosa, celeste y lila. Se acurrucó en el hueco de su hombro.

—Después. Me lo dirás todo, ¿verdad? Necesito saber qué ha pasado.

Erik tragó saliva. Se había librado por poco. La acostó sobre las almohadas y le puso el coqueto antifaz que Loreto le había regalado para poder huir de las luces de la UCI. Se acercó al control de enfermería y avisó que Inés quedaba sola, aunque suponía que dormiría al menos un par de horas.

Victoria leía un libro en la sala de espera y se levantó al verlo llegar.

—Hola, Erik. ¿Cómo está Inés?

—Haciendo preguntas difíciles. Ahora está dormida, pero si despierta, ¿me puedes llamar? Voy a buscar su ginecóloga. —Se detuvo un segundo al ver su expresión interrogante—. No quiero ser yo quien le diga lo que ha pasado, no quiero que me asocie a esa información. Sí quiero estar con ella cuando se lo digan, pero no puedo ser yo.

—Lo entiendo, hijo —dijo Victoria. Metió el libro en su bolso y posó la mano en su antebrazo en un gesto de que buscaba consolarlo—. Tu madre y Maia han ido a dar una vuelta por la ciudad con Loreto, por fin hemos conseguido que se relajen un poco y no estén encima de ti todo el día.

Erik se echó a reír. Pese a sus comienzos belicosos, Victoria y su madre parecían entenderse cada vez mejor y eso era muy tranquilizador.

—Nos vemos en un rato.

La consulta de Eco Fetal de Alta Resolución estaba en el extremo opuesto del edificio. Cuando atravesó el *hall* de distribución, alguien lo detuvo del antebrazo y comenzó a hablarle.

—Dr. Thoresen, siento mucho lo de su esposa. ¿Está mejor? ¿Ha pasado ya a planta? —preguntó un desconocido con un uniforme de algo del hospital, no sabía si de Otorrino.

—Sí, gracias. Todo va bien —dijo Erik, descolocado. No tenía ni idea de dónde salía aquel individuo.

—Me alegro muchísimo. Por favor, si usted o su mujer necesitan

cualquier cosa, lo que sea, no dude en llamarme.

«Tal vez lo haría si supiese quién cojones es usted», pensó Erik, pero en lugar de soltarlo, forzó una sonrisa poco comprometida y siguió su camino.

Justo antes de llegar a Obstetricia se encontró con una enfermera con la que había tenido un enfrentamiento bastante desagradable en el quirófano, y que, de hecho, no le dirigía la palabra.

—¿Cómo está, doctor? He sabido que su mujer se encuentra ya fuera de peligro. Lástima lo de la pérdida de su hijo. —Erik dio un paso atrás al recibir la bofetada de malicia de sus palabras. Una losa desagradable se instaló en su estómago—. Espero que se recupere pronto.

La serpiente se alejó sin molestarse en despedirse. Tardó algunos segundos en asimilar lo que acababa de ocurrir, pero lo dejó aparcado para procesarlo más tarde. En poco tiempo, Andrea Garay se marcharía a su casa y necesitaba hablar con ella.

Inés despertó con la sensación de que llevaba horas durmiendo. Erik la acariciaba con cuidado, susurrando en noruego. Parpadeó, desconcertada, y le costó reconocer a la persona que estaba frente a ella con una bata blanca en vez del uniforme verde.

—¿Andrea? —preguntó, desconcertada.

—Hola, Inés. Me alegro de verte despierta por fin. Nos has dado un buen susto —dijo su tutora. Inés frunció el ceño al reconocer el tono firme, profesional y a la vez amable con el que informaba a sus pacientes—. ¿Cómo estás?

—Mil gracias por venir a verme, Andrea. ¿Qué tal todo en la consulta? ¿Sobrevivís sin mí? —Su intento de bromear fue patético. Hasta ella se dio cuenta.

—No he venido a verte como amiga, para eso mejor nos tomamos un café fuera de aquí —dijo Andrea con una sonrisa apenas esbozada—. Vengo a hablarte como tu médico.

Hizo una pausa para que fuese haciéndose a la idea. Erik la abrazaba

con excesiva fuerza y se removió para hacerle ver que estaba un poco incómoda.

—Vale. —No pudo evitar que le temblase la voz—. Por fin alguien me va a decir lo que ha pasado.

—Inés, sufriste un embarazo ectópico en la trompa derecha. Al estallar la trompa, tuviste un sangrado masivo intrabdominal y entraste en *shock* hemorrágico.

Asintió. Hasta ahí lo había deducido.

—Sigue, por favor —dijo, haciendo un esfuerzo vano en permanecer serena.

—Detener la hemorragia fue muy complicado. Tuvieron que extirpar tu trompa y ovario derechos en el quirófano. —Andrea se sentó junto a ella en la cama y la agarró de la mano, pero no fue capaz de reaccionar—. En un momento, se consideró sacar también el útero, pero no fue necesario.

—Sigue.

—Durante la cirugía, descubrimos que tenías implantes endometriósicos sembrados en todo el peritoneo. ¿Nunca tuviste ningún síntoma?

Inés no contestó. Estaba bloqueada, aún procesando la frase de que la mitad de sus posibilidades reproductivas había desaparecido con un solo golpe de bisturí.

—Inés tiene unas reglas muy dolorosas y abundantes. Usó durante un tiempo anticonceptivos, supongo que por la sospecha de ese diagnóstico, pero nunca se lo confirmaron —dijo Erik en su lugar. Lo escuchaba amortiguado, como si llevara puestos unos auriculares o alguien la ahogara con una almohada de plumas—. También supe hace poco que en la pieza quirúrgica de su apendicitis había mucosa endometrial.

Inés se volvió a mirarlo, extrañado. Erik le devolvió unos ojos azules y preocupados, y asintió.

—Más adelante hablaremos de pronóstico y alternativas. Ahora quiero que te recuperes, te tomes todo el tiempo que necesites para estar de nuevo en plena forma y obedezcas las indicaciones que te daremos para que puedas hacerlo en casa.



No la escuchó. Lo único que quería era que se marchara. ¿Pronóstico? ¿Alternativas? No hacía falta ser médico para saber que sus posibilidades de ser madre eran prácticamente nulas. Una angustia oprimió su pecho y dejó escapar un sollozo.

—Ven aquí —dijo Erik, interrumpiendo las indicaciones de Andrea, que seguía hablando de avanzar con la alimentación, de pasarla a planta y empezar a dar paseos cortos—. Andrea, será mejor que te marches.

Lo amó por ser así. Tan vikingo. Tan políticamente incorrecto. Tan él.

La obstetra interrumpió su perorata, ofendida, y acabó por marcharse. Inés esperó a estar solos para llorar sin reservas en los brazos de Erik.

Al día siguiente estaba planificado trasladar a Inés a planta, pero sufrió un fuerte revés en su recuperación. El dolor se recrudeció y necesitó analgésicos potentes un par de veces, además de su medicación habitual. Tampoco quiso comer. Ni levantarse. Todo lo logrado en aquellos tres días desde que había despertado se estancó o retrocedió.

En un momento en que Inés se durmió tras llorar de manera intermitente durante una hora, mientras la medicación hacía efecto, Erik salió de la UCI con un sentimiento de desesperación que lo sobrepasó.

—¿Te quedas tú, mamá? Necesito salir de aquí. No soporto ver a Inés así. No lo soporto. El dolor es demasiado.

Su madre lo abrazó y fue él quien quiso llorar, gritar, liarse a patadas con el mobiliario. Cualquier cosa que no fuera seguir así.

—Hijo, ¿tan importante era para ti el ser padre? —preguntó Jana, agarrándolo de los hombros.

—¿Para mí? No. Para nada. Es más, me daba pánico la mera idea.

—¿Y entonces? ¿Por qué ese dolor? Inés te necesita entero. Fuerte. Tienes que tirar hacia adelante por ella. Por los dos.

—No es eso, mamá. Es ella. Es importante para mí y me duele, porque es importante y le duele a Inés. ¿No lo entiendes? —Intentó explicarle algo que para él no tenía ningún sentido, pero que simplemente era así—. Es una pérdida terrible para Inés. Y eso lo transforma en una pérdida terrible para mí.

Recibió el consuelo de la presencia serena de su madre en silencio

mientras pensaba en lo que acababa de decir. Era cierto. Experimentaba, por primera vez, el sufrimiento que viene por el dolor que padecía la persona a la que más amaba.

—¿Por qué no vas a comer con Maia? Te vendrá bien salir de aquí. Yo me quedaré con Inés.

Le costó ceder ante la presión de su madre, que le juró y perjuró que lo llamaría cuando Inés despertara.

—Vamos a quedarnos por aquí cerca —insistió, negándose a acompañar a su hermana a un lugar en el centro de la ciudad que quería conocer.

Acabaron en el patio de restaurantes del centro comercial.

—Tú odias estos sitios, deberíamos ir a una terraza —lo acusó Maia, fastidiada.

—Sí, pero aquí hay muchos locales de comida rápida. Quiero volver al hospital cuanto antes.

Su hermana no dijo nada, pero cuando se pidió la hamburguesa más grande que vio en el McDonald's, con triple de carne, queso y beicon, levantó los brazos y negó con la cabeza.

—Yo no pienso comer esta mierda. ¿Hace cuánto tiempo que no te comes una ensalada o una fruta? ¿O que bebes agua en vez de algo con cafeína? —La acompañó a pedir una ensalada a otro local y se sentaron en las frías mesas de plástico distribuidas de modo masivo por el extenso patio de restauración—. Tienes que recuperar la normalidad, Erik. Los dos tenéis que hacerlo.

—Inés está muy lejos de eso. Esta mañana se ha levantado fatal —confesó, preocupado—. No sé cómo ayudarla.

La puso al día de lo que Garay le había informado en la UCI el día anterior. Maia bebió unos tragos de agua y lo miró de reojo por encima de la botella. Tenía toda la pinta de estar barruntando algo. Algo que no se decidía a soltar, por lo que debía de ser todavía más importante.

—Venga. Suéltalo. Conozco esa mirada.

—Erik, Inés se ha estancado porque está destrozada por la noticia de que, con toda probabilidad, nunca va a ser madre.

—Eso lo sé, ¡no soy idiota!

—Es bastante gordo para una mujer. Y por lo que ha sufrido Inés, primero con el aborto y ahora con esto, ¿tú qué crees que sería lo mejor para ella?

La miró, totalmente perdido. No tenía ni idea de a qué podía referirse.

—Dame una pista.

—A veces los hombres sois idiotas —gruñó, con una expresión de desprecio que lo hizo protestar—. En serio, Erik. ¿No crees que Inés necesita estabilidad, normalidad, y, por encima de todo, salir del puto hospital?

—Estabilidad. Ja. Ya te he contado que presenté mi renuncia a la jefatura, ¿no? —dijo en tono despectivo.

—Justo. Eso es. Y también me contaste que tu jefe te dijo que no la habían aceptado y que el hospital se venía abajo sin ti, ¿a que sí? —Maia alzó las cejas, con gesto de obviedad. Comenzaba a hacerse una idea de a dónde quería llegar—. ¿Qué has hecho al respecto? Nada.

—No he tenido tiempo. He estado todo el rato junto a Inés.

—Y es donde tenías que estar, cuando estaba grave. Ahora tienes que empezar a tomar las riendas de vuestras vidas. La tuya y la de Inés —explicó, señalándolo con el dedo—. Ella no está para nada más que para recuperarse, física y emocionalmente. De todo lo demás tienes que ocuparte tú.

No replicó. Maia tenía razón, como siempre. Dejó la mitad de la hamburguesa grasienta y picoteó fruta de su bol de plástico.

—Tienes razón —dijo después de un rato.

—Claro que tengo razón, ¿qué harías sin mí?

El móvil sonó y su madre le avisó de que Inés había despertado y que quería verlo.

—Ven a la habitación 602. He hablado con ella y nos llevan a la planta.

Erik sonrió. Abrazó a Maia y se dirigió de vuelta al San Lucas con una sensación de aire fresco entrando en su vida. Las cosas comenzaban a

mejorar.

## *Jeg elsker deg*

Por la tarde, nada más llegar a la planta de hospitalización de la Clínica, Inés se animó a una ducha y a dar un paseo con Jana por el pasillo. La conversación con ella en la UCI, cuando solo estaba ocupada en regodearse por su pérdida, había sido muy esclarecedora. Le dolió que, por otro lado, no hubiese sido su madre quien le abriese los ojos.

—Erik ha estado a tu lado cada segundo y comienza a perder la fe. ¿No puedes darle al menos un indicio de que las cosas van a mejorar? —había dicho Jana, sin demasiados rodeos, al ver que ella estaba despierta e incorporada en la cama.

Al principio lo había encontrado muy injusto. Era ella a la que habían amputado. Era ella la que no sería madre. Ella. Ella. Ella. Ya estaba cansada.

—Erik ha pasado los peores días de su vida pensando en que iba a perderte. Estaba ilusionado con el bebé y le duele que lo hayáis perdido —prosiguió Jana, aferrándola de las manos para reclamar toda su atención—. Pero no es nada comparado con el dolor de la mera idea de considerar perderte a ti. Has estado muy grave, Inés. Al borde de la muerte.

Tragó saliva. Ella no tenía esa percepción. Cuando el ucista le contó que había estado cuatro días intubada, no podía creerlo. Le dolía más la cicatriz en el alma que la que atravesaba su cuerpo.

—¿Qué te parece si le decimos al médico que te mande a planta como tenía pensado y le damos una sorpresa a Erik? —dijo con una sonrisa reafirmadora.

Inés lo consideró con detenimiento. Ya bebía líquidos sin problema, salvo la recaída de la tarde anterior y el malestar de la mañana se sentía bien, y los analgésicos habituales eran suficientes para contener el dolor, que en realidad era ya molestia.

—Sí. Tienes razón. ¿Puedes llamar tú al médico?

Encargó a Loreto unas cajas de bombones y una cafetera nueva para el *staff* de la UCI. Había escuchado los lamentos por la caída de la cafetera al suelo y no se le ocurrió nada mejor que regalarles. Abrazó a todas y cada una de las enfermeras y auxiliares que habían cuidado de ella. A los médicos. A todos.

El traslado a la planta fue rápido. Casi un trámite. La llevaron al área de clínica y suspiró de alivio al ver que no compartiría habitación. Era un buen cambio. Empezó por recuperar poco a poco la humanidad con una buena ducha y después se enfrentó a la idea de ese paseo.

Se notó frágil. Sin fuerzas. Le costaba sostenerse en aquellos palitos sin forma en los que se habían convertido sus piernas, pero ver a Erik al final del pasillo le insufló tal felicidad que creyó ser capaz de salir corriendo hasta él.

Se conformó con esperarlo de pie, con una enorme sonrisa, sujetándose al brazo de Jana. Él no dijo nada cuando llegó hasta ella, pero sus ojos azules brillaban con un fulgor especial. Se abrazaron. Inés alzó el rostro hacia él y entreabrió los labios. No hizo falta más que esa pequeña ofrenda para que Erik se dejara caer en su boca con un beso de los que hacen historia.

Aquella noche, Inés peleó con él para que se marchara a casa a dormir. Fue su madre, Victoria, quien se quedó con ella y hablaron largo y tendido de todo lo ocurrido. Derramó alguna que otra lagrimita con la confianza de saberse comprendida. Vieron una película tonta en la televisión, y, aunque las enfermeras entraban a hacer controles de temperatura, tomarle la tensión o darle alguna medicación cada pocas horas, durmió infinitamente mejor que en la UCI. Todo parecía encaminarse por fin.

Erik despertó con la sensación de que era un hombre nuevo. No solo porque había dormido ocho horas en su cama, se había afeitado y ahora saboreaba un café de grano con uno de los rollos de canela que su madre había horneado para cumplir su petición especial. Porque Inés estaba en planta, había recuperado parte de su espíritu y las nubes comenzaban a disiparse.

—¿No desayunas con nosotras? —dijo Maia, asomando el rostro soñoliento por la puerta entreabierta de la habitación de abajo, que ahora compartía con su madre.

Erik apuró el café, se metió el resto de bollo en la boca a la fuerza y le dio un beso impregnado en canela a su hermana.

—No. Tengo una reunión con Guarida y Becker. Y tengo que irme ya.

Su jefe no había puesto problemas pese a enviarle el *whatsapp* casi a las once de la noche. Las cosas debían de estar de color hormiga, porque antes de las doce tenía en su teléfono la cita concertada en Dirección.

Respiró un par de veces frente a la puerta. Tenía claro lo que quería y no iba a ceder ni un milímetro, pero tampoco caería en aprovecharse de la situación. Dejaría de lado la arrogancia y el cinismo y se limitaría a escuchar lo que el gerente y Guarida tuviesen que decirle.

—Dr. Thoresen, bienvenido de vuelta. He sabido que su mujer está ya en planta y fuera de peligro. Tómese el tiempo que necesite para acompañarla en su recuperación —dijo Becker con tono neutro, ni obsequioso, ni acusador. Había que reconocer que el tiburón tenía clase—. ¿Entiendo que Guarida le ha adelantado algunas novedades?

—El Dr. Guarida me ha comentado el tema, pero preferiría que me lo recordasen, por si se me ha escapado algo —dijo, dándoles la oportunidad de rectificar el asunto de la enfermera—. Confieso que cuando me lo contó, no estaba en condiciones de atenderlo demasiado.

Hernán, como siempre, se mantenía en un segundo plano y solo asentía. Erik había descubierto una nueva faceta de su jefe. Y era una que no admiraba en absoluto.

Becker le tendió un nuevo contrato, con fecha retrospectiva a uno de enero, al que había grapado un anexo con el punteado de unas condiciones.

—Como verá en el anexo, el Servicio de Cardiocirugía se beneficiará de contar con usted de nuevo en la jefatura y otro cirujano de incorporación inmediata, que será el Dr. Daniel Suárez. —Erik pasó las hojas de su contrato, que ya sabía de qué se trataba, hasta llegar a las del anexo—. La enfermera Bettina Maier se verá relevada de su trabajo a turnos para comenzar este mismo mes de febrero en curso como supervisora de enfermería de la Unidad del Corazón. Se adjuntan tres presupuestos de lámparas quirúrgicas que usted y Guarida deben estudiar para encargarlas a lo largo de la semana.

Erik alzó las cejas, aprobador. Asintió de manera contenida, sin

querer expresar que por dentro emitía un rugido triunfante de guerrero vikingo. Le había ganado la mano a Becker. Y, lo que era aún más importante, le había demostrado a Guarida que no hacía falta ser un lameculos para conseguir lo que necesitaban.

Se habían incluido varios ítems más de menor importancia, y le sorprendió saber que el residente que él había propuesto, el de mejor currículum, Mario Gómez era su nombre, era el escogido para incorporarse a la residencia de Cardiocirugía.

—El doctor Alfaro también está informado del contenido del anexo y, en cuanto usted y el doctor Suárez firmen, se reincorporará también a su trabajo habitual. —Becker comenzaba a mostrar síntomas de impaciencia al ver que él se lo tomaba con calma, estudiando cada punto—. ¿Hay algo que quiera añadir?

—No. Es un buen punto de partida. Reevaluaremos la situación más adelante.

Becker seguía nervioso y le devolvió los papeles, ya firmados.

—¿No va a leer su contrato?

Erik hizo un gesto con la mano quitándole importancia.

—Sé que estará todo bien. Lo leí detenidamente la primera vez.

—Tal vez quiera leerlo de nuevo —insistió el gerente.

Erik recuperó los papeles de encima de la mesa y frunció el ceño. La primera parte, la de las filiaciones y obligaciones parecían ser las mismas. Leyó las retribuciones y carraspeó. Su complemento de jefatura había aumentado. De manera notable.

—Sí, veo aquí un cambio —murmuró, sorprendido. El complemento le devolvía lo perdido al dejar las guardias en la UCI cardiovascular. Unas cuatro guardias presenciales al mes.

—También hay condiciones en caso de que vuelva a presentar su renuncia. Tendrá que dar un preaviso de tres meses de anterioridad y, por necesidades del servicio, permanecerá en su puesto de trabajo hasta que encuentren un suplente a su altura. —Erik no pudo evitar reírse entre dientes, Becker era muy inteligente. Sería difícil pillarlo en pelotas de nuevo—. También aumentan sus responsabilidades a nivel docente, ya que tendrá que asumir las clases de Cirugía Cardíaca, dado que el doctor Guarida no quiere



hacerse cargo. El aumento en su sueldo corresponde a esa nueva responsabilidad.

—Tú tienes un doctorado y eres mucho mejor docente que yo —intervino Guarida.

Erik lo miró con ganas de decirle que le encajase el marrón a otro. No tenía mucho ánimo para dar clase a estudiantes e internos, pero no le quedaba más remedio. Tendría que volver a la Universidad.

—Estoy dispuesto a asumirlo si no supone una reducción significativa en el quirófano.

—Magnífico —dijo Becker, que se inclinó para recuperar el contrato. Erik quiso bromear diciendo que no tenía intenciones de arrepentirse, al ver la celeridad con que se abalanzaba a por las hojas—. ¿Cuántos días más cree que necesitará para acompañar a la doctora Morán en su recuperación?

Erik frunció el ceño.

—No lo sé con seguridad. Le queda una semana en planta, más o menos. Podría incorporarme mañana mismo si puedo disponer de una semana cuando le den alta y se vaya a casa —improvisó, para asegurarse de estar con ella y ayudarla a adaptarse—. Ahora es más fácil.

—Cuenta con ello. ¿Lo esperamos mañana, entonces, en el quirófano? —Estiró la mano hacia él con una mirada significativa que parecía ofrecer una tregua.

—Sí.

Se estrecharon la mano con fuerza y sonrieron. El suspiro de alivio de Guarida fue perfectamente audible para todos.

Cuando ya se marchaban, su jefe salió antes que él. Becker lo retuvo del brazo y lo hizo entrar de nuevo.

—Quería decirle algo a solas. Espero que no le importe.

Erik negó con la cabeza, sorprendido por la maniobra.

—Tengo un enorme respeto por el Dr. Guarida, pero él mismo me ha dado a entender que, desde su llegada hace ya casi tres años, es usted quien lleva las riendas del servicio —dijo Becker, apresurado. Los dos sabían que Guarida esperaba al otro lado de la puerta—. Si juega bien sus cartas, será el próximo jefe de todo el servicio de Cardiocirugía.

Erik se echó a reír.

—Gracias por el voto de confianza, pero esto es lo que puedo abarcar a día de hoy. Y siento decirle que no me amoldaré a algo que no crea o sienta como correcto —dijo, dándose el lujo de ser sincero y dejarle las cosas claras a Becker—. Por mucha jefatura que se me ofrezca.

—No esperaba menos de usted.

Guarida lo miró con curiosidad cuando salió por la puerta. Echó a andar hacia la salida, pero su jefe lo abordó en el pasillo.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada importante. Un intento de advertencia para que lo que hice no vuelva a ocurrir.

—¿Y va a ser efectiva?

—No.

Los días en planta pasaron mucho más rápido. La primera en marcharse a Noruega fue Maia. Corbyn lanzó una verdadera llamada de socorro a través de Erik.

—Dice que si no vuelves, los niños terminarán por cocinarlo y comérselo a él —dijo, transmitiendo las palabras solo a medias en broma de su cuñado, por completo sobrepasado.

—Te envía a ti a decírmelo porque sabe que yo no le haré caso —dijo Maia, algo enfadada.

La llevó al aeropuerto cuando Inés ya llevaba tres días en planta y comenzaba a insistir para que le dieran el alta.

—Cuidaos mucho el uno al otro —había dicho Maia al despedirse—. Esa es la magia de la pareja. Cuando no quede nadie, os tendréis el uno al otro.

Inés seguía muy sensible y había llorado a mares, y rabiaba por no poder acompañarla. Después se marchó Gerardo, el padre de Inés. Erik y él se habían acercado bastante y se abrazaron con afecto cuando se despidió al día siguiente en el hospital.

—No llores, chiquitita. O vas a hacerle creer a tu viejo oso que lo quieres.

Y, claro, Inés había llorado aún más.

A lo largo de la semana fueron despidiéndose también Victoria y Jana, que quiso quedarse hasta que le dieran el alta a Inés. Pero ahora quien la reclamaba desde Noruega era Maia, porque Corbyn y ella debían retomar el trabajo y la necesitaban en calidad de abuela.

—Dime que vendrás a Noruega a pasar el verano. Estaré pendiente de las obras de tu casita, para que esté todo listo cuando vengáis —rogó Jana cuando ya estaban frente a la entrada de Policía Internacional para el control de pasaportes.

—Mamá, no puedo prometerte nada, no sé cuándo tengo que dar clase y depende también de Inés —dijo Erik, abrazándola por enésima vez aquella tarde—. Pero haré todo lo posible. Mamá...

—Dime, hijo.

—Gracias. Por venir. Por apoyarme. Por estar ahí para Inés. Por lidiar con Loreto y Victoria. Por todo —dijo con sinceridad—. No sé qué habría hecho sin ti estas dos semanas de mierda.

—Soy tu madre. Te quiero. Y quiero mucho a Inés. Dale seguridad. Dale estabilidad. Dale normalidad. —Erik asintió, era lo mismo que había dicho Maia—. Es lo que necesita ahora.

En vez de volver al hospital, enfiló el coche hacia la zona alta de la ciudad. Debía hacer algo a lo que llevaba dándole vueltas algún tiempo.

—¿Todo ha ido bien tu madre en el aeropuerto? Has tardado mucho en volver —dijo Inés, acurrucándose en su hombro. Erik se quitó los zapatos y se tendió junto a ella en la cama—. Voy a echarlas mucho de menos. A todas. Hasta Loreto ha estado ausente estos últimos días.

—Todos tenemos que volver a la normalidad. Tú tendrás que hacerlo poco a poco, pero tengo ganas de pasar página y enfrentar la nueva etapa —dijo Erik. Estaba nervioso. No sabía cómo exponer lo que quería decir—. ¿Tú no?

—No sé muy bien a qué te refieres, pero si la nueva etapa significa salir por fin del hospital, yo también tengo ganas —dijo Inés, pero su expresión se había tornado mustia y sus ojos habían perdido el brillo—. Si la nueva etapa significa enfrentar el hecho de que no voy a tener hijos, ahí ya no tengo tantas ganas.

Erik se insultó mentalmente por su torpeza. Mejor no dar más vueltas.

—Inés, hay algo que quiero pedirte.

—Dime.

Se volvió hacia él, expectante, y con un atisbo de sonrisa. Dios. Aún con aquel camisón blanco con pequeños logos azul marino del San Lucas y el pelo recogido, estaba preciosa.

—¿Quieres ser mi mujer?

—Ya soy tu mujer. Tú mismo lo dices todo el rato, aunque yo no me acostumbro —replicó ella con una risita.

No había sido precisamente muy romántica. Aunque él tampoco había estado demasiado brillante. Probó otro abordaje.

—Quiero ofrecerte estabilidad. Oficializar lo nuestro de algún modo para darte seguridad.

—La única seguridad que necesito es la que me da tu pecho cuando me abrazas —dijo ella, ya medio dormida. No le estaba haciendo ningún caso.

Acabó por levantarse de la cama.

—Joder, Inés. —Hincó una rodilla en el suelo y abrió la cajita de terciopelo rojo—. ¿Quieres casarte conmigo?

Ahora sí que logró captar su atención. Se incorporó bruscamente y sufrió un mareo que la obligó a sentarse de nuevo. Erik se levantó para ayudarla a recostarse en la cama e Inés se aferró a él con lágrimas en los ojos y una sonrisa desconcertada en su rostro.

—Pero ¿estás loco? ¿Qué te ha dado para hacer esto ahora?

—Llevo dándole vueltas hace un tiempo. Hacer algo sencillo, informal. Pero, sobre todo, dejarte claro a ti que, pase lo que pase —atrapó su rostro entre las manos y la obligó a mirarlo a los ojos—, te quiero y quiero estar contigo.

—Para eso no necesitas casarte. Sabes de sobra que yo también te quiero y quiero estar contigo. Además, ¿estás seguro de querer unir tu vida a alguien que no te puede dar hijos? —El tono feliz del momento se vistió de tristeza. Inés volvía a quebrarse en llanto—. No quiero que nos casemos por las razones equivocadas.

Erik apretó los labios con fuerza. Aquello no estaba saliendo como había planeado y, desde luego, jamás había esperado una negativa.

—Dime que al menos lo vas a pensar.

Inés asintió. Soltó una risita nerviosa y lo abrazó con fuerza. Cubrió de besos su rostro y se limpió las lágrimas.

—Claro que sí.

—Entonces —dijo él sacando el anillo—, quiero que lleves esto puesto como recordatorio de que me debes una respuesta.

Inés estiró los dedos con impaciencia y se mordió el labio, pero Erik lo escondió en su puño con una mirada pícaro.

—¿No quieres saber lo que dice el grabado?

—¿Qué dice?

—*Jeg elsker deg – Inés&Erik* —leyó en el interior del aro. La cogió de la mano izquierda y deslizó el anillo de platino con cinco brillantes engarzados.

—Lo que tengo que hacer para que me digas «te quiero» en noruego —bromeó Inés.

Los dos se echaron a reír. Y Erik lo supo. Tarde o temprano, todo iría bien.

## *Cosas sencillas*

Erik estaba preocupado.

Despertó de madrugada al sentir un vacío a su lado en la cama. Inés había vuelto a desvelarse. Noche tras noche, durante las últimas dos semanas, se debatía entre la rabia y la frustración de no poder hacer nada para aliviar su dolor.

—*Liten jente, ¿qué hago?* —preguntó una vez en la que había acabado llorando en silencio, hecha un ovillo, entre sus brazos.

—No pasa nada. No tienes que hacer nada, solo necesito tiempo para hacerme a la idea de todo esto. Abrázame, por favor.

Y la abrazaba. Con dulzura, con fiereza, con desesperación.

A veces se levantaba durante la noche y bajaba al salón para ver la televisión y pasar las horas en blanco. Por no hablar del dolor físico. Asistió, impotente a cómo las primeras noches sudaba frío, sin querer abusar de los analgésicos. Tenía el estómago destrozado con tanta medicación y quería recuperar un poco la sensación de normalidad. Pero estaba muy lejos de lograrlo. Los dos lo estaban.

Al notar que estaba solo en la cama, se quedó con la mirada fija en el techo y la impotencia apoderándose de él.

Inés no podía seguir así.

Echó un vistazo a su móvil, cargando sobre la silla. Eran las cuatro y diez. Apartó la ropa de cama con determinación y bajó al salón.

—¿Inés? —preguntó en voz baja en la penumbra que generaba la luz mortecina de la televisión.

—Estoy aquí, no puedo dormir —dijo ella en un susurro apenas audible.

Levantó la mantita y Erik se acomodó a su lado en el sofá. Ella se

refugió bajo el hueco de su hombro y se recostó en su pecho. Ambos fijaron la mirada en la pantalla que emitía los anuncios de la Teletienda a bajo volumen.

—Inés, no puedes seguir así. ¿A qué hora te has levantado hoy?

Ya lo sabía. Había tomado por costumbre llamarla a mitad de la mañana para saber si estaba todo bien, pero Inés tenía casi siempre el teléfono apagado. Llamó entonces a Berta, la mujer que lo ayudaba con las cosas de la casa.

«Está durmiendo, doctor. No he querido limpiar el piso de arriba para no despertarla».

Y eso había sido a la una de la tarde.

—¿Por qué no dejas el móvil operativo? Sabes que me preocupo por ti —preguntó con precaución. No quería presionarla, pero le daba pánico que cayese en una depresión.

—Estoy harta de las llamadas de conmiseración de gente que hacía años que ni me hablaba —dijo Inés con amargura—. Harta de escuchar los tonos de pena y los ánimos contándome la vida y milagros de amigas, vecinas y primas que han pasado por lo mismo y que ahora tienen mil hijos. Quiero que me dejen en paz.

Erik cerró la boca. No podía replicarle a eso. Inés tenía razón. Ahora se daba cuenta de la importancia de aquella última frase desfalleciente: «¡Al San Lucas no!». Él también había tenido que soportar las condolencias de la pérdida de su hijo no nacido y las miradas de falsa piedad de algunos de sus colegas en el hospital. No podía ser injusto, la mayoría portaban deseos sinceros de que Inés se recuperase, pero también advertía cierto morbo y malicia en algunas personas que se le acercaban sin haber cruzado con él ni un saludo con anterioridad. Lo odiaba.

Recuperar la jefatura y volver al quirófano cardiaco con trabajo hasta las cejas lo había ayudado a sobrellevarlo todo. Ser jefe parecía haber aumentado su aura de arrogancia y autoridad frente a los otros médicos, y se aprovechaba de ello para marcar aún más las distancias.

Inés bostezó y lo sacó de sus cavilaciones.

—¿A qué hora? —insistió. Quería saberlo de su boca.

Ella soltó un suspiro cansado. Se estrechó contra él y se arrebujó bajo

la manta, pese a que la noche era calurosa.

—Sobre las dos de la tarde —respondió con aire culpable—. Tengo el sueño cambiado.

—Tienes que levantarte un poco más temprano para arreglar eso —dijo él sin poder evitar el tono de reproche.

—En la UCI no sabes cuándo es de día y cuándo de noche, mantienen las luces a toda potencia de manera casi continuada —susurró, apresurada, como excusa—. Y en planta, las enfermeras entraban cada dos o tres horas a hacer algo. ¡Es inhumano! —Su tono de voz se alzó en indignación y Erik sonrió al percibir por un instante a la Inés belicosa y reivindicativa de siempre—. Por eso no puedo dormir.

Volvió a quedarse en silencio. Había pasado dos semanas hospitalizada. Y las dos semanas en casa tampoco habían sido un cambio sustancial en muchos sentidos. En sus hombros huesudos, en las muñecas frágiles y en las pequeñas cicatrices en el cuello se notaban aún las secuelas del encarnizamiento terapéutico que había precisado para salir adelante. El miedo lo inundó de súbito. Miedo a perderla. La abrazó con fuerza y la besó repetidas veces en la frente y en el pelo. Inés cerró los ojos y sonrió. Aquello le bastó para recuperar la cordura.

—Gracias por respetar mis tiempos —murmuró ella, ya media dormida entre sus brazos.

Con delicadeza, la levantó del sofá y la llevó hasta la cama. Él tardó una eternidad en quedarse dormido.

A las seis de la mañana, cuando la alarma del móvil de Erik sonó y él se levantó sin hacer ruido para no despertarla, Inés luchó contra el sopor y la falta de sueño para levantarse también. Lo siguió hasta el cuarto de baño. Tampoco se había molestado en ducharse todos los días y arrugó la nariz al ver el estado grasiento de su pelo en el espejo.

Erik la rodeó con sus brazos por detrás y sus miradas se engarzaron a través del espejo.

—*God morgen, kjaereste* —dijo su vikingo con aquella sonrisa que debería hacer temblar sus piernas.



El problema era que nada temblaba del ombligo para abajo. Tenía un cuadrado vacío que abarcaba desde la cintura hasta medio muslo. No porque algo funcionara mal, no era eso. Era que ni siquiera tenía ganas de masturbarse. Y cuando él la abrazaba y la estrechaba contra su cuerpo solo afloraba la necesidad de sentirse querida, cuidada, protegida. Era su refugio. Pero su libido se había quedado en el quirófano junto con tres litros de su sangre, su trompa y ovario derechos y su segundo proyecto de bebé fracasado.

—Estoy horrible —musitó casi sin separar los labios.

—No es cierto.

—Sí lo es.

En un arranque de valor, se deshizo de los brazos de Erik y desabrochó la chaquetilla del pijama. Dejó caer los pantalones, que le quedaban sueltos, hasta los pies.

—Abre los ojos, *liten jente*. Verás que no es para tanto.

Inés obedeció, sorprendida. Ni se había dado cuenta de que los tenía cerrados.

No había visto su cuerpo desde antes de la operación.

Se enfrentó al reflejo con Erik detrás, ya dentro de la ducha, observándola en silencio con ojos preocupados. Estaba pálida. Macilenta. Unas ojeras translucidas socavaban su rostro y circundaban unos ojos apagados, sin brillo.

Recorrió con curiosidad los resaltes de las costillas y las prominencias óseas de sus hombros y caderas durante varios minutos. Estaba muy delgada, parecía tener pellejo en vez de piel.

—Has perdido mucha masa muscular. Es normal al pasar hospitalizada tanto tiempo —dijo él con tono clínico—. En cuanto empieces a moverte un poco, mejorará.

Salía ya de la ducha e Inés lo estudió mientras se secaba con movimientos enérgicos. Estaba rebosante de salud. Sus músculos podrían ilustrar un tratado de anatomía. El contraste con su propio cuerpo enfermo aún y la piel dorada y tersa la hicieron fruncir el ceño.

—Estoy horrible. Y tú estás genial. Todavía te dura el bronceado.

—De correr sin camiseta —dijo él, señalando la línea en su abdomen y sus muslos—. El sol está pegando fuerte este año.

—¿Sí? ¿Qué día es hoy? —preguntó con extrañeza. De pronto cobró conciencia de que aún estaban en pleno verano.

—Hoy es jueves, veintiuno de febrero.

—La semana que viene es mi cumpleaños —dijo Inés, incrédula. Había pasado un mes completo de su vida sin enterarse.

—Lo tengo muy presente. ¿Quieres ver tu cicatriz? Toca cambiarte el parche estético. Vamos.

Se arrodilló frente a ella e Inés se llevó las manos en un gesto brusco a la tira de color carne que se ocupaba de mejorar el aspecto de la sutura. Aún no estaba preparada para eso.

—No.

Erik frenó en seco al ver que retrocedía. No quería hacerle daño, pero aún no podía enfrentar aquello. No era capaz de asumir otra tara más en su cuerpo. Negó con la cabeza y sus ojos se cubrieron de lágrimas.

—Inés, tienes la cicatriz muy bien. Hicieron un buen trabajo y este parche hace milagros en la cicatriz del tórax de los niños. —La sostuvo por las caderas y acarició la piel de su abdomen con la yema del pulgar—. Estoy seguro de que en tu mente es mucho peor que en la realidad.

Se secó las lágrimas y flexionó la rodilla repetidas veces. Se mordisqueó una uña y lo miró a los ojos, ¿decía la verdad?

Erik la abrazó por la cintura, aún de rodillas en las baldosas del suelo.

—Levántate de ahí. Te vas a hacer daño —dijo, haciendo un gesto de impaciencia.

El soltó una risotada por respuesta y su mirada se endureció.

—Ahora, Inés.

Asintió, reacia. Mejor hacerlo con él, porque sabía que no se atrevería a hacerlo sola. Erik hundió el rostro en su abdomen e Inés acarició su cabeza, ordenando las guedejas de su pelo mojado hasta que se apartó.

Con la uña, Erik despegó el extremo izquierdo del parche. Tiró de él con cuidado, sujetando la piel que quedaba descubierta con los dedos de la

otra mano. Un hormigueo desagradable recorrió la longitud de la cicatriz y cerró los ojos, pero no había dolor. Estaba tardando una eternidad en quitarle el maldito parche. Reprimió las ganas de decirle que se diera prisa, que lo sacase de un tirón para enfrentar la realidad.

—Mira. Nada que ver con el aspecto de la herida con las grapas, ¿verdad?

Sonaba entusiasmado, así que se atrevió a mirar hacia abajo.

Soltó un gemido.

La pequeña sutura de unos cuatro centímetros de la apendicitis aparecía con un nuevo relieve y se continuaba con una raya horizontal que atravesaba en dos mitades perfectas el abdomen comprendido entre su pubis y el ombligo. Como una sonrisa ladeada y cruel.

Pero Erik tenía razón. La ancha franja roja, inflamada y tumefacta había desaparecido para dejar paso a una línea blanca mucho más estrecha. Y las marcas perpendiculares de las veintidós grapas eran casi imperceptibles.

—Mi cuerpo se burla de mí —dijo con la primera sonrisa divertida que emitía desde hacía semanas. Estúpidamente, pensó en que jamás volvería a ponerse un bikini.

Erik deslizó el índice por el relieve de la cicatriz con suavidad.

—Tu cuerpo te dice que eres mucho, mucho más fuerte de lo que crees. Superarás esto. Lo haremos juntos. Y empezaremos hoy.

Compartieron un café en la cocina y charlaron un rato hasta que Erik tuvo que marcharse a trabajar. Inés sopesó si volver a la cama, pero decidió quedarse en el piso de abajo. Si se acostaba, sabía que no reuniría la fuerza de voluntad suficiente para levantarse de nuevo antes de las dos o tres de la tarde.

Quería volver a la normalidad, pero no se sentía capaz de hacerlo sola. Los primeros días después del alta habían sido un infierno y en su recuerdo se solapaban unos con otros sin distinguir nada más que dolor, una pena inmensa y la presencia a su lado de los suyos apuntalando el momento más duro de su vida. Sonrió, enternecida. Erik no se había movido de su lado ni un momento y fue maravilloso tener a sus padres y a Loreto insuflándoles fuerzas, ánimos y amor a ambos.

Pero esta parte del duelo le correspondía a ella. Se sirvió otro café y

llamó a Loreto. Al ver que no respondía le envió un *whatsapp*.

«Necesito una sesión de belleza urgente. Parezco un espectro. ¿Me acompañas?».

Nacha ya había vuelto de la luna de miel, pero se hacía demasiado doloroso verla acariciarse continuamente el abdomen y sonreír a cada instante, llena de felicidad. Era una amiga de mierda, pero ahora mismo no podía enfrentarlo. Lo mismo le ocurría con Alma, que además exhibía con orgullo su ya abultada barriguita. Parecía que todo el mundo tenía hijos a su alrededor.

Ella no.

Ella no podría tenerlos.

No vería a su bebé crecer en el interior de su cuerpo.

Jamás experimentaría el milagro maravilloso de dar a luz.

Tampoco podría acunarlo en sus brazos ni darle el pecho.

—¡Basta, Inés! Tú no eres así.

Decirlo en voz alta, arengándose a sí misma, la hizo reír. Comenzaba a manifestar síntomas de estar volviéndose majara. No había salido de casa desde que le habían dado el alta. Se miró las uñas, largas y descuidadas. Su pelo era una maraña apilada en un moño informe en su nuca. Se quitó la goma que lo sujetaba y lo olisqueó. Qué asco. ¿Ese olor venía de su pelo? Agarró el cuello de la chaquetilla del pijama y comprobó que el aroma de su cuerpo, sin ser ofensivo, comenzaba a estar también un poco rancio.

«Empieza por cosas sencillas», le había dicho la psicóloga en el hospital.

Una ducha le pareció algo accesible y subió de nuevo a la habitación. La luz de la mañana entraba a raudales por el amplio ventanal y sonrió. Erik hacía un esfuerzo para tirar de ella y sacarla del agujero. Nunca podría agradecerle lo suficiente el trabajo titánico que estaba haciendo. Pero, hasta ahora, no había tenido fuerzas para volver a la realidad.

Hasta ahora, prefería dormir o pasar las horas en blanco frente a la televisión. Porque cuando estaba despierta, los recuerdos de lo ocurrido la acosaban recordándole su fracaso. La traición de su cuerpo. ¡Ahora que Erik se había abierto por fin a la posibilidad de tener hijos! Sollozó, pero se secó

las lágrimas con entereza. Mejor no seguir por ahí.

Puso música en el pequeño altavoz que la acompañaba a todas partes, *My Shadow* de Keane, y cerró los ojos para absorber los acordes dulces de la canción. Recibir el chorro de agua caliente sobre el cuerpo despertó una sensación de bienestar tal que se insultó a sí misma por haber prescindido de ella en algún momento. Esta vez, lo paladeó con calma. Dejó que la lluvia se llevara la mugre y el tacto pegajoso de su piel. Se enjabonó y lavó el pelo con calma, con mimo, sacándolo del estado de negligencia en que lo tenía sumido. Se desenredó la melena con los dedos con suavizante para deshacerse de toda aquella maraña y salió de la ducha sintiéndose otra persona.

Era otra persona.

Contempló su rostro de nuevo en el espejo y tomó una decisión. Abrió los pequeños cajones del mueble del lavabo y rebuscó en su contenido hasta encontrar lo que buscaba. Unas tijeras. Cogió mechones que aún goteaban en un puño, y lo apoyó en su cuello. Y cortó. Cortó. Cortó. Se deshizo de todo aquel pelo sin vida como si fuese un lastre que la atase a su antiguo yo. Cuando terminó, sacudió la cabeza y la melena mojada se abrió. No tenía mal aspecto.

Y por fin sonrió.

## *La nueva Inés*

«No te asustes, pero he decidido hacer un pequeño cambio ?? ».

Erik miró el *whatsapp* en su móvil y frunció el ceño. Prefería no aventurar qué habría hecho Inés. Por él, como si decidía hacerse de los Krishna si eso significaba que volvía a mejorar.

Llamaron a la puerta y guardó el móvil en el bolsillo. Iba a conocer por fin al nuevo residente de Cardiocirugía. Guarida no había querido adelantarle nada, salvo que era un hombre peculiar.

Erik no quiso darle pie a que siguiera por ese camino. En el San Lucas tenían cierto tufillo elitista para algunas cosas, entre ellas, por el aspecto físico de su personal. Si era así, él no quería caer en lo mismo, así que basó su decisión total y exclusivamente en el peso curricular.

—Pasa, Mario. —Ya habían hablado por teléfono en un par de ocasiones y le había parecido un hombre sensato y amable.

Tuvo que reprimir una exclamación de sorpresa cuando entró. Por un momento, le dio la sensación de que le estaba tomando el pelo, porque no debía levantar más de un metro y medio del suelo. Además, parecía medir lo mismo a lo ancho que a lo largo.

—Hola, Erik. Por fin nos conocemos en persona.

Erik se levantó para darle la bienvenida y Mario alzó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Joder, esto va a ser peor de lo que me imaginaba —dijo el recién llegado con tono jocoso.

—Perdona, ¿cómo dices?

—Ya me habían dicho que eras un dios vikingo, así que, ¡ve preparándote! —dijo con seguridad, mientras se sentaba en la butaca con movimientos desenvueltos. Dio un salto para acomodarse, era como un niño

gordito y dicharachero—. Intuyo en nuestro futuro muchos motes del estilo Laurel y Hardy, el Dúo Sacapuntas, el Gordo y el Flaco... —suspiró, resignado—. ¿Cuándo empiezo a meter mano en el quirófano?

Erik se echó a reír, sorprendido. No veía nada del servilismo infantil que a veces tenían los residentes que empezaban, ni miedo por su fama de ogro, ni falsa timidez.

—Mañana mismo. Yo seré tu tutor, pero a veces tendrás que trabajar con Daniel Suárez o con Guarida, o incluso con el resto de cardiocirujanos. —De manera automática, adoptó el tono seco y autoritario que solía utilizar en el trabajo—. Exijo puntualidad, conocer la teoría antes de querer enfrentar la práctica y, por encima de todo, espero compromiso.

—No entiendo otra manera de trabajar —dijo Mario con una sonrisa franca, sin dejarse intimidar.

—Perfecto. —No sabía por qué, pero tras el impacto inicial por su aspecto, tenía la sensación de que era más de lo que aparentaba—. Cuéntame un poco tu trayectoria. ¿Cómo es eso de que primero hiciste Cirugía General?

—Volver al estatus de residente después de ser adjunto es una lata, lo reconozco —dijo Mario, y se encogió de hombros como para quitarle importancia—. Pero siempre quise ser cardiocirujano. No entré en la residencia cuando acabé la carrera, y antes de quedarme sin hacer nada, me fui de general de zona. Junté el puntaje suficiente para acceder a Cardiocirugía, pero, de nuevo, no me gané la plaza. —No explicó los motivos. Erik tampoco preguntó. Intuía que acabaría por decírselo—. Mi mujer estaba cansada de vivir perdida en la Patagonia y los niños ya estaban más grandes, así que escogí la especialidad de Cirugía General. Devolví la beca como Cirujano General en la Antártida durante dos años para tener más puntaje y, con más opciones, postulé de nuevo.

—Un hombre persistente —dijo Erik, sin poder evitar la admiración. Estaba más impresionado de lo que esperaba.

—Un poco hinchapelotas. Sí. Ese soy yo.

—Es tarde y tengo que irme, pero ha sido un placer conocerte. —Miró su reloj en la muñeca y la ansiedad por volver junto a Inés lo embargó de súbito—. Mañana te espero para el quirófano de las ocho.

—Sí. He visto en la programación que operamos a una niña con una

estenosis pulmonar crítica. ¿Tienes pensado un parche transanular o una fístula de Blalock-Taussig?

Erik sonrió, satisfecho. El residente acababa de ganarse unos cuantos puntos.

—Suelo llegar a las siete. Si vienes pronto, nos tomamos un café y discutimos la técnica quirúrgica.

—Tenemos una cita —respondió Mario.

No quería entusiasmarse demasiado, pero el nuevo residente pintaba bien. Muy bien. Le gustó su manera de enfrentarlo, se notaba que sabía de cardiocirugía y parecía comprometido. Ojalá no fuese un desastre en el quirófano, a veces los muy teóricos patinaban con las manos en faena. Pero tenía experiencia como cirujano general, eso tenía por fuerza que servirle de algo.

Apartó el hospital de su cabeza en cuanto aparcó el coche. Tenía un plan para sacar a Inés de su letargo: irían a dar un paseo. Nada muy ambicioso. Cogerían un taxi hasta el parque Bicentenario, darían una vuelta, y comerían algo por ahí. Las tardes eran agradables. Estaban a finales de febrero, la ciudad bajaba su ritmo y daba gusto recorrer las zonas de ocio.

—¿Inés? —Un aroma intenso a chocolate hizo que sus tripas chirriaran.

—Estoy en la cocina. No te asustes.

—Uhm. Difícil, ya estoy acojonado. ¿Qué ha pasado?

Salió de la cocina con cara de haber hecho algo muy, muy malo. Abrió la boca, la cerró, negó con incredulidad.

—*Svarte Helvete...*

—Dime que te gusta —dijo, y se tapó la cara.

Una melena que apenas llegaba a sus hombros le daba un aspecto fresco y juvenil. Parecía una niña traviesa, pero a la vez le otorgaba un toque *sexy* que no tenía nada que ver con la melena clásica que solía lucir.

—*Vakker. Vakker, liten jente* —murmuró en noruego. Se acercó a ella



y la agarró de las muñecas para apartar las manos de su cara—. Estás preciosa, Inés.

Cogió un mechón y lo giró entre los dedos.

—¿De verdad te gusta? —dijo, y lo miró, esperanzada.

—Me encanta. Me gustan estos sustos. Puedes dármelos siempre que quieras. —La beso en los labios y se sentó a la barra de la cocina—. ¿Qué huele tan bien?

—El corte de pelo ha ayudado, he tenido que bajar a la peluquería del hotel para que me emparejaran el estropicio que me hice yo —dijo mientras sacaba con cuidado la bandeja del horno—. ¡Cómo pesa! —murmuró. Erik la notaba más animada, pero sus movimientos seguían ralentizados y hasta su voz sonaba más floja—. Bajar hasta allí y subir me ha dejado muerta.

—Me alegro de que te hayas movido, pero si estás cansada, entonces no te cuento mi plan —dijo, agenciándose un *muffin*. Inés le palmeó la mano—. ¡Ay!

—Te vas a quemar, ¡espera un poco! —Cogió la jarra de zumo de naranja con las dos manos y Erik apretó los dientes. Vio perfectamente cómo trataba de agarrarla por el asa y no era capaz de levantarla—. Aquí tienes. Recién exprimido. Berta es un cielo, he estado hablando con ella esta mañana. Me ha comprado los ingredientes para cocinarlos y algunas cosas que necesitaba.

Erik esquivó la mano de Inés y robó una madalena.

—¡Al menos quítale el papel, bestia! —se quejó, riendo. Ella sacó uno, lo partió por la mitad y dejó que el chocolate derretido del interior se derramara por el plato—. ¿Cuál es tu plan?

—Que demos un paseo por el Bicentenario. Iremos en taxi, ¿vamos?

Inés dudó. Y se lo pensó durante bastante más tiempo del que necesitaba. Su frente estaba surcada por arrugas de tensión y en su interior parecía librarse una lucha.

—Inés, si no quieres, no vamos. No pasa nada —dijo en un intento de tranquilizarla, aunque no fue capaz de esconder del todo la desilusión en su voz—. Vamos mañana, o pasado, o cuando te sientas con fuerzas.

Ella cerró los ojos con fuerza un segundo, sacudió su melena corta,

cuyas puntas se dispararon en todas direcciones, y sonrió con valentía.

—No. Vamos.

Inés bajó la ventanilla del taxi y cerró los ojos al sentir la brisa caliente de la tarde. Hacía mucho calor. Salir al aire libre le hacía bien. El parque Bicentenario estaba lleno de vida, con niños que jugaban, parejas que paseaban o hacían deporte y algunos turistas.

Conversaron de todo y de nada. Erik le contó el encuentro con su nuevo residente, la programación de las cirugías de aquella semana y las ganas que tenía de preparar las clases para los estudiantes.

—¿Qué tal van las cosas por la Unidad? Echo de menos a Mardel.

Erik puso cara de circunstancias. La agarró de la mano y señaló un chiringuito donde vendían zumos naturales recién hechos. Inés asintió.

—Están sobrepasados. Todavía no suplen la falta de Hoyos, y el residente nuevo no parece ser tan avisado como tú —dijo Erik con tono preocupado—. Marita preguntó por ti hoy. Te manda un abrazo grande y me pregunta cuándo tienes pensado volver.

Inés se encogió de hombros. Escuchar a Erik hablar con tanta pasión de su trabajo la hacía sentir un poco de envidia, y en los últimos días, una especie de desazón.

—La semana que viene tengo cita con Andrea, quiere ver cómo anda todo por ahí abajo y hacerme una analítica —dijo, evitando de manera obvia hablar de su interior mutilado—. Espero coger algo de fuerzas, porque ahora siento que cada pequeña cosa se me hace cuesta arriba.

Su voz perdió entusiasmo y miró hacia el suelo, preocupada. Erik estaba esperando a que ella le dijese cuándo parar de caminar. Su respiración estaba agitada y tenía la cara congestionada y cubierta de sudor.

Pidieron un par de zumos de melón calameño y un bol grande de frutas para compartir, y se sentaron en el césped. Inés contrajo la cara y soltó un gruñido.

—¿Todo bien? —dijo Erik, preocupado. Le tendió la mano para ayudarla a sentarse. Inés la aceptó y se dejó caer al suelo colgada de su brazo.

—La cicatriz me molesta y me da pinchazos de vez en cuando, pero no es nada.

Los días en la UCI, el sufrimiento y las lágrimas revolotearon sobre ellos y oscurecieron su ánimo durante unos minutos. Pero Inés sorbió el zumo y soltó un suspiro satisfecho.

—¡Está buenísimo y fresquito! —Se tumbó en el césped con los ojos cerrados y sonrió—. Mañana podríamos venir otra vez. Oye, ¿qué me vas a regalar por mi cumpleaños?

Erik esbozó una sonrisa depredadora. No pensaba decirle nada. Era la segunda parte de su plan para conseguir su recuperación.

Inés llegó a casa agotada y cayó a plomo en la cama, pero a la mañana siguiente, se levantó de nuevo con Erik y esta vez hizo el café y lo acompañó hasta la puerta. Le dio un beso en los labios que generó un tirón incómodo en su entrepierna.

Inés estaba explosiva con aquel corte de pelo. Y solo llevaba la chaquetilla de seda blanca del pijama y unas braguitas porque tenía calor. Tragó saliva. El mes de abstinencia forzada comenzaba a pasarle factura justo ahora, que tenía una cirugía difícil por delante. Le habría venido bien un trabajo manual. Resopló y apoyó la frente en el espejo del ascensor. Tendría que acudir a internet y a, como decía Inés, «sus expertas manos de cirujano».

Aunque ahora tenía otras cosas en qué pensar. Dan le hizo un gesto desde la puerta de su ahora despacho. Utilizaba el que había pertenecido a Hoyos y estaba contento, era amplio y tenía buena vista.

—Hola, Dan. —Se estrecharon la mano a la vez que intercambiaban una palmada en la espalda—. ¿Listo para tu parte de quirófano?

—Sí, pero he visto que estoy de primer cirujano. ¿No voy a operar más contigo?

Fueron más el tono y la expresión de abandono los que lo molestaron. Más que el hecho de que pusiera en duda su estudiadísima programación para enfrentar los quirófanos.

—No. Hay mucho retraso por el tema de las renuncias y la baja de Alfaro, y tenemos que ponernos al día. Tienes que empezar a asumir tu propio quirófano. He puesto un cirujano con experiencia como ayudante —explicó con más paciencia de la que merecía. Esperaba que el tono fuese suficiente para advertirle de que se anduviera con cuidado—. Además, el nuevo residente, Mario, empieza hoy. Tiene que estar por llegar. Si esperas

un momento, te lo presento.

—No, no. Tengo prisa. Espero que te aguante como te he aguantado yo estos dos años —dijo Dan.

Erik frunció el ceño. Y ese resentimiento, ¿de dónde coño venía? Entró a la sala de juntas en busca de otro café y negó con la cabeza. No entendía a Dan.

Estudiaron el caso de la niña con atresia pulmonar con profundidad. Mario se lo sabía al dedillo, y no tuvo que explicarle nada de los abordajes quirúrgicos.

Cuando se lavaron y se vistieron en el quirófano, Erik se daba cuenta de que discutía y comentaba las distintas opciones con él de igual a igual. Cuando hizo el amago de situarse en la posición de asistente, alzó una mano para detenerlo.

—No. Mis residentes ocupan siempre el puesto de primer cirujano. Si es que te ves capaz —lo retó con una sonrisa por debajo de la mascarilla. Lo señaló con la cabeza a él y después al puesto a la derecha de la pequeña paciente ya dormida.

Mario apretó los puños en un gesto de triunfo involuntario.

—Por favor, tráiganme el banquillo que he dejado debajo de la pantalla —pidió con naturalidad. La enfermera perfusionista asintió y se lo acercó con una sonrisa. Él escaló sin ceremonias sobre el taburete de acero y plástico que lo elevaba unos veinte centímetros más—. ¿Ponemos algo de música?

Erik asintió. Aquel hombre era un auténtico espectáculo. Tenía carisma y carácter. Estaba deseando verlo con el bisturí en la mano.

—Claro, ¿Bach?

—No, ¡qué Bach! *Bitch Please II*, de Eminem. Más entretenido.

El residente de anestesia se echó a reír cuando comenzó a sonar el rap pegadizo. A Erik le entraron ganas de bailar.

Inés ganaba fuerzas cada día. El domingo, cuando terminaron su paseo, volvieron a casa caminando. Llegaron con ganas de devorar una vaca entera y

Erik acabó por pedir al Happening unos buenos chuletones para llevar. Inés se quedó traspuesta por un momento con un trozo de carne pinchado en el tenedor. Estaba agotada.

—Vas demasiado rápido, *liten jente*. No quiero que fuerces tanto la máquina —dijo, y posó la mano en su muslo con suavidad para despertarla.

—No. Estoy bien. Empiezo a sentirme viva. Normal. Estoy deseando volver a trabajar.

Se metieron en la cama e Inés se acomodó, como cada noche, bajo su brazo. Erik inhaló aquel aroma a coco y verano que exhalaba Inés y valoró acariciar el hombro desnudo que asomaba por la camiseta de tirantes. Y seguir por la línea dura de su clavícula, ahora más pronunciada. Y abarcar aquel pecho insolente y apretarlo. Una erección se alzó sobre el culo de Inés en toda su gloria y majestad. Ella no se dio ni cuenta.

Erik se echó a reír en voz baja. Todavía no. Todavía no. Retiró con cuidado su brazo de debajo de la cabeza de Inés, que se movió en sueños. Le dio la espalda, hizo acopio de autocontrol y se resignó a tardar un buen rato en quedarse dormido. Escuchar la respiración profunda y tranquila de Inés era relajante y acompasó su propio ritmo al de ella. Todo daba igual si ella seguía respirando así.

No solía hacerlo tan pronto, Mario acababa de empezar la residencia, pero en las pocas cirugías que llevaban operando juntos, le había dado razones de peso para confiar en él. Y el interno que rotaba con ellos trabajaba con entusiasmo y un poco más de tino cada día. Le echó un vistazo al reloj, había quedado con Inés en la consulta de Andrea Garay en poco más de diez minutos. No tendría tiempo ni de cambiarse.

—Mario, ¿te ves capaz de cerrar tú con el interno y la enfermera arsenalera? Tengo que acompañar a Inés a una consulta.

—Claro. Vete. ¿Es aquí en el San Lucas? Si llevas el busca, te aviso si pasa cualquier cosa.

Asintió. Se sentía seguro dejándole el cierre de la esternotomía. En las cirugías anteriores lo había enfrentado de manera bastante satisfactoria, pero tener el busca a mano para que lo llamasen en caso de cualquier problema era

la mejor opción.

Llegó antes que Inés. La consulta estaba ya vacía a aquella hora, porque no quería encontrarse con nadie. Todo el mundo estaba por terminar su jornada o ya se había marchado.

Andrea lo saludó con un abrazo que devolvió un poco tieso, pero ella lo trataba como si se conociesen de toda la vida.

—Cuéntame antes de que llegue. ¿Cómo está?

Erik se llevó el puño a la boca y golpeó un par de veces sus labios antes de contestar.

—Bien. La cicatriz está evolucionando fenomenal con los parches que usamos para las esternotomías de los niños. Ya da paseos largos y duerme bien. No utiliza nada de analgesia...

—Me refería a cómo está de ánimo. ¿Habéis hablado de alternativas de futuro para cumplir su deseo de maternidad? —lo interrumpió Andrea con impaciencia—. Es duro, pero tenéis que hablarlo.

—No. No lo hemos hablado aún.

—Erik, te va a tocar a ti sacar el tema. Inés no creo que lo haga —dijo la obstetra—. ¿Quieres que te eche un cable? Podemos hacerlo aquí.

Erik alcanzó a asentir cuando la puerta de la consulta se abrió y los dos guardaron silencio. Inés entraba con cara de pocos amigos y dejó con un ademán brusco su bolso sobre la mesa.

—¿Qué pasa? —demandó Erik. Algo había pasado. Ni siquiera se acercó a darle un beso.

—Nada. Hola, Andrea. Gracias por atenderme fuera del horario habitual.

—No te preocupes. Cuéntame mientras te pones la bata. ¿Qué tal estás?

Inés estaba enfadada. No. Estaba furiosa. No había calibrado bien que la mitad del *staff* del San Lucas estaría de salida y se encontró con varios conocidos. Tuvo que explicar en tres ocasiones cómo se encontraba, escuchar ánimos y palabras de aliento, y acabó por huir de una cuarta persona que se acercó a ella con una sonrisa amistosa e intenciones evidentes de hablar con ella. Pero se zafó señalándose el reloj con cara de tener muchísima prisa y

escabulléndose por el pasillo. Andrea volvió a preguntarle cómo estaba y rodeó el tema de una cápsula mental. Ella no tenía la culpa y encima les estaba haciendo un favor.

—Bien. Cada vez más fuerte. Ya hago casi vida normal. Al menos no me falta el aire cuando subo un tramo de escaleras —dijo con una sonrisa—. Duermo bien y no tengo dolor. Estoy deseando volver a trabajar.

—Ya veremos. No hay prisa. Hoy estás en el día veintinueve de postoperatorio. —Consultó unas notas en su ordenador y tecleó unos comandos en el ecógrafo—. Tumbate en la camilla, Inés. Por fuera estás perfecta. Vamos a ver cómo va todo en el interior.

Inés cerró los ojos cuando Andrea introdujo la sonda ecográfica en su vagina. La sentía acorchada. Miró de reojo a Erik, que examinaba la pantalla con el ceño fruncido. Quizá así, Andrea retirase las telarañas que parecían haberse apoderado de sus genitales y recuperaría su apetito sexual. Pobre vikingo. Lo había sentido masturbarse en la ducha aquella mañana y estuvo a punto de decirle algo, pero no tuvo el valor. Antes, hubiese entrado a acompañarlo y relevar a su mano de sus funciones. Ahora tenía un bloque de hielo entre las piernas y prefería no tentar a su suerte.

—Todo está perfecto. Tu ovario izquierdo aún no tiene ningún folículo en marcha, ¿no te ha bajado la regla?

Inés negó con la cabeza. Otro signo inequívoco de que su cuerpo funcionaba fatal.

—Es normal. Todo el sistema tiene que resetearse. Volveremos a vernos cuando te vuelva el periodo. ¿Habéis retomado la actividad sexual?

Bang. Así, sin anestesia. Inés se puso roja como un tomate y balbuceó algo. Erik la relevó con su estilo más robótico.

—No. Aún no hemos reiniciado la actividad sexual.

—Está bien, siempre es mejor guardar un periodo de cuarentena. Pero ahora no hay nada que os impida disfrutar del sexo con absoluta normalidad —dijo Andrea con una sonrisa cómplice—. ¿Me has oído, Inés? Con absoluta normalidad.

—De acuerdo —respondió con voz débil. Miró a Erik, que sonrió, esperanzado. ¿Cómo decirle que no se le movía ni una sola maldita hormona? Su cuerpo era un fracaso y su cerebro la traicionaba. Tenía a su lado a un

maldito dios del Valhalla, y su clítoris no se ponía en pie. Sintió ganas de llorar.

—Chicos, respecto a eso... es cierto que hay pocas posibilidades de embarazo, pero al tener un ovario, no son nulas, así que os recomiendo usar condón hasta cumplir al menos cuatro a seis meses a partir de la cirugía —dijo Andrea con seriedad, interrumpiendo sus desvaríos mentales—. Tu cuerpo necesita recuperarse y eso lleva tiempo.

Inés se encogió de hombros, le daba igual. No tenía absolutamente ningún indicio de que fuese a follar alguna vez en un futuro próximo, o, por lo que parecía, en toda su vida.

—De acuerdo —repitió como una autómatas—. ¿Hemos terminado?

Andrea la miró un par de segundos sin contestar, y asintió.

—Sí, hemos acabado.

Inés sonrió, aliviada. Esperaba que no le bajase la regla en mucho tiempo.

—Un momento —dijo Erik. Dejó que Inés se vistiera con un poco de intimidad y se sentó en las sillas donde Andrea informaba a sus pacientes. Ella escucharía perfectamente desde donde estaba, y le daba la posibilidad de elegir si quería sentarse junto a él o no—. Yo tengo algunas preguntas.

—Dime.

—Primero, ¿hay algún informe de biopsia? ¿Pruebas genéticas? Es la segunda pérdida de Inés y quizá el problema sea mío. —Ignoró la risita incrédula de Inés. Decía por primera vez en voz alta un miedo que rondaba desde que supo del primer aborto—. ¿Tengo que hacerme algún estudio?

—No, Erik. No os vamos a hacer ninguna prueba genética. Ninguno de los dos tiene antecedentes, sois jóvenes y sanos y hay una causa más que probable para las pérdidas con la endometriosis —dijo Andrea, desechando la opción con un gesto de la mano—. No pienses en eso.

—Vale. Pruebas genéticas no.

—Erik, ¿por qué no nos vamos ya? —dijo Inés en tono suplicante. Se sentó junto a él y le agarró la mano. Se la apretó, repetidas veces, en un gesto nervioso.

No. No pensaba irse sin abordar el problema. Recordaba las infinitas



veces que él le apretó la mano, de modo similar, cuando parecía que no iba a despertar jamás.

—En un momento, *liten jente*. Una última cosa. ¿Cuáles son nuestras posibilidades reales de ser padres?

Andrea asintió con expresión aprobadora, lo estaba esperando.

—Todas las del mundo.

Inés alzó la cabeza con extrañeza ante la afirmación tajante y la obstetra sonrió con calidez.

—La adopción es la alternativa que siempre existe. Tu útero está perfecto y tienes un ovario, Inés. Durante la cirugía, hicimos una limpieza muy exhaustiva de todos los quistes y restos de endometriosis —dijo, estirando los dedos por encima de la mesa. La cogió de la mano para reclamar su atención, pero ella seguía mirando al suelo—. La Unidad de Infertilidad del San Lucas es una de las mejores de Chile y pondremos todos nuestros recursos a vuestra disposición para lograrlo.

—No quiero pensar en eso ahora —murmuró Inés con la voz temblando. No quería mirar a Andrea porque su rostro estaba anegado en lágrimas.

—Lo sé, no hace falta que pienses nada. Solo quiero que conozcas tus opciones. —Cogió unos folletos que tenía apartados en una carpeta y los dejó frente a ella. No los tocó—. Y, aunque la falta de un ovario es un obstáculo obvio, y la endometriosis también, existe alguna posibilidad, escasa, es cierto —recalcó. Parecía no querer darle ninguna falsa esperanza e Inés se lo agradeció—, de que vuelvas a quedarte embarazada. Ya ha ocurrido dos veces. ¿Por qué no una tercera?

Inés ya no se preocupaba de amortiguar sus sollozos y Andrea dio la consulta por terminada. Le pasó una caja de pañuelos de papel y esperó, paciente, a que secara sus lágrimas.

Se levantaron y Andrea los condujo hacia la salida. Erik cogió los folletos de información que Inés había dejado abandonados en la mesa.

—Llámame el viernes para contarme cómo estás. Si todo sigue igual de bien, podrás incorporarte el lunes.

Inés asintió en silencio. Por fin algo bueno entre toda aquella mierda. Podría volver a trabajar.

## *El embaucador*

Salieron de la consulta en silencio, abrazados por la cintura. Inés se pasó una esponja con maquillaje por la cara y comprobó su aspecto en un espejito. Tenía una pinta horrible. Percibía el calor de la piel de Erik a su lado, su aroma masculino y almizclado, y lo abrazó.

—Vámonos —murmuró él sobre su pelo.

Ella asintió. Lo único que quería era desaparecer de aquel maldito hospital.

Atravesaban el vestíbulo de la entrada principal cuando una voz los llamó desde el pasillo.

—¡Erik, Inés!

Se volvieron. Inés ladeó la cabeza, e intentó identificar a la mujer que se acercaba. Se devanó los sesos, pero no acababa de ubicarla en ningún sitio.

—¿La conoces de algo? —preguntó en voz baja.

—Sí. No. —Erik se puso rojo como un tomate y apretó los labios. Inés alzó la mirada, interrogante—. Salí con ella un par de veces cuando llegué al San Lucas. Es anestesista.

—Genial —gimió Inés.

Recordó de dónde le sonaba. Además de verla en planta para evaluar a algún niño en la visita preanestésica, recordó que una vez los había visto a ambos en el pasillo en una actitud flagrante de coqueteo. El cabreo que llevaba cocinando a fuego lento desde que había llegado al hospital se reavivó, pero dibujó una sonrisa radiante y falsa y estampó dos besos en las mejillas a la desconocida, que correspondió, desconcertada.

—Me alegro mucho de verte bien. Sé que estuviste hospitalizada.

—Sí, sí. Lo sabe todo el San Lucas —dijo Inés, alegremente—. Muchas gracias por tu interés. Erik también está bien. Los dos estamos bien.

¿Tú qué tal estás? —preguntó, abriendo mucho los ojos en actitud incisiva.

La mujer parpadeó y tensó la cara en una sonrisa incómoda, que decía a todas luces que se arrepentía de haberse acercado.

—Muy bien, gracias. Bueno, me alegro de veros tan bien —acabo por decir, mirando repetidas veces hacia la salida—. Nos vemos por ahí.

—¡Eso! Nos vemos «por ahí» —recalcó Inés con maldad—. Hasta la próxima. *Bitch*... —acabó entre dientes. Se volvió hacia Erik con actitud belicosa—. No. Digas. Ni una. Sola. Palabra.

Él levantó las manos en un gesto pacificador y caminaron hacia el aparcamiento.

Ya en el coche, Inés abrió la ventana y puso a Rita Ora con *Your song* en un intento de relajarse. A bastante volumen. No quería escuchar a Erik, pero él apagó la radio.

—No hacía falta ser tan desagradable. Laura se ha acercado a saludarnos con buena intención, estoy seguro.

Inés puso los ojos en blanco y soltó una risotada despectiva.

—No sé por qué estás tan inaguantable, Inés. —Erik empezaba a perder la paciencia y no podía culparlo, pero había algo de lo que sí tenía la culpa en un cien por cien.

—Mira, Erik. No iba a decirte nada, pero la buena intención de tu Laura es la gota que colma el vaso —contestó ella. Se volvió en el asiento para mirarlo de frente—. ¿Crees que es fácil para mí que medio *staff* del San Lucas, del cual conozco de vista a menos de la mitad, me venga, como tu Laura —repitió con inquina—, con que se alegra de verme en pie?

—No es mi Laura —dijo Erik conciliador.

—Ya. Pues amiga mía no es. Ni conocida siquiera. Creo que habremos intercambiado cuatro palabras. —Su tono de voz empezó a elevarse, incisivo y mordaz—. Que tú te la hayas follado hace equis tiempo no le da derecho a meterse en mi vida.

—Inés, te estás pasando —replicó Erik en tono de advertencia.

—Fue un error, así, en mayúsculas, que me llevases al San Lucas. ¿Por qué crees que había escogido a Violeta Kaplan como mi obstetra en la Clínica Alemana? —continuó ella, sin hacer caso del aviso—. No será porque

me queda al ladito de casa, o por lo económico de la consulta.

—Inés, estabas en *shock*. ¡Me bloqueé! No era capaz de recordar cómo llegar a la Alemana y la otra clínica que mencionaste ni siquiera sabía que existía —dijo Erik, dolido por su sarcasmo—. Fui al San Lucas porque me salió de modo automático.

—Pues ahí lo tienes. Y ahora yo tengo que aguantar la conmiseración de todo el mundo. ¡Hasta de tus antiguos polvos!

Erik agarró con fuerza el volante. Contó hasta diez. Hasta veinte. Hasta cien. Apretó los dientes hasta que la mandíbula comenzó a hormiguearle.

Aparcó en la parada de taxi, ahora vacía, enfrente del hotel.

—Eres injusta, Inés.

—¿Qué haces? ¡Aparca el maldito coche! ¡Quiero llegar a casa!

—¡No voy a aparcar el puto coche hasta que me escuches! —Inés cerró la boca de golpe ante su furia desatada—. Todo lo que he hecho, ¡todo!, desde que te encontré sangrando en el baño, hasta este mismo momento, lo he hecho pensando en lo mejor para ti —gritó con la mandíbula tensa y los hombros cuadrados en pura tensión—. Me levanto pensando en lo que es mejor para ti. Me acuesto pensando en lo que es mejor para ti. Me vuelvo loco intentando que todo esté bien para ti. ¿Me equivoqué en llevarte al puto San Lucas? Sí. ¡Sí! —Inés dejó caer su frialdad y su cinismo al escuchar el desnudo frontal de lo que sentía—. Me equivoqué y lo siento. Sé que no es fácil. Para mí tampoco lo es. La gente es una mierda y a veces le da morbo y disfruta de las cosas malas que les pasan a los demás. Pero yo solo quiero lo mejor para ti. Para los dos.

Se hizo un silencio pesado y denso en el coche. Inés bajó la mirada. Quería abrazarlo. Pedirle perdón. Decirle que tenía razón y que ella también quería lo mejor para ambos, pero la amargura que teñía sus pensamientos le impedía tener un gesto generoso con él. No era más que una egoísta que solo pensaba en sí misma.

Subieron al dúplex en silencio. Inés abrió la nevera y la cerró sin comer nada. No fueron a dar su paseo habitual. Ella se tumbó en la cama y Erik se puso un pantalón de deporte y una camiseta. Se ataba las zapatillas cuando por fin fue el primero en decir algo.

—Me voy a correr. ¿Necesitas algo?

—No —musitó Inés.

En cuanto se cerraron las puertas del ascensor, Inés se echó a llorar otra vez. Cuando ya pensaba que no le quedaban más lágrimas, su cuerpo fabricaba muchas más con total eficacia. Ojalá funcionara así de bien para otras cosas. La rabia la hacía arremeter con lo primero que tenía delante, que era siempre lo que más amaba. Erik.

Se secó las lágrimas y se levantó. Haría un esfuerzo. Se dio una ducha rápida y escogió uno de sus camisonos más *sexys*. Seguía sin sentir nada de cintura para abajo, pero ahora eso daba igual. Ahora echaba de menos su melena, pero peinó los mechones cortos y desordenados y se pintó los labios con un poco de rubor.

Preparó una ensalada con salmón y puso platos, vasos y cubiertos en la mesita frente a los sofás. Erik llegó cuando estaba terminando la fruta para hacer una macedonia.

—¿Inés?

Era lo primero que hacía en cuanto entraba en casa. Preguntar por ella. Salió de la cocina, descalza y cubierta solo por un camisón negro de tul transparente y unas braguitas. Él la miró, inmóvil, y un destello atravesó sus ojos azules. Deseo.

—Hola —dijo ella, y se acercó hasta rodear su cuello con los brazos. Lo besó en los labios—. Lo siento. Soy una bruja. ¿Me perdonas?

Erik atrapó su rostro entre las manos y la besó también.

—No hay nada que perdonar, *kjaereste*. Solo dame un poco de tregua. —La abrazó. Inés se bebió el aroma a sudor limpio y la traza sutil de su perfume, hundiendo la nariz en su pecho—. Todo esto también está siendo difícil para mí.

—Joder, lo siento —murmuró Inés. Se aferró a su espalda y cerró los ojos. Eso era lo único que necesitaba. Escuchar el latido de su corazón, lento y acompasado, dejarse envolver por el calor de su piel, saber que todo iría bien a su lado. Pensó en su plan y sonrió—. Ve a darte una ducha y cenamos.

Inés casi no comió mientras Erik devoraba la ensalada y la fruta. Estaba nerviosa. Notaba que su voluntad tenía muy poca injerencia sobre su cuerpo. Se tomó una copa de vino tinto para relajarse y algo ayudó. Al menos

para darle un poco más de coraje.

—*Fantastisk!* —exclamó, satisfecho—. Delicioso y sano. ¿Quieres un café?

Inés negó con la cabeza y trazó una sonrisa seductora.

—No. Había pensado más bien en chocolate.

Se levantó para situarse frente a él. No se animó a quitarse el camisón. Aunque fuese un mínimo velo, casi transparente, algo escondía el parche de la cicatriz. Los movimientos salieron fluidos, los conocía a la perfección, para sentarse a horcajadas sobre sus muslos.

—¿Estás segura, Inés? —Erik la miraba con ojos preocupados y la aferró de las caderas para sujetarla unos segundos.

«No».

—Sí. Ha pasado demasiado tiempo.

Tiró de su camiseta hasta deslizar las manos por debajo del borde. Recorrió con los dedos la cuadrícula de sus abdominales, buscó bajo la tela sus pezones perforados. Él no se movía. Sus ojos azules, de hielo y fuego, se entornaron. Su respiración se aceleraba.

«Vamos, Inés. Vamos, Inés».

Lo besó en los labios, quería redescubrirlos. Eran suaves y sabían a piña, a melón y a mango. Recorrió el perfil de su boca con la lengua. Mordió su labio inferior y se apretó contra su torso con desesperación. Erik la aferró por la espalda y la estrechó también contra la erección férrea que se alzaba entre ambos. Quería excitarse. Quería calentarse. Quería correrse.

Pero no podía.

—Inés. Ya te he pillado fingiendo un orgasmo una vez. Así no vamos a ninguna parte —dijo Erik tras unos minutos en que se empeñaba en restregarse contra él sin ningún resultado.

—Mierda, ¡joder! —gritó en pura frustración. Se cubrió el rostro con las manos—. Soy una ridícula. Te juro que lo estoy intentando. Pero no puedo. Estoy muerta de cintura para abajo.

—Tómate el tiempo que necesites, Inés. Yo me conformo con mis manos y el Pornhub. —Quiso ponerle una nota de humor, pero la acidez del tono hizo que a Inés le entraran ganas de abofetearlo—. No pasa nada. Quiero

pensar que todo esto es normal.

Se pasó una mano por el pelo y soltó una risotada desesperada. La erección seguía ahí, mejor darle un poco de intimidad. Se levantó y subió a la habitación envuelta en llamas de furia. Se quitó aquel estúpido camisón y las bragas de tul, y las guardó. Ni siquiera las había humedecido. Cogió unas bragas de algodón y una camiseta negra de Erik que casaba mucho mejor con su humor oscuro. Genial. Iba a cumplir veintinueve años al día siguiente y, como regalo, seguía en estado de frigidez total.

Erik tardó en subir y aquello la deprimió aún más. Podía imaginarse lo que estaba haciendo. Cuando llegó, ella ya había apagado la luz y lo esperaba encogida en posición fetal en la cama. Cerró los ojos y un sentimiento agrídulce la invadió cuando él se acopló pegándose a su espalda. No se merecía esto. No se merecía nada de lo que ella le daba. Mejor dicho, no le daba.

Debatí conmigo misma durante unos minutos y escogió con cuidado las palabras. Cuando estuvo más segura, o todo lo segura que podía estar en aquella situación, tomó una decisión.

—Erik.

—¿Uhhmm? —respondió, ya medio dormido.

—Si ves que... —Tragó saliva e hizo acopio de valor—. Si ves que todo esto se te hace muy cuesta arriba, entenderé que busques otra persona. Quiero decir... —Le costaba mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir—. Que no me parecerá mal si quieres estar con otra persona.

—Inés, ¿de qué coño estás hablando? —Erik se incorporó, encendió la luz y endureció la mirada. Parecía no creer lo que estaba escuchando.

—Si necesitas sexo con otra mujer. Lo entiendo. —Fue capaz de soltarlo mirándolo a los ojos, con voz firme y una actitud que rozaba lo desafiante. Aunque sintiera que le estaban arrancando el alma a tiras.

Él negó con incredulidad. Resopló. La aferró de los hombros y, al ver que rehuía sus ojos, elevó su mentón con dos dedos y la obligó a enfrentarlo.

—Inés, a veces me despierto por las noches solo para comprobar que estás respirando. ¿Te parece esa una actitud de alguien que quiere estar con otra persona? —La abrazó con fuerza e Inés descargó la frustración y la impotencia que la embargaban en forma de sollozos y lágrimas. Que también

eran de alivio—. No quiero estar con otra persona. Ni para el sexo, ni para ninguna otra cosa. ¿Estamos?

Ella asintió y dibujó una sonrisa trémula. Él apagó la luz de nuevo, refunfuñando en noruego mientras la acomodaba a la curva de su cuerpo y abrazaba. Una losa de unas cien toneladas pareció volatilizarse de encima de su espalda.

Inés se despertó con el olor del café mezclado con uno que hacía mucho que no percibía, el de pólvora quemada. Se incorporó, extrañada. Erik subía las escaleras. Cantando. Se echó a reír, porque cantaba fatal y lo rudo del noruego no ayudaba demasiado a hacer la melodía agradable. Él añadía además unos gritos vikingos.

*«Hurra for deg som fyller ditt år!  
Ja, deg vil vi gratulere!  
Alle i ring omkring deg vi står,  
og se, nå vil vi marsjere,  
bukke, nikke, neie, snu oss omkring,  
danse så for deg med hopp og sprett og spring,  
ønske deg av hjertet alle gode ting  
og si meg så, hva vil du mere?  
Gratulere!».*

—*Gratulerer med dagen, liten jente!* —dijo, poniendo ante ella uno de sus *muffins* de doble chocolate y chips con dos bengalas encendidas—. No he tenido tiempo de comprar una tarta, pero esto tiene más mérito, porque era el último y te lo he guardado a ti. ¡Sopla!

Inés intentó soplar las bengalas, que se apagaron y volvieron a encenderse de nuevo.

—¡Ayúdame tú, no soy capaz! —dijo entre risas, y con miedo de acercarse demasiado a las varillas incandescentes.

Los dos soplaron sin ningún resultado hasta que la pólvora se agotó y se apagaron. Compartieron el *muffin* de chocolate y un par de tazas de café sobre la cama.



—¿Qué vas a hacer mientras yo no esté?

—Voy con Loreto a un día de chicas. Me hace mucha falta. Manicura, pedicura y *spa*, que ya es un clásico entre nosotras —dijo Inés con la boca llena—. Después me apetece ir de tiendas, así que haremos echar humo la Visa en el Costanera.

—Suená bien. ¿A qué hora piensas llegar? —preguntó con aire misterioso.

—No lo sé, después de la cena.

—No. Llega antes de cenar.

—¿Por qué? ¿Acaso tienes algo que darme? ¿Mi regalo, tal vez? —dijo Inés, componiendo una expresión traviesa—. Tienes que dármelo ahora.

—Imposible. Esta tarde a las ocho.

—¡Pero es muy temprano! —protestó Inés.

Erik sorbió el café y se encogió de hombros.

—Pues te perderás la llegada de tu regalo.

Inés gruñó con fastidio, pero acabó por prometerle que a las ocho estaría allí.

Loreto fue a buscarla sobre las diez. Hacía días que no se veían y, aunque hablaban por teléfono con frecuencia, Inés la había echado de menos. Se abrazaron con fuerza y su hermana acarició su melena corta con una sonrisa de admiración.

—Estás preciosa. Pero estás loca, ¡mira que desprenderte de tu pelo! Con lo bonito que lo tenías —se lamentó. Subieron a su coche y se dirigieron a su balneario urbano favorito.

—Necesitaba un cambio. Algo drástico. Me ha ayudado a marcar, en cierto modo, un antes y un después.

—Te entiendo. Yo también hice un cambio de *look* tras firmar el divorcio. —Era cierto, ahora lucía su misma melena, pero de un rubio platino muy favorecedor, y se maquillaba con más audacia: labios rojos y mirada ahumada—. ¿Llamamos a Maia? Acabo de hablar con ella y quería saludarte cuando estuviésemos las dos.

—¡Claro! —dijo Inés, sorprendida de la cercanía tan estrecha entre

Maia y su hermana—. ¿Hablaís mucho?

—Sí, sobre todo últimamente. Desde que nos conocemos nos llevamos genial, pero tras tu hospitalización, nos acercamos bastante. — Loreto la miró de reojo y ella le devolvió una expresión interrogante—. Pasamos mucho tiempo juntas y nos sirvió para conocernos más.

—¡Qué bien! —acabó por decir Inés—. A ver si eso sirve para que te lleves mejor con Erik.

—*Gratulerer med dagen, Inés! Happy Birthday!*, ¡Feliss cumpleañossss! —dijo con entusiasmo. Inés se echó a reír con su español macarrónico—. ¡Veintinueve años! ¡Quién los pillara! ¡Verdad, Loreto?

Su hermana se echó a reír.

—¡Habla por ti, vikinga! Yo estoy estupenda con mis treinta y siete.

—¿Soy más joven que tú? ¡No me lo puedo creer! —rio Maia al otro lado del teléfono—. Inés, ahora en serio. Te deseo lo mejor en este nuevo año y que, dentro de lo que hay, encuentres la felicidad.

—Gracias, Maia. Eres un cielo.

—¿Te cuida bien mi hermano?

—Me tiene entre algodones y me trata con mucha paciencia. ¿Tú qué tal? ¿Cómo están los niños? Los echamos de menos.

—Cuando quieras te los mando para allá. Mañana pillo los billetes — dijo entre risas.

—¡Claro que sí! —dijo Loreto—. Me encantaría que Julito y Elena los conociesen.

—Pues hay que organizarlo.

Inés reprimió una sonrisa. Loreto y Maia parecían haberse olvidado de ella y charlaban en confianza de sus hijos. Llegaron al *spa*, y continuaron hablando un rato después de que aparcaron.

—Espero que no te moleste. He invitado a unas cuantas chicas más — dijo Loreto con aire culpable cuando entraron al vestíbulo del local.

—¿Cuántas chicas más? —preguntó Inés, con cierto fastidio.

—¡Sorpresa! —gritaron Nacha, Mónica, Carola y Alma, a destiempo y abalanzándose sobre ella.

Se abrazaron, se besaron, rieron y se volvieron a abrazar. ¿Cómo iba a enfadarse por eso? Se moría de ganas de verlas a todas. No pudo negar que sintió una punzada de pena mezclada con envidia al ver a Alma en bikini con su barriguita de veinte semanas, casi cinco meses de embarazo, y a Nacha, que había cogido bastante peso pero que estaba radiante a sus dieciséis.

Lo pasaron en grande. Inés recuperó la manicura francesa de sus manos y las uñas rojo furioso de sus pies, se pegaron un homenaje de comida italiana en el Tiramisú y fundieron las tarjetas en Agent Provocateur.

En un momento en que Inés se probaba un conjunto de tres piezas, con un liguero ancho que tapaba su cicatriz, Nacha se acercó a solas.

—Oye, Inés. No quiero que vuelvas a hacerme esto nunca más —dijo, dolida.

Ella alzó la mirada y dejó de colocarse las copas del sujetador.

—¿A qué te refieres?

—A que me has apartado de tu vida durante más de un mes. Ni me has devuelto las llamadas, ni me has dejado ir a verte a casa, ni nada de nada. —Nacha estaba enfadada. Podía verlo en sus ojos oscuros y acusadores. En el tono fiero de su voz—. He tenido que enterarme a través de Juan, que le preguntaba a Erik, o llamarlo a él para saber cómo estabas tú. ¡Somos amigas, joder!

Inés bajó la cabeza.

—Tienes toda la razón. No ha sido fácil para mí asumir que mis probabilidades de ser madre se han esfumado con la cirugía, y prefería no exponerme... Bueno, a verte a ti tan feliz. —Se sintió miserable, pero con Nacha podía ser sincera—. Pero todo eso ya pasó. ¡Superado! O, al menos, lo estoy intentando. ¿Me perdonas?

—Con una condición. Que seas madrina de mi niña.

—¿Es una niña? ¡Qué bien, enhorabuena! —Se abrazaron y dieron saltitos en el vestidor—. Por supuesto que seremos sus padrinos. Porque quieres que Erik sea el padrino.

—Había pensado en Miguel, pero sé que no vendrá por eso de China, así que Erik será un padrino genial.

Fue lo primero que quiso contarle cuando volvió, a las ocho en punto,

a su apartamento. Pero él no estaba allí.

Un poco enfadada, porque había abandonado a las chicas por el gancho del regalo, cortó las etiquetas de sus nuevos conjuntos de lencería y examinó el bolso que Loreto y Maia le habían regalado. Era elegante y práctico, seguro que lo había escogido su hermana. Después abrió la caja de galletas artesanas y comió un par. Las ocho y media. Cogió el móvil.

—Oye, llevo más de media hora esperándote. Que el regalo me da igual, ¿eh? Pero me estás dejando sola en la tarde de mi cumple —dijo fingiendo un tono pueril—. ¿Cuándo vienes?

—Estoy llegando. Tengo... unos problemas técnicos. ¡Eh! ¡No! —Inés se extrañó al escucharlo más lejos—. Perdona, se me ha caído el teléfono. En diez minutos estoy allí.

A los veinte, decidió no esperarlo. Se puso el pijama y examinó el contenido de la nevera. Reunió los ingredientes para unos panqueques rápidos y cotilleó el contenido de una caja de cartón con una pequeña tarta de chocolate. Metió el dedo en el *mousse*. Estaba exquisito. Solo por eso, le perdonaba la tardanza.

—¡Ya estoy aquí! Ven a ver. —Advirtió un tono ilusionado en su voz y salió de la cocina, intrigada—. Mira, acércate.

Llevaba entre los brazos una manta de lana gris engurruñada.

—Ehm, muy bonito. ¿Qué es? ¿Una manta o una bufanda?

—No, tonta. ¡Mira!

Inés se acercó y se inclinó sobre el bulto. De pronto, una bola de pelo de un dorado clarito se movió entre los brazos de Erik.

—Feliz cumpleaños, *kjaereste*.

—¡No me lo puedo creer! ¡Un cachorro! —gritó como una niña pequeña. Estiró las manos entre saltitos de entusiasmo y acogió al perrito entre sus brazos. Lo acercó a su rostro y recibió unos lengüetazos tibios que la hicieron estallar en carcajadas—. ¿Sabes que los golden retriever son de mis razas favoritas? ¿Cómo se te ha ocurrido algo así?

Erik soltó un suspiro de alivio. No las tenía todas consigo. Había llamado a Victoria para preguntarle, y ella, con su sentido práctico habitual, le hizo ver que quizá un perro no era lo mejor, viviendo en un piso, los dos

con horarios de trabajo pesados, y con todo lo que viajaban.

«¡Bah! Tonterías —había dicho el padre de Inés, que le arrebató a su mujer el teléfono—. Erik, si le llevas un cachorro a Inés, un pastor alemán o un golden retriever, la vas a hacer muy feliz».

—No pretendo sustituir nada —dijo Erik, abrazándola a ella junto con el cachorro también—. Pero creo que nos vendrá bien tener un poco de compañía antes de tomar decisiones más drásticas.

—No sabes lo mucho que te quiero ahora mismo, Erik —dijo Inés, abrumada de pronto—. No podías haber escogido un regalo mejor. ¿Cómo lo llamaremos?

—Es un pequeño cabrón. Me la ha montado buena en el coche. Se ha salido del trasportín y me ha mordisqueado todo el maletín del portátil —dijo Erik, sin soltarla. Qué curiosa sensación. Estar feliz porque el otro está feliz—. Y se ha hecho pis en la alfombrilla del asiento del copiloto, *Svarte Helvete!* Pero con esa cara de pillo que tiene, ¿quién le dice algo?

Inés lo alzó frente a ella y lo miró con ojo crítico. El cachorro emitió un par de ladridos juguetones y volvió a lamer su nariz.

—¿Qué te parece Loki? —dijo Inés.

—El dios de las bromas, las travesuras y la mentira. Todo un embaucador —respondió Erik con una enorme sonrisa—. Creo que no pudiste escoger un nombre mejor.



# Volver

Erik se sentía esperanzado. No podía creer el cambio que había operado el cachorro en Inés. Celebrar su cumpleaños, aunque fuese un poco a rastras, también había surtido un efecto positivo. Se levantaba temprano, él le contaba su plan de quirófanos y reuniones del día, y el café solitario de aquellas tres semanas en que bajaba a oscuras y sin hacer ruido para no despertarla comenzaba a tomar la forma de un momento lleno de luz.

Pero el viernes Inés se levantó de nuevo seria y preocupada. Contestaba con monosílabos y acariciaba distraída las orejas de Loki, sin escuchar ni una palabra de lo que él le estaba contando sobre el nuevo residente.

—Inés, ¿qué pasa? —dijo, endureciendo el tono de voz—. No quiero evasivas.

Ella soltó un suspiro y sonrió. Estaba preciosa. Aquella melena corta a la que aún no se acostumbraba le daba un punto *sexy* que lo empujaba a tocar las puntas disparadas a cada momento, pero, aunque había mejorado, todavía no había vuelto a ser la que era.

—No es nada. Hoy tengo que llamar a Andrea y decirle si quiero reincorporarme a trabajar o no esta semana —respondió después de un minuto de revolver el café, que ya debía de estar frío.

—¿Y? —presionó él. Quizá ya era el momento de que recuperase esa faceta de su vida, un paso más hacia la normalidad que tanto ansiaban los dos—. ¿Qué has decidido?

—No lo sé. Por un lado, me muero de envidia cada vez que me cuentas algo sobre tus cirugías, tus pacientes, ¡y estoy cansada de estar en casa! —dijo entre risas. A él se le derritió el corazón—. Los paseos con Loki me sientan bien, y ya no me canso. Creo que voy a decirle que vuelvo el lunes, pero no estoy segura.

—Llevas un mes desconectada, es lógico que al principio te cueste.

Prueba —dijo Erik, pragmático como siempre; no le veía tanto problema—. Si ves que es demasiado, vuelves a casa. No creo que Andrea te ponga pegas.

La cara de Inés se iluminó con una enorme sonrisa y lo abrazó con fuerza. Erik recibió, sorprendido, un beso delicioso con sabor a café en los labios.

—Gracias. No sé por qué, pero no se me había ocurrido. ¡Eso haré!

A veces los pequeños inconvenientes parecían bloquearla. Notaba a Inés más ansiosa, más irritable y mucho más sensible a la hora de discutir o al enfrentar un pequeño problema. Esperaba que en ese sentido se recuperase pronto también.

Por la tarde, Inés se animó a dar una vuelta por el Parque Bicentenario. Había decidido volver a trabajar el lunes y hablar con su tutora la había aliviado. A él le parecía que era demasiado pronto. Estudiaba todas sus reacciones, se acompañaba a su paso y se detenía con la excusa de mostrarle algo, comprobar su teléfono o acariciar a Loki para que ella tuviera un momento para descansar.

—¡Venga, vamos! —lo animó ella en un momento en el que quiso mirar más de cerca una de las esculturas del parque—. Hoy estás hecho un muermo, ¡te echo una carrera! —Esprintó hacia adelante entre risas y Loki dio un ladrido y salió corriendo detrás. Él se quedó quieto, con una enorme sonrisa, mientras contemplaba su silueta alejarse por la senda.

Todo saldría bien.

Excepto las noches.

En tan solo una semana con el cachorro se habían transformado en un infierno. Habían discutido razonablemente porque Inés quería mantenerlo dentro del piso y él insistía en que durmiese en la terraza. Después de todo, estaba cerrada con paneles de cristal y estaba bien protegido, pero ella no quería dar su brazo a torcer. Llegaron al acuerdo de que dormiría en su cesta en la cocina. Pero aquello iba de mal en peor.

Unos aullidos desgarradores se colaron por la escalera de caracol, e Inés se revolvió en la cama. Le partía el corazón escuchar a Loki llorar con tanta pena. Se movió con cuidado para coger el móvil: eran las dos y veinte de la mañana y gimió mentalmente al pensar en levantarse al día siguiente a trabajar.



—*Svarte Helvete!* —musitó Erik a su lado. También estaba despierto.

—Grandullón, ya sé que quedamos en que lo educaríamos y que tenía que dormir en su cestita, pero ¿no podemos hacer una excepción por esta noche? —pidió Inés en voz baja.

—No. Te conozco —gruñó, enfadado—. Si hacemos una excepción hoy, tendremos al perro en la cama hasta el fin de nuestros días.

Ella reprimió una risita, seguro que ahora no le parecía tan tierno. No insistió; los aullidos del cachorro eran cada vez más tristes y desolados, pero Erik no se ablandaba.

—De acuerdo. Imagino que será cuestión de tiempo. En tres o cuatro semanas seguro que duerme tranquilo —dijo con tono resignado. Quizá debió decir seis—. Intentemos descansar un poco.

Loki podría ganarse un premio de arte dramático con su desesperado lamento. Erik soltó una retahíla de juramentos en noruego.

—Vale. De acuerdo. Por esta noche, ¡como excepción!

Inés sonrió en la oscuridad y bajó corriendo las escaleras. Cuando abrió la puerta de la cocina, Loki se arrojó a sus pies y le contó con un coro de ladridos y aullidos lo contento que estaba de verla y lo muchísimo que sufría.

—Ven aquí, chiquitito.

La bolita de pelo se quedó tranquila en cuanto lo cogió entre los brazos, pero Erik tenía razón. Si lo acostumbraban a dormir en la cama, sería difícil corregir el comportamiento. Cogió la cesta y la manta gris impregnada con el olor de su madre y lo metió dentro.

—Quieto, que te vas a caer —murmuró Inés, llevándolo todo escaleras arriba.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Erik, incorporado en la cama.

—Voy a poner su cesta encima de mi alfombra, así, cuando lllore, podré acariciarlo desde la cama.

—Mañana lo metemos en la habitación de abajo y cerramos la puerta —dijo él adormilado—. No puede quedarse con nosotros.

Por supuesto, a la mañana siguiente, el cachorro dormía enroscado en el hueco de la cama entre sus piernas.

—¿Cómo ha llegado hasta ahí? —preguntó Inés, sorprendida. Lo acogió entre los brazos cuando el cachorro escaló por el edredón nórdico para llegar hasta ellos—. Me quedé frita y no volví a escucharlo.

—Cuando se puso a llorar a las cinco de la mañana, yo lo subí a la cama —confesó Erik con cara de póquer. Inés se mordió la lengua para no reír—. Como excepción.

La rutina de la mañana con las duchas, vestirse y el café estuvo aderezada con la alegría de tener a la bola de pelos correteando entre sus pies. Solo tuvieron que lamentar un par de charcos en el suelo, pero Erik se encargó de dejarle claro que tendría que orinar en los papeles de periódico dispuestos en el baño.

—*Dårlig hund!* ¡Perro malo! —dijo, enfadado porque había resbalado al pisar el regalito al pie de la escalera—. ¡Eso no se hace!

Inés protestó al ver cómo le metía el morro en el pis y luego lo llevaba a los periódicos extendidos.

—¡Me parece muy cruel! ¿Tú crees que te entiende? —dijo desde el marco de la puerta.

—Por supuesto que me entiende. Si no lo educamos, tendremos charcos de estos repartidos por toda la casa —dijo Erik, lavándose los pies en la ducha con fastidio evidente—. He hablado con Berta para que lo saque a la plaza. Por la tarde lo llevaremos nosotros al Bicentenario otra vez.

En el ascensor, la ansiedad de Inés comenzó a acrecentarse. Más que respirar, resoplaba. Y no paraba de comprobar el estado de su ropa o su maquillaje en el espejo.

—Estás muy guapa —dijo Erik, que abrió la puerta del coche para que subiera y acarició las ondas de su melena—. Te has arreglado mucho.

Inés lo besó con cuidado de no mancharlo con el carmín. Era cierto. Se había arreglado mucho más de lo que solía hacerlo. Había escogido un vestido negro de manga corta, escote en uve y falda ceñida, y se había puesto unos tacones negros y sobrios, pero de una altura bastante llamativa. No solía maquillarse demasiado para ir al hospital, pero esta vez, se esmeró. Se subieron al coche y enfilaron al San Lucas. En menos de diez minutos estarían allí. Erik la miraba de reojo de vez en cuando y ella bajó la cabeza en signo de derrota.

—Necesito verme bien por fuera —confesó, sabiendo que él esperaba una respuesta—. A veces, cuando no te sientes bien por dentro, esmerarse un poco por fuera ayuda a que las cosas mejoren.

Él sonrió y posó la palma de la mano sobre su rodilla y apretó con suavidad. Inés recorrió las líneas tortuosas de sus venas.

—No te preocupes, lo harás bien porque te gusta tu trabajo. Cuando yo estuve los primeros tres meses sin licencia en Oslo... —Se detuvo un instante al ver que ella alzaba los ojos, sorprendida y él sonrió, avergonzado—. Ya sabes, cuando mandé a un colega al hospital de una paliza. Antes de venirme a Chile, estuve suspendido sin trabajar y pensé que me volvería loco. Volver a meter las manos pareció devolver todo a la normalidad. A ti te pasará igual.

Inés recordó esas palabras cuando, después de recibir los saludos y bienvenidas de Andrea junto con el resto del equipo de Medicina Fetal, se sentó frente al ecógrafo para valorar a la primera paciente. Cuando cogió el transductor en la mano, pareció que los astros que regían su vida se alineaban, que todo cobraba sentido. Que volvía a ser Inés.

Cuando Erik llegó a casa de trabajar, Inés estaba en cama, ya durmiendo, aunque no eran ni las nueve de la noche. Sonrió al ver que le había dejado un vaso de zumo de naranja en la nevera con una nota adhesiva amarilla.

«No estoy agotada, ¡estoy MUERTA! Pero todo ha ido bien. Te quiero».

El martes fue un poco mejor y pudieron dar un paseo después del hospital, pero Inés bostezaba más que hablaba y solo comió unos pocos bocados a la hora de cenar. Estaba contento de que hubiese vuelto al trabajo, pero en cierto modo, echaba de menos que ese factor no interfiriese en el tiempo que compartían juntos. Al menos, en lo que se refería a Inés, porque él tampoco había parado. El mes de marzo traía normalidad, la vuelta del personal de sus vacaciones y la reinstauración de la rutina. Pero él, entre la jefatura y los quirófanos, trabajaba cada vez más.

El miércoles por la tarde lo tenía libre y echaba de menos sus largos paseos por el Parque Bicentenario, en los que su única preocupación era vigilar a Loki.

—Esta tarde llego temprano, ¿vamos al Bicentenario y cenamos allí en alguno de los puestos? —preguntó, ilusionado. Inés tomaba el café de pie frente a la barra al tiempo que se arreglaba el pelo en el reflejo del aparador de cristal.

—Esta tarde yo no puedo, tengo consulta en la privada de Garay —dijo ella, con una sonrisa triste—. Volveré a la hora de cenar. ¡No pongas esa cara! Aprovecha la oportunidad y lleva a Loki, a ver si así os hacéis más amigos.

Erik volvió a gruñir. Adoraba al cachorro y adoraba todavía más el efecto que tenía sobre Inés, pero enseñarle unas mínimas normas de convivencia estaba resultando mucho más difícil de lo que pensaba. Después de aguantar derrames por toda la casa, ahora se turnaban cada mañana para sacarlo a la plaza a primera hora. La idea de los periódicos había sido un fracaso total. Lo dejaron aullando al otro lado de la puerta y se marcharon al hospital.

Se despidieron en la entrada del San Lucas con un beso apresurado y la promesa de intentar verse para tomar un café, aunque era raro que pudiesen lograrlo.

Inés sentía que ya lo tenía todo más o menos bajo control. Andrea la había supervisado el primer día, pero a partir del segundo ya la dejó sola con las ecografías; sospechaba que lo había hecho más por cerciorarse de cómo estaba ella que de comprobar si hacía las cosas bien, y ella se sentía segura. Pero cuando terminaron con la última paciente, Inés se dejó caer en la butaca, derrengada.

—Estoy agotada —confesó cuando Andrea pasó a buscarla a su despacho—. Me está costando un poco recuperar el ritmo.

—Llevas solo tres días, ve con calma. ¿Quieres empezar en mi consulta la semana que viene, mejor? —ofreció su tutora, que se sentó en el borde de la mesa mientras ella terminaba de apagar el ordenador y recoger los papeles—. No hay prisa, Inés.

—No. Quiero ir. Cuanto antes recupere la normalidad, mucho mejor. Así tengo menos tiempo para pensar.

En el coche, Inés le contó de Loki y las aventuras de su llegada a casa. Echaba de menos a Erik y lo echaba de menos a él, y lo demostraba hablando de ellos sin parar. Andrea reía con sus ocurrencias.

—Pero no me puedo creer que haya sido tu cumpleaños y ni siquiera me avisaras, Inés —dijo su tutora con cierto aire de reprimenda—. Te hubiera llamado, al menos para saludarte.

Inés se encogió de hombros.

—Si te digo la verdad, no tengo demasiadas ganas de celebrar.

Andrea asintió sin decir nada y sobre ellas se cernió el recuerdo de sus días hospitalizada. Lo disipó agitando las puntas de su melena corta y con una enorme sonrisa.

Entraron juntas al apartamento que hacía las veces de consulta en el bajo de un moderno edificio en la calle Vitacura. La habitación de la derecha, nada más entrar, tenía una puerta amplia que dejaba ver una sala de espera con una pequeña biblioteca con volúmenes sobre maternidad y embarazo. Saludó con una sonrisa a las pacientes que esperaban.

Lo que parecía haber sido una cocina era la recepción donde la enfermera, que hacía las veces de secretaria, tenía a su disposición un moderno ordenador. El salón estaba dividido en dos ambientes, el primero era un despacho, y el segundo, al fondo de la estancia, era la sala de exploración y procedimientos. Solamente ecografía fetal de alta resolución. Lo mismo que hacía en el San Lucas, pero ganando mucho, mucho más dinero.

Las dos primeras pacientes eran mujeres que Andrea conocía por embarazos anteriores atendidos por ella, y no encerraron ninguna dificultad. Se tomaron un café mientras llegaba la siguiente.

—¿Qué te parece el mundo de la privada? —preguntó su tutora con curiosidad—. Me interesa tu opinión, nunca sabes cuándo puedes necesitar una socia.

—Diferente. Y rentable. Reconozco que cuando supe lo que cobrabas por consulta, casi me atraganté —confesó Inés mientras Andrea daba el visto bueno al cuadro de cuentas del mes anterior, revisando facturas de febrero—. ¿Por qué no te dedicas solo a la privada? Ganarías mucho más.

Andrea se echó a reír y guardó el archivador junto a los libros de Ginecología y Obstetricia en una moderna estantería de acero y cristal.

Parecía satisfecha con el resultado. Se puso la bata blanca e impecable, entallada a la cintura y con su nombre bordado en azul marino, y se sentó en su butaca de cuero. Toda la consulta exudaba profesionalidad y sofisticación en cada detalle, y no solo en el mobiliario, sino en los ecógrafos, monitores y camillas electrónicas de última generación.

—La consulta privada y el hospital tienen una relación simbiótica, Inés —explicó su tutora mientras buscaba en el ordenador los datos de la siguiente embarazada y los introducía en el ecógrafo—. Si identifico un diagnóstico complicado aquí, seguramente la paciente querrá que yo la siga en el San Lucas. Otras veces, son mujeres que he visto en el hospital y que prefieren un seguimiento más estrecho y personalizado.

Inés asintió sin comprometerse demasiado. Le parecía un aspecto demasiado comercial de la medicina, al que no estaba acostumbrada. Que Andrea cobrase doscientos cincuenta dólares la primera consulta y doscientos las sucesivas lo dificultaba aún más.

—¿Pasas a la siguiente paciente? Espera, es una interconsulta de una colega. —Se apoyaron en la mesa, juntaron las cabezas sobre el papel con membrete de otra ginecóloga e intentaron distinguir lo que decían los trazos ilegibles—. Algo del corazón, no sé qué de las cuatro cámaras. ¡Argh! Odio a los médicos —soltó Andrea, exasperada.

—Asimetría ventricular y dudas en la visualización de las cuatro cámaras —dijo Inés, que intuía más que leía lo escrito en la interconsulta.

—La paciente perfecta para ti. ¿Haces tú la ecografía? Mientras, yo completo la historia clínica. —Apretó un pequeño intercomunicador sobre la mesa—. Haz pasar a Paloma García, por favor.

Tras el clic metálico al colgar, no tardó en entrar una mujer de movimientos tímidos y aspecto de estar bastante preocupada. Sonreía nerviosamente y se apartaba una y otra vez el pelo de mechones rubios que le caía sobre la cara. Estaba incómoda con la bata rosada de la consulta. Inés calculó con resignación que debía de pesar unos cien kilos. Aquello dificultaría la visión del bebé a través de su abdomen.

—Hola, Paloma. Yo soy Andrea Garay y ella es mi colega, Inés Morán. —Andrea le había dejado claro que prefería no revelar su condición de residente, e Inés, aunque no se sentía cómoda con ello, aceptó no decir nada. Después de todo, era pediatra titulada—. Tu obstetra te envía para una

ecografía fetal de alta resolución. La doctora Morán comenzará la ecografía mientras yo te hago unas preguntas, ¿te parece bien?

Inés sonrió, tranquilizadora, y señaló la suave camilla articulada.

—Claro, doctora. Doctoras —corrigió de inmediato, y se ruborizó—. ¡Qué agradable! Nada que ver con las de plástico cubiertas con papel reciclado del hospital —dijo, impresionada, la paciente—. ¿Me subo el camisón?

—Te taparé con una sabanilla cuando estés cómoda. ¿Estás bien así?

—Estoy bien. Pero estoy muy nerviosa. Mi doctora me dijo que pasaba algo en el corazón del bebé.

—Tu doctora no veía bien el corazón y por eso estás aquí. No tiene por qué ser algo malo —interrumpió Andrea, que se acercó a ellas con una *tablet* entre las manos—. Dime, ¿has estado hospitalizada alguna vez?

—Seis veces. Sin contar con los ingresos de corta estancia para los tratamientos.

—¿Tienes alguna enfermedad crónica? —dijo Andrea, sin inmutarse. Pero Inés advirtió, en la pausa casi imperceptible antes de la pregunta, que aquel dato la había sorprendido.

—No. Al menos, no la han encontrado. Los ingresos son para tratamientos de infertilidad. Las hospitalizaciones fueron en tres ocasiones por amenaza de aborto, para reposo estricto —dijo Paloma. A medida que hablaba, su voz perdía fuerza y comenzaba a temblar—. Las tres veces acabé abortando antes de las veinte semanas.

—Lo siento mucho, tienes una historia obstétrica muy complicada —dijo Andrea, y apoyó la mano sobre su hombro. Inés escuchaba con atención mientras se afanaba en obtener imágenes de la ecografía—. ¿Las otras?

—Un poco de todo. Pruebas médicas, otro aborto retenido y... Lo siento, he perdido la cuenta —dijo, y negó con la cabeza con impotencia—. Tengo cuarenta y ocho años y llevo dieciocho tratando de ser mamá. Esta parece ser mi última oportunidad. —Intentó bromear, pero su sonrisa se rompió en una mueca amarga.

Inés sintió cómo su estómago se anudaba y tragó saliva. No podía dejar entrever lo mucho que la estaban afectando sus palabras. Casi dos décadas intentando tener un hijo y con un recorrido fatal. Hizo un cálculo

mental rápido y perdió por un momento la imagen en el ecógrafo, porque su mano resbaló en el abdomen de la mujer. Había empezado con los tratamientos a la misma edad que tenía ella ahora.

—Inés, ¿qué ves? —preguntó su tutora, ajena a su tormenta emocional.

Ella recompuso sus defensas, vistió su rostro con una sonrisa profesional y giró la pantalla del ecógrafo hacia ellas para mostrarles las grabaciones.

—Aquí tenemos el corazón, ¿ves esta cruz que lo divide en cuatro partes? —señaló en la imagen congelada de la pantalla—. Estas dos son las aurículas, son más o menos iguales en tamaño, ¿te fijas? —Paloma asintió en silencio, atenta a la imagen—. Aquí debajo están los dos ventrículos. Y también deberían ser más o menos iguales, pero ¿ves el izquierdo? Es un poco más pequeño. Hay que hacer unos pequeños cálculos para saber cuánto más pequeño, pero hay una asimetría.

—¿Eso qué quiere decir?

—Quiere decir que tendremos que vigilar muy estrechamente el corazón de tu bebé. A veces pequeñas asimetrías se corrigen o no empeoran a medida que avanza el embarazo —informó Inés, alentada por su tutora, que la escuchaba también con atención—. Otras veces, el ventrículo no crece, se hace cada vez más pequeño en comparación con el resto del corazón, y puede constituir un problema al nacer.

—No puede ser. ¡Todo parecía ir tan bien! —dijo la paciente, negaba con la cabeza y exhibía una expresión incrédula—. Nunca había llegado a las veinticuatro semanas y ahora esto.

—No sabemos aún cómo va a evolucionar, es mejor no adelantar acontecimientos. —Inés sentía que comenzaba a sudar frío por la espalda y tuvo que hacer un esfuerzo para que no le temblara la voz. Andrea tenía los ojos clavados en ella y la boca bien cerrada—. Tenemos que volver a verte en un plazo máximo de dos semanas, y volver a tomar medidas de tu bebé y del corazón.

—Doctora, yo no puedo permitirme pagar esta millonada cada dos semanas. No se ofenda —dijo Paloma, esta vez sin esconder la amargura en el tono—, pero creo que volveré con mi ginecóloga de siempre. Ella sabrá qué hacer.



Inés se rindió y miró a su tutora en busca de ayuda. Para eso sí que no tenía respuesta. ¡Maldita mierda! En España o en Noruega, cualquiera podía acceder de manera gratuita a una consulta de alta resolución.

—No es necesario que vengas a mi consulta privada, Paloma —dijo Andrea, con tono tranquilizador—. Puedo verte en el San Lucas por tu seguro y hacerte el seguimiento allí. No hay problema en que vuelvas a tu médico, es una excelente ginecóloga, pero ella te ha derivado aquí por una buena razón. Soy la mejor.

Vaya. Inés admiró el temple de su tutora. Lo había dicho con una ausencia absoluta de arrogancia, entendía que para darle seguridad a la paciente, que no paraba de temblar.

—¿En serio? No lo había pensado —respondió la mujer, que sonrió con un nuevo brillo de esperanza en los ojos.

—Elaboraré un informe para tu obstetra. Ella hará las gestiones necesarias para derivarte al San Lucas. —Andrea hablaba con calidez, pero con seguridad. Exactamente lo que la paciente necesitaba—. Espero verte en un máximo de dos semanas, ¿de acuerdo? Mientras, cuídate mucho e intenta disfrutar de tu bebé.

—De acuerdo. Mil gracias, doctoras. Gracias.

Esperaron a que saliese del despacho para intercambiar impresiones. Inés comprobó las mediciones que había tomado y negó con la cabeza.

—Es difícil afirmarlo con seguridad. El defecto está ahí, pero todas las medidas son más pequeñas de lo normal. Hay que volver a verla. —Le tendió a su tutora las imágenes y las mediciones para que elaborase el informe—. El bebé tiene un crecimiento intrauterino retardado, al menos en esta ecografía.

—Estoy de acuerdo. Esperemos al siguiente control para afinar el diagnóstico y trazar un plan para el seguimiento en el San Lucas —dijo Andrea, que guardó todo en una carpeta dentro de su bolso—. Un caso muy complejo. Bien hecho, doctora Morán.

Cuando llegó a casa, seguía con el caso de Paloma dentro de su cabeza, en bucle. Se descalzó en la entrada y comprobó, con extrañeza, que todos los zapatos que tendían a estar alineados en el cuarto de baño estaban metidos dentro de la bañera. Dejó sus tacones ahí también.

Entró en el salón y sonrió. Erik no la había sentido llegar. Leía algo en el ordenador, con el ceño fruncido y muy concentrado, con los cascos puestos. No se veía a Loki por ninguna parte.

—Hola, grandullón —saludó, acercándose intrigada—. ¿Qué tal sin mí? He pedido comida china mientras venía en el taxi. Llegará en un rato, ¿te parece bien?

Erik se quitó los cascos y sonrió, pero no se levantó para saludarla, así que acabó por acercarse hasta allí.

—Me parece bien —dijo él en voz baja.

—¿No me vas a dar un beso de bienvenida? —protestó Inés al ver que seguía sin moverse—. Llevo todo el día echándote de menos.

Erik se echó hacia atrás en la silla y descubrió a la bola dorada que dormía en su regazo.

—Hemos ido al parque Bicentenario y creo que lo he agotado. A ver si así no disipa energía destrozando zapatos y mobiliario —dijo él, con cara de circunstancias. Alzó la boca con una sonrisa ladeada e Inés lo besó con ternura. «Míster Excepción». Loki lo tenía en el bote—. No te rías, han caído algunos de los tuyos.

De pronto, el cachorro alzó la cabeza y se incorporó en un gesto brusco casi cómico.

—¡Eh! ¡Que te caes! —dijo Erik, alarmado, al ver que se despatarraba hacia el suelo desde sus muslos—. Vaya, se nota quién es su favorita. Menudo traidor.

Loki soltó una retahíla de ladridos de felicidad y chocó con los pies de Inés, que lo cogió en brazos. Recibió entre risas los besos perrunos en su boca y en su nariz.

—Es una delicia. No sabes lo feliz que estoy de que me lo hayas regalado —soltó Inés en un arranque de sinceridad. Erik le guiñó un ojo y sonrió con arrogancia.

—Ya lo sabía. ¿Qué tal la consulta con Garay?

—Interesante. Muy interesante. En un par de semanas, igual te pedimos opinión sobre el bebé de una de las pacientes —dijo Inés, dejando que Loki correteara por el salón—. Tiene una asimetría en los ventrículos.

—¿Es un ventrículo izquierdo hipoplásico? —Inés sonrió al ver el brillo de interés en su mirada. Su especialidad.

—Aún es pronto para saberlo, pero sí. Ya te contaré.

El resto de la semana se hizo lenta y pesada, con mucho trabajo en el hospital. Inés notaba que recuperar el ritmo se le hacía cuesta arriba y terminó el trabajo del viernes exhausta y agobiada. Erik ya estaba en casa cuando ella llegó, y bajaba de la habitación las mochilas que habían preparado para el fin de semana. Con la excusa de sacar a Loki fuera de la ciudad, propuso subir a la casa de Farellones.

—¿Ya nos vamos? —Inés le dio un beso en los labios y lo abrazó.

Había aceptado el plan sin pensarlo demasiado, pero a medida que se acercaba el momento de marcharse, un sentimiento de aversión comenzó a fraguarse en la boca de su estómago.

—Sí. Tengo el coche cargado con todo. Solo faltan estas dos mochilas y mi ordenador —dijo Erik, ansioso como siempre de volver a las montañas—. ¿Necesitas algo?

Se quitó los zapatos de tacón y los dejó encima de la mesa del salón para mantenerlos a salvo de los dientecillos afilados del cachorro, que revoloteaba entre sus pies lanzando ladridos de bienvenida.

—Solo necesito sentarme un rato y poner las piernas en alto. —Se desplomó en el sofá y cogió en brazos a Loki, que llevaba con la nariz pegada a sus talones para reclamar su atención desde que había entrado en el apartamento—. Estoy agotada. ¿Y si nos quedamos aquí?

Erik se sentó junto a ella y reclamó sus pies sobre el regazo. Comenzó a masajear las plantas e Inés ronroneó de placer. Seguía poniéndose taconazos todos los días y era consciente de que se arreglaba demasiado para ir al hospital, pero aquella fachada agresiva marcaba distancia con el resto de

personal y, mientras continuase su efectividad, lo seguiría haciendo.

—Inés, sé que es difícil para ti, pero tarde o temprano tenemos que afrontarlo —dijo él tras unos minutos de masaje—. Para mí también lo es. Antes de tu hospitalización, todos los recuerdos asociados a la casa eran buenos, ¿no podemos quedarnos con eso y crear otros nuevos para compensar lo que pasó?

—Tienes razón, pero es muy pronto —protestó Inés, a falta de una razón mejor—. Está todo demasiado reciente.

—Cuanto antes, mejor. Pasar el mal trago y, después, disfrutar de la casa, del buen tiempo y de las montañas —tentó Erik, que intensificó el masaje sobre sus pies—. Encenderemos la chimenea del salón y veremos una película en la pantalla gigante.

Inés frunció los labios en un mohín de disgusto. Las propuestas eran tentadoras, pero en su cerebro dibujaba un gran «NO» de neón.

—Y si no, ¿qué hacemos? ¿Vender la casa? Ya ha pasado un mes y medio —dijo Erik, atrapando el empeine de uno de sus pies con la mano—. Tenemos que volver.

Inés asintió con mala cara y se levantó del sofá. Erik tenía razón.

## *Charlas macabras*

Una punzada de nostalgia la sorprendió cuando llegaron frente al portón de entrada, de hierro forjado y madera. Todo era tan familiar que olvidaba que aquella casa era de Erik. La sentía suya. La carretera empinada y sus peligrosas curvas, el olor a nieve, la mole majestuosa de granito gris que se alzaba hacia el cielo... Pero todo se teñía aún con un velo rojo de dolor y sangre.

—Para un momento, por favor. Quiero bajarme aquí —dijo en voz baja. Llevaba todo el camino muy callada y tuvo que aclararse la garganta antes de hablar.

Erik detuvo el coche frente a la puerta y apoyó una mano sobre su muslo.

—¿Te has mareado?

Inés sonrió y entrelazó sus dedos con los de él. Adoraba que tuviese las manos tibias, incluso cálidas, cuando ella siempre las tenía frías.

—No, no es eso. Solo quiero respirar.

Cogió su cazadora y se bajó para caminar hasta el otro lado de la carretera. Hacía frío, ya caía la tarde y estaban a casi tres mil metros de altitud, así que agradeció cuando Erik la alcanzó y la cobijó bajo su brazo.

—Tengo ganas de esquiar —confesó, como reacio a reconocerlo. La besó en el pelo y prosiguió—. En Noruega me supo a poco, estaba más pendiente de controlar a los enanos que de disfrutar. El invierno pasado no estuvo mal, ¿verdad? —dijo con una sonrisa traviesa. Inés sonrió a su vez. Lo habían pasado de lujo. Tanto con el esquí como con otras actividades al aire libre.

—Subir a casa de los padres de Dan siempre es genial.

—Sí. Pero este año, tú y yo nos quedaremos aquí. Podemos ir a esquiar con ellos, o que vengan a comer o a cenar —dijo él, con las cejas alzadas y una sonrisa mordaz—. Por la noche, cada uno a su casita y a vivir

tranquilos.

Inés se echó a reír con ganas. Siempre su vikingo gruñón.

La caída de la tarde teñía las cimas blancas de Los Andes con tonos lilas y anaranjados. El aroma metálico de la nieve y la piedra la envolvió al respirar hondo el aire frío de las montañas.

—¿Estamos bien? —preguntó Erik tras un rato. Inés sonrió ante su expresión preocupada y suspicaz. Quizá no fuera muy expresivo con las palabras, pero cuando hablaba, siempre significaba algo. Y su falta de locuacidad se compensaba con la mirada de sus ojos azules.

—Esto es como un rito purificador. Me refiero a venir a la montaña. Soy de mar, de sol, de sal y coco en la piel, ya lo sabes —dijo Inés, estrechándose aún más contra el costado de su cuerpo—, pero contigo he redescubierto todo esto.

—Me alegro —dijo con una sonrisa en los ojos. La besó en la frente y señaló hacia la casa—, pero me estoy pelando de frío y hace un buen rato que hemos perdido de vista a Loki. Vamos dentro.

—¿Frío? ¿Tú? Me he acordado de Peta. ¡Vikingo de pacotilla! — Caminaron hacia la entrada. El aire la había vigorizado y notaba que sus percepciones se agudizaban. Escuchó con extrañeza el crujido de sus pisadas sobre la gravilla del borde de la carretera. Poco a poco se libraba del embotamiento en que la había sumido la hospitalización—. Es lo que ocurre cuando estás a tres mil metros de altitud y vienes en manga corta, ¡ponte aunque sea un jersey!

Descargaron el coche y Erik fue con Loki a dar su vuelta rutinaria de inspección por el jardín. Inés aprovechó para subir a la habitación y enfrentar a solas el escenario donde se había iniciado uno de los momentos más duros de su vida. Con el primer aborto no había tenido tiempo para pensar demasiado, y entre Erik y ella había más incertidumbre que certeza. Esta vez había sido más doloroso porque se permitió disfrutarlo; hacer planes, contárselo a todos, soñar con nombres y compartir todo aquello con él. Había sido una semana maravillosa. Y la caída, brutal y cruel.

Todo estaba en orden. Recordaba vagamente haber dejado la cama sin hacer y las toallas en el suelo con las prisas, y ahora todo estaba en su lugar. Abrió la puerta del cuarto de baño. Impecable. Su garganta se cerró con congoja al recordar el momento de pánico al ver sus bragas teñidas de sangre,

pero el paisaje que se veía desde la ventana cuadrada la distrajo con un precioso atardecer sobre las montañas. Abajo, en el jardín, Erik cambiaba una bombilla en uno de los pilares que iluminaban el jardín, con Loki brujuleando alrededor.

—¡Cuidado, no te vayas a electrocutar! —dijo en broma, asomada a la ventana.

Él miró hacia arriba e hizo un gesto con la mano.

—Será mejor que vengas a ayudarme y a vigilar la caja de herramientas, Loki lo intenta, pero preveo... —le quitó al cachorro un martillo de la boca, con el mango de madera ya todo mordisqueado—, que no vamos a ser buenos compañeros de trabajo.

Inés bajó y cambiaron juntos un par de bombillas fundidas, encendieron la chimenea, prepararon algo de cenar. Inés se sentía protegida por la rutina y los detalles de la convivencia, incluso allí. Los malos recuerdos se difuminaban y otros, vívidos y felices, tomaban su lugar.

—Este sofá que hemos escogido es comodísimo —dijo Erik, desplomándose sobre los cojines y extendiendo los brazos sobre el respaldo—. ¿Qué falta por llegar de los muebles que compramos?

Inés comprobó en su teléfono el *email* del pedido que habían hecho aquel fin de semana aciago. El sábado celebraban los treinta y nueve años de Erik y el domingo acababan en el hospital. Pero por algún motivo, quizá por el tiempo, o porque físicamente se encontraba bien y su alma iba sanando, todo aquello comenzaba a perder importancia.

—Faltan las lámparas, las alfombras de las habitaciones de arriba y un aparador para los libros del salón —dijo Inés, acomodándose a su lado. Subió las piernas al sofá y se recostó en amplio pecho masculino—. Llegarán esta semana.

Erik programó *Caring is creepy* de The Shins, y escucharon el rock en silencio, viendo el crepitar de las llamas. Loki descansaba frente al fuego, pendiente de ellos y agotado por el ejercicio al aire libre y la altura.

—Está precioso, ¿verdad? —preguntó Inés, señalando al cachorro. Pero Erik tenía la frente arrugada y los ojos azules clavados en el fuego. La luz cálida que emitía arrancaba de su mirada destellos violetas y lo estudió, fascinada—. Ya sé que no te gusta que te lo pregunte, pero ¿en qué piensas?

Erik apretó los labios unos segundos y después se volvió hacia ella.

—Ya que estamos enfrentando cosas duras, ¿qué quieres hacer? — Inés tardó un instante en entender a lo que se refería—. He estado leyendo los folletos que nos dio Andrea y tenemos muchas opciones. Probar tratamientos de fertilidad, adoptar...

Inés cerró los ojos. Lo odió por sacar el tema, pero lo amó todavía más. Erik era valiente y enfrentaba la situación. Ella quería... ¿cómo decía Loreto? Meter la cabeza en un agujero en el suelo, cual avestruz, y eludir el problema. Suspiró.

—No lo sé, Erik. No puedo pensar en eso ahora, me da miedo — replicó, apocada y rehuyendo sus ojos azules e inquisitivos—. Es muy pronto aún.

—¿Miedo a no lograrlo?

Inés asintió.

—Tengo miedo a intentarlo, que pase lo mismo otra vez, y enfrentar de nuevo la pérdida —aceptó, sin ambages—. Pero no es solo eso. Tengo miedo a que me pase algo malo. Miedo a morir.

—¿Pensaste en algún momento que eso iba a pasar? Porque yo sí — dijo él, que de pronto estaba serio y circunspecto—. Cuando te reanimaron en la puerta de Urgencias, yo... —Luchaba para encontrar las palabras e Inés advirtió la tensión violenta de su cuerpo al recordarlo. Lo abrazó con fuerza—. Pensé que te perdía de verdad. Recuerdo que hice promesas estúpidas al universo.

—Yo no lo sentí así, en lo único que podía pensar era en que estaba perdiendo al bebé —dijo Inés con tristeza—. Me di cuenta de la gravedad de lo que me había pasado después, cuando me levantaron los apósitos en la UCI y vi por primera vez la herida. Cuando Andrea me informó de lo que había ocurrido en el quirófano y cuando vi las analíticas de mi anemia en el ordenador.

—Voy a hacer un testamento. Tú también deberías hacer uno —soltó Erik, dando un giro brusco en la conversación—. Si me pasa algo, quiero dejarlo todo atado.

Inés se echó hacia atrás en un gesto inconsciente de rechazo. No. Eran jóvenes, ¡tenían toda la vida por delante!



—Erik, lo que me ha pasado es una puta mala suerte —dijo con amargura—, no creo que me pase de nuevo y, desde luego, es algo que no te va a pasar a ti.

—Inés, ya tengo treinta y nueve años y todo esto me ha hecho pensar. Te considero mi mujer y quiero que eso se vea reflejado por escrito si pasa algo. —Se detuvo e hizo girar el anillo de pedida que Inés llevaba en su anular izquierdo, que no se quitaba ni para dormir—. ¿Has pensado en mi propuesta?

—¿Hoy es el día de las preguntas incómodas? —preguntó ella con cierta malicia. Los dos se echaron a reír, pero las risas no disiparon el aire interrogante que quedó flotando en el ambiente—. ¡Ay, Erik! —suspiró—. No quiero que nos casemos por las razones equivocadas, ya te lo dije. Siempre me has dicho que el amor no debe llevar etiquetas y que a ti no te hace falta ningún papel que te diga lo que somos.

—Pero sé que es importante para ti. Vamos, Inés, vi tu cara cuando Nacha llegó al altar el día de su boda —dijo, hundiendo el dedo índice en su costado para hacerla reír—. También nos haría las cosas más fáciles en el San Lucas, Guarida me lo dijo. Si oficializamos nuestra relación, desaparece el riesgo de que nos amonesten —dijo él con un tono razonable. Inés se echó a reír. No tenía remedio, siempre vikingo hasta la médula.

—Es una buenísima razón, pero sigue siendo una razón equivocada. —Verlo trazar un mohín de tristeza la ablandó, y se incorporó un poco sobre las rodillas para abrazarlo y besarlo en los labios—. Sabes que quiero casarme contigo. Pero no ahora. Y no por estas razones. Dejémoslo para más adelante, para cuando todo esto se haya disipado un poco y yo esté algo mejor.

—Bien.

—¡Un poco más de efusividad, por favor! —se quejó Inés, dándole una palmada en el pecho y riendo con resignación. Erik alzó las cejas con gesto de no entender y ella lo abrazó de nuevo y lo besó—. No pasa nada. Ya le pongo color yo por los dos.

—Inés, si me llega a pasar algo, quiero donar todos mis órganos para trasplante —dijo, volviendo al tema inicial de conversación. Inés suspiró. Así era él y así tenía que amarlo—. Y los restos, a la ciencia. Si queda algo, que lo incineren y tú te encargas de esparcirlo por las montañas.

—¿En Chile o en Noruega? —preguntó Inés con curiosidad. Él la miró con desconcierto y acabó por encogerse de hombros.

—Si te digo la verdad, me da igual. Quizá mejor aquí, en los Andes. Así, cuando mires las montañas, me recordarás.

Inés prometió hacerlo, pero la mera idea de que Erik no estuviese le estrujó el corazón. No podía imaginar su vida sin él, no ahora. Quedaron un rato en silencio mientras escuchaban el crepitar de los troncos. Loki se despertó y corrió a encaramarse sobre sus piernas con un aullido ansioso.

—Quiere pis, voy a sacarlo un momento —dijo, intentando sacudirse la pereza al levantarse de la trampa mortal que era aquel sofá.

—De acuerdo, yo voy a preparar su cama para esta noche.

Inés no tardó en volver, Loki se escabulló entre los setos y al regresar se lo veía aliviado y contento. Cuando entraron en el salón, Erik estaba sentado en el suelo junto a la cama blandita del cachorro.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Inés con curiosidad y se sentó junto a él.

—Estoy un poco desesperado con el tema sueño. Está bien tenerlo a los pies de la cama en Santiago—reconoció, enseñándole su mantita, una bolsa de agua caliente y un reloj despertador analógico—, pero yo no pego ojo cuando duerme con nosotros. He llamado a tu padre y me ha dado un par de ideas.

—¿Has hablado con mi padre? —dijo ella, encantada y, a la vez, extrañada.

—Tu padre es un tipo cojonudo, Inés. Reconozco que me costó pillarle el punto, pero hablamos al menos una vez a la semana desde que te fuiste de alta del hospital.

Vaya. Menuda noticia. No pudo evitar cierta vergüenza al reconocer que si era así, hablaba con más frecuencia con su padre que ella. A veces la sorprendía aquella faceta de hombre de familia, que no había conocido hasta estar juntos en Noruega.

—¿Ves? Envuelvo la bolsa de agua caliente con la manta y pongo el despertador en uno de los pliegues. Así piensa que es el latido del corazón, en este caso, mío —dijo mostrándole la manta—. La he impregnado con mi olor.

—Espero que funcione —dijo Inés, esperanzada. A ella no le importaba dormir con Loki en la cama, pero era cierto que el cachorro se despertaba con frecuencia y era muy inquieto—. ¡Vamos, Loki!

Lo acomodaron en la camita y el cachorro dio vueltas sobre sí mismo hasta que se enroscó, apretado junto al bulto. El calor de la chimenea y el efecto del invento hicieron que no tardase en caer dormido.

—Parece que funciona —dijo Inés en voz baja, se levantó sin hacer ruido y tiró de él hacia la escalera—, dejaremos la puerta abierta por si se despierta por la noche.

Subieron a la habitación y se sumieron en la rutina de irse a la cama. Erik se dio cuenta de que Inés se desvestía con movimientos pausados y que bostezaba con frecuencia. A ella también le pasaban factura la vuelta al trabajo y la altitud. Tardaron un poco en escoger la película que verían en Netflix, porque no se ponían de acuerdo, pero al final Inés cedió e inauguraron la maratón de las películas de *El caso Bourne*.

Inés se acurrucó en su pecho, como siempre, pero a él se le hacía cada vez más difícil tenerla cerca y no poder tocarla. Tal vez debería hacer algo; tentarla con las cintas o con el Hitachi. Por un momento, se animó; la combinación de ambos podía ser una muy buena idea. Acabó por desecharla. No quería arriesgarse a dar un paso en falso y fastidiar su recuperación, pero notaba que sus manos se iban solas a los lugares más candentes de su cuerpo. Ella lo acariciaba, lo besaba, a veces incluso con pasión. Pero la chispa necesaria para pasar de la calidez al calentón no terminaba de fraguarse, por mucho empeño que ambos pusieran.

Era tiempo de abrazos, de besos, de caricias inocentes y confianzas en voz baja. No quedaba más remedio que esperar.

El sábado fue Inés la que se levantó primero. Hacía un día de sol radiante que arrancaba destellos dorados de las montañas nevadas, y se estiró hasta que sus dedos se acalambraron, frente a la ventana de la cocina. Se notaba descansada y llena de energía, Erik había acertado proponiéndole subir. Loki apareció como una exhalación, resbalando por las baldosas, con la lengua colgando y los ojos oscuros destilando alegría. Inés se agachó a acariciar los rulos dorados y sedosos, pero el cachorro pronto cambió los ladridos de

buenos días por un aullido de urgencia, y abrió la puerta de la cocina para dejarlo salir.

Preparó en una bandeja café y unas pocas madalenas industriales, exprimió zumo para los dos y subió a despertar a Erik.

Dejó la bandeja sobre la mesilla y se inclinó sobre él. Adoraba el aroma de su piel caliente. Una nube negra sobrevoló su alegría al pensar que todavía no era capaz de arreglar lo que fuese que fallaba en ella para perder su deseo sexual, pero la ahuyentó. Tenía que ser cuestión de tiempo. Recostó la mejilla en su espalda desnuda y puso el pequeño tatuaje de su antebrazo junto al enorme de su espalda. Quizá se tatuara el perfil de los Andes como él había hecho con las montañas noruegas. O algunos signos araucanos en vez de las runas vikingas.

—Estoy despierto —advirtió él, amodorrado—, pero puedes seguir haciendo lo que estás haciendo, no me voy a quejar.

Inés sonrió y lo besó en el cuello. ¿Cuántas veces había recorrido aquel dibujo? Se lo sabía de memoria.

—Encantada, pero te he traído el desayuno a la cama y una propuesta. ¿Subimos a dar un paseo hasta las pistas de esquí?

En cinco minutos, Erik se había bebido el café, el zumo, y engullido tres madalenas .

—No me ducho —dijo, poniéndose una camiseta y unas bermudas técnicas—. Ya lo haré después, ¡vamos!

Era la primera vez que Inés se exigía tanto físicamente, y lo notó. Vaya si lo notó. Una incómoda punzada se instaló bajo sus costillas, en el lado derecho del cuerpo, y arrugó la frente en un gesto de dolor. No se quejó, porque Erik intentaba amoldarse a su paso, o jugaba a tirarle una rama a Loki por el camino de bajada para hacer tiempo y esperarla. El de subida no se había atrevido a enfrentarlo, remontaron en el telesilla, pero no pensó que en el de bajada iba a pasarlo tan mal.

El sonido del móvil atronó en el silencio de la montaña y Erik se detuvo a contestar la llamada. Ella aprovechó para ralentizar el paso y recuperar el resuello.

—¡Hola, Dan! No, no estoy en el hospital, estoy con Inés en Farellones.

Lo alcanzó por fin y puso cara de interrogación. Erik le pidió dos minutos con los dedos, pero su mirada se había endurecido.

—Tendrás que solucionarlo solo. Cuando entraste a formar parte de las guardias localizadas, se te explicó que también tendrías que atender adultos —dijo, abriendo y cerrando el puño libre junto a su cadera izquierda—. Yo no puedo ayudarte, estoy en mitad de la montaña.

Inés se tumbó en la hierba y Loki hundió el hocico en su cuello y mordisqueó su pelo para incitarla a jugar, pero ella observaba a Erik con atención. Su rostro se cubría de un rojo encendido y no era precisamente por el sol. Las venas se dibujaban con precisión en su cuello.

—¡Es una maldita cirugía de *bypass* coronario y es una emergencia, Dan! No voy a bajar en mi fin de semana libre a hacer tu trabajo. —Alzó la voz, y sus ojos azules destellaban de furia—. Estoy harto de sacarte las castañas del fuego. Si no te ves capaz de enfrentarla, comunícate con Guarida.

Y cortó la comunicación. Vaya. Dio un par de pasos hacia un lado, hacia el otro, y acabó por sentarse junto a ella en la hierba y a la sombra, mascullando insultos en noruego.

—*Svarte Helvete...*

—¿No has sido un poco duro? —se arriesgó a aventurar ella.

—¡No! No. Tiene que abandonar esa maldita mentalidad de residente y tiene que dejar de acudir a mí para que resuelva todos sus putos problemas —dijo Erik, aún enfadado—. No es solo en el quirófano, son los temas de su contrato, el trato con el resto de personal, las pocas responsabilidades que asume —enumeró, ilustrando para Inés una realidad de la que ella no tenía ni idea—. Tiene el cartón que dice que es cirujano cardiovascular, pero no se lo cree. Y para creérselo tiene que comprometerse y trabajar.

—Vaya. No sabía que Dan estaba en ese plan, lo siento —dijo Inés. Le cogió la mano y la envolvió entre las suyas—. No te preocupes, seguro que lo acabará resolviendo. O llamará a Guarida.

—Esto es culpa mía. Lo he protegido desde que comenzó a rotar bajo mi tutela —dijo Erik, con tono amargo—. Pero ahora se acabó, ya se lo he dicho. Tiene que asumir su responsabilidad.

—Lo hará, dale un poco de tiempo —intercedió Inés, aunque con la

boca pequeña. ¿Qué demonios le pasaba a Dan?

—Más le vale. Espero no tener que arrepentirme de haber dado la cara por él con tanta insistencia.

Aprovecharon la hierba de aquel claro a la sombra para tomar el *picnic* que Inés había preparado y dormitaron un poco sobre la hierba. Inés ya estaba recuperada y, forzando un poco la máquina, decidió hacer el camino hasta el aparcamiento en vez de bajar por el telesilla. Se quedó dormida en el coche de agotamiento y, cuando llegaron a casa, devoró un chuletón de angus de medio kilo, ante la sonrisa admirada de Erik.

Se dieron un chapuzón en la piscina climatizada y luego una sesión de sauna. En cuanto se tumbaron en la cama, Inés cayó a plomo en un sueño profundo.

—Lo siento, amigo. Otra noche de abstinencia —dijo en un arranque de humor negro a su pene en descanso.

Aquello debía de ser muy parecido al Ramadán de los musulmanes. No poder comer en cuarenta días y, por las noches, una comida frugal. Él podía masturbarse, claro, pero no era lo mismo. Se puso de lado y, como tantas otras veces, se dedicó a estudiar a Inés. Fue peor. Dormía, desmadejada sobre la almohada, con aquel pijama negro de tirantes que dejaba ver sus hombros y la línea de sus clavículas, que comenzaba poco a poco a suavizarse. Recorrió con los ojos las redondeces de sus pechos y la marca que dejaban en la seda las areolas y los pezones. Cerró los ojos y suspiró. Apartó la ropa de cama y se fue al baño. Su pene ya no estaba en descanso y necesitaba resolver aquello para poder dormir.

El domingo volvió a despertarse solo. No se movió, con la esperanza de que Inés volviera a subirle el desayuno a la cama, pero al ver que tardaba, bajó las escaleras. Loki tampoco estaba en su cesta, ni tampoco en la cocina. ¿Habrían salido?

—¿Inés? —llamó, con una sensación de alarma impregnando su torrente sanguíneo.

Escuchó risas y Loki se precipitó hacia sus pies con un ladrido de entusiasmo cuando llegó al piso de abajo.

—Buenos días —saludó ella, y se acercó a darle un beso en los labios—. Estaba viendo las habitaciones. En una de ellas va a ir el gimnasio y en la

grande, la sala de estar, pero ¿y esta habitación?

Erik abrió la puerta de la estancia que Inés señalaba. Amplia, con un baño y la más cercana a la cocina. Se encogió de hombros.

—No tiene ninguna finalidad específica. Había pensado en instalar un despacho, pero la habitación de arriba tiene sitio de sobra y siempre acabo haciendo todo en el salón —dijo Erik, viendo cómo Inés sacaba fotos con el móvil y medía con una cinta métrica. La ayudó a sostener el extremo donde ella le indicó—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Quiero quedarme con esta habitación, ¿puedo? —respondió ella con una sonrisa radiante. Erik sonrió, resignado. ¿Cómo decirle que no? Conjuraría una aurora boreal en pleno verano para ella si se lo pidiera—. Quiero recuperar una afición que hace años que tengo olvidada. Voy a volver a pintar.

## *Bloqueada*

La mañana de cirugías del lunes pasó en un suspiro. Operar con Mario facilitaba las cosas, no solo por sus ansias de aprender, sino por su pericia con el bisturí y la manera distendida que tenía de alegrar el ambiente del quirófano. Terminaron el parte de la mañana algo más temprano de lo programado y se marcharon a comer. Erik comprobó que no podía quedar con Inés antes de comprometerse con el residente.

—Yo tampoco querría comer conmigo si se tratase de la doctora Morán —dijo Mario con una sonrisa pícar—. Llámala si quieres, no me importa esperar.

Erik negó con la cabeza, ella seguía en consulta y, además, no quería ponerse en evidencia delante de su residente. Aunque era obvio que Mario ya sabía cuál era su mayor debilidad.

—Me contaste que estabas casado y tenías dos hijas, ¿verdad?— preguntó tras acabar de escribir el *whatsapp* para Inés.

—Sí. Aquí las tienes —dijo Mario. Sacó su móvil y le enseñó la foto

de una mujer morena, que le sacaba una cabeza, y dos niñas muy parecidas, que sonreían con sendas bocas desdentadas—. Puedes reírte, si quieres. Sé que ofrecemos una imagen particular.

—Jamás me reiría, Mario. No es mi estilo. Tus hijas se parecen mucho a su madre, pero tienen tus colores —dijo al examinar la foto con atención. El residente pasó un par de imágenes y se las mostró más de cerca.

—Son mellizas. Ana y María. Yo creo que cuando nacieron estábamos tan conmocionados que les pusimos los nombres más sencillos que había.

—Enhorabuena. Tienes una bonita familia. —Le devolvió el móvil y aprovecharon la pausa para hacer el pedido de los menús del día—. ¿A qué se dedica tu mujer?

—Es enfermera, trabaja en un consultorio en el centro. ¿Inés y tú tenéis hijos?

Erik encajó el golpe sin mover ni un solo músculo. Debía de ser la única persona de todo el San Lucas que no sabía lo que les había pasado. En cierto modo, se le antojó esperanzador.

—No, no por el momento. —Dudó si sacarlo o no de su ignorancia, pero era mejor que se enterase por él y no por terceras personas—. Inés acaba de recuperarse de un embarazo ectópico. Estuvo muy grave y ahora lo importante es que se recupere bien.

Había sido más fácil de lo que pensaba y se sorprendió al escucharse a sí mismo contarle con naturalidad y sin sentir nada más que un dolor lejano por la pérdida.

—Joder, vaya palo —dijo Mario, con una franqueza que, en vez de molestarlo, lo confortó—. Espero que la próxima vez vaya todo mejor.

Ambos brindaron con las latas de Coca-Cola, y la llegada del primer plato, una empanada de pino, dio pie a cambiar la conversación.

—Operaste el sábado con el doctor Suárez en la cirugía de *bypass*, ¿verdad? —Erik se extrañó al ver que la expresión de Mario pasaba de relajada a cautelosa, incluso suspicaz. Rehuía su mirada, manteniendo los ojos fijos en el plato—. ¿Qué tal fue?

Esperó con paciencia a que el residente masticara lo que tenía en la boca. Mario se limpió con la servilleta y carraspeó. Después bebió agua.



—¿Y bien? —Alzó las cejas sobre los ojos azules y dejó el tenedor en el plato. Lo había preguntado como un trámite para comprobar cómo había ido todo, pero la reacción de su pupilo picó su curiosidad.

—El doble *bypass* fue exitoso y la cirugía terminó sin incidencias —dijo Mario, claramente reacio a dar detalles.

—Mario, que tengamos una buena relación no quiere decir que seamos iguales. Sigo siendo tu adjunto y tú eres mi residente —aclaró Erik, enojado. Algo había pasado con Dan y quería saber su versión antes de seguir indagando—. Si pregunto algo, espero contestación. ¿Y bien? —presionó, ya con voz autoritaria.

—El problema del doctor Suárez es que no tiene agallas —soltó Mario por fin. Ahora que había abierto la compuerta, parecía difícil contener su opinión—. Duda en cada paso de la cirugía, adopta siempre el camino más fácil, aunque no sea la mejor opción y, además, lo sabe.

—¿A qué te refieres? —preguntó Erik, sin modificar ni un ápice su tono de voz, pese a estar bastante alarmado con sus palabras.

—A que empezó como primer cirujano cuando iniciamos la operación, pero cuando empezó la parte difícil —dijo con tono despectivo y una risa socarrona—, me dijo que a partir de ahí, él ocuparía la posición de ayudante y me cedía la posición principal a mí. Se escudó en que lo hacía por docencia, pero yo sé que tenía miedo.

—¿Y qué técnica empleasteis?

Desvió el tema de conversación hacia la parte teórica, que sabía que lo entusiasmaba, pero tomó muy buena nota de la información. Después de comer, dedicó unos minutos para localizar al anestesista de la cirugía y preguntarle su impresión. No era algo rutinario, pero tampoco inhabitual evaluar a los residentes a través de los testimonios de otros médicos.

—No vi nada especial, Erik —dijo el anestesista, que se encogió de hombros sin darle importancia—. Los egos de dos cirujanos enfrentados, como tantas otras veces. El doctor Suárez es resolutivo y eficaz, y eso fue lo que hizo. El residente tenía su opinión y no siempre coincidían, pero Dan se hizo valer.

Erik se marchó pensativo a su despacho. Si en verdad era un tema de rivalidad, sabía cómo bajarles los humos a ambos. Ya encontraría ocasión.

Cuando acabaron la jornada de trabajo del martes, Inés esperó a que se marcharan la enfermera y la residente que rotaba con ellos para abordar a Andrea. Quizá debió ir a ver a la Dra. Kaplan, pero ahora ya había golpeado la puerta de su despacho.

—¡Pasa! —dijo su tutora con voz enérgica. Sonrió al verla y señaló la butaca frente a ella—. Pensé que ya te habrías ido, Inés. ¡Es tarde! Yo voy a hacer un poco de tiempo y tomarme un café con tranquilidad antes de ir a buscar a la marabunta al colegio.

Inés se echó a reír. Solo ella podía referirse a sus propios hijos como marabunta.

—No, aún no me voy. Quería hacerte una consulta, Andrea.

—¿Ya te ha vuelto la regla?

Negó con la cabeza y dejó caer la mirada. No era fácil reconocer ese tipo de problemas.

—No, y me imagino que eso tiene que ver con lo que me pasa.

—¿Y qué te pasa?

Andrea la taladró con sus ojos oscuros y penetrantes. Mejor soltarlo sin darle demasiadas vueltas.

—Estoy bloqueada de cintura para abajo. No siento nada, ni la más mínima excitación —confesó, ahora más preocupada por la respuesta que por sentir vergüenza—. Sé que Erik lo está pasando mal, y yo odio este quiero y no puedo.

—¿Pero quieres?

—Quiero quererlo —respondió Inés, frustrada por no poder explicarse mejor—. El problema es que me siento como un ser asexual. Lo hemos intentado, pero no hay respuesta. Antes, bastaba que Erik me mirase para prenderme en llamas. Ahora, ni siquiera soy capaz de lubricar —dijo en tono amargo.

Andrea pareció pensar y sacó unas muestras del cajón de su escritorio.

—Cada mujer tiene sus tiempos, Inés. No creo que lo que me cuentas

se salga de lo normal, pero quiero hacerte una analítica para ver cómo está tu anemia. Y quiero que te lleves esto —dijo, y empujó unos sobrecitos de muestras médicas sobre la mesa—. Te servirán.

Eran lubricantes, e Inés los miró con decepción. No se trataba de eso.

—Poco a poco te recuperarás, Inés. —Sonrió y le brindó una mirada de aliento.

—Muchas gracias, Andrea. Nos vemos mañana en el hospital.

Le devolvió una sonrisa un poco forzada. Empezaba a pensar que no iba a recuperarse jamás.

El miércoles pasó algo que la cabreó al mismo nivel que la entristeció. Cosas como aquella la hacían sentir que no había avanzado en su relación con Erik tanto como ella esperaba. Fue a la planta de Pediatría a hacerle un favor a Andrea y a ver a un niño recomendado de su consulta, y se encontró con Erik flirteando con Bettina Maier en el control de enfermería.

No le dio tiempo a volver por donde había venido ni a meterse en la habitación del crío, así que dibujó una sonrisa un poco exagerada y se acercó hasta ellos. Que Erik no hiciese ni el más mínimo gesto por saludarla con algo de cariño aumentó su cabreó en un par de grados más. Sin embargo, Bettina sí se acercó a darle un beso en la mejilla y la cogió de la mano. Muy a su pesar, reconoció la sinceridad de la acción.

—Siento todo lo que te ha pasado, Inés. Y me gusta verte de nuevo al pie del cañón —dijo Bettina, con una sonrisa reafirmadora—. Te pondrás bien, ya verás.

—Gracias, Bettina. Solo vengo a ver al niño ingresado en la 602 —dijo, y cogió la historia clínica del archivador—, no quiero interrumpir.

—No interrumpes nada —dijo Erik por fin. Al menos ya había desaparecido su expresión culpable—. Bettina es la nueva supervisora de enfermería de la Unidad del Corazón infantil y estábamos perfilando algunos detalles.

Inés encajó el golpe con una mueca forzada. Eso quería decir que Erik y Bettina trabajarían mano a mano en el hospital. Sofocó la bocanada de celos

que ascendió por sus entrañas y ensanchó su sonrisa de plástico.

—Enhorabuena, Bettina. No sabía nada. —Tan solo matizó sutilmente el tono de voz y miró a Erik una décima de segundo—. Voy a visitar al paciente, que tengo un poco de prisa. ¡Nos vemos!

Cumplió con el trámite de saludar de parte de su tutora a los padres y al pequeño con una neumonía, y se marchó sin molestarse en comprobar si Erik seguía allí. Él la interceptó en mitad del pasillo. Al parecer, Bettina ya se había marchado.

—Inés, espera. No quería que te enterases así —dijo Erik, disgustado. Ella se echó a reír.

—No pasa nada, pero me hubiese gustado que me lo dijeras para no hacer el ridículo delante de Bettina, como acaba de pasar —replicó Inés. Se tragó sus celos idiotas e intentó parecer una adulta—. Es una gran enfermera y lo hará genial. —Erik pareció apaciguarse con sus palabras. Qué simples eran a veces los hombres, incluido él—. Tengo que irme.

—¿No vienes a casa conmigo?

—Hoy es miércoles, Erik. Tengo consulta en la privada con Andrea.

Y casi mejor que fuera así.

Pasó la tarde callada y bastante dispersa. Su tutora le echó un par de miradas interrogantes, pero no indagó más allá e Inés se lo agradeció. Estaba enfadada por doble partida; por un lado, porque Erik le hubiese ocultado aquella información, dados sus antecedentes con Bettina. Por otro lado, la fastidiaba sentir aquellos celos absurdos después de todo lo que habían pasado juntos, que se resumía en el anillo de brillantes que llevaba en su anular izquierdo. ¿Acaso dudaba de él? No. No era eso. Pero los celos no era capaz de controlarlos.

Cuando llegó a casa, ni la bienvenida entusiasta de Loki ni la más contenida de Erik, que a todas luces sabía que estaba dolida, la animaron demasiado.

—¿Cenas algo conmigo?

—Me voy a la cama, Erik. Estoy agotada.

Lo que era cierto. Pero pudo haber hecho un esfuerzo y sentarse con él a cenar. En vez de eso, se dio una ducha y se metió en la cama,

preguntándose si la falta de sexo tenía que ver con la frialdad que sentía hacia todo. Quizá una noche de sueño reparador mejorase un poco las cosas.

Pero el jueves no fue mejor. Erik no hizo ningún amago por acercarse, y ella seguía de mal humor. Al menos había identificado que no era solo el tema de Bettina, llevaba preocupada e irritable desde que había hablado con Andrea el martes de su falta de deseo y excitación. Era eso. Y parecía que todos sus problemas giraban en torno a aquello. Casi se alegró cuando la jefa de residentes la llamó para preguntarle si podía cubrir la guardia del viernes porque había surgido un imprevisto. No lo pensó demasiado y aceptó. Ya llevaba dos semanas trabajando y era lo único que restaba para volver por completo a la normalidad. Quitando el tema del sexo, claro.

Por la tarde, recogía la mesa del despacho y apagaba el ordenador cuando sintió la voz de Erik saludar a Andrea y preguntar por ella con su acento vikingo y su tono atronador. Hablaron durante unos minutos, no supo de qué, y golpeó la puerta del despacho antes de que se dieran cuenta de que intentaba escuchar a escondidas.

—Hola, Erik. He sentido tu voz.

—Hola. He venido a buscarte y me he cruzado con Andrea.

Los dos estaban tensos y su tutora debió de notarlo, porque cogió su bolso y su chaqueta, y se despidió, apresurada.

—Me espera la progenie y ya voy tarde. Encantada de verte, Erik —dijo, despidiéndose con la mano—. Nos vemos mañana, Inés.

Y se quedaron solos en la consulta.

—¿Nos vamos? Quiero llegar a casa.

—Vámonos —dijo Erik, sin añadir nada más.

Hicieron el trayecto en coche sin decir nada. No se habían abrazado. No se habían besado. No se habían tocado. Erik mostraba en su rostro una expresión de determinación obstinada y ella no quería, o más bien no podía, decirle que aquello ya no tenía nada que ver con Bettina. No esperó a llegar a casa, Inés comenzó a desabrocharse los tacones en el ascensor. Erik salió primero cuando llegaron al ático, mientras ella forcejeaba con la hebilla del segundo zapato. Un alarido de sorpresa y un «*Svarte Helvete*» de Erik la hicieron precipitarse hacia el salón.

—*Fy faen!* Pero ¿cómo puede armar semejante caos un bicho tan

pequeño? —preguntó Erik, estupefacto ante el panorama.

Inés llegó a su lado y abrió la boca, alucinada. Loki los miraba, muy satisfecho de sí mismo, desde lo que parecía una nube blanca de algodón. Solo que era papel higiénico. Todo el suelo del salón y la cocina estaba cubierto de tiras mordisqueadas de papel blanco y daban el aspecto de que el salón se había transformado en una estancia celestial.

—¡Loki! —dijo Erik, pretendiendo parecer enojado, pero con los ojos brillando divertidos.

El cachorro ladró y, henchido de felicidad, comenzó a corretear entre los acúmulos de papel, como buscando algo. Encontró un rollo todavía casi entero, tiró de la punta y extendió la larga tira por el suelo hasta la cocina. Al ver que no le hacían ningún caso, correteó de vuelta a buscar el rollo y lo depositó a sus pies. Con cada movimiento, se levantaban miles de virutas de papel blanco. Lo cogió de nuevo entre sus dientes y lo soltó sobre los zapatos de Erik.

Inés también tuvo que reprimir la risa.

—Quiere que se lo lances. Quiere jugar —dijo ella. Y se echó a reír. Comenzó con una risita tonta. Después soltó una carcajada. Loki ladró, contagiado por la risa, y rodeó sus piernas a toda velocidad, levantando con el hocico los trocitos de papel. Y entonces estalló en carcajadas.

Se agarró el abdomen y se dobló por la mitad. ¡Qué bueno era reír! No debería hacerlo, era bien consciente de que estaba alentando al cachorro a hacerlo de nuevo, pero ¡era tan divertido!

Erik se echó a reír también a su lado. Carcajadas estentóreas, fascinantes por lo escasas y exóticas que resultaban, porque él no solía reír con ese grado de abandono salvo en contadas ocasiones. Por un momento, se olvidó de todo y lo abrazó.

—Me encanta cuando ríes así —dijo Inés, rodeando su cintura con los brazos.

A Erik le rodaban las lágrimas de la risa por la cara, sus carcajadas se entretejían con los ladridos del perro y entre los tres montaban un escándalo digno de una denuncia vecinal.

Erik bajó la mirada y sus ojos se engarzaron. Había desaparecido de ellos todo rastro de rencor. Inés entendió que ella debía dar el primer paso.

—No estoy enfadada por lo de Bettina, aunque me hubiese gustado que me lo contases antes de enterarme así —dijo Inés, con la cara aún tensa por el rato pasado—. Estoy cansada y me preocupa el tema de la falta de sexo. Siento no haberlo aclarado cuando debía, ayer al salir del hospital.

—Y yo siento no habértelo dicho, buscaba el momento apropiado y supongo que solo lo retrasaba porque sabía que no te iba a gustar —dijo Erik, también controlando los estertores de su ataque de risa—. En cuanto a la falta de sexo..., Inés, has estado dos semanas hospitalizada. Tardaste tres semanas más en empezar a trabajar, ¡te exigés demasiado! ¿Puedes, por una vez, dejarme este tema a mí? —preguntó, encerrando su cara entre las manos y mirándola con aquellos ojos azules en los que aún bailaban las risas compartidas—. Cuando me he ocupado de ello, no me ha ido tan mal. Reconócelo.

Inés asintió. Tenía razón. No era difícil entregarle las riendas en ese sentido, y sintió un alivio enorme al tomar la decisión.

—Tienes razón. Lo dejo en tus manos. Ahora... ¡Loki! —gritó riendo Inés al ver que escalaba con torpeza pero de manera eficaz por la escalera de caracol hacia arriba—. Vamos a tener que poner una puerta de seguridad.

Erik la abrazó y sellaron la tregua con un beso ardiente en los labios.

—Vamos a recoger todo esto y a poner a buen recaudo el resto de papel higiénico que quede por la casa —dijo Erik, y comenzó a acumular los restos con el pie.

—Voy a por la escoba y el recogedor. Tú ve a por una bolsa de basura —dijo Inés.

Entre los dos, y con la ayuda inestimable de Loki deshaciendo la mitad de lo que ellos hacían, recogieron el desastre. Inés pasó la aspiradora mientras Erik se llevaba a Loki a dar una vuelta a la plaza frente al edificio. Cuando volvió, el cachorro fue derecho al plato de su comida y él se sentó junto a ella en el sofá.

—¿Vamos mañana a la casa de Farellones? Parece ser el único sitio donde podemos cansarlo de verdad —dijo Erik. Inés asintió.

—Mañana tengo guardia, pero vámonos el sábado en cuanto salga. ¿Pedimos algo a domicilio para cenar?

Erik cogió el móvil como respuesta. Mientras él hablaba con La

Trattoria para pedir una *pizza*, Inés le dio una galleta perruna de premio a Loki. No por el episodio del papel higiénico, sino porque había sido un magnífico aliado en catalizar aquel pequeño tropiezo de su relación.



## *Guardia y Farellones*

Las alarmas de los monitores pitaban, ensordecedoras. La de tensión arterial. La de frecuencia cardiaca, la de saturación. Inés percibió que sus sentidos se amortiguaban como si estuviera sumergida en el agua. Las voces de alerta de sus compañeras de guardia le llegaban distorsionadas y no era capaz de articular ni una sola palabra para indicar a las enfermeras lo que tenían que hacer.

Se despertó con sus propios gritos, empapada en sudor, sobre la cama de la guardia. En un gesto automático cogió el busca de la mesilla. Las siete y cuarto de la mañana. No había dormido ni una hora. Les había llegado un niño por la tarde con un traumatismo craneoencefálico severo, que tuvieron que estabilizar durante horas. Cuando creyeron lograrlo y todo el equipo se sentó en la sala para tomar un café, el paciente sufrió una crisis de hipertensión intracraneal y cayó en coma. Inés actuó sin pensar demasiado, confiándose a sus años de formación, a la experiencia de las guardias y a la eficacia de su equipo. Se llevaron al chaval al quirófano para una intervención urgente por parte de los neurocirujanos, y pudo respirar. Habían pasado cuatro horas en pie, intentando estabilizarlo. Y lo habían conseguido, pero se tiró en la cama como si hubiera competido en una maratón. Lo de las pesadillas no se lo esperaba. No le había ocurrido nunca.

Era temprano, pero prefirió darse una ducha, pasar por la UCI para ver cómo estaba su paciente e ir a desayunar.

—¿Sigue en el quirófano? —preguntó al ver el hueco de su cama con los monitores y el respirador en pausa. La enfermera asintió.

—Sí, siguen en ello. Los neurocirujanos prevén un par de horas más de intervención.

Inés le dio las gracias y se encaminó hacia la cafetería. Quedaba menos de una hora para terminar aquella guardia del horror. Se tomó un café, pero no tenía cuerpo para nada más. Le dolía la espalda, porque el

procedimiento de canalizar una vía central les había llevado dos horas, y su estómago protestó con una desagradable sensación de ardor al recibir la bebida con el estómago vacío.

Para el cambio de guardia, el chico del traumatismo craneoencefálico seguía todavía en el quirófano, así que fue bastante rápido. Cuando salió de allí, musitó una oración a quien fuera que la escuchase para que todo fuera bien en la operación.

Sonrió al ver a Erik, mal aparcado frente a la puerta principal del San Lucas, y a Loki sacando la cabeza por la ventanilla.

—He metido unas cuantas cosas en tu maleta y he comprado algo para desayunar por el camino en el Starbucks —dijo Erik, tentándola con una bolsa de papel enorme—. Así no perdemos tiempo. ¡Vámonos!

Inés se echó a reír. Era incorregible.

Cuando llegaron a la casa, Inés se sorprendió del frío penetrante y húmedo, pese a que era pasado el mediodía y el sol brillaba en un cielo sin nubes.

—Se acerca el otoño —dijo Erik, que le puso la cazadora sobre los hombros—. Aquí no te puedes fiar del tiempo, fíjate en los árboles. Ya comienzan a cambiar de color.

Dieron un paseo por el bosque aledaño a la casa y, al volver a la caída de la tarde, ateridos de frío, encendieron la chimenea del salón y también la de la habitación. Inés se sentó en la alfombra frente al fuego con un libro.

—Ven a la cama —protestó Erik, ya metido bajo el cobertor—. Ya he puesto la película.

Ella negó con la cabeza y levantó el libro que estaba leyendo, de Jodi Ellen Malpas, para que lo viese.

—El fuego es demasiado tentador.

—¿No quieres ver la tele?

Erik la apagó y se levantó de la cama. Se sentó junto a ella frente a la chimenea e Inés soltó una exclamación airada cuando le quitó el libro de las manos.

—¡Eh! ¡Se me va a perder la página en la que estaba! —protestó.

—Me da lo mismo. Yo tampoco quiero ver la tele. Ven aquí.

Inés se quedó inmóvil. Una llamarada de expectación la envolvió. Seguía sin sentir nada en los sitios correctos, pero no pudo evitar que se acelerase el ritmo de su respiración. Se acercó, al fin, y cogió la mano que Erik extendía hacia ella. Él apretó sus dedos en una caricia que adoraba, que la hacía sentir que él estaba allí para sostenerla. Pasara lo que pasase.

—Ven, *liten jente*. Solo quiero sentirte cerca. Esta semana hemos estado alejados. Los dos. No quiero que pase eso —dijo, ayudándola a sentarse delante de él en el suelo, entre sus piernas. Después la abrazó desde atrás—. Quiero cercanía, y no solo física.

—Yo también —murmuró Inés. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia un hombro. El calor de la chimenea era intenso, casi quemaba la piel. Pero el que desprendía Erik a su espalda encerraba promesas de piel y placer, y se estremeció—. ¿Qué quieres hacer?

Él apoyó los labios en el encuentro entre el cuello y el hombro, y los dejó ahí durante unos instantes. A la calidez de su boca se unió la humedad de un beso.

—Nada especial. Disfrutar de la chimenea y de tu compañía.

Otro beso. Esta vez, bajo la oreja. Una corriente de placer atravesó su espalda, pero se desvaneció al llegar a la cintura, y ella se tensó, atenta a las reacciones de su cuerpo.

—Relájate, *kjaereste* —murmuró sobre la piel delicada. Sopló sobre su nuca y el vello se erizó. Inés dejó escapar un gemido—. ¿Qué prisa hay? Me gusta estar así, sin hacer nada. —La reclamó sobre su pecho y la abrazó. Las manos masculinas rozaban por abajo sus pechos, pero evitaban tocarlos e Inés se revolvió, presa de la frustración—. ¿Por qué no vamos al sofá?

—Mejor a la cama —dijo ella. Apoyó las palmas sobre los antebrazos y frotó el vello rubio que los cubría—, pero espera un momento.

Inspiró el aroma de su perfume, el aroma masculino y personal. Dejó que la memoria primitiva se encargara de despertar los recuerdos dormidos y notó cómo su boca se hacía agua. Se recostó sobre su hombro y lo reclamó sobre sus labios. Dios, ¡cómo sabía besar! Adoraba esos besos con la boca laxa y exigente, incitando con la lengua sin invadir, prometiendo seguridad y, a la vez, lujuria. Cuando detuvo el beso, Inés mantuvo los labios abiertos durante un instante para buscarlo en el aire, pero él la miraba con aquellos ojos azules, arrogantes y seguros de su poder sobre ella.

—¿No querías ir a la cama? —dijo con una sonrisa divertida, apenas esbozada. Se incorporó y ofreció su mano para que Inés se levantara—. Vamos.

Inés notaba todo su cuerpo temblar. Una sensación febril se había apoderado de sus piernas y le costó subir las escaleras. Su lengua se había pegado al paladar. Pero no tenía sed de agua. Tenía sed de él.

En la habitación, Erik mantuvo su rutina de siempre. Se desnudó, puso Netflix en la pantalla plana de sesenta y cinco pulgadas, que hacía un cine de la habitación, y la esperó en la cama. Inés se mantuvo en silencio, estudiaba sus movimientos, presa de la expectación.

—Inés, ven a la cama. No te voy a morder —dijo él con una sonrisa cálida.

—No es eso. Es lo contrario. Quiero decir —se corrigió al ver las cejas enarcadas de Erik y su sonrisa sorprendida—, que me ha gustado mucho lo de abajo, en la chimenea. Y quiero más.

—Todo a su tiempo, *liten jente*. Vamos a ver la película.

Inés se acomodó junto a él en la cama y fijó los ojos en la pantalla. Notaba el latido del corazón bajo la mano posada en su pecho, en la que tenía apoyada la mejilla. Erik había tomado una costumbre desde que se había cortado el pelo, que era atrapar entre sus dedos la punta de un mechón y hacerla girar entre ellos. Con esa simple caricia, su cuero cabelludo se erizó.

Su cuerpo parecía salir de la cáscara pétrea que la tenía atrapada, como una serpiente mudando una piel reseca. No podía atender a la película. Sus pezones perforados estaban demasiado cerca y atraían su mirada con la misma curiosidad morbosa de la primera vez que los vio. Notó en su boca la sinestesia de rodear con la lengua las pequeñas bolas de acero que cerraban los extremos de la barra y tuvo que humedecerse los labios para luchar contra la alucinación. Arrastró la mano desde el centro de su abdomen hasta la depresión entre sus pectorales y sonrió cuando Erik se tensó. Atrapó entre el índice y el pulgar uno de sus pezones con delicadeza, pero él le rodeó la mano con la suya, la apartó para llevarla a sus labios y la besó.

—No, *kjaereste*. Siempre quieres correr y ahora voy a marcar yo el tempo —dijo sin apartar los ojos de la película de acción. Inés se mordió el labio y asintió—. ¿Quieres ver otra cosa?

—No. Me cuesta dejarte en paz ahora —confesó. Las yemas de los dedos le ardían con la necesidad de tocarlo, y lo abrazó. Él esbozó una sonrisa torcida.

—De eso se trata.

Inés se despertó sola en la cama, con una deliciosa sensación de bienestar. Debió de quedarse dormida mientras veía la película. Tampoco recordaba haber sentido a Erik levantarse. Reprimió una exclamación al ver que eran casi las dos de la tarde.

Bajó envuelta en un jersey de lana que él había dejado sobre la cama, en busca de un poco de café, y escuchó a Loki ladrar con ese tono agudo y juguetón, que ya reconocía, de cuando le prestaban atención. Se asomó a la ventana y sonrió al ver a Erik lanzándole una pelota de tenis una y otra vez entre los árboles frutales.

—Me has dejado dormir demasiado —protestó, acercándose hasta ellos. Loki correteó hasta ella, llenándole las pantorrillas de barro—. ¡Hace frío! Debí ponerme un pantalón largo.

—Estabas reventada de la guardia, Inés. Creo que has vuelto a trabajar con un ritmo demasiado pesado —dijo Erik, que salvó la distancia que los separaba en un par de zancadas y la besó. El recuerdo de la noche anterior reverberó en el cuerpo de Inés e intentó retenerlo durante más tiempo entre sus brazos, pero él le robó la taza de café y se alejó hasta el pequeño peral que todavía no le llegaba al pecho. Cosechó una pera entre las hojas y se la ofreció.

—Prueba. Son las últimas de la temporada. No ha dado muchas, pero están dulces y tienen mucho sabor. —Cogió otra para él y le dio un mordisco—. ¡Prueba! —insistió con la boca llena.

Ella mordió la fruta, pero no podía apartar los ojos de su boca, brillante por el jugo. Un hilillo escapó por una de las comisuras, pero él no pareció darse cuenta y siguió devorando la pera. Inés se acercó a él y extendió los dedos hacia su boca. En vez de eso, rodeó su nuca con la mano y lo atrajo hacia sí.

Lamió el reguero dulce de sus labios con dedicación. Él se quedó

inmóvil, quizá sorprendido por el ataque. Inés saboreaba la pera sobre su boca, lamiendo y besando. Cuando le mordió el labio inferior, Erik reaccionó y la estrechó contra su cuerpo con fuerza.

—La pera está deliciosa —reconoció ella, con una sonrisa dulce—, pero en tus labios sabe mucho mejor.

Volvieron a caer en un beso adolescente. Saber que no tenían por qué llegar a más la relajaba y, a la vez, la llenaba de expectación. Buscó la piel desnuda de su espalda bajo la camiseta y recorrió las líneas duras de sus trapecios, aferrándose al cuerpo masculino. Él enroscó las manos en torno a su cuello y a su trasero, pero después subió esta última hasta la cintura. Inés soltó un gemido de desilusión.

—Eres una tentación muy grande, *liten jente* —dijo, rompiendo el beso con un gruñido ronco—. Quiero ir despacio, pero me lo estás poniendo difícil.

Ella compuso un mohín fingido de culpabilidad, y los dos rieron. Loki se unió a la algarabía y atrapó una pera del suelo, pero tras algunos mordiscos, puso tal cara de asco, que Erik soltó una carcajada.

—¿Damos un paseo hasta el pueblo?

Caminaron hasta el pueblo. La casa de Erik estaba en la zona más alejada, y a medida que se acercaban hacia el pequeño núcleo urbano, Inés se fijó en los techos puntiagudos, las fachadas de madera y las construcciones de inspiración alpina. La casa de Erik tenía el tejado a una sola agua y era muy diferente del estilo de las demás.

—¿Por qué te decidiste por una construcción tan diferente? —preguntó Inés, señalando las casitas puntiagudas.

—Porque este tipo de tejados son muy poco eficientes —contestó él, e hizo un triángulo con las manos—. Mira la poca habitabilidad. Y no pueden hacerlos menos pronunciados, porque la nieve tiene que resbalar. —Cambió la posición de una de las palmas para ilustrar su idea—. Así, no necesito tanta pendiente, y menos si tengo un sistema que obligue a la nieve a derretirse y darme agua para la piscina y la casa.

—Sí, algo me explicó Corbyn cuando estuvimos en Noruega, pero

entendí poco —dijo Inés, riendo.

Llegaron a El Montañés, el restaurante cafetería que era una verdadera institución para los amantes de la montaña. Se acomodaron junto a una de las ventanas que daba a una vista espectacular de los Andes y pidieron una *pizza* de tomate y queso de cabra, y una ensalada. Los camareros no hicieron precisamente un despliegue de efusividad al atenderlos, pero Inés los perdonó al devorar el aguacate en su punto justo de maduración.

Volvieron a casa cuando ya caía la tarde. Los días se hacían cada vez más cortos. No eran las nueve de la noche y ya estaba oscuro. Loki ladró, lleno de alegría, y también les dedicó unos aullidos acusadores por dejarlo tanto tiempo solo. Inés se agachó y descubrió en su boca unos restos de lana blanca de borrego. Se los quitó, extrañada, y el cachorro desapareció por la puerta entreabierta para escapar al jardín.

—¿De dónde habrá salido eso? —preguntó en voz alta.

—Inés, será mejor que vengas —gritó Erik desde el piso de arriba, intentando componer un tono serio, pero con la risa escapando de entre las palabras—. Esto no te va a gustar.

Subió las escaleras y entró a la habitación. Soltó un gemido desolado.

—¡Mis botas! Mis botas favoritas de lana de borrego, ¡las que me regalaste la primera vez que me trajiste aquí! —dijo, entre enfadada y triste. Se agachó a recoger los cadáveres con las suelas de goma mordisqueadas y el suave cuero australiano destrozado en trocitos de lana esparcidos por su alfombrilla—. ¡Pero si tiene dos meses y poco! ¿Cómo puede ser tan destrozón?

Erik se agachó para ayudarla, muerto de la risa. No era la primera vez que el cachorro la tomaba con los zapatos. A él le había tocado lamentar la pérdida de dos o tres pares de sus Grenson de cordones.

—Tenemos que hacer algo, creo que lo consentimos demasiado —dijo Erik y se sentó en la cama—. ¿Se te ocurre qué podemos hacer?

—No tengo ni idea —aceptó Inés, sentándose junto a él.

—Llamaré otra vez a tu padre, seguro que tiene algún otro truco.

Hablaron con el padre de Inés, que les aconsejó espolvorear picante en los zapatos, y se pusieron al día con las novedades. Le encantaba ver esa relación tan cercana entre Erik y su padre. Jamás Julio, el exmarido de

Loreto, había tenido una relación así con él. Bromeaban con su humor extraño, a veces un poco negro, y se consultaban asuntos sobre frutales y plantas. Inés los escuchaba hablar por el altavoz, entretenida y sin intervenir.

—Es curioso —dijo cuando Erik colgó. Él la miró, interrogante—. Estar contigo me ha acercado mucho a mi padre.

Erik solo sonrió.

Acabaron por ver otra película, vencidos por la pereza, y empalmaron la tarde con la noche, devorando un paquete de galletas y un par de cervezas tumbados en la cama, con Loki encima de las mantas, entre sus piernas. Pero al día siguiente, se levantaron temprano y descansados. Una lluvia helada y fina echó por tierra sus ganas de hacer alguna otra excursión y decidieron volver a Santiago temprano.

—Mejor —gruñó Erik, pasando con el ceño fruncido los correos electrónicos que tenía sin leer en su móvil—, tengo que trabajar en la programación de los quirófanos y las consultas del mes que viene, falta poco para que termine marzo, y sigo sin poder cuadrar los horarios.

—¿Quieres que conduzca yo y vas avanzando en el coche? —ofreció Inés, al ver su cara de preocupación. Erik asintió.

Inés conducía más despacio, pero hacerlo le permitía ver el camino desde otra perspectiva, y disfrutó cada una de las cuarenta curvas numeradas, de ciento ochenta grados, del camino que descendía hasta la ciudad. Erik murmuraba y gruñía, moviendo cuadros de colores de aquí para allá en una hoja de Excel en su iPad, e hizo un par de llamadas telefónicas para confirmar días libres o de vacaciones.

—¿No puedes seguir un patrón todos los meses? Hacer un turno volante, como hacemos en Pediatría. Es mucho más sencillo —sugirió Inés, cuando ya llegaban a Lo Barnechea. El otoño avisaba de que vendría con fuerza. Llovía a chuzos y refrescaba el asfalto, y lo agradeció. Había sido un verano muy caluroso y agobiante.

—Eso sería perfecto, pero somos muy pocos y es inevitable tener que cubrirnos unos a otros. Ahora con Dan en plantilla es un poco más fácil —explicó él. Ya estaban cerca del edificio, y guardó la *tablet* en el maletín. Loki viajaba tranquilo en el asiento de atrás, así que lo dejó en el suelo para alejarlo de sus dientecillos afilados—. Ten cuidado al entrar en el garaje, el giro es peligroso —dijo, y abrió el portón automático para facilitarle el



trabajo a Inés.

Descargaron las pocas cosas que habían traído. Ya casi no hacían equipaje cuando subían a Farellones, tenían de todo en la casa y hasta habían comprado una cesta nueva para no tener que acarrear las cosas de Loki de aquí para allá.

—¿Qué hacemos? No me apetece cocinar, ¿cocinas tú o pedimos algo a domicilio? —dijo Inés, y lo abrazó en el ascensor—. O a lo mejor puedes seguir con ese tempo tuyo tan interesante. El viernes me dejaste intrigada por cómo iba a seguir.

—Yo me encargo, no te preocupes por la comida. Y respecto al tempo, no pienso darte ninguna pista —dijo con una sonrisa enigmática—. Pero cuando menos te lo esperes, caeré sobre ti.

Inés lo estaba deseando. Podía verlo en su mirada ansiosa y en la manera en que rondaba en torno a él, sin tocarlo ni ser demasiado evidente, pero manteniéndose siempre cerca. Él se desentendió de su expectación y se dedicó a preparar unos bocadillos con un poco de todo lo que encontró en la nevera. Comieron en la barra de la cocina, dudando de si salir a dar una vuelta porque llovía poco, pero lo suficiente como para tornar la tarde en desapacible.

En el sofá, mientras reposaban después de la comida, volvió a percibir esa espera en alerta de Inés, recostada sobre su pecho. Le lanzaba miradas impacientes, la notaba más inquieta, posaba la palma la mano sobre sus pectorales o su abdomen, y después la retiraba. Erik sonrió. Su plan, cuidadosamente trazado, comenzaba a rendir frutos.

Él solo acarició la línea de su clavícula con el pulgar, deslizándolo desde el encuentro con la otra hasta el hombro, con suavidad. A veces por encima, otras veces por debajo del hueso, jugando a rodear la prominencia del hombro o a hundir la yema un poco en la depresión bajo su cuello. Encontró un punto en el que Inés se estremeció y lo evitó durante un par de minutos, para volver a tentarlo. Cuando ella se revolvió, incómoda y con la respiración acelerada, se levantó del sillón.

—Se ha despejado un poco, voy a sacar a Loki —dijo Erik, desperezándose. El cachorro, al escuchar su nombre, correteó para alzarse en sus piernas.

—¿Te vas? ¿Ahora? —Tuvo que esconder la sensación de triunfo que

lo embargó al ver la decepción que reflejaba su rostro—. ¡Con lo a gusto que estábamos!

—¿Por qué no nos acompañas? —la tentó mientras cogía la correa de Loki y se calzaba en la entrada—. Te vendrá bien tomar un poco el aire, te veo un poco acalorada —bromeó. Inés se ruborizó. Le estaba encontrando un punto positivo a esta fase de Inés, por mucho que ahora mismo tuviese una erección férrea que sabía que, a base de ignorarla, no tardaría en desaparecer. Pero su vulnerabilidad y lo desconcertada que parecía ante las reacciones de su propio cuerpo eran un aliciente con el que no había contado.

—Prefiero quedarme. Voy a estudiar un poco, mañana viene a la consulta la paciente de la que te hablé —dijo Inés, haciendo un esfuerzo por abandonar el sofá—. Tengo ganas de ver cómo ha evolucionado el corazón de su bebé en estos días.

Erik la besó en los labios con dedicación. No fue más de unos segundos, pero puso en juego todo su cuerpo para conseguir lo que quería: que Inés se dejara caer en aquel beso. Cuando percibió que se abandonaba entre sus brazos, se apartó unos centímetros.

—Bien. En general, ahora que vivimos juntos, me parece que estudias muy poco. —Cogió un chubasquero ligero y silbó un par de veces—. ¡Loki, nos vamos!

—¡Cómo que estudio muy poco! —gruñó ella, airada, cuando se cerraban ya las puertas del ascensor.

Tenía toda la razón. Estudiar no era una prioridad para ella. Preparaba los pacientes de la consulta con suma dedicación y contaba con la ventaja de tener una memoria excelente, pero no era tan metódica como Erik a la hora de sentarse frente a un libro durante horas, o llevar a cabo una investigación. Además, ahora se sentía rara, a contrapelo. Tenía calor y le molestaba el roce de los pezones con el sujetador.

En vez de coger su portátil y ponerse a estudiar, subió hasta la habitación. Se deprendió de la ropa para estar más cómoda y buscó una camiseta de Erik. En el cajón de abajo guardaba ella la lencería y sus vibradores. Tenía el Iris que le habían regalado el año pasado y el que Nacha le había traído de su luna de miel en Nueva York. Era plano, cabía en la palma de su mano y, aunque lo había limpiado para guardarlo en su bolsita de satén, seguía sin estrenar.

Lo encendió y se lo llevó a los labios. Un aroma dulce a fresas la hizo sonreír, daban ganas de metérselo en la boca y chuparlo. En vez de eso, se tumbó en la cama y cerró los ojos; había llegado el momento de recuperar una parte de sí misma que hacía meses que no cultivaba. Primero, porque no había tenido tiempo ni necesidad, con Erik siempre cerca y disponible para satisfacerla. Después, porque su estado tras la cirugía de «No quiero que me toquen ni con un palo», también incluía la masturbación.

Encendió el vibrador; Lily, se llamaba. Un nombre bastante inofensivo para un cacharrito tan potente, se dijo mientras lo encerraba en la mano para comprobar la potencia. Escuchar el zumbido la deprimió un poco. Normalmente, cuando encendía su Iris o el Hitachi, o mejor aún, cuando los encendía Erik mientras ella esperaba inmovilizada, su sexo se ponía en pie de guerra en no demasiado tiempo. Ahora seguía sin notar ni la más mínima gota de humedad. Se levantó de la cama, enfadada consigo misma, y rebuscó en su bolso las muestras de lubricante que le había dado Andrea y que no se había molestado en sacar de ahí. Si la montaña no iba a Mahoma...

Llevó la mano al interior de sus bragas, ni siquiera se las bajó. Total, no iba a conseguir nada. Comprobó con la yema de sus dedos que el interior de su sexo seguía hibernando y arrugó la nariz ante la sensación desagradable de la sequedad. Con delicadeza, extendió entre sus labios y sobre el clítoris un poco de lubricante. Al menos era capaz de percibir el frescor.

Muy bien. Ahora, el Lily.

—No me falles —murmuró en voz alta, y le dio un beso. Por supuesto, se sintió ridícula a más no poder y se echó a reír. Hablar sola y reírse sola. Signos inequívocos de que estaba loca o haciendo méritos importantes para lograrlo.

Probó primero la vibración sobre sus pezones; al menos esa parte su anatomía no la había traicionado y sonrió al comprobar que el cosquilleo placentero era perfecto. Lo malo era que se quedaba ahí. La corriente de placer que solía conectar todos los puntos candentes de su cuerpo no se activaba.

Probó a acercarlo a su monte de Venus y abrió los ojos, alerta. Algo pasaba. El eco lejano, una sombra de excitación. Sonrió y lo apoyó sobre su sexo... y el puto aparato de mierda se apagó.

—¿Qué? ¡No me lo puedo creer! —dijo Inés. Se incorporó

bruscamente y miró los botones de control. La luz que indicaba que estaba encendido estaba muerta—. ¡Vamos!

Apretó los botones de manera compulsiva hasta que sus pulgares protestaron y después tiró el vibrador encima de la cama. Vaya. Mierda. Normal, porque no se había tomado la molestia de cargarlo.

Un nudo de congoja atenazó su garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas, pero esta vez, la rabia era mucho mayor que la lástima por sí misma. Entró al vestidor y se puso una camiseta, unos pantalones cortos y los calcetines. Bajaba las escaleras cuando Erik y Loki salieron del ascensor.

—¿Cómo es que venís tan pronto? —preguntó al ver que llevaban fuera menos de una hora. Le dio un beso brusco a Erik en los labios y revolvió los rizos del lomo del cachorro.

—Me han llamado del hospital, tengo una cirugía de emergencia. El paciente del *bypass* de la cirugía de Dan de la semana pasada ha vuelto a sufrir un infarto —dijo, preocupado. Inés olvidó por un momento su fiasco onanista y lo abrazó, preocupada—. Hoy estoy de guardia yo. No sé cuándo voy a volver. ¿Dónde vas?

—Voy a correr. O me muevo y hago algo de ejercicio, o acabaré por volverme loca.

# *Esperanza*

Inés, por primera vez desde que vivían juntos, se despertó antes de que sonase la alarma y llena de energía. Erik había llegado muy tarde de la cirugía, agotado, así que reprimió las ganas de pegarse al calor de su espalda y se levantó. Sus músculos estaban resentidos por la carrera suave del día anterior, pero su mente parecía más lúcida y despejada. La ducha acabó con los últimos restos de sopor y salió sintiéndose exultante.

Erik la esperaba sentado en la cama, con su pequeño vibrador en la mano y una expresión entre interrogante y esperanzada.

—¿Qué tal? ¿Fue bien?

—Mejor no preguntes —dijo, perdiendo un poco el buen humor. Le arrebató el Lily para guardarlo en su cómoda. Todavía no era el momento, lo entendía, pero, entonces ¿cuándo? Prefirió cambiar de tema al ver las arrugas paralelas en la frente masculina y la mirada azul de preocupación—. ¿Qué tal la cirugía de ayer?

—Complicada. El corazón del pobre hombre estaba hecho pedazos y fue difícil trabajar sobre él. —Se levantó, le dio un beso en los labios y se metió en la ducha. Inés comenzó a vestirse y él elevó la voz por encima de la cascada de agua—. Estoy sorprendido del trabajo de joyería de Dan sobre las coronarias machacadas. Sorprendido y aliviado.

Inés se asomó por la mampara de cristal y sonrió al verlo cubierto de jabón. Parecía un niño pequeño. Se secó la melena con las puntas desordenadas en unos pocos minutos, había que reconocer las ventajas de llevarlo así de corto.

—¿Por qué sorprendido? Has sido su maestro durante dos años, por fuerza tiene que haber aprendido algo de ti —dijo Inés, y le tendió la toalla. Erik puso cara de circunstancias y comenzó a secarse con movimientos enérgicos—. ¿Y por qué aliviado?

—A Dan no le falta pericia en las manos, es un buen cirujano, prolijo y atento a los detalles —replicó, con el ceño fruncido. Inés sonrió al detectar el tono analítico y frío con el que enfrentaba todo lo académico—. Pero falla en la improvisación, no reacciona bien ante los imprevistos y ya lo he visto bloquearse más de una vez. Pero esta vez lo ha hecho bien.

—¿Y por qué dudas de él? —Erik dejó la toalla sobre el lavabo e Inés suspiró y se la colgó en el toallero—. Oye, ¡no te acostumbres! Recoge la toalla cuando acabes.

Él la miró sin entender y luego se echó a reír, pero pronto frunció el ceño de nuevo.

—Mario, el residente nuevo, es bastante competente y me hizo un comentario que lo dejaba en evidencia —confesó, a sabiendas de que a ella no le iba a gustar, y comenzó a vestirse en la habitación—. Estoy contrastando opiniones. No sé muy bien qué pensar.

Inés comprobó su rostro en el espejo y prescindió del maquillaje, un poco de color en los labios y algo de rímel serían suficiente.

—¿Piensas que haya algo de pique entre ellos?

—Algo de eso hay —reconoció Erik a regañadientes mientras abrochaba los botones de su camisa.

—Entonces, tienes que entrar con los dos al quirófano —sugirió Inés.

—Haré algo mejor que eso —dijo Erik, que parecía estar fraguando un plan.

Llegaron al hospital y tras un beso rápido en la entrada, tomaron direcciones opuestas. Inés repasó mentalmente lo que tenía que hacer y su pulso se aceleró, algo estresada. Hoy venía Paloma, la paciente derivada desde la consulta privada.

Percibió que su tutora también estaba preocupada y abordó el trabajo de la mañana con dedicación. Que hubiese al menos un aspecto de su vida que funcionase rodado al cien por cien, pensó con cierta amargura.

Media hora antes de que la paciente llegase, Inés se reunió con su tutora para repasar lo que tenían.

—¿Qué crees que va a pasar? —preguntó Andrea mientras revisaba las imágenes grabadas en la consulta anterior—. Yo apostaría por un

estancamiento de la situación, han pasado muy pocos días.

Inés negó con la cabeza, reacia a aventurar un resultado.

—No lo sé, hay que volver a ver ese corazón, tomar bien todas las medidas y compararlas con la media —dijo Inés, que había confeccionado unas tablas para tenerlas a mano al realizar la ecografía—. Espero que, al menos, no haya empeorado demasiado.

—Buenos días, doctoras —dijo la paciente, asomándose por la puerta entreabierta. Inés sonrió, acogedora, y la hizo pasar hacia la camilla.

—Buenos días, Paloma. ¿Qué tal estás? —preguntó con una sonrisa. La mujer le devolvió una mueca tensa que intentaba corresponder, pero que, de puro pánico, no podía.

—Bien. La niña se mueve y está fuerte. Su padre y yo hemos decidido el nombre —dijo con una sonrisa valiente mientras se sentaba en la camilla y levantaba la bata de tela para someterse a la ecografía—. Se llamará Esperanza.

—Es un nombre precioso —dijo Inés. Un nudo de congoja apretó su garganta. Entendía la elección del nombre, pero ante su diagnóstico, le pareció casi un poco cruel—. Vamos ya con la ecografía.

Realizó las mediciones varias veces, desde varios ángulos, repitiendo los planos. Comprobó los valores una y otra vez.

—No hay duda, la válvula es pequeña, el ventrículo también. Y la aorta, que es la arteria más importante del cuerpo y que sale del corazón para llevar la sangre más oxigenada, es estrecha —informó, consciente de que aquello empeoraba todavía más un pronóstico ya malo de por sí—. Otro dato nuevo es que las mediciones del bebé son casi iguales que en la ecografía anterior. Andrea, ¿puedes comprobarlo, por favor?

Cambió posiciones con su tutora e Inés abandonó el ecógrafo y se situó tras ella para observar cómo obtenía los datos del bebé con pericia y rapidez.

—Sí, se confirma la restricción del crecimiento intrauterino —murmuró Andrea, y su ceño se frunció—. Esto cambia un poco las cosas.

Paloma se incorporó en la camilla con cara de no entender nada.

—¿Qué significa eso? —Llevó de manera inconsciente las manos

hasta su abdomen en un gesto protector. A Inés se le encogió el corazón.

—Quiere decir que si la placenta no es capaz de nutrir y oxigenar bien al bebé, tendrá un ambiente adverso dentro de tu barriga, y no será el mejor sitio para crecer —dijo Andrea, con delicadeza. Apoyó una mano en su hombro y la miró a los ojos, buscando su plena atención—. Habrá que sacarlo de ahí antes de tiempo.

—Claro, claro, lo entiendo —dijo Paloma, desconcertada. Asintió con énfasis—. Hagan lo que crean mejor para mi niña.

—No es una decisión fácil —añadió Inés. La mujer estaba en *shock* y no entendía el alcance de las palabras de la obstetra. Inspiró y soltó el aire con disimulo para simplificar lo mejor posible lo que debía saber—. El problema es que si la sacamos muy pronto, hay que añadirle a su problema del corazón los problemas asociados con la prematuridad.

—Pero ¿por qué está pasando esto? —Paloma estaba desconcertada y rechazaba a las claras el panorama complicado que exponían ante ella—. Hasta hace dos semanas, ¡todo estaba perfecto! —dijo, enfadada.

Inés miró de reojo a su tutora, que permaneció en silencio, y volvió a tomar las riendas de la conversación.

—Paloma, es una situación difícil. Ojalá pudiera decirte que todo va a salir bien con tu bebé, pero nos enfrentamos a decisiones complicadas —dijo con toda la calma y seguridad que fue capaz de reunir—. ¿Por qué no vienes la próxima semana con tu marido? Son temas que habría que hablar entre todos y ver la mejor manera de abordar el camino que debemos seguir.

—Aún es pronto, tenemos un margen de tiempo. Es difícil responderte a la pregunta de por qué —añadió Andrea, y se sentó en la camilla para consolarla—, son muchos los factores y no podemos modificar ninguno ahora. Así que hay que decidir mirando hacia adelante y en equipo.

—Mi marido no tiene demasiado interés en lo que está pasando —sollozó la mujer. Inés tragó saliva; se la veía tan vulnerable y desvalida, tan aterrorizada por lo que pudiera pasar, que decidió que haría todo lo que estuviera en su mano para ayudar a aquella niña, Esperanza, a salir adelante—. Dice que exagero y que no es necesario ir tantas veces al hospital. Yo lo entiendo, son años y años intentándolo sin resultado, miles de dólares tirados por la borda en tratamientos inútiles, y ahora que todo parecía ir bien...



—Paloma, hay opciones —dijo Andrea. Inés la miró, sorprendida. No estaban en posición de ofrecerle demasiadas esperanzas—. No lo des todo por perdido, ven con tu marido la semana que viene, nosotros resolveremos cualquier duda que tenga. O ven con tu madre, o alguna hermana o amiga. No vengas sola.

Inés sabía que Andrea lo decía porque lo más probable era que, en la siguiente ecografía, el estado de su bebé fuera aún peor. Y las malas noticias siempre era mejor recibirlas con un poco de apoyo.

Cuando la paciente se marchó por fin, Andrea e Inés se quedaron hablando largo rato del caso que enfrentaban.

—Está de veintiséis semanas, tenemos tiempo para prepararlo todo —dijo Andrea, dibujando un esquema en su *tablet*—. Lo primero es hablar con la UCI de neonatos.

—Y también tenemos que exponer el caso a los cirujanos. Hablaré con Erik esta tarde —dijo Inés. Recogió las nuevas imágenes y las metió en la carpeta donde guardaba el informe de la ecografía anterior.

—Sí, pero hazlo de manera oficial. Con una interconsulta y que venga aquí, a la unidad de Fetal. Nada de confianzas en casa, Inés —dijo Andrea con voz de advertencia—. Quiero al Dr. Thoresen implicado al cien por cien en el caso, las consultas de pasillo no valen aquí.

Inés asintió. Andrea también separaba a la perfección lo personal de lo profesional. Ojalá ella pudiera decir lo mismo.

Cuando terminó de suturar la piel del chaval que acababa de operar, Erik fue al quirófano de al lado. Saludó a los dos estudiantes que presenciaban la cirugía desde la ventana panorámica. Era bastante espectacular: un palco con aforo para unas diez personas, sentadas en dos filas de cinco, situado justo por encima del quirófano principal. No molestaban al equipo que trabajaba en él porque estaba elevado y porque el cristal que los separaba no dejaba ver lo que ocurría del otro lado. Así que ni Daniel ni Mario sabían que él estaba allí.

—Doctor Gómez, amplíe el campo quirúrgico. Y hágalo con un poco de sentido común —se escuchó decir a Daniel, con tono seco.

—Sí, Dan —respondió el residente. A Erik lo molestó el trato

excesivamente familiar y el tono sarcástico.

Pasaron unos minutos sin incidencias, con el silencio solo cortado por las órdenes precisas a la enfermera que manejaba el instrumental.

—Doctor Gómez, si no abre las valvas, no tengo campo de visión para ver lo que estoy haciendo —dijo Dan, esta vez con impaciencia. Soltó el instrumental en el paño verde estéril y le quitó los separadores de las manos—. Tiene que hacerlo así, sin miedo de desgarrar el tejido. Si se desgarran, podremos suturarlo después. ¿Lo ve?

Mario aprovechó que tenía las manos ocupadas para apoderarse del bisturí y siguió con la cirugía.

—Lo haces genial, Dan. Yo no podría hacerlo tan bien. ¿Mejor separas tú? Yo opero —dijo con tono jocos—o—. Creo que así hacemos mejor equipo.

Erik se mordió la lengua para no reírse frente a los dos estudiantes, que ya cuchicheaban ante el rifirrafe. Mario era un manipulador nato, sacaba de sus casillas a Dan hasta que se rendía y cedía su posición de primer cirujano. Había que reconocer que tenía sutileza, pero no podía permitir aquello. No solo porque era Dan quien tenía la primera posición, sino porque, aunque tenía cierta pericia, a Mario le faltaba mucho por aprender. Suspiró. La verdad era que eran un par de idiotas que se merecían el uno al otro, y eso era lo que les iba a dar.

Pese a que ya era tarde y tenía unas ganas atroces de marcharse a casa, modificó un par de quirófanos de los días siguientes para propiciar que ambos estuvieran juntos y lo envió a todo el *staff*. Un cirujano no era nadie si no sabía trabajar en equipo, y aquellos dos iban a aprenderlo por las buenas o por las malas.

—Tengo que comentarte sobre una paciente —dijo Inés. Soltó a Loki al llegar al parque Bicentenario y lo miró mientras correteaba levantando las hojas de los árboles e inspeccionaba el lugar—. Solo quería avisarte, mañana te llegará la interconsulta a tu despacho.

—¿Es la del feto con el ventrículo izquierdo hipoplásico? —preguntó con un brillo alerta en la mirada.

Inés puso los ojos en blanco. A veces le daba la sensación de que Erik carecía de la más mínima humanidad.

—No es un feto, es un bebé, y se llama Esperanza —explicó con paciencia, recalcando el nombre—. Tiene ya veintiséis semanas de gestación, pero la madre tiene una insuficiencia placentaria y es probable que nazca prematuro.

—¿Cuántos años tiene la madre? —preguntó Erik, y lanzó la pelota de goma una vez más para que Loki la atrapase.

—Cuarenta y ocho.

—Me parece muy cuestionable que se permitan tratamientos de fertilidad en una mujer de edad tan avanzada —dijo Erik, frunciendo el ceño con reprobación—. El riesgo de insuficiencia placentaria aumenta mucho con la edad.

Inés no podía rebatir aquello, pero seguía enervándola su falta de empatía.

—Erik, es cierto, no lo voy a negar —dijo conciliadora—. Pero la pulsión por ser madre puede llegar a ser muy potente, y esta mamá lleva muchos tratamientos y muchas pérdidas. Lleva intentándolo desde hace dieciocho años.

—¿No tiene que haber límites, entonces? —rebatía Erik, y la miró con curiosidad.

—No es eso, pero además de límites, hay que tener criterio —dijo, ya un poco impaciente—. No es lo mismo enfrentar un pronóstico adverso cuando ya tienes un hijo sano que cuando has tardado en embarazarte casi dos décadas.

—Entiendo —dijo él. Silbó para llamar a Loki y emprendieron el camino de vuelta al Hotel W—. Mañana me lo cuentas con tranquilidad.

No pudieron organizar la respuesta de la interconsulta hasta el jueves. El martes Andrea tuvo un parto de emergencia de uno de los pacientes de la privada, y una cirugía del miércoles se le complicó a Erik más de lo esperado. Pero para entonces, Inés había preparado una exposición del caso con imágenes, mediciones y todo lo que sabía que Erik necesitaría para hacer una valoración.

Inés ya conocía cómo se las gastaba el doctor Thoresen a la hora de

evaluar una presentación, así que lo llevaba todo niquelado. Cuando terminó de exponer la última diapositiva, Andrea sonrió con orgullo, pero él apretó los labios e hizo aquel gesto tan característico, que no vaticinaba nada bueno. Abrir y cerrar los puños a ambos lados de sus caderas, con los hombros cuadrados en tensión.

—¿Y bien? —dijo Andrea, que esperaba un veredicto.

—Me llevaré la presentación y estudiaré el caso con calma.

—Pero ¿no puedes decirnos nada ahora? —insistió Inés, con incredulidad. ¡No podía dejarlas así!

—No. Es mucha información y debo revisarla en detalle. Ahora no voy a decirnos nada que no sepáis —dijo, reacio a soltar ni una sola palabra—. Lo mejor para este bebé sería ofrecerle un trasplante, pero aquí en Chile es poco menos que imposible, y más siendo tan pequeño. Hay que optar por la vía univentricular, eso está claro. Ese ventrículo es mínimo. Pero la próxima semana os diré más.

Se despidieron de Andrea y se marcharon juntos a casa, pero Inés veía a Erik callado y taciturno. Algo rondaba su cabeza, algo relacionado con la paciente que llevarían en equipo, y se mordió la lengua para no sonsacarle más información. Ella también estaba nerviosa y su silencio no hacía más que empeorarlo. Hasta ahora, trabajar juntos en el mismo hospital no había supuesto demasiado inconveniente, pero Inés intuía que los problemas no habían hecho más que empezar.

## *Dårlig gutt*

Aquel viernes Inés no tenía guardia, así que en cuanto terminaron la jornada, recogieron a Loki en el ático y se marcharon de nuevo a Farellones.

—A veces parecemos ermitaños —dijo Inés, muerta de la risa, tras colgar una llamada de Nacha, que la invitaba a salir, y darle de nuevo una negativa—. Un fin de semana de estos, tenemos que quedarnos en Santiago e ir de juerga. ¡Me apetece bailar!

Puso la radio a mayor volumen, comenzó a sonar *Feel so close* de Calvin Harris, y alzó los brazos para moverlos al ritmo de la música.

Erik la estudió desde el asiento del conductor con una sonrisa. Estaba muy cerca de ser la Inés de siempre: se reía más, bromeaba como siempre e irradiaba aquella energía arrolladora que lo conquistaba.

Aunque seguía descubriéndola a veces con una tristeza infinita dibujada en su rostro, con los ojos opacos, velados por un anhelo inmenso. Y él asistía, impotente, a esos momentos de introspección. Durante el sábado siguiente, la descubrió en varios momentos así en varias ocasiones.

Ella luchaba para no regodearse en ellos, y era doloroso de atestiguar. Sacudía la cabeza, se vestía con una sonrisa y cambiaba de sitio. Si estaba en la cocina, se iba al salón, si le ocurría en la habitación, huía unos minutos al baño. Tenía identificadas todas aquellas oscilaciones de humor y las monitorizaba muy de cerca.

Como aquella noche. Terminó de trabajar un rato en las vigas; ya había dejado a Loki en su cesta frente a la chimenea para dormir y subió a la habitación para su sesión de cine. Inés miraba por la ventana con esa expresión ensimismada que lo sacaba de quicio.

La abrazó desde atrás y ella sonrió, conectándose de nuevo con la realidad. El brillo volvía a sus ojos y sonreía con espontaneidad, pero los fantasmas seguían ahí.

—¿En qué piensas, *kjaereste*? —murmuró, acariciando su pelo con los labios.

Ella sonrió y se giró para mirarlo, sorprendida.

—¿Que en qué pienso? Creo que es la primera vez desde que estamos juntos que me preguntas eso. ¿Tendré que decirte que no es asunto tuyo? —dijo ella, con la broma bailando en la mirada gris—. Es lo que me decías tú al principio. Aún ahora te cuesta contestar.

—Dime lo que piensas —insistió, y ciñó con más fuerza los brazos en torno a su cuerpo.

Ella suspiró y le acarició los antebrazos. Lo pensó unos instantes antes de contestar. ¿Diría la verdad o estaría mintiendo?

—Pienso en que soy afortunada por tenerte. Queirme a vivir contigo ha sido la mejor decisión que he tomado nunca y en que te quiero —dijo con sencillez. Se encogió de hombros y volvió a dejar la mirada vagar por las montañas—. No es nada especial.

Erik tuvo que cerrar la boca, que se había quedado entreabierta con su respuesta. Inés tenía la capacidad de desarmarlo con una sonrisa, una broma o una mirada. Una oleada de aquella sensación de que ella era su hogar lo envolvió, entremezclada con el dolor de no poder darle lo que ella más ansiaba.

—Me alegro —dijo tras unos minutos—. Y no digas que no es especial. Es especial.

—¿De qué te alegras?

—De todo. De que estés conmigo. De que me quieras. —Se echó a reír y negó con la cabeza porque de verdad lo sentía—. Hasta me alegro de que Loki me destruya los zapatos y nos deje sin reservas de papel higiénico.

—Dilo. Lo estás deseando. No te hagas de rogar.

—*Jeg elsker deg, liten jente.*

Un ánimo plácido lo invadió, allí de pie junto a la ventana. Inspiró el aroma femenino y personal que emanaba de su piel, dulzón y cálido. La besó en el cuello, donde sabía que conseguiría su rendición, e insistió cuando percibió que se ponía rígida.

—Me fascina tu piel.

Inés se dio la vuelta y la envolvió entre los brazos. Se fundieron en un beso tranquilo, que no quería acabar.

—Ven, vamos a la cama —la tentó, con una sonrisa en la que depositó todas sus intenciones. Ella se dejó llevar, pero advirtió un relámpago de preocupación en sus ojos y puso *Our Love Is Easy*, de Melodie Gardot, para relajarla—. Recuerda: no tenemos prisa, no hay que llegar a ninguna parte. Solo quiero tenerte cerca.

Inés asintió. Los dos estaban vestidos. Ella, con vaqueros y un jersey suave de color gris. Él, también con vaqueros y una sencilla camiseta blanca, no demasiado limpia por el trabajo. Se tumbaron de lado sobre la cama y buscó la piel bajo el jersey. Llevaba una camiseta de encaje suelto y tiró de la prenda para estudiar el tejido.

—No me lo rompas —pidió Inés con un hilo de voz.

—¿Es la que compramos en La Perla?

Ella asintió, se mordió el labio inferior con una mezcla de expectación y temor, y clavó los ojos grises en él en un desafío directo.

Cogió el borde de la prenda de lana y tiró. La deslizó por los brazos estirados y sonrió al ver cómo se erizaba su piel. Acarició el interior de sus antebrazos con el dorso de los dedos y ella se estremeció.

—Tengo frío —protestó con un mohín infantil.

—No te preocupes por eso —dijo él, posando la palma abierta de la mano en su abdomen, que se tensó bajo la tela delicada de tul y encaje. Alzó las cejas al descubrir algo inusual—. ¿No llevas sujetador?

—No con esta camiseta. Así se luce mejor.

Seguía con las manos unidas y relajadas sobre su cabeza, lo que hacía que su espalda se arqueara un poco. Los pechos se dibujaban con claridad bajo la prenda y buscó con el índice el relieve de las clavículas.

—Erik... —dijo con tono de advertencia. Pero él no frenó su camino hacia la depresión entre sus pechos. Se acomodó más cerca y metió un muslo entre sus piernas. Apoyó la cabeza sobre el codo y fijó la mirada sobre su rostro.

—¿Qué?

Ella puso los ojos en blanco y luego los cerró.

—Odio esos «Qué», bruscos y pelados.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que estás preciosa y que tengo ganas de besarte? Lo sabes de sobra —dijo él, con un punto de diversión en la voz—. Las palabras sobran, Inés.

Dejó caer los labios sobre su boca, la recorrió con la lengua, tentándola a abrirla para él. Cuando consiguió su rendición, profundizó el contacto, y sellaron un beso húmedo que los hizo jadear.

Sus dedos ya habían descubierto los pezones y giró la yema del corazón hasta erguirlos con insolencia. Primero uno. Luego el otro. La erección bajo los vaqueros pulsaba con rabia contra su cadera, pero se contuvo, todo iba perfecto. ¿Por qué estropearlo con un paso en falso, ahora que empezaba a responder?

Se apartó con esfuerzo de sus labios.

—¡No! —dijo ella, contrariada por su abandono.

—No iré muy lejos, *liten jente*. Solo quiero levantar esto —dijo, tirando del borde de la camiseta y descubriendo la cicatriz y después la depresión de su ombligo.

Inés llevó las manos a su vientre en una reacción involuntaria, pero él la agarró de las muñecas con firmeza y la sostuvo sobre su cabeza. La miró con una reprimenda en los ojos y en el tono de voz.

—Hemos quedado en que yo llevaba las riendas. ¿Quieres cambiar las reglas del juego? —Ella negó lentamente con la cabeza y dejó de nuevo las manos relajadas sobre la almohada—. No quiero atarte, *liten jente*, pero si no te comportas, lo haré.

Y ahí estaba lo que quería ver. El chispazo de alerta y deseo en la mirada. El jadeo que escapó entre sus labios. Pero aún no. Todavía no.

Trazó la línea ladeada de su cicatriz, perceptible, de un blanco níveo en contraste con el color arena de su piel, todavía solevantada unos milímetros. Se inclinó sobre ella y la besó. Después arrastró los labios húmedos hasta el ombligo y hundió la punta de la lengua en la pequeña hendidura.

—Eres malo. ¿Cómo se dice «chico malo» en noruego? —preguntó Inés, con la voz ronca. Pasó la lengua por los labios para humedecerlos y Erik la besó de nuevo antes de contestar.



—*Dårlig gutt. Du er en dårlig gutt* —dijo Erik en un susurro, escondido en su cuello. Inés ladeó la cabeza para darle espacio y suspiró—. Eres un chico malo. Dímelo. En noruego.

—*Du er en...*

—*Dårlig gutt* —completó por ella. Su risa retumbó en el cuerpo de Inés, que gimió—. Ya sabes lo malo que puedo llegar a ser.

Levantó con cuidado la camiseta sobre sus pechos, que saltaron al ser liberados de la tela. Sus pezones se anudaron en dos botones insolentes. Soltó una plegaria al universo. Necesitaba ayuda. Para controlarse. Para no devorarla. Para ser lo que ella necesitaba ahora, un maestro tierno y protector. Los rozó con los labios y exhaló el aliento sobre ellos. Inés se arqueó.

—Has prometido mantener las manos quietas —le recordó Erik, con la boca aún sobre las cimas rosadas.

—No puedo... No soy capaz —murmuró ella, en un gemido entrecortado.

Erik se incorporó un poco, no quería alejarse, no ahora. Y las cintas de raso estaban fuera de su alcance. No tenía nada con lo que atarla. Salvo su cinturón.

Se arrodilló a su lado y aprovechó para despojarse de la camiseta. Inés tendió una mano hacia sus abdominales y no la apartó. Aquellos dedos temblorosos que exigían piel eran más que bienvenidos. Se desabrochó la hebilla de bronce y tiró del extremo. La tira de cuero, de un marrón envejecido, se deslizó por las trabillas del pantalón.

—Eres un espectáculo digno de contemplar —murmuró Inés, con los labios hinchados, húmedos, brillantes por la excitación.

—Esta vez no te vendaré los ojos —dijo él, con arrogancia—, pero sí necesito que estés quieta para continuar.

El cuero se dobló, flexible, al rodearle las muñecas. Inés se mantenía con los ojos fijos en él, entregada por completo, y con los pechos desnudos moviéndose al ritmo de su respiración. Después cerró la hebilla en torno a uno de los travesaños del cabecero.

—Dime que quieres seguir.

—Quiero seguir —suplicó Inés—. Y no pares, por favor.

La contempló durante unos segundos así, tumbada sobre la cama, expuesta y vulnerable, solo para él, y aquello lo excitó aún más. Se inclinó sobre ella y la besó de nuevo, con un filo de desesperación en sus caricias. Volvió a demorarse en mimar sus pechos, en besar, lamer y morder con suavidad sus pezones, en provocar espasmos en su cuerpo en tensión. Se tendió sobre ella y la cubrió con su peso durante unos instantes. Sentir su piel desnuda sobre la de ella le generó un consuelo inexplicable en aquella situación.

—Pesas mucho —murmuró Inés con dulzura.

—Eres un vicio —replicó él. Con pericia, desabrochó uno a uno los botones metálicos de los vaqueros.

Se apartó un poco y alcanzó sus pies. Sonrió al ver el rojo reivindicativo de las pequeñas uñas. Estaba descalza, y besó las plantas, la punta de los dedos y recorrió la línea del empeine hasta el borde del pantalón. Tiró de él por ambas perneras, y la caricia de la tela sobre sus muslos le arrancó un jadeo ronco.

Caminó con los dedos sobre sus pantorrillas, cubrió las rodillas con las palmas y las arrastró hasta llegar a las caderas en un movimiento lánguido. Gruñó con la reacción de su cuerpo, se sabía de memoria cada relieve de la piel de Inés.

Ahora solo una delicada braga de tul y encaje negro lo separaba de su sexo. Cerró los ojos y percibió, muy lejano y tenue, el aroma dulce de su esencia. Su erección vibró enardecida, pero de nuevo se controló. Bajó la mano por el interior de su muslo y cuando llegó al triángulo de tela casi transparente, no lo tocó.

—Por ahora, esto es territorio prohibido —dijo Erik, y bordeó la tela en todo su recorrido hasta llegar al pequeño triángulo que quedaba dibujado entre sus piernas y sus bragas. Hundió el dedo en el pequeño hueco y lo sacó. Inés se arqueó con violencia.

—Por favor, Erik. Te necesito. Abrázame —rogó en un hilo tembloroso de voz.

Se tendió sobre ella, la erección justo sobre su sexo, el torso aplastando sus pechos, la boca fundida en un beso de fuego. Inés enroscó sus piernas en la cintura, se retorció, buscando el contacto, un sollozo escapó de su garganta.

—*Svarte Helvete* —juró Erik, notando cómo las últimas hebras de voluntad se desvanecían entre los muslos de Inés.

Pero no, aún no. Tenía que aguantar un poco más. Con un esfuerzo sobrehumano, se separó de ella. Cada fibra de su cuerpo gritó en puro dolor.

—¡No! ¡No! —gritó Inés, cabreada y frustrada—. ¡No, no, no, no! ¡Fóllame!

—*Kjaereste*, aún no es el momento. Esperemos solo un poco más. Nos ha costado mucho llegar hasta aquí —dijo con la voz atenazada por la excitación y la angustia, pero no pensaba ceder—. No nos precipitemos y todo saldrá bien.

Ella apartó la cabeza y respiró profundo hasta que se aplacó un poco. Sin mirarlo, asintió. Erik estudió su cuerpo, la piel erizada, perlada en sudor, los pezones erectos, la boca roja e inflamada, las mejillas cubiertas también en rubor. Solo faltaba saber una cosa.

—Quédate quieta, *liten jente*. Quiero comprobar algo.

Ella abrió los ojos y lo dejó hacer cuando apartó la entrepierna de sus bragas y deslizó los dedos con delicadeza entre los pliegues de su sexo. Hundió tan solo unos milímetros la yema del corazón en la carne ardiente. Inés soltó un grito y el cabecero dio una sacudida por el tirón de sus brazos cuando lo retiró.

—¡Mierda! —Un espasmo recorrió sus piernas y abrió los muslos, ofreciéndose—. Erik, no. He cambiado de idea. Fóllame. Ahora. Por favor. Por favor. ¡Por favor!

Él se llevó el dedo medio a la boca y lo chupó y succionó con deleite.

—Eres deliciosa, *kjaereste*.

—¡Y tú eres un cabrón!

Inés pataleaba, todavía amarrada al cabecero, furiosa. Él sonrió. Quizá no la próxima vez, pero pronto, muy pronto, llegarían hasta el final.

## *Panqueques celestinos*

Inés tardó varios días en perdonar a Erik por dejarla a medias. Liberaba el exceso de energía acumulado haciendo ejercicio y comenzaba a recuperar la forma. Las tardes se acortaban y pronto tendría que correr de noche, pero Loki, que en un mes había doblado su tamaño, era un compañero formidable que además la hacía sentirse más segura.

Por otro lado, pasó toda la semana preocupada por la reunión que tenían el jueves: su tutora, Erik como cardiocirujano, y un neonatólogo con amplia experiencia en UCI neonatal, el doctor Raúl Salinas. Ella asistiría como mera espectadora, y, si era sincera consigo misma, era de esas escasas situaciones en las que agradecía seguir siendo residente. Aquella reunión pintaba complicada.

Presentó el caso con los últimos datos que habían obtenido el día anterior en la revisión de Paloma, y confirmaron lo que ya sabían: un corazón malformado y un bebé muy pequeño que no llegaría al término del embarazo.

—Nos enfrentamos a un prematuro de muy alto riesgo, las posibilidades de supervivencia son escasas y puede que no llegue siquiera a la cirugía —dijo Salinas, con el rostro sombrío. Inés se dio cuenta de que Erik asentía, dándole la razón en silencio—. ¿De cuántas semanas disponemos?

Andrea se encogió de hombros, y negó con la cabeza en un gesto desesperanzado.

—No lo sabemos. Tendremos que hacer controles muy estrechos. La semana que viene, si sigue igual, ingresaremos a la madre para favorecer el reposo —dijo su tutora, conforme al plan de monitorización y tratamiento que habían creado para sus necesidades tan especiales—. Aumentaremos la frecuencia de las ecografías a tres semanales: lunes, miércoles, y viernes. En cuanto veamos que el bebé comienza a sufrir por el ambiente adverso en el útero materno, será el momento de practicar la cesárea urgente. No antes,

pero tampoco después. Esperemos que aguante algunas semanas más.

—¿Cuántas? —preguntó Erik, con la palabra vistiendo de incertidumbre la conversación.

—No lo sabemos —repitió Andrea, algo impaciente. Golpeaba con un bolígrafo sobre la mesa, e Inés se estaba poniendo de los nervios—. ¿No puedes decirnos tú qué es lo que le espera al bebé si nace en condiciones de enfrentar una cirugía?

Erik abrió y cerró el puño varias veces antes de contestar, y se llevó después la mano a la boca. Sus ojos azules destilaban duda.

—Le espera un largo camino. Como mínimo, necesitará tres cirugías, dos de ellas en el primer año de vida. —Cogió un bolígrafo y dibujó un esquema para ilustrar sus palabras con trazos rápidos y seguros—. Primero, pondremos un parche para ampliar la aorta, es demasiado pequeña. Y abriré una comunicación entre las aurículas para mejorar la oxigenación. —Estaba inquieto. Los surcos de su frente se profundizaban con cada frase y sus ojos azules comenzaban a velarse con un disgusto, un rechazo que Inés jamás había visto en ellos—. Si la paciente aguanta, la segunda cirugía se programará en los meses siguientes. Y cuando crezca lo suficiente, sobre los dos años, la tercera. La que convertirá el ventrículo derecho en el motor principal de su corazón.

—¿Qué quiere decir el motor principal? —inquirió Andrea, poco familiarizada con las cirugías cardíacas.

—El ventrículo izquierdo, en condiciones normales, es el que se encarga de bombear la sangre oxigenada a las coronarias, al cerebro y al resto del cuerpo. Soporta una enorme carga de trabajo y está preparado para ello —dijo Erik, emulando con su puño el latido acompasado de un corazón—. El ventrículo derecho se ocupa de bombear la sangre a los pulmones y eso no supone ningún esfuerzo. Con las cirugías, buscamos que la circulación pulmonar quede desconectada por completo del corazón y funcione sola, sin bomba, solo por diferencias de presión. —Su puño comenzó a perder fuerza, y el latido simulado era débil, lento—. Y el ventrículo derecho pasa a suplir las funciones del izquierdo como motor principal.

Inés asintió, fascinada por la fisiología y el ingenio de los cirujanos al hallar una solución a aquel desafío que era el ventrículo izquierdo hipoplásico. Conocía el procedimiento, pero Erik lo hacía parecer sencillo.

Casi mágico.

Se hizo un silencio frío en la sala. Tres cirugías a corazón abierto, la primera en un bebé prematuro que no pesaría más allá de un kilo y medio, en un plazo dos años.

—Todo esto es una locura —gruñó Erik, que pareció verbalizar lo que todos estaban pensando—. ¿Nadie le propuso en su momento a esta madre un aborto terapéutico?

La pregunta cortó el silencio con un sablazo inesperado. Inés inspiró con fuerza, sorprendida por la crudeza de su afirmación. Andrea lo miraba, ultrajada, y el neonatólogo carraspeó un par de veces para aclararse la voz.

—Quizá el doctor Thoresen, aunque lleva ya más de dos años aquí, no recuerda que en Chile el aborto está penado por ley salvo en supuestos muy específicos —aclaró el pediatra, visiblemente incómodo con la situación que Erik había planteado—. No podemos ofrecer esa alternativa a la madre, no solo porque es inhumano. Sino porque es ilegal.

—¿Inhumano? ¿Más inhumano que someter a un recién nacido prematuro a semejante encarnizamiento terapéutico? —preguntó, estupefacto.

Después de la tensa discusión, Erik se quedaba por fin sin palabras. Se sentó y apretó el puente de la nariz entre los dedos. Inés se revolvió en la silla, al percibir la tensión en sus hombros hundidos y su expresión disgustada.

—No. No lo recordaba —aceptó sin ambages. Abrió y cerró los puños, y luego enseñó las palmas en señal de rendición—. Pero sigo pensando que todo esto es una locura.

—No es encarnizamiento, solamente le ofrecemos a la madre y a su bebé los mejores recursos que tenemos —intentó explicar de nuevo Andrea, que comenzaba a perder la paciencia—. Sé que no son las mejores condiciones para operar a corazón abierto a un niño, pero ¿cuándo existe un escenario ideal en estos casos? Muy pocas veces. —Su tutora repiqueteaba los dedos sobre la mesa, y producía un ruido desagradable que a Erik lo estaba enervando. Inés se hundió un poco más en la silla—. Los niños están desnutridos, o no respiran bien, o sus plaquetas están bajas.

—Y nosotros hacemos todo lo que está en nuestras manos para sacarlos adelante lo mejor que podemos y con las secuelas mínimas —

apostilló Raúl, apoyando la tesis de Andrea.

—¿O es que no tienes las agallas suficientes como cirujano para actuar en este caso?

Ay.

Inés casi pudo determinar el momento exacto en que sus ojos azules comenzaron a verlo todo rojo. Se incorporó con brusquedad, cuadró los hombros y pareció hacerse aún más grande e intimidador, pero la obstetra lo observaba con la mirada de ojos castaños reluciendo de rabia. Erik tomó aire, con el rostro rubicundo por la insinuación recibida e Inés decidió intervenir.

—Doctora Garay, el doctor Thoresen es uno de los especialistas mejor preparados en corazón izquierdo hipoplásico que existen a nivel internacional —dijo con tono clínico y formal. Se felicitó internamente, porque en realidad temblaba como un flan—. Si hay alguien que puede aumentar las posibilidades de esta niña, es él. Tiene muy buenas razones para afirmar que el riesgo es grande, y estoy segura de que su criterio nada tiene que ver con su valentía a la hora de enfrentar un desafío.

Erik la miró con agradecimiento durante un par de segundos y después se cubrió con el hielo glacial habitual. Aquello le dio coraje para seguir, todos la escuchaban.

—Creo que es pronto para aventurar nada concreto. El bebé sigue sin crecer lo que debería y tendremos que verlo de nuevo la semana que viene —propuso, con sentido común. No tenía nada que ver con ser una eminencia, ¿qué avanzaban agarrándose de los pelos, si aún no tenían nada que decidir?—. En Neonatología ya saben que este bebé va a nacer de un momento a otro y que necesitará cuidados intensivos desde el minuto cero, y el Dr. Thoresen ya tiene conocimiento del caso y estudiará el mejor abordaje quirúrgico para cuando sea necesario.

Los cuatro se levantaron y dieron por terminada la reunión. Erik se marchó a la Unidad del Corazón a cambiarse, y Raúl y su tutora comentaban en voz baja lo que acababa de ocurrir. Inés se alejó. No le apetecía escuchar críticas hacia él, eran totalmente injustas. Erik tenía una manera de pensar que a veces era demasiado escandinava, olvidaba que estaban en Chile y que la mentalidad, los recursos, e incluso las leyes, eran muy diferentes a Noruega. Con tristeza, recordó el caso de Cristián. Erik seguía reprochándose aquel traslado apresurado motivado por razones puramente económicas:

Guarida presionando por el ingreso indebido y la madre porque no tenía recursos para desplazarse hasta el hospital.

Colgó la bata en el perchero de la puerta y recuperó el bolso del cajón con llave. Iba a marcharse a buscar a Erik cuando Andrea la llamó desde su despacho.

—¡Inés! Ven un minuto —dijo su tutora cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta. Cerró los ojos y resopló. Ahora mismo, no era su persona favorita precisamente.

—Dime.

Se había quitado también la bata y llevaba una gabardina sobre el vestido azul marino. Era una mujer elegante y la seguridad que irradiaba la hacía parecer aún más atractiva. A Inés le parecía bien su actitud agresiva, pero no le había gustado que fuera Erik el receptor de sus dardos.

—Lo has hecho bien esta tarde. Habíamos entrado en bucle y cortaste la conversación con clase —reconoció con una sonrisa admirada—. Nadie se sintió ofendido con tu propuesta, defendiste a Erik con argumentos contundentes y dejaste trazado un plan de acción. Bien hecho.

—Gracias, Andrea.

Debió ser más entusiasta con el elogio, pero solo sonrió y se marchó a casa con la sensación de que lo que había vaticinado respecto a que ella y Erik trabajasen juntos en el San Lucas comenzaba a hacerse realidad.

Cuando llegó a casa, Erik ya estaba allí. Loki hacía guardia a sus pies, y él trabajaba con el rostro tenso y los ojos azules concentrados en la pantalla que tenía delante. Los auriculares lo aislaban del exterior y bebía de vez en cuando de una taza de café. Lo contempló largo rato, apoyada en la pared del pasillo de la entrada. Amaba cada faceta, las suaves y las ásperas, las luminosas y las más oscuras, de su vikingo gruñón.

—¿Quieres que prepare algo de cenar? —dijo, y lo pilló desprevenido al avanzar hacia la mesa con cautela. Loki hacía rato que la había descubierto y correteaba entre uno y otro, agitando la cola. Rodeó su cuello con los brazos y lo besó en los labios.



—Hola, no te sentí llegar. ¿Qué te parece si salimos a tomar algo?

—Mañana tengo guardia —dijo Inés. Salvo un paseo cuando llegaban temprano a casa, no solían salir entre semana—. Pero me gusta la idea, ¿quieres que reserve en algún sitio cerca de aquí?

Fueron al Tiramisú, caminando desde el edificio del W. Iban abrazados por la cintura, como cualquier par de enamorados, pero Inés percibía un ánimo taciturno y oscuro en él. No había abierto la boca desde que habían salido del edificio y ella tampoco tenía muchas ganas de tirar de la conversación. Pidieron una ensalada y un *calzone* para compartir, e intercambiaron unas pocas palabras sobre su día.

—Inés, quiero que tú y yo prometamos algo —dijo tras unos largos minutos de silencio obstinado—. ¿Me escuchas?

Ella sonrió, preocupada, y agarró su mano por encima de la mesa.

—Dime. Tienes mi plena atención.

—No dejemos que los temas médicos nos fastidien en casa. Prométemelo. Lo del hospital se queda en el hospital —dijo, y clavó los ojos azules en ella con una exigencia que en realidad era ruego.

Inés suspiró. Asintió lentamente y después con más energía. Sonrió y apretó sus dedos sobre la mesa para reafirmar su postura.

—Lo prometo. Lo del hospital se queda en el hospital.

Inés estaba de guardia. Otra vez. Erik bufó mientras cogía la correa de Loki y la enganchaba a su collar.

—¡Quieto, Loki! —Menudo panorama, inmolarse para las guardias de viernes. Menos mal que no eran todos, pero aun así lo fastidiaba tener que esperarla solo en casa—. Vamos a dar un paseo.

Su ánimo taciturno se aligeró un poco al ver los saltos alegres y los ladridos entusiasmados del cachorro al asistir al ritual de prepararse para bajar al parque Bicentenario.

Había bastante gente aprovechando los días cálidos de inicios de abril, de manera que no soltó a Loki. Lo llevó de la correa, vagando sin rumbo fijo a donde el perro quisiera arrastrarlo, y se encontró descubriendo rincones del

parque que lo sorprendieron. Una pequeña zona recreativa para perros hizo las delicias de Loki. No había más mascotas, así que lo soltó y cerró la puerta. El cachorro husmeó entre las rampas, túneles, toboganes y balones atados con cuerdas, y bastó que lanzara su pelota a uno de los obstáculos, para que comenzara a recorrerlos a toda velocidad, con la lengua colgando y las orejas doradas al viento. Sonrió, pero no era capaz de alejar su ánimo oscuro.

A Inés no le iba a gustar, pero él ya había tomado una decisión.

Inés bostezó y se estiró con disimulo a los pies de la primera cama de la UCI. El residente comenzó la letanía explicando la evolución de la complicada neumonía del niño que estaba a punto de subir a planta, después de casi una semana de hospitalización allí. Ella solo podía pensar en que Erik la esperaba estacionado delante de la puerta principal del San Lucas, con café del Starbucks, dulces para provocar hiperglucemia a media población de Santiago y Loki repantingado en el asiento de atrás como un rajá.

Sonrió al ver el mensaje de Nacha en el móvil. Hablaban de vez en cuando entre semana, e Inés ya disfrutaba con las fotos de su barriguita o las ecografías que su amiga le mandaba por WhatsApp. De Alma no sabía nada, ni tampoco de Dan. Mejor. Sabía que las cosas seguían tensas entre él y Erik, y no quería tomar partido. Estaba claro quién iba a ganar.

«Te entiendo. Estás viviendo una etapa preciosa con tu vikingo, y os estáis resarcido de todo lo que no pudisteis compartir el año pasado. Aprovecha, follad como locos, y cuando te canses de él o necesites respirar un poco, ya sabes dónde estoy».

La generosidad de Nacha la apabulló. Había dado en el clavo, excepto en un solo detalle insignificante, nimio, superfluo y sin importancia. Erik y ella llevaban más de dos meses sin sexo. Se encogió de hombros. El fin de semana anterior atisbó alguna luz de esperanza, pero ahora ya le daba lo mismo. Con tal de sentir sus brazos fuertes estrechándola contra su pecho, era feliz. Sus expectativas se rebajaban más y más cada día.

—¿Lista para la montaña? —dijo Erik con aquella sonrisa de colmillos depredadores y ojos azules que prometían diversión. Cogió de su mano el Caramel Machiatto Grande y se acomodó en el asiento del copiloto.

—Vámonos de aquí.

A medida que ascendían hacia Farellones, las nubes adquirían un tinte negruzco y amenazador. El cielo estaba cargado de lluvia y cuando llegaron a la casa, en el aire flotaba un extraño aroma. Unas gotas dispersas caían aquí y allá, e Inés cerró los ojos y elevó el rostro hacia el cielo con una sonrisa de bienvenida. Inspiró la mezcla vigorizante del olor sutil del ozono, el más intenso de la tierra mojada, y el mineral, dulce y suave, del petricor.

—Amo esta casa —murmuró al notar que Erik le cubría los hombros con su chaqueta. Sonrió al percibir su perfume masculino y personal, y la mezcla la embriagó.

—Y yo a ti, pero eso de quedarse en la puerta justo cuando acabamos de llegar no sé si me gusta tanto —gruñó, empujándola con suavidad hacia el coche.

En vez de entrar en el vehículo, le abrió la puerta a Loki, que salió disparado, y rodeó la casa para llegar hasta los frutales. Las peras y las manzanas eran deliciosas y, si no las cosechaban, la lluvia las echaría a perder.

Empezó a llover con más fuerza. Erik apareció por la esquina de la casa, e Inés le hizo un gesto para que volviera sobre sus pasos.

—¡Trae una cesta! Hay un montón de fruta por recoger.

Entre risas, empapados y muertos de frío, pero con una magnífica cosecha, entraron en casa.

Se secaron el uno al otro frente a la chimenea mientras Loki dormía ante el fuego, ya cepillado y limpio. Cuando por fin estuvieron en pijama, cómodos y calientes, ya era media tarde y se desplomaron en el sofá. Un sonido gutural salió de las tripas de Erik y los dos se echaron a reír.

—¿Has desayunado? —preguntó Inés, divertida por el concierto desatado en su abdomen. Él se lo palmeó y negó con la cabeza.

—Solo un café en casa antes de salir a buscarte. Ya sabes que yo no soy amigo del café asqueroso del Starbucks ni de su repostería artificial —dijo con sorna.

Inés se levantó y tiró de él hacia la cocina.

—Así que el señorito solo quiere comida casera. Muy bien. ¿Qué

quiere que le prepare? —dijo al llegar frente a la encimera de la vitrocerámica.

—Sorpréndeme.

Abrió las alacenas y pensó un poco. Estaban bastante surtidas. En una esquina, descubrió un tarro de cristal con dulce de leche artesano y sonrió.

—Vamos a hacer panqueques celestinos con manzana confitada. Pero me tienes que ayudar.

—¿Qué es?

—Un postre chileno típico, ya lo verás.

Trajo el pequeño altavoz inalámbrico y programó Coldplay de fondo en su teléfono. Puso a su pinche improvisado a cortar las manzanas en láminas finitas y sonrió al verlo dedicado con su precisión de cirujano a diseccionarlas lentamente.

—¡Vamos! —dijo dándole una palmada sonora en el culo—. Si tardas tanto, comeremos el día del juicio final.

—¡Quiero hacerlo bien! —protestó él, que iba disponiendo las lascas de manzana sobre la bandeja previamente untada con mantequilla por Inés. Cuando todo el fondo quedó cubierto, las espolvoreó con canela y azúcar, y las metió en el horno.

—¿Y ahora?

—Lava los platos, joven padawan. —Señaló la torre de cacharros sucios y Erik torció el gesto en desagrado—. Los pinches tienen que aprender desde abajo —dijo con una sonrisa y un dedo índice acusador.

Ella preparó la mezcla de los panqueques, que conocía de memoria: dos cucharadas de mantequilla derretida, tres huevos, cien gramos de harina, taza y media de leche de las grandes, y una pizca de sal. En su sartén preferida, ya caliente, vertió la mezcla y comenzó a sacar panqueques con rapidez.

—Quiero aprender a hacer eso —dijo Erik, admirado al verla girar las tortitas en el aire con un golpe de muñeca.

—Esto requiere su práctica, grandullón, ¿por qué no untas los panqueques con el manjar? Pon dos cucharadas a cada uno, hay de sobra.

El primero quedó destrozado, pero poco a poco la torre de tortitas

enrolladas comenzó a crecer, hasta juntar seis por cabeza. El último, muy pequeño, con los restos de la mezcla que Inés rebañó con la espátula, lo compartieron entre risas con un poco de manjar. El aroma a canela, manzana y azúcar caliente impregnaba la cocina y les hacía la boca agua.

—Esto del dulce de leche es un vicio —aceptó Erik, chupándose los dedos mientras Inés sacaba la bandeja del horno y colocaba los panqueques enrollados sobre la cama de manzana, ya casi confitada—. Estoy por afirmar que me gusta casi más que el chocolate.

—¿En serio? —dijo riendo Inés—. Pues espera a probarlo caliente, casi fundido. Te vas a morir del gusto.

Esperaron frente a la puerta de horno como dos niños pequeños, tan solo unos pocos minutos. El olor era tan delicioso que Erik notó que le dolía la boca por el ansia de saborear el postre. Cuando Inés sacó la bandeja, alargó la mano para robar uno y ella le dio una palmada.

—Hay que dejar que se enfríen, ¡y tenemos que bajarlos con algo! Coge las tazas, voy a preparar el té.

—De acuerdo, pero que sepas que estoy sufriendo.

Inés se volvió hacia él con una sonrisa perversa.

—Te lo mereces. Esta es mi venganza por dejarme a medias la semana pasada.

Los dos rompieron a reír. Prepararon un té rojo amargo y fuerte, que era el complemento perfecto para el dulzor intenso de los celestinos. Inés levantó la veda y Erik se lanzó, famélico, hacia el primer panqueque. Lo hizo desaparecer de dos bocados.

—Bestia... ¡Cuidado, que el manjar chorrea! —le advirtió, viendo cómo regaba su mano con la mezcla líquida que goteó por su antebrazo en un segundo. Erik se chupó el pulgar con deleite emitiendo un gemido y masticó con la boca llena; los ojos azules, entusiasmados, se clavaron en ella.

Un latigazo de placer restalló justo en el centro de su sexo. La sensación fue tan brutal, que Inés retrocedió hasta sujetarse con ambas manos en la encimera.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —preguntó él, sorprendido por su reacción súbita. Volvió a chuparse el índice y el dedo medio pringados de dulce de leche—. Inés estás jadeando. ¿Estás bien?

Una humedad impregnó sus bragas, sus pezones se contrajeron en un nudo de dolor por pura necesidad. Entre sus piernas parecía tener un caldero de lava ardiente.

—Estoy más que bien.

No pudo hacer otra cosa que abalanzarse contra él. Con tal fuerza, que Erik perdió el equilibrio y chocó con la cadera contra la mesa; una de sus manos aterrizó en la bandeja con los panqueques, que soltaron el manjar con un chapoteo.

Inés le cogió la mano con brusquedad y clavó los ojos en él. Se llevó los dedos endulzados a su propia boca y chupó, succionó y mordió con avidez.

—Inés, espera.

—No, joder —se impacientó ella, apoderándose del borde de su camiseta y quitándosela a tirones exasperados—. Llevo dos meses esperando. Apiádate de mí.

No tuvo nada qué hacer. ¿Y qué iba a hacer, si ya tenía la boca femenina en torno a sus pezones perforados, dándoles el mismo tratamiento desesperado que a sus dedos?

—*Svarte Helvete, kjaereste*. Ven aquí —gruñó. Le quitó el jersey suelto de algodón y soltó una carcajada triunfal al ver que no llevaba sujetador. La apretó contra su torso y devoró su boca con la misma ansiedad con la que ella buscaba sus labios, su lengua, la parte sensible y deliciosa de detrás de los dientes. Apartó de un manotazo la bandeja y el suelo se plagó de los celestinos, las lascas de manzana y el polvo de la canela.

—No importa —dijo Inés, desabrochando sus vaqueros con manos torpes, que forcejeaban con los botones metálicos—. Después, mañana, cuando sea, hacemos más.

Le bajó los pantalones, llevándose en su camino el bóxer, y la erección saltó en gloria y majestad. Inés la apretó en su mano con fuerza, mientras con la otra lo empujaba de la nuca, profundizando el beso y exigiendo más. Erik jadeó, y buscó dónde. Dónde. ¡Dónde! La tumbó sobre la mesa y hundió la cara entre sus pechos. Los *leggings* ajustados eran un estorbo. Fuera. Las bragas de algodón también. Fuera. Inés abrió las piernas, reclamándolo en su interior y estuvo a punto de perder el control. Antes de

penetrarla tenía que saborearla y rodó la boca por la bisectriz de su cuerpo hasta abarcar su sexo en un bocado avaricioso. Inés gritó. Ahí estaba. Mejor que el manjar, que la canela, que el azúcar. El dulce de su esencia era sublime y así se lo hizo saber. Las dos palmas de sus manos abarcaban sus pechos y los exprimían, atrapando los pezones entre sus dedos, tirando y amasando sin tregua, mientras ella lo atraía con los muslos apretados en torno a su cuello y las piernas enroscadas en su espalda.

—Erik, ¡fóllame! —sollozó.

Se incorporó y la besó. La mezcla en su boca se transformó en un delirio. Inés lo empujaba, lo buscaba, cubierta de canela y azúcar de la mesa, que era demasiado baja para penetrarla. La alzó del trasero y la empotró contra el refrigerador.

Un grito de dolor y una risa ahogada lo detuvieron durante unas décimas de segundo.

—Los puñeteros imanes de Tromso se me clavan en la espalda. ¡En la encimera! —ordenó.

Y ya lo había dicho. Él jamás osaría hacerla esperar.

La sentó en el borde de la encimera y dirigió la erección a su interior. Los dos exhalaban un lento gemido agónico cuando por fin lo acogió. Pero no podía detenerse. No ahora. Y menos cuando ella aferró la melena por su nuca y susurró sobre sus labios lo que lo volvía loco.

—Más. No pares. No pares. No pares. ¡Fóllame!

Aquello pulverizó las últimas fibras de contención. Con un gruñido agresivo, entró y salió de ella, sujetándola de ambas nalgas, con furia incontenible, con una fuerza primitiva, con todo el deseo y lujuria reprimidos en aquellos dos meses. No se detuvo ni cuando Inés comenzó a gritar al llegar al orgasmo. Las oleadas de su humedad caliente, las contracciones de su sexo en torno a la erección y la tensión insostenible de su cuerpo le hicieron saber que el orgasmo la aferraba y que no la quería soltar.

Los gritos lo enardecieron hasta un punto en que se mezclaron con los suyos, roncós, animales, primitivos. Acabó por levantarla, unidos aún, y tumbarla en el suelo en el caos de manzana, canela y manjar. Ver rodar las lágrimas por su rostro lo empujó al abismo y se corrió en su interior con un gruñido animal. Inés escapó por fin de las garras del orgasmo y se quedó

laxa, desfalleciente y con una sonrisa trémula en el rostro. Las respiraciones jadeantes de ambos se entrelazaban de forma errática y escuchaba de manera nítida los latidos acelerados de su corazón.

Se quedaron en el suelo. Largo rato. Y de pronto, Inés se echó a reír. Erik se contagió de aquella risa cristalina con un toque de locura. Dieron paso a las carcajadas y Erik rodó, empujado por ella, para que la dejase respirar.

—*Fy faen!* —exclamó, y empujó la bandeja de un manotazo, al aterrizar la cabeza en ella. El aroma de la canela volvió a recrudecerse, y sus risas también—. ¿Estás bien, *kjaereste*? ¿Llamo a una ambulancia?

Inés lo golpeó sin fuerzas en el pecho e intentó incorporarse, pero no era capaz. Las risas se lo impedían.

Pero ¿qué más daba? El último obstáculo quedaba superado. Inés había conquistado el último bastión que le restaba para recuperar su vida, y jamás imaginó hacerlo de un modo mejor.



## *Disyuntivas*

Una placentera languidez la inundó al despertar. Se estiró entre las sábanas revueltas, desnuda y con los músculos agarrotados. Se pegó al cuerpo caliente de Erik, que dormitaba a su lado cubriéndose la cara con una almohada para escapar de la luz que entraba a raudales por la ventana. Soltó una risita y cerró los ojos para recordar la noche anterior. Después del polvo de los celestinos, que pasaría a los anales como uno de los más sublimes de su historia, siguió otro en la ducha. Desnudos, cubiertos de azúcar y canela, y pegoteados por el sudor de su piel mezclado con manzana y manjar, disfrutaron bajo la cascada de agua caliente un sexo más lento, aderezado con aún más risas.

—Habrás que ir pensando en levantarse —gruñó él con voz de ultratumba.

—Después de lo que pasó anoche en esta cama, dudo que tenga fuerzas —dijo Inés, riendo.

Porque después de la ducha, e ignorando el caos desatado en la cocina, cogieron unas cervezas y un Toblerone gigante y se metieron en la cama a ver una película. Se durmieron, claro. Pero a medianoche, Erik se despertó empapado en sudor y con una erección dolorosa que no le dejó otra opción que despertar también a Inés. Y volvieron a hacer el amor con la furia y la necesidad de aquellos dos meses de sequía, desafiando la resistencia de sus cuerpos y del mueble de la cama, desatando un alivio inconmensurable junto con la pasión.

—He dicho ir pensando. Tampoco hay prisa —replicó él, apareciendo de debajo de los cojines con un brillo travieso en los ojos azules.

Inés lo abrazó. Una sonrisa de felicidad se dibujó en sus labios y cerró los ojos para que el sentimiento permeara cada poro de su cuerpo. Se lo merecían. Los dos. No solo era problema de ella; hasta no percibir la entrega desesperada de Erik entre sus brazos, no supo la envergadura de lo que había aguantado en aquellos dos meses.

—Gracias —murmuró en un arrebato.

—¿Uhm? —preguntó él, de nuevo amodorrado.

—Por llevarme de la mano con paciencia hasta el día de ayer.

—Si te digo la verdad, lo de ayer fue todo mérito tuyo, *kjaereste*. No me esperaba tu reacción —admitió Erik, con una sonrisa admirada—. Pero en cuanto declaraste tus intenciones, estuve más que dispuesto a colaborar.

—¡Qué considerado! —se burló ella.

—Siempre dispuesto, como un *boy-scout* —dijo él, y se cuadró como un militar, solo que llevando la mano izquierda hasta su frente.

Pasaron unos minutos de sopor entre los brazos del otro, pero un aullido que denotaba urgencia y las zarpas de Loki arañando la puerta, hicieron a Inés reaccionar.

—Voy a dejarlo salir. He cerrado la puerta de la cocina para que no descubriese el desastre. Tenemos que abrir una gatera en la puerta principal —dijo mientras se ponía un pantalón de chándal y una sudadera, y unos calcetines gruesos para bajar—. Y hay que limpiar un poco.

—Déjalo, Inés. Vienen todas las semanas a hacer mantenimiento. Así tendrán algo en qué trabajar —dijo Erik, que tras unos minutos remoloneando, comenzó a vestirse también.

—¡No! ¡Me da vergüenza! —Abrió la puerta y Loki ni siquiera se entretuvo en saludarlos, bajó las escaleras como una exhalación. Inés se volvió y le guiñó un ojo antes de bajar detrás—. Además, necesito comer algo que no sea manjar, chocolate o a ti.

—¡Eres una perdición! —Lo escuchó decir.

Bajó las escaleras a la carrera, llena de energía, con un latido cálido entre sus piernas que hacía meses que no lograba sentir. Abrió de par en par la puerta de entrada y Loki se lanzó al jardín. Salió tras él y soltó una exclamación asombrada. Un fino manto de nieve cubría todas las superficies dándole al paisaje un aspecto irreal, de cuento de hadas.

—¡Erik, ven! —gritó, entusiasmada, mientras marcaba con las botas un ocho en el manto impoluto.

—La primera nevada de la temporada, y estamos en abril. Nada mal —dijo él, abrazándola—. Espero que pronto haya nieve para que abran las

pistas.

Cuando entraba por la puerta del San Lucas era cuando la vida dejaba de ser como en las películas. Le dio a Inés un beso en los labios. Cuando ella quiso separarse, volvió a estrecharla entre sus brazos y a besarla con mayor pasión.

—Nos van a ver, ¡y no quiero dar más que hablar! —dijo ella, riendo, mientras lo apartaba apoyando las manos sobre su pecho.

—Que hablen lo que quieran. Ahora me da igual —replicó, haciendo girar el anillo de brillantes en su anular—. Aunque no me hayas contestado, eres mi mujer. Yo te siento así.

El brillo de sus ojos grises y la sonrisa dulce le decían todo lo que quería saber. Caminó con decisión hasta la cafetería y pidió un café doble con leche para llevar. Aquella mañana no tenía cirugías programadas, no le había quedado más remedio que liberar unas horas para ordenar el calendario de los próximos tres meses. Hacerlo de manera trimestral le suponía arduas horas de trabajo, de las que salía cabreado y con dolor de cabeza, pero así no tenía que enfrentar aquel Tetris imposible cada mes.

Una llamada al móvil de la jefatura, en el que tenía que estar disponible veinticuatro horas al día y siete días a la semana, lo sacó de su concentración. Era Becker. Frunció el ceño, suspicaz. ¿Qué quería?

—Thoresen —dijo con brusquedad.

—Erik, ¿tienes tiempo para un café? Necesito hablar contigo de un tema importante —dijo el director al otro lado de la línea. Estuvo tentado de decirle que no y él debió notar su titubeo—. No te entretendré mucho rato. Acércate hasta mi despacho, podremos hablar con más discreción.

Colgó con un regusto raro. No podía bajar la guardia con el tiburón, así que se tomó cinco minutos para beberse el café y aprovechó para imprimir un par de informes que ilustraban las deficiencias en la hospitalización que Bettina había detectado en el mes que llevaba como supervisora. Había sido una magnífica elección.

Siempre que se reunía con el director Becker se sentía como bajo un estudio de disección. Observado. Examinado. ¿Daría la talla? No necesitaba su aprobación, de eso estaba seguro, pero aquel hombre tenía algo en

concreto en su cabeza y no terminaba de decir qué era.

—Ven, vamos a mi despacho —dijo, señalando una puerta al otro lado de la sala de juntas—. Tengo un par de sofás y es más acogedor.

Erik estudió con curiosidad el despacho privado de Becker. Era amplio, espacioso, y la pulcritud de los muebles y la decoración aumentaban esa sensación. Se fijó que su currículum reposaba en la mesa, impreso en color, junto con una copia en inglés de su tesis sobre el ventrículo izquierdo hipoplásico. Un relámpago de preocupación lo atravesó al recordar la decisión que había tomado sobre la paciente de Inés, pero ahora no podía despistarse de su situación.

—¿Café? —ofreció Becker, señalando una moderna cafetera de la que emanaba un aroma delicioso a café recién hecho y de verdad.

—No, gracias. Acabo de tomar uno.

Cogió una pequeña taza de porcelana blanca y los dos se sentaron en los amplios sofás de cuero orientados hacia las vistas espectaculares del Costanera. Si había algo que le gustaba de Becker, era que no se andaba por las ramas. Y también lo cumplió en esta ocasión.

—Erik, quiero que seas el jefe de toda la Unidad del Corazón. De todo el servicio, no solo de la sección de Cirugía de Cardiopatías Congénitas —soltó, sin preámbulo alguno. Erik aguantó el envite con clase, sin hacer ningún aspaviento ni dar ningún indicio de su reacción. Aunque su corazón se saltó al menos un par de latidos de la impresión.

—¿El doctor Guarida ha presentado su renuncia? —preguntó, con tono neutro. Becker se echó a reír. Una risa sincera, abierta, franca. Le gustó.

—No. El doctor Guarida pretende ostentar el título durante mucho tiempo, hasta donde yo sé.

—Entonces, ¿por qué tendría que ser jefe yo? —El gerente cogió su currículum de sobre la mesa y comenzó a hojearlo y Erik lo miró, extrañado—. Doctor Becker, si hay algo...

—Llámame Pedro, Erik. Esto es un motivo de peso. —Levantó las hojas grapadas y las agitó en el aire antes de depositarlas de nuevo sobre la mesa—. Pero no es solo eso. El doctor Guarida muestra signos claros de agotamiento en el puesto y por su etapa anterior como jefe de Cirugía de adultos. —La mirada aguda y penetrante de Becker apuntaba directamente a

sus ojos—. Necesitamos aire fresco en Cardiocirugía, y me gusta cómo trabajas tú.

Erik apretó los labios en una línea fina. Lo que decía el gerente no se alejaba demasiado de la realidad. Guarida lo había dicho: «Estoy más cerca de la jubilación de lo que parece, Erik. Y ahora mismo me preocupa más el resultado de cómo me quedan las chuletas en la barbacoa que innovar demasiado en el servicio. Estoy harto de pelear».

—Ahora sí te acepto ese café —murmuró, sumido en sus reflexiones. Pedro asintió y se levantó hasta la moderna cafetera de expresos. Así ganaría algo de tiempo.

Con una punzada de tristeza, recordó a Cristián. Se había arriesgado. Apoyó a Inés en una locura, y la cirugía, todo un desafío, había salido bien. Pero ese traslado no debió haberse llevado a cabo jamás. El chaval estaba muy débil aún. No quería aventurar si se hubiese salvado en caso de permanecer en el San Lucas, pero rendirse al *establishment* no era su estilo. Y eso era exactamente lo que Guarida representaba: la vieja escuela. El cirujano agotado. Que ya no quiere luchar.

Pedro le tendió una taza pequeña, con un expreso aromático con un leve toque a chocolate.

—Café cien por cien Colombia. Suave y un poco dulce.

Erik inspiró el aroma y sonrió.

—Sé reconocer un buen café a la legua.

—¿Un sibarita? —preguntó Pedro con curiosidad.

—Un adicto —respondió Erik, con una sonrisa ladeada. Los dos rieron y entre ellos se estableció una corriente de entendimiento. Eran de edades muy parecidas. Jóvenes, pero no tanto como para conservar el candor. Arrogantes y ambiciosos. Saboreó el café y dejó la taza frente a él—. ¿Qué tienes en mente? No creo que me hayas abordado sin tener trazado ya un plan.

Pedro asintió, corroborando su hipótesis.

—La Unidad del Corazón es un proyecto muy ambicioso, pero desgraciadamente, el doctor Hoyos lo tenía a medias cuando enfermó de cáncer. —Le alargó un dossier grueso y pesado, de unas doscientas páginas, y en el pie de la primera Erik reconoció la firma angulosa e ininteligible de

Abel Hoyos—. Quiero echarlo a rodar de nuevo. Todo. Los proyectos de investigación, la innovación en los quirófanos, la docencia subespecializada a nivel internacional. Pero necesito a alguien que se implique. Y quiero que ese cambio lo lideres tú. Con pleno control.

Erik tragó saliva. Su fama de nervios de acero estaría acabada si supieran cómo se sentía en ese momento. Cerró los puños para controlar el temblor y apretó los dientes para no sonreír. Era su sueño. Pleno control. Paladeó la idea y no fue capaz de contenerse más.

—¿Pleno control? —preguntó. Quizá Becker se había confundido al elegir las palabras.

—Control total y absoluto: sobre la programación de las cirugías, las rotaciones de los residentes, contactar con otros cirujanos a nivel mundial para mejorar las estadísticas... Todo. —Becker se levantó y señaló por la ventana lo que se veía del hospital—. Yo también soy un hombre enamorado de la medicina, Erik. Tu comentario sobre que deberíamos bajar más a las trincheras me dolió más de lo que puedes imaginar. Yo también estuve ahí una vez, y fue justamente lo mal que se gestionan siempre los hospitales lo que me animó a seguir el camino de las finanzas y la administración económica. Pero necesito a alguien del otro lado.

Era convincente. Muy convincente. Y por mucha suspicacia que aplicara, su discurso tocaba una fibra que para él era difícil de ignorar. Pero al otro lado de la balanza estaba su lealtad por Guarida. Gracias a él había podido seguir ejerciendo como cardiocirujano. Gracias a él había permanecido en el San Lucas tras el escándalo de la pelea. Quizá Pedro ignorase lo que había más allá de su currículum y decidió ser sincero.

—Pedro, mi currículum es intachable, es cierto. Pero hay cosas que no están recogidas en él. —Se detuvo un instante y lo miró a los ojos. Esperó a que las palabras calaran en Becker—. ¿Sabes por qué abandoné Noruega? ¿Lo que ocurrió el año pasado con el doctor Portales?

El hombre no contestó. Se acomodó de nuevo en el sofá e hizo un gesto con la mano para que continuase con la historia. Erik se aclaró la voz.

—Fui suspendido de empleo y sueldo durante dos años. El pasado enero recibí la notificación de mi abogado en Oslo avisándome del levantamiento de la sanción —dijo en tono clínico. Un torrente de malos recuerdos nubló la sensación de poder—. En estos dos años, he podido ejercer

en Chile gracias a Hernán.

—Lo sabía. Guarida nos lo contó, y yo mismo di el visto bueno para reclutarte. —Becker se inclinó hacia adelante y apoyó los antebrazos sobre sus rodillas—. ¿Quieres volver a Noruega? ¿Es eso lo que me quieres decir?

—No. No voy a volver, no por el momento. Mi vida está aquí.

—Sé que la doctora Morán se recupera satisfactoriamente, habría lugar para ella en el San Lucas si eso significara que tú te quedases —dijo Becker, abriendo las manos en un gesto de aquiescencia—. Poco más hay que pueda ofrecerte. Sé que el dinero no te interesa, conozco tus finanzas. Pero me interesa mucho también el proyecto que creasteis juntos, la FUNCORP, y que quedó congelado por falta de fondos. —Erik abrió los ojos, sin poder ocultar su sorpresa y Pedro sonrió, sabiéndose ganador—. Si no puedo tenerte solo, piensa en ti y en la doctora Morán como un equipo.

Erik se echó a reír, pero aún no estaba dispuesto a reconocer su derrota.

—A Inés no le gustaría saber que no se la considera por sus propios méritos, me consta que sus opciones van más allá del San Lucas, aunque eso tendréis que hablarlo con ella —arriesgó, para afianzar su posición. Que la vieses más allá que como un anexo a su contrato. Inés era una magnífica profesional y no necesitaba su respaldo—. Por otro lado, le debo lealtad a Guarida. No me pongas esa cara, es cierto. No podemos aislarlo de esto.

—¿Quieres liderarlo tú y que él se lleve el mérito? Eres demasiado arrogante y ambicioso, Erik. Dudo mucho que aguantes esa situación. Yo no lo haría.

Apretó el puño y se lo llevó a los labios, pensativo. ¿Sería capaz? Guarida lo había apoyado sin reservas, incondicionalmente. Había puesto en riesgo su propio puesto de trabajo por él.

—Soy ambicioso, no lo niego. Pero bastante menos arrogante de lo que la gente cree de mí. Me da igual quién se lleve el mérito, el trabajo brillará por sí solo —dijo con una mirada orgullosa que echaba por tierra su afirmación—. El mismo Hernán es el primero en reconocerlo, pero el jefe de la Unidad es él. Yo me quedo con mi jefatura de Cardiocirugía de Congénitas. Y tiraremos líneas en equipo. Con Guarida, con el resto de cardiólogos y cardiocirujanos, y quiero en el barco a Inés. No porque sea mi pareja —se apresuró a aclarar al ver que Becker tomaba aire para hablar—,

sino porque el año pasado, durante el trabajo de auditoría, demostró ser perspicaz y sensible a las necesidades de los pacientes de un modo que yo no lo soy.

—Tendrás el equipo que quieras. —Extendió la mano y se puso de pie. Las estrecharon con fuerza, con los ojos midiendo una futura relación de cooperación, y también de amistad—. Volveremos a reunirnos pronto.

Inés revisó las imágenes y los datos del control de la semana anterior, aunque se los sabía de memoria. Andrea terminaba de informar a otra paciente en su despacho y escuchó con una sonrisa cómo mandaba a casa a la residente de obstetricia que rotaba con ellas. Solo la doctora Blanco, que formaba parte del servicio, estaba informada de la toma de decisiones con el caso de Paloma. Pero no tenía poder de decisión.

—Esta paciente es de mi consulta —explicó Andrea, al preguntar el porqué de aquel celo profesional—. Y es mejor que la información la dé una sola persona, sin dar lugar a confusiones ni dobles mensajes que solo generan dudas y desconfianza. La doctora Blanco tiene sus propios pacientes, y salvo que ella me lo pida, yo tampoco intervendré.

Inés asintió en silencio. Era un modo de trabajar diametralmente distinto al que estaba acostumbrada en Cardio Infantil, pero entendía las ventajas.

—Buenas tardes, Paloma. ¿Vienes sola otra vez? —se extrañó Inés, al verla entrar en la consulta—. ¿Tu marido no ha podido acompañarte?

—Exmarido —respondió, lacónica. Se tumbó en la camilla y se levantó la amplia camisola para descubrir su vientre como una autómatas. Inés y su tutora intercambiaron una mirada—. Se ha ido. No ha podido con la presión.

Las dos se acercaron a ella ofreciéndole consuelo, pero la mujer parecía cubierta por un manto de frialdad.

—Nosotras te acompañaremos en todo momento, ¿de acuerdo? Vamos allá. Empieza tu, Inés —dijo Andrea, señalando el taburete frente al ecógrafo.

El corazón seguía igual, mantenía su función a duras penas, pero



aguantaba. Inés ya sabía que las cosas no iban bien antes de que Andrea comenzara las mediciones. El bebé no había crecido nada y el líquido amniótico comenzaba a ser escaso.

—Paloma, tienes que quedarte ingresada.

—¿Por qué? La doctora Morán ha dicho que el corazón está igual. Eso quiere decir que no está peor, ¿verdad? —Se agarraría a un clavo ardiendo con tal de negar la realidad. Inés negó con suavidad.

—Está igual, pero el ventrículo izquierdo tendría que crecer junto con el bebé. Y no lo está haciendo. Ya son treinta semanas de embarazo y no llega al kilo y medio de peso, Paloma —informó, al ver que su tutora guardaba un silencio expectante—. En este caso, decir que está estancado es lo mismo que decir que está peor.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Si hago reposo mejorará algo? —preguntó, esperanzada.

Esta vez fue Andrea la que contestó.

—Esperemos que sí, intentaremos ganar algo de tiempo, madurar los pulmones del bebé con medicación y proteger su cerebro con otra. Estos días vendrán los neonatólogos a hablar contigo para informarte de los problemas de la prematuridad —dijo Andrea, sin darle demasiadas esperanzas—. Y también hablará contigo el cardiocirujano para informarte en qué consisten las cirugías que habrá que hacer para conseguir que el corazón de tu bebé funcione.

Paloma sonrió. E Inés recibió aquel optimismo como una patada en el estómago. Quería agarrarla de los hombros y remecerla, decirle que no había nada que hacer, que las cosas solo podían ir a peor, pero ella mantenía aquella luz ilusionada en sus ojos y se prometió a sí misma que haría todo lo que estuviera en su mano para sacar adelante a aquella bebé.

## *Reposo medicinal*

Inés se despidió de Paloma, ya ingresada en la habitación privada en la

clínica del San Lucas, con una sensación agrídulce. Se había quedado con ella hasta que apareció su madre para acompañarla. En cuanto entró por la puerta, abrazó a su hija y lo primero que soltó hizo que un escalofrío recorriese su columna vertebral.

—Ese cabrón, cobarde de mierda...

No quiso escuchar más. Cerró la puerta con discreción y se dirigió hacia un lugar que hacía tiempo que no visitaba: la Unidad del Corazón.

Marita Mardel abrió los brazos en un gesto maternal al verla entrar en su despacho. Inés notó una punzada de culpabilidad. Debería visitarlos más a menudo.

—¡Inés, nos tienes abandonados! —protestó la cardióloga—. Pasa un momento y cuéntame cómo va todo.

Echó un vistazo rápido al móvil. Erik la avisaría cuando saliese de su última cirugía, así que todavía tenía tiempo para un café con su antigua tutora.

—Todo va bien. La rotación de Medicina Fetal está siendo todo un desafío y estoy aprendiendo mucho —dijo mientras se encaminaban a la Sala de Juntas. Sonrió con nostalgia al recordar al doctor Hoyos—. Como residente de segundo año, la vida mejora: tengo menos guardias y puedo dedicarme por completo a especializarme en lo que me gusta. Nunca podré agradecerte el empujón que le diste a mi amor propio para exigir la rotación.

—No hay nada que agradecer, niña —dijo Marita con un gesto de determinación en su rostro—. Tienes madera, solo te falta un poco más de convencimiento. Pero veo que en eso también estás mejorando.

Inés asintió y sirvió los cafés.

—¿Cómo van las cosas por aquí?

Marita se encogió de hombros y puso cara de circunstancias.

—Va bien. Notamos mucho la falta de Abel, aunque en los últimos años estaba volcado en su faceta como jefe y, cuando enfermó, pasó mucho tiempo fuera de la Unidad —informó Marita. Las dos miraron de manera inconsciente hacia el antiguo despacho del doctor Hoyos—. Hace falta otro cardiólogo infantil. Coronas es magnífico, pero ya está pensando en jubilarse, y yo no puedo con todo. Sabíamos que Viviana no iba a quedarse, ¿podemos confiar en que tú sí lo harás?

Ahora fue el turno de Inés de mostrar determinación. No iba a adelantar nada. Apreciaba que Marita la quisiera allí, pero no servía de nada si Guarida, que era el jefe de la Unidad, no se pronunciaba al respecto.

—Tengo varias opciones. Por supuesto que el San Lucas está el primero de la lista, pero aún no he tomado una decisión.

—Haces bien. No te cierres. Pero quiero que sepas que estaremos encantados de tenerte aquí —dijo Marita, y posó una mano sobre su brazo con una sonrisa cálida.

—¿Cómo están las cosas en el Sótero? —Después de congelar la FUNCORP, le había sido difícil volver.

—Gael os echa de menos —dijo Marita con una sonrisa—. Todos estamos esperando que la Fundación vuelva a funcionar.

Vaya. Eso había sido un golpe bajo. Inés sintió que tenía que excusarse, que justificar a Erik, pero no tenía demasiados argumentos.

—Marita, sustentar un proyecto como la FUNCORP es muy complicado. Necesita una solvencia económica más allá que la que los aportes de Erik y su familia pueden darle —dijo a modo de explicación. Le dio un poco de rabia, Marita sabía los números que se movían, y lo difícil que había sido controlar que el dinero fuese para los pacientes y no se desviara a otros gastos del hospital—. A todos nos encantaría recuperarlo, pero, por el momento, es inviable.

La mujer asintió, pero elevó las cejas en un gesto incrédulo que irritó a Inés. Marita no se rendía. Era una vieja peleona y difícil de contentar. Era ella quien debería ser jefa en vez de Guarida. La vibración del móvil interrumpió su línea de pensamientos. Erik iba de camino hacia la Unidad.

—Marita, me ha encantado verte. Tengo que marcharme a una reunión

—Yo también me voy, que ya son horas. Prométeme que vendrás por aquí con más asiduidad. ¿De acuerdo? ¡Me vendría bien una mano con el nuevo residente! —dijo, soltando una carcajada divertida—. Lleva aquí más de cuatro meses y todavía no logro que haga la mitad del trabajo que hacías tú.

Inés se despidió, comprometiéndose a que le echaría una mano con el residente. Un acceso de vergüenza la inundo, ni siquiera sabía cómo se

llamaba. Lo buscaría para saber en qué punto estaba e intentaría darle algunos trucos para hacer más fácil su trabajo.

Entró en el despacho de Erik y sonrió. La traza sutil de su perfume flotaba en el ambiente y cada detalle insignificante hablaba de él. La taza de café con la bandera de Noruega encima de la mesa. Su portátil abierto con miles de papeles en su caos ordenado alrededor. Su letra de trazo rápido e inclinado hacia la derecha, con flechas, interrogaciones y el dibujo del corazón anatómico con tanto detalle que ya le había descubierto en más de una ocasión.

Pero lo que más le gustó fue encontrar un marco con su foto.

Era la foto que David, el hermano de Dan, le había sacado sin darse cuenta en el telesilla el invierno anterior. La había pillado justo en el momento de quitarse las gafas de sol, con una sonrisa pícaro y los ojos brillantes. Erik había mandado enmarcar un primer plano en el que se encuadraba su rostro, rodeado por las hebras desordenadas de su pelo. Cogió el marco entre las manos y estudió la foto.

Cuando él entró, seguía sin entenderlo.

—¿Por qué has escogido esta foto? —preguntó con curiosidad. Alargó el cuello y puso su mejilla para recibir un beso. En vez de eso, Erik la estrechó con fuerza entre los brazos y la besó en los labios con devoción.

—Porque muestra algo que me gusta mucho de ti. Tu actitud ante la vida. Alegre, desafiante, divertida, optimista —dijo él con sencillez—. Cuando me da por pensar en negro mientras estoy hundido en toda la mierda de la jefatura, miro esta foto y me da luz.

Inés notó que su corazón se deshacía. Ahí estaba su vikingo, con el uniforme de cirujano y la mascarilla todavía colgada del cuello, su mirada azul insondable y su maravillosa sinceridad. Lo abrazó de nuevo y cerró los ojos, deseando estar en casa. Pero había algo que tenía que hacer primero. Lo de casa, en casa. Y lo del hospital, en el hospital.

—Erik, Paloma está ingresada. La paciente con el bebé del ventrículo izquierdo hipoplásico —dijo Inés, y le tendió las hojas impresas con el último informe—. El bebé tiene el estudio Doppler alterado y sigue sin crecer. Andrea quiere esperar, como mucho, dos semanas. Después, hará la cesárea.

—¿Solo un kilo y medio de peso? No aguantará la cirugía —dijo Erik,

y buscó los ojos de Inés. Pero ella se obstinaba en fijarlos en el informe y señalarle datos que él ya había leído.

—Con el reposo, crecerá un poco más. O eso esperamos —rebatía ella, sin detenerse en lo que Erik insinuaba. Ese escenario no era posible. Había que sacarla adelante como fuera—. Pero, al margen de la información que ha recibido de nosotros, necesita saber en qué consisten las cirugías y qué puede esperar.

Erik la miró, los ojos azules destilaban gravedad y determinación. Inés sostuvo su mirada, interrogante, pero él solo asintió.

—Hablaré con ella. Intentaré ponerme de acuerdo con los neonatólogos para saber cuándo lo harán ellos para estar al mismo tiempo —dijo, apuntando en su agenda del día siguiente el recado—. Así manejaré toda la información.

—Avísanos cuando lo hagas —recordó Inés las palabras de su tutora—. Andrea y yo queremos estar presentes.

Erik asintió. Faltaba poco tiempo para hacer saber su decisión.

*Una salida*

El otoño no duró más que aquellas dos semanas. De pronto, el invierno pareció caer de golpe sobre Santiago con frío, lluvia gris y *smog*. El trabajo en la UCI se intensificó y la guardia del viernes se hizo muy pesada. El sábado hacía tan mal tiempo que tuvieron que renunciar a subir a Farellones. La carretera estaba cortada por una tormenta que no tenía intención de amainar.

—Al menos la montaña se cargará de nieve y pronto abrirá la temporada —dijo Erik, esperanzado. Los ojos le brillaban e Inés ya lo veía deslizarse por las pistas con su tabla de *snowboard* en su imaginación—. ¿Qué te apetece hacer?

No estaba para muchos trotes, pero quizá deberían aprovechar que se quedaban en la ciudad para salir.

—Estaba pensando en Nacha, ¿qué te parece quedar con ella y con Juan? Podemos ir a cenar y después a tomar una copa —propuso, sin demasiado convencimiento. Pero sabía que solo hablaban el cansancio y la falta de sueño, en cuanto durmiese un par de horas, su visión del mundo cambiaría—. Necesito irme a la cama, ¿llamas tú a Juan para quedar?

Erik asintió e Inés le dio un beso en los labios antes de marcharse al piso de arriba. Mientras ella descansaba, a él le tocaba trabajar. La semana siguiente tenía que dar todos los días unos seminarios para los internos de cirugía. Mario, el residente de cardiovascular, estaría también allí. Eso significaba que Dan tendría que ocuparse del peso principal del quirófano, pero no le preocupaba demasiado. Trabajaba bien solo. Los problemas aparecían cuando ambos compartían campo quirúrgico, se desataba una batalla de egos que no podía consentir y que iba a acabar mal. Mal para ellos, claro. Sonrió. Estaba esperando el momento exacto para aplicar una lección ejemplar.

Revisó el temario y repasó las diapositivas para cada día. Era un grupo reducido, de tan solo cuarenta internos, y sabía que no todos tendrían un amor especial por la cardiocirugía. Intentó hacer una clase amena y constructiva, que al menos despertase curiosidad por la especialidad. Inés bajó después de tres horas de sueño reparador, y él no había avanzado

demasiado. La conversación con Becker emergía una y otra vez para recordarle que su futuro estaba a punto de cambiar.

—¿Estás bien? —dijo ella con el café en la mano y envuelta en la manta de lana. Loki mordisqueaba las puntas de sus calcetines, necesitaba jugar y correr—. Tienes cara de estar preocupado por algo.

—Becker me ofreció el puesto de Guarida. Quiere retomar el proyecto de la Unidad del Corazón del doctor Hoyos conmigo a la cabeza, y no paro de pensar en qué debo hacer —dijo, dándose por vencido. Cerró el portátil y acompañó a Inés a los sofás—. Por un lado, le debo lealtad a Hernán. Por otro lado, me seduce la idea de Becker y sé que podemos llegar lejos trabajando juntos. Quiere retomar la FUNCORP.

—¿En serio? ¡Enhorabuena, jefazo! —Inés estaba entusiasmada. Dejó el café sobre la mesa y se acomodó sobre sus piernas. Le rodeó el cuello con las manos—. ¿Y qué piensas hacer?

—Quiero liderar el cambio. Pero no a costa de pasar por encima de Hernán —dijo tras unos minutos de silencio pensativo—. Pedro aceptó a embarcarlo a él también en el proyecto, aunque piensa que será más bien una carga. Pero no podemos dejarlo atrás.

—¿Por qué no contáis también con Marita Mardel? —sugirió Inés, recordando el interés de su antigua tutora por revitalizar el proyecto en el Sótero—. Sabes que es una mujer peleona y que no se deja intimidar. Y tiene buenas ideas.

—Tienes razón. No se me había ocurrido y es una buena sugerencia. —Se detuvo unos segundos y la miró con una sonrisa—. También tengo a otra mujer en mente que creo que puede aportar mucho y que también es bastante guerrera.

—¿Bettina Maier? Lo entiendo. —Inés frunció los labios en un mohín de desagrado y puso cara de circunstancias—. Es trabajadora y maneja a la perfección las necesidades de la enfermería.

—En principio no la tenía en mente, pero también tienes razón —admitió Erik. Ahí estaba la perspicacia de la que le había hablado a Becker. Inés trabajaba en equipo mucho mejor que él—. Aunque no es a ella a quien me refería.

Inés lo miró, interrogante, y dudó. ¿No pensaba en ella misma como

parte del proyecto? Quizá la idea de marcharse del San Lucas estaba más enraizada en ella de lo que pensaba.

—Quiero que tú te involucres en el proyecto, Inés. Que te quedes en el San Lucas como cardióloga infantil, dando apoyo a la Unidad de Fetal, como Garay te ofreció —dijo con seriedad, sujetándola con fuerza de las manos y clavando los ojos azules en los grises y sorprendidos de Inés—. Si yo soy el jefe de la Unidad, al menos de manera operativa, a Guarida no le quedará más remedio que acatar mi decisión.

Ella se desasíó de sus manos con suavidad y se levantó. Un velo de decepción cubría su mirada. No era esa la reacción que esperaba de ella.

—¿No te parece bien? Creo que es una oferta bastante buena para una residente que ni siquiera ha acabado la subespecialización —dijo, algo enojado.

—No es eso. Por supuesto que me encanta la oferta, ¡y claro que puedes contar conmigo!, pero me hubiese gustado recibirla en el hospital, impresa en una propuesta, y no en casa, en pijama y en una conversación tangencial. —Inés se cruzó de brazos, también algo enfadada. Lo enfrentó, de pie en el salón, emanando aquella fuerza que en pocas ocasiones mostraba con tanta claridad—. Prometimos que lo del hospital se quedaría en el hospital. Y una cosa es que me cuentes tus preocupaciones, que para eso sabes que siempre tengo tiempo y estoy aquí para ti, y otra muy diferente es que me hagas una propuesta de trabajo que parece en firme, en el salón de casa.

Erik cerró los ojos unos segundos.

—*Svarte Helvete!* Tienes razón, Inés. He caído en mi propio juego. — Se levantó para abrazarla y apartó la melena desordenada de su rostro—. Hablaré con Guarida y con Becker y elaboraremos una propuesta en firme. Pero no puedo evitar pedírtelo, esta vez de manera personal. No te vayas del San Lucas. Te necesito junto a mí.

El teléfono móvil sonó, salvándola de tener que dar una respuesta. Lo besó en los labios y sonrió, sin comprometerse a nada, antes de contestar.

—¡Por fin vamos a salir! —dijo la voz entusiasmada de Nacha al otro lado de la línea—. Juan me lo acaba de decir, que estaba durmiendo la siesta. ¿Dónde vamos?



—No lo sé, ¿nos acercamos hasta Pirque para que no tengáis que venir hasta aquí con el coche?

—¿Estás loca? ¡Necesito un poco de dióxido de carbono! —contestó riendo su amiga—. Vivir en el campo es genial, pero esta noche quiero ponerme un vestido, pintarme la raya del ojo y ponerme tacones. Si es que me caben, claro. Tengo los pies tan hinchados con el embarazo que no esto segura de que me vayan a entrar.

—Exagerada. He visto que estás preciosa en todas las fotos que me has mandado. ¿Hay algún lugar que te apetezca en especial? —Nacha conocía todos los locales de moda y estaba siempre a la última, así que dejarlo en sus manos era una apuesta segura.

—Sí. Vamos al Flannery's Irish Geo Pub —dijo sin titubeos. Seguro que lo tenía pensado desde que Juan le había dado la noticia de que iban a salir—. Podremos comer algo rico, tomar una copa, y si queremos bailar, nos vamos a la Eve.

Inés se despidió de Nacha con una sonrisa. Su malestar se había evaporado. En su mente ya escogía la ropa que se iba a poner para aquella noche y puso música en el altavoz para entrar en calor.

—Voy a arriba, necesito mi ritual de belleza —dijo a Erik, que se había sentado de nuevo frente al ordenador a trabajar. Lo besó en el cuello y sonrió al ver que conseguía distraerlo al darle en la oreja un mordisco suave y juguetón—. Nacha y Juan nos esperan en el Flannery's a las nueve. Te aviso para que tengas tiempo de prepararte.

Erik sonrió, pero sabía por la mirada de sus ojos azules que no olvidaría que dejaban una conversación muy importante en el aire y que no tardarían mucho en volver a abordar.

Hacía meses que no se arreglaba para salir. Ni siquiera para su cumpleaños se había esforzado demasiado. Acababan de darle el alta y no tenía ánimos como para encaramarse en unos tacones ni usar ropa atrevida. Pero ahora sí le apetecía. Un montón.

Un ánimo perverso y sensual se apoderó de ella y puso *Get Together* de Madonna para caldear el ambiente y escogió un vestido que sabía que a

Erik lo volvía loco: el negro cruzado, que envolvía su cuerpo y se cerraba con un nudo en la cintura, y que, al desatarlo, se abría por delante como un regalo de Navidad. Tenía toda la intención de que él no se resistiese a abrirlo, así que eligió uno de los conjuntos de lencería que había comprado por su cumpleaños, aún sin estrenar, y se lo puso. Sujetador que realzaba sus pechos, una braguita brasileña que cubría algo más que un tanga, y que le hacía un culo de lujo, y un ligero ancho que disimulaba lo que ella no quería ver: la cicatriz que atravesaba su vientre. El pelo ya le había crecido algo, pero seguía peinándolo con las puntas desordenadas. Se maquilló los ojos con un ahumado y, tras pensárselo un poco, escogió un rojo fuerte para los labios.

—Vas a conseguir que no llegue a la ducha —dijo Erik tras ella, mirándola a través del espejo—. Estás muy guapa. Mucho.

Se estrechó contra ella e Inés sonrió al percibir la dureza de su erección en la parte baja de su espalda. Sin darse la vuelta, deshizo la lazada del vestido y lo abrió.

—Pues lo de fuera no es nada. Mira lo que guardo para después. —Lo tentó, deslizando un dedo por la línea del encaje sobre la piel de sus pechos. Se echó a reír cuando él abarcó uno de ellos con avaricia e hizo desaparecer la otra mano entre sus muslos—. He dicho para después.

—He cambiado de opinión. Ya no quiero ir a la ducha.

La apretó contra el espejo. Inés posó las palmas y apoyó la mejilla en la superficie fría, que se cubrió de vaho al exhalar su respiración. Cerró los ojos al notar la mano de Erik bajar las copas del sujetador e incursionar por dentro de sus bragas. Se las bajó.

—Me vuelve loco que te pongas las bragas por encima del ligero. Así me dejas el paso libre para todo lo que tengo que hacer —susurró en su cuello. La instó a abrir las piernas, hundiendo una rodilla entre ellas, mientras mantenía la erección pegada a su trasero al empujarla con la mano sobre su sexo, estrechándola contra él. Inés jadeó.

—¿Qué me vas a hacer? —gimió Inés. El rojo de sus labios manchaba el espejo al mover los labios con languidez.

Erik tiró del vestido hacia arriba y se bajó los pantalones y el bóxer lo mínimo para liberar la barra de acero caliente que pugnaba por escapar de su confinamiento.

—No me queda otra, *liten jente*. Follarte. Necesito follarte con fuerza, porque me has puesto a mil —gruñó él, enardecido por los movimientos de las nalgas femeninas, que se refregaban contra su erección—. Abre más las piernas.

Inés arqueó la espalda y separó los muslos. Su rostro seguía apoyado en el espejo y sus manos también. Abandonó la turgencia de sus pechos para dirigir su miembro al interior del sexo ardiente y sonrió con el gemido desgarrado que Inés soltó al penetrarla con decisión.

—Me encanta que me folles así, de pie, desde atrás —murmuró, con la voz ahogada, entre las embestidas que los unían todavía más.

—Y a mí me encanta follarte así y de todas las maneras, *kjaereste* —confesó Erik, con el rostro escondido en el hueco de su cuello, inhalando el aroma de su perfume y su piel, mientras que los gemidos, cada vez más intensos, lo empujaban a él a caer.

Inés ahogó un grito y se dejó arrastrar por el clímax cuando él apretó su sexo con la mano que lo cobijaba y la inmovilizaba contra él. Erik cerró los ojos y soltó las contenciones que lo sujetaban para correrse también. La sostuvo entre los brazos, sin abandonar su sexo, mientras las contracciones lo abrazaban en su interior. Adoraba el momento en que ella se derrumbaba entre sus brazos, sin defensas, vulnerable, completamente a su merced.

—Me alegra que hayas vuelto, *kjaereste* —dijo Erik, jadeando tras la intensidad de su unión—. No sabes lo mucho que te he echado de menos. Lo que necesitaba esto.

Ella se dio la vuelta con dificultad y lo abrazó. Su boca tenía el carmín corrido, pero le dio lo mismo y la besó. Percibió en su lengua el sabor peculiar de la cera perfumada.

—Y yo me alegro de volver.

Nacha y ella se abrazaron al verse en el Flannery's como si no se hubiesen visto en años. Su amiga ya estaba en el ecuador del embarazo y se veía preciosa con su pequeño vientre abultado.

—Estás exultante. Y guapísima —sentenció Inés, sonriendo por la felicidad que brotaba de su amiga—. ¿Cómo está nuestra ahijada?

—Está genial. Y lo que estoy es gordísima, ¡he subido diez kilos! Pero Juan está encantado, porque dice que así tiene más de dónde agarrar — dijo en voz baja y con tono cómplice—. Está todo bien, en la última ecografía me dijeron que ya pesaba cuatrocientos gramos.

Se sentaron a la mesa. Juan y Erik ya tenían en la mano una pinta de cerveza, e Inés alcanzó a distinguir que hablaban de hockey y del reinicio de los entrenamientos antes de volver a prestar atención a su amiga y las aventuras de su gestación.

Un anhelo incómodo y que no era capaz de sofocar, la sensación de que había perdido algo bueno de la vida sin llegar a saborearlo, tiñó el entusiasmo inicial con el que había acudido a la cena. La sonrisa se desdibujó en sus labios, incapaz de sostenerla, y un velo tenue humedeció sus ojos. Nacha compartía con ilusión cada detalle, cada control con la matrona, el yoga para embarazadas, las clases parto. Y ella lo intentaba. Vibrar al mismo son que ella, entusiasmarse por lo que estaba viviendo, pero algo muy parecido a la envidia tintaba de negro aquellos sentimientos que intentaba construir para su amiga.

La mano grande y cálida de Erik cobijó la suya por encima de la mesa y la apretó. Lo miró y sus ojos se cruzaron tan solo unos segundos. La preocupación alerta que leyó en sus ojos azules le otorgó un consuelo incomparable. Velaba por ella. Sabía lo que estaba pasando. Sentía su aflicción.

—Si no estás bien, nos vamos —susurró, inclinándose hacia ella con discreción cuando Juan hacía el pedido de la comida y Nacha atacaba la panera con hambre.

Inés ahogó la necesidad de refugiarse entre sus brazos y llorar de nuevo lo que había perdido. Pero no. No caería de nuevo en la autocompasión, ni en excusas pusilánimes. Entrelazó sus dedos con los de Erik para extraer de su mano el coraje que necesitaba y se volvió hacia Nacha, intentando alinearse con su felicidad. Y lo consiguió.

En la enorme discoteca fue más fácil. La oscuridad rasgada por las luces estroboscópicas, la música atronadora y que invitaba a bailar y un par de *gin-tonic* desde luego que facilitaban las cosas. Bailó y bailó, dejándose llevar por la música de Jain y su *Makeba* en un ritual purificador. Nacha lo hacía a su lado, con una sonrisa que no le cabía en la cara y sujetando su

pequeña barriga con una mano.

—Inés, necesito que estés a mi lado con esto —dijo entre toda la confusión de voces y música electrónica—. Quiero que estés conmigo. Eres mi amiga. Tienes que estar aquí.

Inés sonrió, emocionada. Se abrazaron.

—Claro que sí. Estaré siempre, para todo lo que necesites y para todo lo que necesite ella —dijo, y posó la mano sobre el vientre de Nacha—. Prometo involucrarme más.

Pero Nacha no le prestaba atención y miró con curiosidad hacia donde ella dirigía la mirada. No distinguió nada raro, pero parecía no ser capaz de apartar los ojos de algo o alguien que ella no lograba identificar.

—¿Esa no es tu hermana?

Frunció el ceño con extrañeza. ¿Loreto? ¿En un lugar como aquel? Imposible.

—No puede ser ella. Es rubia platino y... Espera. —Se dio cuenta de que era exactamente el tono de pelo que su hermana había escogido para cambiar el día de su cumpleaños—. Creo que sí es.

Nacha soltó una carcajada incrédula. Loreto, si es que era ella, que aún tenía sus dudas, iba bastante borracha. Y no era una buena combinación llevar semejantes tacones, junto a una falda que más bien era un cinturón, con cócteles como el que llevaba, derramándose al perder el equilibrio, durante ya un buen rato.

—Joder, se va con ese huevón. ¿La rescatamos?

—Mierda —murmuró Inés. Miró a su hermana y al hombre que la sujetaba por la cintura con aprensión. ¿Qué habría hecho ella en caso de encontrarla en semejante estado?—. Acompáñame, Nacha.

Se apresuraron en cubrir los pocos metros que los separaban, pero con tanta gente no era nada fácil. Inés veía con incredulidad que su hermana pasaba de empujar al hombre, bastante insistente, a colgarse de su cuello y besarlo.

—Loreto, tenemos que irnos —dijo, sin ser capaz de inventar nada mejor. Nacha había pasado de la risa inicial a mostrarse bastante preocupada—. La niñera solo se quedaba hasta las tres y es tarde.

—¿Hijos? ¿Tienes hijos? Eso no me lo había dicho, muñeca —dijo el desconocido, que estaba tan o más borracho que ella—. Bueno, los juntamos con los míos y que se entretengan entre ellos mientras tú y yo lo pasamos bien.

Nacha resopló, incapaz de aguantar la risa. Ella la miró, fastidiada, pero también divertida por el cariz surrealista que tomaba la situación.

—¡Eh, Inés! —Se acercó a darle un abrazo, perdió el equilibrio y derramó el resto de su copa sobre la pechera del vestido de Inés—. Este es... es... —Compuso una expresión de duda cómica, pero ella no le encontró la gracia. Jamás había visto a su hermana así—. Un amigo.

—Y pretendo ser más que eso —dijo el desconocido, al que parecía darle lo mismo si Loreto sabía su nombre o no—. Vámonos a mi casa, no vivo lejos. Y mis hijos están con mi exmujer.

—Pero ¿esto qué es? —dijo Nacha entre risas—. ¿La reunión de divorciados anónimos?

—Ya está bien, Nacha. Lo siento..., señor. Mi hermana se viene conmigo, agradezco su invitación. —Loreto había desconectado de la conversación y parecía no encontrarse muy bien—. Vamos, Lore.

—¡Eh! Esta señora y yo teníamos un acuerdo. Yo la invitaba a unos tragos y ella me pagaba en especias —dijo el desconocido, pasando de un tono borracho a un tono borracho agresivo que le generó escalofríos en la columna—. ¿Dónde te crees que vas?

Juan y Erik aparecieron como por arte de magia junto a ellas. Inés agradeció en silencio su presencia, y más cuando Erik se adelantó un paso, evidentemente amenazador.

—Lárgate.

No hizo falta más y el cortejador puso pies en polvorosa. Loreto pareció darse cuenta de que se acababa la fiesta y se volvió hacia ella.

—¡Eh! Me has espantado la cita. —Después se puso blanca. Y luego verde. Tenía toda la pinta de que iba a vomitar—. No me encuentro nada bien.

Y vomitó.

La vuelta a casa fue un infierno. Erik se mantenía en silencio, con los

labios apretados y los ojos azules brillando divertidos por la situación. Inés cuidaba de su hermana en el asiento de atrás, que no paraba de quejarse y amenazaba con volver a vomitar en cualquier momento. Un olor horrible a alcohol y a nachos con guacamole a medio digerir impregnaba el coche, e Inés bajó todas las ventanas para que entrase el frío del exterior.

—No te atrevas a reírte —amenazó a Erik cuando cruzaron miradas por el retrovisor.

—No me río —dijo, fingiendo seriedad—. De hecho, ver a tu hermana así me devuelve la fe en el género humano.

—¿Cómo dices?

—Porque así comprobamos que no es un robot.

—¡Muy gracioso! —Loreto comenzó a balbucear y a gemir. No se le entendía nada, pero alcanzó a distinguir los nombres de sus hijos. Ay. ¿Dónde estarían los niños? Preocupada, le dio unos golpecitos en la mejilla para que volviera en sí.

—Loreto, concéntrate. ¿Dónde están Julito y Elena? ¿Están en casa, con la canguro?

No entendió ni una palabra de lo que respondió, porque sus palabras se entremezclaban con risas delirantes. De pronto, pareció recuperar la lucidez en un momento.

—Están con su padre. Y con Yulissa.

—¿Yulissa?

Loreto asintió y soltó una carcajada histérica.

—La nueva pareja de Julio. Están viviendo juntos. ¿No te lo había contado? —Y se echó a llorar con desconsuelo sobre su hombro, añadiendo lágrimas al vómito y al alcohol.

## *El poder de la información*

Inés sirvió el café en dos tazas sobre una bandeja. Añadió algunas galletas y dos vasos de zumo de naranja, y un blíster con ibuprofeno porque su hermana lo iba a necesitar. Todavía estaba en proceso de asimilar el comportamiento de Loreto. Dejó sobre la barra de la cocina un mantelito individual con el desayuno para Erik. La conversación que iba a tener con ella seguro que era preferible mantenerla sin él.

Golpeó la puerta con suavidad y la empujó. La persiana estaba abierta y entraba la claridad gris de la mañana.

—¿Puedo pasar? Te traigo el desayuno.

—Pasa —dijo Loreto, con una voz bastante más lúcida de lo que cabría esperar tras la borrachera de la noche anterior—. No es un espectáculo muy bonito ver a tu hermana en el rol de mujer despechada, ¿verdad?

—Loreto, la ironía no va conmigo, ya lo sabes —dijo Inés, algo triste. Su hermana había recompuesto la coraza de mujer perfecta y eficiente, y esgrimía ante ella aquella mordacidad que la caracterizaba como abogada, pero que las alejaba como hermanas—. Yo no te juzgo, solo me preocupo por ti.

Le alargó una taza y la hizo chocar con la suya en un brindis silencioso.

—Gracias por traerme. ¿Qué fue de Roger?

Inés se echó a reír y Loreto la siguió. El ambiente pareció aligerarse entre ellas.

—Recuerdas su nombre, ¡estoy impresionada!

—No es un mal tipo, lo conocí hace unas semanas por Tinder y pensaba que esta noche podríamos ir más allá —reconoció Loreto. Inés perdió el hilo de la conversación por un instante. ¡Loreto había utilizado el Tinder! Sacudió la cabeza para volver a prestar atención—. Pero cuando fui a



dejar los niños al piso que Julio tiene alquilado, me encontré de frente con esa ordinaria. Y me vine abajo. No lo pude evitar —dijo, avergonzada.

Inés se mordió el interior de la mejilla para no reírse ante el apelativo utilizado.

—¿Ordinaria? ¿En serio? —dijo sin poder esconder la diversión que le generaba.

—Se llama Yulissa. ¿Qué más prueba hay? Lo cierto es que es muy guapa. Y muy joven. Y encantadora —recitó Loreto con un retintín de rencor—. Y encima, los niños la adoran.

—No será para tanto —la consoló Inés. Debería ir a buscar chocolate. Montañas de chocolate con almendras. Las galletas digestivas que le gustaban a su hermana no casaban bien con la conversación.

—Lo es. Los niños se alegraban de verla, Inés. La abrazaron y la besaron como si la quisieran de verdad —dijo con expresión derrotada. Se miró la mano y acarició la depresión que el anillo de casada había dejado en su anular derecho después de tantos años y que todavía no se había borrado—. Después me hizo pasar y me sirvió un té. Era todo tan civilizado, tan normal, que necesitaba un poco de locura. Por eso llamé a Roger.

—¿Por qué no me llamaste a mí? ¿A alguna amiga? —Inés apartó la bandeja y se acomodó en la cama, a su lado. Las dos se apoyaron en los almohadones y miraron hacia la ventana que daba al patio interior del edificio.

—Inés, tú tienes tu vida. Te estás recuperando de algo muy gordo —dijo Loreto con una sonrisa resignada—. Y ahora me doy cuenta de que, entre el trabajo, la casa y los niños, me he transformado en una autómatas. Sin tiempo para nada, ni siquiera para la amistad. —Rescató su móvil de la mesilla y revisó sus mensajes de WhatsApp—. La última vez que estuve con amigas, fue para la reunión del colegio. Pero no fue algo íntimo. Solo superficial. Lo que hemos conseguido y lo que hemos perdido, como en una cuenta de resultados vitales.

—Loreto, tú has conseguido muchas cosas en tu vida —la interrumpió Inés, al ver que la conversación tomaba un cauce ominoso—. Tienes unos hijos maravillosos, un trabajo que te gusta y en el que eres muy buena, y una familia que te quiere.

—Mis hijos. —Se echó a reír con cierta amargura—. Elena me dijo el otro día, indignada, que parase de una vez. «Mamá, siempre me llevas corriendo para todos lados». Julio me echa la culpa de que se haya roto la familia. Así que no sé qué decirte.

Inés la abrazó, sin decir nada. Porque tampoco sabía muy bien cómo confortarla.

—No es tu culpa. Las relaciones son cosa de dos y no funcionan si uno no quiere. —Inés recordó las palabras de su madre sobre el matrimonio—. Si mamá está bien, todo va bien, ¿te acuerdas? Y tú hace tiempo que no estás bien.

—Estaba agotada. De tirar de todo. Del trabajo, de los niños, del matrimonio. Y en cuanto dejé de tirar...

—Se vino abajo. Pero no es tu culpa, Loreto. No es tu responsabilidad.

—En un plano racional lo sé, Inés. Pero las emociones no se pueden controlar.

Loki entró por la puerta entreabierta y se subió en la cama de un salto para saludarlas. Loreto acarició con una sonrisa las orejas llenas de rizos dorados. Llevaba la correa puesta y la arrastraba tras él. Erik empujó la puerta con precaución y asomó la cabeza. Estaba vestido con ropa técnica para correr.

—Buenos días. Me llevo a Loki para echar una carrera. ¡Vamos, Loki! —lo llamó, y recogió la correa del suelo—. ¿Todo bien? —preguntó, mirando hacia Loreto, que sonreía avergonzada.

—Todo bien. Buena carrera.

Erik hizo un gesto de despedida con la mano y Loreto esperó a que las puertas del ascensor se cerraran antes de cogerla de la mano y acariciar el anillo de brillantes.

—¿Estás segura de esto? ¿Te lo has pensado bien? Mira lo que me ha pasado a mí.

Inés suspiró. Era típico de Loreto llevar todo al terreno de la competición: ver quién tenía más, conseguía más, era más feliz. No lo hacía por maldad, era parte de su carácter. De su naturaleza. Pero ella rara vez entraba en ese juego y sonrió.

—Erik y yo no pensamos casarnos. Es solo un símbolo que nos recuerda que estamos juntos y que no necesitamos de etiquetas para saber lo que sentimos —dijo con sencillez. Se miró la mano, no era del todo sincera—. Él me lo pidió cuando todavía estaba en el hospital. Pero yo le dije que no quería que lo hiciese por las razones equivocadas. —Se encogió de hombros y sonrió—. Y así seguimos. En estado de *impasse*. Lo que no quiere decir que sea un mal lugar.

—Voy a darme una ducha. ¿Puedes prestarme algo de ropa?

—Te buscaré algo. ¿Necesitas algo más? —preguntó Inés, sacando una toalla del armario para ella.

—No. Solo mi dignidad perdida —dijo, riendo con ligereza—. Voy a dormir la borrachera en casa, llamar a Roger para pedirle disculpas y a trabajar en un par de casos.

—¿No quieres que quedemos para tomar un café esta tarde o mañana?

—No, pero Loki está precioso y a los niños les encantaría verlo. ¿Por qué no venís a casa la semana que viene? —ofreció, ya de camino al cuarto de baño—. Prepararé algo rico para comer.

En cuanto llegó el lunes al hospital, Inés visitó a Paloma en su habitación. Se alegró de verla tranquila. Tenía que reconocer que, aunque todo el trabajo en la consulta de Fetal era apasionante, Paloma y Esperanza ocupaban sus pensamientos de manera constante. Aprovechaba el tiempo libre para recabar información sobre casos similares, estudiaba la técnica quirúrgica para que Erik no la pillara con preguntas específicas y repasaba las imágenes de los controles anteriores para saber lo que tenía que buscar cuando le hiciera la ecografía otra vez.

—¿Va a bajar a la consulta? —preguntó Inés a su tutora al ver que era la última de la lista de aquel lunes.

—No, prefiero que el reposo sea absoluto para que se lo tome en serio. Ya he mandado subir el ecógrafo a la planta de hospitalización —dijo Andrea. No era capaz de esconder su preocupación y se acorazaba en una actitud de eficiencia y cierta agresividad—. Vamos ya, quiero que los

neonatólogos y el doctor Thoresen tengan tiempo de sobra para informar.

Inés la siguió, sin poder deshacerse del sentimiento de que algo malo iba a pasar.

Pero los datos del estudio disiparon un poco su ánimo oscuro; el reposo había surtido efecto, Paloma estaba más descansada sin las preocupaciones del día a día y más serena con la restricción de visitas, a petición propia, para alejarse de la inquina de su madre con motivo de su separación. Esperanza había crecido y ya superaba el kilo y medio. La circulación no había empeorado y eso daba algo más de margen para seguir.

Celebraron aquella pequeña mejoría. Paloma la necesitaba y tanto a ella como a su tutora les venía bien aquel soplo de esperanza, pero la llegada del equipo de Neonatología y de Erik interrumpió su alegría.

Los neonatólogos no suavizaron la situación. Primero, la informaron de que la prematuridad a las treinta y dos semanas de gestación, que era lo que Paloma tenía de embarazo, sin ser extrema, seguía asociada a mil y una complicaciones respiratorias, neurológicas, digestivas, cardíacas...

—Pero ¿es seguro que todo eso va a pasar? —preguntó Paloma, que había pasado de la risa a las lágrimas en tan solo media hora.

Raúl Salinas negó con la cabeza en un gesto de impotencia.

—Nadie puede asegurarlo, pero sigue siendo más que probable, porque, además, no será una niña sana. Tiene su problema de corazón —explicó con asertividad y un tono sereno que a Inés le gustó. Infundía confianza—. Si un bebé prematuro sin ningún problema ya se enfrenta a todas esas complicaciones, solo por nacer antes de tiempo, en el caso de tu niña, existe una mayor gravedad.

—Pero ¿tiene alguna posibilidad? —Paloma insistía y presionaba con desesperación para hallar un rayo de luz en aquel panorama negro. A Inés se le apretó el nudo en el pecho que llevaba atado desde que llegaron a la habitación.

—Tampoco puedo asegurarte eso, Paloma. No puedo mentir —dijo el neonatólogo. Se sentó a su lado y la cogió de la mano—. Pero sí puedo decirte que todo el equipo está implicado en el caso, sabemos que Esperanza va a nacer en cualquier momento y haremos todo lo que esté en nuestra mano para sacarla adelante si eso es lo que tú quieres.

La firmeza de sus palabras terminó por quebrar a la paciente, que se echó a llorar. Intentaba reprimir los sollozos, pero su cuerpo se agitaba con el esfuerzo y la alarma del monitor se disparó al llegar a una frecuencia cardiaca elevada.

—Vamos, Paloma —la animó Andrea, que silenció la pantalla y después le sirvió un vaso de agua para que bebiese unos sorbos—. Sé que es complicado, pero debes estar tranquila por tu bebé. Si te agitas, no le hace nada bien.

Ella tomó el agua y, poco a poco, fue calmándose. Todos esperaron unos minutos hasta que sonrió con coraje y asintió. Inés sintió admiración. Por su fortaleza, por su valentía. Por enfrentarse sola al numeroso grupo de médicos que solo parecían ser pájaros de mal agüero, por mucho que las últimas palabras del doctor Salinas hubiesen despejado un poco el nubarrón.

Erik emergió de la posición en segundo plano desde la que había escuchado en silencio toda la información y se situó frente a la paciente. Ahora era su turno.

—Paloma, yo soy el doctor Thoresen. Soy cardiocirujano y vengo a informarte de nuestra parte del tratamiento cuando nazca tu niña. —Inés tomó aire. Erik informaba de manera eficaz y completa a sus pacientes y tenía mucha experiencia, pero a veces carecía de calidez. Los neonatólogos parecieron dudar e hicieron el amago de marcharse, pero él levantó una mano para detenerlos—. Esto también os compete a vosotros. Quedaos, prefiero que escuchéis todos lo que voy a decir.

Se tomó un instante para ordenar sus palabras y frunció el ceño. Inés conocía esa expresión: concentrada, implicado con todo lo que tenía para dar, convencido.

—A tu hija le espera un largo camino. La cardiopatía que tiene es una de las más graves a la que puede enfrentarse un recién nacido y, sin cirugía, no sobrevivirá. —Se detuvo y la miró. Paloma parecía apabullada por su presencia y aquellos ojos azules intimidantes. Inés no pudo evitar una oleada de simpatía, sabía lo que era eso—. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí —respondió la paciente con voz tenue—. La doctora Garay y la doctora Morán me lo dijeron desde el primer momento. ¿En qué consiste la cirugía?

—No es una sola cirugía, Paloma. Serán al menos tres cirugías.

Siempre y cuando la situación de tu bebé nos permita avanzar —siguió Erik, con precaución. Una exclamación ahogada de sorpresa brotó de los labios de la mujer, que rompió a llorar de nuevo, esta vez con lágrimas silenciosas que rodaban por sus mejillas—. La primera será a los pocos días de nacer. Tenemos que ampliar la aorta, porque es demasiado pequeña, y abriremos unos conductos para que aumente el nivel de oxígeno de la sangre que sale del corazón.

—¿Y eso hará que mejore? —De nuevo, ahí estaba. Quería leer esperanza. A toda costa.

—Eso hará que ganemos tiempo. Si todo sale bien, porque una cirugía en un bebé tan pequeño y de tan poco peso puede tener muchas complicaciones, tu bebé crecerá y se hará un poco más fuerte para la siguiente —dijo Erik, con la frente surcada por arrugas profundas de concentración, y los ojos azules y preocupados clavados en Paloma—. Lo que haremos es desconectar el ventrículo derecho de los pulmones y que funcione como la bomba principal del cuerpo. Y es un proceso tan complicado que no podemos hacerlo de golpe. Necesitaremos dos cirugías para lograrlo.

—¿Y el ventrículo izquierdo?

—No sirve para nada, de modo que quedará desconectado de la circulación.

—Y si todo sale bien, ¿estará curada?

Erik no pudo evitar un suspiro resignado. Inés lo leía en la postura tensa de sus hombros. En la dureza de la línea de la mandíbula, en los músculos cincelados del cuello. Se estaba conteniendo.

—No quiero que mires más allá de la primera cirugía, pero tienes razón. Tienes derecho a saberlo. El ventrículo derecho no está preparado para funcionar como la bomba principal del cuerpo, es como poner a un niño a hacer el trabajo de un hombre adulto. —La voz de Erik se endureció, y Paloma dejó de respirar—. Tarde o temprano, colapsará y caerá en una insuficiencia cardíaca. Necesitará medicación durante toda su vida y nunca podrá tener una actividad normal.

La información derivó en las complicaciones propias de cualquier cirugía: sangrado, trombosis, infecciones, fracaso del procedimiento, problemas con la anestesia y la circulación extracorpórea...

¿Cuántas malas noticias es capaz de aguantar el ser humano de una sola vez? Paloma lloraba, ya sin pudor, y se aferraba a su vientre abultado con las dos manos y los dedos agarrotados con desesperación. Inés se vio a sí misma, tendida en la cama de la UCI, sosteniendo su abdomen dolorido por la cirugía. Primero fue la noticia de que había perdido un segundo embarazo. Después, que había estado a punto de morir. También que habían extirpado su trompa y su ovario derechos. Y el golpe de gracia, la endometriosis grave y las escasas posibilidades de convertirse en madre.

Ese bebé tenía que sobrevivir.

—Dios mío —exclamó Paloma, sacándola de sus cavilaciones—. ¿Cómo puede un bebé resistir todo eso?

Erik asintió lentamente. Abrió y cerró sus puños durante unos segundos antes de seguir.

—Paloma, es por eso por lo que quiero informarte de que hay otro camino. Un camino que se aleja de todo este encarnizamiento terapéutico, que te permitirá vivir unos días tranquilos y de paz con tu hija, y acompañarla a morir con serenidad.

—¿Cómo? ¿Doctor Thoresen, no habíamos hablado de esto en ningún momento! —Andrea farfullaba más que hablaba. Voces airadas se levantaron también entre los neonatólogos. Ese no era el abordaje que habían planificado. Inés simplemente se quedó muda.

—Por favor, déjenlo hablar —pidió Paloma, con un hilo de voz.

—No se la someterá a ninguna cirugía, solo le daremos una medicación que ayudará a que permanezca abierto un conducto para aumentar su oxigenación por un tiempo. —Dejó que las palabras permearan el entendimiento de la mujer, que asintió con gravedad. Sus lágrimas se habían secado—. En algún momento, un par de semanas como máximo, ese conducto se cerrará. Su sangre tendrá cada vez menos oxígeno y se quedará cada vez más débil y dormida. Podremos darle medicación para que esté confortable y no sufra dolor. Y morirá. —Erik había dulcificado de manera instintiva su tono, sus ojos azules destilaban piedad. Se detuvo un instante para que la idea calara a fondo en ella—. Es una alternativa tan válida como la de operar, y debes estar bien informada para tomar una decisión consciente. ¿Lo pensarás?

Paloma no lloraba. Tenía el rostro demudado y serio. Un silencio

cargado de incertidumbre se cernió sobre la habitación y se sostuvo, obstinado, sin que nadie se atreviese a hablar.

—Lo pensaré, doctor —dijo ella en un hilo de voz—. Necesito un poco de tiempo para asimilar todo lo que me ha dicho. ¿Podríamos volver a hablar en unos de días?

Erik cogió un papel de su bolsillo y anotó un número de teléfono.

—Este es el número de mi busca. Cuando necesites resolver cualquier duda, pídeles a las enfermeras que te pongan en contacto conmigo. —Dejó el papel encima de la mesilla y lanzó una mirada circular—. Si cualquiera de vosotros necesita hablar conmigo, ya sabéis dónde estoy.

Ya en la puerta, se volvió hacia Paloma.

—Sé que te he dado mucho en qué pensar. Pero es mi deber como cirujano, y como médico, decirte cuál es mi criterio —dijo con un tono que a Inés le pareció fuera de lugar. Estaba revestido de tristeza, pero también de determinación—. Mi consejo es que evites a tu hija el sufrimiento de pasar por todo esto. No existen muchas garantías de que sobreviva, y menos aún de que lo haga sin secuelas. A cambio, podrás tenerla en brazos desde que nazca y acompañarla a bien morir.

Inés guardaba un silencio obstinado desde que habían abandonado el San Lucas. Habían intercambiado tan solo un par de frases desde que se juntaron al terminar su jornada en la puerta del hospital. En el viaje hasta casa, de poco más de diez minutos, puso la radio a un volumen que decía a las claras que no quería conversaciones, y ya en el ascensor, mantuvo el ánimo taciturno.

—¿Vas a seguir sin hablarme de manera indefinida? —preguntó Erik por fin cuando la expresión de Inés se ablandó un poco al llegar a casa y Loki se abalanzó contra sus piernas. Ella se agachó para acariciar las orejas peludas y rehuyó su mirada insistente.

—No tengo mucho que decir, Erik.

—No. Tienes cara de tener mucho que decir, pero de no querer hablar, que es muy diferente —gruñó. No le gustaba que contestase con evasivas—. Si tienes algo que decirme, ¡hazlo!



Inés soltó un suspiro cansado, que lo irritó aún más, y no contestó. La siguió hasta el cuarto de baño de la entrada y la observó mientras se descalzaba los tacones y los dejaba en la bañera. Mantenían esa costumbre porque Loki seguía atacando sus zapatos de vez en cuando. Cuando salió del baño, la siguió. Seguía sin decir ni una sola palabra.

—Inés, he hecho lo correcto. ¿No lo crees así?

Un relámpago de enojo cruzó su rostro, pero no duró más que unas décimas de segundo. Después su expresión se tornó neutra y se recostó en el sofá. Tenía unas ojeras pronunciadas y grises, y el rostro demacrado.

—No sigas por ahí, Erik. Dijimos que lo de casa, en casa. Y lo del hospital, en el hospital.

—Esa madre tiene el derecho a saber que existe la alternativa de los cuidados paliativos. Que acompañar al bien morir de su hija le evitará dolor y sufrimiento a ella y a su bebé —insistió con irritación, y se cruzó de brazos, obstinado—. Quiero que me des tu opinión de lo que le he dicho a la paciente, Inés.

—Podrías habérmela preguntado antes de hablar con Paloma. Ahora ya está todo dicho. ¿Para qué quieres mi opinión?

Lo dijo sin emoción, con los ojos grises velados. Se encogió de hombros y esbozó una sonrisa triste. Erik no correspondió. Estaba más serio que nunca.

—Quiero que sepas que si la paciente decide seguir adelante, yo no voy a operar a su bebé.

Por fin.

Sintió un alivio inconmensurable. Lo había soltado. Lo tenía decidido hacía semanas, pero no había encontrado el momento de decírselo a Inés. Ahora ya estaba todo dicho.

Inés se envaró en el sofá. Cualquier rastro de cansancio desapareció y lo miró con incredulidad.

—¿Cómo?

—No la voy a operar.

—Erik, ¡eres la mejor opción para que esa niña sobreviva! ¿Cómo vas a negarte? —dijo, con tono de profundo agravio. Balbuceaba. Su sentencia la

había conmovido profundamente y estaba en estado de *shock*—. ¡Tienes que operarla tú!

—No. No tengo que hacerlo. Mi criterio como subespecialista y experto en el tema ya lo he dejado claro —dijo Erik, endureciendo el tono. Comenzaba a estar harto de la obstinación de Inés—. No voy a ir en contra de mi criterio, no me gusta ser incongruente. Los cuidados paliativos no son solo la opción mejor, son la opción más ética.

—Erik, esa madre quiere tener a su bebé. ¡Incluso le dijo a los neonatólogos que fueran a por todas! No quiso firmar una orden de no reanimación, que fue lo que se le aconsejó si su hija nacía en malas condiciones —dijo Inés, estupefacta.

—Es cierto, pero para mí no cambia nada.

—¿Cómo que no cambia nada? ¡Somos un equipo! Y el plan del equipo era hacer todo lo que estuviese en nuestra mano para salvarle la vida a la niña. —El tono de Inés se elevó. Siempre lo sorprendía lo menuda que era. Lo frágil que parecía físicamente. Y el enorme contraste que ofrecía su temperamento guerrero y fiero en momentos como aquel—. Tú, de manera unilateral, has decidido salirte de lo pautado sin tenernos en cuenta. Debiste informarnos antes de hablar con la paciente, Erik. Las cosas no se hacen así.

—No. No somos un equipo. Porque cuando haya que abrir en canal a la paciente, vosotros no vais a empuñar el bisturí —dijo, subiendo también el tono de voz. ¿Por qué Inés no era capaz de entender la situación? Normalmente era mucho más perspicaz y era capaz de ponerse en el lugar de los pacientes. De pronto, un chispazo de lucidez aclaró la situación—. Ya sé por qué tomas esta actitud.

—Sí. Yo también sé por qué tú has tomado esta actitud. Porque te da miedo enfrentar el caso. Miedo de que no salga bien. Miedo de que el ¡oh, gran doctor Thoresen, dios vikingo de la Cardiocirugía —se burló sin piedad, con una risotada que le heló la sangre—, no esté a la altura de un caso así! Quizá Andrea tenga razón y sea verdad que no tienes agallas. O quizá te afectó más de lo que crees la muerte de Cristián.

—¡No es así, Inés! —dijo, con los ojos abiertos por la sorpresa. Jamás se hubiera esperado semejante insulto. No de ella—. ¡Sabes que tengo razón! ¡O, al menos, lo sabrías si no mezclaras tu propia pérdida personal con el caso de la paciente! Nunca has sabido separar las cosas, lo personal de lo

laboral. Y ahora tampoco lo haces. Eso es muy poco profesional, Inés. — Estaba de pie en medio del salón y agitaba el índice fuera de sí, señalándola. Los gritos asustaron a Loki, que salió huyendo hacia la cocina. Le dio igual —. Tu aborto, tu embarazo ectópico, tu infertilidad, todo lo que pasó ¡no tienen nada que ver con esto! ¡No eres capaz de permanecer imparcial y eso está nublando tu juicio médico!

Lo soltó todo de golpe. Sin pensar. Y ahora era demasiado tarde para retirar lo que había dicho. Lo veía todo rojo. Un pitido insistente perforaba sus tímpanos y la respiración agitada le impedía hablar con claridad. Poco a poco, la violenta dureza de sus palabras permeó su entendimiento y cerró la boca con terquedad.

Inés no se movió. El aire parecía vibrar en torno a su silueta. No había lágrimas en sus ojos, pero estaban opacos y velados. Una mirada decepcionada se clavó en su alma y heló su corazón.

—Después de todo lo que hemos pasado juntos, jamás pensé que me soltarías algo así.

Con movimientos pausados, pero llenos de determinación, cogió su bolso y su chaqueta, se calzó de nuevo los tacones y se metió en el ascensor. Y se marchó.

## *Cortar leña*

Inés forcejeó con la cerradura para abrir la puerta de su apartamento. Hacía casi cuatro meses que no pasaba por allí. La visita apresurada que había hecho a los pocos días de llegar de Noruega para apilar sus cosas en un par de maletas y llevarlas a casa de Erik no contaba. Aún permanecían los estragos de vaciar los armarios y coger sus imprescindibles del cuarto de baño.

Dejó la montaña de correo que el conserje le había guardado esparcida sobre la mesa y sonrió al distinguir un par de sobres plateados entre las facturas. Hacía tiempo que no se acordaba de Álex y Philip. ¿Qué sería de ellos? Tenía que llamarlos, aunque solo fuera para saber qué tal estaban. Pero ahora tenía otras cosas más importantes en las que pensar.

Hacía frío porque, aunque seguía pagando las cuentas de internet, luz y agua, la calefacción estaba apagada. Y un tufillo a cerrado impregnaba el ambiente. Tendría que pensar qué hacer con el apartamento. Por supuesto que volvería con Erik, esto era tan solo un bache. Gordo, lo admitía. Pero un bache, al fin y al cabo. Las palabras que había soltado en pleno arranque de furia escocían, hacían daño. Quizá debería alquilarlo, era un pisito precioso. Seguro que los nuevos residentes se interesarían por él: cerca del metro, no demasiado grande pero con todas las comodidades, y en una zona tranquila y con servicios de la ciudad.

O tal vez debería conservarlo. Siempre era bueno tener un lugar a dónde huir.

Abrió las ventanas y dejó entrar la luz moribunda de la caída de la tarde. Santiago estaba gris, frío, y olía a tubo de escape y a la nieve lejana de la cordillera. Cambió la ropa de cama. Puso una lavadora.

Erik tenía razón.

Al menos en parte. Y reconocerlo le daba más rabia de lo que estaba dispuesta a admitir. Se había tomado el caso de un modo demasiado personal, sí, pero ¿qué tenía que ver eso con ofrecer a la paciente lo mejor que podían

darle? El resultado de la cirugía pasaba por la pericia de las manos de Erik. Y él no quería operar.

Limpio el polvo, pasó la aspiradora, fregó el suelo. Cogió la ropa de la secadora y se puso a planchar. Menos mal que era un piso pequeño, llevaba cuatro horas sin parar de trabajar y estaba exhausta. Todavía vestía la ropa con la que había ido al hospital y la camisa se le había salido de la falda. Tenía una carrera en la media que ni sabía cómo había llegado ahí. Su melena corta no llegaba para una coleta y se le escapaban mechones desordenados. Estaba hecha un asco. Pero cuando acabó con la plancha, se sentó en la mesa y abrió el ordenador. Tenía que encontrar una alternativa. Buscó la página web de la Sociedad Chilena de Cardiología y Cardiocirugía y su rostro se iluminó.

*Doctor Jorge Calvo. Presidente. Cirujano Cardiovascular. Experto en Ventrículo Izquierdo Hipoplásico.*

¡Tenía una alternativa! ¿Cómo no había pensado en ello antes? Calvo era un excelente cirujano, el mismo Erik lo admiraba y contaba con la experiencia de su veteranía. Lo consultaría con Andrea y hablaría con él. No estaba segura de si podían montarse equipos interhospitalarios, pero tenía que haber alguna manera de hacerlo. En el San Lucas, en la Clínica Alemana, o incluso en algún hospital público. En cuanto Paloma anunciara su decisión, se pondría en marcha.

Y aprovecharía para llevar su currículum a la Alemana y tentar su suerte por allí. Cada vez le quedaba más claro que, por muy apetitosa que hubiese sido la oferta que Erik le había hecho en casa, no serían capaces de trabajar juntos.

Se dio una ducha y se metió en la cama con el estómago vacío. No tenía en la nevera más que unos yogures caducados que ya debían tener flora y fauna autóctonas, y el medio limón, ya mustio, que dejaba para eliminar los malos olores en una costumbre que había heredado de su madre.

El móvil parpadeó con un *whatsapp* y saltó de la cama para cogerlo. No era Erik. Era Loreto.

«Os espero a ti, a Erik y a Loki el sábado sobre la una. ¡Los niños están entusiasmados y te echan de menos! No hace falta que traigas nada, que te conozco».

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

Era por eso por lo que tenía que marcharse del San Lucas. Porque aunque hubiesen prometido separar las cosas, era imposible.

El martes se despertó desorientada, con frío, y el cuerpo le dolía por la necesidad de sentir a Erik y escuchar su voz. Echaba de menos a Loki y la rutina que siguió para arreglarse por la mañana, la misma que había tenido durante años antes de vivir con Erik, se le antojó ajena. Era increíble cómo un puñado de meses hacían palidecer toda una vida.

Por primera vez desde que se reincorporó a trabajar, no puso especial esmero en arreglarse. Su ánimo le pedía colores oscuros y la imagen en el espejo le devolvió una silueta enfundada en negro sin ni una sola gota de color. Quizá estaba exagerando. Se encogió de hombros y bajó a la calle. No quería estar sola ni un segundo más.

Ya en el hospital, tuvo que aguantar el enfado, comprensible por otro lado, de Andrea.

—Todavía no me lo puedo creer, ¡cómo puede ser tan arrogante! — dijo su tutora al confirmarle que Erik seguía en sus trece y que no tenía ninguna intención de operar—. No tiene ni puta idea de lo que significa trabajar en equipo, ¡este es un caso multidisciplinar y habíamos consensuado una línea de actuación! Yo soy la médico tratante de Esperanza y de Paloma, ¡debió consultarme primero!

E Inés se mostraba de acuerdo. Aunque estaba cada vez más convencida de que Erik tenía razón. Un bebé prematuro, mucho más pequeño de lo que debería a esas alturas del embarazo y con una malformación cardíaca grave. Era una locura.

Y sin embargo, Paloma quería luchar. O al menos había sido así hasta que Erik había hablado con ella.

Tras acabar con el trabajo de la consulta, Inés y Andrea fueron a visitarla para saber si había tomado una decisión. Cuando llegaron a la habitación, les sorprendió encontrarse con el doctor Salinas. Entraron con discreción y aguardaron a que acabase sin intervenir, en un segundo plano. Inés tragó saliva al escuchar la conversación.

— Tienes que saber que puedes revocar tu decisión en cualquier momento —decía el neonatólogo—. Si las condiciones cambian de aquí al nacimiento de tu hija, volveremos a hablar. Y puedes volver a llamarme siempre que quieras .

—Mil gracias, doctor —dijo Paloma. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto, a la vez que su mirada se cargaba de determinación—. Pero en este punto, mi decisión es inamovible. Quiero firmar la orden de «No reanimación» para el supuesto de que mi hija nazca sin latido o en malas condiciones.

El pediatra asintió y le facilitó unos papeles que Paloma leyó con detenimiento, y que ambos firmaron. Inés esbozó una tenue sonrisa de aliento. Estaba haciendo lo mejor.

—Pero ¿qué quieres hacer si tu niña nace con buena vitalidad? —dijo Andrea en el momento en que el doctor Salinas hacía el amago de marcharse—. ¿Lo has pensado ya?

Paloma apoyó la cabeza en las almohadas de la cama articulada y cerró los ojos por un momento. Un rictus de dolor contrajo su rostro y suspiró.

—Todavía no. Es demasiado doloroso. Necesito pensarlo más.

Andrea quiso seguir, pero Inés posó la mano sobre su brazo y la detuvo con un gesto breve de negación.

—Tómate el tiempo que necesites, Paloma. No vamos a presionarte. Cuando lo hayas decidido, ya nos contarás.

Erik llegó a casa temprano. Esperaba que la estupidez de Inés se hubiera desvanecido y que hubiese vuelto ya. Era absurdo, todas sus cosas estaban allí. Su lencería, sus productos interminables de belleza desparramados sobre la encimera del lavabo, su colección de zapatos... Cada rincón de su ático estaba impregnado con la presencia de Inés.

No había pegado ojo por la noche.

Estaría en casa de Loreto, o de Nacha, o incluso en su propio apartamento. O quizá estaba en casa de Alma y Dan. Pudo llamar a cualquiera de ellos, o mandarle un mensaje a su móvil, pero todavía estaba lo suficientemente furioso y dolido como para no mostrar esa señal de

debilidad.

—Tú también la echas de menos, ¿verdad? —murmuró, agachándose para acariciar a Loki, que parecía buscarla con ansiedad en cada esquina y tras cada mueble.

Miró por enésima vez su móvil. Ella estaba en línea, pero a los pocos segundos se desconectó. No. No iba a dar el primer paso. No esta vez. Joder, ¡él era quien tenía la razón! Bajó al gimnasio y le pidió al monitor que le metiese caña. Calentó con furia. Añadió diez kilos más a las pesas sobre el *rack* y se tumbó en la banca. Comenzó a levantarlas sobre sus pectorales hasta estirar los brazos y sintió sus músculos tensarse con dolor. Apretó los dientes. Cada palabra que había salido de sus labios lo había desgarrado de un modo que no entendía, y aunque supiese que lo había hecho para provocarlo, lo sentía más como una traición que como un desafío. Hizo el primer set de repeticiones y pidió ayuda al monitor. Se secó el sudor que cubría su cuerpo y abrió y cerró los puños, resentidos por la dureza de la barra de acero y el peso.

—Ve con calma, Erik —dijo el monitor, preocupado al ver que proseguía con la misma intensidad—. Si sigues así, puedes lesionarte.

—Conozco mis límites —dijo con aspereza—. Tú solo ayúdame a dejar la barra en el *rack* cuando te lo pida.

Pobre pardillo. Siempre le tocaba pagar su mal humor en el gimnasio, pero a estas alturas ya debía conocerlo y no meterse donde no lo llamaban. Siguió con el peso muerto hasta que los cuádriceps le ardían y se le despellejaron las palmas. Después, el monitor le vendó las manos y se desahogó a fondo en el saco de arena, hasta sentir los hombros bloqueados y los nudillos resentirse bajo las bandas elásticas. Tenía que parar.

—Esta vez has pulverizado tu récord —dijo el chico, anotando sus progresos en una *tablet*—. ¡Eh, no te vayas! ¡Tienes que estirar!

Él lanzó una risotada y levantó un brazo en gesto de despreocupación.

—No he terminado. Me voy a nadar.

La piscina estaba climatizada, pero la temperatura distaba mucho de ser agradable. Se sumergió en el agua apenas tibia apretando los dientes y comenzó a hacer largos de crol. Primero, a un ritmo fuerte, después, ya agotado, abandonó la idea de completar las cincuenta vueltas que solía hacer



y se dejó flotar en el agua. Se sentía como si le hubieran amputado una mano. Los recuerdos nefastos de la época que habían pasado separados se apoderaron de él. Cerró los ojos y volvió a abrirlos, recuperando con esfuerzo su voluntad: esta vez no daría su brazo a torcer.

Inés volvió a mirar el móvil por enésima vez. Ya estaban a miércoles. Se sumergió en el trabajo de la consulta e hicieron de nuevo una visita breve a Paloma. La paciente seguía sin tomar una decisión. Ella insistía en que no podían presionarla, pero su tutora comenzaba a mostrar visos de impaciencia. Por la tarde, la consulta fue de embarazadas sanas que se atendían con Andrea por comodidad o preferencia. Inés disfrutó de hacer las ecografías e informar a las madres con una sonrisa de que todo iba bien con sus bebés.

Cuando volvió al apartamento, al menos tenía unos sobres de lechuga y unas pechugas de pollo para cenar. Se le había olvidado lo tedioso que era cocinar solo para ella y acabó por mordisquear un poco de pollo a la plancha y una ensalada anodina antes de acostarse. Se metió en la cama pronto, a ver si así pasaba rápido la noche y llegaban al jueves ya. La semana se le estaba haciendo eterna. ¿Por qué no había vuelto a casa? Porque las palabras de Erik y su dureza al decirlas aún escocían. No. Todavía no.

Un mensaje de WhatsApp destelló en el móvil y se abalanzó a cogerlo. Decepcionada, comprobó que era de Loreto.

«¿Al final a qué hora os espero? No me has dicho nada. ¿Vais a venir, no?».

Inés esperó unos minutos antes de contestar.

«Mañana o el viernes te confirmo, pero cuenta con nosotros».

Esperaba no estar pecando de optimista. No podían seguir así; al día siguiente iría a hablar con él.

Ya no estaba acostumbrado a dormir sin Inés. La primera vez que había pasado la noche con ella lo había sorprendido la sensación agradable al

despertar con su cuerpo cálido entre los brazos. Siempre lo decía, con ella dormía cojonudamente bien.

Así que llevaba ya tres días sin pegar ojo. Y encima Loki había vuelto a las andadas y dormía junto a él sobre la cama. Pero solo sería mientras ella no estaba. Como excepción.

Llegó al hospital temprano. Muy temprano. Todavía más de lo habitual. Sin embargo, en la Unidad había luz. Quizá el personal de limpieza las había dejado encendidas del día anterior. Entró en su despacho y comenzó a desabrocharse la camisa. Qué estupidez. Debería venir al trabajo con el uniforme del quirófano puesto, porque lo primero que hacía al llegar era cambiarse una ropa que se acababa de poner. Se quitó los pantalones, y un carraspeo femenino casi lo hizo infartar. Se dio la vuelta, alarmado.

—*Svarte Helvete!* ¡Qué susto me has dado! —dijo, enfadado por el sobresalto—. ¿Qué haces aquí?

Inés tardó en contestar. Sus ojos estaban fijos en una parte muy concreta de su anatomía: el tatuaje con su nombre que exhibía en el pectoral izquierdo. Un velo de nostalgia cubrió su mirada, y verla humedecerse los labios hizo que se quedara inmóvil. Sabía que lo estaba observando. Sentía la caricia de aquellos ojos sobre el abdomen, sobre el bulto de su bóxer. Se volvió al notar que tan solo con su mirada se había endurecido su pene y comenzó a ponerse el pantalón.

—¿Qué quieres, Inés? —repitió, con un filo agresivo en el tono de voz.

—Nada. Solo quería decirte que Paloma aún no ha tomado una decisión. Mañana es viernes y espero que nos diga algo. —Inés se apoyaba en el marco de la puerta y exudaba profesionalidad con aquella falda de cuadros y la camisa blanca ceñida a sus pechos—. Por favor, si habla contigo antes, ¿puedes avisarnos?

Él se puso la casaca, ignorando los ojos grises que acariciaban sus pezones, y la miró con frialdad. Apretó los labios en una línea fina, no era eso lo que quería escuchar, estaba esperando una disculpa. Por otro lado, su cuerpo seguía alerta por las caricias invisibles.

—¿Eso es todo?

No contestó, parecía ansiosa. Su seguridad se tambaleó un poco y

bajó la vista. Se mordía el labio en ese gesto que sabía significaba indecisión. Él tampoco tenía muy claro qué hacer, pero el anhelo por estrecharla entre sus brazos se estaba transformando de pronto en una necesidad física. Un silencio expectante electrizó el ambiente y le erizó la piel. Inés se acercó a él y acarició su antebrazo con la punta vacilante de un dedo.

Y todo su cuerpo se incendió.

La agarró con fuerza de la muñeca y tiró de ella hasta estrellarla contra su pecho.

—Erik.

Esa palabra. Solo su nombre. Con esa voz ahogada y la certeza de que estaba perdida. Y él, condenado. Cerró la puerta y echó el cerrojo con un chasquido seco. La placó contra la madera y cerró su boca con un beso desesperado cuando la abrió para protestar.

Forcejeó para apartarlo, pero no cedió. No esta vez. Estaba harto. Harto de ceder. De hacer concesiones. De ir con pies de plomo en todo lo que la concernía a ella. Quería vía libre con todo y si ella no se la daba, tendría que abrísela él. Gruñó al ver que se resistía y aumentó la intensidad del beso. Ella intentaba empujarlo con las manos y las inmovilizó a ambos lados de su rostro. Apoyó su erección ya enardecida sobre ella y estrechó el cerco. Supo el momento exacto en que ella se rindió cuando su cuerpo en tensión se ablandó.

—Atrévete a decirme que pare —la desafió, con el cuerpo envuelto en llamas y el cerebro embotado por la lujuria. Clavó los ojos en los grises que brillaban en plata y sonrió con arrogancia al verla entregada.

—No pares. Quiero más —exigió ella en un gemido ahogado.

La levantó de los muslos y ella enroscó las piernas en su cintura. Su falda ascendió hasta sus caderas y él buscó, frenético, la piel desnuda con las manos. Pese a que sus bocas estaban selladas, sonrió. Llevaba liguero, y su erección palpité con dolor. Afuera, se escuchaban de manera lejana los ruidos de la Unidad que se ponía en marcha, y comenzaban a llegar todos, pero no le importó. La tumbó sobre la mesa del despacho y buscó la entrepierna de sus bragas con una mano. Con la otra, tuvo que tapar su boca cuando, al tocar su sexo, gimió.

— Shhh, *liten jente*. Quédate quieta, porque voy a hacerte gritar.

Vio cómo ella fruncía el ceño y lo miraba, acusadora, pero liberó su erección con la mano y, guiándola hacia su interior, se enterró en ella hasta los testículos, de una sola estocada, dura, violenta, deliciosa. Apretó los dientes y contuvo un gruñido de placer. Después de dolor al sentir las uñas de Inés clavarse en su espalda, con desesperación.

No duraron mucho.

Inés lo encerraba, avariciosa, en su interior. Sus caderas le salían al encuentro y la penetró con saña, con fiereza, casi con desconsideración. Pero ella tenía los ojos cerrados en puro delirio, el cuerpo arqueado para recibirlo y se aferraba a él de una manera que lo hizo perder el control.

Se corrió con las oleadas de humedad de Inés y los sollozos amortiguados en su mano. Las lágrimas rodaban por sus mejillas y tenía el rostro perlado en sudor. Se desplomó sobre ella, aliviado. Agotado. Un sopor contra el que no podía luchar lo abrumó. Salió de ella y apoyó la cabeza entre sus pechos. Necesitaba dormir.

Inés boqueó cuando la mano de Erik cayó inerte a un lado de su rostro sobre la mesa. El peso del cuerpo masculino le impedía respirar y se retorció para liberarse.

—Erik... —susurró, con miedo de que, entre la vorágine de trabajo que ya se desarrollaba fuera, se escuchara su voz.

Estaba dormido. Erik se había dormido. Una ternura incomprensible para la situación en la que se encontraban la embargó. Estaba muy incómoda, su espalda empezaba a acalambrarse, pero aprovechó para beberse la imagen de su rostro, algo crispado aún en sueños, y alisó con el pulgar los surcos de su frente. Deslizó las yemas de los dedos entre las guedejas rubias de su pelo. ¿Qué habría querido decirle? Sabía perfectamente que Erik hablaba con su cuerpo, con sus caricias, con sus besos, siempre que no encontraba palabras. No creía que aquel polvo violento hablara de perdón.

Unos golpes fuertes sobre la puerta los sobresaltaron a ambos. Inés inspiró con fuerza cuando él abandonó su cuerpo al incorporarse de súbito, y encajó la sensación de desolación con dificultad. Lo necesitaba de nuevo dentro de su sexo, entre sus brazos, sobre sus labios.

—¿Erik? ¿Estás ahí? ¿Estás bien? —La voz preocupada de Dan al otro lado de la puerta la alivió. Si era él, sería más comprensivo en caso de que se diera cuenta de que ella estaba allí. O al menos, eso esperaba. Erik se

aclaró la voz y clavó los ojos azules glaciales en ella. Y se llevó el índice a los labios en una señal inconfundible. Inés frunció el ceño, no era idiota. No iba a decir nada. Y a ver cómo salían del lío en que estaban metidos.

—Sí, sí. Voy. Me he quedado dormido en la mesa, no es la primera vez —dijo él con cierta amargura.

—Vale, le digo a Mario que empiece. Solo quería comprobar que estabas aquí.

—Perfecto.

Esperaron a que Dan se alejara e Inés se bajó de la mesa y se arregló la ropa. Una sonrisa trémula escapó de sus labios.

—Vaya manera de empezar la maña...

Erik siseó y ella compuso un mohín ofendido.

—No quiero que sepan que estás aquí —dijo, cortante. Inés abrió la boca, sorprendida por su reacción, y no atinó a decir nada. Lo vio buscar una solución con ansiedad—. Ven. Métete en el baño. Voy a salir y asegurarme de que puedas irte sin que nos abran un expediente disciplinario.

Prácticamente la empujó dentro del aseo, muy pequeño, y que ni siquiera sabía que estaba allí. Cuando él quiso cerrar la puerta, reaccionó y aferró el canto para detenerlo.

—Erik, yo también tengo que irme a trabajar. ¡No eres el único que tiene obligaciones! —dijo tras comprobar, horrorizada, que eran más de las ocho de la mañana—. Déjame salir, nadie tiene por qué sospechar nada.

—Ya. Dices eso porque no te has visto la cara —dijo él con una sonrisa irónica. Pero ¿qué demonios le pasaba? ¿Por qué esa frialdad después de lo que acababa de pasar? Un momento. Se volvió hacia el pequeño espejo y soltó un gemido. Tenía la melena revuelta, el rímel corrido y la camisa de seda completamente arrugada—. Espérame aquí, vengo enseguida.

—¡Joder! —dijo, enfadada.

Intentó recomponerse en el pequeño baño y salió un segundo a buscar su bolso para arreglar el estado de su cara. Estaba hecha unos zorros. ¿Por qué cuando follaban parecía que a ella le había pasado por encima una apisonadora y él nunca estaba afectado?

Erik estaba afectado. Furioso consigo mismo por perder el control de

esa manera y furioso con Inés por no haber puesto el punto de sentido común a la situación. Por provocarlo de aquella manera. Recordaba con claridad la vez que ella lo había frenado en seco en una guardia cuando trató de seducirla, y le dijo que le parecía muy poco profesional. Primero, cobarde. Ahora, poco profesional. Y todo por no ser capaz de mantenerse lejos y controlar su polla. Pero era demasiada la tentación. En cuanto sintió el dedo de Inés deslizarse por su antebrazo, todo su cuerpo se inflamó por combustión espontánea.

Luisa, la enfermera de consultas, no abandonaba el mesón central de los despachos y la necesitaba fuera de ahí para sacar a Inés. Tuvo que esperar un buen rato. El doctor Guarida la llamó a su despacho y salió al momento con unas carpetas para fotocopiar. Ahora. Era el momento.

Entró de vuelta en el suyo y abrió la puerta del baño. Inés salió hecha un basilisco y lo empujó.

—¿Ya puedo irme? ¿Puedo trabajar sin dañar de algún modo tu reputación? —dijo con mordacidad, muy enfadada. Había recuperado su aspecto pulcro y delicado, pero sus ojos echaban chispas—. ¡Me has dejado más media hora encerrada aquí!

Erik la miró, sorprendido, y consultó la hora en su reloj. Tragó saliva y la miró de reojo. Era cierto.

—No lo hago por mí, lo hago por los dos —dijo en voz baja. Trató de retenerla un segundo, pero ella se zafó—. Estás enfadada.

—Enfadada. ¿Enfadada? —siseó Inés, que parecía que le iba a estallar la cabeza—. Tú no sabes lo que es que yo esté enfadada.

Él sonrió. Era verdad que estaba furioso consigo mismo y con ella, pero por otro lado, el orgasmo le había mejorado bastante el humor.

—¿Cuándo vas a volver a casa? —preguntó, esperanzado. Ella entornó los ojos y negó con incredulidad. Lo apartó sin contemplaciones.

—A este paso, ¡jamás!

Sacó la cabeza por la puerta para asegurarse de que no había nadie y se marchó a toda prisa, tratando de no taconear demasiado fuerte sobre el mármol del suelo.

Erik llegó tarde a la primera cirugía, pero Mario había abierto con ayuda del residente de general, así que entraba justo cuando empezaba la parte

divertida. Meter las manos directamente en el corazón de aquel hombre lo ayudó a centrarse y alejar un poco su ánimo oscuro. Se sumergió en el trabajo, concentrado, metódico, casi sin hablar con su residente, la enfermera o el anestesista. Pensando solo en el próximo movimiento de sus manos para que el corazón quedase perfecto, funcional y, por qué no decirlo, también bonito. Sus suturas no tenían nada que ver con el resto del *staff*, que dejaban costuras toscas, por muy funcionales que fuesen. Aquel día prestó a todo especial dedicación y pudo sacar de su cabeza a Inés.

Era cuando llegaba a casa cuando ella entraba de golpe en sus pensamientos. Llevaba cuatro días fuera y comenzaba a volverse loco. Y tomó una decisión. Llamó a Guarida y no esperó ni a que dijera un «Hola».

—Me ha surgido algo urgente, mañana necesito el día libre. Es importante. ¿Puedes arreglarte? —Muy importante. En especial para su salud mental.

Su jefe farfulló algo sobre la consulta, las cirugías y la programación, pero acabó por soltar un suspiro resignado.

—De acuerdo, le diré a Suárez que te cubra y haré lo urgente de gestión yo. El lunes te quiero aquí como un clavo.

—Cuenta con ello —gruñó Erik, y colgó—. ¡Loki, nos vamos! Eh, pequeñajo. ¡Nos vamos la montaña!

Llamó al cachorro, que dormitaba en su cesta en una esquina del salón. Desde que Inés se había ido, ya no lo sacaba a la terraza.

La altura, el frío de las montañas, el calor de la chimenea, el atracón de solomillo con patatas que se había metido entre pecho y espalda y, sí, también tenía que reconocerlo, el haberse sacudido la necesidad de sexo con Inés, lo hicieron dormir como un lirón. Se levantó el viernes lleno de energía y miró el móvil dispuesto a ser magnánimo y perdonarla si ella hacía algo por acercar posiciones. Pero Inés no se conectaba desde el día anterior. Aquello lo cabreó de nuevo, ¿qué se había creído? ¿Dónde estaba esa Inés madura, centrada y justa de los últimos meses? No. No iba a ser él quien cediera.

Necesitaba hacer algo. Cualquier cosa. Miró las vigas casi terminadas, pero le apetecía estar fuera. Salió al jardín y el frío lo golpeó con una ráfaga de viento que lo hizo apretar los dientes, pero que a la vez lo confortó. Los

troncos de la leña apilados en el lateral de la casa le dieron una idea. Eran demasiado grandes para la pequeña chimenea de la habitación. Perfecto. Entró en el garaje y buscó el hacha. Un poco de ejercicio al aire libre le vendría genial. Comenzaba a notar la desazón de necesitar a Inés de nuevo bajo su cuerpo, y aquello lo cabreó un poco más. ¿Desde cuándo necesitaba él una mujer para estar bien?

Cogió el primer tronco y lo puso en vertical sobre el tocón de un árbol que, con gran dolor de su corazón, habían tenido que cortar para hacer la casa. No era muy grande, pero era magnífico para lo que tenía que hacer. Separó las piernas, amartilló el hacha por encima de su hombro y calculó con cuidado el lugar de impacto. Descargó el hachazo con fuerza y soltó una exclamación de dolor. Los brazos le reverberaron hasta el hombro, la leña estaba muy dura, y le parecía haber golpeado piedra en vez de madera. El hacha solo se había clavado unos pocos centímetros hacia el interior. Picado en su amor propio, golpeó el tronco contra la base hasta que el hacha por fin lo partió. Tenía que darle más fuerte.

Cogió otro tronco. Esta vez, necesitó solo tres hachazos para partirlo. Tenía el cuerpo cubierto en sudor pese a que flotaban algunos copos de nieve en el cielo gris y gélido. Las endorfinas liberadas por el ejercicio físico lo estimularon para continuar. Tercer tronco. Apuntó mal y una astilla salió volando peligrosamente hacia uno de sus muslos. Era un trabajo que requería pericia y concentración. Se quitó la camiseta técnica y soltó un gruñido al descargar el hachazo sobre el siguiente. Sentía sus pectorales arder. Esta vez, solo necesitó un par de golpes para partirlo en dos. Empezaba a pillarle el truco. La pila de leña comenzó a crecer a su lado y, por un buen rato, solo pensó en el movimiento certero del hacha cayendo sobre los maderos.

Pero al ser más y más fácil, sus pensamientos comenzaron a escapar de su control y volvían a lo que de verdad interesaba. A Inés. Que pensaba que era un cobarde. Hachazo. Que pensaba que era poco profesional. Hachazo. A la que había hecho daño por no detenerse a pensar en el impacto que harían en ella sus palabras, por muy ciertas que estas fuesen. Hachazo. Hachazo. Hachazo. Golpeó con furia aquel tronco hasta que se convirtió en un puñado de astillas finas e inservibles de la pura frustración. No respiraba, jadeaba por el esfuerzo, y el sudor le caía por los ojos y el torso desnudos. Desconcertado, se dio cuenta de que había anochecido y de que Loki aullaba, llorando porque no entendía su comportamiento. Una película de hielo



agarrotaba sus labios y escupió, preocupado. Más valía que entrase ya, o pillaría un buen catarro.

Encendió la chimenea y se quedó mirando largo rato la danza anaranjada de las llamas. Lo malo que tenía aquella casa ahora era que también cualquier estúpido detalle estaba impregnado de Inés. Programó Coldplay en el equipo de música, pero comenzó a sonar *A Message*. La adelantó, y saltó a *Trouble*. Terminó por apagarlo porque todas las canciones le recordaban demasiado a ella. Loki parecía un alma en pena, buscándola por los rincones, y él había tenido el móvil en la mano al menos cien veces para llamarla o mandarle un mensaje. Aunque solo fuese para saber que estaba bien.

Intentó leer un libro, pero no se enganchaba. Subió a la habitación y conectó la televisión, pero tampoco encontró nada que le interesase. Loki lo seguía, con el hocico pegado a sus talones, desolado.

—Ven, chico. ¡Sube, sube! —dijo, palmeando la superficie de la cama.

El cachorro, ya bastante grande, lo miró dubitativo. Erik sonrió al ver su rostro perruno y bondadoso, con la lengua colgando y las orejas llenas de rizos que a Inés tanto le gustaba acariciar. Inés. Gruñó. Estaba cabreado. Y triste. Y no era una buena combinación.

—Vamos, tonto, ¡ven! Pero solo por esta noche, como excepción.

El móvil vibró. Por un segundo pensó que era el del hospital, nadie lo llamaba tan tarde, pero al ver que era el personal se abalanzó sobre él. Era Inés. Una ansiedad mezclada con un alivio inconmensurable lo invadió.

«Hola, espero que estés bien. Solo te escribo para recordarte que mañana tenemos la comida con Loreto y los niños en su casa. ¿Qué quieres hacer?».

Estaba en línea.

Juró en noruego toda la retahíla de insultos y maldiciones que conocía. ¿Por qué, de todas las mujeres de este mundo, quería pasar el resto de su vida con la única con la que no era capaz de mantener el temple y el control? Con todas las que había estado, con Nora, con Kjerstin, siempre había sido capaz de separar lo profesional de lo personal.

«Te reenvío el mensaje de Loreto».

«Os espero a ti, a Erik y a Loki el sábado sobre la una. ¡Los niños están entusiasmados y te echan de menos! No hace falta que traigáis nada, que te conozco».

Se había olvidado por completo de los niños. Le fastidiaba dejarlos plantados. Sinceramente, Loreto le importaba un pimiento, pero los niños...

Empezó a escribir el mensaje varias veces, pero no se decidía. Al final optó por ser sincero. Cualquier otra excusa sería olfateada por Inés a la distancia como una falsedad.

«Inés, estoy cabreado y triste. Prefiero no ir».

Ella seguía en línea y también tardaba en contestar. Lo que tenía que hacer era dejar el puto teléfono cargando en la mesilla y olvidarse de todo hasta mañana, pero no era capaz. Ahora estaba escribiendo..., escribiendo..., escribiendo..., paraba otra vez. Y había desconectado. No. Estaba en línea otra vez. Se sintió miserable, pero no pensaba dar su brazo a torcer. Inés no tenía razón. Él no era ningún cobarde y no dejaría que se pusiera en entredicho su experiencia.

«De acuerdo, lo entiendo. Pasaré a buscar a Loki e iré yo sola. Pondré como excusa que te ha surgido algo en el hospital».

Por todos los demonios del infierno negro. No le había dicho dónde estaba.

«Estoy en Farellones, Inés. Y Loki está aquí conmigo».

¿Dónde más iba a ir? Santiago era una ciudad hostil y asfixiante, en especial cuando estaba estresado y encabronado. Los edificios del Sanhattan se le venían encima y lo único que quería era huir. Ella volvía a tardar en contestar.

«Vale. Iré sola».

«Y yo también estoy cabreada y triste».

## *El significado de madurar*

Loreto no dijo nada al verla llegar sola a su casa. Ni siquiera preguntó por Loki. Los niños corrieron a saludarla y la abrazaron, y una nostalgia intensa la inundó. Se regodeó en el contacto cálido y algo pegajoso de sus manitas, en la sonrisa ilusionada y llena de amor incondicional. Sacó de su bolso unos peluches que eran la copia exacta de un cachorro de golden retriever.

—Loki no ha podido venir hoy, vendrá otro día, ¿vale? —dijo, entregándoles los peluches. Elena dio un gritito de entusiasmo, pero Julio la miró con recelo.

—¿Dónde está el tío Erik? Mamá nos dijo que iba a venir.

Inés se encogió ante su expresión demandante. Aquel niño había crecido mucho. Y con el divorcio de sus padres lo estaba pasando mal. No podía mentir.

—El tío Erik y yo nos hemos enfadado. Y como todavía no hemos hablado de ello, preferimos estar separados unos días hasta que tengamos ganas de arreglarlo —dijo Inés. Su sobrino asintió con seriedad con los ojos castaños con una luz verdosa, mezcla de los de Loreto y de su padre—. Y como está en la casa de la nieve, pues Loki está con él.

—¿El tío Erik tiene una casa en la nieve? —interrumpió Elena con entusiasmo—. ¡Yo quiero ir! Quiero hacer un Olaf y darle abrazos calentitos. ¿Podemos ir?

—Claro que sí, cuando se nos pase el enfado, vamos. Podría llevármelos un fin de semana y que prueben a esquiar —dijo, alzando la mirada hacia Loreto, que los observaba con una sonrisa sorprendida—. ¿Te parece bien?

—Me harías un favor enorme.

—Gracias por no mentirme, tita Inés. Todos me mienten mucho por aquí últimamente —soltó Julio, rompiendo el momento alegre. Y echó a

correr hacia la escalera. Un portazo estruendoso anunció que había llegado a su habitación.

Elena abrazó su peluche nuevo y se marchó a ver *Frozen*, Loreto soltó un largo suspiro.

—Está dolido porque su padre le ha dicho que Yulissa es solo una amiga. Y se los encontró besándose y «jugando a lo que hacen los mayores» en la habitación —dijo Loreto con un tinte amargo en la voz—. Y claro, se encabrona conmigo solo porque pasa más tiempo conmigo. A su padre lo ve uno de cada dos fines de semana y un día por la tarde. —Inés tragó saliva. Lidar con un divorcio era más complicado de lo que ella suponía. Loreto estaba agotada—. Elena se lo toma como una aventura, le hace ilusión tener dos casas y no le da importancia. Julio va de mal en peor.

—¿Quieres que hable con él?

Loreto se encogió de hombros y se apartó la melena rubia con un gesto resignado.

—Si crees que puedes ayudar, inténtalo. Pero dale un rato para que se le pase la rabia. Si lo abordas ahora, no va a querer hablar. —Se detuvo unos minutos para recoger los papeles de regalo, las etiquetas y los plásticos desperdigados por el suelo del salón. Inés la ayudó—. ¿Todo va bien en el paraíso? ¿Qué te ha pasado con Erik?

Suspiró, cansada. Ahora lo veía con un poco de distancia y los dos se habían excedido. Ella había entrado a matar llamándolo cobarde cuando, unos pocos días atrás, había saltado a defenderlo con uñas y dientes cuando su tutora hizo lo mismo. Y él... Un relámpago de dolor cruzó su pecho al recordar sus palabras. Había sido muy duro, casi cruel. Pero tenía razón. Separar las cosas. Separar las cosas. Separar las cosas. ¿De qué le sonaba aquello? Se echó a reír.

—Nos hemos traído un tema del hospital a casa, y nos ha pasado factura. Se resolverá en unos días. —Llevaron los papeles a la cocina y Loreto sirvió un par de copas de vino. Inés sonrió, pese a todo, las viejas costumbres fraternales no se apagaban con la distancia ni el tiempo—. Erik no quiere operar a una paciente que nacerá con un problema muy grave de corazón. Y yo sé que él es la mejor opción que tiene para que todo salga bien. No pasa nada. Es el mejor cirujano, pero no el único. Todo se resolverá.

—¿Tú estás bien? —dijo su hermana, señalando hacia su vientre con

la barbilla. Chocaron las copas de vino blanco y las alzaron en un gesto cómplice—. Te veo bien.

—El cuerpo va sanando. Yo diría que estoy... en un ochenta por ciento recuperada, he retomado el ejercicio diurno y nocturno. —Se echó a reír ante el nuevo brindis entusiasmado de Loreto ante la información—. El problema son las heridas de aquí —dijo y se llevó la mano al corazón—, y de aquí. —Señaló su cabeza.

—Ha pasado poco tiempo, Inés. Todas las cicatrices tardan en curar. Tú lo sabes mejor que yo.

—No es la cicatriz. Es el cambio que conlleva. No suelen gustarme demasiado, ya lo sabes —dijo con una sonrisa.

—El avestruz que se esconde, sí —replicó Loreto. Hizo el gesto de hundir la cabeza entre los hombros y se tapó los ojos con las manos, haciéndola reír—. Siempre has sido así, pero luego te enfrentas a los problemas con fuerza. Solo necesitas tiempo, Inés —insistió.

—Tengo miedo, pero también tira de mí la necesidad de avanzar. De asumir todo lo que ha pasado y mirar hacia adelante —dijo Inés en una confesión espontánea. No solía ser tan abierta con su hermana, pero necesitaba hablarlo con alguien que no tuviera una maravillosa barriga de embarazada—. Sé que los cambios son necesarios para crecer, para prosperar. Pero ahora mismo no tengo fuerzas para dar un salto de fe.

—Tiempo, Inés.

Asintió y lo deseó con todas sus fuerzas. Que fuera solo cuestión de tiempo. De tiempo y de fe.

Las tres se sentaron a la mesa y comieron una lasaña vegetal deliciosa, pero Julio no quiso bajar de su habitación.

—Estos arrebatos de preadolescente me enferman —dijo Loreto, enfadada—, ¿qué voy a hacer cuando tenga dieciséis?

Inés se echó a reír. Preparó una bandeja, robó una flor de las orquídeas de su hermana y la puso en un vasito de cristal.

—Déjame hablar con él.

Llamó a la puerta con suavidad. Al no obtener respuesta, entró. La recibió la expresión airada de su sobrino, dispuesto a echarla de sus

dominios, pero al ver que era ella se relajó. Cuántos contrastes. Tenía la habitación forrada con pósteres de superhéroes y coches vanguardistas, pero se abrazaba al perrito de peluche que le acaba de regalar.

—Pensé que eras mamá. Tú sí que puedes entrar —dijo, y se incorporó un poco sobre los almohadones de su cama todavía sin hacer.

—¿Quieres un poco de lasaña? Está buena.

Apartó los deberes a medio hacer y unos dibujos de coches bastante logrados. Puso la bandeja en el escritorio, pero él no hizo amago de levantarse y acabó por sentarse a su lado en la cama.

—Julio, tu madre está preocupada por ti. Me ha contado que estás todo el rato enfadado y que no quieres hablar con ella de lo que te pasa —dijo en un tanteo un poco evidente. Su sobrino clavó los ojos en ella. Inteligentes e infantiles. Y llenos de rencor—. ¿Quieres contármelo a mí?

Bajó la cabeza y frunció los labios en un mohín lleno de disconformidad. Cuando ya pensaba que no diría nada, comenzó a hablar.

—No me gusta lo que está pasando. Lo odio. Mamá está muy rara, se ha puesto el pelo casi blanco y se pinta los labios de rojo. Se viste como tú, pero no es tú —dijo con tono amurrado—. Y papá es un mentiroso. Y se cree que puede comprarme con regalos y excursiones, y fingir que se preocupa por mí.

—Los cambios son difíciles y dan un poco de miedo —reconoció con un nudo en la garganta. Ella se sentía igual, en otro plano y por otros motivos. Y también reconoció en ella la reacción infantil—. Pero a veces pasan cosas que no podemos controlar. Y hay que aceptarlas y vivirlas lo mejor posible.

Por las mejillas regordetas de Julio rodaron dos gruesos lagrimones, a los que siguieron más. Inés lo abrazó con fuerza.

—Quiero que todo sea como antes. Quiero que vuelva a casa papá. Que él y mamá se quieran otra vez y que nos quieran a Elena y a mí como antes —sollozó, con la voz desgarrada. Inés tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a llorar con él—. A veces parece que mamá está deseando que nos vayamos con papá, dice que la dejemos tranquila, que no puede tener ni un segundo de paz.

Inés se echó a reír a su pesar, reconocía esas quejas airadas de su

hermana cuando los niños estaban especialmente rebeldes o pasaba por una racha de estrés.

—Primero que nada: tus padres te quieren igual que siempre, de eso puedes estar seguro. A ti y a tu hermana —dijo Inés, abrazándolo con más fuerza aún—. Pero para ellos también es difícil el cambio. También tienen miedo y, probablemente, también les gustaría que las cosas fueran como antes, ¿sabes?

—¿Sí? —preguntó Julio con incredulidad.

—Claro, así todo sería más fácil. Pero cuando una pareja deja de quererse, no puedes obligarlos a sentir amor. A ti no te gusta el fútbol, ¿verdad?

—¡Es muy aburrido! —soltó Julio, atento a cada una de sus palabras.

—Imagina que tuvieras que jugar, durante todo el día y toda la noche. Estar en el cole e ir a fútbol. Llegar a casa y seguir con el fútbol. Ir a la cama y pensar en el fútbol. Todos los días de la semana, durante toda tu vida —dijo Inés con un tono ominoso y los ojos muy abiertos, para aumentar el efecto dramático de sus palabras—. ¿Verdad que sería una tortura? —Julio asintió—. Pues con esto pasa lo mismo. Si dos personas no se quieren, estar juntos es una tortura. Se hacen daño. Pelean...

—Mamá y papá peleaban muchísimo antes de que papá se fuera de casa. Ellos creían que no los escuchábamos, pero nos escondíamos detrás de la puerta —confesó Julio. Inés limpió sus lágrimas con su jersey y sonrió. Aquellos niños eran muy listos—. Y mamá, a veces, lloraba. Ella decía que era catarro, pero yo sabía que no. Ahora está más tranquila. Más contenta.

—¿Ves? —dijo Inés, alucinada con la perspicacia de un niño que aún no había cumplido los diez años—. Estoy segura de que el cambio será para mejor. Solo hace falta esperar a que las cosas se asienten un poco. Mientras, ¿no podrías ayudar un poco a mamá?

Pareció pensarlo un momento y sonrió. Se sentó en el escritorio y hundió el tenedor en la lasaña. Acabó por coger la bandeja y bajó con cuidado hasta la cocina. Loreto aún estaba recogiendo la mesa. Julio se lanzó a abrazarla y casi la tiró al suelo al pillarla desprevenida.

—Te quiero, mamá —dijo con tono serio. Inés sonrió. Tenía que ejercer de tía con mayor frecuencia. Después de todo, no se le daba tan mal.

Se marchó a casa después de acostar a los niños y prometerles un fin de semana en la nieve. Loreto la pilló mirando el móvil a hurtadillas cuando salió a despedirla a la puerta exterior.

—¿Sin noticias de tu vikingo?

Inés negó con la cabeza. Nada. Ni un mensaje. Ni un *whatsapp*.

—Quizá te toque a ti dar el primer paso para reconciliarte con él. Ya sabes que no es precisamente santo de mi devoción —reconoció Loreto y se echó a reír—, pero te quiere, y esto es un toma y daca. Ya lo sabes. A veces tienes que ceder tú y a veces tiene que ceder él.

Inés soltó un gruñido y le dio un beso a su hermana. Subió al coche y bajó la ventanilla.

—Tal vez tengas razón.

Se levantó el domingo con una sensación de añoranza en el cuerpo. Seis noches sin dormir juntos desde hacía... Ya ni lo recordaba. Una guardia era lo máximo que podía aguantar. Y ahora que habían vuelto a tener sexo, la sensación de privación era todavía más brutal.

Se duchó, se vistió y se tragó el orgullo junto con las tostadas del desayuno. Cogió el coche y puso rumbo a su Tromso particular.



## *Alternativas*

Nada más llegar a la casa de Farellones, Inés llamó a la puerta y entró. Como siempre, estaba abierta. Tendría que hablar con Erik sobre el concepto de seguridad. Después de todo, vivían en Chile, que no era precisamente el país más seguro del mundo. Loki delató su presencia, corriendo hacia ella con ladridos, loco de alegría. Se agachó a acariciarlo y dejó la mochila en el perchero de la entrada, junto con la cazadora de esquí. Hacía mucho frío, pese a que estaba despejado. Una gruesa capa de nieve cubría la entrada y se quitó las botas.

—Hola —saludó, apocada.

Erik se levantó de delante del portátil y caminó hacia ella. Se veía cansado. No. Agotado. Tenía el rostro ceniciento, unas líneas marcadas en torno a la boca y sus sempiternas ojeras violáceas bajo los ojos de color añil. Se acercó a él y lo besó en los labios, brevemente. No se atrevió a más. Eran casi las doce de la mañana y la chimenea estaba encendida. Caminó a calentarse las manos en las llamas. Erik la siguió sin decir nada y una sombra de incertidumbre velaba su mirada.

—Lo siento —dijo Inés al fin—. No creo que seas un cobarde. Me dejé llevar por la frustración y la rabia y no medí mis palabras.

—Está bien saberlo —dijo él. Y volvió a apretar los labios en aquella línea fina de obstinación.

—Debiste avisarnos de que le ibas a decir todo aquello a Paloma; Andrea está que trina y con razón —añadió Inés, en el mismo tono contenido. No quería discutir. Solo arreglar las cosas y hablar—. Ella es la obstetra y coordina todo. También la información que se le da a la paciente.

—En eso tienes razón. Debí decíroslo antes.

Inés titubeó. No tenía muy claro por dónde seguir. Había subido a Farellones en un impulso, no había preparado ni mucho menos la

conversación. Fue Erik quien tomó la palabra.

—Y yo siento lo que te dije. Fui desconsiderado y cruel, pero...

—Tienes razón —interrumpió Inés. No apartó los ojos de las llamas pese a que sentía la fuerza de la mirada de Erik sobre su piel—. No me gusta lo que dijiste y menos cómo lo dijiste. Pero es cierto. Esta paciente y su hija se han transformado en una lucha personal para mí. Puede que también la tengas en cuanto al encarnizamiento terapéutico y las escasas opciones de que salga bien —dijo, apartándose del fuego para sentarse en el sofá. La conversación la agotaba y acababan de empezar—. Si Paloma tuviese ya un hijo, probablemente estaría de acuerdo con todo. Pero no es lo mismo. Lleva más de una década intentando ser madre. Y un bebé está creciendo en su interior. No es perfecto, está enfermo, pero es viable. Si la ayudamos con lo mejor que tenemos, puede sobrevivir.

—Inés, mi decisión es inamovible. No voy a operar.

—Lo sé. Y lo entiendo. Eres fiel a tus principios y a tu criterio como cirujano. Es más, te admiro por ello —dijo con una sonrisa y mirándolo a los ojos por primera vez desde que había llegado—. Solo espero que tú también entiendas que he buscado una alternativa. Mañana haré una interconsulta al doctor Calvo para pedir una segunda opinión.

—No serías tú si no lo hicieras. Tenía claro que tú también pelearías por la paciente hasta el final —respondió Erik, con un tono cáustico. Pero se sentó junto a ella y la rodeó con el brazo por los hombros. Inés soltó el aire con alivio—. No estoy de acuerdo, pero lo respeto. Jorge Calvo lo hará bien.

«Pero no eres tú», pensó Inés. Se abstuvo de decirlo en voz alta, no quería presionarlo.

—Todavía es solo una idea. Primero hay que saber cuál es la decisión de Paloma y tengo que consultarlo con Andrea. —Inés se frotó la cara y se colocó la melena tras las orejas. Todavía eran muchas las cosas que podían salir mal—. No tengo ni idea de si la paciente podrá dar a luz en la Alemana o de si Calvo puede operar en el San Lucas.

—Seguro que encontrarás la manera de conseguirlo. Pero yo me quedo al margen. Tengo muchas cosas en las que pensar.

Se quedaron en silencio frente a las llamas. Loki reclamó su atención y acabó por subirse al regazo de ambos, con el cuerpo sobre Erik y las patas

delanteras extendidas, con la cabeza apoyada, sobre el de Inés.

Una revelación destelló entre los pensamientos inconexos de Inés, acurrucada bajo el brazo de Erik en el sofá. Se echó a reír y él la miró, interrogante.

—¿Te das cuenta de lo que acaba de ocurrir aquí? —dijo con tono cómplice—. Esto es un indicativo irrefutable de que hemos crecido como pareja.

—Pues claro que hemos crecido como pareja —replicó Erik, con fastidio—. ¿A qué te refieres?

—Hemos resuelto nuestras diferencias hablando como adultos responsables. En vez de follar. —Lo miró de modo significativo y enarcó una ceja perfecta—. El otro día estuvo bien, pero acabamos echándolo todo a perder. ¿No te parece un avance importantísimo?

Él la miró, espantado con su afirmación. Su rostro se descompuso en un caleidoscopio de emociones distintas, hasta que al final soltó una carcajada. Cálida, exuberante, generosa.

—Tienes razón, *liten jente*. Pero no descartes utilizar ese recurso esta noche —dijo con una sonrisa torcida y los ojos brillantes.

Inés lo abrazó y se echó a reír también.

Mientras conservaran la capacidad de reírse de sí mismos, estaban salvados.

—¿Qué hacemos con tu coche? —dijo Erik al terminar de cargar el suyo.

Inés se arrebujo en la parka y miró con nostalgia la casa ya cerrada. Solo había pasado unas horas leyendo en el sofá y ya tenían que volver.

—No lo sé. No me apetece nada conducir de vuelta a Santiago. De todas maneras, no lo utilizo entre semana. —Señaló el garaje vacío—. ¿Y si lo dejamos aquí? Ya volveremos el fin de semana que viene.

Erik le regaló una sonrisa deliciosa de niño, y una mirada azul brillante.

—Sin problema. Yo saco el coche, tú aparca. Cierro yo con el mando

automático cuando salgas —dijo subiéndose en el BMW—. ¡Vamos! Nos va a pillar todo el atasco de vuelta a Santiago.

Daba igual. Tardaron más de lo previsto por el tráfico, pero hablaron y hablaron, de todo y de nada, después de una semana sin verse. El hospital no salió a relucir ni una sola vez. El tema orbitaba sobre ellos como un satélite lejano, pero ninguno de los dos quería caer en la trampa y, además, tenían mucho de qué hablar.

—Quiero traer a los niños un fin de semana a la nieve, más adelante —dijo Inés tras contarle su visita en casa de Loreto—. Me apetece mucho enseñarles a esquiar.

—Cuando quieras. También es tu casa, Inés. No tienes que preguntarme.

—Y esta semana, ¡sin falta!, quiero recuperar mis enseres de pintura y comprar algo de material para retomar mis cuadros —añadió, entusiasmada. De pronto, las nubes se despejaban y tenía el horizonte mucho más claro—. Hacía años que no sentía ganas de pintar.

—Tengo curiosidad por conocer esa faceta tuya —dijo Erik. Aprovechó que paraban en un semáforo, y la atrapó por la nuca, obligándola a inclinarse. La besó. Despacio. Solo en la boca, para disfrutar de la textura suave y mullida de sus labios. El coche de atrás tocó la bocina e Inés intentó apartarse, pero el aferró su melena y la sostuvo, arrancándole un gemido—. Llevo queriendo hacer esto desde que entraste por la puerta de casa y me he contenido. No sé por qué. —Volvió a retomar la cadencia lenta del beso, empujando a través de su boca con la lengua y recrudesciendo el agarre en su nuca. Ella jadeó.

—Porque te encanta hacerme esperar —susurró Inés, aún bajo el sortilegio de su contacto—. Y porque sabes que, cuanto más lo aplacemos, mejor será.

Se enroscaron el uno en el otro ya en el ascensor. Ignoraron los aullidos interrogantes de Loki buscando atención y Erik lo sacó a la terraza sin demasiadas contemplaciones.

—¡Se va a helar! —dijo riendo Inés, arrastrada por el huracán en el que se había convertido de repente Erik—. ¡Pobrecito!

—Es un perro. Lo tenemos mal acostumbrado —gruñó él, tirando de

ella escaleras arriba. Cuando llegaron a la habitación, la empujó sobre la cama y se quitó el jersey y la camiseta que llevaba debajo—. Y no quiero que me interrumpas. Es perverso dejarme sin mi ración después de estas semanas de locura. ¿Sabes lo que te he echado de menos estas noches sin ti?

Inés se humedeció los labios y recorrió con una mirada lasciva su cuerpo tenso mientras se libraba del pantalón y el bóxer. Su rostro anguloso se escondía entre mechones rubios, demasiado largos, que velaban su mirada salvaje y su sonrisa sensual. No podía evitarlo. Por más que se fijara en las arrugas de expresión en torno a sus ojos o en su frente, en las canas que comenzaban a despuntar en sus sienes, o en su temperamento frío y a veces irascible, se volvía loca con él.

Contagiada por su deseo, se desnudó con celeridad, arrancando la ropa de su cuerpo, sin detenerse con el ritual. Se desprendió de las bragas y el sujetador en tiempo récord y estiró los brazos en un reclamo.

—Ven aquí. Ahora no te atrevas a hacerme esperar. Pero ponte un condón. Mi cuerpo se ha reiniciado —dijo Inés, sujetándolo de los hombros cuando él ya gateaba sobre entre sus piernas—. Y ya sé que es improbable, pero prefiero no arriesgar.

Erik asintió y retrocedió para buscar su billetera.

—¿En la billetera? ¿Volvemos a las viejas costumbres? —dijo Inés con malicia mientras él rompía el paquetito plateado y se colocaba el látex con destreza—. No me lo puedo creer.

—No. Pero yo tenía este momento bien planificado —respondió Erik. Guio su erección hacia la entrada de Inés y la penetró con lentitud devastadora. Ella soltó un ronroneo de puro placer al acogerlo en su interior—. Quería tenerlo a mano para no perder el tiempo.

—Me encanta que seas tan previsor.

Arrastró las palmas de las manos por el relieve cincelado en músculos y piel caliente de sus brazos y hombros. Cerró los ojos e inspiró para ahogarse en el aroma masculino. Escuchar su respiración jadeante al contenerse entre sus muslos disparaba su excitación, pero lo que había devenido en un ritmo acelerado y furioso se transformó en una danza pausada y sensual. Inés se abandonó al peso exigente de Erik sobre ella y lo abrazó con las piernas. Él se sostenía sobre los antebrazos para dejar algo de espacio entre ellos y contemplarla.

—Estás lejos —se quejó ella, y quiso atraerlo hasta su pecho.

—No. Quiero mirarte mientras te corres, *kjaereste*. Que digas mi nombre. —Giró su pelvis en un movimiento circular que buscaba el centro exacto de la diana de su sexo y la hizo gemir—. Que te corras sin una gota de control sobre tu cuerpo.

Inés cerró los ojos. Cada embestida la empujaba más y más cerca de caer. Lanzó un agradecimiento silencioso a su cuerpo porque volvía a funcionar a la perfección y a Erik por detonar la chispa para que ocurriese. Entreabrió los labios y lo susurró. «Erik». La voz emergía de lo más profundo de su garganta. Lasciva, cálida, en tonos graves de chocolate y café.

—Erik...

Él aumentó la fuerza y el ritmo de sus acometidas.

—Erik...

No se cansaría jamás de repetirlo. De sentirlo en su interior. De clavar las uñas en su espalda. Su sexo se ciñó con desesperación, con avidez, en torno a él.

—¡Erik! —gritó, rompiendo los jadeos húmedos que llenaban la habitación cuando el orgasmo la golpeó con violencia. Sonrió al percibir que los últimos restos de voluntad se escapaban por las puntas retorcidas de los dedos de sus pies y se derrumbó entre sus brazos, sin fuerzas ni siquiera para abrazarlo mientras él se corría también.

—No te levantes —musitó, atrapándolo entre sus brazos cuando él quiso levantarse—. Me gusta sentir tu peso. Me siento protegida, segura.

—Y tú eres mi hogar, Inés.

El despertador sonó y Loki se revolvió sobre el nórdico, en el espacio que quedaba entre sus piernas, o más bien encima de ellas. Porque Erik la abrazaba con esa posesividad que desplegaba de manera inconsciente: una mano sobre uno de sus pechos y la otra entre sus muslos, acoplado a su espalda.

—Oye, Mister Excepción —dijo Inés con voz de ultratumba, no creía posible el levantarse después del polvazo de la noche anterior—, ¿Loki ha

dormido aquí? Porque lo último que recuerdo es que estaba en la terraza exterior.

Erik emitió un gruñido.

—Ehm, sí. Bajé a comer algo y beber agua de madrugada y le abrí la puerta. Bueno. Me lo traje a la cama —confesó a regañadientes. Inés se echó a reír—. La culpa es tuya. Como me abandonaste, él me acompañó.

—Pero qué morro tenéis. Los dos.

Remolonearon en el calor de la cama, abrazados, hasta que sonó de nuevo el despertador.

—Tienes que levantarte. ¿No hay quirófanos hoy?

—No. Toda esta semana tengo clase los dos módulos de la mañana. Con los internos y los residentes. Va a ser mi primera vez.

Inés se echó a reír y se giró para observarlo de frente.

—Me encantaría asistir a cómo pierdes esta virginidad —dijo Inés, con una amplia sonrisa. Se apoyó sobre el codo y perfiló las líneas de su rostro con el dedo—. Ya me lo estoy imaginando. Todo el internado dividido entre dibujar corazones en sus carpetas entre suspiros o hablar de ti con admiración, queriendo ser como tú.

—Sabes que no me llevo bien con las multitudes.

—Erik, son menos de cincuenta alumnos —rio Inés, que se levantó y tiró de él para que hiciera lo mismo—. Si eres capaz de hacer una ponencia en un congreso internacional de cardiocirugía, esto será pan comido.

—No es lo mismo. En una ponencia, todos callan y yo hablo. Esto es bidireccional —gruñó con fastidio.

No las tenía todas consigo. Menos mal que conocía las salas de seminarios de cuando había empezado la auditoría el año anterior. El ir y venir de los alumnos e internos y la algarabía de gritos y risas lo enervaban, pero, por otro lado, le trajeron buenos recuerdos de cuando él vibraba con el ritmo de la universidad.

Cuando llegó a la sala, todos estaban dispuestos sobre las incómodas sillas con plataforma para escribir. Sonrió de modo casi imperceptible al ver los rostros inquisitivos, casi pueriles. Conectó su portátil al proyector y pidió al alumno sentado junto a la pared que apagase las luces. Un murmullo de

sorpresa se levantó entre los alumnos y supo que había acertado con la primera diapositiva. La imagen de una cirugía a corazón abierto, que mostraba las coronarias enfermas y un infarto masivo de miocardio.

—La cardiocirugía está llena de romanticismo, aunque por esta fotografía no lo parezca. Abrir el tórax de un paciente es, en muchas ocasiones, un acto de amor y fe. —Se detuvo un instante, desconcertado, al divisar el rostro de Inés, que contrastaba con sofisticación y profesionalidad entre los casi infantiles de los internos. La vio sonreír, alentándolo desde la última fila, y prosiguió—. Soy el doctor Erik Thoresen, jefe de Cardiocirugía de Defectos Congénitos del corazón, y os enseñaré a amar la especialidad. O, tal vez, a odiarla. Porque aquí no hay medias tintas ni se admite la mediocridad.

Ya tenía a su auditorio en un puño. Como siempre. Inés estudió los rostros admirados y arrebolados, algunos con una mirada despectiva y suficiente, otros más bien incrédulos, pero todos le prestaban total atención.

No se quedó hasta el final. Después de confirmar, como ya sabía, que Erik mantendría a los alumnos entretenidos con la clase, se levantó sin molestar y salió por la puerta de atrás de la sala. Tenía que volver a la consulta y hablar con Andrea. La había avisado de que se ausentaría durante una hora y estaba a punto de cumplirse el plazo.

—¿Tienes un momento? Tengo que comentarte algo —dijo Inés al encontrarse con su tutora, que salía de ver a una paciente—. Es sobre Paloma.

Andrea asintió y la hizo pasar a su despacho. Inés recurrió a toda la profesionalidad y eficacia que fue capaz de reunir, dado que sabía que no iba a ser una buena noticia para ella.

—Andrea, sé que no te gustan las consultas de pasillo, pero a veces es inevitable comentar con Erik en casa y creo que esto es importante que lo sepas —dijo en un tono neutro y controlado. Metió las manos en los bolsillos de la bata en un gesto que buscó fuera casual, pero que en realidad hizo para esconder el temblor que las atenazaba.

—Dime. El comentario de los cuidados paliativos le sentó al jefe de neonatología como una patada en el culo —dijo Andrea, con un ánimo más jocoso de lo que cabría esperar para un tema tan serio—. Dice que no le corresponde a él decidir, que serán ellos los que tendrían que administrarlo, por lo tanto, es competencia de Pediatría. No de Cirugía.



—¿Qué demonios les pasa a los hombres y a sus egos? —masculló, enfadada, antes de seguir—. En todo caso, da igual. Erik no va a operar a la niña de Paloma cuando nazca. Y su decisión es inamovible. Dice que intervenir a un bebé prematuro y de tan bajo peso es caer en el ensañamiento terapéutico y que va en contra de su ética profesional.

Andrea gruñó, exasperada.

—Ya me habían hablado del rigor y la ética profesional del doctor Thoresen, pero nunca pensé que tendría que sufrirlo con una de mis pacientes —se lamentó Andrea. Comenzó a repiquetear los dedos contra la mesa, así de nerviosa estaba—. ¿Qué demonios vamos a hacer?

—Jorge Calvo es el presidente de la Sociedad Chilena de Cardiología y Cardiocirugía, y también es especialista en corazón izquierdo hipoplásico —dijo Inés, contenta de llevar con ella la posible solución a la encrucijada que se les planteaba—. Quería comentarlo contigo antes de contactarlo a través de *email* para pedirle una cita. Si me la da, iré personalmente a hablar con él.

—¡Eso es genial! Bien pensado —dijo Andrea, con una sonrisa satisfecha—. Hazlo. Ahora. Hemos ganado un poco de tiempo porque el bebé está mejor gracias al reposo, pero no sabemos cuándo va a cambiar la situación.

—¿No esperamos a ver a Paloma de nuevo y que nos diga qué ha decidido? —sugirió ella con asertividad—. Podría no querer operar a su hija. Erik es muy convincente cuando quiere transmitir una idea en particular.

Andrea reflexionó durante un momento. A Inés le gustaba que siempre la tuviese en cuenta en la toma de decisiones. La escuchaba y sopesaba con precaución sus palabras y apreciaba su opinión como pediatra y cardióloga, no solo como residente eventual.

—Habla con él de todos modos. Coméntale que es poco probable, pero sí posible, que la paciente decida no operar —terminó por decir Andrea. Inés asintió, así exponían todos los escenarios posibles—. Avísame cuando vayas a verlo, si es dentro de esta semana, mucho mejor.

Inés tuvo suerte. Al día siguiente, a las ocho de la mañana, tenía cita con Calvo en la Clínica Alemana. Llevaba en un *pen* las imágenes de las ecografías, y en una carpeta los folios impresos con toda la información. En otro dossier, más pequeño, estaba su currículum. Iba tranquila, no tenía nada que

perder y sí mucho que ganar.

—Gracias por traerme —dijo a Erik, que conducía concentrado en las noticias de la radio—. Si hubiese sabido que iba a pasar esto, habría bajado mi coche de Farellones.

—No te preocupes, *liten jente* —murmuró él, con el rostro serio y la frente surcada por la preocupación—. Solo tengo un criterio médico distinto al tuyo, no por eso voy a dejarte tirada. Espero que salga todo bien.

—Esta noche te cuento si Calvo me dice si tengo posibilidades de trabajo en la Alemana —dijo, dándole un beso, cuando aparcó el coche frente a la entrada de Urgencias—. De lo otro..., ya te enterarás en la próxima reunión clínica. Lo del hospital, en el hospital.

Él asintió. Casi prefería no saber nada, pero tarde o temprano se iba a enterar.

Inés agitó la mano hasta que el coche salió del recinto de la clínica. Le habría venido bien un café. Pasó por delante de la cafetería en su camino hacia el despacho de Calvo, que le había costado un mundo localizar, y miró su reloj. Faltaban cinco minutos. Ya lo tomaría después.

Sonrió al ver en la zona de despachos del Servicio de Cirugía Cardiovascular un estilo muy similar al del San Lucas: profesionalidad, aspecto clínico y cierto tufillo de lujo y sofisticación. Golpeó la puerta del jefe justo cuando el reloj marcaba las ocho en punto.

—Buenos días, Inés. Me gusta la puntualidad, siempre es una buena carta de presentación. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó, afable. Era un hombre alto y corpulento, aún conservaba la gallardía de su juventud; como Guarida, ya estaba cerca de los sesenta años—. Tu correo electrónico me dejó muy intrigado.

Inés sonrió y se sentó frente a él al otro lado de su escritorio.

—Hola, Jorge. Vengo por dos motivos. El primero y más importante, es una interconsulta sobre una paciente —dijo, y le tendió la carpeta con los informes por encima de la mesa—. El segundo es personal, pero puede esperar hasta después.

Jorge Calvo elevó las cejas y la instó a comenzar, mientras leía el primer informe de Paloma y su bebé.

Inés le resumió todos los datos con los que contaban, incluido el soplo

de esperanza de que el bebé, gracias al reposo y a los cuidados de la madre, volvía a ganar peso y a crecer.

—Ahora cuenta con treinta y tres semanas y sobrepasa el kilo y medio de peso —concluyó Inés, mostrándole las imágenes en el ordenador—. Por el momento, la situación del corazón y de la función vascular no ha empeorado, el estudio Doppler es normal. Pero eso puede cambiar y es muy probable que la bebé nazca prematura.

—Es decir, que tenemos una recién nacida prematura, de bajo peso, y un ventrículo izquierdo hipoplásico —resumió Calvo, pensativo, y pasando las imágenes con el ratón en la pantalla.

—Eso es.

Calvo estudió exhaustivamente las imágenes y volvió a los datos de los informes una vez más. En su rostro se dibujaba una duda e Inés supo lo que iba a decir.

—Inés, en el San Lucas está uno de los mejores especialistas a nivel internacional sobre esta patología —dijo, y espero a que Inés asintiera antes de proseguir—. Entiendo que el doctor Thoresen no ha aceptado a la paciente para cirugía. ¿Puedo saber por qué?

—Claro, no es ningún secreto, y puede leerlo al final del último informe. «Desde Cardiocirugía (Dr. Thoresen) se informa a la paciente de la alternativa de que la recién nacida reciba cuidados paliativos, sin que sea sometida a ninguna intervención, dada la escasa probabilidad de sobrevida sin secuelas y a los riesgos inherentes a la cirugía, la anestesia y la prematuridad» —leyó Inés, señalando el párrafo en el informe para que él lo leyese también—. Erik, el doctor Thoresen —se corrigió—, ha decidido que no operará a la paciente. De modo que, aunque Paloma aún no nos ha informado de su decisión, necesitamos una alternativa. Porque todo indica que la madre sí querrá operar.

Calvo se recostó en su butaca de cuero y la miró con cierta preocupación. Inés sostuvo su mirada con una expresión neutra. No se sintió pequeña, estaba convencida de su causa y había puesto todo su empeño en ella. Calvo no le podía fallar.

—Me parece una propuesta interesante —dijo el cirujano finalmente—. Todo un desafío. Nunca he operado a un paciente tan pequeño, pero si alcanzase los dos kilos de peso, no tendría por qué salir mal.

Inés lanzó un grito mental de triunfo.

—El viernes tendremos nuevos parámetros y le daremos los datos actualizados. ¿Se los envío por *email*? —dijo Inés, aprovechando el inciso para subirlo al barco de Paloma de manera definitiva.

—Sí. Hazme saber cualquier cambio que haya en el caso. Aquí tienes mi teléfono corporativo. —Le alargó una tarjeta por encima de la mesa e Inés la hizo desaparecer en su bolso—. Preferiría que la paciente naciera en la Clínica Alemana, pero entiendo que es más fácil que sea yo quien me desplace hasta el San Lucas. Hablaré con Guarida para articularlo.

Inés sonrió. No podía creerlo. Calvo hacía parecer que todo era fácil de conseguir.

—Perfecto, Jorge. Muchas gracias por recibirme. —Se levantó, lista para despedirse.

—Un momento, doctora Morán. ¿No quería comentarme también algo personal? —dijo, interrumpiendo su ímpetu arrollador—. Supongo que tiene que ver con este currículum que veo en la otra carpeta.

Inés se sentó, intentando calmar su entusiasmo y centrarse en lo que le correspondía a ella.

—Sí. Así es. Quizá es un poco pronto para tantearlo, pero prefiero hacerlo con tiempo e ir conociendo mis opciones de cara al final de la subespecialización —dijo Inés con sangre fría. Se sentía vendiéndose al mejor postor—. La Clínica Alemana tiene un prestigio fuerte y un servicio potente de Cardiología Infantil y Cardiocirugía. Y me gustaría saber si habría lugar para mí.

Calvo estudiaba su corto currículum con interés. Se detuvo en la página que detallaba su rotación de un año en Estados Unidos, e Inés dio gracias mentalmente a la doctora Moore por las buenas referencias que había escrito para ella.

—Así que en la Clínica Mayo. Sé que Abel Hoyos la tenía en muy alta estima. ¿Por qué no quiere quedarse en el San Lucas?

Inés había anticipado la pregunta sobre Erik, pero nunca esperó que fuese tan frontal al indagar en su proyección de futuro. Decidió ser sincera. Tarde o temprano, Calvo se enteraría de la situación de Erik en el hospital, si es que no sabía ya más que ella.

—Como seguramente sabes, el doctor Thoresen es el nuevo jefe de la sección de Defectos Congénitos de Cardiocirugía. —Calvo asintió, ya lo sabía—. Lo que tal vez no sabes, es que él y yo somos pareja.

Calvo se echó a reír con ganas, disipando la tensión.

—Creo que me quedó bastante claro el año pasado, cuando los sorprendí en el pasillo del hotel en Puerto Varas —dijo con malicia. Inés se puso roja como un tomate. Vaya. Se acordaba—. Me alegro de que las cosas entre ustedes vayan bien.

—Sí, bueno —prosiguió Inés, que sentía el rostro arder por la vergüenza—. No quiero que nadie en el San Lucas crea que no estoy ahí por mis propios méritos. —Hizo girar el anillo de brillantes en su anular, consciente de que el gesto no pasaría desapercibido para un hombre perspicaz como Calvo—. Lo que es un poco difícil si tu marido es jefe del servicio donde tú trabajas. O, al menos, está relacionado, aunque sea de manera tangencial.

—Entiendo. Felicidades por su compromiso. —Inés sonrió, pero mantuvo silencio para alentarle a seguir—. Su currículum es excelente. Conozco su potencial en investigación por los premios que ganó el año pasado en el congreso. Sería una ganancia para nosotros tenerla trabajando aquí, pero aún es un poco pronto.

—Lo entiendo —dijo Inés, que quiso recuperar sus documentos. Calvo se lo impidió.

—Me quedaré con la carpeta de la paciente. Y también con tu expediente —dijo, y guardó los papeles en un cajón de su escritorio—. Cuando llegemos al último trimestre, volveremos a hablar. Yo mismo la llamaré.

—El último trimestre estaré en Estados Unidos. Rotaré de nuevo en Ecocardio fetal, en la clínica Mayo, durante tres meses —dijo Inés, contenta de poder esgrimir su rotación externa como argumento—. Pero estaré muy pendiente de su llamada.

Se despidieron y quedaron en hablar de nuevo al final de la semana, cuando tuviese los nuevos datos de la ecografía de Paloma.

Inés se detuvo en la cafetería para darse un homenaje en forma de *croissants* de mantequilla, zumo de naranja recién hecho y café. Se lo

merecía. Andrea y el mundo podían esperar.

## *Errar es humano*

Inés pasó el resto de la semana en un estado irracional de nervios. Encima le bajó la regla y, aunque se alegró de que su cuerpo recuperase por fin la normalidad del todo, debía reconocer que no la echaba de menos. Se hizo un ovillo y dormitó con la bolsa de agua caliente pegada a su abdomen, dolorida y fastidiada. Bufó cuando Erik se acercó a saber lo que le pasaba.

—No quiero que me toques ni con un palo —dijo de mal humor.

—¿Ni siquiera con el Hitachi? —la tentó él, en un intento de disipar la tensión. Pero ella gruñó, fastidiada.

—¡No! Mañana le hacemos la eco de control a Paloma. Tendría que estar estudiando, no hecha un guiñapo humano.

Erik se echó a reír. Debería hacerle un altar por la paciencia que tenía con ella, eso seguro. Se aplacó un poco cuando masajeó con firmeza sus lumbares.

—Ya sabes lo que te voy a decir. Así que no insistiré. Pero si me necesitas por motivos curativos —dijo con una sonrisa perversa, cambiando el sentido del masaje de una manera que la hizo estremecer, al rodear sus costillas y abarcar uno de sus pechos con la mano—, ya sabes dónde estoy.

La besó brevemente en los labios y se levantó a preparar la cena. Loki se quedó con ella sobre la cama, haciendo guardia mientras se sumía en una duermevela ansiosa. No era que la oferta de Erik no fuese tentadora, realmente tenía la cabeza en otra parte. La semana había sido muy pesada con el trabajo en la consulta, ya estaban en mayo y los meses se iban volando en a una velocidad inexplicable.

Al día siguiente, subió con su tutora a reevaluar a Paloma. Ya a simple vista, lucía mucho mejor cara. Había recuperado un poco su alegría en aquellas semanas ingresada y ya no tenía aquel aspecto triste y demacrado. Una psicóloga hablaba con ella una vez a la semana, y eso había ayudado

mucho también. Paloma necesitaba paz y tranquilidad, alejarse del ambiente tóxico propiciado por su separación. Comer y dormir. Cosas que parecían muy fáciles para cualquiera, pero que a ella, en su situación, se le hacían tareas titánicas.

—Tu bebé está mejor, Paloma. Ha engordado y ya pesa un kilo ochocientos gramos. El estudio Doppler es normal —dijo Andrea, sorprendida de la buena evolución de la niña—. No quiero darte el alta porque me gustaría que el ambiente favorable se mantenga. Pero depende de ti.

—Doctora, hacía meses que no estaba tan tranquila. Aquí me cuidan y se preocupan por mí. En este último tiempo sentía un total abandono por parte de mi pareja —confesó la paciente con una sonrisa triste—. En cierto modo, lo entiendo. Han sido unos años muy duros. De tratamientos, de dinero perdido, de esperanzas destrozadas... —Inés ya tenía el móvil en la mano para llamar a Calvo en cuanto saliera de allí, pero se quedó a escucharla. Se notaba que necesitaba hablar—. Cuando vimos que este embarazo seguía adelante, pensamos que lo habíamos logrado. Pero con el diagnóstico de su cardiopatía, mi marido se vino abajo. Se derrumbó. Era más de lo que podía soportar.

—Te quedarás ingresada hasta el parto, no te preocupes —la tranquilizó Andrea. Acomodó sus almohadas con gesto maternal y arregló la sobrecama blanca por encima de sus piernas—. Hemos ganado una semana más. Treinta y cinco semanas. Faltan solo dos para llegar a término, Paloma. Tu bebé ya no será prematura y los riesgos derivados de nacer antes de tiempo desaparecerán. —La mujer sonrió y cerró los ojos unos segundos. Se diría que rezaba, por el movimiento imperceptible de sus labios—. Pero no quiero que bajes la guardia: come bien, descansa bien. Da los paseos estipulados en tus indicaciones médicas. Vendremos a pasarte visita todos los días a partir de ahora, además de la revisión ecográfica semanal.

Paloma asintió y preguntó a Andrea sobre algunas molestias musculares. Inés se excusó y salió al pasillo para llamar a Calvo. No esperaba que contestara, seguramente estaría en quirófano, pero, al cuarto tono, el cirujano contestó.

—Buenos días, doctor Calvo. Soy Inés Morán. Tengo los últimos datos de la paciente —dijo, y lo informó de medidas cardiacas, peso, talla y perímetro craneal—. Hemos ganado una semana más.



—Perfecto. Hablaré con el doctor Guarida para coordinar mi inclusión en el equipo quirúrgico. En cuanto tenga noticias, te lo haré saber.

Erik seguía observando de cerca el desempeño quirúrgico de Daniel. Y estaba orgulloso de comprobar que era excelente. Comenzaba a liberarse de sus miedos y cada vez estaba más cómodo en el quirófano. Por otro lado, Mario seguía siendo un apoyo inestimable y aprendía rápido. Pero a veces pecaba de exceso de confianza.

Aquella mañana enfrentaban el cierre de una comunicación interauricular. Una cirugía relativamente sencilla, que Erik realizaba con eficacia y rapidez. La paciente, una niña de cuatro años, llegaba en perfectas condiciones, y sería coser y cantar. Dejó a Mario de primer cirujano y todo iba bien hasta que escogió el parche para tapar el defecto.

—Doctor Gómez, ¿está seguro del diámetro de ese parche? ¿No le parece un poco pequeño? —preguntó Erik, con el tono de voz glacial.

—No. Es perfecto. A ojo, es más que suficiente —dijo Mario, que iba embalado a suturar el defecto.

—¿No prefiere medir? —insistió Erik, y puso a su alcance una pequeña regla de acero—. Hay un instrumento para ello.

—No es necesario —dijo con cara de intensa concentración—. Casi está. Sí es verdad que ha quedado un poco justo. A ver qué tal en la ecografía de control. —Iba perdiendo convencimiento con cada frase, pero no dio su brazo a torcer y Erik decidió esperar.

Desconectaron la circulación extracorpórea y Coronas subió, refunfuñando como siempre, a hacer el ecocardio transesofágico.

—Hum... Doctor Thoresen —dijo el cardiólogo, que parecía reacio a hablar—. La reparación tiene una fuga muy importante.

Erik sintió que la furia lo envolvía, pero sofocó el acceso de ira. Sabía con claridad meridiana que eso iba a pasar. Pero Mario necesitaba una lección.

—Dígame, doctor Coronas. ¿El parche no cubre el defecto? —preguntó mientras el residente parecía desaparecer sobre su escabel—. ¿La

fuga es muy grande?

—Así es, doctor Thoresen. Si el defecto original era de cinco centímetros, la fuga es de aproximadamente la mitad.

—Enfermera, prepare las cánulas, la paciente vuelve a entrar en circulación extracorpórea —dijo, sin dejar de clavar la mirada en Mario, que mantenía la suya baja y huidiza, sin decir ni una sola palabra—. Mario, sal de mi quirófano. Yo ocuparé la posición de primer cirujano. Para la próxima vez, estoy seguro de que escogerás el parche adecuado.

—Sí, doctor Thoresen —dijo, sumiso y sin cuestionar en ningún momento sus palabras. Al menos era lo suficientemente listo para saber que la había cagado y no insistir.

No tardó nada en quitar el parche y poner uno nuevo. La sutura ganó en delicadeza y pulcritud, y la aurícula también quedó con el refinamiento que era su sello. La cirugía no se prolongó más de media hora y la paciente salió despierta y extubada del quirófano. Si supiera que ponía a la paciente en riesgo, jamás habría dejado que llegase tan lejos.

Se encontraron en la Unidad, cuando Erik acudió porque Guarida lo había llamado con urgencia. Antes de ir a ver qué tripa se le había roto, hizo una señal al residente para que entrase en el despacho tras él.

—Cierra la puerta —dijo, implacable.

Mario había perdido todo el aspecto arrogante y humorístico que lo caracterizaba. Era un hombre inteligente, así que aguantó el chaparrón con entereza y sin abrir la boca más que para lo que se le preguntaba.

—¿Sabes lo que ha pasado hoy en el quirófano?

—Sí. La he cagado. He escogido mal el parche de la reparación.

—No —rebatía Erik, cortante. No quería ensañarse, pero desde luego que necesitaba que lo pusieran en su sitio—. Lo que has hecho es prolongar de modo innecesario la anestesia, aumentar el tiempo de circulación extracorpórea y no tener cabeza para identificar a tiempo una mala decisión y corregirla. Todos nos equivocamos. Es increíble, lo sé, pero yo también. La única diferencia es que yo identifico y rectifico. Una cirugía no es una carrera de cincuenta metros lisos —añadió con seriedad—. Es una Spartan Race, ¿sabes lo que es? Con obstáculos, barro, dolor y huesos rotos. No volveré a dejar que tus errores lleguen tan lejos. —Mario asintió en silencio, con la

mirada velada por la gravedad de la situación—. La próxima vez, perderás el privilegio de operar como primer cirujano hasta que demuestres más sentido común.

—Entendido.

—Una cosa más —dijo Erik, cuando el residente ya salía por la puerta—. La semana que viene también tengo clase a primera hora. Estás programado con el doctor Suarez. Muéstrele el respeto que cualquier adjunto merece.

Asintió y se marchó. Esperaba que con aquel rapapolvo el tema quedara zanjado por fin. Guarida lo llamó al busca y gruñó. Últimamente no tenía ni un minuto de paz.

—Hola, Hernán. Tenía que resolver un asunto antes de hablar contigo —dijo al entrar en su despacho—. Dime.

—Jorge Calvo me acaba de llamar. Lo han contactado desde Obstetricia por el caso de un feto con ventrículo izquierdo hipoplásico. ¿Tú sabes algo de eso?

Gruñó por el cabreo. De verdad. Guarida parpadeó, desconcertado con su reacción. Eran de esas ocasiones en que sentía la imperiosa necesidad de retorcerle el cogote a Inés por su perseverancia, obstinación y, por mucho que le costara reconocerlo, buen hacer. Se había salido con la suya.

—Sí, conozco el caso —respondió sin dar detalles—. ¿Qué es lo que quiere?

—Va a venir a operar a la niña al San Lucas, pero tú eres el jefe de la sección de Cardiopatías Congénitas, así que tienes que gestionarlo tú —dijo Guarida, y le tendió un trozo de papel con un número de teléfono garabateado en él—. Arregla su inclusión para el caso y discute con él sus honorarios.

Reprimió el impulso infantil de dar un portazo al salir. Porque era infantil y porque, si lo hacía, estaba tan cabreado que era capaz de echar la puerta abajo. Ahora su negativa se volvía contra él. Inés le había enviado un correo electrónico con las últimas medidas. A su correo corporativo, no al personal, para mantenerlo al día de la paciente. En casa, los dos mantenían su promesa y solo hablaban de lo que le ocurría a cada uno. Nada de comentar los casos que llevaban en común.

Volvió a su despacho y la foto de Inés, con su sonrisa traviesa, lo hizo

sonreír. ¡Qué mujer! Negó con la cabeza y primero llamó a Dan.

—¡Hola!, ¿tomamos un café? Tengo libre el próximo módulo —dijo, contento de escucharlo.

—No puedo. Te llamo porque tienes que cubrirme en el próximo quirófano, un niño con una comunicación interventricular —dijo, mientras adjuntaba en un correo electrónico el archivo con la historia clínica—. Mario te asistirá. Y no te preocupes, va manso como un corderito.

Dan se echó a reír al otro lado de la línea.

—De acuerdo, me acercaré a tu despacho para contarte cómo ha ido.

Colgó y miró el papel que todavía tenía en la mano. ¿Qué le iba a decir? Sabía cuál iba a ser la primera pregunta de Calvo respecto a Paloma. Y ahora su enroque en la negativa se debilitaba, porque el bebé ya pesaba casi dos kilos y estaba muy próximo a salir del rango de la prematuridad.

Gruñó una vez más y marcó el número del cardiocirujano. A veces odiaba ser jefe. Con todas sus fuerzas.

—Doctor Calvo, soy Erik Thoresen.

—Jorge. Llámame Jorge. ¿Cómo estás, Erik? —saludó, afable.

—Bien. Te llamo para pedirte los datos e incluirte en el equipo quirúrgico de la paciente que va a nacer con el ventrículo izquierdo hipoplásico —dijo, sin rodeos. No era su estilo y estaba seguro de que Jorge también estaba muy ocupado—. Si me das un correo electrónico, cuadraré el asunto hoy mismo.

—Erik, estoy entusiasmado de operar contigo a esta niña. Para mí será un privilegio. Es un caso de complejidad extrema y estoy seguro de que podremos conseguirlo —respondió Jorge con entusiasmo—. ¿Cuándo está previsto que nazca?

Erik hundió la cabeza entre los hombros y se agarró el puente de la nariz durante unos segundos.

—Jorge, yo no voy a formar parte del equipo. Mi opinión...

—Sí, la doctora Morán me habló de tu postura, pero las cosas han cambiado en las últimas semanas —dijo Jorge, despachando cualquier cosa que él tuviera que decir—. Ya son casi dos kilos de peso y, con un poco de suerte, llegará a las treinta y siete semanas.

—Es cierto, pero...

—Yo también habría tenido el mismo criterio clínico de no intervenir quirúrgicamente cuando era un prematuro con restricción del crecimiento —interrumpió de nuevo Calvo, esta vez con mayor dureza en el tono de voz. Aquello lo hizo pensar en Mario y se sintió como un residente—. La situación ha cambiado. Por lo tanto, el criterio clínico también tiene que cambiar, Erik. No seas obstinado.

—No se trata de obstinación, aunque es cierto que las cosas han cambiado —dijo, considerando las palabras del cardiocirujano veterano—. La primera vez que me presentaron el caso de la paciente, tenía veintiocho semanas, no pesaba ni un kilo y el parto era inminente.

—Y ahora tenemos una niña casi a término y casi dos kilos. ¿Cuál es el paciente de mayor riesgo por peso y prematuridad que has operado, Erik? —inquirió Calvo, con un tono que, aunque no estaba seguro por la distorsión propia del móvil, parecía incluso juguetón—. ¿Dos kilos y medio? ¿Dos doscientos?

Erik pensó en Inés. Si los escuchaba hablar así de los pacientes, como si solo fueran chuletas al peso, les echaría una buena bronca. Estaba seguro de que al jefe supremo también.

—He operado ductus arterioso persistente refractario a tratamiento en prematuros que no llegaban a los seiscientos gramos, es cierto —respondió a la pregunta sin entrar en el modo en que Calvo se refería a ellos—. Pero no tiene nada que ver con lo que nos enfrentamos, Jorge. Tú lo sabes.

—Lo sé. Pero también sé que esa experiencia en niños de extremo bajo peso te ayudará a enfrentar este caso —insistió de nuevo. Hizo una pausa y Erik apretó los dientes—. Quiero que estés en ese quirófano, Erik. Quiero verte en acción. Y no te lo digo solo como un colega que te admira, te lo digo como el presidente de la Sociedad.

Y ahí estaba el golpe de efecto. Calvo sabía que lo estaba acorralando, estaba seguro, al utilizar su peso en la cirugía cardiovascular. Erik juró en todos los idiomas que conocía.

—Es cierto, tienes razón. La situación clínica ha cambiado —cedió por fin. Sabía reconocer una derrota cuando la tenía delante. Se alegró por la paciente, pero, sobre todo, por Inés—. Será un placer y un privilegio compartir contigo el quirófano.

—Excelente decisión, doctor Thoresen. No esperaba menos de usted. Estaremos en contacto.

Erik sonrió, satisfecho. Hasta que se dio cuenta de que, en realidad, no había sido su excelente decisión. Calvo lo había llevado de la mano a aceptar, de manera inteligente y sagaz. Lo había presionado sin abrumarlo, y había utilizado un poco de adulación, un poco de insistencia y otro poco de picarlo en el amor propio, en perfecto equilibrio, para obtener su respuesta afirmativa. Joder con el jefe supremo, le quedaba mucho que aprender de él.

Era la una y media de la tarde. Inés tendría que haber terminado la consulta de la mañana y quizá no había empezado a comer. La llamó y le contó las novedades de manera sucinta. No tenía demasiadas ganas de celebrar porque la decisión le generaba sentimientos encontrados.

Se encontraron en la cafetería de la clínica privada, menos concurrida que la del hospital. Cuando lo vio entrar por la puerta, Inés se levantó y lo abrazó con fuerza. Se enganchó a su espalda como un koala y lo estrechó entre sus brazos con una fuerza que parecía imposible para su cuerpo menudo. Lo obligó a bajar la cabeza y le estampó un beso sonoro en los labios. La sonrisa no le cabía en la cara.

—¡Venga, Erik! ¿No estás feliz? ¡Van a operar a Esperanza los dos mejores cardiócirujanos de Chile! ¡Del mundo! —dijo entusiasmada. Lo llevó de la mano hasta la mesa, ignorando las miradas condescendientes y divertidas del resto de comensales. A Inés le daba igual que los dos exhibieran los logos del San Lucas en el uniforme del quirófano y en la bata blanca—. ¡Vamos a celebrarlo!

No tenían mucho tiempo, pero después del menú del día, comieron a medias una deliciosa tarta de tres chocolates.

—Está buena —dijo Erik con la boca llena. Tragó con esfuerzo el enorme pedazo y sonrió con malicia—. Pero pienso cobrármelo esta noche en especies .

Inés se echó a reír con tristeza.

—Por mí, encantada. Pero recuerda que esta noche estoy de guardia.

—*Svarte Helvete*... Odio tus guardias de viernes.

La guardia fue muy buena. Tenían un interno y un residente de último año, así que su colega y ella solo tuvieron que supervisar su desempeño. Por la mañana, llegó al pase de visita de la UCI y le dejó el busca a su compañera.

—¡Inés! —dijo Erik, sorprendido de verla en casa. Tenía ya su bolsa de deporte y el maletín del ordenador, junto con algunos libros de cardiocirugía, apilados en la puerta para llevarlos al coche. Loki saltaba, loco de contento, sabiendo que se marchaban a la montaña—. No me ha dado tiempo de coger tu café del Starbucks, ¿cómo es que has salido tan temprano?

La recibió entre los brazos y la besó. Inés sonrió, contenta de haberle dado aquel pequeño regalo.

—Mi colega se quedó al pase de guardia. Le debo un favor. Pero quería que nos marchásemos pronto a Farellones. —Fue a la habitación a coger un par de cosas que necesitaba y después al baño de abajo, donde había dejado las cajas con el material nuevo de pintura que había comprado durante la semana—. ¿Mis cosas de pintura?

—Ya están cargadas. Coge a Loki con la correa. ¡Nos vamos a la montaña!

Una nevada serena caía suavizando las aristas del paisaje. La música de Kate Havenevik y su *Kaleidoscope* los acompañaba con sus acordes metálicos y dulces. La mano de Erik sobre su muslo, el aire caliente de la calefacción del coche en sus piernas y las montañas majestuosas, cubiertas de blanco, como telón de fondo.

—Somos unos privilegiados —murmuró, sin darse cuenta de que lo decía en voz alta.

Erik asintió en silencio y con una sonrisa. Los silencios entre ellos siempre se revestían de significado. No era necesario llenarlos con palabras, porque lo hacían con su mera presencia.

La nevada se recrudeció cuando llegaron. Erik sonrió al mirar al cielo y dejar que los gruesos copos cayeran sobre su rostro durante un momento.

—Vamos, ¡estás congelado! —dijo Inés, tirando de él hacia la casa.

Acomodaron a Loki, descargaron el coche, encendieron la chimenea del salón y de la habitación principal, y dieron una vuelta por la casa para comprobar que todo estaba en orden. Después, se encerraron en la habitación y se desnudaron.

Hacer el amor ya formaba parte de la rutina dulce en la que caían cuando llegaban a la casa. La sensación de bienestar y relax los empujaba a movimientos suaves y lánguidos. Pasada la urgencia de ponerse al día, llegaba el momento de disfrutarse con calma, de paladear cada beso y cada caricia. De volver a explorar los rincones olvidados y de seguir experimentando. Retrasaban el orgasmo, se tocaban mientras hablaban en susurros. También del hospital, pero Inés veía la diferencia. Erik le contaba sus miedos, sus preocupaciones, los escollos de la jefatura. Sonrió con una sensación de felicidad y triunfo que no recordaba haber sentido jamás.

Tras comer algo, Erik cogió un libro y se tumbó con Loki en el sofá. Ella, pese a la guardia, no tenía sueño. Se puso unos *leggings* de algodón y una camiseta vieja de Erik y, por primera vez en cinco años, se enfrentó cara a cara con un lienzo.

Recordó la primera clase de pintura, en el primer año de universidad, cuando quiso poner un poco de teoría a la manera errática y autodidacta que tenía de pintar. Siguió con aquella actividad extracurricular durante toda la carrera de Medicina.

«Cuando no sepas por dónde empezar, dibuja un trazo aleatorio. Y deja que tus manos vayan solas».

Cogió la paletina, la más grande de la colección, y la hundió en el tarro de acrílico de color morado. Cerró los ojos y dio un latigazo hacia el lienzo. Con una sonrisa, comprobó la línea gruesa que la pintura había trazado sobre el blanco y también en el plástico con el que había cubierto el suelo. Ya había advertido a Erik de que la habitación acabaría siendo un mural de pintura abstracta.

Miró la tela y esperó a leer algo en ella. ¿La ladera de una montaña? Ladeó la cabeza y acabó por poner el lienzo apaisado. Ahora veía la línea de una espalda. Añadió un par de trazos. Ahora tenía un hombro. Cerró los ojos y evocó los relieves de la anatomía de la espalda de Erik. El ánimo exultante de estar creando algo nuevo, de hacerlo brotar con sus propias manos, la embargó y sus manos ganaron seguridad. Sonrió. ¿Por qué lo había dejado? ¿Por qué había cerrado algo que le gustaba hacer desde niña en una cápsula mental olvidada? Sombreadó en gris, aquí y allá, buscando darle movimiento a la montaña que era espalda. Esbozó el inicio del cuello. Parecía tener la cabeza agachada. Solo se intuía la depresión de la nuca y no quiso seguir. Si dibujaba con más detalle, se perdería la sensación onírica de no saber si era roca o era



piel. Sí esbozó, con un finísimo pincel, unas líneas de colores y unos puntos para adornarlo.

—*Fy faen, kjaereste!* ¡Eres buena! —barbotó Erik, apoyado en el marco de la puerta con un par de tazas de café en las manos—. Has captado algo, ¡no sé! Yo no entiendo nada de arte, pero has captado el espíritu de la montaña. O algo.

—¿Ese café es para mí? —dijo Inés, y sonrió con timidez—. ¿De verdad te gusta? Fíjate en los trazos, les falta fuerza. Llevo años, años sin pintar. Desde que terminé la carrera.

—¿Sabes que llevas aquí casi cuatro horas? Yo me quedé dormido. —Erik miró, hipnotizado, las rayas negras, lilas y grises, y descubrió el secreto que encerraba la montaña—. ¡Es mi espalda! El tatuaje me ha dado la pista. Es increíble. Es como si me hubiera cambiado algo dentro de la cabeza para abrirme los ojos y poder ver lo que en realidad estás pintando.

Inés se echó a reír.

—No eres muy artístico, que digamos —dijo, con una sonrisa divertida.

—Oye, Kandinski —gruñó él, tirándole de la coleta corta que recogía su melena—. Yo no tenía ni idea de esta faceta tuya. Pero me has hecho recordar mi guitarra. Hace meses que no practico.

—Pues vete y déjame terminar.

—No. No añadas nada más. Por favor —pidió él, aún fascinado por el sortilegio que encerraba la sencilla pintura—. Es potente. Me dice algo, y eso es mucho para un patán artístico como yo.

Inés sonrió, divertida, y asintió con entusiasmo. Había recuperado una faceta suya que había dado por perdida hacía mucho tiempo.

—Está bien. Esperaré a que se seque el acrílico y le pondré una capa de barniz.

—Cuando esté listo, avísame. Lo llevaré a algún sitio para enmarcarlo —dijo abrazándola por la cintura y mirando de nuevo el cuadro. Inés alzó la mirada hacia él con sorpresa—. Seré un patán artístico, pero sé bien lo que me gusta.

## *Dos kilos*

La vuelta a la realidad de los lunes era dura. Y más después de vivir en la burbuja de la casa de la montaña. Inés levaba todo el día corriendo y acusaba la falta de sueño porque se había quedado pintando hasta bien entrada la noche; el cuadro de Erik, que había bautizado en la esquina inferior derecha como «Mi montaña», ya estaba seco y lo había barnizado.

Bostezó con descaro y Andrea se echó a reír.

—¿Un fin de semana duro?

—Mi problema es que quiero hacer un millón de cosas y solo tengo veinticuatro horas.

—Pues ya verás cuando seas madre, no vas a tener tiempo ni para hacer pipí —dijo su tutora, soltando una carcajada.

Pero a ella no le hizo demasiada gracia. Se quedó bloqueada, fría, sin ser capaz de reaccionar. El silencio incómodo duró el par de segundos suficientes para recordarle, con una bofetada brutal, que el supuesto paso de página con aquel tema era solo figurado.

—Inés. Ya está bien. Cada vez que saco el tema, te enquistas —se quejó Andrea, y con razón. Ella sonrió un poco forzada—. ¿Quieres ser madre? ¡Pues lo serás! De un modo u otro. ¿Has estudiado ya tus opciones? Sabes que estoy aquí para lo que necesites. Información, consejo, o una fecundación in vitro. Soy tu tutora, pero a estas alturas, ¡también soy tu amiga!

—Tienes razón, perdona —dijo ella, culpable por no ser capaz de al menos disfrazar su reacción—. Todavía no lo he pensado. Estoy... Todavía estoy acojonada por todo lo que me pasó. Me da miedo que me pase algo malo. Y no conseguirlo.

—A ver. ¿Te ha vuelto la regla?

—Sí, la semana pasada, pero...

—¡Inés! —dijo su tutora, enfadada—. ¿Por qué tengo que estar preguntándotelo yo? Vamos. A la camilla. Te voy a examinar.

—No hace falta, Andrea, ya es tarde —rezongó ella, ahora no le apetecía en lo más mínimo una revisión de los bajos—. Ya lo haremos otro día.

—¡Ahora mismo a la camilla!

Andrea señalaba la puerta de la consulta, a medias divertida y a medias enojada. Inés se echó a reír y se quitó la bata.

—Es el síndrome del avestruz. Mi hermana lo bautizó así hace años —explicó, divertida.

—¿Y en qué consiste? Cúbrete con esto, ya sabes cómo va —dijo mientras encendía de nuevo el ecógrafo y programaba los parámetros.

—Consiste en que me sobrevuela un problema, y yo, en vez de enfrentarlo, me escondo —respondió, acomodando los pies en los estribos—. Meto la cabeza en el suelo, con la idea de que todo esté resuelto cuando la saque de ahí. Es solo por un tiempo —se defendió, al ver a Andrea reírse de ella—. Me cuesta un poco, pero acabo por agarrar el toro por los cuernos y resolverlo.

—Te entiendo. Yo también soy un poco así. Pero es una pérdida de tiempo, lo sabes, ¿verdad? Mira. Tienes el endometrio perfecto. Y tu ovario izquierdo tiene varios folículos —dijo con una amplia sonrisa—. Inés, todo está bien. Lo que te ha pasado ha sido muy gordo, pero no te cierres a otras opciones. Además, ya te has quedado embarazada dos veces. ¿Quién te dice que no puedas hacerlo una tercera?

Inés la miró, algo mustia. Un nudo se instaló en su garganta y le costó mucho tragarlo para hablar.

—Prefiero no hacerme ilusiones. Un poco más adelante, lo pensaré.

—Y Erik, ¿qué opina?

No le dio tiempo a contestar. Hablando del rey de Roma. Le echó un vistazo al reloj, habían quedado en la entrada del San Lucas a las cinco y llegaba tarde.

—¿Inés? —se escuchó su voz estentórea y preocupada.

Andrea se levantó a abrir el pestillo y sacó la cabeza por la puerta.

—Estamos aquí, Erik. A Inés le tocaba revisión y hemos aprovechado ahora.

Inés saludó con la mano, resignada a su suerte, desde la posición embarazosa con las piernas abiertas en la camilla con estribos. Erik ignoró su incomodidad y se acercó a ella para darle un beso en la frente.

—¿Y todo está bien? —Se inclinó sobre la pantalla del ecógrafo.

—Mira. Este es su ovario izquierdo. Tiene folículos en varios estadios de evolución. Todo va bien. A ver si le quitas la tontería de la cabeza de que le va a pasar algo malo.

Erik se volvió hacia ella, los ojos azules preocupados y serios.

—Yo también tengo miedo de que le pase algo malo, pero lo combatiremos juntos —dijo con un convencimiento que Inés envidió.

Se levantó de la camilla y fue al baño a ponerse las bragas y las medias. Se miró al espejo y en ese momento le costó reconocer a la mujer sofisticada y elegante, que conservaba el maquillaje pese al trabajo de todo el día, y que lucía una melena *sexy* y casual. Porque se sentía como una niña aterrorizada, sin ningún control sobre esa parte de su futuro.

—Vamos a tomar algo, ¿quieres venir con nosotros, Andrea? —decía Erik cuando ella salió.

—No. Me espera la progenie en casa. Su padre está de congreso esta semana y me toca bregar sola con ellos —dijo mientras se ponía el abrigo. Cogió el bolso y se lo colgó del hombro—. Pero me guardo la invitación para otro día. Saldremos los cuatro a cenar.

Erik de relaciones públicas. Vaya. Inés le hizo un gesto con los pulgares hacia arriba junto con una sonrisa de aprobación.

Se despidieron de Andrea y salieron de la consulta abrazados, capeando el temporal de emociones que los dos sentían con lo que la obstetra les había dicho.

—Vamos a dar una vuelta. Ha dejado de llover por fin.

Fueron al Costanera Center. Tomaron un helado mientras se ponían al día. Compraron algo de ropa que necesitaban y pasaron por el supermercado. Loki los recibió en casa con aullidos y ladridos indignados por dejarlo solo tanto tiempo. Era tarde, pero decidieron salir a que estirase las patas y

corriera un poco por el parque. Cenaron tardísimo. Cuando se metieron en la cama, Erik por fin fue capaz de verbalizar la preocupación que Inés intuía que lo acechaba por los surcos pronunciados de su frente y su parquedad de palabras.

—Inés, mi decisión de tener hijos sigue en pie. Tú misma me dijiste que no debíamos pensarlo demasiado. —La abrazó en la oscuridad, bajo el nórdico—. Nunca estaré preparado, eso lo sabes. Pero cuando tú lo estés, yo estaré ahí.

—Lo sé, Erik. Y así lo siento. Pero todavía no. Aún no —susurró, aferrada a sus brazos.

La niña aterrorizada se fundió en el calor de su abrazo y solo quedó Inés.

El sonido lejano e insistente de un teléfono se mezcló con sus propios sueños. Una sensación de urgencia la despertó, jadeante y alerta.

—Erik, ¿es tu teléfono? —preguntó al verlo desperezarse a su lado.

—No. Ni el personal ni el corporativo.

Inés bajó las escaleras para rescatar su móvil sobre la mesa del salón. Se extrañó al ver la llamada de Andrea. Eran las cinco y cuarto de la mañana.

—¿Andrea? —murmuró, desconcertada.

—Inés, ¡por fin! —dijo aliviada y nerviosa. La voz le temblaba—. Inés, Paloma acaba de romper la bolsa amniótica. Y el líquido es meconial. Van a practicarle una cesárea de urgencia. —Habla en estacato, de manera cortante y dando la información precisa—. Yo no puedo ir al hospital hasta que llegue la chica que se ocupa de levantar a los niños a las siete.

—No te preocupes. —Ya iba de camino a la ducha mientras hablaba—. Estaré allí en veinte minutos.

Erik se incorporó y encendió la luz.

—¿Qué ocurre?

—Paloma. Cesárea urgente. La niña va a nacer ahora.

Llegó justo a tiempo al quirófano obstétrico para ver cómo los

pediatras recibían a la niña sobre la cuna térmica. La matrona la depositó como una muñeca de trapo en la superficie calefactada, ¡era muy pequeña!

—Tiene latido, ¡tiene latido! Asiste la respiración —dijo el pediatra que lideraba la reanimación.

Inés se quedó en un segundo plano para presenciar lo que ocurría. Tardaron más de cuarenta minutos en conseguir un latido constante y una respiración asistida con el respirador portátil. Cada vez que dejaban de ayudarla, la saturación de oxígeno se desplomaba y la coloración cianótica de su piel empeoraba.

Las alarmas no paraban de sonar, pero Inés no las escuchaba, concentrada en cada movimiento que hacían y cada decisión que tomaban los pediatras de guardia. Los acompañó, caminando detrás de la incubadora cuando por fin la estabilizaron lo suficiente como para moverla desde el quirófano de partos hasta la UCI de Neonatos, sabiendo que, si intervenía, entorpecería su trabajo. Sabían lo que hacían. Un hombre la sujetó del brazo.

—¿Es el bebé de Paloma? ¿Paloma Sánchez?

Lo miró, tratando de reconocerlo. Le sonaba de algo. Un hombre no muy alto, moreno y con el rostro desencajado en preocupación.

—Soy su marido. El padre. Exmarido —recitó, nervioso, incapaz de encontrar un apelativo adecuado para la situación—. Ella me ha dejado un mensaje, pero no hemos podido hablar. ¿Cómo está Paloma? ¿Cómo está mi hija?

Inés sonrió. A veces las personas necesitaban un tiempo para reaccionar. Ella lo sabía mejor que nadie.

—Paloma está bien. Sigue en el quirófano obstétrico, le han practicado una cesárea —informó, lanzando miradas hacia el largo pasillo por el que se alejaba con rapidez la incubadora—. La niña está estable, pero necesita ayuda para respirar. Ha roto la bolsa antes de la fecha que le correspondía y tiene signos de asfixia, pero la han sacado a tiempo y ahora habrá que ayudarla en la UCI neonatal. —Miró hacia atrás, la matrona se acercaba con unos tubos de analítica y unas hojas de papel—. Ahora espere aquí a que salga Paloma del quirófano y acompáñela a Reanimación. Después se le informará de dónde puede ir a conocer a su bebé.

—¿Qué ha pasado? ¿Saben la causa de la asfixia? —preguntó a la

matrona que le enseñó la tira de papel con la analítica del cordón umbilical.

—Circular al cuello con doble vuelta de cordón. ¿Puedes llevar esto a los pediatras?

—Qué mala suerte —gruñó Inés—. Sí, lo llevaré.

Mientras se apresuraba hacia Neonatología, llamó a Andrea.

—Hola, Esperanza ya está aquí. Traía doble circular de cordón al cuello, por eso la asfixia. Está ya en la UCI, voy para allá.

—Yo voy saliendo de casa. Pasaré primero a ver a Paloma y a hablar con los obstetras de guardia. Luego iré por la UCI neonatal y me cuentas —dijo su tutora—. Nos vemos allí.

Los pediatras de guardia sabían quién era y la miraron de reojo mientras trabajaba. Ella no quería molestar, pero tampoco era capaz de abandonar la UCI hasta que la llamasen para hacer el ecocardio.

—Si necesitáis ayuda para cualquier cosa, estoy aquí —ofreció, con una sonrisa. Pero en esto, Esperanza había tenido suerte. Estaba de guardia un neonatólogo con amplia experiencia y el pediatra de planta se desenvolvía también con soltura en recién nacidos graves. El residente cogió los buscas de la guardia y se ocupó las llamadas. Trabajaron con ahínco, sabiendo que a las ocho llegaba el relevo.

—¿Cuánto pesa? —preguntó Inés con curiosidad. Parecía muy pequeña.

—Pesa mil ochocientos treinta gramos —dijo una de las enfermeras.

—Algo más pequeña de lo que se calculaba en la última ecografía —murmuró ella, preocupada. Se moría por meter las manos, calcular alguna perfusión, hacer algo. Lo que fuera. Aceptó el café que le ofreció la misma enfermera que la había informado del peso e iba y venía desde el control viendo cómo intubaban a Esperanza, canalizaban los vasos umbilicales y la estabilizaban. Las enfermeras se movían, coordinadas, sin interrumpirse una a otras, llevando bombas, medicaciones y material.

—Está grave. Necesita mucha asistencia respiratoria —informó el neonatólogo al *staff* de la UCI neonatal, ya en el cambio de turno. Inés saludó con un gesto de la cabeza a Raúl Salinas, el jefe—. Está con perfusión de dopamina y prostaglandinas para mantener el ductus abierto...

Se desconectó de los detalles que ya conocía y mandó pedir el ecógrafo. Ahora que la paciente estaba un poco más estable, podría hacer la ecografía y conocer el estado real de su corazón. Cuando Andrea llegó, ella ya tenía el transductor en el pecho diminuto de Esperanza y realizaba las primeras mediciones.

—Se confirma lo que habíamos visto —dijo tras saludarla—. Un ventrículo izquierdo casi rudimentario y un arco aórtico muy estrecho. Tiene una buena mezcla de oxígeno en las aurículas, el foramen es amplio. —Eso era una buena noticia, dentro de la gravedad—. Y los neonatólogos han puesto la medicación que mantiene el ductus abierto.

Erik entró también en la Unidad y se unió a ellas sin decir nada. Escuchó la información de los datos y asintió.

—Tenemos unos días para que gane algo de fuerza. El promedio de edad para la primera intervención quirúrgica que necesita es de unos diez días. A ver si logramos que engorde un poco más. —Erik miró al interior de la incubadora aquel paquetito de un color rojizo purpúreo, que respiraba asistida de manera mecánica—. Vendré al final de la mañana a informarme de las novedades. Tengo que irme, mi clase empieza a las ocho y llego tarde.

Inés y Andrea se miraron. No podían quedarse más tiempo, el trabajo de la consulta diaria las esperaba. Por muy preocupadas que estuviesen por Esperanza, ahora quedaba en manos de los pediatras y ellas tenían que trabajar.

Inés se sumergió en la rutina de la consulta para no pensar. Casi no comió y tenía los nervios a flor de piel por el exceso de cafeína y el madrugón. Llegó a casa rendida. Erik tuvo que quedarse a resolver un problema en la UCI Cardiovascular y llegó también agotado. Se desplomó a su lado, en la cama. Vestido.

—Cuando salga la convocatoria de alguna jefatura de Cirugía Cardiovascular, coge las esposas y encadéneme a la cama hasta que se acabe el plazo de entrega de méritos —dijo, con la cara aplastada contra su almohada.

Inés soltó una carcajada. Gateó hasta sus pies y le quitó los calcetines.

—Prefiero que las uses tú conmigo y para otras cosas. ¡Ánimo! —dijo besándolo en los labios—. Venga, no puede ser tan malo. ¿Qué ha pasado?



—Hemos tenido una reunión quirúrgica para planificar la cirugía de Esperanza. Entre discusiones teóricas, batallitas de Calvo y Guarida sobre los viejos tiempos y las preguntas de Daniel y Mario, nos hemos tirado tres horas —dijo, mientras ella desabrochaba su cinturón y los pantalones y tiraba de ellos para quitárselos—. No sé para qué, si al final voy a operar yo de primer cirujano y seré quien decida el abordaje. Después he ido a un *bypass* urgente y a coger un catéter central a un paciente de la UCI de adultos.

—Trabajas demasiado. ¿Es que no hay ningún otro cirujano que haga todo eso?

Erik gruñó.

—Becker sigue presionando para que le haga la cama a Guarida. Y yo ya le he dicho que me ocuparé de todo, pero no quiero ser el jefe de la Unidad. No todavía. Y no ahora —Se dejó hacer mientras ella desabrochaba los botones de su camisa, uno a uno, con una sonrisa sensual—. El viernes terminan las clases y tengo que hacer un examen para evaluarlos. Y no tengo ni idea de qué demonios preguntarles.

—Tienes un acólito, ¿no? ¡Dile a Mario que te lo haga! —sugirió Inés, divertida con su fastidio—. Pídele ayuda a Dan. O a Guarida. Que te dé los exámenes de años anteriores.

Él frunció el ceño y asintió.

—Buena idea. Le preguntaré. —Se incorporó para quitarse la camisa y la atrapó bajo su cuerpo en un movimiento brusco—. No conocía esta faceta tuya de *geisha*. Me encanta. Podría acostumbrarme.

Inés le dio una palmada en el hombro.

—¡No te acostumbres! También he hecho la cena.

—¿Panqueques celestinos? —dijo él, ilusionado.

—¡Eso no es una cena! —se quejó riendo Inés. Notaba el bulto de su erección en el centro exacto de su sexo. Contoneó las caderas para provocarlo—. Pero podemos empezar por el postre, si quieres.

Llevó las manos hasta el primer botón de su pijama de seda negra y comenzó a desabrocharlo. Cualquier rastro de fatiga desapareció. Erik sonrió con aquel gesto depredador que mostraba sus colmillos. Se relamió, al anticipar lo que sabía hacer con esa boca y dejó caer la chaquetilla por sus hombros.

—Uhm, me parece bien. ¿No decían que si lo tomabas primero, adelgazabas? ¿O algo así? —Se inclinó hasta esconder el rostro entre sus pechos y gruñó. Inés lo sostuvo ahí, aferrando su melena rubia. Su barba ya despuntaba al final del día y enrojecía la piel suave de su escote. Él tomó uno de sus pezones entre los dientes y la miró a los ojos. Inés hizo un esfuerzo para mantenerlos abiertos y fijos en su mirada azul, que refulgía en deseo, mientras lo trabajaba en su boca con pericia.

Jadeó y soltó una risita nerviosa al notar la fuerza de su mano sobre la nuca, instándola a que se tendiera en la cama boca abajo.

—¿Cuáles son tus intenciones?

—Por ahora, desnudarte como tú has hecho conmigo. —Tiró de la cinturilla de sus pantalones largos de seda negra y los deslizó por sus piernas. No llevaba bragas debajo y se ganó un mordisco en una de sus nalgas—. Demasiado tentador. Tienes un culo que me vuelve loco —dijo. El tono de su voz se hizo más grave, casi gutural. Inés se estremeció al sentir su palma acariciarla por el interior del muslo. Llegó hasta su sexo, rozándolo de manera casi imperceptible, y hundió el borde de la mano entre sus glúteos. Soltó un grito ahogado.

—¡Erik!

—Hace mucho tiempo que no te follo por atrás —dijo con esa rudeza contenida que la volvía loca—. Y ya no puedo esperar más.

Cogió un condón de la mesilla y lo dejó a mano. Inés cerró los ojos al notar el peso de su cuerpo sobre la espalda y la dureza de su virilidad entre las nalgas.

—Sé suave —gimió al sentir la mano reptar bajo su vientre y después abarcar su sexo con la concavidad de la palma.

—Siempre lo soy, *liten jente* —dejó escapar una risa perversa y cálida sobre su cuello e Inés gimió con el roce de los labios en aquella zona sensible de la piel—. Al menos, al principio.

Volvió a gemir. La expectación la estaba matando. Estaba atrapada bajo su cuerpo y los dedos acariciaban sus pliegues femeninos, haciendo crecer la excitación.

—Déjame moverme, quiero tocarte —protestó, y cimbreado las caderas para aumentar el roce con su mano.

—No. Todavía no. Estás a mi merced y tengo que aprovecharme — dijo Erik. Y hundió sus dientes en el encuentro entre su hombro y su cuello.

Inés gritó. Su sexo se licuó con el mordisco suave y firme en aquel punto que significaba enarbolar una bandera blanca inmediata. Calmó la zona ardiendo en placer y dolor con besos suaves y húmedos, y los encadenó hacia el otro lado. Inés percibió también cómo su erección comenzaba a abrirse paso entre sus nalgas. Había algo de salvaje, de animal, en la manera en que Erik le daba sexo anal. Extendía su propia lubricación hacia atrás con una caricia de los dedos, que iba preparándola para la envergadura de su pene. Jadeó, y se dejó hacer cuando la mordió de nuevo en el cuello, al otro lado. Una corriente deliciosa remeció todo su cuerpo, hacia la boca, que se inundó de saliva. Hacia las manos, que aferraron las sábanas con fuerza, hasta dejarle los nudillos blancos. Hasta las piernas, que se abrieron sin condiciones para abrirle paso cuando por fin la penetró.

—Oh, *kjaereste*. Estoy seguro de que contigo me condenaré al infierno —susurró tras un gruñido agónico.

Ella no podía hablar. Su cuerpo se tensó para recibirlo por completo en su interior. Gimió cuando él retrocedió hasta casi abandonarla y volvió a arremeter.

Erik deslizó la otra mano tras su rodilla y la obligó a flexionarla, limitando aún más su rango de movimientos. No le importaba. Abandonar hasta el último resquicio de control de su cuerpo era garantía de que disfrutaría aún más. Se dejó dirigir con cada embestida lenta, torturadora, profunda, hacia el abismo. Su aliento entrecortado la acariciaba con suavidad en la mejilla y sus labios rozaban la piel sensible y caliente. Giró el rostro para besarlo y él respondió como siempre. Con generosidad, entregándose sin reservas, en un beso que arrancó un sollozo de su garganta.

—Espera, Inés. Aún no. Aún no. Quiero prolongar la agonía — susurró, en un ruego—. Sujétalo. Aguanta para mí. ¡Espera!

Inés abrió los ojos grises. Un fuego abrasador brillaba en ellos. Se retorció entre sus brazos y aplastó el rostro contra la almohada para ahogar un grito de frustración.

—Lo intento. Te juro que lo intento —gimió, intentando abrir el cepo de sus brazos para moverse con mayor libertad—. ¡Pero no puedo!

Erik soltó su rodilla y hundió la mano en la superficie mullida de la

cama. Inés se aferró a su antebrazo y clavó las uñas en él. Percibió el instante preciso en que ella se rindió. La tensión insoportable de su cuerpo se quebró como una copa de cristal, los estertores del orgasmo la asolaron sin piedad y lo arrastraron con ella al abismo. Su interior lo engullía con cada contracción, y de su garganta emergió un grito ronco y desgarrado. Se desplomó sobre ella, aplastándola contra la cama y boqueó, en busca de aire.

Solo se movió un poco para caer de lado, acoplado a su espalda. Unas lágrimas se entreveraban con mechones de su pelo desordenado sobre su rostro, y los apartó.

—Inés —susurró, exhausto. Una intensa pesadez se apoderó de sus párpados.

Ella se echó a reír, resoplando entre los labios exánimes.

—No sé por qué no lo hacemos más a menudo —jadeó, todavía recuperándose del esfuerzo del orgasmo y de la contención—. Esto ha sido...

—Apteósico —completó Erik la frase por ella. Los dos se tomaron unos minutos para recuperar el resuello—. No lo sé. A mí me encanta, pero tú nunca me lo pides.

Inés lo abrazó con más fuerza y lo besó en los labios.

—Prometo tomar la iniciativa la próxima vez. ¿Cenamos algo?

—Sé que prometimos no hablar del hospital, pero ¿qué habéis decidido? —dijo Inés, tras terminar con la ensalada de atún y la macedonia con yogur—. Técnicamente, ya no es nuestro caso. Paloma ya ha dado a luz y ahora es de Neonatos. Y vuestro, claro

Erik entornó los ojos, fingiendo suspicacia. Se bebió el vaso de agua un trago y se limpió los labios. Inés volvía a estar vestida con aquel pijama negro de seda, largo y suelto, que se adhería a su cuerpo y marcaba con sutileza sus curvas.

—Haremos el primer paso, la cirugía de Norwood. Pero estoy preocupado, es más pequeña de lo que pensábamos —dijo, sirviéndose más agua. Lo pensó mejor y se levantó al refrigerador—. ¿Quieres una cerveza?

—No, gracias —dijo Inés—. Sé más o menos en qué consiste, pero ¿cuánto dura?

Erik echó un largo trago a la cerveza. Solo llevaba puestos los

pantalones de pijama e Inés sintió pulsar el deseo de nuevo bajo su piel. Los pectorales abultados con su nombre tatuado sobre el izquierdo, la cuadrícula marcada de sus abdominales, los oblicuos cincelandos su cintura para desaparecer bajo la tela suelta. Todo en él le resultaba adictivo. Pero, sobre todo, lo que escondían la mirada azul zafiro y su cerebro privilegiado.

—¿No te ha enseñado tu madre que no debes quedarte mirando? —dijo con malicia, e Inés se arrancó de su actitud contemplativa.

—Vale, pero es que deberías ponerte una camiseta —se defendió, tapándose los ojos—. No puedes pretender que me concentre, y menos después de lo que me has hecho antes de la cena, cuando vas medio desnudo por la casa.

Erik se echó a reír y se agachó para acariciar a Loki. Inés soltó una exclamación en forma de queja. Ahora se marcaban de manera perfecta todos los músculos de su espalda, pero él frunció el ceño, ajeno a su reacción.

—La cirugía tiene entre tres y cinco horas de circulación extracorpórea. Más abrir y cerrar el tórax. Va a ser una cirugía larga. Muy larga.

El tono ominoso de su voz la impresionó más todavía que el tiempo de la intervención.

Entre una paciente y otra, Inés se tomó un tiempo para escaparse a la UCI a ver a Esperanza. Cuando llegó, Erik conversaba, vestido con el uniforme verde del quirófano, con el doctor Salinas. Escuchó con atención. Estaba estable dentro de la gravedad, había resistido el primer día como una campeona, y habían preparado para ella un plan de nutrición especial. Erik se lavó las manos con técnica quirúrgica y abrió con los codos las puertas de la incubadora.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella con curiosidad.

—Tengo que tomar unas medidas. No sé si tengo instrumental quirúrgico para un tórax tan pequeño —dijo, y puso una diminuta cinta métrica sobre su esternón. La niña, sedada, no se movió—. Siete centímetros. Es una locura.

Inés lo escuchaba mascullar, preocupado. En un momento, cogió

entre sus manazas los pies de la recién nacida. Las plantas no eran mucho más grandes que la yema de su pulgar. Midió también a lo ancho, el abdomen y el perímetro del cráneo.

—¿Tienes lo que necesitas? —dijo Inés. Erik levantó la mirada, sorprendido de encontrarla allí. Así de concentrado, estaba.

—Necesito dos kilos más de paciente —dijo con una sonrisa resignada—. ¿No los tendrás por ahí?

## *Amistad*

Pasaron el resto de la semana imbuidos en la rutina. Inés sacaba siempre media hora para acompañar a la doctora Mardel a realizar la ecografía diaria de control, o la hacía ella misma. El corazón aguantaba, pero el ventrículo derecho se dilataba, trabajando contra tanta presión, y la paciente cada vez necesitaba más mediación para mantenerse estable.

Llegó el viernes e Inés no tenía guardia. Se refugiaron en Farellones una vez más con un aliciente añadido: aquel fin de semana abrían por fin las pistas de esquí.

Inés frenó en el cruce de pistas y se plantó. No era capaz de seguir el ritmo acelerado y peligroso de Erik sobre la tabla de *snowboard*, que estaba como loco por lanzarse por las pistas negras o, directamente, fuera de pista.

—Erik —resopló, apoyada sobre los bastones con las piernas temblando después de un descenso a toda velocidad por una de las pistas más exigentes—, estoy agotada antes de empezar a calentar. De verdad, ¡vete tú! Yo quiero ir tranquila, que me dé el viento en la cara, ponerme morena y bajar por las azules, o, como mucho, una roja.

—Vamos, Inés —protestó él, cuando se negó a bajar otra vez por la pista negra—. Ya te he visto esquiar antes y puedes con esto y mucho más.

—Ya sé que puedo. Pero no quiero. Ni me apetece sufrir un infarto ni quiero acabar con una pierna rota —dijo con afectación, ignorando su risotada divertida—. Nos encontramos en el hotel un poco antes de las dos, que tenemos la reserva a esa hora

Habían quedado a comer con Alma y Dan y David y Janina, en el Hotel El colorado. Tenían un par de horas todavía para disfrutar de la nieve. El inicio de temporada había pillado de sorpresa y no había demasiados esquiadores para ser fin de semana.

Al no tener que preocuparse por romperse la crisma, deslizarse por las

pistas sin esfuerzo le permitía pensar. Esperanza ya había nacido. Gramo a gramo, se hacía más fuerte para la cirugía. Erik formaba parte del equipo quirúrgico y como primer cirujano. Paloma había vuelto con su marido e iban a visitar a su hija cada día. Solo podían tocarla unos minutos a través de las puertas de la incubadora, pero solo por aquellos instantes, Inés sabía que todas las preocupaciones y desvelos habían valido la pena.

También recordó con una sonrisa las palabras de Andrea. Ella tenía claro que Inés sería madre, de un modo u otro, en algún momento. Erik parecía convencido, también. ¿Por qué ella no era capaz de tener un poco de fe?

Sus pensamientos se diluyeron con la belleza de la cordillera cargada de nieve mientras subía por el telesilla. El azul del cielo, de un tono celeste vibrante, contrastaba con las moles picudas de un blanco nuclear. Al llegar al final del trayecto, patinó con esfuerzo hasta uno de los miradores. Cerró los ojos y respiró. ¿Cuántas veces tenías la oportunidad de que el mundo se detuviera a tus pies? Durante unos minutos, todo desapareció: las preocupaciones por las incompetencias de su cuerpo, el hospital, el riesgo, los malos pronósticos, las probabilidades adversas. Solo quedaba la presencia latente del amor de Erik, que la acompañaba en todo momento, y un tipo de felicidad sosegada. No el tipo de felicidad que se perseguía, sino la que se vertía sobre la vida como un bálsamo templado de bienestar y sosiego.

¿Dónde estaría su vikingo loco? Esperaba encontrárselo de una pieza. Se echó a reír al recordar cuando la había dejado plantado en la cafetería que estaba ahí cerca. Lo que en aquel momento le pareció un insulto terrible, ahora le daba la risa. ¡Cómo ponía el tiempo las cosas en perspectiva!

Sacó el móvil, incapaz de no saber de él por tanto tiempo. Se sacó una selfi con el paraje sobrecogedor de las montañas en el mirador, y se lo mandó.

«Mira lo que te estás perdiendo. Me hubiera encantado que el selfi fuera contigo y con un beso».

Tenía que darse prisa o llegaría tarde a comer. Le apetecía mucho ver a sus amigos, necesitaba un poco de risas y relax. Hizo un cálculo rápido, Alma estaría ya con una buena barriga. No la veía desde su cumpleaños, estaría cerca de las treinta y dos semanas. Sonrió. Y su sonrisa se ensanchó aún más porque sonrió feliz, en vez de sentir envidia, o peor, pena por sí



misma.

Llegó esquiando casi hasta la puerta del hotel. Ventajas de estar a pie de pista. Se quitó las tablas y las llevó al hombro junto con los bastones, teniendo cuidado de no resbalar. Antes de entrar en la recepción, no pudo resistir la tentación y sacó de nuevo el móvil. Tenía un mensaje de Erik.

«¿Crees que se podría follar encima de una tabla de *snowboard* en movimiento?».

Y enviaba un vídeo grabado con la cámara Go-Pro, que enganchaba a su casco, haciendo acrobacias en el medio tubo del *snowpark*. Los gritos de celebración con cada salto se escuchaban por encima del de la tabla, acuchillando el hielo.

Soltó una carcajada y le mandó un audio.

—Estás como una cabra. ¡Ten cuidado! Y ya te he dicho que prefiero la cama, o como mucho, las encimeras de la cocinas.

Seguía riéndose cuando entró al hotel. Se cambió las botas, que había dejado junto con una mochila a primera hora en la recepción, y entregó su parka. Era la última en llegar, y las risas de sus amigos en una esquina del amplio comedor de madera y amplios ventanales hacia las montañas, la impulsaron a apretar el paso.

—¡Por fin! Estamos todos muertos de hambre. ¡Yo no quería esperar, pero Alma insistió! —dijo Dan, que se levantó a saludarla.

Dieron una ronda rápida de besos, abrazos y preguntas rápidas para comprobar que su amistad seguía sólida e indestructible como siempre. Inés ahogó una exclamación sorprendida al ver a Alma levantarse con dificultad de la silla.

—¡Estás... preciosa! Enorme, ¡y preciosa! —dijo abrazándola—. ¿Puedo?

Juntó las manos en señal de ruego y esperó a que asintiera para posarlas encima del enorme vientre redondeado.

—Creo que eres la primera persona que me pregunta si puede tocarme la barriga —dijo riendo. Le cogió la mano y la posó justo debajo del arco de las costillas derechas—. Toca aquí, tiene los pies. Si esperas un ratito...

—¡Se mueve! —dijo Inés, encantada al sentir al bebé revolotear en el

vientre de su amiga—. Es todo un futbolista. ¿Ya habéis elegido el nombre?

Se sentó junto a Erik y le dio un beso en la frente y otro en los labios. Ella misma lo había embadurnado de factor cincuenta en contra de su voluntad, pero aun así lucía el rostro enrojecido y curtido por el sol y el frío. La sonrisa ancha, los ojos azules chispeantes por la diversión en la nieve y la pinta de cerveza a medio vaciar. No solo ella necesitaba relajarse, llevaban unas semanas de locura y probablemente les esperaban otras peores.

—Daniel. Se va a llamar Daniel. Como su padre.

—David, ¡como su tío!

—Tenéis que ponerle Erik. En honor a tu jefe —dijo Erik, fingiendo dar una orden en el quirófano.

Alma soltó una carcajada.

—Jamás. Ni uno, ni otro, ni menos, perdona que te lo diga, Erik, un nombre vikingo —dijo, acariciando su enorme barriga—. Se va a llamar como mi padre, Anselmo.

—¡No! ¡Anselmo, no! —barbotó Janina, en un arranque de sinceridad espontánea. Se hizo un silencio en la mesa y Alma soltó una carcajada.

—Se va a llamar como mi padre, pero no Anselmo. Mi padre se llama Manuel.

—Pues no entiendo por qué no puede llamarse Daniel —dijo el padre, y ambos se enzarzaron en un debate de pareja, entre risas y pullas. David no paró de llamar Anselmo al bebé en toda la comida y Alma amenazó con rebanarle cierta parte.

—¡Mucho cuidado, pequeño Suárez! No seré cirujana como tu hermano, pero las hormonas me han hecho muy creativa. Y agresiva —dijo, blandiendo el cuchillo de la mantequilla.

—No te alteres, vas a afectar al pequeño Anselmo con tu mala leche —respondió su cuñado.

Cualquiera diría que la media de edad de aquella mesa era de treinta años. Bueno, en realidad más, porque los treinta y nueve de Erik la elevaban un poco.

Pasaron a la zona de sofás circulares frente a la amplia chimenea. Inés se refugió en los brazos de Erik mientras él disfrutaba un *whisky* a sorbos, y

se dedicó a estudiar a las parejas sin intervenir en la conversación. Solo disfrutando de la compañía de sus amigos y las risas.

—Tenemos que vernos más a menudo —dijo Dan cuando se despidieron—. Pero las cosas con Erik están un poco raras.

—Los dos estáis ajustando tu paso de residente a *staff*, Dan. Dale un poco de tiempo. Y no le des razones para pensar que sigues siendo su residente —aconsejó Inés, aprovechando que Erik recogía sus cazadoras y mochilas en la recepción—. ¿Dónde va a dar a luz Alma? ¿Os queda la recta final! ¿En el San Lucas?

—Sí, en el San Lucas.

—¿Estás seguro?

—Sí. Somos los mejores, Inés. Y yo quiero lo mejor para mi mujer y mi bebé.

Inés sonrió. Tenía toda la razón.

El domingo se levantó con una nevada copiosa que enterró la puerta de entrada bajo medio metro de nieve. Cuando escampó, Erik se lanzó a despejar el camino con la pala, contento de tener una excusa para un poco de ejercicio. Pero cuando la nieve comenzó a arreciar, prefirieron bajar a Santiago con tiempo. No guardaban buenos recuerdos de la última tormenta que los habían pillado de improviso y en que él y Dan habían sido rescatados al borde de la congelación.

Planificaron la semana y trazaron planes para la temporada mientras daban cuenta de un almuerzo rápido. Inés comprobó el calendario de guardias, el siguiente viernes tenía, así que decidieron bajar en dos coches para que Erik no tuviese que esperarla si quería esquiar.

—Tal vez me quede en Santiago también. Entre el lunes y el miércoles de la semana siguiente programaremos la cirugía de Esperanza. — En cuanto apareció el hospital en la conversación, el rostro de Erik cambió. Se tornó serio, y circunspecto. Su locuacidad y alegría al hablar se esfumaron y adoptó aquel tono clínico que Inés odiaba que emplease con ella—. La

anatomía es favorable, pero el arco aórtico es muy estrecho y...

—Erik, espera un segundo —dijo Inés. Se sentó sobre su regazo y rodeó su cuello con los brazos. Lo obligó a mirarlo, ciñéndolo con fuerza.

—¿Qué?

—Sabes que odio con todas mis fuerzas esos «Qué» tuyos. La cirugía es tu vida, ¿verdad?

—Sí. Entre otras cosas.

—Bien. Pues no dejes que algo que es tan importante en tu vida se amargue. Tengo la sensación de que, últimamente, te lo tomas todo como una obligación —tanteó con precaución. No quería provocarlo, pero sí hacerlo ver que caía en una espiral que, de no rectificarse, tendría una difícil vuelta atrás—. Una obligación pesada. Sé que es algo serio, pero ¿dónde está el espíritu de desafío? ¿De disfrutar con lo que estás haciendo? Tienes que aprender a encapsular las preocupaciones.

Erik apretó los labios en una línea fina de desagrado y endureció su mirada. Inés alzó las cejas y asintió para reafirmar sus palabras, y él se rindió. Dejó caer la cabeza sobre su hombro y frotó su rostro contra el cuello. Inés se encogió, riendo.

—Es cierto, *liten jente*. La jefatura se me ha venido encima más de lo que creía, e influye todo. —La abrazó con fuerza, dejándose calar por el alivio que su piel siempre le aportaba, y suspiró—. Trabajaré en ello.

## *Espera armada*

Erik salió de la UCI de Neonatos con una sensación de inquietud que no le gustaba. Estaba cada vez más preocupado por el estado de la paciente. Los pediatras habían probado de todo para disminuir su dependencia a la respiración artificial, pero era inútil. Cada vez que bajaban la asistencia, Esperanza empeoraba. No podrían retrasar demasiado la cirugía. Inés y él casi no se habían visto. Tuvo una guardia entre semana con la que no contaba y él llegaba a casa cada vez más tarde. Tenían que parar.

Al llegar a su despacho, se echó a reír al ver un *post-it* amarillo sobre su teclado.

«Se me está olvidando cómo eres y Loki te echa de menos. ¿Vienes hoy pronto a casa y vamos al parque Bicentenario a dar un paseo? Te invito a merendar. Inés».

Se sentó en el escritorio y miró la pila de los exámenes que tenía para corregir. En la pantalla del ordenador lo esperaba la planilla de guardias de julio y agosto, con algunas peticiones de días libres.

El móvil vibró. Inés. Le mandaba una foto vestida con ropa interior de encaje blanco y uno de sus jerséis abiertos, fingiendo un puchero de pena. Apretaba entre sus manos la cara de Loki, que se veía adorable.

«¿Vienes?».

Cerró de golpe la tapa del portátil y se levantó. Casi chocó de frente con Guarida, que también se veía bastante estresado.

—¿Te vas? Dame cinco minutos —dijo, y se sentó en una de las butacas frente a su escritorio.

Erik soltó una retahíla de insultos en todos los idiomas que conocía y permaneció de pie.

—¿Qué pasa?

—Las vacaciones. ¿Cómo vas con tu parte?

—Todavía lo estoy cuadrando, pero es factible. ¿Tú?

Su jefe gruñó y Erik sintió un acceso de simpatía. Más bien de compasión.

—No, y no lo veo nada factible. Las vacaciones de invierno son un infierno. ¿Cuándo vas a cogerlas tú?

Erik frunció el ceño. ¿Vacaciones? Ni siquiera lo había pensado.

—No lo sé, tendré que hablarlo con Inés. Pero no te preocupes, en julio estaremos aquí, seguro —lo aplacó. Se echó a reír ante su suspiro expresivo de alivio—. Quizá en agosto o septiembre. En cuanto sepa algo, te avisaré. Me voy.

Erik se incorporó, resignado, al tráfico infernal de las ocho en Santiago. Era demasiado tarde para ir al Bicentenario y, además, se puso a llover de manera torrencial. Lo que debieron ser diez minutos de coche se transformó en media hora. Cerró los ojos un instante en un semáforo en rojo para disfrutar de la música de Soundgarden y su *Black Hole Sun*.

Un delicioso aroma a carne lo recibió al salir del ascensor, Inés cocinaba, todavía vestida solo con la ropa interior y el jersey, y unos calcetines gruesos. Loki la miraba, esperando que le cayese algo.

—Lo siento. No he podido llegar antes. —La abrazó por detrás y la besó en el cuello.

—Erik, en serio. Tienes que tomarte las cosas con más calma. Llevas toda la semana llegando a casa más allá de las ocho de la tarde y estás durmiendo mal —dijo Inés, apartándolo. Quitó la sartén de la placa de inducción y se cruzó de brazos—. Tú no te das cuenta, pero no paras de dar vueltas, hablas en sueños y a veces me despierto y tú sigues pegado a la pantalla del ordenador. —Él apartó la mirada, e Inés atrapó su rostro entre las manos y clavó sus ojos grises en él—. Anoche, casi a las dos de la mañana. ¡Tienes que descansar! Pon la mesa, anda —acabó, con un tono de abatimiento y preocupación que lo desarmó.

—No te enfades, ya sé que tienes razón. Pero es difícil bajarse del tren en marcha, Inés. —Fue poniendo sobre la mesa los enseres que Inés le pasaba por encima de la barra de desayuno—. Pero Guarida me ha pedido hoy que le entregue la previsión de nuestras vacaciones. ¿Qué te apetece hacer?

Inés inspiró con fuerza y sus ojos se iluminaron. Le cambió la expresión de la cara de una manera tan cómica, que soltó una carcajada.

—¿Hay ganas de desconectar?

—No te lo puedes imaginar —dijo ella, volviendo a lavar las lechugas para la ensalada—. Todavía me queda una semana sin coger del año pasado, que ya doy por perdida, y tengo el mes entero de este año.

—A mí Guarida me debe tantas vacaciones que podría irme tres meses y aún quedaría en deuda —gruñó. La ayudó a llevar la cena hasta la mesa y se sentaron—. ¿Dónde te apetece ir?

—Quiero playa. Sol. Mar. ¡Caribe! —dijo Inés con un suspiro dramático—. Este año, entre el viaje a Noruega y que estuve un mes encerrada en casa o en el hospital, siento que me he perdido todo el verano.

—Había pensado que volviésemos a Tromso.

Inés se quedó inmóvil con un trozo de carne en el tenedor. Erik la miró, descolocado. No pensaba que tendrían diferentes pareceres en cuanto al destino de sus vacaciones.

—Vaya —dijo al fin, e Inés llevó el tenedor a su boca y masticó con cara de póquer—. Pensé que lo habías pasado bien en el viaje.

—El viaje fue maravilloso, Erik. No tiene nada que ver con eso —dijo, tras tragar con dificultad—. Pero necesito ver a mis padres unos días y, después, prefiero un destino de sol. ¿Qué tal es el verano de Tromso? Porque no tiene pinta de hacer mucho calor.

—No. En el Círculo Polar Ártico, lo que se dice calor no hace. Las temperaturas son más suaves, pero como para ir a la playa como te gusta a ti —reconoció a regañadientes y con un punto mordaz—, no.

Volvió a hacerse un silencio desconcertante. Inés acabó por encogerse de hombros y sonreír.

—Bueno, no pasa nada. Tampoco tenemos que quedarnos pegados las veinticuatro horas del día —dijo con tono ligero—. Tú ve a Tromso, disfruta con tu familia. Yo iré unos días a Ranco y después buscaré el sol.

—¡No!

—¿Cómo que no?

—No. Por ningún motivo. Tenemos que ir juntos de vacaciones.

Inés se echó a reír y se levantó a buscar el postre. Había hecho panqueques celestinos para mimar un poco a Erik, pero entre los *muffins*, los bollos de canela y esto, los dos iban a ponerse como una pelota antes de que acabase el invierno.

—Ya están fríos, pero están ricos igual. —Se ablandó un poco al ver la expresión emocionada en el rostro de Erik, y le sirvió una ración—. No, no es obligatorio. Yo entiendo que necesites ir a ver a tu familia y te acompañaré, feliz, en cualquier otra ocasión. Entiendo que quieras pasar tiempo con tu madre ahora que está sola... ¿Qué pasa?

Inés se detuvo en el proceso de espolvorear un poco de azúcar flor sobre sus panqueques al verlo dibujar una enorme sonrisa.

—Quieres sol, playa y descanso, ¿verdad?

—Sí.

—Déjame a mí. Te prometo que tendrás más sol y calor del que puedas imaginar, pero conmigo. ¿Trato hecho?

Inés entornó los ojos con suspicacia y miró la mano que él le tendía.

—¿No puedes darme una pista?

Él le dedicó una mirada enigmática y misteriosa, y pareció pensar.

—Solo te diré que no es Caribe y no es Noruega. ¿Te vale?

Estrechó su mano con fuerza y sellaron el trato.

—Me vale.

El viernes, en la guardia, Inés intentó sonsacarle en varias ocasiones el destino vacacional escogido, pero Erik no dijo ni una sola palabra.

—Te va a gustar, ya lo verás. Hace muchos, muchos años que no voy, pero es un destino seguro de sol y playa. Tú no te preocupes. —Erik acabó por llamarla al móvil y tranquilizarla ante su insistencia—. Lo único es pensar qué hacemos con Loki.

—Si no me dices dónde vamos, ¡no me puedo organizar! —dijo, algo enfadada. Su compañera de guardia se señaló la muñeca y se llevó los dedos a la boca. Era bien pasada la hora de cenar—. Tengo que irme. Dime al



menos las fechas.

—Ya tenemos los billetes, piensa en que estarás fuera desde el once de agosto al diez de septiembre. ¿Bien?

—Es perfecto —dijo Inés, con una sonrisa. Agendó las fechas en el móvil y asintió, conforme con cómo iba cuadrando todo—. Así me quedan unos días para organizarme antes de marcharme a Rochester.

—¿A dónde? —dijo Erik, extrañado.

—¿A mi rotación externa en Ecocardio Fetal, en la Clínica Mayo! —dijo riendo Inés. Lo habían hablado al menos media docena de veces.

—Verdad. Ya hablaremos de eso también.

—Tengo que dejarte, mi compañera me espera para cenar. —Le dio un beso en los labios y revolvió su melena rubia. No tenía ninguna intención de negociar aquello, pero tampoco se lo iba a decir—. ¿Mañana nos vemos, o te quedas en Santiago?

—Me quedo en Santiago. Operamos a Esperanza el lunes.

Pasaron el fin de semana como si estuvieran en capilla. Erik se encerró la tarde del sábado en el gimnasio e Inés le dejó espacio, entendiendo que realizaba una especie de ritual de concentración. El domingo aprovecharon que amainó la lluvia para sacar a Loki al aire libre. Fueron a ver a Nacha y a Juan a su casa en Pirque y les llevaron un regalo para la habitación del bebé. Inés había mandado bordar un conjunto de ropa de cama con el nombre de la niña: Noelia.

—Es un nombre precioso —dijo, y acarició el bordado en amarillo pastel, para darle suerte a la recién nacida, con diminutas margaritas salpicadas en el algodón de percal—. ¿Tienes todo listo?

—Todavía falta —dijo Nacha, que seguía conservando una figura envidiable a las treinta semanas, gracias al yoga y al pilates, que sustituían al ballet—. Pero sí, tenemos casi todo. Inés...

—Dime.

—Solo espero que, algún día, puedas vivir todo esto. Lo deseo con toda el alma.

Se abrazaron con fuerza en mitad de la habitación, Inés sintió las lágrimas agolparse tras los párpados. Nacha era incondicional, para lo bueno y lo malo.

—Y yo os deseo toda la felicidad del mundo en esta nueva etapa, Nacha. Disfrútala muchísimo —dijo con sinceridad. Sonrió y acarició su tripita tensa y cubierta por un jersey de lana—. Dicen que las sensaciones del primer embarazo son irrepetibles.

—¡Eso espero! Porque las náuseas y el ardor de estómago son las peores que he sentido en mi vida —dijo su amiga, rompiendo la tensión del momento y echándose a reír.

Inés volvió a casa con sentimientos encontrados. Quería lo mismo, pero sabía que sería casi imposible de conseguir. Pero, por un momento, el anhelo fue más grande que el miedo.

—Erik, ¿te parece que el mes que viene, que ya habrán pasado cinco meses desde la cirugía, dejemos de tomar precauciones?

Él llevó unos segundos la mirada hacia ella, ya rumbo a casa, y después volvió a concentrarse en la carretera antes de responder.

—Andrea dijo cuatro meses. Los hemos cumplido de sobra. Podemos dejar de usar condón ahora.

Inés notó que el miedo y el anhelo volvían a estar en equilibrio y dudó. Y si... Y si... odiaba que su vida estuviese regida por condicionantes ajenos a su voluntad. Tenía que tomar una decisión.

—De acuerdo.

Erik se despertó antes de que sonara la alarma. A las cinco y cuarto de la mañana. Inés dormía a su lado, con esa expresión abandonada que adoraba contemplar. Loki parecía haber decidido que sobre la cama recibía demasiadas patadas, accidentales o a propósito, y se había autoexiliado a la terraza interior de la cocina, en su cesta, que ya le quedaba un poco pequeña. Además de que estaba roída en todos los bordes.

—Hola, pequeñajo. ¿Quieres unas galletas? —Lo acarició en el cuello y en los flancos, y comprobó que tenía comida y agua en sus cuencos—. Hoy

hay que desayunar fuerte.

Preparó café y, después de pensarlo un poco, puso pan a tostar y preparó unos huevos revueltos.

Inés bajó por las escaleras, frotándose los ojos, con el aroma delicioso del beicon flotando en el ambiente.

—¡Qué rico huele! ¿Puedo? —dijo, y le robó su tostada con huevo. Erik le dio un beso en la frente y siguió batiendo más huevos—. Te has levantado con hambre.

—Me esperan unas cuantas horas de cirugía. Más vale que le dé bien a las proteínas —dijo, intentando aligerar la preocupación y la sensación de alerta que lo embargaba—. ¿Tú sigues en la rotación de Fetal? ¿No cambiabas en junio?

Inés negó con la cabeza mientras acababa de tragar el pan con huevo.

—No. Como perdí casi mes y medio de rotación por la cirugía y la baja, he pedido permiso a la doctora Mardel para recuperar, así que me quedo todo junio también —dijo, y se limpió la boca con el dorso de la mano. Erik le dio una servilleta y los dos se sentaron en la barra a desayunar—. Supongo que en vez de terminar la subespecialización a primeros de enero, tendré que recuperar el tiempo de baja en verano del año que viene. Aún no lo he hablado con ella.

—No te preocupes por eso. Seguro que el año que pasaste en Cardio en Estados Unidos cubre con creces ese periodo.

Inés sirvió el café y se encogió de hombros.

—Bueno, no está mal aprovechar la vida cómoda del residente por un par de meses más. Ser *staff* cambia mucho las cosas, y no me refiero al sueldo.

—Ahora mismo, tengo que darte toda la razón.

Inés levantó bruscamente la cabeza ante el tono preocupado de su voz. Apartó el flequillo rubio que velaba su rostro y levantó su rostro por el mentón.

—Eh. Va a salir todo bien. Calvo va a estar a tu lado y Guarida también —dijo Inés, y masajeó su espalda entre los omóplatos. Ascendió hacia la base del cuello y Erik emitió un gruñido de placer—. No te eches

toda la responsabilidad de la cirugía encima, ¡sois un equipo!

—No puedo evitarlo. Siento que el responsable soy yo. Desayuna tranquila —dijo dándole un beso en los labios.

No la esperó. Se duchó y se vistió, sin prisas, pero con cierta urgencia latente empujándolo a hacer todo más rápido que lo habitual.

—¿Ya te vas? —preguntó Inés, aún en pijama, sorbiendo el café con calma. Le echó un vistazo al reloj. No eran ni las seis y media.

—Me voy. No aguanto más estar en casa.

Todo el equipo quirúrgico estaba preparado en la antesala del quirófano. Erik divisó a Paloma en la sala de espera y se acercó para darle ánimos. No era el momento de dudas ni titubeos. De poner en entredicho su capacidad. Eso lo había dejado para los días anteriores a la cirugía. Le había servido hablar con Inés, depositar en ella sus miedos. Ahora tenía que centrarse en una sola idea: era el mejor. E iba a hacerlo bien.

—Hola, Paloma. ¿Lista para un largo día? —dijo con una sonrisa que intentó que fuera cálida y acogedora. La mujer correspondió, cansada y ojerosa, pero conservando, como siempre, una actitud optimista.

—Lo estamos. Mi marido vendrá un poco después. ¿Sabremos algo antes de que termine la cirugía?

—Vendremos a informarte cada dos o tres horas, y si hay algún cambio importante, también lo haremos. —Erik comenzó a notar su corazón bombear más rápido. La adrenalina inundaba su torrente sanguíneo y agudizaba sus sentidos. La espera alerta del estado previo a una cirugía importante se apoderó de él y sintió la necesidad acuciante de volver a su lugar—. Ya traen la incubadora de Esperanza, tengo que irme.

—¡Doctor Thoresen! —La mujer lo retuvo del brazo. Un ruego silencioso se leía en su mirada—. Gracias.

Erik solo sonrió.

«Todavía no me las des», pensó mientras regresaba a la antesala del quirófano.

Comenzó a lavarse las manos junto a Guarida. Calvo ya estaba en el

interior de la sala y una enfermera lo ayudaba a colocarse la bata estéril. La anestesista que se había ocupado del preoperatorio de la niña estaba allí. Bien. Cuando acudió a él para resolver algunas dudas, le pareció una persona muy aguda y competente. Salinas, el jefe de Neonatología, estaba allí también.

—Esto parece la carpa de un circo en vez de un quirófano —gruñó Erik al ver el despliegue de personal que acomodaba a Esperanza en la camilla y cuidaba de que tubos, catéteres, cables de monitorización y sondas no se moviesen de su lugar—. Echaría a la mitad de los que están ahí.

Guarida se echó a reír, y señaló con la cabeza, al tener todavía las manos bajo el chorro de agua, las cabezas curiosas de varios internos y residentes en el palco acristalado que aún estaba visible.

—El público también es digno de cualquier espectáculo. No todos los días se asiste a un récord nacional —dijo con expresión resignada. Erik lo conocía lo suficiente como para saber que no lo decía con suficiencia, sino con ironía—. Vamos al *show*.

—¡Doctor Thoresen!

La mirada anhelante de su residente no lo conmovió en lo más mínimo. Sabía con claridad meridiana qué hacía allí. Y también tenía muy clara cuál iba a ser su contestación.

—Doctor Gómez.

—No me ha dicho nada sobre mi participación en la cirugía.

—Porque usted no va a participar en la cirugía.

En ese momento, sí le dio un poco de pena. El desconcierto descompuso la cara del residente en una mueca de sorpresa casi cómica.

—Pero ¡es una oportunidad única! Nunca en Chile se ha operado un Norwood en un paciente tan pequeño —dijo con tono suplicante. No debió de darse cuenta de que había juntado las manos en un gesto de ruego—. ¿No necesitan cirujano de recambio?

—Necesitamos varios cardiocirujanos de recambio —subrayó Erik, marcando el prefijo que Mario había olvidado—. Somos cuatro y con eso basta.

—Pero...

—¿Ha pasado ya visita en la UCI? ¿Y los pacientes de la planta? ¿Qué hay de la consulta de postoperatorio? —dijo Erik, ya un poco irritado con la insistencia del residente. El grifo automático dejó de manar y dejó escurrir el agua hacia los codos, manteniendo las manos en alto—. Tienes mucho trabajo de residente por hacer. Todavía no es tu momento.

Mario asintió, cabizbajo, y se marchó. Le gustaba su manera de ser y tenía instinto, pero le esperaba un largo camino todavía para ser cardiocirujano. Se echó a reír y se sintió viejo. Había asistido a una escena muy similar con Dan, la semana anterior. Al menos, su antiguo pupilo había acatado sin rechistar su condición de reservista. Lo divisó brevemente en la salita de las enfermeras, con un café delante y consultando su móvil.

—El tórax es demasiado pequeño para los tres —dijo Guarida, que se salió del campo quirúrgico—. Empezad vosotros. Cuando necesitéis relevo, Suarez y yo entraremos.

Calvo ya tenía preparado el minúsculo tórax y lo esperaba con las manos enguantadas en alto, cuidando de no contaminarse.

—¿Preparado, doctor Thoresen?

—Nací preparado —dijo en un arranque de arrogancia—. Solo espero que la paciente también lo esté.

Pero justo antes de abrir la piel con el bisturí, se encomendó al universo. A quien fuese, o lo que fuese, que regía la fortuna de este mundo, le pedía que todo saliese bien.

La primera parte de la cirugía, hasta exponer el corazón, fue rápida y sencilla.

—Tienes buenas manos, Erik —dijo Calvo, impresionado por la fineza con que había abordado la toracotomía, de unos cuatro centímetros. Habían tardado algo más de media hora en llegar allí—. La paciente sigue sólida y estable.

—Bien. Enfermera, que el doctor Suárez se prepare. Quiero que te asista él en colocar las cánulas de circulación extracorpórea y el clampaje, y que vea cómo se hace en un corazón de estas características. —Mientras retrocedía de la mesa y se quitaba los guantes, preguntó—. ¿Cuánto te llevará?

—Una media hora —respondió Calvo, ocupado en fijar bien los

tejidos para trabajar sin tener que preocuparse por ello después—. Me parece bien. Descansa las manos y come algo. No bebas.

Erik asintió. Cuando empezaran la cirugía a corazón abierto no podría cambiar hasta terminar, salvo que fuese imprescindible. Y sabía que el tiempo promedio de la reparación podía ser de unas cuatro o cinco horas. Tenía que darse prisa, porque quería hacer algo antes de empezar. Necesitaba decirle a Inés un par de cosas.

—¡Eh, hola! —dijo sorprendida. Levantó la cabeza de la pantalla del ordenador con una sonrisa que borró la tensión que sentía—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué has salido del quirófano?

—Mientras abría el tórax de Esperanza he tenido una epifanía. Puedes reírte si quieres —dijo con tono glacial. Inés apartó las manos del teclado y comenzó a girar el anillo en su anular izquierdo, en un gesto inconsciente que había adoptado desde el primer día que lo puso en su dedo—. Quiero casarme contigo. No porque sea lo que necesites, o porque quiera darte seguridad, o porque estés, como tú dices, rota por dentro.

—Erik... —musitó ella con dulzura.

—Déjame terminar. Quiero casarme contigo porque estos meses le han dado la vuelta a mi vida, Inés. —Se detuvo y sonrió. Le había costado entender todo ese tiempo a lo que ella se refería con eso de no hacerlo por las razones equivocadas—. Quiero casarme contigo porque me he dado cuenta de que soy yo el que lo necesito. A ti. Con mi vida. Dentro de mi vida. Todos los días. —Se aturulló con las palabras y la risa cristalina de Inés lo interrumpió—. Como se diga.

—Sí.

—¿Sí?

Inés abandonó toda la contención. Se abalanzó entre sus brazos y lo besó. Le dio lo mismo que Andrea, la enfermera, las pacientes y los familiares los viesan. Erik secó con las yemas de sus pulgares las lágrimas de dicha que escaparon de sus ojos.

—¡Pues claro que sí! ¿Puedes quedarte a celebrarlo un momento, tomarte conmigo un café?

—No. Tengo que volver al quirófano. Pero si tienes algo de comida, me vendrá bien.

Inés resopló y negó con la cabeza. Así era su vikingo. En un momento le pedía matrimonio y, al otro, tenía que irse a operar. Rebuscó en el bolso y encontró una barrita energética. También rescató un plátano de su media mañana.

—Cuando acabe la cirugía, hablamos de los detalles.

Ella solo sonrió. Lo vio marchar, todavía boquiabierto por lo que había pasado, mientras se alejaba por el pasillo comiéndose el plátano.

—Eh, futura novia —dijo Andrea desde la puerta. Le guiñó un ojo con una enorme sonrisa—. ¡Felicidades! Pero ¡espabila!, en serio tienes que ponerte a trabajar.

Erik volvió al quirófano con fuerzas renovadas y el azúcar por las nubes. Calvo lo miró con extrañeza cuando se acomodó de nuevo en la posición de primer cirujano. Echó un vistazo para cerciorarse de que todo iba bien; Dan había hecho un buen trabajo.

—¿Todo bien, Erik?

—Todo perfecto.

Después de las primeras dos horas, se dio cuenta de que no operaba a su ritmo habitual. Cada corte con el bisturí o la tijera debía ser preciso, microscópico. Cada punto forzaba al máximo su mano derecha, que sujetaba el portaagujas. La izquierda debía esperar en el aire, sin ningún sostén, para asistir con la pinza. Apoyó durante un instante los muñequés sobre el campo estéril y giró el cuello hacia un lado, hacia el otro, despacio. Comenzaba a notar una molesta tensión a nivel lumbar, pero la aisló. No podía pensar en eso ahora.

—Suelta el instrumental durante unos minutos, Erik —aconsejó Calvo. Al jefe supremo se le notaban las tablas. Él era el primer cirujano, pero notaba cómo lo dirigía en algunos momentos clave—. Tienes los dedos agarrotados.



Sí. Era cierto. Pero él también conocía sus límites y cuándo podía o no rebasarlos.

—Todavía no. Quiero terminar esta sutura. Si paro ahora, la tensión de los puntos será diferente —dijo, y retomó el trabajo—. Con esto habremos terminado la primera parte. —Un punto. Dos puntos. Tres puntos. Contaba en su cabeza, sabiendo que cada uno de ellos lo acercaba al final de la cirugía. Sin precipitarse. Sin perder el ritmo—. Listo.

Soltó el portaagujas y las pinzas. Abrió y cerró las manos durante unos segundos, satisfecho.

—Paciente sólida y estable. Bien hecho, Erik —dijo Calvo con una sonrisa.

—¿De dónde viene esa expresión? —preguntó con curiosidad—. «Sólida y estable». Nunca la había escuchado en un quirófano.

Calvo se echó a reír, divertido.

—Pero seguro que sí has escuchado el original americano: «Steady and stable». —Limpió el tejido de los pequeños sangrados generados por la aguja, dejando el campo impecable—. La adopté cuando volví de Estados Unidos y no supe encontrar una traducción mejor.

—Sólido y estable. Me gusta.

—Vamos. Segunda etapa. ¿Quieres seguir tú? —ofreció Erik, sosteniendo el bisturí por la hoja para señalarlo con el mango.

—No. Tú lo haces mejor que yo.

Continuó, infatigable. A la tercera hora, dejaron de hablar. Ya habían agotado los temas triviales y, aunque no le importaba embarcarse en un debate político o filosófico en el quirófano de vez en cuando, no estaba de humor.

—Doctor Thoresen, estamos cerca de la cuarta hora de hipotermia. Los pulmones de la paciente empiezan a sufrir, cada vez es más difícil ventilarla —avisó la anestesista, visiblemente preocupada—. ¿Puede darme una estimación de cuánto tiempo más va a necesitar?

—Una hora.

Erik gruñó, todavía quedaba terminar con el injerto. La parte más difícil. Calvo se colocó las gafas en un gesto inconsciente, tras casi dos horas

de inmovilidad total.

—¡Doctor! —lo avisó la enfermera que manejaba el instrumental—, ¡está contaminado!

Erik no podía levantar la mirada del corazón en aquel momento, estaba en un punto crítico. Se aisló de lo que ocurría, percibiendo de manera amortiguada que Calvo se apartaba de la paciente profiriendo insultos. Tenía que seguir. Tenía que seguir. La aorta era aún más estrecha de lo que pensaba al final. Milímetro a milímetro, suturó el conducto. En vez de cuello, tenía un tronco leñoso. Tenía un bloque de cemento en vez de espalda. Cerró los párpados con fuerza un par de veces para humedecerse los ojos. Con el aire acondicionado del quirófano, sentía las córneas como si fuesen cartón.

—Estoy aquí. Dime en qué te ayudo —escuchó de pronto la voz juvenil y preocupada de Daniel.

—¿Guarida?

—Ha salido a atender un *bypass* de emergencia. Mario está con él —dijo Dan. De inmediato aspiró e irrigó el tejido expuesto, mejorando la visibilidad del campo quirúrgico.

—Bien. Como en los viejos tiempos. —Por un par de segundos, se permitió sonreír—. Falta poco. Prepárate para relevarme en cuanto termine con esto.

Cada vez sus dedos se hacían más lentos. Rígidlos. Ya faltaba poco. Un dolor lancinante se extendía desde el índice al codo derechos, enviando descargas con cada movimiento de la mano.

—Doctor Thoresen, la paciente lleva cinco horas en extracorpórea. Tiene dificultades para regular la temperatura desde hace un rato, estamos en veintisiete grados y medio —interrumpió de nuevo la anestesista—. Hay que sacarla de extracorpórea. Y hay que sacarla ya.

Erik sonrió. Había terminado.

—Dan, hazlo. Coordinados para retirar el clampaje, con cuidado.

Soltó la pinza en la bandeja de instrumental con dificultad, e intentó hacer lo mismo con el portaagujas. Pero no pudo. Y entonces, su cerebro registró varias cosas a la vez.

Su mano derecha no respondía. Los dedos, en garra, aferraban el

instrumental y no era capaz de soltarlo. Intentó deshacerse de él con un golpe de muñeca, pero tenía el antebrazo paralizado en bloque.

—¡El corazón no se reinicia! —exclamó Dan, que sujetaba el minúsculo corazón entre las palas. Volvió a activar la descarga, y el corazón se contrajo, pero después no latió.

—No soy capaz de aumentar la temperatura, ¡más suero caliente! ¡Quitad todo el hielo de la hipotermia! —gritó la anestesista, ya sin esconder su temor, mientras metía las manos bajo el pequeño cuerpo de la paciente para poner una manta eléctrica.

Un acceso de pánico lo inundó cuando las alarmas del monitor de la anestesista comenzaron a pitar. Cerró los ojos un segundo. No. Ahora no podía perderla. No después de la cirugía. Un aborto, sí. Cuidados paliativos, sí. Pero ahora, tenía que sobrevivir. Había llegado hasta allí, había peleado como una jabata.

—*Svarte Helvete!* ¡Dan, adrenalina intracardiaca! Directamente en el ápex. ¡Vamos!

—Pero...

—¡Yo no puedo hacerlo! ¡No puedo mover la mano! —La enfermera perfusionista cargó con celeridad la medicación y la dejó sobre el paño verde—. ¡Hazlo!

Dan no lo pensó. Cogió la diminuta jeringa e inyectó la adrenalina.

—¡No! Eso no funciona —lo interrumpió, al ver que cogía de nuevo las paletas para reiniciar el corazón con otro choque eléctrico—. ¡Hazlo con la mano! ¡Entre los dedos!

Jamás había sentido tal impotencia. Los dedos le hormigueaban con un dolor insoportable y toda la mano le temblaba de manera absurda.

Dan tomó entre sus dedos el diminuto corazón, sin saber muy bien qué hacer.

—Masajéalo, masajéalo, masajéalo —indicó Erik, marcando el ritmo del latido.

De pronto, el diminuto corazón pareció querer escapar de entre sus dedos. Dan detuvo el movimiento de su mano.

Un latido.

Otro.

Otro. Otro. Otro.

El corazón, suturado, cogió impulso e imprimió en el monitor un ritmo rápido y sostenido.

—*Svarte Helvete*, ¡me cago en todos los demonios del averno! — gruñó de modo que las paredes del quirófano parecieron retumbar.

—¡Lo hemos conseguido! —celebró la anestesista, que se desplomó en la silla—. Temperatura subiendo, treinta y tres grados. Doctor Thoresen, en su próxima cirugía, ¡no cuente conmigo!

—Vamos, doctor Suarez. Cables de marcapasos externo. Tenemos un alto riesgo de arritmias después de esto —dijo, incapaz de celebrar nada. Abrió con dificultad sus dedos en torno al acero del portaagujas con la mano izquierda y lo retiró. Se frotó la palma con el pulgar y un dolor intenso se propagó a lo largo de sus dedos—. Llamen al doctor Calvo. O a Guarida.

La enfermera, atenta al estado de su mano, corrió hacia la sala de médicos.

—El doctor Calvo se está lavando.

—Gracias, Dan —dijo en un siseo mientras mantenía el masaje sobre la palma de su mano. Quería gritar del dolor, pero apretó los dientes—. La inflamación de los pulmones impedirá el cierre del tórax, hay que mantenerlo abierto hasta que lo controlen en la UCI.

—Lo sé, lo dejaré cubierto y protegido. No te preocupes.

—¿Fugas?

—Ninguna. Las suturas están perfectas. Erik, ¿estás bien? —respondió Dan, angustiado.

—Doctor Thoresen, ¿qué le ocurre a su mano? —añadió Calvo, alarmado, al ver la posición agarrotada y antinatural.

—Seguid vosotros. Avisadme si algo va mal.

Recibió las felicitaciones calurosas de las enfermeras de recambio, pero no había nadie más allí. Guarida y Mario operaban de urgencia, y Dan y Calvo estaban aún con Esperanza. De pronto, vio la melena castaña de Inés por el ojo de buey y sonrió. Ella entró y lo abrazó con fuerza. Tenía los ojos llorosos.

—Lo he visto todo desde el palco, cuando vi que el corazón de Esperanza no latía tras el primer chispazo, casi me muero —dijo trémula, metió las manos bajo la casaca del pijama y soltó una exclamación—. ¡Erik! ¡Estás empapado de sudor helado!

—Lo hemos conseguido, Inés. Al menos el primer paso —dijo ignorando su preocupación. Era lo habitual tras cirugías así, con la hipotermia, a veces se pasaba frío y la reacción vagal de su cuerpo por el dolor que sentía empeoraba la situación—. Vamos a informar a Paloma y después nos vamos a casa.

No hay momento de mayor soledad para un cirujano que cuando la incertidumbre se cierne sobre el resultado de su intervención. No hay euforia. No hay gloria. Ni siquiera arrogancia. Eso venía, si es que venía, unos cuantos días después. Se acordó de Cristián, y pensó que aquel chaval le había enseñado muchas cosas. Entre ellas, a no confiarse, saber que no todo depende de ti al cien por cien y que había que esperar.

—Te estás acordando de Cristián —murmuró Inés, como si le leyera los pensamientos. Él solo asintió. Seguía masajeando su espalda en movimientos circulares que, incluso caminando, le generaban un agradable sopor—. Mira, ahí están Paloma y su marido.

—¡Doctor Thoresen! —dijo la mujer, con los ojos cubiertos por una curiosa mezcla de esperanza y pavor—. ¿Cómo está mi niña?

—Hemos terminado la parte más complicada de la cirugía, Paloma. Al corazón le ha costado un poco reiniciarse, pero ahora late con fuerza y a un ritmo adecuado gracias a los cables del marcapasos —dijo Erik, olvidando su cansancio. Se irguió y mostró una sonrisa tenue—. Queda todavía un buen rato para que salga, y cuando lo haga, no quiero que os asustéis. Tendrá muchos cables, tubos y sondas, pero necesita todos y cada uno de ellos. — Inés frunció el ceño y lo miró interrogante. Acababa de darse cuenta del estado de su mano, y la escondió con disimulo cruzándose de brazos—. También debéis saber que su tórax sigue abierto, así que habrá que entrar de nuevo al quirófano para cerrarlo en dos o tres días más.

—Mil gracias, doctor Thoresen. ¿Cuándo podremos verla? —dijo el padre con un temblor en la voz. Paloma no podía hablar, estaba demasiado emocionada.

—Cuando terminen de dejarla cómoda y preparada para el traslado a

la UCI Neonatal, el doctor Calvo o el doctor Suárez os informarán de todo — dijo señalando la puerta del quirófano—. Podréis acompañar a Esperanza mientras vaya en la incubadora, y cuando llegue a la UCI, los neonatólogos la recibirán allí y os explicarán bien los horarios de visita y lo que hay que hacer.

Se deshicieron en elogios y agradecimientos, pero de nuevo todo el antebrazo y la mano volvieron a dolerle y contrajo el rostro en un rictus de dolor. Se despidió de los padres, que no se dieron cuenta. Pero Inés lo acorraló en cuanto salieron del pasillo.

—¿Qué le ocurre a tu mano, Erik? —dijo y la cogió entre las suyas, mirándolo con aprensión al descubrir el agarrotamiento y la rigidez.

## *Easy way, hard way*

Inés esperó a que saliera de la ducha, preocupada. Ya habían pasado un par de horas desde que habían llegado a casa y Erik seguía sin recuperar la movilidad y la sensibilidad de la mano.

—Te he preparado algo de comer, te sentará bien, vamos. —Lo cogió de la mano enferma, que tendía a llevar pegada al cuerpo, como para protegerla de una amenaza desconocida—. ¿Qué tal con el agua caliente?

—Ya no me duele y ha disminuido un poco el hormigueo, pero sigo sin tener fuerzas.

—Pero va mejorando. Cuando saliste del quirófano tenías la mano totalmente rígida —dijo Inés, sin querer ser demasiado entusiasta. Sabía que Erik rechazaría cualquier signo de lástima o conmiseración—. Una buena noche de descanso, y estarás nuevo.

—No sé, *kjaereste*. He estado en cirugías largas muchas otras veces y nunca me ha pasado esto. —Frunció el ceño, incapaz de esconder su abatimiento—. Pero sí es verdad que trabajar en un corazón tan pequeño ha sido una paliza. Cinco horas de extracorpórea. Además de la hora previa para abrir el tórax.

No podía cortar la carne con el cuchillo, así que Inés lo hizo por él. Después, se sentó en su regazo y lo alimentó dándole los trozos en la boca con la mano. Pese al cansancio y la preocupación, los ojos de Erik brillaron con lascivia y atrapó sus dedos entre los dientes.

—Eres incorregible —rio Inés, tirando de ellos para recuperar su mano—. Seis horas de cirugía, una mano hecha polvo, ¿y aún tienes fuerzas para mirarme así?

—Necesito la mano para operar. Para follarte me llega de sobra con una, porque puedo utilizar la boca —dijo, y la hizo saltar sobre sus muslos—, y otras partes que en el quirófano están vedadas.

—¿En serio? —Inés lo observó de hito en hito.

—En serio. Pero hoy no. Hoy estoy fuera de combate y bastante preocupado.

—La mano se va a recuperar, es cuestión de tiempo —lo consoló Inés. La cogió entre sus dedos y la besó con dulzura. Percibía los movimientos débiles y la sensación gomosa del rango de movimientos—. Va a mejor y solo han pasado unas horas.

—No pudimos cerrar el tórax de Esperanza y tiene un edema agudo de pulmón. No sé si se recuperará de la cirugía —confesó, cambiando de tema de manera radical—. ¿Sabes algo más?

Inés rehuyó su mirada un instante. Quizá era mejor no decir nada, pero Erik tenía derecho a saberlo y ella ya había hablado dos veces con sus compañeros de la UCI de neonatos.

—Está muy grave. Ya sabes, después de la extracorpórea, a veces el cuerpo se descontrola por completo —explicó Inés, evitando decir el diagnóstico en voz alta—. Tiene mucha asistencia de respirador y muchísima medicación para mantener el corazón funcionando.

—¿Un síndrome de respuesta inflamatoria sistémica?

Inés asintió. Las siguientes cuarenta y ocho horas serían cruciales para Esperanza.

Inés se levantó sin hacer ruido. Erik necesitaba dormir, por la noche había caído como un saco de plomo en la cama. Ella avisaría a Guarida de que se tomaría un par de días libres para ver lo que pasaba con su mano.

Sabiendo que estaría en su despacho, se dirigió a la Unidad. Todos los cardiocirujanos parecían estar cortados por el mismo patrón: arrogantes, tocapelotas y obsesos del control. ¿No era suficiente con llegar al quirófano a tiempo? No. Tenían que supervisar cada ínfimo detalle desde al menos una hora antes. Y Guarida también era así.

—Buenos días, doctora Morán, Inés, ¿cómo está Erik? —preguntó con cordialidad al verla entrar—. ¿Mejor de la mano?

—Ayer mejoraba poco a poco, esta mañana seguía durmiendo cuando



me marché.

—Ayer fue un día de mucha tensión para todos, en especial para él —dijo Guarida, preocupado—. Espero que la niña salga adelante, ¿tienes noticias de cómo está?

—Muy grave, pero aguanta. Me pasaré después de hablar contigo por allí para enterarme —dijo Inés, pero se desviaban del tema que la traía hasta allí—. Hernán, Erik necesita un par de días.

—Que se tome los que necesite para recuperarse. Dile que aproveche para arreglar temas de guardias y calendarios quirúrgicos, Dan lo ayudará —contestó él. Le pasó una carpeta con una pegatina con su nombre e Inés lo miró, interrogante—. Es un poco pronto, según mi opinión, pero sé que te vas de rotación externa a Estados Unidos y quizá no tengamos ocasión de hablar. Esto es para ti.

—¿Qué es? —preguntó, curiosa.

—Una propuesta de contrato para cuando termines la subespecialización. Queremos que te quedes —dijo Guarida con una sonrisa amable—. En especial, la artífice de esta propuesta.

Inés lo miró, extrañada. ¿«La» artífice? No podía ser Erik. ¿Habría sido Andrea Garay? No pudo aguantar su curiosidad.

—¿Puedo saber quién?

—Claro —dijo Hernán con una sonrisa—. Ha sido Marita Mardel.

Inés salió del despacho volando entre las nubes. La posibilidad de quedarse en el San Lucas era ya una realidad. En su cabeza aparecieron las palabras de Dan: «Somos los mejores». Pese a las dificultades de compartir espacios de trabajo con Erik, ¿iba a renunciar a ejercer en el hospital más puntero de Chile, y uno de los mejores de Sudamérica, solo porque sería más fácil hacerlo en otro lado?

Aunque la carpeta le quemaba en las manos, la guardó con cuidado en su bolso y fue a ponerse la bata. Todavía era muy temprano, el área de Medicina Fetal estaba en silencio, y olía a desinfectante y al ambientador suave de lavanda que le gustaba a Andrea. ¿Podría seguir allí también? Había trabajado muy duro para llegar donde estaba.

Sacudió la cabeza. Todavía le quedaban algo más de cinco meses de residencia y lo primero que tenía que hacer era informarse del estado de

Esperanza para informar a Andrea. Y a Erik. Y a Guarida. Y al doctor Calvo, que la había escogido como su interlocutora tras la cirugía. Por si no le quedaba claro que seguía siendo residente.

Cuando entró a la UCI Neonatal y vio a la niña sobre la cuna térmica, se le encogió el corazón de pura angustia.

La cara menuda de Esperanza no se veía entre el tubo traqueal, la sonda nasogástrica y el monitor de función cerebral. El pecho estaba rodeado por una venda protectora para cubrir la herida abierta, de la que emergían los cables del marcapasos, de la monitorización cardiorrespiratoria y de temperatura, y dos minúsculos tubos de drenaje que contenían un poco de líquido sanguinolento. De sus brazos y piernas salían vías centrales y periféricas. Inés contó las bombas a las que estaba conectada: siete de medicación y una con la alimentación. Cerró los ojos para no verla durante un instante. Exactamente a eso se refería Erik con encarnizamiento terapéutico. Solo podían esperar y desear que todo aquello valiese la pena.

—Es una peleona —dijo la enfermera que velaba por su cuidado—. Se despierta y lucha contra el respirador, hemos tenido que sedarla. Todavía le quedan fuerzas.

—¿Cómo está del edema pulmonar y la inflamación sistémica?

—Tendrás que preguntarle al adjunto —advirtió, sin querer dar información que no le correspondía—. Pero está mejor.

—¡Venga ya! —protestó Inés con una sonrisa débil—. Vosotras siempre lo sabéis todo. Dame un adelanto.

La enfermera sonrió y le mostró la gráfica donde ellas recogían de manera horaria las constantes vitales y los parámetros de asistencia de los pacientes graves.

—Las tensiones están mejor. Y el *staff* de guardia ha podido disminuir un poco la medicación y la ventilación mecánica. El doctor Thoresen ha llamado hace un rato para saber cómo estaba —informó, señalando el pequeño apunte en la esquina de la gráfica donde anotaban las incidencias. ¡Cómo no! Erik era incapaz de desconectar teniendo una paciente tan grave—. Dice que si sigue mejorando, al final de la semana podrán cerrar la toracotomía.

—Gracias, vendré por la tarde para saber cómo va.

La enfermera sonrió y se apresuró a volver con sus compañeras, que se preparaban para el cambio de turno. Inés también tenía que volver a la consulta.

Andrea tenía la culpa de que se le olvidase que era residente. Trabajaban de igual a igual y comentaban las pacientes en profundidad. Inés hacía mucho tiempo que no estudiaba tanto. Cada embarazada, cada bebé, suponía un aprendizaje. Y su tutora la estimulaba siempre a buscar más allá de lo obvio. La echaría mucho de menos cuando terminase la rotación.

Pese al trabajo, no podía evitar mirar el móvil de vez en cuando para ver si Erik había contestado a los *whatsapp* que le había mandado. Nada. Aparecían leídos, pero no contestaba. Y si no contestaba, tampoco quería hablar. Y si no quería hablar, era que no estaba mejor.

Cuando llegó a casa encontró la mesa del salón inundada con papeles. Erik había salido con Loki. Sonrió al ver el Netter, el tratado de anatomía humana, que no consultaba desde la carrera. Estaba abierto por la inervación de la mano. Echó un vistazo a las hojas impresas: «Compresión del nervio mediano». «Síndrome del pronador redondo».

Típico. Se enfadó un poco. Si él no lo hacía, ella misma pediría cita con un neurólogo al día siguiente. Recogió todo aquello lo mejor que pudo para comer algo y cogió el móvil.

—¡Hola! ¿Dónde andas? —dijo mientras exprimía unas naranjas.

—He salido a correr. No aguantaba ni un minuto más estar en casa —refunfuñó al otro lado de la línea—. Y Loki necesitaba aire.

—¿Qué tal la mano?

Tardó unos segundos en contestar. Inés notó la vaharada de angustia ascender por su garganta.

—Cuando llegue a casa te cuento.

No quería demostrar lo preocupada que estaba, pero cuando llegó, lo abrazó con fuerza, escondiendo el rostro entre sus pectorales. Abarcó la envergadura de su espalda con los brazos y apretó con fuerza.

—Dime que estás mejor.

—Estoy mejor. Pero no bien.

La cogió por ambas manos y apretó. La izquierda hacía una fuerza

controlada para no triturarle los dedos. La derecha apenas se movió.

—Vaya. Pero no pasa nada, ¡aún no han pasado ni dos días!

—Inés, quiero pedirte un favor. Me siento encerrado aquí en Santiago. ¿Puedes llevarme a Farellones? —gruñó, reacio a pedirselo—. Sé que es una paliza, pero me llevaré a Loki, me relajare unos días, y veré si todo esto no es más mental que físico.

—No.

—¿No? —Erik la miró ofendido. Ella se echó a reír ante su expresión de sorpresa ultrajada.

—No. Porque, aunque tengas todos los libros de Neurología, y acceso a toda la información, mañana vas a ir a ver un neurólogo —dijo con fastidio evidente—. Esto no es una amigdalitis para que te la puedas automedicar con unos cuantos días de antibióticos, ¡tiene que verte un especialista!

—No creo que sea para tanto. Es solo estrés. Voy mejorando poco a poco, y...

—Magnus Erik Thoresen —lo interrumpió Inés, cabreada—. ¿Acaso dejarías que un Digestivo operase a corazón abierto, por mucho que supiese de cirugías?

—No es lo mismo —dijo Erik, con tono glacial. Inés ignoró lo poco que le gustaban sus palabras.

—Pese a tu prepotencia y arrogancia, debo informarte de que, aunque los cardiocirujanos os creáis que vivís en el olimpo de los médicos —ironizó Inés, mientras servía un vaso de zumo de naranja para él—, no sois ni mejores ni peores que otros especialistas. ¿Quieres que un cardiocirujano te vea la mano? ¡Vale! Por mí, bien. Pero eres un irresponsable. —Intentaba por todos los medios mantener controlado el tono de voz, cuando en realidad tenía ganas de abofetearlo—. Toma, bebe. Vienes sudando, cuando deberías descansar.

Erik estiró la mano derecha por instinto. El vaso de cristal se escapó entre sus dedos y estalló contra el suelo con un estruendo demoledor. Ninguno de los dos dijo ni una sola palabra, hasta que Loki entro desde la terraza para saber qué estaba pasando.

—Coge a Loki y llévalo fuera, anda —dijo Inés, que se agachó a recoger los cristales. Erik se inclinó para ayudarla, pero ella lo empujó con

suavidad—. Haz lo que te digo. Y ve a ducharte. Hueles a tigre. Ya me encargo de esto yo.

—*Svarte Helvete...*

Erik gruñó, cuando quería gritar envuelto en pura frustración. Apretó los puños con rabia y el derecho solo llegó a ser una garra tiesa e inútil. Un acceso de pánico lo inundó. Inés tenía razón. No era más que un irresponsable. Su mano derecha era la herramienta principal de su trabajo, ahora entendía a esos cirujanos, de los que solía burlarse, que aseguraban sus manos por importantes sumas de dinero.

Bajó de la ducha más tranquilo y con la decisión tomada. Abrazó a Inés, que ya había exprimido otro zumo para él. La abrazó con fuerza, reconociendo su miedo sin palabras.

—¿Puedes pedirme la cita que decías? Yo no sé a quién acudir. Solo te pido una cosa —dijo Erik, y la cogió del mentón para obligarla a mirarlo a los ojos—. No quiero que pidas favores. Utiliza los cauces regulares. ¿Lo harás?

Inés solo sonrió.

Inés apretó el ritmo en la consulta. Dejó algunos informes pendientes para paliar el retraso tras indagar cuál era el mejor neurólogo para que viese a Erik. El doctor Torres, especialista en trastornos neuromusculares había sido muy amable. Y en cuanto le mencionó, así como de pasada, que el doctor Thoresen era el jefe de sección de Cardiocirugía de Defectos Congénitos, le dio cita para esa misma tarde. De algo tenía que servirle la maldita etiqueta, además de provocarle problemas y estrés.

«Tienes cita a las cuatro de la tarde, yo te acompaño. Te espero a menos cuarto en la puerta del hospital».

Pasó a la siguiente embarazada y reprimió un quejido. Gemelar. Doble trabajo. Mientras la paciente se vestía con la bata y se acomodaba en la camilla, miró su móvil a hurtadillas.

«¿No habíamos quedado en que seguirías el cauce regular?».

Se echó a reír sin poder evitarlo. Sobre todo, al ver el emoticono

gruñón que acompañaba la frase.

«Es el cauce regular para los jefes. ¡Supéralo! ?? ».

Tecléo con rapidez y apagó el maldito móvil. A veces sentía tal dependencia que debería encerrarlo en un cajón y tirar la llave en el mar.

La experiencia del neurólogo se hizo notar en cuanto comenzó las preguntas, concisas y concretas, sobre el estado de la mano de Erik. Lo hizo desnudarse de cintura para arriba e Inés reprimió una risita al ver la expresión estupefacta del médico cuando descubrió sus *piercings* y los tatuajes. Ella también se fijó que, aunque el ambiente no era precisamente muy evocador, aún sentado en la camilla de plástico cubierta con papel, se volvía loca con su piel. Erik obedeció en silencio las órdenes monótonas de la exploración neurológica y se encogió de hombros hacia ella cuando el médico terminó y se dirigió a su mesa para elaborar el informe.

—Ahora mismo te cuento, no hay nada por lo que preocuparse, vístete.

Los dos se sentaron frente al neurólogo, que le mostró un modelo de plástico de un brazo, y señaló a la altura del codo.

—Tu mano está así porque el nervio mediano está atrapado a este nivel, y se encarga de inervar todo esto —dijo, recorriendo con un puntero de acero desde el antebrazo hasta los dedos—. Lo más probable es que, con la dureza de la cirugía, y tantas horas inmóvil, tengas una contractura o una rotura de fibras, incluso un hematoma, pero aunque sea improbable, quiero hacerte una resonancia para descartar otras cosas.

Erik tragó saliva. Esas «otras cosas» solían ser un tumor.

—La pediré urgente, porque la compresión, si empeora, puede dañar el nervio de manera definitiva.

—Yo me encargaré de tramitarla —dijo Inés, con una sonrisa. Erik iba abrir la boca para decirle algo y lo fulminó con la mirada. No estaban las cosas para el puñetero cauce regular.

—Perfecto. Mientras, quiero que hagas ejercicios con esto. —Puso en su mano derecha una pelota de goma blanda—. No forzarás la mano, porque opone muy poca resistencia, pero mantendrá el trefismo del nervio y los músculos. Quiero verte en cuanto te hagas la resonancia, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Erik le tendió la mano derecha y el médico se la

apretó, sosteniéndosela con firmeza.

—Te recuperarás en cosa de un par de semanas. Paciencia.

Inés miró al techo. Iban a ser dos semanas muy largas.

—Espérame en la cafetería, voy un segundo a Rayos.

En vez de eso, Erik prefirió asistir al pase de guardia de la tarde en la UCI neonatal. Salinas, el jefe, lo saludó, ya acostumbrado a verlo por allí.

Esperanza mejoraba cada día, aunque todavía necesitaba mucha asistencia. Pero la inflamación de los pulmones había cesado y ya podían cerrar la toracotomía.

—La programaré para cierre el jueves —dijo Erik, fastidiado porque sabía que él no estaría presente en la operación—. Informaré a Guarida y a Suarez para que coordinen todo con vosotros.

Se encontró con Inés en la puerta de la cafetería. Sonreía y le tendió una hoja de papel.

—Mañana a primera hora te hacen la resonancia. ¡Y yo no he tenido nada que ver! —aclaró al ver la expresión acusadora en su rostro. Era incorregible—. Ha sido Torres quien ha escrito «urgente» en el volante.

Pese a que Inés se estaba comportando como la mocosa irritante que era a veces, no pudo evitar sentir alivio. Apretó la pelotita, al menos eso podía hacerlo, y dejó que ella condujera hasta casa. Era una mocosa. Pero también era una mujer. Su mujer.

—¿Cuándo quieres que nos casemos? Porque yo tengo una idea.

Inés frenó en seco el coche en mitad de la maniobra para aparcar.

—Oye, no me des estos sustos, que no quiero llevarme por delante una columna. ¿Qué tienes en mente? —dijo con una sonrisa llena de ilusión.

—Algo sencillo, ya lo sabes. Pero ¿qué tal si nos casamos en las vacaciones?

Se moría por contarle todo lo que estaba preparando, estaba seguro de que le iba a encantar. Pero aún le faltaba afinar varios detalles, y veía los inconvenientes de tener a la familia y a los amigos en puntos opuestos de la geografía mundial.

—Si no me dices dónde, va a ser difícil opinar —respondió riendo

Inés—. ¿Tengo que buscarme un vestido de novia?

—Por mí, como si quieres hacerlo en bikini. —Soltó una carcajada al ver su expresión de sorpresa cómica—. Ya lo verás.

Por la noche, Inés buscó su piel. Con las manos, con los labios. Cerró los ojos al sentir su cuerpo reaccionar a las caricias. A los pequeños besos que dejaban una estela de cercos húmedos en su pecho. Pero su cabeza estaba muy, muy lejos de aquella cama. En concreto, estaba en el aparato de resonancia del San Lucas.

—No te preocupes. Yo, mejor que nadie, te puedo entender —dijo ella con una sonrisa resignada. Le tapó la boca con dos dedos cuando intentó decir algo—. Ya nos resarciremos en las vacaciones. Ahora, abrázame.

Inés no pudo acompañarlo a la prueba. Mejor. Se metió en el tubo de resonancia y se dejó hacer mientras le cogían la vía para inyectar el contraste. Inés le había dado un somnífero, y aunque había dudado en tomárselo, lo hizo finalmente. El martilleo metálico de la prueba estaba amortiguado por unos cascos de los que salía una insulsa música ambiental. ¿Y si tenía un tumor? No quería enfrentarse a esa probabilidad. Durante unos minutos, mientras hacía efecto la medicación, su cerebro dibujó un plan morboso de cirugía, quimioterapia y radioterapia que acabaría con su carrera de cardiocirujano.

Una hora y media después, el radiólogo lo remecía con una sonrisa.

—En un par de horas tendrás el informe definitivo, pero ya te digo que tienes un atrapamiento del nervio mediano por un hematoma muscular grandecito, pero que ya está en resolución —dijo sentado junto a él—. Que te vea el traumatólogo, para que te diga qué tienes que hacer.

Sentía la cabeza embotada y parpadeó varias veces hasta deshacerse del emborronamiento de su visión. ¿Qué coño le había dado Inés? Cuando la realidad de lo que le había dicho caló en él, tuvo que reprimir el impulso de darle un abrazo. Se despidió y le echó un vistazo a su reloj en la muñeca izquierda. Esta vez sería él quien se saltase el cauce regular.

Inés se encontró con él en la puerta de la consulta de Traumatología.

—¿Y eso? ¿No vamos a ver al doctor Torres?

—Ya he hablado con él por teléfono. Me ha dicho que deja el caso en manos del traumatólogo, y que si hay cambios, que hable de nuevo con él. Vamos. Te gustará Boris —dijo, y entraron al escuchar una voz estruendosa



que lo mandaba pasar—. ¡Hola, Boris!

Se abrazaron brevemente, con la típica palmada masculina en la espalda, e Inés musitó un «Hola», sorprendida.

—¡Hola, Erik! ¿Cómo va esa rodilla? ¿Te ha vuelto a joder la vida otra vez?

El hombre era enorme. Macizo. Tenía unos brazos que estaban cerca del diámetro de su muslo. ¿Rodilla? ¿Qué le había pasado a Erik en la rodilla?

—No. No ha vuelto a molestarme. Me pongo la rodillera que me recomendaste para hacer *snowboard* y no abuso de correr —dijo Erik, y se dio unas palmadas en ella—. Fortalezco los cuádriceps con los ejercicios que me diste, y va bien.

—¡De puta madre! ¿Por qué vienes? Y tú, ¿quién eres?

Inés lo miró, desconcertada por su manera brusca y directa de hablar.

—Soy Inés, soy su mujer.

—Oye, podrías haberme invitado a la boda —dijo él, con una carcajada atronadora—. ¿Vienes por esa mano de zombi? Encantado, Inés.

—Tengo un hematoma a nivel del codo, aquí tienes el informe de la resonancia. ¿Hay algo que tú tengas o que yo tenga que hacer?

Boris cogió el papel y lo estudió, concentrado.

—¿Qué te ha pasado en la rodilla? —aprovechó para preguntar Inés.

—Cuando llegué a Chile me lesioné el ligamento cruzado anterior haciendo el loco en la montaña. Boris se ocupó de mí y me salvó la rodilla de operarme, literalmente —dijo Erik. Se echó a reír ante su expresión desconcertada—. Aunque no te lo creas, tengo una vida antes de conocerte a ti.

—Ya veo, ya.

—Bueno, Erik. Aquí tenemos dos opciones. *Easy way, and hard way* —dijo el traumatólogo, que le devolvió el informe de la resonancia—. El camino fácil es entrar en el quirófano, drenar el hematoma y ya. El *hard way*, esperar a que se reabsorba, hacer rehabilitación y esperar dos o tres semanas.

—¿Me puedes explicar cómo es posible que el *easy way* sea una

maldita cirugía? —preguntó Erik, incrédulo.

El traumatólogo se encogió de hombros.

—Tu decisión, rubito. Yo siempre prefiero meter cuchillo, pero si decides el *hard way*, tómate esto —dijo, y le extendió una receta con unos potentes corticoides—. Un truco fácil para que vaya todo más rápido. No hace falta que vuelvas. Solo dime cómo vas. ¡Y a ver si salimos de juerga, por los viejos tiempos! —Le echó una mirada de reojo a Inés—. Solo a tomar unas copas, claro.

—Ya, ya —soltó Inés. Lo apuntó en la lista de «necesita ser sonsacado»—. No quiero ni imaginarme las juergas de vosotros dos.

—Eso está en el pasado —dijo Erik, evitando mirarla y con una sonrisa traviesa en la cara—. Y no tiene ninguna importancia.

—Y el pasado, pasado está —añadió Boris, con solemnidad fingida.

Erik salió de la consulta con ganas de cantar.

# Anestesia

Inés comenzaba a entender la envergadura de lo que había tenido que aguantar Erik en dos meses sin sexo. Ella llevaba una semana y se subía por las paredes. Y encima, los malditos corticoides no funcionaban.

El lunes, después de un fin de semana de reposo, mimos y aguantar al vikingo más gruñón que de costumbre, lo dejó con el desayuno en la cama y el siguiente libro de Joël Dicker.

—No te desanimes, todo irá bien.

Pero ella misma fue a hablar con Boris. El traumatólogo la recibió con una amplia sonrisa y un abrazo que le trituró los huesos.

—¿Cómo está el vikingo? ¿Mejor?

Inés negó con la cabeza. No se sentó, pese a que él le señaló la silla frente a él.

—No. Se ha tomados los corticoides. Eran tres días, ¿verdad? No ha mejorado nada.

Boris se encogió de hombros y abrió las manos para demostrar su impotencia.

—Tienes que convencerlo para el *easy way*, Inés. Si no, tendrá que tomárselo con calma. Dos o tres semanas —le recordó, revisando su historia clínica en el ordenador—. ¿Tendrá paciencia para esperar?

—El caso es si tendré paciencia yo para aguantarlo —gruñó Inés, divertida.

Boris se echó a reír y le dio una tarjeta.

—Si cambia de opinión, mañana mismo le hago un hueco en el quirófano. Es cosa de media hora —dijo, haciendo un gesto de cortar con los dedos—. Abrir, sacar el hematoma, limpiar el músculo, cerrar. Una semana de recuperación.

—Hablaré con él.

Pasó por el quirófano para saber cómo estaba Esperanza tras el cierre del tórax. Había sufrido un pequeño retroceso en su mejoría, pero era esperable al tener que volver al quirófano. La situación de estancamiento tenía a todo el equipo en vilo, pero Paloma siempre tenía un rayo de optimismo que la hacía recapacitar.

—Hemos llegado hasta aquí, ¿por qué no podemos lograrlo hasta el final? —había dicho en una ocasión en que coincidió con ella en una de sus visitas.

Y era cierto. Los médicos vivían presos en el cálculo de probabilidades. Pero a veces, las mejorías inexplicables ocurrían, los casos perdidos se salvaban y la esperanza se abría paso entre matemáticas y dolor.

Cuando volvió a casa, encontró a Erik taciturno y preocupado. Abría y cerraba la mano, obstinado, en torno a la pelota de rehabilitación. Fuera hacía un frío de mil demonios y caía un aguanieve sucio y desagradable, mezclado con la contaminación de la ciudad. No tenía ninguna gana de salir.

—Erik, ¿por qué no quieres operarte?

Él la miró como si estuviera loca.

—Inés, no me voy a someter a una cirugía y a una anestesia general por algo que se puede recuperar solo —dijo Erik, fastidiado—. Además, ¿qué pasa con el postoperatorio?

—Boris dice que serán veinte minutos de cirugía —canturreó para tentarlo—. Y una semana a lo sumo de recuperación.

—¿Has ido a hablar con Boris?

Inés miró al techo en busca de paciencia.

—Erik, sí. Porque estoy preocupada. Porque veo que tú también lo estás, aunque lo niegues. —Le quitó la puñetera pelotita de la mano y se la lanzó a Loki, que corrió a buscarla, loco de contento. Ignoró la exclamación de protesta que Erik soltó—. ¿No confías en Boris? He estado indagando y es muy competente. Vamos, ¿qué ocurre realmente?

Erik tiró de ella para soltarla en su regazo y suspiró. Inés chasqueó la lengua. Lo sabía. Tenía que haber algo más.

—Tengo pánico a que la cirugía se complique. Tengo pánico a que esto vaya a peor. Confío en Boris —dijo con convencimiento. Inés alisó con

el pulgar las arrugas de su frente atribulada—, pero no quiero arriesgar. Pero lo pensaré.

Lo abrazó y él le dio la espalda. Percibía en la rigidez de su cuerpo, en sus hombros crispados y en su parquedad de palabras que pasaba por una tormenta emocional. Le dejó espacio, sabiendo que lo necesitaba. Erik había estado para ella. Ahora le tocaba sostenerlo a él.

Por las mañanas, siempre se levantaba un poco peor. Intentó mover la mano y largó una retahíla de insultos en varios idiomas.

—Es normal, ya lo sabes. La rigidez mejorará según vayas calentando —lo consoló Inés mientras masajeaba la mano y el antebrazo con un poco de aceite—. ¡Sabes que es así!

Erik hizo un mohín desvalido. Frunció los labios en un gesto disconforme. Parecía un niño pequeño dando su brazo a torcer.

—Creo que quiero operarme. Me estoy volviendo loco.

—¡Gracias a todos los dioses del Valhalla! —gimió Inés, que lo abrazó—. No desayunes, voy a hablar con Boris.

Todo funcionó muy rápido. En cuanto habló con él, el traumatólogo lo mandó llamar. Por veinte minutos, no valía la pena reservar un quirófano. Lo metería entre una y otra cirugía programada de aquella misma mañana.

Inés llamó a Andrea para avisarla de dónde iba estar. A su tutora no le hizo ninguna gracia, pero ella ignoró sus palabras un poco irónicas. Sabía que eran fruto del trabajo que se le venía encima, ella también estaba mal acostumbrada a no tratarla como residente, pero solo para lo que le convenía. Ahora sus prioridades estaban muy lejos de la consulta de Medicina Fetal.

—Estas batas son un insulto a los pacientes —dijo Erik, cerrándose la prenda para que no se le viese el trasero. Inés se echó a reír y Boris soltó una carcajada—. A ver si después de esto las cosas mejoran, porque parece que nos han echado la negra. No pienso subirme a esa silla de ruedas.

—Pero ¡es protocolo del hospital! —exclamó el celador, desconcertado.

—Erik, deja que el personal haga su trabajo —lo calmó Inés. Traducía su nerviosismo en irritación y fastidio, y estaba insoportable desde que había llegado al hospital—. Y es cierto, llevamos un añito duro. Pero piensa que, en mes y medio, estaremos de vacaciones muy lejos de aquí.

—Vamos, rubiales. En menos de media hora estamos fuera. Deja ya de protestar —dijo el traumatólogo, dirigiendo la pequeña comitiva hasta el quirófano.

En cuanto entraron dejó de protestar y obedeció las indicaciones de las enfermeras y de Boris. No soltaba su mano.

—Vamos a empezar. Inés, será cosa de veinte minutos.

—¿No me puedo quedar? —dijo al ver la ansiedad en los ojos azules, que le pedían que se quedase con él.

Boris le echó una mirada a Erik y negó con la cabeza.

—Los médicos siempre son los peores pacientes. Puedes quedarte, pero ya verás que no es para tanto.

No lo soltó en la media hora que duró todo el proceso. No fue capaz de mirar cómo Boris le abría el brazo, y se sentía mareada por el olor del electrobisturí, pero aguantó como pudo y esbozó una sonrisa trémula cuando Boris terminó la sutura.

—Estamos listos. ¿Estás segura de que quieres que lo despierte? —bromeó, pasando un antiséptico por la línea de sutura, de unos diez centímetros—. Siempre podemos dejarlo *K.O* con un poco más de fentanilo.

—Te estoy escuchando —masculló Erik, aún borracho por los anestésicos—. ¿Cómo ha ido? —Intentó levantarse y tuvo que tumbarse de nuevo por un acceso de náuseas—. Odio estar enfermo.

—No estás enfermo —dijo Boris con paciencia—, y, respecto a tu brazo, ¡dímelo tú mismo!

Levantó el antebrazo y movió la mano delante de su cara con torpeza, como si estuviera espantando un mosquito invisible.

—¿Inés? ¿Lo has visto? ¿Lo ves?—preguntó, con la voz arrastrada. Se miraba los dedos como si fuera la primera vez en su vida que los veía. Podía moverlos. Los movía—. Tengo la mano como cuando se te duerme y luego vuelve la circulación. Me cosquillea y me molesta. Pero los muevo. *Svarte Helvete...*, eres bueno, ruso cabrón.

Inés le dio un beso en los labios, pero Erik estaba concentrado en su momento de exaltación masculina con Boris y musitó una excusa.

Necesitaba salir del quirófano.

Se metió en el vestuario femenino y se apoyó en la puerta para impedir que nadie entrara. La bola de pánico que llevaba conteniendo desde que Erik gruñó por primera vez para contarle que no podía mover la mano, explotó en forma de lágrimas. Ahogó un sollozo entre los dedos. Se sentía agradecida. Agotada. Aliviada.

—¿Inés? ¿Dónde está Inés? Ya te dije que para follarte solo necesitaba una mano, ¡pero ahora tengo las dos! —vociferaba desde el quirófano.

La carcajada de Boris tapó lo que Erik decía e Inés soltó una risotada histérica, pasando de las lágrimas a la risa. Más valía que volviese al quirófano rápido. Se secó las lágrimas y cerró los ojos un segundo. Cuando volvió, Boris estaba solo con Erik.

—He echado a todo el mundo del quirófano. ¿Tienes el móvil a mano? —dijo, riendo en voz baja—. Si lo grabas, tendrás material de chantaje para el resto de tus días.

—Dios mío...

Erik le contaba, con lujo de detalles, el efecto del bálsamo del Tigre Rojo.

—Te lo pones en la polla, en el glande. Un poco, que no es una friega traumatológica —seguía con la voz como si se hubiese tomado una docena de cervezas—, y primero sientes frío y luego calor. La erección, ¡joder!, se te pone como un madero.

—Sigue, por favor —dijo Boris, fingiendo seriedad, pero con una sonrisa que no le cabía en la boca—. Te juro por Dios que estoy tomando apuntes.

—En la mujer, ¡oh, en la mujer! Cuando se lo pongo a Inés...

—¡Es suficiente! Erik, vamos a Reanimación —interrumpió ella con brusquedad, sin saber si reír o llorar por la situación. Boris reía a carcajadas—. ¿Pero qué le habéis puesto en la anestesia?

—No tengo ni idea de lo que han usado esta vez, pero esto suele ser efecto del midazolam. La desinhibición, la hipersexualización, la verborrea —explicó Boris con prisas, más interesado con lo que Erik tenía que decir, que en hablar con ella—. Hacía años que no veía un caso así.

—Ya. Muy gracioso —dijo Inés.

—Inés. Nos vamos a casar en Mallorca, ¿te quieres poner ese bikini blanco indecente? Ese que se te ve el culo. Es blanco, tiene que valer como vestido de novia —seguía desvariando Erik. Inés abrió los ojos, sorprendida. ¿A Mallorca? Soñó con las aguas de color turquesa, el sol del Mediterráneo y la comida española, nunca había estado y de pronto se le antojó una idea maravillosa—. Tendré que avisar a mi madre. Para organizarlo todo en la casa. Es pequeña, pero nos apañaremos.

—Claro que sí —le siguió Inés la corriente, quizá podría sonsacarle un poco más—. Muy bien, grandullón. Y, ¿qué más has pensado?

—Es un secreto, no se lo digas a nadie. —Inés se mordió la lengua al ver sus ojos entrecerrados con un brillo conspirador—. ¿Crees que podremos llevar a Loki a Mallorca? Loki tiene que estar.

Pero no soltó prenda y se quedó con las ganas de seguir sonsacándolo, porque a Reanimación no la dejaron entrar. Cuando lo pasaron a planta dos horas después, estaba consciente, orientado, y para su total desilusión, completamente lúcido.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? —dijo Erik, mientras daba cuenta de los dos yogures que Boris le había permitido comer, visiblemente feliz por poder utilizar la mano derecha—. ¿Ha pasado algo malo en la cirugía?

Inés lo miró, sin saber si decirle la verdad o no. Era material muy valioso y tendría que utilizarlo de un modo inteligente y no desperdiciarlo. Ya llegaría su momento.

—No, solo algunos efectos secundarios de la anestesia —dijo Inés. No mentía, solo ocultaba información sensible.

—Sí, todavía me duele un poco la cabeza. Y en Reanimación he tenido bastantes náuseas. ¿Por qué te ríes?

—Estoy feliz de que la cirugía haya salido bien —se escapó Inés por la tangente. A duras penas podía aguantar la risa—, ¿tienes alguna molestia? ¿La mano está al cien por cien?

Erik soltó la cucharilla y abrió y cerró el puño, luego estiró los dedos y los culebreó en el aire.

—Al ochenta y cinco por ciento. Todavía tengo parestesias y noto un poco de debilidad, pero Boris me avisó de que ocurriría. —La miró, y



entrecerró los ojos, suspicaz. Sabía que algo raro ocurría—. Inés, no tienes ni idea de mentir. Se te nota a la legua. ¿Qué demonios pasa?

Se mordió la lengua, el interior de la mejilla, hasta que al final resopló sin poder aguantar.

—Mañana pregúntaselo a Boris. Te va a encantar.

Inés se levantó molida. El sillón reclinable en el que había pasado la noche junto a Erik era un atentado terrorista contra la espalda. Valoró todavía más las dos semanas que Erik había pasado junto a ella en la UCI y en planta.

Él dormía como un bebé. Sonrió al verlo exhalar con suavidad por los labios entreabiertos, las pestañas de un dorado oscuro sobre los párpados, la frente despejada. Lo besó en la nariz, y después en la boca. Suave. Tierno. Ya tendrían tiempo para la fiereza.

—Buenos días, *liten jente*. —Se desperezó y lo primero que hizo fue comprobar el estado de su mano, que se movía como una máquina bien engrasada. Sonrió.

—Buenos días. Boris me ha mandado un mensaje, está a punto de llegar para verte antes de entrar a quirófano —dijo Inés. La cogió y la llevó hasta sus labios. La abrió y la besó en el centro de la palma.

—Oye, ayer ya tuve bastante. Si queréis montaros una porno, hacedlo en vuestra casa —dijo Boris, con su enorme sonrisa, su pelo gris cortado a cepillo y sus brazos de coloso. Erik lo miró, interrogante—. ¿Inés no te ha contado nada?

—Me ha dicho que te pregunte a ti.

—¿En serio? Una mujer brillante. Sabe que no te diré nada, solo que tenemos una larga y didáctica charla pendiente —dijo Boris, y le guiñó un ojo. Inés se echó a reír y Erik miraba de una a otro sin entender nada—. ¿Cómo está esa mano? Déjame quitar el apósito.

Los tres se pusieron serios mientras Boris, con una delicadeza inesperada para aquellos dedos toscos, descubría la herida.

—Buena sutura. Para un traumatólogo, claro —dijo Erik al ver los puntos en la cara interna del codo—. Podría darte algunas clases de

intradérmica.

—Muy gracioso. Pero además de fardar de cicatriz, tendrás una mejor movilidad de la zona —se defendió Boris, picado—. Esto no es el tórax, listillo. Estás de lujo. Descansa este fin de semana. —Sonrió y echaron un pulso en broma sobre la cama—. El lunes te quiero trabajando sin excusas en el quirófano. Y llámame para contarme cómo te va.

Se escaparon a Farellones en cuanto Inés salió el sábado de la guardia. Inés tenía la sensación de haber vuelto a la vida tras aquellas últimas dos semanas. Esperanza se recuperaba después de haberlo tenido muy crudo, Erik estaba como nuevo, y ella notaba cómo la lista de pendientes en su vida se iba reduciendo a medida que tachaba.

Al llegar a la casa, cogió su bolso del hospital para vaciarlo de las cosas inservibles acumuladas a lo largo de la semana. Al principio no reconoció la carpeta, bastante traqueteada por haberla metido a presión en uno de los bolsillos laterales.

—Dios mío —susurró, al recordar de qué se trataba.

Erik encendía la chimenea, con Loki apostado a su lado, haciendo guardia.

—¿Qué pasa? —Se acercó a ella e Inés le tendió el contrato.

—¿Tú sabías algo de esto?

—Guarida me comentó algo, pero le dije que prefería, como sabía que también lo harías tú, mantenerme al margen de las condiciones y de la redacción —dijo Erik, volviendo las páginas para echarles un vistazo rápido—. ¿Lo has leído?

Inés negó y él le devolvió los papeles.

—Contrato indefinido a tiempo completo para la consulta de Cardiología Infantil, posibilidad de compatibilizar consulta privada, guardias en la UCI Pediátrica y de busca de llamada —resumió Erik, y se cruzó de brazos para esperar su respuesta con una sonrisa arrogante—. Es bastante generoso para una residente de subespecialidad que aún no sale de su cascarón.

—¿Seguro que no has tenido nada que ver?

—No. Hasta donde yo sé, la iniciativa de ofrecerte algo partió de la

doctora Mardel.

Inés leyó con calma las condiciones del contrato. No estaba nada, nada mal. Aquello aumentaba las papeletas del San Lucas al punto de que no hubiese vuelta atrás.

—Erik, ¿tú crees que seremos capaces de trabajar juntos? ¿Todos los días? ¿Viéndonos también en casa? —Inés dejó la carpeta sobre la mesa y rodeó su cuello con los brazos—. Porque yo tengo serias dudas.

Él la abrazó también, y apoyó el mentón sobre la coronilla.

—No sé, *liten jente*. Creo que hacemos un buen equipo, pero los dos tenemos que ajustar. Tienes que dominar tu impulsividad.

—Y tú tienes que dominar tu arrogancia.

Erik se echó a reír con ganas. Era cierto, no sería fácil. Pero ahora mismo, solo veía las ventajas.

El lunes, acompañó a Erik temprano. Había tomado la costumbre de llegar al hospital a las siete de la mañana y reconocía que, además de ordenar con calma la consulta, empezar sin prisas cambiaba todo el tono de la mañana. Y le permitía salir a la hora con todo listo y sin trabajo atrasado. Andrea le preguntó por Erik y las dos se sumergieron en sus respectivas ecografías.

Sobre las once, se escapó a la UCI para averiguar sobre el estado de Esperanza. Se encontró con Paloma en la puerta en un estado de nervios que la sorprendió, y sus ojos estaban llorosos.

—¿Qué ocurre, va todo bien?

—Hoy, a lo mejor, me dejan coger a Esperanza en brazos —dijo, emocionada—. Estoy esperando a que termine un procedimiento.

—¡Enhorabuena! No sabes lo que me alegro de que me cuentes eso. Yo vuelvo ahora mismo —dijo Inés, cambiando de idea—. No tardo nada.

Apuró el paso hacia el quirófano.

—¿El doctor Thoresen?

—En el pabellón principal.

Tuvo suerte. Era Daniel el que operaba con Mario, y él solo supervisaba.

—¡Inés! ¿Qué haces aquí?

—Tienes que venir conmigo. Vamos. Será un ratito corto, pero tienes que verlo.

—Ver, ¿qué? —dijo Erik, reacio a abandonar la cirugía.

—No me vengas con tus «qué». Ven. Por favor.

Casi lo arrastró hasta la UCI de Neonatos, ignorando sus preguntas repetidas, cada vez más enfadado, de por qué lo llevaba hasta allí. Llegaron justo a tiempo.

Paloma se acomodó en una butaca con ayuda de su marido. Los dos estaban serios, emocionados; Erik observó su rostro transfigurado cuando una enfermera cogía a su hija, que lloraba a grito pelado, enfadadísima, y la colocaba sobre su pecho. En cuanto la pequeñaja sintió la piel de su madre, se calmó. Un silencio solemne invadió toda la unidad. Y lo rompió la risa alegre y optimista de Paloma al sostenerla en sus brazos por primera vez. Aún con los cables de la monitorización, la sonda nasogástrica y el pulsioxímetro, pero completamente despierta y sin medicación que la sedara. Alzó la mirada hacia ellos, y sus ojos mezclaban felicidad, orgullo, gratitud.

—¿Ves a lo que me refería cuando te decía que no hay que perder la fe? Ningún niño debería estar enfermo —dijo Inés, al ver los ojos azules emocionados en el rostro hierático. A ella no la engañaba, sabía que lo había conmovido—. Es por eso por lo que nos la jugamos, que peleamos por ellos. Es por eso por lo que vale la pena. Es por eso por lo que somos médicos.

## *Sincericidio*

Inés tenía que reconocerlo, terminaba el mes de junio y con él la rotación de Medicina Fetal y sentía que cerraba una etapa redonda, pero necesitaba un cambio. Durante seis meses, interrumpidos por el tiempo de hospitalización y la baja, pero seis meses completos, había sido la mano derecha de Andrea Garay en uno de los servicios más exigentes y especializados del San Lucas. Ningún hospital del país contaba con la tecnología y el *staff* de aquella consulta.

—Bueno, Inés. Hoy terminas, ¿cuál es tu resumen de estos seis meses? —preguntó Andrea. En la mano tenía el sobre cerrado de la valoración de su desempeño e Inés se echó a reír. En cierto modo, aunque confiaba en que nada de lo que dijese modificara su calificación, la dejaba más tranquila—. Eres la residente, incluidas las de Ginecología y Obstetricia, que más tiempo ha estado con nosotras. —Señaló a la doctora Blanco, con la que no había interactuado demasiado, ya que Andrea la había absorbido por completo y ella se encargaba de los internos y del otro residente que rotaba con ellas—. Me gustaría que fueses crítica. Y que me digas si podemos mejorar en algo.

—He aprendido mucho, y no solo de medicina —comenzó Inés, después de darle un par de vueltas. Ya había rellenado la hoja oficial del San Lucas con la valoración de su pasantía. Esto era diferente, y sabía que Andrea daría validez a sus palabras—. Necesitaba conocer al bebé más allá de su corazón, y esta rotación ha sido perfecta para ello. Tengo que confesar que lo que más me cuesta asimilar es el modo abrupto en que te separaras de los pacientes en cuanto nacen.

—Es por eso por lo que te necesitamos aquí el año que viene, Inés —insistió Andrea—. Para que el paso de la etapa fetal a la de recién nacido no sea tan abrupta.

—Si me contratan, que no quiero dar nada por hecho, estaré encantada de volver.

Inés había llevado sus *muffins* de doble chocolate chips para tomar un café de despedida, y en cuanto acabó, recogió sus libros, archivadores y batas, y las llevó de vuelta a sus dominios: el despacho de residentes de la Unidad del Corazón Infantil. Indagó la progresión de los quirófanos cardiacos en el ordenador y confirmó que Erik seguía operando. Sacó la copia que tenía de su contrato, y abrió el Word. Aceptaría las condiciones, siempre y cuando se añadiese una cláusula: un día a la semana de consulta para hacer Ecocardiografía Fetal.

Erik salió del quirófano con una sensación de triunfo. Su mano derecha se había recuperado al cien por cien, la herida del codo ya no le molestaba, y Boris le había retirado los puntos, dejando una pequeña cicatriz que, con los cuidados apropiados, sería casi imperceptible.

Echó un vistazo al reloj de acero en la pared y sonrió. Mantenía su performance quirúrgico con precisión suiza, y le quedaba tiempo para echar un vistazo a los pacientes postoperados de la UCI y de la planta antes de irse a casa.

Dejó a Esperanza para el final. Antes de entrar, echó un vistazo por el ojo de buey de la habitación y esperó unos minutos al ver que Paloma le daba el pecho, ayudada por una enfermera.

—Buenas tardes, ¿se ha indicado la retirada de la sonda? —preguntó, extrañado. Necesitaban mejorar el estado nutricional de la niña para la próxima cirugía, que no tardaría en precisar. Tenían unos tres o cuatro meses para que subiese de peso y se hiciera fuerte.

—No, doctor Thoresen. La alimentación por sonda sigue —explicó la enfermera con una sonrisa, y señaló la bomba que suministraba el preparado alto en calorías—. Pero la lactancia materna favorece el apego, los parámetros respiratorios e incluso el ritmo cardiaco. Y así no pierde el instinto de succión.

Erik la miró con extrañeza, era matrona.

—¿Cómo es que hay una matrona en la planta de Pediatría?

—Soy especialista en lactancia materna, la doctora Morán se puso en contacto conmigo cuando Paloma empezó a tener dificultades para mantener

la producción de leche.

Erik pensó en su madre, estaría orgullosa de que Inés hubiese pensado en ello. Él había insistido hasta la saciedad en la importancia de la alimentación, pero no en los detalles de cómo.

Tardó al menos una hora en volver al despacho, y se extrañó de ver la luz encendida en el de residentes. Se acercó y sonrió al ver a Inés, tecleando , concentrada.

—Esto me trae buenos recuerdos —dijo desde el quicio de la puerta.

—¡Qué susto! ¿Ya vuelves a las malas costumbres? —exclamó Inés, que se echó a reír al recordar varios episodios de esos—. ¡Llama a la puerta!

—Pensé que te habrías ido a casa, no hacía falta que me esperases — dijo él, y le dio un beso en la frente.

—No te esperaba. Tengo algo que proponeros a ti y a Guarida.

—Cuéntame.

—No. ¡Y no mires el ordenador! —protestó ella, apagando la pantalla—. Dame una cita, ¡oh, Gran Jefe Vikingo de la Unidad del Corazón!

—Ese es Guarida. Yo solo soy el de Congénitas —aclaró Erik, recordando que también tenía una reunión pendiente con Becker.

—Erik, a nadie de este hospital, incluido Guarida, le cabe ninguna duda de quién es el que mueve los hilos aquí en realidad —dijo Inés, que recogía sus cosas y apagaba el ordenador con la rapidez de quien quiere marcharse a casa un viernes tras la jornada—. El único que lo sigue negando eres tú.

—Está bien. El lunes ven a última hora de la mañana, a la una te estaremos esperando. Le enviaré un mensaje a Guarida —dijo Erik, apuntando en el calendario de su móvil la cita. A continuación, programó otra con Becker. Tenían que hablar del asunto del proyecto con su jefe, llevaba meses retrasándolo—. ¿Lista para un fin de semana de esquí en Farellones?

—Lista para ir contigo al fin del mundo si hace falta.

Ya en la casa, imbuidos en la rutina placentera de cada viernes, Inés se encargó de la cena mientras Erik encendía chimeneas y acomodaba a Loki para pasar la noche. Erik construyó una ingeniosa gatera, y el perro entraba y

salía solamente cuando Erik abría el pestillo que la bloqueaba.

—Oye, ¿al final qué pasó con Loreto? ¿Por qué no ha venido este fin de semana con los niños? —preguntó Erik, sabiendo que Inés la había llamado varias veces durante la semana.

—Los niños están en casa de su padre, y ella va a salir con Roger.

—¿Con quién? —preguntó Erik, extrañado.

—¿Te acuerdas del tipo de la discoteca, con el que Loreto tonteaba cuando la rescatamos? —Él asintió, divertido—. Pues resulta que es un serio y prestigioso abogado que Loreto conoció por Tinder, y en el que está verdaderamente interesada.

—¿En serio? Bueno, ser abogado no es ninguna garantía de nada. Y si no, acuérdate de Álvaro Adams —dijo él, pensativo. No era un ser humano, era una maldita alimaña. Un ramalazo de ira cruzó por sus ojos al recordar a Portales y todo lo que había pasado. Esperaba que aquellos dos individuos no volvieran a atravesarse jamás en su camino—. ¿Están saliendo juntos?

—Al parecer, van a intentarlo. Los dos han tenido procesos dolorosos de divorcio, y tienen hijos —respondió Inés, llevando una enorme bandeja con la cena hasta la mesa del salón—. Supongo que, al estar en la misma situación, se entienden y es más fácil sobrellevarlo.

Erik no dijo nada, no las tenía todas consigo porque no pensaba que empezar una relación desde Tinder y con una cita con borrachera incluida fuese demasiado ortodoxo. Pero él tampoco tenía un máster en relaciones precisamente.

—Oye, ¿cuándo nos vamos a Mallorca? Necesito organizarme para pedir los días.

—El doce de agosto, te lo iba a decir el lunes —contestó, distraído—. Un momento, ¿cómo demonios lo has sabido?

—¡Ups ! —dijo Inés, que se tapó la boca con aire culpable. Él se volvió bruscamente, airado—. ¡Lo siento! Se me ha escapado —dijo con tono lastimero. Se apoyó unos segundos en su hombro y después se incorporó para confesar—. En realidad, me lo dijiste tú.

—¡Imposible! He tenido mucho cuidado de no dejar nada en el ordenador ni en el móvil —dijo Erik, enojado—. ¡Me has fastidiado la sorpresa! ¿Qué más sabes?



Inés se echó a reír y sopesó no decirle nada, pero se había enfadado bastante y no quería que sintiese que le reventaba los planes.

—Cuando despertaste de la anestesia, te dio un ataque de sinceridad —dijo finalmente Inés. Soltó una carcajada ante su rostro desconcertado—. Digamos que la medicación te hizo una reacción paradójica y te desinhibiste... ¡un poquito!

Erik pasó de la sorpresa a la risa y después a la seriedad en unos pocos segundos.

—Joder. Yo he visto postoperatorios épicos en la UCI Cardiovascular. Dime que no he dicho nada inapropiado —dijo en tono demandante—. ¿A eso se refería Boris cuando dijo que necesitaba que le diera información, o clases, o algo así?

Inés resopló de la risa y negó con la cabeza.

—No pienso decirte nada. A menos que me digas algo sobre el viaje, y la boda, ¡al menos si tengo que gastarme dinero en un vestido o no! —Inés llevaba varios días cabreada por el tema, y no había logrado sonsacarle nada—. Si me cuentas el plan, te digo lo que pasó.

Erik entrecerró los ojos y la miró a través de las pestañas, desconfiado. De pronto, pareció acordarse de algo y sonrió de oreja a oreja.

—No. No pienso decirte nada más. Ya tienes las fechas —dijo con un gesto de generosidad, abriendo las manos—. Pero, si tú me cuentas lo que dije al salir de la anestesia, yo te cuento lo que soltaste tú en Reanimación tras la apendicitis. Y que conste que guardo el secreto como oro en paño.

—¿Por qué? ¿También fui muy sincera?

—Lo tuyo no fue sinceridad, *liten jente*. Fue *sincericidio*.

Esbozó una sonrisa depredadora e Inés soltó un gruñido agudo de rabia. Acababa de perder su ventaja, ahora ella también estaba muy intrigada. Los dos se retaron en silencio, sosteniendo las miradas. Esperaban para ver cuál de ellos era el que se rendía primero.

—Está bien —cedió Inés, fastidiada. Se moría de ganas por saber lo que ocultaba Erik—. ¡Pero tienes que prometerme que vas a decir la verdad! Porque yo tengo a Boris de testigo, pero ¿cómo voy a saber si lo que me dices es cierto?

Erik dejó caer de sus labios una sonrisa extraña, casi triste, que espoleó su curiosidad aún más.

—Tendrás que juzgarlo por ti misma, pero no tengo por qué mentir. Vamos. Empieza tú.

Los ojos de Erik se abrían más y más a medida que Inés le iba contando. Cuando llegó a la parte del bálsamo del Tigre Rojo, estaba hundido en la miseria.

—«La polla se te pone como un madero» —parafraseó Inés, entre carcajadas—. Y luego quisiste explicarle los efectos en la mujer, pero cuando mencionaste mi santo nombre, te corté en seco.

—¿Solo lo escuchó Boris? ¿De verdad había vaciado el quirófano de gente? —se lamentó Erik, entre la risa y la consternación.

—Sí, se ve que quería la información en exclusiva —dijo Inés, entre risas. Para lo que dijo a continuación, se puso un poco más seria—. Después dijiste que nos íbamos a casar en Mallorca, y que llevase el bikini blanco indecente como traje de novia.

—Joder, no puedo creer que te lo haya soltado. —Erik negó con la cabeza, aún incrédulo e instó a Inés a seguir hablando—. ¿Qué más dije?

—Intenté sonsacarte, pero dijiste que era un secreto y que no se lo podías contar a nadie. Luego te fuiste a Reanimación y no me dejaron pasar —dijo con un puchero fingido—. Eso es todo.

—¿Solo eso? ¿No dije nada más jugoso?

—No. ¿Te parece poco? No sé qué es más jugoso, si lo de Mallorca o lo del Tigre Rojo —rio Inés, recordando la cara de Boris—. Venga. Ahora te toca a ti.

Él pareció pensarlo y se deshizo en gestos de negación.

—No. No voy a decir nada. Porque esto es una minucia en comparación con todo lo que soltaste tú.

—¿Cómo? ¡Maldito mentiroso! —Inés hizo un alegato encendido sobre la importancia de cumplir con los tratos en la pareja, los engaños, las mentiras y los precedentes, acompañándolo todo con gestos airados de los brazos y miradas heridas de muerte.

Erik acabó por rendirse y levantó los brazos. No podía luchar contra

semejante indignación femenina. Y, en cierto modo, se dio cuenta de que era el momento de contarlo.

—Está bien, está bien. No te enfades. *Svarte Helvete*... —gruñó, tirando de ella para que se sentase junto a él en el sofá. Se quedó unos minutos mirando las llamas bailar en la chimenea—. Supongo que lo mejor será empezar por el principio.

—¡Suéltalo ya! —Se impacientó Inés.

—Al principio te despertaste muy asustada. Te aferrabas a mí, yo seguía con la ropa estéril. Alex tuvo que ponerte un poco de sedación para que te calmaras —dijo con una media sonrisa. ¿Qué sería de Álex y Philip? Se cruzaba con Álex de vez en cuando en el quirófano, pero su relación se había enfriado con todo lo que había pasado entre ellos. Inés protestó y él retomó su relato—. Me pediste que no te dejara sola y Loreto aún no había llegado, así que te acompañé a Reanimación.

—Sáltate los detalles. ¡Cuéntame lo importante! —protestó.

Pero él necesitaba tomarse su tiempo. ¿Cuántas veces había rememorado aquella conversación? Tenía algunas frases grabadas a fuego.

—Cuando te acomodaron en la cama y atenuaron las luces, empezaste a hablar, muy bajito. Tuve que acercarme para escuchar lo que decías —dijo Erik, en un susurro, para emular el murmullo de Inés—. Imagínate mi sorpresa cuando me doy cuenta de que lo que estabas relatando eran los detalles del polvazo de la encimera de la cocina.

—¿De verdad? —rio Inés, con un deje de incredulidad. Se apartó la melena del pelo y buscó sus ojos. Él le devolvió la mirada con seriedad.

—Dijiste algo así como que jamás te habían follado así en tu vida, que yo era un dios vikingo del sexo y que no veías la hora de que te volviese a empotrar —relató, evocando la incomodidad y sorpresa que había sentido al escucharla—. No te puedes imaginar el calentón que me entró en mitad de la noche con tus detalles obscenos.

—Ahora sí quiero detalles, ¿qué te dije?

—Que te encantaban las pollas grandes, pero que yo además la tenía gruesa y eso era una maravilla, entre otras cosas. —Inés soltó un gemido y escondió el rostro entre las manos—. Pero mi ego exaltado duró poco. De hecho, fue como si se diera un viaje en una montaña rusa.

—¿Por qué?

—Porque además me dijiste que no era más que otro cirujano petulante, que solo pensaba en sí mismo, que no tenía ni idea de cómo tratar a las mujeres, y menos a los pacientes, y que había que huir de mi como de la peste.

—Ay —murmuró Inés.

—Que era muy guapo, y que te ponía a mil, pero que en cuanto abría la boca me transformaba en un engreído arrogante y narcisista, que tenía muy poca empatía y sí mucho mal genio.

—Uhm, para entonces ya habíamos tenido algún que otro encontronazo —dijo riendo Inés—. Me pasé tres pueblos. Te pido perdón, pero le echo totalmente la culpa a la anestesia.

—Por eso te digo que fue un *sincericidio* —replicó él, y la estrechó contra su costado—. Pero también dijiste que era un hombre con el que te casarías.

—¿En serio? No, no puede ser —negó Inés, apartándose de él.

—Te lo juro. Que admirabas mi temple como cirujano, la manera en que me enfrentaba a los casos complicados y mi capacidad de sacrificio. Mi generosidad a la hora de ceder el puesto de cardiocirujano a mis residentes, y mi sentido práctico al enfrentar la adversidad. —Erik recordó cómo aquellas palabras lo habían hecho mirarse a sí mismo a través de los ojos de Inés—. Y, para terminar, me dijiste que como no sabías si todas esas cualidades eran aplicables al resto de facetas de mi vida y no solo al trabajo, me dabas el beneficio de la duda, pero que por el momento, preferías mantenerte lejos de mí.

—Muy sabia decisión de mi subconsciente —dijo Inés entre risas, pero él le lanzó una mirada cargada de gravedad.

—Y me di cuenta de que quería ser ese hombre que tú describías. Que todo aquello que identificabas como bueno en mi faceta de cirujano, podría ofrecerlo también en las otras. Ofrecértelo a ti —confesó Erik. Ese fue el momento exacto en el que algo cambió en su manera de ver a Inés—. Y aquí estamos.

—Y aquí estamos —murmuró Inés todavía sobrecogida por la intensidad de su declaración—. Reconozco que muchas cosas de las que has

dicho las pensaba tal cual en ese momento. Pero jamás las habría dicho en alto. ¿Me perdonas?

Erik se echó a reír y la atrajo de nuevo bajo su brazo.

—Claro que te perdono. Inés —dijo, solemne. La miró a los ojos y apoyó la mano en su mejilla—, aquella conversación empujó algo dentro de mí. Me hiciste recapacitar. Y me has hecho ser mejor.

Inés lo besó en los labios y lo abrazó con fuerza. No sabía qué decir. Erik había quedado callado y taciturno tras el relato, y sonrió con picardía para animarlo.

—No puedo creer que lo primero que te dijera fuese que me gustaba tu polla grande y gruesa.

—Me alegraste todo el mes con eso. Y con lo del dios vikingo del sexo, otro mes más.

Inés por fin desentrañó el misterio. Erik había cambiado de opinión, y por eso trató de acercarse a ella, por un *sincericidio* secundario a la anestesia.

—Desde luego, los caminos del amor son inescrutables —murmuró.

## Julio

Julio. El temido mes de julio. Un tercio del personal desapareció y el hospital parecía desierto debido a las vacaciones de invierno. Todo funcionaba a medio gas y los pocos que quedaban, trabajaban el triple para suplir las ausencias.

Inés se encontró con que solo ella y el doctor Coronas, con el que no tenía demasiado *feeling*, tenían que hacer todo el trabajo.

—¡Qué bien que haya vuelto, doctora Morán! Usted ocúpese de las ecografías transesofágicas en el quirófano y, si tiene dudas, me llama —dijo el cardiólogo veterano, para encerrarse en su consulta a continuación.

Menos mal que tenía ganas de volver. En una sabia decisión, su residente de primer año había cogido vacaciones también. Chico listo.

Casi olvidó que tenía la reunión con Guarida y Erik a última hora de la mañana, y tuvo que correr para llegar a tiempo.

Explicó con seriedad la propuesta, y tomó como ejemplo el caso de Esperanza, que ilustraba muy bien lo que quería conseguir.

—Los defectos del corazón se detectan cada vez con mayor precisión en la etapa fetal. Si identificamos a los pacientes de riesgo, podemos organizar un plan de tratamiento individualizado desde el momento del diagnóstico y no solo desde que nacen —dijo Inés, para terminar su alegato—. Y tenemos que hacerlo desde Cardiología Infantil.

Los tenía en el bote. A los dos. Guarida se quedó con su propuesta con la promesa de una contestación cuando volvieran de vacaciones. Erik la detuvo cuando iba a entrar al despacho de residentes.

—Me ha convencido, doctora Morán —dijo con un tono de admiración exagerada—. Lo has hecho bien.

—¿Comemos juntos?

—No. Ahora tengo otra reunión de trabajo. Con Guarida y Becker. — Estaba preocupado por lo que se le venía encima, y echó un vistazo a su reloj —. Me queda el tiempo justo para vestirme. Odio esto. Tengo la sensación de que le estamos haciendo una encerrona a Hernán.

—Por algún punto tenéis que empezar. Peor es que se lo sigáis ocultando —dijo Inés con una sonrisa. Erik la sostuvo del cuello y la besó en los labios, con la cabeza ya puesta en lo que le esperaba—. Suerte. Aunque no la necesites. ¡Nos vemos en casa!

Guarida ya se había marchado con Becker mientras él se cambiaba de ropa. Casi lo prefería, quizá así se saltaba la introducción y llegaba cuando su jefe ya tenía alguna idea de lo que le iba a caer encima. Miró con nostalgia el perfil de su edificio mientras se dirigía al restaurante Don Carlos.

Tras pagar el taxi, se detuvo un segundo ante la puerta y torció el gesto ante el lujo y sofisticación del local. Becker quería hacer pasar el mal trago con, al menos, un poco de clase. Él hubiese preferido estar a cientos de kilómetros de allí.

—Siéntate, Erik —dijo Pedro, amable y cortés, como siempre. Le sirvió una copa de vino blanco y rellenó la de Guarida y la suya—. Te llevamos ya una copa de ventaja.

Hernán lo miraba con una sonrisa un poco forzada. Parecía intuir que había algo que no sabía, y Erik se sorprendió cuando tomó la iniciativa de desviar la conversación del derrotero insustancial que estaba tomando.

—El vino está muy bueno, Pedro. Excelente elección, pero ¿por qué estamos aquí?

—Erik ya sabe algo —dijo el gerente, y lo señaló con un gesto—. Quiero haceros una propuesta y él insistió mucho en que se te incluyera.

Mierda. Así no. Hernán frunció el ceño y volvió la vista hacia él. No le quedó otra que apretar los labios y asentir con un gesto que intentó que fuese despreocupado. Lo que era difícil, porque leía en la mala cara de póquer de Guarida que tan solo esas tres frases le habían caído como una patada en el hígado. Fijó los ojos en el gerente y esperó a que prosiguiera.

—Tú conoces mejor que nadie el legado de Abel Hoyos. Él tenía una

idea, un proyecto ambicioso, respecto a la Unidad del Corazón de este hospital —recitó Becker, en un discurso bien ensayado. Erik fue aún más consciente del carisma del hombre al no ser él el destinatario de sus palabras. Al verlo desde fuera, reprimió su sonrisa ante la expresión atenta de Guarida y lo definió en una palabra: político. En lo sucesivo, tendría más cuidado.

Hizo una pausa efectista, pero el semblante de Hernán seguía serio e inexpresivo. Erik carraspeó, incómodo. Aquello no estaba resultando como él había esperado.

—Desde su muerte, el proyecto está un poco estancado. Desdibujado. Me gustaría retomarlo. —Si las primeras frases le habían sentado mal, se notaba que estas le habían sentado a cuerno quemado—. Y me gustaría contar contigo, como jefe de la Unidad, y con alguien con garra, como Erik.

No. Por favor. No necesitaba ningún foco de atención sobre él. Tanto Guarida como él habían dejado de picotear los entremeses que el camarero había dejado sobre la mesa.

—Y con una fuerte partida presupuestaria para invertir en los próximos cinco años, claro —añadió Becker, como queriendo dar un golpe de efecto.

—Perdona, Pedro. Pero me he quedado pegado en la frase de que Erik ya sabía de todo esto —dijo con tono neutro, pero que lo hizo tragar saliva—. ¿Por qué no me has informado?

—Porque no había nada concreto y esta reunión fue pospuesta en varias ocasiones por un motivo u otro —se defendió él, enfadado consigo mismo por no haber visto venir la jugada. Becker le traspasaba parte de la responsabilidad a él, cuando lo único que le había dicho era que no quería sobrepasar las competencias de su jefe—. Pedro me preguntó si me embarcaría en el proyecto y yo le dije que no lo haría si no estabas tú.

—Pero le dijiste que sí.

—Con esa condición —volvió a puntualizar Erik. ¿Por qué se estaba defendiendo? Era Becker el que tenía que excusarse, no él—. Yo también estoy esperando a que nos cuente qué es lo que tiene en mente. Porque, aparte del resultado de la auditoría y lo poco que me ha dicho, soy el menos informado.

—¿Y qué te ha dicho?



—Bueno, esta comida no es para discutir los detalles —interrumpió Becker el tenso intercambio. Erik estaba seguro de que se había dado perfecta cuenta de lo que estaba pasando—. Es solo para saber si estáis conformes con echar a andar el proyecto.

—¿Quién va a liderarlo? Porque, como amigo personal de Abel, y como conocedor de cómo se fraguaron sus ideas, yo soy quien debiera hacerlo —dijo Guarida, mirando directamente a Becker—. Si es así, cuenta conmigo.

Erik respiró, aliviado. No tenía ningún interés en las medallas ni en las etiquetas, y sabía que aquello aplacaría a su jefe, pero Becker debía tener algo en su cabeza que no les contaba, porque puso cara de circunstancias y negó de manera casi imperceptible con la cabeza.

—De momento, voy a ser yo quien lleve las riendas de todo esto. Si no os importa —replicó, y le quitó importancia a su afirmación con un gesto de la mano—. En esta primera parte es mucho lo que hay que hacer en materia financiera. Yo moveré los hilos hasta que llegue el momento de ejecutar las partidas.

—No me gusta que me utilicen para justificar dinero —dijo Erik, ya bastante irritado con la situación. Entre Guarida y Becker le estaban agriando el vino—. Si voy a participar en el proyecto, quiero hacerlo desde el principio y con pleno control.

Recalcó las palabras y miró a Becker a los ojos con intención. Guarida estaba de acuerdo con su apreciación, y masculló unas palabras para manifestarlo.

—Muy bien. Entonces, formaremos un equipo de tres cabezas: yo seré la financiera, Guarida será la de las ideas y tú serás la ejecutiva.

Hernán pareció conformarse con eso y brindaron por su entendimiento. Pero cuando salieron del restaurante y Becker se despidió para marcharse en su taxi, Guarida se volvió hacia él.

—No existen proyectos con tres cabezas. Algo de este tipo necesita un líder, y no te quepa duda de que seré yo —le dijo Guarida, dejando caer la máscara de cordialidad que había mantenido durante toda la comida—. Sabía que eras ambicioso, pero subestimé cuánto.

—Te equivocas, Hernán. Yo no quiero tu puesto. Solo quiero hacer

bien mi trabajo —replicó, no quería enemistarse con el jefe por eso—. Sea quien sea el líder, la Unidad necesita un repaso. Abel lo sabía cuando me encomendó la auditoría y los resultados de un duro año de trabajo lo confirmaron.

—A tu vuelta de vacaciones hablamos, ahora no estoy de humor.

Se marchó también en un taxi, a su casa, supuso. Porque él volvió al San Lucas a seguir trabajando, y era el único cardiocirujano que pasaba consulta aquella tarde junto con Dan. Estaba enfadado porque Becker lo había utilizado como chivo expiatorio en vez de hablar de frente con Guarida.

Cuando llegó a casa, se desahogó con Inés. Soltó todo: el cabreo con el gerente por no decir las cosas con claridad, la frustración crispante que sentía por el comportamiento rencoroso e infantil con Guarida y su propia ingenuidad al manejar todo el asunto.

—He caído como un tonto y es la segunda vez que me pasa. Primero, porque me sentí halagado de que quisiese que yo liderara el proyecto —dijo con rabia. Inés lo escuchaba en silencio, con su cabeza apoyada entre sus pechos mientras ella acariciaba los mechones de su pelo rubio con movimientos pausados—. La segunda, porque he sido muy inocente. No me extrañaría nada que Becker hubiese urdido todo esto desde el principio para picar a Guarida. Que reaccionase al sentirse amenazado.

—No te preocupes, ¡se le pasará! Sabe que eres tú el que lleva las riendas de la Unidad, y Hoyos lo sabía también cuando te puso al frente de la auditoría —lo consoló Inés, estrechándolo entre sus brazos con fuerza—. Te necesita, y eso te protege. Además de que tú has actuado bien en todo momento.

—Estoy agotado. Y cabreado con todo esto —dijo Erik con amargura—. No pensé que las cosas se darían así.

—Erik, nos queda esta semana y la que viene en el hospital. Después, ¡vacaciones! ¿Te imaginas? —dijo Inés en un intento de animarlo—. No dejes que te amarguen. A la vuelta, ya lidiaremos con ello. Ahora, vamos a disfrutar de los preparativos.

Eso de disfrutar era una manera de hablar. Inés suspiró mientras se sentaba en la línea de incómodas sillas de plástico de la Embajada americana. Su visado

tardaba más de lo debido y llevaba toda la semana con intentando resolverlo. Al parecer, alguien había extraviado su expediente. Menos mal que era bastante ordenada para los trámites y guardaba todos los resguardos, si no, tendría que empezar desde el principio y no estaría a tiempo para la rotación. Y ya tenía billetes comprados y alojamiento listo en Rochester. Aun así, no las tenía todas consigo.

Por otro lado, Erik seguía sin soltar prenda sobre la boda. Le había preguntado varias veces si era de un estilo u otro, si iba a ser en una iglesia o en el juzgado... Él solo se reía, contento.

—No necesitas nada, Inés. Solo que estés ahí, conmigo.

Esa había sido su respuesta, pero ella se negaba a casarse sin tener al menos un vestido. Después de hablar con el cónsul, Nacha la esperaba en la tienda donde ella se había comprado su vestido, para hacer algunas pruebas.

—¿Qué tal te fue? ¿Resolviste tu problema con el visado? —preguntó su amiga, cuando se vieron en una pequeña cafetería cercana a la tienda de Alonso de Córdova.

Inés la abrazó, y Nacha la golpeó con su enorme barriga prominente.

—Nacha, ¡cuidado! —dijo riendo ella.

—Lo siento. No me acostumbro a sacar el culo para apartarla. Cuando abrazo a alguien, siempre acabo chocando.

Inés pidió un café y Nacha un batido de frutas y verduras. Se conservaba estupenda. No había engordado ni un gramo y, si la veías de espaldas, no dirías que estaba de casi ocho meses de embarazo.

—Eres pura tripa, Nacha. ¿Cómo lo haces?

—Yoga para embarazadas. Y Pilates para embarazadas. Y clases de parto y...

—Ya entiendo. Te pasas el día en el gimnasio.

—Desde que empecé el permiso prenatal, tengo demasiado tiempo libre. Cuando te quedas embarazada, ¡yo te asesoro! —dijo Nacha soltando una carcajada. Inés no se lo tuvo en cuenta, estaba tan centrada en vivir su embarazo, que no se daba cuenta de que era muy poco probable que ella llegara a vivirlo—. Y ahora, ¿qué tienes en mente?

—No tengo ni idea, ¡ni idea! —se quejó Inés, aliviada por cambiar de

tema—. Erik no me dice nada, quiere que me ponga cualquier cosa. Está emocionado, ¡y me encanta! Pero no se da cuenta de que me hace ilusión vestirme de blanco.

Escondió la cara entre las manos con fastidio y Nacha la acarició en el pelo.

—Oye, Inés...

Asomó los ojos entre sus manos y Nacha la miró con expresión culpable.

—¿Qué pasa?

—Erik nos ha invitado a Juan y a mí a la boda. ¡No podemos ir, claro! No me atrevo a meterme en un avión con el embarazo tan avanzado —dijo su amiga, atropellando las frases. Inés la miró con extrañeza—. Lo entiendes, ¿verdad?

—Tú sabes algo. Por eso estás tan rara —la acusó, enfadada al ver que ella escondía la cabeza entre los hombros y se encogía como si fuese a recibir un golpe.

—Sí, pero Erik me hizo jurar por lo más sagrado que no te diría nada.

—Nacha, ¡no puedes hacerme esto! ¡Estoy desesperada!

Se enzarzaron en una batalla dialéctica para defender cada una su postura, hasta que al final Inés se dio por vencida. No era tan cruel como para exprimir así a la pobre Nacha. Y menos en su estado.

—Está bien, déjalo. Vamos a la tienda, a ver si me animo.

Estaba dispuesta a comprarse el vestido más caro, espectacular y pomposo que encontrara. Siempre había querido, al menos una vez en su vida, caer en la ridiculez de vestirse como una princesa. Y ¿qué mejor excusa que una boda?

Se probó un modelo con corpiño rígido y una enorme falda de campana. Arrugó la nariz al verse en el espejo circular del vestidor.

—Dios mío. Parezco un merengue. No soy yo —decidió, agitando el frufú de la falda. Parecía que el vestido la llevaba a ella, en vez de ser ella quien llevase el vestido—. No me pega nada. ¿Podemos ver otra cosa?

Se probó varios, pero ninguna la convencía. Una de las dependientas seguía atendiéndola con paciencia, mientras que la otra mantenía una

animada conversación sobre maternidad con Nacha.

Se bajó del pequeño podio, estaba claro que no era su día. Curioseó entre los conjuntos de lencería y escogió uno de tul blanco con detalles de raso.

—Venimos otro día, hoy no estoy inspirada —dijo con resignación. Nacha se fijó en los metros y metros de seda del último vestido y negó con la cabeza.

—Erik me va a matar, pero voy a soplarte algo. La boda va a ser al aire libre, Inés —dijo con cara de no querer soltar nada más—. Ninguno de esos vestidos pega mucho con una boda de mañana.

El rostro de Inés se iluminó. Aquello cambiaba todo.

—¡Seguro que es en la playa! ¿A que sí? —insistió, sabiendo que la fastidiaba.

—No pienso decirte ni una sola palabra más, ya tienes demasiada información —replicó Nacha, un poco enfadada—. Ni se te ocurra decirle a Erik que he sido yo la que lo ha delatado.

—Vale. Mallorca, al aire libre, de mañana —enumeró a la modista, que sonrió y se encaminó a la trastienda a coger otros catálogos—. Es una boda en la playa. Entonces, algo blanco, vaporoso y muy sencillo.

Se probó varios más, pero cuando la vistieron con un modelo de gasa con escote en uve, espalda descubierta y falda con caída, supo que era «el vestido».

Erik y ella casi no se habían visto aquella semana. Cuando llegó el viernes, ya estaba más que harta de la sobrecarga de trabajo, de llegar a casa y caer rendida en la cama y de la sensación de funcionar como una autómatas. Y encima tenía guardia.

Pero aquel día le darían el alta a Esperanza. Después de casi un mes de hospitalización tras la cirugía, todavía con la sonda para conseguir una nutrición adecuada, cirujanos, pediatras y cardiólogos se pusieron de acuerdo en que ya podía marcharse a casa. Inés hizo un alto en la consulta y fue a buscar a Erik a su despacho.

—Vamos a decirle adiós a Esperanza y a Paloma.

—Ya pasé visita a primera hora y le di la noticia. Estaban muy contentos —dijo Erik, con el estrés dibujado en cada uno de los relieves de su rostro—. No veo por qué tengo que ir ahora.

—Vamos, será un momento —insistió Inés—. Te parecerá una tontería, pero quiero verla sin el pijamita del hospital.

Cuando llegaron a la habitación, ya estaba preparada. Paloma tenía a su hija en brazos y la

llevaba con orgullo, con un osito abrigado amarillo pastel y gris perla en el que Esperanza dormía con placidez.

—Qué diferente se ve con esa ropa —dijo Erik con una sonrisa sorprendida—. Se ve más sana.

—Se ve preciosa —dijo Inés, que miró al techo en busca de paciencia—. Paloma, vendrás la semana que viene a la consulta para control, tienes la cita en el informe de alta.

—Lo tengo todo bien atado, doctora Morán —dijo la madre. Dejó a su hija en el carrito y le puso el chupete en la boca al ver que protestaba—. No se vayan todavía, tengo algo para ustedes.

Y los sorprendió con una enorme caja de bombones belgas. A Inés se le abrieron los ojos como platos y se le hizo la boca agua. Erik se echó a reír y agradeció el regalo por los dos.

—Y me gustaría darle las gracias, doctor Thoresen. A usted en particular —dijo con el rostro súbitamente emocionado.

—No tienes nada que agradecer, Paloma. Todo ha sido un trabajo en equipo —explicó Erik, sin ninguna gana de escuchar alegatos lacrimógenos—. Yo solo he hecho lo que tenía que hacer.

—Ha hecho mucho más que eso. Al abrirme la alternativa de no hacer nada, la de los cuidados paliativos —dijo Paloma emocionada, pero con la voz firme—, me hizo pensar mucho en Esperanza. En plantearme cuál sería el mejor camino. Siempre es bueno tomar una decisión sabiendo que existe una alternativa.

Erik esbozó una sonrisa sin saber qué decir. Había hecho lo que tenía que hacer y no creía que aquello tuviese ningún mérito especial.

—Me reafirmó en mi decisión de luchar, de ir a por todas. Me ayudó a no flaquear —dijo con la voz algo más temblorosa—. Para mí fue lo que marcó la diferencia y me ayudó a sostenerme en un momento en el que sentía aflojar las fuerzas. Así que gracias.

Lo abrazó con fuerza y Erik correspondió, aunque un poco envarado. Miró por encima de su hombro a Inés, que le hizo un gesto para que dijese algo. ¿Qué le iba a decir? La verdad. Se vio impelido a recordarle que todavía no habían terminado.

—Paloma, agradezco tus palabras, pero a Esperanza aún le queda un largo camino por recorrer —dijo con toda la calidez de la que fue capaz—. En dos o tres meses, vendrá la próxima cirugía y tenemos que estar preparados por si las cosas no salen bien.

Ella asintió con una sonrisa triste.

—Puede. Y cada día que pase junto a mi hija será algo valioso para atesorar —replicó Paloma, sin dejarse abatir por la advertencia—. No puedo controlar el futuro, pero sí puedo vivir el presente con optimismo y recordar los buenos momentos del pasado.

—Esa mujer tiene una positividad al enfrentar la vida que a veces me da envidia —dijo Erik al abandonar la planta, de camino a la Unidad del Corazón—. Todos deberíamos aprender de ella.

Inés estaba pensativa y sirvió dos cafés en la sala de juntas para tomarlo con él en su despacho, antes de tener que marcharse al cambio de guardia.

—¿Por qué fuiste tú tan pesimista? Yo creo que no era el momento —dijo Inés un poco triste—. Le ha empañado el momento feliz del alta con tus palabras.

Erik asintió, un poco culpable. Dio un par de tragos al café y miró a Inés, que lo observaba en

silencio, apoyada en la mesa, a su lado.

—Es cierto, pero tengo una razón de peso para hacerlo —murmuró, tras unos minutos de silencio—. Había que decírselo, no dejar ningún cabo suelto. Porque todavía tengo miedo de lo que pueda pasar. —Se detuvo y la miró a los ojos—. No puedo dejar de acordarme de Cristián.

## *Reencuentros*

La última semana antes de las vacaciones fue un auténtico infierno. Dicen que cuando tienes muchos frentes abiertos hay que mantener un actitud positiva, pero estaba resultando imposible no dejarse llevar por el mal humor.

Inés aguantaba con los dientes apretados la hosquedad de Erik, intentando salvar con dulzura y bromas la barrera que siempre levantaba cuando algo importante lo preocupaba. Viajaban el domingo y ya tenía la maleta hecha, a falta de saber qué iba a pasar con su vestido de novia, claro. Habló varias veces con las chicas del atelier, pero el vestido no llegaba. Y no quería que él lo viese; así al menos se respetaría aunque fuese una de las malditas tradiciones de casarse como la gente normal.

Erik enfrentó el trabajo del viernes con la sensación de que el domingo jamás llegaría. Había intentado hablar en varias ocasiones con Becker para recibir solo evasivas que peloteaban el problema hasta después de sus vacaciones, y su relación con Guarida se enfrió hasta el punto de que casi no habían intercambiado palabra desde que salieron de la reunión. Debía dejar todo atado para sus cuatro semanas de vacaciones y el peso de la jefatura se estaba transformando en una auténtica carga.

Llegó primero a casa y se desplomó sobre el sofá. Aquel ático era precioso y funcional, pero se encontró echando de menos la casa de Farellones. ¿Podrían conseguir algo así en Santiago? Imaginaba que no en el centro, ni tan cerca del hospital. Loki acudió a tumbarse junto a él desde su sitio en la terraza.

—Hola, amigo. ¿Nos perdonarás que te abandonemos? Al menos tendrás sitio para correr —murmuró, mientras acariciaba el pelaje espeso y rizado del cuello. Había crecido mucho en aquellos meses. Fue en busca de una cerveza e hizo algo que no solía hacer: puso la televisión y enchufó la neurona a un programa de sucesos del canal nacional. La cabeza no le daba para más.

Inés llegó un par de horas después. Él sonrió al ver su moño medio



deshecho, el rostro agotado y la ropa maltrecha. Se quitó los tacones exhalando un gemido de placer y en su cerebro destelló un chispazo de deseo, pero se desvaneció entre las preocupaciones, el estrés y el cansancio.

Se dejó caer a su lado. Ni siquiera se abrazaron. Se quedaron unos minutos sentados en el sofá, con la mirada perdida en la pantalla, los brazos inertes a ambos lados del cuerpo, ocupados tan solo en respirar.

—Lo hemos conseguido —resopló Inés, volviendo con dificultad a la vida. Puso las piernas sobre el regazo de Erik, y sonrió—. A duras penas, pero lo logramos.

—Yo no cantaré victoria hasta que estemos sentados en el avión. Y despegue. Y aterricemos en Madrid —dijo él, con la cabeza recostada en el respaldo del sofá. Masajeó las pantorrillas de Inés con suavidad y le devolvió la sonrisa—. Pero ya no queda nada.

—Mañana quiero que vayamos a dejar a Loki en casa de Juan y Nacha antes de comer.

—¿Puedes ir tú sola? Quiero subir a Farellones a comprobar que la casa quede en orden.

Inés lo miró con sorna y hundió en su pecho un dedo acusador.

—La casa está en perfecto orden. Di la verdad. ¡Tú lo que quieres es subir a esquiar una vez más antes de que nos marchemos! —dijo Inés, con expresión divertida—. A mí no me engañas, grandullón.

Él no fue capaz de esconder una sonrisa traviesa. Lo conocía demasiado bien.

—Solo en parte, pero sí. Tienes razón.

Se despidieron al día siguiente por la mañana, en el garaje. Erik abrazó a Loki con cariño y agitó sus orejas lanudas mientras murmuraba palabras de despedida en noruego. Inés se echó a reír al presenciar la relación entre el cachorro y Mister Excepción.

—Voy a echar de menos al pequeño bicho. ¿Crees que estará bien? —preguntó, preocupado. El cachorro los miraba expectante, parecía saber que algo iba a pasar—. Pregunté en la compañía aérea, pero era un lío llevarlo.

—Juan es veterinario, y tanto él como Nacha adoran a los animales, no se me ocurre un lugar mejor —dijo Inés para tranquilizarlo. Cogió la

correa de su mano e hizo subir a Loki a la parte trasera del coche, donde ya estaban cargados su cesto para dormir, un paquete grande de pienso y sus cuencos—. Pásalo bien, disfruta del día de *snowboard* y piensa un poquito en mí.

Erik tornó el gesto preocupado por uno seductor. Cerró la puerta del coche de golpe y la dejó atrapada entre sus brazos. Inés no pudo defenderse cuando le dejó claro, con un beso devastador, que sería ella la que pensaría en él durante toda la jornada. Quedó jadeante y con las piernas temblando. Él solo se apartó el pelo de la cara y esbozó esa media sonrisa arrogante que impactaba justo en el centro de su sexo.

—Vendré esta noche. No tendrás tiempo de echarme de menos.

Inés condujo hacia Pirque disfrutando del placer de escuchar a Justin Timberlake en el coche y tener un rato de soledad. Echó cuentas: Erik y ella llevaban seis meses viviendo juntos. Salvo las guardias, y aquella semana de enfado obstinado que solo les había servido para echarse de menos, compartían una rutina plácida que marcaba el compás de una vida en común llena de futuro. Al mismo tiempo, y poco a poco, recuperaba sus espacios personales. Soltaba la mano de Erik, que la había ayudado a sobrellevar su recuperación de una manera que la emocionaba al pensarlo, para caminar junto a él más libre y consciente. Porque lo amaba, pero no porque fuera un apoyo a su vida coja, sino porque se sentía completa junto a él.

Cuando llegó a la casa, Nacha le abrió la puerta en pantuflas e Inés se echó a reír al verla tan descuidada. Disfrutaba de su permiso prenatal con unos *leggings* negros y una amplia camisola de embarazada. Loki desapareció en el jardín, feliz de poder explorar a sus anchas.

—Esto es inaudito. ¡Creo que jamás te había visto vestida así!

—Es cierto, estoy hecha unos zorros, pero nada me cabe y los zapatos menos —dijo en un gruñido. Comenzaba a costarle trabajo desplazarse de un lado a otro y apoyaba una mano en sus lumbares incluso al andar—. Y cada vez duermo peor. ¿Tomamos un café? Yo descafeinado, claro. Pero al menos podré olisquear el tuyo y delirar con que lo estoy tomando.

La miró con tal cara de pena que Inés soltó una carcajada.

—No digas tonterías, ¡estás preciosa! —dijo, abrazándola con cuidado. ¿Cómo está mi ahijada? —Puso ambas manos sobre el abultado vientre y recibió en sus manos un par de pataleos—. Veo que le va la marcha, ¡será bailarina como su madre!

Con el conocimiento que les daban los más de diez años de amistad, se movieron por la cocina mientras preparaban el café y algo dulce para comer mientras parloteaban de un poco de todo.

—¿Seguro que no es mucho trabajo quedaros con Loki? ¿Y si te pones de parto? preguntó Inés, de pronto preocupada por sobrecargarlos—. Debí llevarlo a Ranco, a casa de mis padres, pero no los veía muy convencidos de cuidarlo. Cuando los llamé por teléfono, no hicieron más que darme evasivas.

Nacha se encogió de hombros para quitarle importancia.

—A mí me encanta tener a Loki aquí. ¿Sabes que estuvo unos días con nosotros, hasta que Erik vino a buscarlo para ti? —le contó su amiga mientras se acercaba a la ventana y veía al perro olfatear las hojas húmedas sobre el césped—. Le pidió ayuda a Juan para encontrar un criadero y fueron juntos a ver un par de camadas. Erik lo escogió especialmente para ti.

—¿En serio? —dijo Inés, emocionada por conocer los detalles. La generosidad de Erik con ella siempre la emocionaba. Loki había hecho su vida mejor. La de los dos.

—Inés, sabes que el año pasado..., bueno, con todo lo que os pasó no estaba demasiado contenta de que hubieses vuelto con él —confesó Nacha, que parecía reacia a soltar lo que pensaba—, pero ahora no tengo dudas. Es «El hombre» para ti.

Inés sonrió. Erik, con su carácter escandinavo, a veces frío, poco asertivo y muchas veces extraño, había acabado por meterse en el bolsillo a todos. Incluidas Nacha y su hermana.

—Yo lo sé desde hace mucho tiempo. Mi único problema era asumir que somos muy distintos, en muchos aspectos —confirmó ella, envolviendo la taza caliente entre sus manos—. Y a veces nos cuesta. A los dos. Pero tenemos claro que vale la pena involucrarse.

Nacha la miró a los ojos y asintió. Parecía conforme con lo que veía, y sonrió para asegurarle que así era. Echó un vistazo al reloj y apuró el café.

—Nacha, te dejo. Todavía tengo que pasar por el atelier a ver qué pasa con mi vestido. No me han dicho nada y estoy un poco preocupada —dijo mientras fregaba la taza en la pequeña cocina—. Si no tengo el vestido hoy, tendré que marcharme sin él.

—No te preocupes, son muy profesionales y seguro que está listo. Pero espera un momento. —Se bajó con dificultad del taburete y entró en su habitación. Al volver, portaba una pequeña caja blanca entre las manos—. No puedo acompañarte y no puedo haceros el regalo que me gustaría, porque entre los arreglos de la casa y la llegada del bebé, no estamos muy boyantes de dinero que digamos —dijo entre risas. Siempre sincera y franca, y con ese humor espontáneo que Inés adoraba—. Pero quiero que lleves esto. ¡Ábrelo! Espero que te guste.

Le dio el paquetito con una sonrisa emocionada, y ella lo abrió con manos nerviosas, presa de la expectación. Revolvió en el papel de seda y entre los dedos se le enredó una preciosa liga de encaje blanco con un pequeño lacito azul. La abrazó con fuerza, un poco de lado para evitar su barriga.

—No puedes ser una novia sin una liga. Algo regalado y algo azul. ¿Llevas algo prestado y algo viejo? —dijo Nacha, emocionada. Inés sonrió, trémula.

—Loreto me dejó unas peinetas para el pelo que pertenecieron a mi abuela.

—Perfecto. Puede que no sea una boda muy convencional, pero tú vas a estar preciosa.

Condujo de vuelta a Santiago con una calidez en el alma que la reconfortó. ¿Qué más podía pedirle a la vida? Siempre se había sentido querida y arropada por los suyos, pero ahora esa sensación era, más que nunca, una certeza.

En el atelier la recibió la modista con buenas noticias. Habían localizado una tienda de Rosa Clará en Mallorca, y tenían el vestido listo para que lo recogiese allí. Una cosa menos en qué pensar, y así no tendría que estrujarlo en su maleta. Y así, Erik no tendría oportunidad de espiarlo. Antes de salir de la tienda, divisó unas sandalias con un tacón cuadrado con las que quizá podría caminar por la arena.

—Quedarán preciosas con el vestido —dijo la dependienta con una

sonrisa divertida al verla quitarse las botas de piel vuelta y los calcetines gordos de lana para probárselas.

—Me las llevo.

Misión cumplida. Ahora ya tenía todo para su día especial.

Los días de viaje estaban revestidos de una tensión diferente a la del estrés del día a día, una expectación ansiosa. Pasaportes, dinero, billetes de avión, cargadores, móviles, recados de última hora... Su vuelo salía a las ocho de la tarde, llegarían a Madrid a las siete de la mañana y tendrían que esperar un par de horas de conexión para el que salía a Palma. Pan comido. Después de haber viajado hasta Tromsø con paradas en París y en Oslo, le parecía una minucia.

—¿Ahora sí te lo crees? —preguntó Inés, ya acomodada en la butaca de primera clase, la mantita sobre las piernas y la almohada tras el cuello.

—Sí, por fin —dijo Erik, y añadió un gruñido de pura satisfacción. Se descalzó y estiró las largas piernas en el espacio libre hasta el asiento de delante—. *Fy faen!* A la mierda Guarida, a la mierda Becker, a la mierda todo. Nos esperan cuatro semanas de playa, mar y sol. ¿Contenta?

Inés asintió y dejó caer la cabeza sobre su hombro. Cerró los ojos y lo abrazó por encima del reposabrazos, disfrutando de la calidez de su pecho y el aroma masculino que desprendía. Exhaló un largo suspiro de alivio.

—Mucho más que eso. Estoy feliz.

Pronto sobrevolaron la cordillera de los Andes. La vista por la ventanilla era sobrecogedora; los picos rocosos, cargados de nieve, parecían estar al alcance de la mano, y la caída de la noche dibujaba un paisaje impactante e irreal. Después, el cansancio y un par de somníferos ayudaron a convertir las catorce horas de vuelo en una noche de sueño más o menos reparador. Cuando la azafata la despertó para entregarle la pequeña carta del desayuno, eran las cinco de la mañana y faltaban solo tres horas para llegar. Erik se había aislado con el antifaz y los cascos puestos, envuelto con la manta hasta la barbilla, así que pidió por él los huevos con beicon, el zumo, la fruta y el café, y lo dejó dormir un poco más.

En Madrid los recibió una mañana azul que prometía calor.

Recorrieron la terminal con la sensación gomosa que siempre te atrapa tras los viajes largos, aún atontados por el cambio de hora, el residuo de las benzodiazepinas y el largo viaje. Pero, entre buscar la puerta de embarque y llegar hasta ella mientras curioseaban de tienda en tienda, no tuvieron que esperar demasiado para embarcar. La hora y media hasta el aeropuerto de Palma pasó en un suspiro, y se mezclaron con el caos de turistas que inundaban la zona de recogida de maletas con niños pequeños, rostros bronceados, acentos del norte de Europa y mucha gente joven con ganas de fiesta. Inés se sintió estimulada por el ambiente de vacaciones que se respiraba en cada rincón.

Cuando estaban por salir de la terminal de llegadas, Inés frenó en seco y casi la atropellaron con un carrito de maletas.

—No puede ser —murmuró.

Una sensación de irrealidad la inundó, un verdadero *déjà vu*. De pronto, no estaba en Mallorca, sino en el Arturo Merino Benítez en Chile, porque era la única explicación que se le ocurría para que sus padres estuviesen allí. Los pasajeros los sorteaban en la salida, dedicándoles apelativos poco cariñosos.

—¡Inesita, aquí! —tronó la voz de su padre, que agitaba una mano, impaciente, con su pelo canoso y a la vez flamígero, y rojo como un tomate por el sol. Su madre, más contenida, esperaba agarrada del brazo de Jana. ¿De Jana?

—¿Tú has hecho esto? —Se volvió hacia Erik, que asintió con expresión arrogante y dibujó una enorme sonrisa de satisfacción. Pese a tener a su familia allí, Inés lo abrazó primero a él—. Gracias. Te quiero —alcanzó a susurrar antes de arrancarse de sus brazos y lanzarse hacia los de sus padres.

El intercambio de saludos generó un pequeño caos justo en la puerta, y un guardia los conminó a salir de allí. Gerardo empujaba el carrito de las maletas mientras Erik abrazaba a su madre por los hombros e Inés parloteaba con la suya, cogidas del brazo. Pronto se acomodaron en la miniván de alquiler y pusieron rumbo a Can Picafort, a poco menos de una hora.

—¿No nos quedamos en Palma? —preguntó Inés, algo preocupada. Su vestido de novia estaba allí—. Tengo que hacer un recado importante.

—¿Qué cosa? —preguntó Erik, curioso.

Inés se puso roja y sonrió.

—Tú guardas tus secretos y me has sorprendido. Espero sorprenderte yo también un poquito a ti —dijo con una sonrisa cómplice—. ¡Ya lo verás!

El pueblo de Can Picafort bullía de actividad. Las casas señoriales mallorquinas se mezclaban con viviendas más funcionales dedicadas al turismo, grandes *resorts* hoteleros y una gran oferta de ocio y restaurantes. Inés se bebía todo desde la ventanilla, escogiendo ya sitios para salir a cenar, pero Erik condujo fuera del centro y se dirigió a una zona residencial muy cerca de la playa. Una casa grande, de planta cuadrada y de color terracota, los esperaba con un bullicio de niños, gritos y risas, y chapoteos de agua.

—¿Maia y los niños están aquí? —preguntó Inés, emocionada. No podía creerlo. Cuando Erik habló de una fiesta íntima, había pensado en ellos dos frente a un juez de paz. Lo que no habría sido malo. Pero estar con todos los suyos era infinitamente mejor.

—Están aquí —confirmó Erik, que no había parado de sonreír desde que habían llegado a Mallorca.

Inés entró a la casa y casi chocó de frente con Loreto, que salía con una enorme sonrisa, en bikini y un pareo, a recibirlos. Volvió a quedarse sin habla. Su corazón no se recuperaba de una sorpresa cuando recibía un nuevo impacto brutal de emoción.

—Pero ¿tú qué haces aquí? —balbuceó, desconcertada. Julio y Elena salieron chorreando de la piscina y corrieron a saludarla entre gritos para abrazarla, dejándola empapada. Inés no podía parar de sonreír.

—¿Tú qué crees? —dijo Loreto entre risas. Maia se acercó también y el corro se estrechó en una piña donde todos se abrazaban con afecto—. Hemos venido todos a la locura de boda que ha planificado Erik. Todo esto es cosa de él.

—¡Vamos, os estábamos esperando! —llamó Maia, que la abrazó como si se hubiesen visto hacía dos días sin darle demasiada importancia y la arrastró hacia el interior de la casa—. La comida está lista y tenemos mucha hambre.

Mientras ella y Loreto apañaban a los niños con ayuda de las abuelas y Gerardo, Erik cargó el equipaje y la condujo hasta la habitación que

compartirían en la casa. Inés lo retuvo del brazo cuando hizo el amago de volver junto a los demás.

—Espera un momento, Erik —dijo con la voz temblorosa. Estaba abrumada por el esfuerzo sobrehumano que le habría supuesto hacer todo aquello él solo, manteniéndolo en secreto, con todo lo que le había caído en esas últimas semanas en el hospital—. Yo..., no sé ni qué decir. Tu generosidad conmigo, tu paciencia, tu amor...

Se abrazó a él y hundió el rostro en su pecho. Se dejó contener por los brazos fuertes que la mecieron mientras ella se deshacía en lágrimas de emoción imposibles de contener. Cuando logró calmarse un poco, se apartó unos centímetros y lo miró a los ojos. Se encontró una mirada azul de mil matices que sonreía con picardía.

—No te preocupes, *liten jente*. Pienso cobrármelo todo. En especies —aclaró deslizando las manos por la espalda hasta rodear sus glúteos. La estrechó contra su cuerpo e Inés jadeó—. Y con intereses. Yo tengo todas las de ganar.



## Resúmenes

Los días se sucedían en una rutina deliciosa. Erik se levantaba temprano y salía a correr por la playa. Inés empezó a adorar cuando la despertaba con un zumo de naranja y el sabor de la sal en los labios, porque venía después de darse un baño en el mar.

Ella se lo tomaba con más calma. Disfrutaba de la casa, que la había enamorado por esa mezcla de funcionalidad y sofisticación sencilla de todo lo nórdico, mezclado con *souvenirs* de los viajes, fotos familiares y recuerdos. Era una casa grande y vivida, que tenía alma, y que mezclaba los tiestos de los geranios, las hileras de zapatillas y hawaianas en la entrada y los aparatos tecnológicos en una mezcla ecléctica que la hacía especial.

Y, sobre todo, aprovechaba para pasar tiempo con sus padres, sus sobrinos y su hermana. Parecía mentira, pero hacía años que no iba de vacaciones con ellos y aquello trajo buenos recuerdos de cuando ella y sus hermanos eran pequeños. Pasaban el día en la playa, cuando se levantaba el viento seguían en la piscina, y se turnaban entre todos para cocinar. El galimatías de conversaciones entre el español, el inglés y el noruego era maravilloso y estimulante, y pasaban de una lengua a otra sin pensarlo, con una facilidad que pasmaba a Inés. Era maravilloso.

Pero ya llevaban casi una semana allí y no había noticias de la boda. Se levantó el viernes sin saber si tenía o no que ir a recoger su vestido, porque Erik estaba en una nube de buen humor, en la que su única preocupación era cambiarse de bañador cuando estaba mojado y, por insistencia de su madre, ponerse una camiseta cuando se sentaban a comer, por pura educación.

—Erik, ¿no puedes darme al menos una pista? —dijo Inés, ya desesperada, al ver que llegaba el sábado y ella todavía no sabía nada—. ¡Solo dime si tengo que ir a por mi vestido o no?

—¿Vestido? —Erik parpadeó con extrañeza y sonrió. Los mellizos

advirtieron que acababa de llegar de su chapuzón matinal en la playa e intentaron arrastrarlo para que se bañara con ellos en la piscina. Inés los siguió, entre feliz y enfadada—. No hace falta que te pongas nada especial, *kjaereste*. Todavía no lo tengo claro, entre dos y cuatro días. No te preocupes por nada.

Pero ella se preocupaba, el vestido le encantaba y quería llevarlo el día de su boda. O no boda. Ay. Lo que fuera que Erik había planeado.

Acabó por organizar una salida de chicas a Palma. Con la excusa de ir de compras, se llevó a su madre, a su hermana, a Jana y a Maia en la miniván, y dejó a Erik y a Gerardo con todos los niños en la tarde del sábado.

—¿Crees que sobrevivirán? —preguntó Maia con cierta malicia desde la posición del conductor. Inés soltó una carcajada.

—Pues no sé qué decirte, porque el fin de semana que Erik se quedó con los mellizos y Emma tuve que ir yo al rescate. —Programó *I love it* de Icona Pop en el móvil y Maia apretó el acelerador al incorporarse a la autovía. Loreto la miró con expresión preocupada, y ella se encogió de hombros—. Tendrán que apañarse. Mientras, ¡nosotras vamos a pasarlo bien!

Llegaron al centro de la ciudad y dejaron el coche en un aparcamiento cerca del Paseo del Borne. Era imposible no detenerse en cada tienda de la amplia calle peatonal, llena de gente, con árboles señoriales que daban una sombra imprescindible para paliar el calor mediterráneo, pero Inés estaba empeñada en cumplir con la misión de llevarlas hasta la tienda de Rosa Clará de Jaime III. Pasaron frente a Cartier y una idea comenzó a tomar forma en su cabeza, pero divisó la puerta de la tienda de novias y apretó el paso.

Un acceso de pánico la inundó cuando la dependienta, amable y muy profesional, compuso un gesto de extrañeza.

—¿Un vestido encargado desde Santiago de Chile? Pues no tengo ni idea —dijo la chica, muy sorprendida—. A mí no me han dicho nada. ¿Dejaste pagada la señal?

Vaya. Su corazón se saltó un par de latidos.

—¡Claro que sí! Debí venir antes, lo sé, pero estoy con toda mi familia de Chile y de Noruega. —Señaló a las cuatro mujeres, que asistían preocupadas al intercambio—. Por favor, ¿puedes averiguar con alguien más? Tenéis que tenerlo aquí. Mira. —Sacó la tarjeta del atelier donde la modista

había apuntado los datos—. Aquí dice que habló con Roser, ¿no eres tú?

—¡Ah, con Roser! No, es la gerente de la tienda. Espera un momento.

Mientras la chica hablaba por teléfono, ellas admiraban los modelos expuestos en perchas y maniquíes, e Inés hacía un esfuerzo por no comerse las uñas. Al final, desapareció por la trastienda y volvió con una funda larga de color crema.

—Mil disculpas, Inés. Roser se ha encargado personalmente de tener todo a punto para que tu vestido esté perfecto, puedes respirar tranquila —dijo la mujer. Se puso en la muñeca un alfilerero, al cuello una cinta métrica y señaló hacia el probador—. Venid por aquí, haremos los últimos ajustes.

Entraron en el probador, e Inés se vistió ante la atenta mirada de su madre, su hermana, su cuñada y su suegra. Las cuatro mujeres que se habían transformado en las más importantes de su vida. Con una punzada de nostalgia, pensó en Nacha.

No necesitó ningún arreglo. El vestido abrazaba su cuerpo como si estuviera hecho a medida. La caída delicada de la tela se ceñía a sus formas sin apretar y el dorado de su piel adquirido de los días de playa resaltaba el blanco ibicenco del tul.

Dio una vuelta sobre sí misma, sosteniendo la pequeña cola para no arrastrarla, y sonrió.

—¿Qué os parece? ¿Le gustará el vestido?

—Tendrá un orgasmo cuando te vea —soltó Maia.

—Estás preciosa —dijo Loreto.

Jana dijo nada, pero la emoción en su rostro era todo lo que Inés necesitaba saber. Y entonces vio la expresión de su madre. Unos gruesos goterones rodaban por sus mejillas y sus ojos oscuros brillaban con un fulgor que Inés no había visto nunca cuando su madre la miraba.

—Estás perfecta, hija. Pero no por el vestido. Esta vida te sienta como anillo al dedo. —La abrazó con fuerza, porque una vez más, pese a que su relación no era tan fluida como quisiera, su madre daba en el clavo—. Estás perfecta porque estás feliz.

Inés salió de la tienda con la sensación de que flotaba en una nube, aunque sin poder evitar esa punzada de que una catástrofe inminente la

acechaba. Sacudió la cabeza con fuerza y se deshizo del sentimiento ominoso. Tanto ella como Erik tenían derecho a ser felices. Al pasar de nuevo frente a la joyería, hizo un gesto de despedida y las despachó, algo nerviosa.

—Seguid vosotras. Tengo algo que hacer.

No le costó escoger la alianza. Sabía que Erik no usaría nada que no fuese sencillo, y se decidió por un modelo con un pequeño bisel en el borde. Y, en caso de que no quisiera ponérsela en absoluto, escogió también una cadenita de oro para que la usara al cuello.

—¿Tiene la medida para su futuro marido? —preguntó el joyero, mostrándole los dos anillos sobre la palma de un guante blanco e impoluto.

Inés sonrió.

—No me hace falta. —Le mostró el dedo gordo, y el hombre asintió con aire profesional—. Conozco sus manos a la perfección, y si me enseña algunas tallas, sé que lo escogeré bien.

Probó tres o cuatro argollas antes de quedar conforme con su elección. No la tenían en la tienda, pero le aseguraron que a la semana siguiente las tendría disponible.

Vaya. Una pequeña decepción en medio de toda la nube rosa.

Después de algunos minutos de indecisión, decidió el grabado que iría en el interior y se marchó de allí al ver que Maia ya le había mandado varios mensajes para meterle prisa.

Pasaron por la callejuela de la Vía Veri y tomaron un helado, subieron las escaleras de tres en tres de la calle Quint, y llegaron por la preciosa callejuela empedrada de San Miguel hasta la Plaza Mayor. Allí, cargando con las bolsas de sus compras y agotadas de la caminata, se desplomaron en una terraza y tomaron varias cervezas. Inés sonreía al ver la complicidad que se había instalado entre su madre y Jana.

Llegaron de noche cuando los niños deberían estar dormidos, pero los pillaron a todos en el salón, viendo una película. Emma y Elena dormitaban apoyadas en Erik, mientras que Anders, Olle y Julio compartían con su padre el sofá de mayor tamaño a medias atentos a la televisión y a una Nintendo. Tras algunas protestas, todos se fueron a la cama.

—¿Todo bien? —preguntó Erik con curiosidad al ver la enorme bolsa

que ella guardó en el armario haciendo todo lo posible para que no viese nada.

—Todo bien. —Cerró las puertas tras su espalda y le lanzó una mirada amenazadora—. ¡Ni se te ocurra mirar!

Pasó el domingo y el lunes sin que Erik dijese nada nuevo. Ya daba el tema por perdido cuando fue a buscarla esa tarde, mientras hacía castillos de arena interminables con los niños a la orilla de la playa.

—Ya. Ya estamos. Bueno, casi —dijo risueño—. Mañana por la tarde nos casamos.

—¿Mañana, miércoles? —preguntó sorprendida. Se incorporó sobre la toalla y tapó el sol con una mano para estudiar su expresión. Estaba contento. Y nervioso. En los ojos azules bailaba la diversión.

—¿Tienes algo más importante que hacer? —dijo para tomarle el pelo. La emoción la embargó de súbito y lo abrazó con fuerza tras dar un grito de alegría.

—Te haré un hueco en mi agenda —bromeó, y se echó a reír cuando Erik soltó un gruñido exasperado—. ¡Vamos al agua a celebrarlo!

Inés se levantó tarde; entre los nervios y la conversación hasta altas horas de la noche sobre anécdotas de las distintas bodas de todos, no había pegado ojo. Erik estaba apoyado en la baranda de la terraza que daba al jardín, con su uniforme oficial de verano: un bañador de tela suelta, esta vez de color azul marino. Nada más. Se abrazó a su espalda caliente e inhaló el aroma de la piel masculina. Besó el corazón del tatuaje y apoyó el antebrazo a su lado para compararlo con el de ella. No podía creer lo afortunada que era. Iba a casarse con él. Con su vikingo. No era capaz de controlar las mariposas que revoloteaban en su estómago ni las ganas de ponerse a gritar.

—Están preparando todo para la comida. ¿Quieres ver?

Inés asintió y bajaron juntos al jardín. Una larga mesa para dieciséis comensales ya estaba casi lista y dos camareros terminaban de poner las copas. Divisó a su madre en la cocina, dando indicaciones de cómo disponer el bufé, desplegando todas sus dotes de chef de alto renombre, y a Jana colocar unos arreglos florales. Sonrió al ver las hortensias y dragonarias que

daban una nota de color al verde del jardín junto con los geranios.

—Pero ¿cuándo es la ceremonia? —preguntó, desconcertada. Un aroma delicioso a salmón marinado le hizo la boca agua, y también creyó identificar el de las empanadas de pino al horno. Se acercó al porche, donde se estaban descargando las bandejas cubiertas con campanas plateadas del *catering*—. ¿Vamos a comer ahora?

Erik se echó a reír con ganas. La abrazó y la besó sobre la escalera y se la llevó de vuelta a la casa. En la cocina reinaba un pequeño caos.

—En un rato. Primero comemos, sin prisas. Después, tenemos que ir a un sitio a que nos casen, no podemos hacerlo aquí —explicó, mientras subían las escaleras hacia el piso de arriba—. ¿Te gusta la idea?

Inés se echó a reír y se dio por vencida. Jamás habría adivinado lo que Erik tenía en mente, y ya no podía hacer otra cosa que dejarse llevar y disfrutar lo que fuese que él había preparado.

—Me rindo contigo. ¡Me rindo! —dijo, y levantó las manos en señal de derrota—. Me encanta todo, es perfecto. Pero ahora, ¡vete de la habitación y déjame arreglarme!

En el caos de doce personas yendo y viniendo de los cuartos de baño, Maia y Loreto intentando arreglar a cinco niños pasadísimos de vueltas, y las prisas que Jana y su madre les metían a gritos, llamándolos desde el jardín, un taxi tocó el claxon y los niños se precipitaron hacia la puerta. Kurt se bajó, seguido de su hija Astrid, y Corbyn saludó un poco después, tras pagarle al conductor. Los tres venían muy bronceados, curtidos por el sol y con pinta de estar agotados.

—Ya estamos todos. ¡No puedo creerlo! —Erik estaba exultante. No había borrado su sonrisa desde que se había levantado por la mañana. Bajó los tres escalones hasta la entrada y se fundió en un abrazo de oso con su hermano—. Es increíble que hayas llegado, ¿cómo lo has hecho?

—Ya te pasaré la cuenta del arreglo —gruñó Kurt, con una enorme sonrisa. Lo estrechó contra su enorme torso como si quisiera fundir las costillas en una cremallera con él—. Pero mi hermano díscolo no se casa todos los días y tenía que estar aquí. Toma este viaje como mi regalo de bodas.

—Y como el mío —dijo Corbyn, con su rostro inglés enrojecido y

curtido por el sol pese al pegote de crema solar que cubría su rostro—. Con esto ya me puedo dar por bautizado como noruego. ¡Menudo viajecito!

—¡Aún es posible que hagamos de ti un auténtico vikingo! —dijo Kurt con su voz estentórea.

—Hola, tío Erik —dijo Astrid con timidez.

Abrazó también a su sobrina mayor, y los condujo a todos hacia el interior de la casa, ayudándolos con el escaso equipaje que habían traído.

—Hola, preciosa. Sube con Inés, todas las mujeres se están arreglando en la habitación de mamá.

—Después del viaje, ¡agradezco una ducha y ponerme algo decente! —dijo la chiquilla, que se echó su mochila al hombro y corrió por las escaleras para saludar a los demás.

La campanilla que los llamaba a todos a comer sonó más de una hora después de lo previsto, pero todos estaban tan entusiasmados que les dio igual. Se fueron acomodando a la mesa para tomar un aperitivo mientras esperaban a Inés.

Erik se estaba poniendo un poco nervioso. No escuchaba lo que su hermano le decía sobre el viaje porque no paraba de mirar el reloj. Tenía que hacer un esfuerzo consciente por no volver la cabeza una y otra vez hacia la casa.

Y entonces la vio. Un nudo de mil emociones se apoderó de él, y la mezcla de amor, deseo, orgullo, pertenencia y cierto pánico al pensar que había estado a punto de perderla, se expandió en su interior. Tuvo que cerrar los ojos y respirar durante un instante para recuperar el control. Inés se liberó del brazo de su padre, que la había llevado hasta allí con un orgullo que no le cabía en el pecho y caminó hacia él.

Inés sonreía y sus ojos brillaban. Los fijó en él y sonrió con complicidad. No llevaba más adorno que unas pequeñas flores violeta en el pelo prendidas con unas peinetas, y su cuerpo delicioso estaba cubierto por un vestido de un blanco níveo que abrazaba sus curvas con una caída líquida. Erik grabó cada uno de los detalles. El cuello esbelto, el encuentro de sus clavículas, la curva de sus pechos insinuándose por el escote. Su cintura estrecha. El temblor de su mano al levantarse levemente la falda del vestido al bajar la escalerilla del porche. Mientras se acercaba, todo desapareció a su

alrededor: el jardín, la playa, la mesa, los invitados. Solo existían ellos dos.

—Hola, *liten jente*. Te estaba esperando.

A Inés se le encogió el corazón al escuchar el apelativo con el que siempre se dirigía a ella. La voz ronca y grave tocó un punto muy concreto en su interior y tuvo que abrir los labios para respirar por la boca.

Llevaba un pantalón de lino y una camisa blanca remangada que realizaba sus tonos dorados y el azul de sus ojos. Se echó a reír al ver que seguía descalzo. Estaba tan guapo que notó la corriente de deseo recorrer su piel. Acudió a su encuentro, sabiendo que era ahí donde pertenecía. Entre sus brazos. En su boca exigente. En el calor de su piel. Lo agarró de la nuca con fuerza y lo atrajo hacia sus labios. Se unieron en un beso asolador y al sentir la palma de la mano de Erik, abierta sobre su espalda desnuda, ella jadeó.

—¡Eh! ¡Que no os casáis hasta esta tarde! —dijo Maia con malicia.

—Yo creo que hasta la tarde no llegan. Les doy cuarenta y cinco minutos de mantener el tipo en la comida y después subirán a la habitación —replicó Kurt, que acabó haciendo una apuesta con su hermana.

Se sentaron presidiendo la cabecera francesa para los entrantes. Entre su madre y Jana habían planeado un menú veraniego que era la mezcla perfecta de sabores chilenos y de noruega: empanaditas de pino, queso y camarón, palta reina por parte de Chile, y *gravlaks*, *carpaccio* de salmón y arenques por la parte de Noruega. Todo regado con un buen *chardonnay* chileno y, por supuesto, de postre, bollos de canela. Y algo con lo que Erik no contaba.

Victoria hizo traer, ya cuando estaban con el café, una bandeja de panqueques celestinos recién hechos. Cuando los vieron, Inés soltó una carcajada y él se atragantó y se puso a toser. Se miraron, cómplices, y no podían parar de reír.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Loreto, desconcertada por su reacción —. Es un postre muy chileno, ¿qué tiene de gracioso?

Inés logró controlarse lo suficiente como para ofrecer una respuesta. Agarró con fuerza la mano de Erik y asintió.

—Una vez, los panqueques celestinos nos salvaron la vida tras una largo, largo, larguísimo periodo de inanición —dijo sin mirar a Erik, que había estallado en carcajadas—. Así que le debemos mucho a este postre, no



vayas a pensar.

No pudo seguir sentada en la silla. Necesitaba contacto, tocarlo, besarlo. Se sentó sobre su regazo a tomar el postre y ya no se bajó de ahí.

La sobremesa se alargó en conversaciones y risas mientras los niños correteaban por el césped y atacaban el pequeño bufé de dulces que habían preparado para ellos. Fue Kurt el que, echando un vistazo a la hora, le hizo una señal a Erik. Él asintió e Inés los miró, expectante. ¿Qué se traían entre los dos?

—Vamos, *kjaereste*. Tenemos que llegar a la ceremonia.

—¿Dónde es? —preguntó Inés con curiosidad.

—Tenemos que llegar al puerto.

Dudaron entre caminar o ir en coche, pero les venía bien bajar la comida, así que se fueron paseando por la pequeña marina de Can Picafort. Eran poco más de las siete de la tarde y la playa aún bullía con gente, pero los restaurantes a pie de playa estaban llenos también. Recibieron saludos de los turistas a su paso y más de algún grito de felicitación. Inés estaba radiante y feliz. Jamás habría imaginado una ceremonia mejor.

—Ya hemos llegado al puerto. ¿Y ahora? —dijo Inés, mirando hacia los edificios sin distinguir ninguno que pareciese un juzgado o nada oficial.

—Kurt, ¿dónde está el Drakkar?

—¿El Drakkar? —preguntó Inés, desconcertada. Se volvió hacia el gigante que era el hermano de Erik, que exhibió una sonrisa misteriosa y se erigió en la delantera de la comitiva. Los guio hacia un pantalán alejado e Inés pronto descubrió el viejo velero que había sido rehabilitado por Magnus, el padre de Erik—. ¿Habéis traído el Drakkar hasta aquí?

—No ha sido nada fácil —dijo Corbyn con una sonrisa agotada—. Hacía años que planeábamos mantenerlo aquí, en Mallorca, y nunca nos habíamos animado a hacerlo. Pero en cuanto supimos que os casabais, Kurt comenzó a organizar la travesía. Convencimos a Astrid de que nos acompañara, porque necesitábamos un tripulante más, y, tras casi un mes de viaje, ¡estamos aquí!

Y entonces Inés entendió todo.

Las imprecisiones en la fecha. Los cambios de última hora. Los desvelos y el enorme trabajo que había supuesto llevar el velero hasta allí. Astrid sonreía, orgullosa, y el enorme vikingo que era Kurt, satisfecho de sí mismo. No pudo evitarlo. Rompió en mil lágrimas e hizo un intento torpe de abrazarlos a los tres a la vez.

—Sois todos increíbles. Y estáis locos. ¿Cómo es posible traer un barco tan grande solo con tres personas?

El vikingo barbudo y grandote se encogió de hombros y respondió, risueño.

—Tanto Astrid como yo estamos acostumbrados al mar. Y Corbyn le pone empeño, aunque al principio se pasara una semana vomitando por la borda. —Inés se echó a reír y Maia abrazó y besó a su marido en los labios en un gesto espontáneo de consuelo—. Ha hecho un tiempo magnífico, y si no lo teníamos claro, íbamos bordeando por la costa.

Erik carraspeó, porque Kurt tenía a todos en el pantalán pendiente de su relato.

—¡Vamos, no quiero entretener a los tortolitos insaciables, que tendrán cosas que hacer —dijo cuando se dio cuenta de la insinuación—. ¡Cuidado, no os caigáis por el hueco!

La cubierta del Drakkar estaba despejada e impecable para la ocasión. Los aparejos de pesca, los equipos de submarinismo y los cabos desordenados que había visto en una ocasión en que Erik la había llevado a ver el barco, estaban enrollados junto a los molinetes con pulcritud. Habían instalado una pequeña mesa de madera, donde había un libro y unos documentos. Las voces de dos hombres conversando plácidamente se escuchaban desde dos hamacas extendidas en proa. Inés se quedó paralizada cuando reconoció una de ellas.

—Miguel —murmuró. Se volvió hacia Erik con incredulidad—. ¿Has conseguido que venga Miguel?

Su vikingo arqueó las cejas y su mirada arrogante se adornó con una enorme sonrisa. Inés se dividió durante un segundo entre abrazarlo y correr hacia su hermano.

Miguel se bajó de la hamaca y decidió por ella, abrazándola con

fuerza.

—¿De verdad crees que me lo iba a perder, Inés?

También había sido una sorpresa para sus padres y su hermana, y los cinco se fundieron en un abrazo familiar emocionado. No se veían desde Navidades, e Inés buscó la mirada de Erik mientras la estrechaban con emoción.

Él le devolvió una sonrisa llena de amor. Lo había conseguido. Y todo había salido perfecto tras semanas de desvelos e incertidumbres, porque Miguel no pudo salir de China hasta última hora y Kurt tuvo una avería en el viejo motor del Drakkar que los obligó a detenerse dos días en Valencia.

—¡Vamos, que nos perdemos la puesta de sol! —advirtió Kurt con voz atronadora—. Los que no vayan a echar una mano, ¡a proa! Los que hayan nacido con apellido Thoresen, que vengan aquí a ayudar.

Inés se quitó las sandalias de tacón, se arremangó el vestido hasta las caderas y se sentó con las piernas colgando por fuera de la proa del Drakkar. Los demás la imitaron, mientras Erik y sus hermanos, acompañados de Astrid y Miguel, que quiso ayudar, izaron las velas, levaron anclas y sacaron el barco de puerto hacia alta mar.

Inés alzó la mirada hacia las velas blancas desplegadas, que destacaban sobre la madera envejecida de los dos mástiles y el casco. Los crujidos del barco al surcar el escaso oleaje daban cuenta de su veteranía, pero ella se aferró a los cables de acero que constituían una única defensa precaria para no caer por la borda. Los niños se sentaron junto a ella, Loreto, Jana y su madre, y permanecían tranquilos y obedientes. Observó con fascinación la mezcla de las melenas rubias y castañas de sus sobrinos, salpicadas por las gotas de agua y azotadas por el viento.

En cuanto se alejaron de la costa y bajó el viento, arriaron las velas y dejaron el velero al ancla. Entre Erik y Kurt llevaron la mesita a proa y todos se distribuyeron con más o menos dificultad en torno a ella, sujetándose de los mástiles, de los cables de acero que los tensaban o de los cabos. Inés sintió el vértigo maravilloso de un salto al vacío mezclado con la certeza de que era exactamente allí donde debían estar. Cruzó miradas con Erik y lo supo. Él pensaba lo mismo.

El hombre con el que estaba charlando Miguel cuando llegaron, y que resultó ser el juez de paz, dio inicio a la ceremonia que fue en realidad

oficiada por su hermano. Pasó con rapidez por las formalidades, leyendo las frases de un libro negro bajo las indicaciones discretas del juez, y después alzó la mirada de ojos castaños y sonrió.

—Es increíble que estemos hoy aquí. Creo que Inés jamás pensó que este momento llegaría. Más que nada porque ella soñaba con casarse desde que era una enana de cinco años y se ponía la funda de la almohada en la cabeza para fingir que llevaba un velo de novia —dijo Miguel con la voz cargada de diversión, provocando la carcajada de todos los presentes—. Y todos sabemos que Erik se ha hecho mucho de rogar.

Las risas acudían con presteza con cada palabra. El Akvavit, que llevaba fluyendo desde la hora de comer, aligeraba el ánimo de todos. Inés, que había rechazado las últimas copas por miedo a caerse de la cubierta del Drakkar, veía que todos estaban ya un poco borrachos.

Maia se unió al discurso espontáneo de Miguel, y se puso tras la mesa entre él y el juez de paz.

—Brindo por la mujer que ha sido capaz de pescar a mi hermano. ¡Y que sepas que muchas lo intentaron antes que tú!, pero ninguna fue capaz de conseguirlo —dijo con sentimiento. Levantó la copa de champán que ya no se sabía ni lo que contenía.

—Eso es porque las otras no llevaban la carnada adecuada. ¡Ha hecho bien en esperar! —gritó Kurt, provocando de nuevo carcajadas.

—¡Déjame hablar! Quiero decir —siguió Maia, y su tono se transformó en uno más íntimo, más cálido—, que estoy feliz, y hablo por todos los que hablan noruego en este barco.

—¡Incluso por Corbyn, que lo habla fatal! —apostilló de nuevo Kurt.

—¡Que te calles, vikingo maleducado! —Maia pasaba del amor a la indignación en unos pocos segundos, para volver al estado inicial—. Quiero decir que hablo por todos cuando te digo que eres parte muy importante de esta familia, porque lo eres de Erik. Así que ya eres tú también del clan de los Thoresen.

—Inés Thoresen. Suena bien —dijo Erik sonriendo.

—¡Por encima de mi cadáver! —tronó la voz estentórea del padre de Inés, provocando las carcajadas de todos.

Miguel volvió a coger las riendas y siguió con la ceremonia. Hubo

una pequeña confusión cuando pidió los anillos.

—Yo no tengo ningún anillo —dijo Erik, desconcertado mientras Loreto y Maia lo ponían verde por su descuido—. *Svarte Helvete!* Ni siquiera he pensado en ello.

—No te preocupes— dijo Inés. Ya le dolían las mejillas de tanto reír—. Yo llevo el anillo de pedida y para mí es más que suficiente. Pero sí quiero decir unas cosas.

El silencio se apoderó del barco. Solo se escuchaba el sonido de las olas batiendo con suavidad contra el casco del Drakkar. Se acercaron un poco más hacia el mástil principal, y se sostuvieron de él o de los cabos que caían de las velas. Inés se aclaró la voz con emoción.

—Llevamos un año un poco raro, con un inicio duro —dijo Inés con una sonrisa trémula. Todos la escuchaban con atención, pero ella solo miraba a Erik—. Y parte del año pasado no fue mucho mejor.

—Pues vaya votos de mierda —murmuró Maia con voz arrastrada y tono de fastidio.

—¡Déjala hablar! —replicó Loreto.

Inés cerró los ojos, cogió el aire y suspiró.

—No ha sido fácil llegar hasta aquí, aunque ya sabes que caí rendida a tus pies en el momento en que te descubrí a mi lado, cuando le dio el infarto a aquel hombre en el metro Tobalaba —prosiguió Inés con la voz algo temblorosa. Le costaba trabajo poner en orden las emociones de todo el tiempo que había pasado con Erik, y que giraban se retorcían en su interior—. Luché durante mucho tiempo contra la atracción, y más tarde, aunque sabía que era inevitable, contra el amor que ya sentía por ti. —Ya no hablaba hacia el grupo, en algún momento se había girado hacia él y sus miradas estaban engarzadas—. Pensaba que un futuro juntos solo nos traería problemas, y di muchos pasos, algunos erráticos, otros en falso, para alejarme. Pero estos últimos meses juntos han cambiado por completo mi percepción.

—Y tanto que luchaste, *kjaereste* —murmuró Erik, que se acercó más a ella. Le quitó el pequeño ramo de flores que llevaba en las manos y se lo dio a su madre para cogerla de las manos—. Hubo un momento en que pensé que no querías saber nada de mí.

—¡Chica lista! —rugió Kurt, divertido. Todos sisearon para hacerlo

callar. Inés temblaba y se aferró a las manos fuertes de Erik, que como siempre, le aportaron la seguridad que necesitaba.

—Cada día rompes mis esquemas. Tu generosidad me abrumba y tu amor me conforta. Esos pasos que di para apartarme no hicieron más que acercar mi corazón al tuyo. —Tuvo que detenerse de nuevo, casi no se escuchaba su voz. Hasta los niños habían detenido sus risas y juegos para poner atención—. Ahora me doy cuenta de que todo lo que nos ha pasado, los pasos en falso que hemos dado, no han hecho otra cosa que unirnos con más fuerza. Desde este momento mis pasos me llevarán siempre hacia ti. Junto a ti.

Se abrazaron. Con fuerza. La emoción vibraba en la brisa casi imperceptible que mecía el barco. Todos permanecieron en silencio, inmóviles. Solo se escuchaba el batir de las olas en la playa a lo lejos y los sonidos del puerto.

Entonces Erik la besó en la frente y después en los labios, y se apartó un poco con gesto concentrado. Inés apoyó las manos en su pecho y elevó la mirada, haciendo un esfuerzo por contener las ganas de fundirse de nuevo entre sus brazos. Erik arrugó la frente y ella sonrió para alentarlos.

—La primera vez que te vi, me pareciste una niña malcriada, también lo sabes —confesó con una sonrisa, y provocando las risas suaves de los demás, que parecían reponerse de la intensidad de las palabras de Inés—. Pero poco a poco supiste derribar las capas de mi indiferencia y acabaste por meterte bajo mi piel. Hubo un momento que te tenía tan dentro de que fui yo el que intentó apartarte. —Cubrió con su mano la que Inés apoyaba en su pectoral izquierdo y la apretó contra el latido acompasado de su corazón—. Fue inútil. Ya había caído. Y tuve que rendirme a la certeza de que ya eras mi mujer.

Inés lo abrazó de nuevo en un arranque espontáneo, pero él la sujetó por los hombros y la miró con intensidad.

—El año pasado estuve a punto de perderte. Te alejaste de mí y me sentía perdido. Pero entre los dos fuimos capaces de arreglar las cosas y recuperar lo que teníamos. Y entonces estuve a punto de perderte de nuevo, cuando ya éramos solo uno. Esta vez de perderte para siempre y no recuperarte jamás. —Su tono se endureció, se tornó más fiero, más profundo. La ansiedad y el dolor que reflejaban sus ojos azules la hicieron estremecer

—. No sabes lo que fue aquello, Inés. Todo mi mundo se vino abajo porque te tenía al alcance de la mano, de mis besos, de mi piel, y a la vez no estabas allí. No podía contarte mis preocupaciones, ni compartir contigo el calor de la chimenea o una cerveza fría. Vivía en blanco negro, sin una sola gota de color.

—Erik... —susurró ella, pero no fue capaz de articular ni una sola palabra más.

—Y volviste a mí. Porque soy un cabrón con una suerte inmerecida, y, porque por alguna razón, pese a que como tú dices, soy un vikingo gruñón, adicto al trabajo y terco como una mula, me quieres. —Esta vez fue su madre, Jana, las que elevó las manos y miró al cielo emitiendo una exclamación como si Erik hubiese tenido una epifanía—. Y has decidido que yo soy el hombre con el que quieres estar. Me siento privilegiado por lo que siento por ti, por saberme correspondido. Prometo honrar esa elección cada día de mi vida. Hasta que muera. Porque te quiero y quiero estar contigo. Y porque no imagino mi vida sin ti.

Su voz también se quebró y dejó salir a raudales la emoción que sentía en un beso devastador que arrancó los aplausos y vítores de todos. Se besaron con ternura, con pasión, con devoción. Dejando caer en los labios del otro todo lo que sentían, la angustia por todo lo que habían sufrido, el amor inmenso que se profesaban, y la certeza de que a partir de ese momento no les esperaba otra cosa que una vida de felicidad.

## *¿Eres feliz?*

Tras la ceremonia, con las emociones aún a flor de piel, levaron anclas y continuaron en una navegación sin rumbo para disfrutar de la caída de la tarde. La brisa se hizo más intensa y las velas se combaron con fuerza; el velero adquirió velocidad. Erik dejó a Kurt en el timón y se acercó hasta Inés, sentada de nuevo en proa. El vestido vaporoso se enredaba en sus muslos y el blanco de la tela contrastaba con su piel, flameando en torno a ella como en una visión onírica. Se sentó a su lado. Inés reía al recibir las salpicaduras de las olas batidas por la quilla del Drakkar.

—¿Eres feliz, Erik? —preguntó, con los ojos brillantes y sin perder la sonrisa preciosa de su rostro de niña.

—Soy feliz. Estoy completo. ¿Qué más puedo pedir? —dijo con sinceridad. Rodeó sus hombros con el brazo y la estrechó contra su cuerpo. Se besaron de nuevo con ternura y Erik arqueó las cejas—. Bueno, sí. Hay algo. En este barco hay demasiada gente y ya es hora de que nos dejen en paz. ¿Te apetece salir a navegar conmigo un par de días?

Inés lo miró con expresión emocionada y un poco asustada, también. Se mordió el labio y dudó en contestar.

—¡Me encantaría!, pero ¿tú y yo solos? Yo no tengo ni idea de navegar —advirtió, insegura y llena de expectación—. ¿Puedes manejar el Drakkar tú solo?

—Podría hacerlo, pero si me echas una mano, será mucho más fácil. Yo te enseñaré —dijo Erik, abrazándola aún más fuerte. Ella asintió en silencio. Iría con él al fin del mundo—. Mira. Se está poniendo el sol.

Disfrutaron en silencio de la caída de la tarde. El azul celeste del cielo mediterráneo se fundió en tonos púrpura y anaranjados. La claridad comenzó a tornarse en una noche plácida, sin luna y plagada de estrellas. Pero Erik la besó en los labios, se puso de pie y tiró de ella para que se levantara también. Juntos caminaron hasta el centro del barco y se sujetaron al mástil.



—A ver, familia. ¡Venid un momento! —llamó él, alzando la voz para convocarlos a todos. Los niños fueron los primeros en acudir a la carrera, con un equilibrio increíble para la manera en que se bamboleaba el barco, en llegar hasta él y escucharlo con atención—. Inés y yo queremos daros las gracias por acompañarnos en nuestra boda. A mi madre, a Victoria, a Loreto y a Maia por tenerlo todo a punto pese a que no teníamos una fecha fija. A Corbyn, Kurt y Astrid por traer el Drakkar hasta aquí, contra viento y marea, tras un mes de viaje desde Tromso.

—¡Y nunca mejor dicho! —vociferó Kurt con una carcajada—, creo que nunca olvidaremos el paso por la punta de Sagres, ¿verdad, Corbyn? Ha sido su bautismo vikingo.

El marido de Maia contestó con un gruñido, y todos se echaron a reír, pero Erik levantó la mano de nuevo.

—También quiero agradecer a la familia de Inés, en especial a Miguel, que han viajado desde los confines del mundo para llegar hasta aquí. Y a ti, Gerardo, por venir, porque sé lo que te cuesta abandonar tu hacienda. —Se acercó a Gerardo y estrechó su mano, Inés se echó a reír cuando su padre lo atrajo hacia su torso y lo abrazó con fuerza—. Sin vosotros, nada de esto habría sido posible.

—¡Eh! ¿Y qué hay de nosotros? —protestó Olle con seriedad—. ¡Nosotros también hemos ayudado! Los niños también somos importantes.

Inés se recogió el vestido y se agachó frente a ellos.

—Claro que sí, ¡nada de esto habría sido tan bonito sin vosotros! Sois los más importantes —aseguró, abrazándolos y besándolos uno por uno.

—Ya, ya. Muy bonito discurso —interrumpió Maia. Levantó la botella de Akvavit y se echó a reír—. Pero ahora lo que queréis es que nos larguemos del barco y os dejemos solos. ¿A que sí?

Erik puso cara de circunstancias y asintió con la cabeza.

—Si. Básicamente. Así que ponemos rumbo a Can Picafort y nos dejáis en paz unos días. —Hizo oídos sordos a las voces de protesta que se elevaron, a medias en broma y a medias en serio, ante su afirmación—. *Svarte Helvete!* ¡Dos días de luna de miel no es mucho pedir!

—Inés y tú vivís en una luna de miel perpetua, hijo —dijo riendo Jana, pero asintió, intercambiando una mirada de complicidad con él que lo

hizo sonreír—. Está bien, os dejaremos en paz. ¡Kurt, rumbo a puerto!

Tardaron casi una hora en atracar y otra más en despedirse y recibir los buenos deseos de todos. Inés se abrazó con fuerza a su hermano Miguel, al saber que, de nuevo, se marcharía sin que pudiesen hablar más.

—Tengo que viajar a Barcelona, nos expandimos a España y hay mucho trabajo que hacer —confesó, y le dio un pequeño bolso de seda negra con unos dragones bordados en rojo—. Pero nos veremos en Navidad en Chile, ¿o piensas irte a Noruega?

Inés negó con la cabeza y lo aferró con más fuerza aún, incapaz de soltarlo. Siempre errante, siempre en movimiento. Y siempre solo. Una nostalgia intensa la embargó al saber que no se quedaría.

—No sé dónde las pasaremos, pero estemos donde estemos, quiero que sepas que siempre me acuerdo de ti.

Miguel sonrió y bajó de un salto al pantalán. Esprintó hasta alcanzar al resto e Inés soltó un suspiro. Se acercó a Erik, que había estirado el brazo, reclamándola junto a él.

Se quedaron abrazados un momento, viendo alejarse la familia por el paseo marítimo. Cerró los ojos y sonrió al sentir el calor del cuerpo masculino a su lado.

—Pasaremos esta primera noche aquí, en puerto. Cenaremos algo, decidiremos la ruta en el mapa y nos marcharemos mañana temprano, ¿de acuerdo? —preguntó Erik, abriendo la escotilla para resguardarse en el interior del barco.

Inés sonrió, lo besó en los labios, y bajó por la escalerilla para entrar. Por ella, como si acampaban en mitad de la playa. Le bastaba con estar junto a él.

—Es precioso —murmuró Inés, al ver el interior de madera barnizada, sencillo y elegante, del Drakkar—. ¿Lo habéis reformado?

—El casco original data de los años cincuenta. Ayudamos a mi padre a cepillar, lijar, tratar con impermeabilizante y barniz cada tabla —dijo Erik, sentado en la butaca de cuero frente al *plotter*, la carta de navegación electrónica, la radio y el radar que quedaba a la derecha de la escalerilla de acceso. Tras él, Inés vio la puerta entreabierta de uno de los camarotes de popa—. Poco a poco, introdujo modernidades y el tiempo pidió el cambio de

los mástiles, de los cabos, las velas... Ahora es Kurt el que más lo usa, pero nos lo dejó en herencia a los tres.

—¿Y por qué queréis dejarlo en Mallorca?

Erik se acercó a ella y le señaló unas líneas casi imperceptibles cubiertas por el barniz.

—Pese a las reformas, está demasiado viejo. El casco se agrieta y sufre con las heladas. Se conservará mejor en un clima más benigno que el de Tromso —dijo, y acarició con cariño las tablas del mesón central. Inés siguió, hipnotizada, el recorrido de la mano por la madera. Un anhelo por tocarlo comenzó a latir en su piel—. Hemos comprado entre todos un amarre aquí, en Can Picafort, y aunque lo usaremos menos, en verano lo disfrutaremos más. Porque no te importará volver, ¿verdad?

—Claro que no —rió Inés, y estudió el contenido de la nevera empotrada junto al fregadero en busca de algo para cenar. Sacó una botella de champán que se enfriaba en la zona del congelador—. Este lugar va a ser siempre especial para mí. ¿Dónde hay copas?

Erik le mostró en un recorrido básico todo lo que necesitaba. A cada lado de la escalerilla que daba entrada al interior del barco, había un camarote donde cabían con holgura dos personas. Inés identificó botellas de buceo y aperos de pesca sobre uno de ellos. En el otro estaba la mochila de deporte de Erik.

—¡Yo no he traído nada de equipaje! —dijo Inés, preocupada.

—Maia y Loreto se han ocupado de eso. Aquí hay un baño —dijo, abriendo una puerta junto al camarote de la izquierda—, y tenemos otro en el camarote principal, que es donde dormiremos. Ven.

La cogió de la mano y la condujo hasta el camarote de proa. Inés ahogó una exclamación de sorpresa cuando abrió la puerta.

—¡Es precioso, Erik! —balbuceó al ver la cama vestida de percal blanco y cubierta de pétalos de flores. Los portillos y lumbreras estaban abiertos y entraba la brisa que traía el olor a mar.

—Eso de los pétalos ha sido cosa de Astrid. No he tenido el valor de decirle que no —comentó Erik mientras abría la botella de champán. El corcho saltó en el aire con un estallido satisfactorio y el líquido dorado y burbujeante manó sobre las copas—. Te admira mucho, ¿sabes? No para de

mirarte con adoración desde que llegó.

Entrechocaron la copas y sonrieron con las miradas engarzadas.

—Por nosotros y todo lo que viene —dijo Inés. Bebieron sin apartar los ojos del otro y Erik soltó un suspiro de satisfacción—. Cualquiera chica de quince años, o al menos la mayoría, sueña con un día como este. Aunque muy pocas mujeres podrán tener la suerte que yo he tenido.

Erik apuró la copa y la dejó sobre una de las repisas laterales del barco y cogió también la suya. Inés se tensó al descubrir la mirada lasciva en sus ojos al acercarse hacia ella.

—Sí. Respecto a eso, ya te dije que iba a cobrarte en especie. Y caro. —La atrapó entre sus brazos y comenzó a recorrer la línea de su columna con el pulgar—. Desde que te vi bajar al jardín con ese vestido he estado pensando en cómo te lo iba a quitar. ¿Alguna preferencia de cómo quieres que empiece a hacerlo?

Inés sonrió y se inclinó para levantarse la falda en un movimiento lento cargado de sensualidad. Erik abrió y cerró las manos y frotó las palmas con las yemas de sus dedos, alimentando la expectación. El tul seda subió hasta el inicio de los muslos y ella estiró un pie con coquetería.

—Si quieres, podemos empezar por algo tradicional. Llevo una liga. ¿Quieres encontrarla?

Erik se arrodilló frente a ella, dispuesto a prestarse para el juego. Cogió a Inés por las caderas y la atrajo un poco más cerca de él. Hundió las manos en la falda vaporosa, de una textura casi líquida, que lo sorprendió.

—Es muy suave —murmuró, frotando entre las palmas el tejido con curiosidad—, parece espuma. Toma, cógelo. Tienes que despejarme el camino —añadió, recogiendo la falda hasta llegar al borde. La arrastró por sus muslos hasta descubrir el encaje de sus bragas y soltó un gruñido apreciativo—. ¿Tiene que ser la liga? Esto me parece más apetitoso.

Inés se encogió al sentir sus dedos hundiéndose justo en el hueco donde se encontraban sus muslos.

—Primero la liga, después ya veremos. ¡No! Con las manos no. Eso es trampa —Apartó los dedos que ya recorrían su pierna para llegar a la banda de encaje y le lanzó una mirada juguetona—. Hazlo con los dientes. Tiene más mérito.

Erik se echó a reír y asintió. Posó los labios en su rodilla y la lamio con un murmullo apreciativo.

—Sabes a sal —murmuró, con los labios siempre presionando su piel.

—Eres terrible.

Con los ojos azules clavados en los grises de Inés con un brillo lúdico, deslizó la boca y la lengua hasta llegar a la liga. Inés se tensó y posó una mano en su cabeza. Sentir las puntas de sus dedos en el cuero cabelludo disparó un latigazo de placer hacia su espalda y su piel se erizó. Se detuvo unos segundos y jugueteó a moverla con los dientes, pero lo que había un poco más arriba era demasiado tentador. Hundió el rostro entre sus muslos e inspiró con avidez su aroma femenino.

—¡Otra vez haciendo trampas! —jadeó al notar que sus dedos apartaban la entrepierna de sus bragas e incursionaban en su entrada. Se aferró a la melena rubia y apretó con más fuerza. Erik gruñó.

—No veo que tengas queja —soltó Erik con arrogancia, al ver cómo arqueaba la espalda y adelantaba las caderas para ofrecerle su sexo.

—Ninguna. Tú mandas —dijo Inés.

—Así me gusta.

Erik buscó el borde de sus bragas y las deslizó con lentitud enloquecedora por las largas piernas. Dejó la liga en su sitio, para después. Cuando llegó a los tobillos, Inés sacó un pie y luego el otro. Ella seguía sujetando la falda en una mano y el tul blanco parecía el telón de una función de teatro, al enmarcar el pequeño triángulo que describían sus muslos y el monte de Venus.

—Bésame. Como tú sabes —ordenó ella. Erik rio con suavidad. ¿Él mandaba? Lo dudaba muchísimo.

La aferró de las caderas y la atrajo hasta que su labios se posaron en la sutil elevación de su pubis y la besó despacio, evitando el clítoris. Quería hacerlo lento, pero Inés alzó una pierna y la apoyó en su hombro, abriéndose para él. Fue más de lo que pudo soportar y se abalanzó a saborearla con avidez. Con la boca abierta, abarcando todo lo que daba de sí, presionó con la lengua en su hendidura y buscó el botón enardecido.

—Erik, ¡por favor! —suplicó ella, dirigiéndolo con los dedos enredados en su pelo y enroscando sin piedad la pierna en torno a su cuello.

De pronto soltó un grito, y sacó la mano de su cabeza al llegar al orgasmo. Supuso que las habría llevado al techo del camarote, porque notó cómo se estiraba. No podía verla, porque la tela del vestido cayó sobre él, aislándolo un poco de los gemidos y los jadeos, encerrándolo en un rincón donde solo existían el sexo de Inés y él.

Adoraba darle sexo oral. La manera en que perdía el control lo volvía loco. Notaba cómo su cuerpo iba acumulando el placer a un ritmo vertiginoso y exigió más y más de ella con los dedos, la lengua, los labios. Llevarla al límite era caer en su propia perdición. Succionó su clítoris con suavidad y la sujetó por la cintura al notar que sus fuerzas flaqueaban. Lo hizo de nuevo, con más fuerza, y sonrió al notar de nuevo las contracciones cálidas y húmedas de su interior. Se apartó de ella y emergió entre la nube de espuma que era la falda de su vestido y se perdió en la imagen de verla arqueada con la mirada perdida en el placer sofocante.

—Inés, no puedo esperar. Ven aquí.

Se dejó caer de espaldas al suelo de madera del barco. Inés volvió de su nebulosa y enfocó la mirada en él. Tendido como estaba, la vio arrodillarse y montar a horcajadas sobre su erección, aún confinada en los pantalones. El peso de su cuerpo aprisionándolo disparó aún más su excitación. Volvieron a perderse en la montaña de merengue del tul blanco, ya bastante maltrecho, y unieron sus bocas en un beso ávido. Forcejeó para quitarse los pantalones, pero Inés sujetó sus manos y las llevó por encima de su cabeza.

—Sabes que me cuesta dejarte las riendas en estos casos —advirtió Erik, controlando a duras penas las ganas de placarla contra el suelo y despojarla de cualquier autoridad. Ella aprovechó para besarlo con devoción mezclada con un punto dominante, y sonrió.

—¿En estos casos, solo? Dime un solo ejemplo en el que no te cueste trabajo ceder el control.

Seguía cimbreado sus caderas sobre su pene enardecido mientras le desabrochaba los botones de su camisa. Al descubrir los pectorales, dibujó con la punta del índice las letras de su nombre y volvió a inclinarse para dedicar a sus pezones perforados la debida atención. Erik gimió, gruñó y acabó por estrecharla contra su cuerpo para aumentar la fricción cuando ella jugueteó con uno de ellos dentro de la boca y lo hizo girar con sus dientes.

—Has movido las manos de sitio —jadeó Inés, también excitada—.

¿Voy a tener que atarte?

—No hay tiempo para eso, *kjaereste*. Hoy no.

Ella sonrió y no lo hizo esperar más. Se echó hacia atrás para dejar paso libre a sus manos, desabrochó sus pantalones de lino blanco y con dedos apresurados, liberó su erección. Se apartó un poco más y la acogió en el interior de su boca, hasta el fondo. Erik apretó los párpados con fuerza y la aferró de la melena.

—*Svarte Helvete...*

Ella buscó sus ojos con la mirada cuando, suave y lento como una tortura, se retiró con la boca al tiempo que ejercía una pequeña succión. Lo hizo de nuevo. Y una vez más. Sujetó el glande suave y tenso entre los dientes, emitió un gemido y apretó con suavidad al tiempo que esbozaba una sonrisa perversa.

Y perdió el control.

—*Svarte Helvete!*

Se incorporó de súbito y la hizo girar bajo su cuerpo, enredándose ambos en la tela abullonada del vestido. Forcejeó entre gruñidos para alzar la falda, perdido entre las múltiples capas, y llegar a su sexo. El sonido silbante de la tela al rasgarse los sorprendió a los dos.

—¡Me has roto el vestido!! —jadeó Inés, incrédula y entre risas sofocadas.

—Me importa una mierda.

La sujetó de las caderas. Dirigió su virilidad al su interior ardiente y húmedo, y se enterró en ella con una estocada certera hasta los testículos, arrancándole un grito ahogado. Gruñó y apretó los dientes al escucharla gemir y retorcerse de placer. La sometió sin clemencia con la dureza de sus embestidas hasta que los gritos se transformaron en sollozos y un jadeo agónico cuando se corrió. Los espasmos lo empujaron a él a caer en el abismo también y se desplomó sobre ella con un solo grito violento. Su nombre.

—¡Inés!

—No puedo creer que me hayas roto el vestido —dijo Inés, ya en la cama, y terminando de beber el champán junto a unos bombones y unas frambuesas. No les daba para más—. ¿Y mis bragas? ¿Dónde las has dejado? ¿Y la liga?

Erik se incorporó un poco y paseó los ojos por la ropa tirada sobre el suelo de madera. Se metió un bombón en la boca e hizo un gesto de despreocupación. Inés adoraba ver la seguridad que tenía en su piel desnuda y deslizó los dedos por sus hombros de acero.

—Por ahí andarán. Me trae sin cuidado. ¿A dónde quieres ir mañana? ¿Algún sitio especial?

Ella suspiró y se acomodó sobre las almohadas. Hacía calor, pero no tanto como para que resultase incómodo. Una brisa suave entraba por los portillos abiertos y el sonido de las olas rompiendo en la playa era un arrullo que invitaba a dormir. Dejó la botella y las copas en la repisa lateral y se acurrucó en el pecho de Erik, que la tentaba con una frambuesa o un bombón en los labios de vez en cuando.

—Donde estemos solos, tranquilos y donde pueda disfrutar de ti.

—¿Solos los dos? —dijo él, y su sonrisa se ensanchó. Inés estrechó su abrazo y asintió—. Conozco el sitio ideal.



## *Pule og Knulle*

Tomaron el sol, hicieron el amor en cubierta, comentaron los mil y un detalles de su peculiar boda, descubriendo matices de cada vez. Erik se abrió a fondo con sus preocupaciones sobre la jefatura del San Lucas e Inés confesó que la rotación de Medicina Fetal se le había hecho eterna en las últimas semanas. Se redescubrían después de haber compartido espacios con toda la familia, disfrutando del mundo único en el que solo tenían cabida los dos.

Exploraron calitas inaccesibles desde tierra y se bañaron desnudos en el mar. Inés aprendió la nomenclatura básica del barco y algunas nociones rudimentarias para navegar. Durmieron como troncos, fondeados en una playa desierta, y volvieron a hacer el amor al despertar.

Por la tarde, el viento se levantó con fuerza y pudieron desplegar las velas. Erik era un buen maestro e Inés estaba deseando aprender.

—¿Vamos a volver ya? —dijo Inés, al reconocer a lo lejos el perfil del cabo Formentor. Eso significaba que se acercaban a casa.

—¿Quieres que sigamos hasta Palma? Podemos navegar un par de días más.

Inés se aferró a la espalda de Erik mientras él dirigía el timón. Cerró los ojos e inspiró el aroma masculino teñido con la sal. Lo besó sobre el tatuaje y apoyó la mejilla en él para extraer fuerzas y abandonar aquel paraíso sobre las olas.

—Me encantaría, pero mis padres y Loreto se marchan mañana por la noche con los niños y me gustaría despedirme —dijo, y exhaló un suspiro de anhelo. Aquellos dos días iban a ser irrepetibles—. Y Maia y Corbyn se marchan dentro de poco también.

—Esta noche llegaremos a puerto. Dormiremos allí y mañana volveremos a enfrentar la realidad.

Sabiendo que volvían, Erik tuvo una idea. La miró con un matiz distinto. Se sentía hambriento. Casi agresivo. Estaba un poco saturado de la miel y el azúcar que mostraban entre los dos aquellos últimos meses, y los cabos enrollados junto sus pies le dieron una idea.

—Antes de volver, quiero cumplir una fantasía. ¿Me ayudas?

Inés sonrió al leer en el brillo de sus ojos el desafío, la invitación y el deseo.

—Claro. ¿Qué tienes en mente?

—Primero quiero enseñarte algo de noruego —dijo para esquivar la pregunta—. La diferencia entre «*Pule*» y «*Knulle*». ¿La conoces?

Ella arrugó su nariz en un gesto de extrañeza y él se echó a reír.

—Pues no me suena. Y mira que entre los niños, Maia y tu madre, me han estado dando clases intensivas estas semanas —rio también, totalmente ajena a lo que él comenzaba a planificar, evaluando la altura de los palos para escoger mentalmente los cabos que tendría que utilizar—. ¡He aprendido un montón de palabras!

Inés comenzó a señalar distintas partes de su cuerpo y a decir los nombres en español, inglés y noruego. Erik la escuchaba a medias, asintiendo distraído, mientras cortaba un metro de soga gruesa y comenzaba a deshilar las hebras. En unos pocos minutos, sus manos expertas habían conseguido una cola larga y espesa como la de un caballo y de un amarillo dorado. Con un poco de rafia fina, improvisó con rapidez un mango.

—Dudo que ninguno de ellos pueda darte un ejemplo práctico —dijo él con un tono depredador. Inés clavó sus ojos en él, interrogantes. Él le pasó la cola de caballo y cogió dos rollos de cuerda de color rojo salpicado de pintas azul marino, como muchos de los repartidos por el velero—. Ayúdame con esto, ven.

Caminaron por la borda hasta el centro del barco, justo entre el mástil y el trinquete. Erik alzó la mirada hacia arriba e Inés se cubrió los ojos para protegerlos de la luz vibrante del Mediterráneo. Surcaban el mar en calma a una velocidad suave, y no se veían barcos en las cercanías. Se arrodilló y comenzó a fijar el primero de los cabos a un mosquetón con un nudo de briol.

—¡Qué complicado! —exclamó Inés al ver las vueltas de la soga entre sus dedos—. ¿Para que lo necesitas?

Él alzó la mirada desde abajo y le tendió el extremo. Inés estaba desnuda, solo cubierta por la braguita del bikini. Su cicatriz era perceptible en una línea blanca en contraste con el dorado de su piel, porque la había tenido cubierta con el parche estético, pero se lo había quitado a petición de él. Sonrió al ver sus pezones contraídos por la caricia de la brisa.

—Sujeta este. Ahora mismo lo verás.

Hizo lo mismo con el otro cabo y enganchó el mosquetón a una polea. Accionando el pequeño molinete, el primero de los cabos ascendió con rapidez hasta la mitad del mástil, y ondeó en sacudidas a merced del viento.

—Ténsalo. Tengo que subir el otro.

Inés recogió el cabo con rapidez hasta que quedó tirante y observó a Erik con curiosidad. Repitió la operación en el trinquete, y depositó el otro cabo en su mano libre. Inés se equilibró entre ellos y lo miró a los ojos. Comenzaba a formarse una idea de lo que pretendía hacer.

—¿Vas a atarme aquí? ¿De estos cabos?

Erik asintió con gesto serio, pero una sonrisa comenzó a despuntar en el centro de sus labios y se amplió hasta mostrar toda la blancura de sus dientes en un gesto depredador y sensual a la vez.

—No sueltes el otro cabo, *kjaereste*. Después de tanto *pule* —dijo, apoderándose de una de sus muñecas—, necesito un poco de *knulle*.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó ella. Erik clavó los ojos en los grises llenos de expectación. La vio tragar saliva y sonrió con lascivia.

—*Pule* es hacer el amor. El sexo dulce, amoroso, considerado —susurró junto a su cuello mientras sus dedos volaban amarrando la cuerda en torno a la muñeca de Inés—. Es lo que llevamos haciendo últimamente. Quiero dejar de lado la ternura. Hoy necesito algo diferente. Ahora que estamos solos y aún podemos.

—Que desgarres mi vestido de novia y me folles contra el suelo del barco no me parece muy considerado —protestó Inés, aún algo enfadada por la rasgadura en el tul—. Y los moratones que luzco en mi piel, o los arañazos de tu espalda, tampoco son muy dulces que digamos —terminó riendo.

Erik rio también y, accionando el molinete de nuevo, levantó el brazo de Inés con cuidado hasta el punto en que ella podía flexionar un poco el codo, con la mano justo por encima de su cabeza.

—Eso entre nosotros son muestras de cariño —dijo con una sonrisa divertida. Tomó entre sus manos la otra muñeca e hizo lo mismo. Inés quedó suspendida de las cuerdas, casi colgando de los dos mástiles, con los brazos abiertos en cruz. Completamente expuesta. Su cuerpo dorado contrastaba con el cielo azul y límpido.

—¿Y *knulle*? —preguntó con curiosidad.

Erik dejó escapar la risa entre sus labios como una caricia. Se estaba excitando tan solo con los preparativos y su pene comenzó a desperezarse delatando su estado. Inés se dio cuenta también.

—¿Tiene algo que ver con tenerme atada al barco y esa erección tan bonita que se intuye debajo de tu pantalón? —dijo con voz maliciosa al tiempo que alcanzaba el bulto de su entrepierna con la planta del pie. Él alzó frente a ella y adelantó las caderas, sujetándose a sus caderas. Su pene quedó atrapado entre ambos, tan solo separados por la tela de sus bañadores.

—Puede. Después te lo enseño. Pero primero quiero acabar con la teoría. —Comenzó a describir círculos con la pelvis, tentándola—. *Knulle* es follar. Pero es más que follar. Es follar... a lo vikingo. Con violencia. Con rudeza. Con sangre, sudor y lágrimas. Con lucha y depravación. —Inés había abierto la boca y jadeaba con cada palabra—. Con dolor y placer sublimes.

—¿Como con el Tigre Rojo y el *flogger*?

Él asintió. Chica lista. Deshizo las lazadas laterales su bikini y se lo arrancó de un tirón. Inés inspiró con fuerza ante la brusquedad del movimiento.

—Sí, como en esa época. ¿Te gustaría volver? ¿Aunque solo fuera de vez en cuando?

—A lo que hacíamos, sí. Pero en público, no —respondió, tajante. Sus manos aferraban las cuerdas y Erik decidió tensarlas un poco más. Le dio unas vueltas más a ambos molinetes—. Me gusta cuando tú y yo nos lo montamos, pero no me gusta demasiado que nos vean los demás.

Él asintió y valoró la tensión de los cabos. Después recorrió sus brazos, deteniéndose un momento para besar su pequeño y colorido tatuaje, y acabó acogiendo sus pechos en la concavidad de las palmas.

—¿Te gustaría que te azotase?

—Sí.

—¿Te gustaría que amordazase?

—Sí.

—¿Que te inmovilice y te folle?

—Sabes que sí —respondió ella con la voz ronca por el deseo y la excitación. Se inclinó y acogió un pezón entre sus labios. Lo lamió con dedicación mientras se sostenía de ella, aferrado a su trasero, estrechándola contra su erección. Su cuerpo se balanceó al sujetarse de las cuerdas—. Quiero que me folles ahora. ¿Quién dirige el barco?

—Está en piloto automático y nada se cruza en nuestro horizonte. Solo estamos tú y yo y el mar. Abre las piernas.

Inés emitió un gemido al notar el frescor del viento acariciar su sexo y dejó caer la cabeza hacia atrás.

Erik se deshizo también del bañador y agarró su erección con una mano, soltando un gruñido. Apretó con fuerza para calmarse. Si penetraba a Inés ahora, no aguantaría mucho. Verla arqueada, casi suspendida de las cuerdas, poniéndose de puntillas con las piernas abiertas para seguir el movimiento natural del barco, lo hizo jadear.

—Estás completamente a mi merced.

—¿Qué quieres hacerme? —preguntó Inés con el deseo atenazando su sexo, contraído con el dolor y la expectación, los pezones duros y apuntándolo con insolencia. Las guedejas del pelo azotaban su rostro por el viento, sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Tragó saliva y se aferró a las sogas que la sujetaban.

Él no contestó. Solo esbozó una sonrisa cargada de promesas y su mirada de mil matices de azul recorrió su cuerpo antes de que lo hicieran sus manos. Pero primero cogió el látigo improvisado como una crin y lo paseó por la piel sensible de su cuello.

—Está áspero —graznó ella intentando encogerse cuando el roce de las fibras alcanzó sus pezones sensibles.

—Lo sé, *liten jente*. Es parte del encanto.

La rodeó como un lobo acecha su presa, acariciándola y azotándola con dedicación. Lo arrastró, pesado y lánguido, contra su vientre, sus muslos, su espalda, sus nalgas. De tanto en tanto, lo hacía impactar con más

fuerza sobre su piel. Los gemidos desgarrados de Inés lo encendían hasta tal punto que su erección se hinchó de forma grotesca y tuvo que reprimir un gruñido de dolor.

—Necesito que me folles, Erik. Esto es una tortura —suplicó ella. Sus pechos subían y bajaban al ritmo acelerado de su respiración. Agitó la cabeza para deshacerse de los mechones que el viento agitaba sobre su cara—. Por favor.

Comprobó con la yema de los dedos la suavidad inflamada de su sexo y se los llevó a los labios para saborear su humedad, mirándola a los ojos. Aún podía torturarla un poco más. Ordenó las hebras en una trenza más firme y dura, y la balanceó entre sus piernas, como en una advertencia.

—Sí. Sí, por favor —rogó ella de nuevo. Sin hacerla esperar, sacudió la trenza e impactó en su sexo. Las caderas de Inés se movieron, espasmódicas, sin control—. ¡Erik! —gritó en un estallido. Él cerró los ojos con fuerza y apretó los dientes para controlarse. Su polla reverberó.

Volvió a azotarla, de modo controlado, en el coño. Una vez. Otra vez. Inés se puso a sollozar y gemir de manera errática. Su cuerpo estaba endurecido, sostenido de las cuerdas en pura tensión. La azotó con algo más de fuerza e Inés soltó un grito de pura desesperación.

—¡Basta! ¡Para! Glaciar, glaciar, ¡glaciar! Me voy a correr, ¡me voy a correr! —gritaba de manera inconexa. Erik soltó el látigo y se abalanzó sobre ella para confortarla—. No. No me abrases. ¡Fóllame! Ahora.

—*Knulle meg, kjaereste!*

¿Quién era el dominante y quién el dominado? No la hizo esperar. La levantó del culo e Inés lo rodeó con las piernas. La penetró con fuerza y los dos emitieron un grito ahogado. El único asidero que tenían eran las manos de Inés aferradas a las sogas, con la seguridad de que si se soltaba, quedaría colgando de las muñecas. Aquella vulnerabilidad no hizo más que enardecerlos a los dos. Erik abrió las piernas para ampliar la base de sustentación, selló con un beso la boca de Inés, perdida en el delirio, y comenzó a entrar y salir de ella con violencia, sin una sola gota de contención, castigándola sin piedad. No cesó ni cuando ella se corrió entre gritos la primera vez y cayó desmadejada entre sus brazos. Pero cuando consiguió construir de nuevo la excitación para un segundo orgasmo, no fue capaz de seguir conteniéndose y explotó de manera tan violenta que acabó de

rodillas frente ella al caer desplomado sin fuerzas. Inés emitió un quejido al sentir el tirón en sus brazos.

—¡Pesas mucho!

—Dame un momento, *kjaereste* —jadeó él, abrazado a su cintura y con el rostro hundido en su vientre—. Necesito recuperar el aliento y ver si conservo las rótulas.

Inés se echó a reír e intentó aliviar la presión sobre sus muñecas. Cerró los ojos y soltó el aire lentamente, dejando escapar las últimas telarañas que opacaban su disfrute erótico. Erik, por primera vez en todos los meses después de su hospitalización, había liberado su contención por completo en el sexo. Sabía que tenía el freno echado. Por ella. Ahora, recuperaba a su hombre dominante y creativo, junto con el generoso y apasionado que nunca dejó de ser.

La brisa de la tarde se levantó, y se estremeció cuando el viento acarició su piel sudorosa. Él se dio cuenta y se incorporó, abrazándola con una ternura incomprensible para un hombre tan salvaje en el sexo. Pero ese contraste la seducía y la hacía entregarse al límite. Y sabía que el amor profundizaba la entrega y la hacía infinitamente mejor.

Erik accionó los molinetes con cuidado. Inés cerró las piernas y frotó un muslo contra otro, percibiendo esa tensión que siempre se apoderaba de su sexo tras la dureza de su penetración. Saboreó la sensación lánguida, con unas trazas de dolor lejano. Después él desató una de sus muñecas y sostuvo su brazo con delicadeza para llevarlo hasta su pecho. Hizo lo mismo con la otra y, sujetándose del cabo para no perder el equilibrio con el vaivén del barco, la abrazó con fuerza y la estrechó contra su cuerpo.

—Has vuelto, *liten jente*. Te ha costado. Pero eres tú.

Inés cerró los ojos y sonrió. Tenía razón, se sentía de nuevo en su piel, pero en una piel nueva, más flexible y dura a la vez, más madura y más sabia. Más experimentada. Alzó los labios y exigió la presencia de los suyos sobre la boca. Lo besó con languidez y murmuró contra ellos.

—Tú también has vuelto. Estoy feliz de que los dos hayamos sido capaces de volver.

## *Toboganes*

Inés se quedó un momento sobre la cubierta del Drakkar y echó un último vistazo al barco. Habían sido algo más de dos días intensos de intimidad, conversaciones trascendentales y absurdas, y mucha piel. No solo el sexo, que había sido sublime, también el contacto de los abrazos, sentir las manos en su cuerpo a cada momento, aunque fuese sin ninguna intención concreta. Iba a echar mucho de menos el barco.

—¿Vamos? —preguntó Erik, ya en el pantalán con las mochilas al hombro. Tendió una mano hacia ella y la ayudó a bajar.

—No quiero irme —dijo con un puchero de tristeza exagerada.

—Yo tampoco, pero siempre podemos volver. Si se nos hace muy pesado aguantar al clan Thoresen, nos vamos.

Pero la llegada a la casa fue agradable y divertida al tener que aguantar insinuaciones, bromas con doble sentido y pullas salidas de tono. Inés se encontró con un Kurt mucho más suelto con ella, hasta la abrazaba, y la había conquistado con esa risa franca y estentórea que parecía retumbar en las paredes de la casa. Él había sido su gran descubrimiento de este viaje.

Sus padres y Loreto, con los niños, viajaron de vuelta a Chile el domingo. Los llevaron al aeropuerto con una sensación agridulce, felices por las dos semanas compartidas y tristes por tener que despedirse. Inés los abrazó como si no fuesen a verse en años, pero fue su padre quien más la emocionó.

—Inés, tienes con Erik algo extraordinario. Y vuestra vida acaba de empezar —dijo con gravedad al despedirse en el aeropuerto. La abrazó con su técnica de oso triturador de huesos y clavó en ella sus ojos verdosos—. Cuida tu matrimonio, hija. Sé que ahora los jóvenes tenéis otras prioridades, pero vosotros dos habéis creado algo especial.

Ella solo asintió y tragó saliva para intentar deshacer el nudo de su



garganta mientras lo veía abrazar también a Erik. Agitaron la mano hasta que se perdieron entre la marea de turistas que inundaba el control de maletas y volvieron al coche. Inés permaneció callada, todavía presa de la emoción. Estaban siendo unos días muy intensos y todo se magnificaba al límite.

—¿Qué te dijo tu padre? —preguntó Erik con curiosidad, ya conduciendo hacia Can Picafort.

Inés repitió sus frases y él asintió con una sonrisa, corroborando su opinión.

—A mí también me lo ha dicho. Tiene razón, tenemos que cuidarnos el uno al otro.

—Yo me siento cuidada por ti —dijo Inés, espontánea. Cubrió con su mano la de Erik sobre la palanca de cambios en una caricia firme—. Este viaje ha sido maravilloso, y veo tu mano y tu mente privilegiada detrás de cada detalle. Gracias, Erik. De verdad.

—Aún no me creo lo bien que ha salido todo —contestó él, alzando las cejas en gesto de incredulidad—. Cuando Kurt me llamó y me dijo que el motor se había averiado, casi me da un infarto. Tuvieron que parar dos días enteros en Valencia

—¡Por eso no podías precisar el día con seguridad! —rio Inés, contenta de resolver el enigma—. Me tenías en ascuas, pero ha valido todo la pena. Me siento en deuda, pero ya pensaré en cómo compensarte.

Deslizó su mano por el muslo, desde la rodilla hasta la cadera y tanteó con los dedos el bulto de su bragueta. Con una sonrisa sugerente, los miró a los ojos un segundo y apretó.

Erik golpeó el respaldo con la cabeza.

—*Svarte Helvete, kjaereste!* Ahora no voy a poder conducir —gruñó, pero no impidió que Inés lo masturbara perezosamente durante todo el viaje.

De manera magistral, no lo provocaba demasiado y evitaba la zona más sensible. Cuando percibía que la erección pulsaba enardecida, cesaba los movimientos de la mano, y volvía a torturarlo cuando empezaba a perder el interés.

—Vas a pagar muy caro esto, Inés —amenazó con la voz ronca cuando aparcó el coche en la casa.

Solo quedaba la familia de Erik, y ellos habían recuperado su habitación, así que ni siquiera avisaron de que estaban de vuelta, pese a que escucharon voces en la cocina. Erik la arrastró escaleras arriba y cerró de un golpe la puerta de la habitación. Puso el pestillo y ella soltó una carcajada.

—¿Y cómo quieres que te pague?

Erik no contestó. Esbozó una sonrisa lasciva y señaló el suelo. Inés se arrodilló frente a él.

—¿No has tenido bastante en el barco? —preguntó, y se humedeció los labios lentamente para provocarlo—. Te has corrido varias veces en mi boca.

—Me encanta que hables así. Sucio. Y no, no es suficiente. — Desabrochó la hebilla del cinturón y después los botones de los vaqueros, sin dejar que lo hiciese ella—. Cuanto más tienes, más quieres. Y yo lo tengo todo, así que quiero todavía más.

La sostuvo por la nuca y la obligó a acercarse. Inés enroscó una mano en su muslo y con la otra agarró la base de la erección alzada entre ellos. Sonrió cuando él se tensó con violencia.

—Llevo cuarenta minutos aguantando en tu mano, Inés. Ahora quiero tu boca. Ya.

Ella compuso un mohín de enfado ante su exigencia y engarzó su mirada con la de él. Y sin previo aviso, lamió su pene desde la base hasta la punta palpitante, y después lo acogió en el interior de su boca.

—*Suge, liten jente* —murmuró, perdido en el delirio. Cerró los ojos y emitió un gruñido que retumbó en su pecho de pura satisfacción.

Inés se esmeró. Vaya si se esmeró. Lamió su envergadura, saboreó su glande lubricado, blando y tenso. Lo acogió hasta el fondo, como a él le gustaba, y la intensidad de su contacto la hizo excitarse también. Erik enredaba los dedos en su melena y la acompañaba sin dirigirla, dejándola hacer. Con la mano que había metido entre sus muslos, mimó con delicadeza sus testículos e incursionó entre sus glúteos de roca con los dedos. Aquella caricia cambió las tornas e Inés perdió el control de la situación. Ahora era Erik quien le follaba la boca, aferrado a su pelo y penetrando sin piedad. Inés se aferró a sus muslos, notando las contracciones de su sexo sin que él le hubiese puesto un dedo encima, con los pezones contraídos en un nudo de

dolor, tan solo con el morbo y la intensidad de la situación.

Y esta vez, no se detuvo. Se corrió en su boca e Inés sonrió entre lágrimas por el esfuerzo, cuando él se sostuvo sobre sus hombros tras perder el control. Lamió hasta la última gota de su esencia y terminó con un beso tierno sobre el vello dorado oscuro y otro sobre su virilidad ya en descanso.

—Me has dejado seco. Si vas a pagarme así cada vez que estés en deuda conmigo, quiero que siempre tengas algo que deberme —murmuró, todavía recuperándose—. Y quiero cobrarme siempre así.

Inés se echó a reír y trepó por su cuerpo para incorporarse. Rodeó su cuello con los brazos y lo atrajo para besarlo con dedicación.

—Me encantará hacerlo, y con intereses.

Lo cogió de la mano y lo condujo hacia la cama. La noche no había hecho más que comenzar.

Recuperar las viejas costumbres era fácil. Inés volvió a despertarse tarde, cuando el sol ya entraba a raudales por la ventana y Erik hacía horas que se había levantado. Una sensación extraña la embargó pese a la placidez de una buena jornada de sueño tras la maratón de sexo de la noche anterior. Se le olvidaba algo importante y no sabía qué era.

Se puso el bikini, un pareo y las hawaianas y bajó a la cocina en busca de un café. Erik estaba en el porche, y leía el periódico con una cerveza junto a Maia y Kurt.

—¡Buenos días! Cuanta paz, ¿y los niños? —preguntó. En vez del café, abrió una cerveza para ella y se preparó una clara de limón. Hacía tanto calor que podía darse el lujo de aquel desayuno.

—Están en la playa con Corbyn y Jana, a ver si hay alguna actividad acuática que puedan hacer. Ya llevan aquí desde julio y empiezan a hartarse de hacer siempre lo mismo —dijo Maia con un suspiro. Alargó la mano e Inés le regaló su cerveza y entró a la cocina a buscar otra. Había tomado la mitad cuando volvió de la sed que tenía—. Tenemos que buscarles algún plan, a los pobres.

—¿Y si los llevamos al parque acuático de Palma? Está anunciado por

todas partes y tiene muy buena pinta —dijo Inés, recordando los carteles coloridos con toboganes vertiginosos—. Podría estar bien. Pasamos el día allí, comemos en el parque y volvemos por la tarde.

—Hecho. Mañana vamos. Astrid, ¿tú también vienes? —dijo Erik, llamando a su sobrina mayor.

La chica leía también, en una de las tumbonas de la piscina.

—No lo sé, tío Erik. Mañana lo decido —dijo con desgana—. Tengo el periodo y me encuentro regular, pero suena bien.

Inés detuvo el vaso que se había llevado a los labios. Ay. Cogió su móvil y lo consultó con disimulo. Eso era. Retrocedió hasta ver las barras rojas que marcaban su regla en el calendario, a finales de junio. Vaya. Tendría que haberle bajado la regla hacía más de dos semanas. De hecho, menos mal que no le había bajado, o le hubiese fastidiado por completo el viaje, o la boda y la intensa luna de miel. Se echó a reír de puro alivio, era eso. Con el viaje, la boda, el estrés de los últimos días en el hospital, se le había ido el ciclo a la mierda. Normal.

—¿Qué pasa, Inés? ¿De qué te ríes? Toma, te he traído otra clara —dijo Maia, que se había levantado a la cocina a repostar.

—Gracias —murmuró Inés, y se llevó el vaso helado y espumeante a los labios, pero en cuanto los rozó con el líquido, volvió a dejarlo sobre la mesa.

Algo muy dentro de ella se puso a gritar.

En el parque acuático decidió olvidarse de todo y pasárselo bien. Al final, todos menos Jana, que alegó que estaba muy vieja, y Corbyn, que necesitaba a todas luces desconectar del clan Thoresen, se animaron a la excursión. La felicidad de los niños, que rompieron a chillar al ver los enormes toboganes de colores del Aqualand, terminó por contagiarla y acompañó a Erik y a Kurt con los mayores mientras Maia se quedaba con Emma en la zona para niños más pequeños.

Se lanzó las primeras veces con entusiasmo encima de los flotadores gigantes, riendo al aterrizar en el agua con Astrid, mientras que los mellizos se repartían con sus tíos. Erik señaló con una sonrisa traviesa uno de los más

espectaculares, y peligrosos del parque.

—¿Qué? ¿Os atrevéis?

Todos salieron corriendo en estampida, salpicando gotas de agua de sus cuerpos mojados. Al llegar a la cola, Kurt acercó a los mellizos al metro para medirlos y comprobar que cumplieran con la normativa de seguridad para subir.

Inés se quedó paralizada ante la tabla de los avisos y prohibiciones, en varios idiomas y llena de signos de exclamación: prohibido problemas cardiacos, lesiones de espalda, obesidad... Y prohibido a mujeres embarazadas.

—¡Vamos, Inés! —la llamó Astrid, ya avanzando por la escalera interminable que subía a lo alto del tobogán.

Calculaba que equivalía a un edificio de unos cinco pisos. La cola era muy larga, había mucha gente y tuvo demasiado tiempo para pensar. Era una estupidez. Solo tenía un retraso por los nervios, nada más. Y aún tenía algunos desajustes tras el ectópico. Subió un tramo decidiendo que era una tontería pensar más en ello. Por otro lado, aunque fuera una remotísima probabilidad, ¿y si estaba embarazada? Se estaban acercando a la mitad de la escalera. ¿Iba a ponerse en riesgo por unos minutos de adrenalina? Comenzó a sentir un vértigo que nada tenía que ver con el maldito tobogán y se aferró a la barandilla metálica. Cerró los ojos y respiró hondo, en un intento de concentrarse, pero sus rodillas estaban débiles y se encontraba muy mal.

—¡Eh, te has puesto pálida! —dijo riendo Astrid. Erik se volvió, unos escalones más adelante, y la miró con preocupación.

—¿Todo bien, *liten jente*?

—Me ha dado vértigo, es todo —dijo con voz trémula. Tenía la boca seca y le costó hablar—. Creo que me rajo, iré a darle el relevo a Maia.

—¿Quieres que te acompañe? —dijo Erik, que se había puesto serio de repente. Ella compuso una sonrisa con esfuerzo e hizo un gesto de despreocupación con la mano.

—¡No, no es nada! Vosotros pasadlo genial. Yo tomaré el sol un rato y comeré algo, que tanta carrera y tanto descenso me han dado hambre.

Siguió tensando la cara en aquella sonrisa radiante y falsa, rezando porque Erik borrara de la suya aquel gesto suspicaz. Inés se dio la vuelta al

fin y bajó en contra de la gente que subía hasta llegar a suelo firme. La sensación de caída al vacío desapareció, sustituida por alivio. Había hecho bien.

Buscó a Maia en la piscina de los más pequeños y, al no encontrarla, fue hasta donde habían instalado la sombrilla y las toallas. Leía un libro tumbada en la toalla y Emma dormía a su lado, protegida del sol.

—¿Te relevo? Voy a descansar un rato y a comer algo.

—¡Genial! Hace años que no me lanzo por uno de estos —dijo Maia, incorporándose de la hierba con cierta dificultad—. Emma ya ha comido y estaba *K.O.*, se acaba de dormir.

Inés le dijo dónde estaba el resto y ocupó el lugar junto a la pequeña. Al tumbarse en la toalla se sintió infinitamente mejor. Se había mareado por la altura, eso era todo. Y después de comerse un bocadillo y una manzana, todo le pareció una estupidez. Pero no volvió a tirarse por ningún tobogán.

Aprovecharon para dar una vuelta por Palma e Inés se escapó con Astrid, esgrimiendo la excusa de que querían ir a ver unos vestidos, a la joyería para recoger la alianza que había encargado para Erik. Se la tenían lista.

—Mira el grabado: «Te quiero- Inés -14 de agosto».

—¡Es preciosa! ¿Cuándo se la vas a dar?

—Esperaré a que nos quedemos solos y, antes de volver a Chile, se la daré.

Sonrió al ver que la chica estaba feliz por compartir con ella aquel secreto, y fueron juntas a reencontrarse con los demás en la Plaza Mayor. Cenaron temprano. Los niños estaban agotados y Kurt llevaba ya a Emma dormida en brazos cuando se dirigieron al coche. Inés pasó por delante de una farmacia y toda la aprensión volvió.

¿No había quedado en que se olvidaba del tema? A medida que se alejaba de la cruz verde parpadeante del luminoso, no hacía más que volver la vista atrás.

—Id yendo al coche, ¡voy a comprar algo en la farmacia! —dijo, y corrió sobre sus pasos.

No llegó a entrar. De nuevo le parecía una tontería. No podía ser.

Tenía que hacerse a la idea de que la posibilidad de un embarazo, después de todo lo que le había pasado, era casi inviable. Si seguía haciéndose ilusiones, después iba a pasarlo muy mal.

—Inés, estoy empezando a preocuparme. ¿Estás bien?

Inés iba a responder, pero Astrid se le adelantó y le echó un cable afortunado.

—Tío Erik, no nos entiendes. ¡Son cosas de mujeres! —La cogió del brazo y se alejaron caminando hacia el aparcamiento bajo la mirada estupefacta de Erik.

Pasaron dos días más y ni rastro. Nunca había deseado que le bajara la regla con tanto fervor en toda su vida. Estaba segura de que esa era la causa de que no le bajase, claro. Empezó a mirarlo todo con lupa: el jamón, la ensalada. Y se encontró con algo inesperado: el asco a la carne. También había empezado a tener náuseas por la mañana. Por un lado, se reía de sí misma, pensando que todo era sugestión. Por otro, le daban accesos de pánico, porque eran los mismos síntomas que tenía justo antes de que estallase su trompa con el embarazo ectópico. ¿Y si volvía a pasarle lo mismo? Iba al baño a cada hora a comprobar las malditas bragas.

—¿Vamos a Alcudia esta tarde? Hay mercadillo y quiero comprar unas cosas —dijo Maia, comprobando el anuncio en el periódico local—. Podemos cenar en el puerto y que los niños suban en los hinchables.

Inés no sabía qué excusa poner, pero en su estado de nervios, no quería ir ni a la esquina.

—Yo me quedo, quiero preparar *gravlaks*, que tengo antojo —dijo Jana, que tampoco tenía muchas ganas de ir de excursión.

—¿Puedo quedarme contigo? Así aprendo a prepararlo bien y me enseñas tus trucos —preguntó Inés, feliz de tener una buena excusa—. Hay algunas cosas que no me quedaron claras de la receta de Erik.

—Claro, vamos a comprar el salmón y lo hacemos juntas.

Después de comer, mientras todos se marchaban en la miniván al pueblo de al lado, Jana e Inés caminaban hacia el supermercado de Can

Picafort a conseguir salmón. Pudo olvidarse de todo mientras escogían la mejor pieza en la pescadería y Jana le explicaba cómo identificar los mejores lomos, y cuándo estaba fresco y cuándo no.

Inés preparó el plato bajo las indicaciones y la atenta supervisión de su suegra. Pronto tuvieron el pescado a punto y metieron la bandeja de cristal en la nevera para dejarlo macerar.

—Inés, ¿cuándo vas a decirle a Erik que estás embarazada?

Dejó caer el paño de cocina al suelo de la impresión. Comenzó a balbucear excusas débiles y Jana la cortó en seco.

—Llevo observándote desde hace días. No has probado una gota de alcohol desde que volviste del barco, te he visto apartar la comida en varias ocasiones y te levantas blanca como el papel —dijo la mujer, con una sonrisa indulgente y a medias acusadora—. Soy matrona y he tenido tres hijos. ¿Creíste que me lo podías esconder? Tal vez a Erik, pero no a mí.

—Erik sabe que algo me pasa, pero no qué —murmuró Inés, incapaz de seguir manteniendo la fachada—. No quiero decirle nada todavía. Quiero decir..., es muy pronto. Quiero estar segura. Jana, por favor, ¡no le digas nada! —suplicó, juntando las manos frente a ella.

—Tienes que decírselo. Para bien o para mal. Y no lo digo solo por él. —Jana la abrazó al ver que ella se quebraba y sus ojos comenzaban a brillar con lágrimas de miedo y dolor—. Pase lo que pase, pasadlo juntos, Inés.

—De acuerdo. Se lo diré mañana. Iré a comprar un test a la farmacia para confirmarlo.

La mujer la miró con seriedad y asintió. Se abrazaron en mitad de la cocina. Inés se secó las lágrimas, cogió su bolso y salió.



## *Un paseo por la playa*

Había comprado dos pruebas de embarazo, pero la fuerza de las dos rayas rosas, que se marcaron casi de inmediato en el primero que utilizó, no dejaban lugar a dudas.

Estaba embarazada.

Jana la abrazó con fuerza cuando salió del cuarto de baño. Parecía mentira la fuerza que tenían aquellos brazos tan delgados; después de todo, tenía setenta y seis años.

Le guardó el secreto, tal y como había prometido. Ella se tomaba el yodo y el ácido fólico por la mañana, y buscaba el mejor momento para decírselo a Erik. Seguía en una montaña rusa de emociones, con terror a ver sangre en su ropa interior, y leía las señales de su cuerpo a cada momento. Cada molestia. Cada mínimo cambio. A tres días del positivo, cuando Jana ya comenzaba a lanzarle miradas acusadoras, se convenció.

—Erik, ¿vamos a dar un paseo? —Él la miró, interrogante. Dormitaba al sol a la hora de la siesta, y se notaba que no tenía demasiadas ganas de levantarse de la tumbona frente a la piscina—. ¿Por favor?

—Claro. Vamos.

El día se había levantado con nubes y claros y estaba algo más fresco de lo habitual. Se acercaba septiembre y se notaba en la menor afluencia de gente; era agradable caminar por el paseo junto a la playa.

—Nos queda poco para volver a casa—dijo Inés, sin saber cómo abordarlo. Aún tenía miedo, pese a que la certeza se abría paso en ella cada vez con más fuerza—. ¿Te apetece?

—En cierto modo, sí —confesó Erik, sorprendiéndola con su respuesta—. Llevamos aquí tres semanas y dejé muchos frentes abiertos en el hospital. ¿Y tú?

Inés pensó su respuesta con calma.

—Estas semanas aquí han sido maravillosas, pero también empiezo a sentir que debemos retomar lo que dejamos en pausa —dijo finalmente—. Me esperan tres meses en Rochester, y aunque me muero de ganas por volver a rotar en la Clínica Mayo...

—No puedo creer que vayas a abandonarme durante tres meses —dijo Erik, enfurruñado, la soltó de la mano y rodeó sus hombros—. ¿Por qué no te quedas, mejor?

Inés se echó a reír y negó con la cabeza. Ya habían hablado de ello y no pensaba dar su brazo a torcer.

—Tú mismo dijiste que lo primero es mi formación y esto es una oportunidad única. Pero tengo algo que quizá consiga animarte —dijo con una sonrisa traviesa. Su corazón comenzó a bombear con más fuerza y de pronto le faltaron las palabras. Tuvo que detenerse y sentarse en el murete que separaba el paseo de la arena—. Aún no te he dado tu regalo de boda.

Erik frunció el ceño y se sentó junto a ella. Los ojos azules la observaban con curiosidad. Inspiró con calma y soltó el aire muy despacio. Sacó la bolsita de terciopelo rojo y la abrió.

—¿Qué es? —preguntó Erik, y quiso cogerla entre sus dedos. Inés la apartó de su alcance y sonrió.

—Estira la mano. Quiero que tengas un recuerdo del día de nuestra boda.

Dejó caer la alianza de oro, sencilla y sin adornos, en la palma extendida. Erik la miraba serio, inmóvil, y no dijo nada.

—Dice mi nombre. Y que te quiero. Y lleva la fecha de la boda grabada también. —Inés cogió con torpeza el anillo entre los dedos y lo deslizó con lentitud en su mano izquierda. Sonrió al ver que le quedaba perfecta—. Sé que no es un buen regalo para un cirujano, porque siempre os la quitáis para lavaros las manos y entrar a operar, pero quiero que la lleves contigo —balbuceó, viendo que era muy poca cosa al lado de todo lo que él le había dado—. Te he comprado una cadenita de oro para que la cuelgues al cuello si no quieres llevarla puesta.

Él tardó en responder. Estiró su mano y ella no pudo evitar un destello de deseo al reconocer la topografía del dorso, las venas prominentes, el vello rubio y aterciopelado que se espesaba un poco más en los antebrazos. El

dorado del anillo resaltaba con fuerza en su anular. Sus ojos azules destilaban una seriedad que la hizo sonreír.

—Inés. Gracias. Me encanta —dijo con solemnidad. La abrazó y le dio un beso tierno en los labios—. Por supuesto que la voy a llevar puesta.

—Hay más.

—¿En la bolsita? —dijo Erik, viendo que seguía en la mano de Inés.

—No. Tengo algo que contarte. Es muy importante, y es maravilloso, pero tengo miedo de decirlo en voz alta y que todo se eche a perder —respondió Inés. Su voz se quebró. De pronto, la alegría que sentía volvió a dar paso a la aprensión. Al pánico—. Pero tienes que saberlo. Y cuanto antes mejor.

—Inés, estoy empezando a preocuparme. —La interrumpió y sostuvo su rostro entre las manos—. ¿Qué ocurre?

Se mordió el labio inferior, indecisa, y acabó por mirarlo a los ojos con ansiedad.

—Estoy embarazada. De unas siete u ocho semanas.

El cambio que se produjo en la cara de Erik fue casi cómico. Dibujó un crisol de expresiones, de la sorpresa, a la negación, a la incredulidad y, al final, Inés leyó en sus ojos una alegría infinita. Y percibió con claridad que se contenía. Que sujetaba esa felicidad sin dejarla fluir, porque sabía lo que los dos se jugaban. No dijo nada. Solo la atrajo sobre su regazo y la abrazó. La abrazó. La abrazó con fuerza. Inés hundió el rostro en su pecho y las lágrimas comenzaron de nuevo a fluir. Tenía los nervios destrozados y el alivio que ahora sentía era infinito. Pese a que había contado con el apoyo inestimable de Jana, ahora contaba con él.

Se sostuvieron el uno al otro durante largos minutos. Erik la besaba en el pelo, en la frente, y susurraba palabras de aliento y consuelo. Pero no tardó en imponerse su espíritu práctico y resolutivo.

—¿Qué quieres hacer? Hay buenos hospitales en Mallorca, podemos acercarnos a cualquiera a que te vean —dijo, ya maquinando cómo organizarse y dónde ir—. ¿O prefieres que esperemos a llegar al San Lucas?

—Sé que quedan pocos días para volver, pero preferiría que nos marchásemos con algún tipo de certeza —dijo y de nuevo su voz se tornó temblorosa—. Que alguien nos diga la verdad.

—Todo irá bien, *liten jente*. Y si no, estamos juntos para enfrentarlo.

Inés sonrió y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Aquello hacía toda la diferencia. Se tenían el uno al otro. No hacía falta nada más.

## *Donde está el hogar*

Inés se levantó con la misma sensación de náuseas y malestar que últimamente la acechaba por las mañanas. Se incorporó y le dio una potente arcada.

—Mierda —murmuró, y volvió a dejarse caer en los almohadones. Erik se giró hacia ella sobre la cama y retiró los mechones desordenados sobre su rostro sudoroso.

—¿Otra vez?

—Llevo así toda la semana, no te había dicho nada —confesó Inés, pero ahora se le hacía difícil ocultarlo—. Está empeorando.

—¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta de nada? —dijo Erik con el ceño fruncido—. Te conozco y conozco tu cuerpo a la perfección. Debí sospechar algo.

Inés se incorporó con dificultad y lo abrazó para consolarlo.

—No te preocupes, yo misma hice muchos esfuerzos para ocultártelo. No quería ilusionarme ni que tú tampoco lo hicieras. —Se detuvo al ver la sonrisa triste que se dibujaba en sus labios—. Ni quiero que lo hagamos hasta saber que todo va bien.

—Lo entiendo, *kjaereste*. No pasa nada. Y todo irá bien.

La acunó entre sus brazos y la besó en la frente, pero distaba mucho de pensar que todo iría bien. Llevaba con dificultades para dormir desde que Inés le había dado la noticia dos días atrás. Tras el impacto inicial, no pudo evitar sentirse feliz porque seguía la inercia de aquellas semanas en que tenía la sensación de nadar en el caldero del arcoíris, pero la realidad de la hospitalización en enero había sido demasiado dura como para borrarla de su subconsciente. La abrazó con fuerza e Inés lo miró, interrogante.

—¿Ocurre algo?

—No, no. Estaba pensando que mi madre seguro que sabe de algo que pueda ayudarte con las náuseas —dijo Erik, sin querer verbalizar el pánico que sentía—. ¿Nerviosa por la cita de esta tarde?

—Aterrorizada. Debimos pedir hora por la mañana, voy a estar todo el día dándole vueltas. —Tenían cita a las cuatro de la tarde en una clínica privada en Palma—. ¿A qué hora tenemos que salir?

—Desde aquí tenemos algo menos de una hora. Si quieres, podemos salir antes y comer algo por la ciudad —dijo él, abriendo la persiana para dejar entrar la luz clara e intensa de la mañana—. Aunque hace bastante calor.

—Me parece bien, así huimos un poco del hacinamiento —dijo Inés riendo. Toda la familia de Erik seguía en la casa—. Y lo de comer, lo vemos sobre la marcha. Porque ahora mismo no me entra nada.

Él se echó a reír y se levantó. Desnudo, como siempre en verano. Los músculos de la espalda se perfilaron bajo la luz solar y el tatuaje ondeó sobre su piel. Olvidó por un momento las náuseas. Su trasero, marcado por un divertido cuadrado blanco donde no le había dado el sol, era mármol bien pulido. Se incorporó y le pellizcó con fuerza una nalga.

—¡Eh! ¿Ya se te ha pasado el malestar? —Se volvió y el espectáculo fue aún mejor. Los pectorales abultados, los abdominales tallados a mano, su miembro que comenzaba a endurecerse ante la perspectiva de buscar cobijo en ella.

—Podemos probar a ver si se me pasan —dijo Inés, con una sonrisa perversa. Tenía la intención de aprovecharse y sacar partido de cada segundo de aquel embarazo. Durase lo que durara—. Pero con calma.

Erik gateó sobre la cama, los ojos azules clavados en ella. Demandantes. Hambrientos. Entre las interrupciones continuas de distintos familiares y el mal cuerpo de Inés, llevaban varios días de sequía.

—Con calma. ¿Así? —La besó con suavidad en la frente, en la nariz, en los labios. Levantó la cabeza y dejó caer una sonrisa—. No tengo ninguna prisa. Podría seguir haciendo esto toda la mañana.

Inés se aferró a su nuca cuando él hundió la nariz en su cuello y comenzó a besarla. Se echó a reír cuando las mil agujas de su barba de tres días rasparon la delicada piel con la unión del hombro. Cerró los ojos y

saboreó la corriente de placer que se alimentaba desde aquel punto y recorría todo su cuerpo en ráfagas. Los días en que hacía cortocircuito, sin lograr sentir nada, quedaban muy atrás. Abrió las manos sobre la piel de su espalda, y se concentró en el calor que absorbían sus palmas. La ondulación de los músculos le acariciaba los dedos y hundió las yemas en él, arrancándole un gruñido.

—¿Quién era la que decía con calma?

—Sigue. Por favor —rogó en un jadeo. Su boca ahora rodaba por la línea de sus clavículas y la lengua libaba el hueco entre ellas. Roces fortuitos con las puntas de su melena rubia, que se había aclarado a un matiz nórdico que nunca le había visto, provocaban y erizaban sus pezones.

Hundió los dedos en su nuca y, aferrándose a su pelo, lo obligó a bajar hasta el valle entre sus pechos. Necesitaba más. Y más intenso. Pese al embarazo, o gracias él, no lo tenía claro, tenía el cuerpo en llamas. Erik volvió a gruñir y sus músculos se tensaron. Pareció hacerse aún más grande sobre ella. Atrapó en la boca uno de sus pezones y jugueteó con él entre los dientes. Lo calmó con la lengua y lo soltó bruscamente, tras succionarlo con pericia.

—Aún no sé si ha habido cambios en tu cuerpo —dijo Erik, y deslizó los labios, en besos húmedos con la boca abierta, en la línea que partía en dos su cuerpo.

—Es muy pronto para cualquier cambio —murmuró Inés, perdida en el placer de sus manos y sus besos recorriendo su piel. Se tensó con violencia cuando llegó al promontorio de su sexo e hizo presión con los labios—. ¡Erik!

—Pero ¿y si los cambios son sutiles y no están a la vista? —Levantó los ojos azules, con un brillo lúdico y desafiante. Deslizó una mano por el interior de sus muslos y la instó a abrirlos para él.

—Oh. ¡Oh!

Inés se arqueó al sentir la lengua cálida, blanda y pausada sobre su sexo. Soltó su melena y se aferró a las sábanas. Echó de menos, durante unos segundos absurdos, sentir la restricción de movimiento de las vendas de seda, pero Erik la llevaba al delirio con cada beso y caricia, con cada roce húmedo y experto, con cada toque delicioso de los dientes. Enroscó los brazos en torno a sus muslos y la estrechó contra su boca e Inés sofocó un grito con sus

propias manos. En la habitación de al lado, donde Maia dormía con sus hijos, ya había movimiento. Toda la casa se despertaba. Mientras, su cuerpo convulsionaba entre los estertores de un orgasmo devastador, cuando él focalizó los esfuerzos sobre el clítoris, dejándola desfallecida sobre la cama.

—No te duermas, *kjaereste* —dijo Erik, con aquella voz ronca, que brotaba de lo más profundo de su deseo y su garganta, escalando por su cuerpo hasta alcanzar de nuevo sus labios exangües—. Me tienes que devolver la jugada.

—Dame un ratito —murmuró Inés, y se aferró a él para que dejara caer su peso sobre ella—. Me has dejado fuera de combate. Y se cumple tu teoría, ya te digo que sí.

Se besaron compartiendo la salada dulzura de la esencia de Inés y ella lo reclamó en su interior empujándola por el trasero.

Erik se echó a reír y la penetró con suavidad. Cerró los ojos para disfrutar cada centímetro de su erección hundirse en el interior terso y cálido de su sexo.

—No puedo esperar, Inés. No sabes lo que me haces. Cada gemido, cada uña de tus dedos clavándose en mi espalda, cada vez que me acoges dentro de ti. —Cada frase alimentaba la fuerza de sus envites, mezclando el placer de su contacto con el que sus palabras generaban—. Tu entrega es mi hogar. Tu amor encierra mi futuro. Pase lo que pase con este embarazo—dijo en tono fiero, y sostuvo su rostro entre las manos para engarzar su mirada en la de ella—, no quiero que nunca perdamos esto.

Inés asintió, incapaz de decir nada. Su cuerpo arrasado se tensaba para un nuevo estallido y se aferró con los muslos a su cintura para acompasarse al ritmo que se licuaba en humo ardiente y piel sudada.

—*Liten jente...* —gimió Erik con un suspiro cuando su esencia cálida la inundó. Sentir su voz y el latido de su miembro en el interior cortó el último hilo de control sobre su cuerpo.

Liberó la tensión en un clímax asolador, sus brazos y piernas se volvieron agua. Unas lágrimas escaparon de sus ojos cerrados, no sabía con cuánta fuerza, hasta que los abrió con dificultad para separar los párpados. Lo abrazó, sobre la cama, con una sonrisa lánguida. No tenía miedo. Por primera vez, en mucho tiempo, no tenía miedo.



Bajaron a desayunar los últimos. Maia leía en una tumbona en la terraza y los mellizos estaban ya en la piscina. Erik se bebió de un trago el café y se zambulló de cabeza para delicia de sus sobrinos.

—Buenos días, ¿qué tal sigue la luna de miel? —preguntó con picardía. Inés se echó a reír y le tendió el zumo de naranja con hielo que tenía en la mano—. No perdéis ni un minuto, ya nada más despertarse, ¡mambo! Pero ¿tú no tenías náuseas?

—De algún modo tengo que quitármelas de encima —bromeó, acostumbrada ya a la desinhibición de Maia—. ¿Dónde están los demás?

—Mi madre y Emma se han ido a la playa. ¡Qué fanáticas! —Le devolvió el vaso, vació, y siguió con su lectura—. Si te sirves otro, ¿me puedes hacer más? Yo ya estoy harta de la arena y del calor. Menos mal que la semana que viene vuelvo a Noruega. ¿Vosotros?

Inés movió los hielos del vaso y entró a la cocina. Podían comunicarse perfectamente por el enorme ventanal que daba a la terraza. Cogió la jarra de zumo y sirvió dos vasos.

—También. Necesito una semana para preparar mi rotación a Estados Unidos, y Erik tiene que volver a tomar las riendas de la jefatura —dijo Inés, de pronto un poco preocupada al recordar todo lo que les esperaba a la vuelta—. Llevamos casi un mes fuera, ¡es demasiado!

—Inés, lleváis un año muy duro. Y la última parte del anterior... Tú no sabes el estado en el que estaba Erik cuando lo abandonaste —replicó Maia, cerrando el libro. Le lanzó una mirada penetrante—. Os merecéis un poco de paz. Os merecéis ser felices. Y, no es por nada, pero es mi hermano. Sobre todo, se lo merece él.

Ella se echó a reír ante su sinceridad descarnada y se sentó junto a ella en la tumbona.

—Tienes razón. Estar de vacaciones le hace bien. Estar en familia le hace bien.

—Estar contigo le hace bien, Inés. Mi madre tiene miedo de que nos lo robes para siempre —bromeó Maia, aligerando el tono de la conversación—. Si alguna vez quieres hacer una rotación en Noruega y te lo traes, él te seguirá donde vayas.

Erik salió de la piscina empapado, con una sonrisa radiante y los ojos

brillantes por la diversión.

—¿Un bañito rápido antes de prepararnos para ir a Palma? —Erik las salpicó con agua fría. Inés sofocó el chispazo de deseo, y se quitó el vestido de gasa—. Soy muy fan de esos bikinis tuyos indecentes.

—Me lo he puesto a propósito —lo provocó Inés. Maia se echó a reír tras ellos. Si vivir en familia significaba aquello, el hacinamiento no era tan malo. Se lanzó a la piscina y Anders y Olle la recibieron entre gritos de entusiasmo.

Palma era una ciudad preciosa. La catedral majestuosa coronaba un pequeño montículo e Inés caminó por el pasillo central hacia el altar, sobrecogida por su amplitud, agradeciendo el frescor entre sus paredes de piedra en contraste con el sol abrasador de fuera.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Erik, preocupado.

—Solo un minuto —murmuró Inés. Lanzó una plegaria. Por Erik, por la vida que llevaba dentro. Por los suyos, los de Chile y los de Noruega. Por ella. Para mantenerse firme, fuera cual fuese su futuro. No sabía si creía en Dios o no, pero sí sabía que algo más debía haber además de este mundo, y a aquello la dirigió. De alguna manera, sabía que su ruego de favor y protección era escuchado—. Vamos.

La clínica era pequeña, acogedora. Unas fotos divertidas de bebés disfrazados dentro de unas enormes calabazas decoraban las paredes y una música tranquila amenizaba la espera. Inés agradeció el aire acondicionado y sonrió a otra mujer, que esperaba también en la sala.

—¿Inés?

Le llamó la atención el trato familiar, sin apellidos, que la enfermera le dispensó. Una doctora joven, más o menos de su edad, le pasó una bata y señaló la camilla.

—No tenemos mucho tiempo, Inés. Te he hecho un hueco en la agenda al saber que venías de fuera. ¿Te importa que te haga unas preguntas mientras voy ya con la ecografía?

—Claro que no —se adelantó Inés a contestar al ver que Erik, al que

no le había gustado nada la propuesta, cogía aire para protestar—. Solo necesito saber que todo va bien.

La ginecóloga dejó escapar una exclamación ahogada al ver la cicatriz que surcaba su vientre.

—Veo que tienes mucho que contar. ¿Qué te ha pasado?

—En enero de este año tuve un embarazo ectópico. Me quitaron la trompa y el ovario derechos —dijo Inés, con el discurso conciso que ya había preparado. Un nudo de angustia se instaló en su garganta y debilitó la fuerza de su voz—. El año pasado, tuve un aborto a las seis semanas. Y tengo una endometriosis bastante severa, aunque me cauterizaron todo lo que pudieron en la cirugía anterior.

Trató de sonreír con valentía. Erik, en algún momento, se había sentado junto a ella en la camilla y la rodeaba entre sus brazos. No se había dado cuenta de que se aferraba a él, aterrorizada.

—¿Fecha de última menstruación? —La obstetra también había cambiado su tono distendido inicial por uno más contenido—. Relájate, Inés. Voy a hacerte la ecografía ahora.

Inés consultó un momento con su móvil. Las manos le temblaban. Retrocedió en el calendario para comprobar de nuevo la barra en rojo que marcaba su regla. Incluso ahora temía una equivocación.

—A finales de junio.

Los pocos segundos que la ginecóloga tardó en decir algo le parecieron eternos. Cerró los ojos. Estaba clavándole las uñas a Erik en el antebrazo, pero él la besaba de vez en cuando en el pelo para calmarla y no la soltaba.

—Mira. Ahí está tu bebé. Según las medidas, estás de unas diez semanas. Es todo un gimnasta, ¿ves cómo se mueve? Está perfecto.

Inés soltó una risita nerviosa, incapaz de hablar. Identificó su cabecita, los brazos, las piernas, y las burbujas encadenadas que constituían el cordón umbilical. No era un granito de arroz, ni un pececito, era un bebé. Y estaba perfecto.

—Su corazón va a mil por hora. ¡Y qué cabezón! —dijo Erik, y ella rio aún más con el comentario tan poco médico—. Y no para de moverse.

—Su corazón está perfecto. Todos sus órganos ya están formados. El riesgo de aborto es mínimo a partir de este momento, así que podéis estar tranquilos. —La pantalla mostró un *zoom* sofisticado y les mostró sus manos. Cinco minúsculos dedos se apreciaban en el triángulo—. Decidle hola a vuestro bebé.

—*Hei, lille baby!* —obedeció Erik con solemnidad. Inés no podía parar de sonreír. Pero a la vez, unas lágrimas de felicidad, y también de alivio, rodaban sin control por su cara.

—Aun así, si tienes cualquier síntoma preocupante, dolor abdominal, sangrado, visión borrosa, picor intenso en la piel, tienes que consultar enseguida —recitó con profesionalidad. Inés se alegró de no haberle dicho que eran médicos, les daba la información sencilla y masticada. Porque no era capaz de asimilar mucho más—. Pero también disfrutadlo mucho. Ya habéis pasado lo peor.

—¿Se puede ver el sexo? —preguntó Erik.

—Aún es muy pronto, cuando vayáis a la ecografía de las veinte semanas, lo sabréis —dijo riendo. Retiró el transductor e Inés se incorporó, aún sostenida por los brazos de Erik—. Pero todo se ve bien. Muy bien. ¡Enhorabuena! ¿Esperáis un ratito fuera mientras hago el informe? Enseguida está.

Salieron de la consulta y Erik la abrazó con más fuerza si era posible. Inés terminó por derrumbarse y soltar el torrente de llanto que llevaba conteniendo desde que había escuchado la palabra: «Perfecto».

—Todo está bien, *liten jente*. Diez semanas. ¿Te das cuenta?

Intentó decir algo, pero no podía. Asintió y volvió a esconder el rostro en su pecho. Así seguía cuando la obstetra les tendió el sobre con el informe.

—¡Buena suerte! —se despidió, e hizo pasar a la siguiente embarazada.

Inés caminaba sobre las nubes mientras recorrían el puerto deportivo, repleto de veleros y yates. Le daba igual el calor. La sed que de pronto sentía. El hambre.

Todo perfecto.

Todo perfecto.

Todo perfecto.

Repetía las palabras como una letanía y dejaba que su significado permease cada fibra de su cuerpo. Erik llamaba por teléfono a su madre, a su hermana, a su hermano. Repetía los datos de la ecografía, feliz y contento, en bucle. Inés solo prestó atención cuando escuchó el nombre de Gerardo. Se echó a reír; todavía le resultaba sorprendente la amistad que Erik había fraguado con su padre.

—¿Inés? Inés sigue en estado de *shock*. No ha dicho ni una sola palabra desde que salió de la consulta —dijo Erik, con una sonrisa divertida y guiñándole un ojo. Señaló el móvil con cara de pregunta y ella negó con la cabeza. Se sentía incapaz de mantener ninguna conversación coherente. Y las lágrimas seguían brotando sin control—. Te llamaré más tarde para contártelo ella misma.

Inés cerró los ojos y asintió. Que Erik dirigiese todo, que llevase las riendas mientras ella recomponía sus pedacitos, lo hizo amarlo con todavía más intensidad. Si eso era posible. Llegaron al coche de alquiler, con un helado enorme de tres bolas ya en el barquillo, y se apoyaron en el lateral para terminarlo.

—¿Estamos bien?

Inés cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre su hombro con una felicidad infinita.

—Estamos bien. Los tres.

Los últimos días en Can Picafort pasaron apacibles, pero con la ansiedad latente que da la sensación de que se escapan demasiado rápido. Fueron los últimos en marcharse, y despidieron a Maia con sus niños, a Kurt con su hija y a Jana.

Llegó el día antes de coger el avión e Inés cerró los ojos, sabiendo que un trozo de su corazón se quedaba en aquella casa. No solo por cumplir su sueño y unir su vida a la de Erik. Por afianzar sus lazos con la familia, por

relajarse y dejarse ir con la única preocupación de quién se levantaba primero para exprimir las naranjas. Por saber que, aunque los números jugaban en su contra, de nuevo la ilusión y el optimismo se abrían paso y vencían a las matemáticas.

—¿Vamos a dar una vuelta por la playa? —la invitó Erik desde la puerta. Ella hizo una mueca de fastidio y señaló las maletas a medio hacer—. Deja eso. No hace viento y está atardeciendo. No te acostumbres a estos gestos románticos de ver la puesta de sol, que el lunes volvemos al San Lucas.

Inés se echó a reír y acabó por levantarse. Pese a que no hacía viento, agradeció llevarse la cazadora vaquera y el fular de gasa. Ya estaban a principios de septiembre, y el sol no calentaba tanto con la caída de la noche. Erik, como siempre, ignoraba la temperatura y salió en manga corta.

—Se acabó lo que se daba —dijo con un suspiro, resignado.

—¿Cómo es posible que hayamos estado aquí casi un mes y haya pasado tan rápido? —dijo Inés, y lo agarró por la cintura mientras caminaba justo en la línea en la que la espuma del mar se fundía con la arena. El agua estaba tibia—. Yo tengo mis momentos favoritos.

—Yo también —se apresuró a responder Erik.

—Tú primero.

—«Todo perfecto». Seguido muy, muy de cerca por tu «Sí, quiero» —contestó Erik, con una seguridad apabullante. La besó en el pelo y volvió a fijar los ojos azules en la rompiente de las olas.

—No vale. ¡Me los has robado de la mente!

—Me gusta que estemos de acuerdo al menos en una cosa —gruñó él. Inés sabía a lo que se refería, y mantenerse en sus trece le estaba costando mucho—. Me va a costar mucho estar lejos de ti estos tres meses.

Inés suspiró. Erik llevaba lanzándole indirectas al respecto toda la semana, pero no podía perder la oportunidad de aquella rotación y había decidido que tenía que vivir su embarazo con la mayor normalidad posible.

—No son ni tres meses. Y hemos quedado en que vendrás a verme a mitad de la rotación en noviembre —se quejó Inés, no quería volver sobre el tema—. Prometo mandarte una foto todos los días para que veas la evolución del renacuajo.

—¿Y el sexo? No puedo creer que vayas a hacerme esto después del periodo de sequía que hemos pasado —refunfuñó. Ella soltó una carcajada al ver su rostro enfurruñado—. No te puedo asegurar que vaya a guardarte la ausencia.

Inés arqueó una ceja y clavó la mirada en él. En otros tiempos, se habría enfadado por su insinuación, por mucho que supiese que lo decía para molestarla. Soltó una risita divertida y le quitó importancia con un gesto de la mano.

—No pasa nada. En ningún momento hemos pactado exclusividad. Puedes confiarte a tus expertas manos de cirujano —dijo Inés, con toda la indiferencia que pudo reunir impresa en su tono de voz—, o buscarme una sustituta. Estoy segura de que lo tendrás muy fácil. Eso sí, te recuerdo que en la segunda etapa del embarazo la libido aumenta y estaré muy receptiva a las atenciones masculinas. Y ya veré lo que hago yo.

—¡Eh! ¡Eso es un golpe bajo! —dijo Erik, que se quedó clavado en la arena farfullando—. ¿Con mi hijo en tu interior? *Svarte Helvete!* Pero cómo puedes ser tan, ¡malvada!

Inés siguió su camino por la arena mojada, con una sonrisa divertida y la cabeza bien alta. Lo tenía enredado en la punta de su dedo meñique, y si tomaba la decisión de tener sexo con otra, no iba a montar una escena de celos. No ahora. Tenía otras cosas mucho más importantes en las que centrarse y en qué pensar.

Erik la alcanzó a la carrera tras unos segundos de desahogo iracundo. La sujetó del brazo y la hizo girar hasta que quedaron frente a frente.

—No lo dices en serio, ¿verdad? Porque yo lo decía en broma.

Inés lo miró, sopesando si hacerlo sufrir un poco más, pero no fue capaz. Se echó a reír y lo abrazó con fuerza. El viento comenzó a soplar hacia la costa y apartó su pelo rubio, demasiado largo y castigado por el sol, de su rostro preocupado.

—Pues claro que no lo digo en serio, vikingo tonto —murmuró Inés. ¡Qué fácil era caer subyugada bajo la fuerza de sus ojos azules!—. Tú me completas. En todo sentido. Y tienes el plus de ser el padre del renacuajo —dijo, con tono divertido. Él la envolvió en un fuerte abrazo—. Y eso, para mí, es más que suficiente. Los tres meses pasarán volando. Luego vendrá Navidad y estaremos en la mitad del embarazo.

—Inés, ¿recuerdas lo que te dije en Noruega?

Un anhelo profundo tiñó su mirada ansiosa. Volvió a detener su caminar y la sostuvo con fuerza por los hombros. Ella lo miró, interrogante.

—¿A qué te refieres? No me acuerdo de nada en concreto.

—Te pedí, y para mí es muy importante, que si teníamos un hijo, quería que naciese en Noruega. —Sus manos ascendieron por su cuello y se posaron sobre sus mejillas. Inés se sobrecogió con la fuerza de su ruego—. Quiero poder enseñarle a que, viva donde viva, allí siempre será bien acogido. Que las montañas, los bosques, hasta las auroras boreales que tú tanto amas, serán un lugar donde siempre podrá volver. —Inés tragó saliva, nunca pensó que aquello fuese tan trascendental para él—. Sé que en Chile estará su casa, pero quiero que en Noruega estén sus raíces.

Inés sonrió. Alzó el pulgar y alisó los surcos profundos que se habían formado en su frente, en un gesto que para ella simbolizaba el deseo de borrar su preocupación.

—Claro que sí. Me encantará que el renacuajo sea vikingo, ¡o vikinga! —Lo abrazó con fuerza para darle peso a sus palabras. Erik la rozó con los labios—. Da igual dónde nazca o dónde viva, porque tú y yo seremos su hogar.

FIN



# *Agradecimientos*

El siete es un número mágico, redondo. Las siete maravillas del mundo, los siete pecados capitales... En la Cábala expresa la ley divina que rige el universo. La sabiduría, la creatividad, el talento artístico.

Para mí, la publicación de esta séptima novela ha marcado un punto de madurez en la manera con la que me enfrento a las historias. No es los nervios a la hora de que caiga en vuestras manos, no. Esas mariposas en la barriga jamás desaparecerán, pero sí en confiar en que tocarán vuestros corazones. Ahora Inés y Erik forman parte de vosotros. Son más vuestros que míos, y por eso me siento agradecida.

Gracias al núcleo duro lector: Yolanda, Gaby, Macarena, Stella. Por esa primera lectura en caliente llena de risas y sueños.

A Yola y Noemí, por entender a la perfección lo que oculta cada gesto de los protagonistas.

A Silvia, mi correctora. Por tener un microscopio electrónico en vez de ojos y una supercomputadora en vez de cerebro.

A Mar, por vestir la novela (y mi educación musical) con canciones que casan a la perfección con cada una de las escenas de la historia.

Son muchas personas las que me acompañáis día a día, en especial, mis chicas sensuales. Sin vosotras, las redes no serían lo mismo. ¡Mil gracias por las risas!

Como siempre, mención especial a mi vikingo personal, por su apoyo incondicional y, por supuesto, por ser fuente de inspiración inagotable. ¡Gracias, mi amor!

Y, sobre todo, gracias a ti, que lees esta novela, que has caminado junto a Inés y Erik hasta el ecuador de su historia. Aun quedan muchas aventuras por vivir, y debo confesar que estoy enamorada de todo lo que viene.

Nos vemos a la vuelta de la próxima página.

Con amor,

Mimmi.